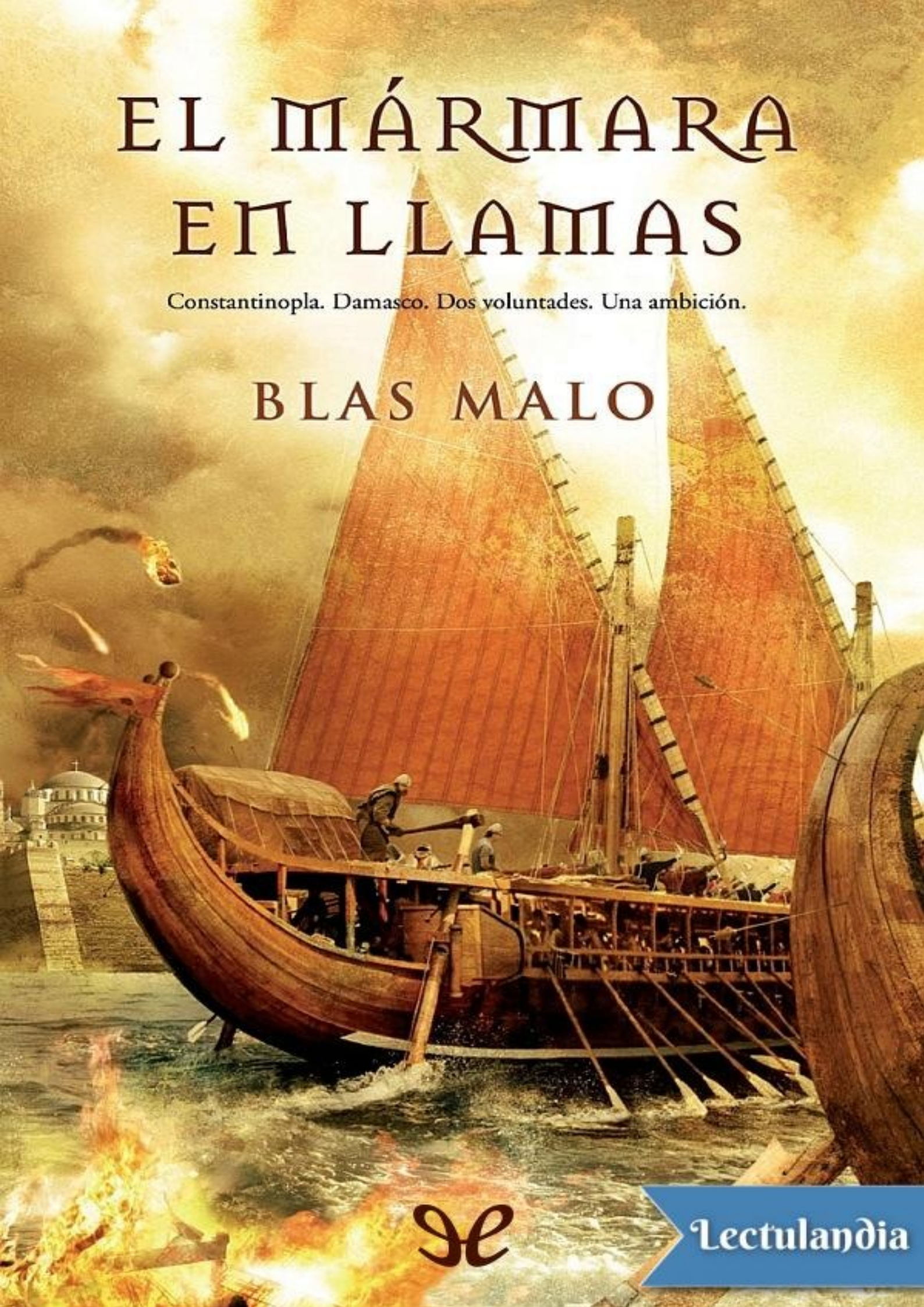
EL MÁRMARA EN LLAMAS

Constantinopla. Damasco. Dos voluntades. Una ambición.

BLAS MALO



Lectulandia

Constantinopla. El 15 de agosto del año 717 la capital del Imperio bizantino despertó desesperada al descubrir a sus puertas los ejércitos triunfantes de los Omeyas. Ese día, guiadas por el general Maslamah, las fuerzas del islam inician el más severo asedio que conocerá la ciudad desde que la fundara Constantino, y hasta Hagia Sophia llegan las voces de los almuédanos desde el otro lado de la imponente triple muralla de Teodosio.

Pero el basileus León III el Isaurio no es un hombre ordinario, y con su voluntad y energía está decidido a resistir a toda costa. Sabe que el imperio depende del genio de un único hombre de oscuro pasado, Calínico, un erudito oculto al mundo y con un gran secreto, quien ignora que desde si huida de Heliópolis años atrás alguien le sigue los pasos.

La ambición de un senador por ser «basilopator», padre de emperador, pondrá en peligro las esperanzas del imperio, y cuando en las enigmáticas tierras de Egipto ese secreto quede comprometido, Irene, una traductora imperial con un pasado misterioso, y Casiodoro, aprendiz de Calínico, arriesgarán sus vidas para salvaguardar ese secreto antes de que lo descubran los árabes. Sin embargo, ignoran que está en juego no solo el destino de un imperio, sino también el de sus propias almas.

Blas Malo

El Mármara en llamas

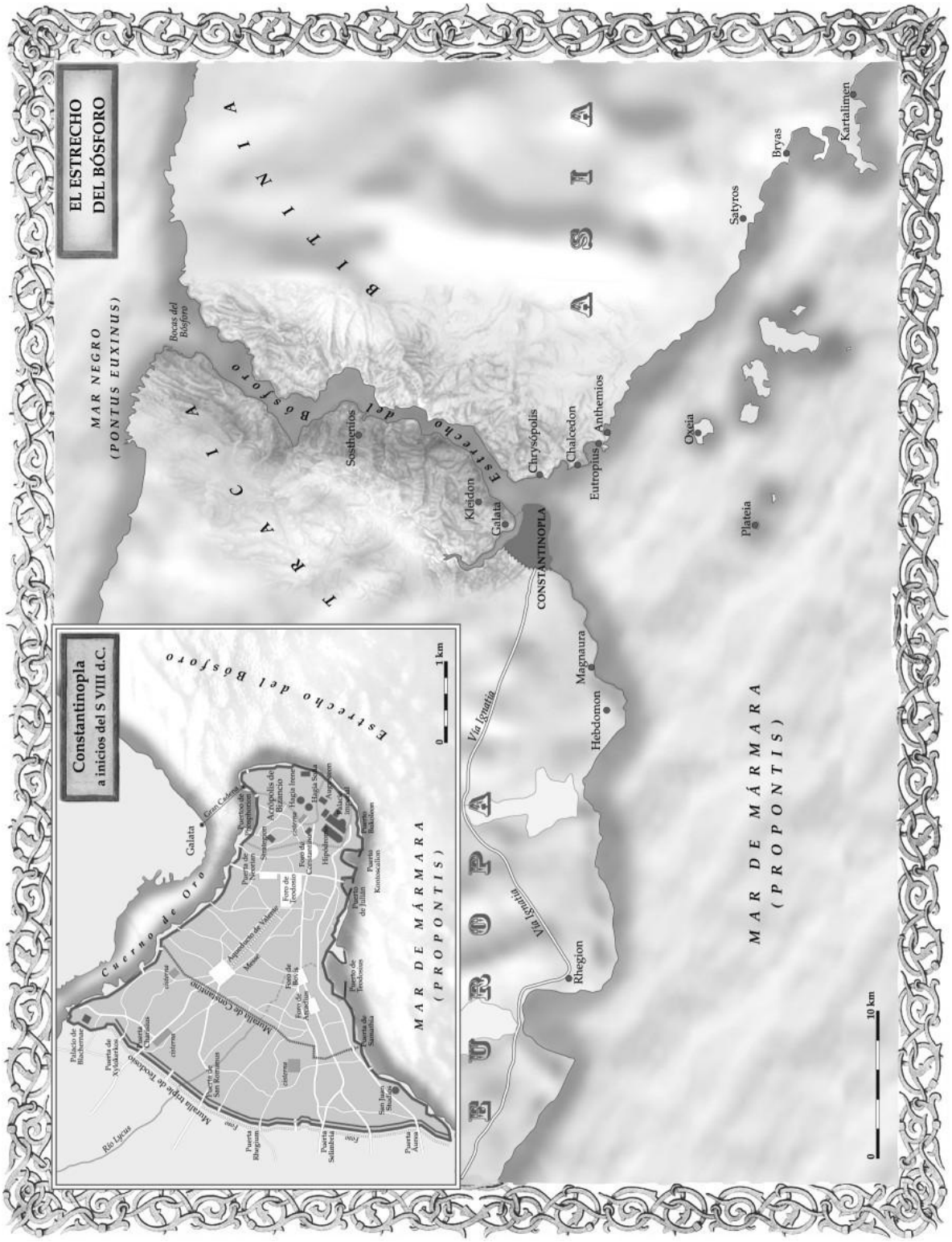
ePub r1.0
Titivillus 28.03.2020

Título original: *El Mármara en llamas*
Blas Malo, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Blanca,
luna de mi vida,
mi sol y mis estrellas

El Imperio Bizantino
hacia el 714 d.C.
Territorios, en Oriente, bajo control del Imperio
Territorios, en Oriente, bajo influencia del Imperio
Territorios en disputa con los árabes
0
500 km
Mar Negro
Mar Mediterráneo
Mar Adriático
Mar Jónico
Mar Egeo
KAZAJOS
BÚLGAROS
ESLAVOS
ILIRIA
ARMENIA
MESOPOTAMIA
SIRIA
ARABIA
TRACIA
MACEDONIA
EPIRO
ACAYA
BITNIA Y PONTO
ASIA MENOR
GALACIA
CAPADOCIA
FRIGIA
CILICIA
FENICIA
PALESTINA
CIRENAICA
EGIPTO
IMPERIO
Quersonesos
Mesembria
Philippopolis
Adrianopolis
CONSTANTINOPLA
Mar de Mármara
Nicomedia
Nicea
Abydos
Pérgamo
Esmirna
Éfeso
Chios
Rodas
Amorion
Aleppo
Heliópolis
DAMASCO
Jerusalén
Chipre
Creta
Atenas
Tesalónica
Vía Egnatia
Alejandría
Al-Fustat
Nilo
Al- Karnak
Al-Uksur


EL ESTRECHO DEL BÓSFORO
MAR NEGRO (PONTUS EUXINUS)
Bocas del Bósforo
TRACIA
BITINIA
ASIA
Estrecho del Bósforo
Sosthenios
Kleidon
Galata
Chrysópolis
Chalcedon
Eutropius
Anthemios
Oxeia
Satyros
Bryas
Kartalimen
Plateia
CONSTANTINOPLA
Magnaura
Hebdomon
Rhegion
Vía Ignatia
EUROPA
MAR DE MÁRMARA (PROPONTIS)
10 km
Constantinopla
a inicios del S VIII d.C.
Estrecho del Bósforo
Galata
Cuerno de Oro
Gran Cadena
Acrópolis de Bizancio
Hagia Irene
Hagia Sofía
Augustaion
Hipódromo
Puerto Bukoleon
Puerto Kontoscalion
Puerto de Julián
Puerto de Teodosios
Puerto de Samathia
Foro de Bovis
Foro de Arcadius
Foro de Teodosio
Puerta de Necrian
Puerta de Constantino
Muralla de Constantino
Muralla triple de Teodosio
Palacio de Blachernae
Puerta de Xylokerkos
Puerta Charisius
Puerta de San Romanus
Puerta Rhegium
Puerta Salimbria
Puerta Aurea
San Juan Studios
Río Lycus
0
1 km

Rechazados los eslavos en la zona de los Balcanes y vencidos los persas, los dominios del Imperio bizantino se extendían hasta Egipto. Sus ciudadanos anhelaban una paz larga y duradera, pero esa paz no llegó.

Desde el año 626, los exhaustos ejércitos de Bizancio se enfrentaban a una nueva amenaza surgida del corazón del desierto: los árabes. Inspirados por la nueva religión islámica, en pocos años arrebataron al imperio la tierra de los faraones, Palestina y Siria. Cuando los jinetes de Alá cruzaron Asia Menor, el pánico cundió en el palacio imperial de Constantinopla. Los seguidores del Profeta no solo eran rápidos, intrépidos y estaban llenos de un fervor enardecido; conquistada Alejandría, aprendieron a construir barcos y el Mare Nostrum dejó de ser romano por segunda vez en setecientos años.

PRIMERA PARTE

673-711

1

HILIÓPOLIS, AÑO 673 (53 DESPUÉS DE LA HÉGIRA)

Ni los dioses imperiales ni el cristianismo habían ahogado los viejos cultos de Heliópolis. Los árabes habían ocupado la ciudad instaurando una convivencia vigilada y el Profeta los había respetado, pero nadie sabía cuánto duraría la tolerancia musulmana hacia los cristianos. Heliópolis, la antigua Baalbek, era una encrucijada de rutas comerciales en el desierto.

Los alumnos seguían con interés las palabras del maestro mientras paseaban bajo los pórticos de piedra. Ausonio de Tiro deambuló alrededor del bastión defensivo de la ciudadela árabe. Los soldados musulmanes vigilaban las calles. Al otro lado de la gigantesca explanada la gente entraba y salía de la mezquita, en cuyos muros se distinguían algunas columnas del viejo templo de Júpiter-Baal.

—Tierra, agua, fuego y aire. Son los cuatro elementos, pero ¿qué falta en la relación?

—Éter —contestó uno de los alumnos, llamado Timeo. Tenía catorce años.

—Éter, es cierto, como indicó ¿quién?

—Aristóteles —respondió otro alumno.

Ausonio de Tiro negó.

—Fue Platón —respondió Calínico. Una barba incipiente aparecía en el rostro juvenil de dieciséis años. Era un muchacho atlético y vigoroso—. El éter es lo que rellena los huecos entre los cuerpos celestes. Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, la Tierra, la Luna y el Sol.

—Muy bien. Cientos o miles de estrellas forman las constelaciones de la bóveda celeste. Y desde lo más grande a lo más pequeño todo está formado por los cuatro elementos, que mutan constantemente. ¿Quién ordena el caos y crea las formas? La divinidad, dice Platón, la inteligencia ordenadora. Dios. Pero si todo existe, es porque está proporcionado, y aquel que descubra las

proporciones de todas las cosas y luego la forma de alterar esas proporciones será dueño del mundo.

—¿Por qué? —preguntó Calínico. Aquello le interesaba.

—Porque podrá actuar como un dios —respondió el maestro en el exterior de la ciudadela.

—¡Herejía! —murmuró uno de los alumnos, pero Ausonio continuó, como si no lo hubiera oído.

—Podrá tomar cualquier sustancia o cuerpo y transformarlo en cualquier otro. Podrá tomar una piedra y convertirla en una hogaza de pan o incluso en oro. ¿Por qué respiras? ¿Tienes alma? ¿No dudas, no tienes preguntas? Por eso es importante la búsqueda del conocimiento, y los filósofos. Gracias a ellos sabemos que la Tierra es redonda, como demostró Eratóstenes, y Aristarco razonó que gira alrededor del Sol. Quién sabe.

—Pero, maestro, a mí un mercader me ha contado que la Tierra es plana y no redonda, ¿y no ves que el Sol gira todos los días alrededor de la Tierra, y no al revés? ¡No es posible convertirse en un dios! ¡Solo uno multiplicó los panes y los peces! Esto es una herejía —dijo otro de los alumnos.

El filósofo procuró calmarle. El almotacén, que se paseaba por el zoco, había vuelto la vista hacia ellos, intrigado. Acariciándose la barba entrecana, el maestro señaló al alumno con el bastón.

—Los griegos antiguos ya lo dijeron. La sabiduría exige argumentos, pruebas. ¡Teorías! ¡Teorías! Eratóstenes demostró; Aristarco razonó. Pruébamelo. Demuéstramelo. —El alumno se encogió de hombros—. Eres libre. Puedes recurrir a otro maestro si no crees lo que te enseño.

—Claro que no lo creo —respondió alejándose a grandes pasos, indignado. Desde la gran explanada, se volvió, y de forma que pudieran oírlo todas las personas de la plaza, incluido el almotacén, encargado no solo de los pesos y medidas, sino también de velar por la moral y el orden, le gritó al maestro—: ¡Hereje!

Y se fue corriendo. El joven Timeo estaba asombrado. ¡Cuántas cosas buenas podía hacer la ciencia por el hombre! Él quería creer a Ausonio. Calínico también. Muchos años más tarde, Timeo descubriría que por razones totalmente diferentes.

Siria ya no era parte del Imperio romano de Oriente. Bajo el dominio árabe, muchos jóvenes de raíces bizantinas consideraban más lucrativo dedicarse al comercio y a la navegación que a la filosofía. Otros, aconsejados por el

almotacén, se convertían en apariencia al Islam para estudiar el Corán y los hadices del profeta Mahoma, a fin de medrar en el intrincado mundo de la jurisprudencia musulmana. El almotacén se solazaba de sus logros; aquel viejo bizantino se quedaría pronto sin ningún oyente. En silencio, Ausonio negaba con la cabeza, resignado y entristecido ante la marcha progresiva de sus alumnos.

—Las leyes de los hombres no arreglarán el mundo. Ordenan la sociedad, pero solo para el provecho de unos pocos. No se necesitan más procuradores, sino más hombres de pensamiento libre.

Timeo y Calínico permanecieron junto a él. Se sentían muy afortunados; ellos, a diferencia de los otros pupilos, eran huérfanos, y habían sido acogidos por Ausonio. Timeo veía en el sabio al padre que no había tenido. Calínico no pensaba lo mismo.

—Demócrito de Abdera no opinaba como Platón —explicó el filósofo mostrándoles agua, aceite y vinagre en un recipiente de vidrio—. Defendía que todo se compone de diminutos corpúsculos indivisibles a los que llamó átomos. Son la unidad de la materia, y Demócrito consideraba que hay muchos tipos de átomos, cada uno con sus características. Los átomos de los sólidos son más pesados que los de los líquidos.

—¿Y por qué los sólidos son sólidos y no líquidos? —preguntó uno de los muchachos.

—Porque sus átomos no resbalan entre sí, están fijos —contestó el maestro.

—¿Y eso por qué? —preguntó Timeo. Se había adelantado a Calínico, y este lo miró desafiante.

—¡Ah, Timeo! —Ausonio sonrió—. La curiosidad es el inicio del camino al conocimiento. ¡Hay tanto por descubrir! Qué era tan maravillosa nos ha tocado vivir.

—¿No es porque así lo quiere Dios? —propuso otro de los alumnos, extrañado.

—Demócrito decía que cada ser de la naturaleza es como es porque sus átomos están ordenados de una forma determinada, de una forma natural. Son así porque no pueden ser de otra forma. Los átomos se aglomeran según leyes naturales, que existen por sí mismas, incluso puede que sin la intervención de divinidad alguna.

—Pero Platón rechazaba a Demócrito. ¡El presbítero dice que no hay nada que no provenga de Dios! —exclamó el hijo de un rico comerciante, contento de encontrar una excusa por la que huir de aquel grupo de aburridos.

—Entonces la teoría de Demócrito no tendría que atormentarte, porque también estaría inspirada por Él, ¿cierto?

El alumno lo miró dubitativo.

—Os daré mi opinión, aquí, de día y bajo la sombra de esta parra. Yo no hablo de creencias, sino de conocimiento. El mundo es como es por algún motivo. ¿Por qué las plantas son verdes y no azules? ¿Por qué brilla el sol? El día sigue a la noche, y luego el ciclo se repite. ¿Por qué? ¿Por qué arde la brea y no el granito? Ha de existir un motivo, y cuando se descubra, alcanzaremos el conocimiento.

—Pero, maestro —replicó el mismo discípulo—, dices con frecuencia que la verdad es única. Entonces, ¿por qué los presbíteros rechazan tu filosofía? ¿Por qué el almotacén también te mira con desprecio? ¿Quién tiene razón?

—Dímelo tú, ¿piensas que es cuestión de razón o de fe? Debéis librar vuestra lucha interior como yo hice; en mi juventud busqué respuestas en la antigua Nínive de Mesopotamia y en los desiertos de Persia. Debéis buscar vuestras propias respuestas; eso es lo que intento enseñaros.

Calínico cruzó la ciudad meditando las palabras de Ausonio. Si la verdad era única, ¿cómo descubrirla entre sus múltiples disfraces? Atravesó la enorme explanada que se abría frente al desmantelado templo de Júpiter, del que el emperador Justiniano había arrebatado ocho columnas para construir Hagia Sophia, en Constantinopla. Incluso bajo el dominio musulmán aún había seguidores de los viejos mitos asirios, ocultos en sus casas o en las zonas rurales en las afueras de la ciudad, junto al desierto, donde nadie los molestaba. Ellos ¿creerían también ser poseedores de la única verdad? Y su maestro ¿era el auténtico camino a la sabiduría, o estaba equivocado?

Calínico pensaba en el fuego. Podía quedarse horas mirando la llama de una vela. De los cuatro elementos era el que más le inquietaba, parecía vivo, el único capaz de crecer y desarrollarse, y no entendía por qué. ¿Qué tenía que tanto le atraía? A veces soñaba con imágenes confusas. Fuego, gritos, figuras que corrían, que podían ser su padre y su madre. Se preguntaba si él era el causante de ese fuego, si por eso era huérfano, si por eso le fascinaba tanto. El muchacho se alejó de los puestos de los vendedores y centró su atención en los lamentos que provenían de uno de los callejones en sombra.

Vio a dos hombres que golpeaban a un viejo, dos ladrones que pretendían arrebatarle un cordero, que balaba lastimosamente.

—¡Que tu dios te proteja ahora, anciano! ¡Idólatra! ¿A qué dioses ibas a sacrificar este animal? ¿A tu dios del desierto? Suelta tu bolsa ya, o por Cristo que te saltaré todos los dientes.

Aquel anciano estaba condenado. Al sol, en la avenida principal de piedra, ninguno de los viandantes parecía oír nada ni mostraba interés por intervenir. Volvieron a golpear al anciano, que trató de resistirse hasta que cayó al suelo escupiendo sangre por sus labios partidos. En su zurrón se entrevió un cuchillo ceremonial que los dos hombres cogieron con avidez, mientras retenían al viejo contra el suelo pisándole el pecho. El cordero balaba aterrorizado.

—¡No! ¡Devolvédmelo!

—¡Aparta! ¡Es de oro! —El viejo consiguió liberarse y, arrastrándose, recuperó su bolsa—. Nos darán un buen puñado de monedas por él. ¡Sucio pagano! ¿Le dejamos marchar?

—No —contestó el otro ladrón, con una sonrisa torcida.

El anciano levantó la cabeza del suelo y vio a Calínico en la entrada del callejón.

—¡Ayúdame! —dijo dirigiendo hacia él una mano suplicante.

Calínico miró a un lado y a otro. Un pescadero vigilaba su carro masticando una brizna de paja. Dos mujeres que cubrían su cabeza con un velo cargaban con una cesta de verduras y charlaban sin parar, alejándose. La súplica del anciano se dirigía a él y, sin saber cómo, sorprendido de su audacia, se vio avanzando por el callejón. Dos hombres robustos contra un anciano consumido e indefenso. Era injusto.

—¡Fuera! ¡Largo! ¡Dejadle en paz! —dijo con una voz que parecía de otro.

Los dos ladrones se volvieron hacia él, olvidando al anciano. Este sacó un puñado de sal amarillenta de su vieja bolsa y agarró a uno de sus asaltantes por el tobillo. El ladrón se giró justo en el momento en el que el anciano le arrojaba la sal a los ojos.

—¡Ciego! ¡Estoy ciego! ¡No veo! —gritó el hombre llevándose las manos al rostro y dejando caer el cuchillo. El viejo lo recogió jadeante y trató de alejarse gateando.

El otro ladrón miró a su compañero y luego al muchacho. Calínico se lanzó contra él echando mano a su túnica, a lo que parecía una empuñadura. El hombre, de mirada cetrina, no se arredró y le dirigió a la cara un puñetazo

que Calínico esquivó; el aprendiz soltó la empuñadura y usó sus puños para golpearlo en las costillas con toda la fuerza que pudo. Mientras Calínico se crecía, el ladrón retrocedió y su compinche se aferró a él.

—¡No veo! ¡No veo! ¡Ayúdame! —suplicó con los ojos enrojecidos a su compañero.

El ladrón miraba con una mueca feroz a Calínico, quien percibió su indecisión creciente. El joven le gritó con grandes aspavientos:

—¡Largo! ¡Largo de aquí! —bramó Calínico haciendo el amago de sacar su arma. Apretó la empuñadura con más fuerza y el matón dudó.

Al fin otros viandantes se asomaron al callejón y los dos ladrones huyeron. El cordero seguía balando aterrorizado. Calínico se agachó para ayudar al anciano a levantarse. Sus ropas estaban viejas y gastadas, y emanaba un hedor insoportable, como de animal salvaje. Murmuraba una letanía ininteligible. Los mirones desaparecieron.

—¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido?, ¿quién eres?

—Me llamo Arnabarces —dijo observando la empuñadura de Calínico. Era el extremo de un pergamino enrollado—. ¿Esa era tu arma? ¿Un papiro?

El viejo se echó a reír, aunque la expresión de su rostro cambió de pronto cuando se palpó el costado. La palma de su mano estaba ensangrentada, y el costado parecía hundido. Intentó caminar, pero cayó en brazos de Calínico.

—Esos salvajes te han roto las costillas. Necesitas a un médico.

Lo ayudó a incorporarse. Por debajo de la vieja camisa vio su piel tatuada con serpientes de grandes ojos y bocas abiertas. También vio un disco, un anillo alado. El viejo se desvaneció. Calínico lo sujetó, cogió la bolsa y asió la soga del animal para tirar de él.

Ausonio de Tiro no puso ningún reparo en acoger al anciano en su casa como muestra de caridad. Cuando lo desnudaron para lavarlo y curarlo, miró los tatuajes: varias serpientes se devoraban unas a otras. También parecía haber dragones; las llamas de las fauces se prolongaban por sus brazos hasta las muñecas.

—Este hombre no es bien recibido en esta casa —sentenció el maestro frunciendo el ceño mientras Timeo apartaba las hediondas ropas del anciano para quemarlas fuera, en el jardín.

Pese a su disgusto, Ausonio empapó un paño de lino limpio en agua, sal y romero para aplicárselo en el costado.

—Le dolerá, pero le curará. La costilla está en su sitio. La sal formará una costra y se le cerrará la herida. Ayúdame con el vendaje.

El viejo apenas se movió. Debía de estar muy cansado, del cuerpo y de la vida. Su respiración era regular, aunque débil.

—Sanará —dijo Ausonio—, pero en cuanto mejore deberá marcharse.

—¿Qué significan esas marcas, esos símbolos? —preguntó Calínico. Los tatuajes estaban interrumpidos en varias partes por viejas cicatrices.

—Son símbolos de antiguas creencias. Antiguas creencias que la gente del desierto aún no ha desterrado. ¿Ves el anillo? Representa a un dios del fuego. Salvar a un hombre supone una responsabilidad. Lo velarás durante toda la noche.

Calínico suspiró resignado. Aún no sabía qué le había impulsado a meterse en aquel callejón.

Al alba, cuando Calínico ya cabeceaba de puro cansancio, el viejo abrió los ojos y gimió débilmente, pidiendo agua. Se palpó el costado vendado y las ropas limpias. Miró con serenidad el lecho, la habitación recogida y la luz de la ventana.

—Aún no me has dicho tu nombre, joven desdichado.

—¿Desdichado?

—Lo leo en tus ojos. Algo en tu interior pugna por salir, a la espera de un cambio que no se produce. Los cambios hay que provocarlos. Aprende eso, joven.

—Me llamo Calínico.

—¿Dónde estoy?, ¿quién me ha vendado?

—Estamos en casa de mi maestro Ausonio. Él te curó. Me avergüenza decírtelo, pero quiere que cuando te sientas mejor abandones la casa. ¿Qué significan los símbolos que llevas tatuados? Hemos visto el disco alado y las serpientes.

Arnabarces se incorporó en el lecho.

—Agradece a tu maestro su acogida. Es cristiano y ha cumplido con su obligación: ser misericordioso con el prójimo. Pero mucho antes del cristianismo estaba Zoroastro. Calínico, ven conmigo y aprenderás cosas que no te enseñará tu maestro. Así yo pagaré mi deuda contigo.

—Te ayudaré a llegar a dondequiera que te dirijas.

Salieron de la ciudad y se encaminaron al este, hacia las colinas del desierto. El muchacho se sentía inquieto.

—Zoroastro vivió aquí mil años antes que ese mesías crucificado vuestro. Ahora, por todas partes, los seguidores de ese nuevo profeta de los hijos de Arabia proclaman la verdad de su dios. Pero no hay más dios que Ormuz. ¿Qué aprendes con tu maestro?

—Es un filósofo, un pensador, un físico. Tiene una gran curiosidad. Enseña la ciencia de la naturaleza.

—No todo es ciencia ni lógica, joven Calínico, a veces es importante tener fe. Mira hacia arriba, a aquellas colinas, ¿ves esa roca en forma de columna? Allí podrás encontrarme cuando hayas vencido tu miedo.

A su regreso, Ausonio lo recibió con frialdad.

—¿Por qué? ¿Por qué su fe es peligrosa? —lo cuestionó Calínico.

—La sabiduría tiene las respuestas, no la fe. Podemos predecir eclipses. Podemos elaborar vino. Podemos construir barcos y levantar pirámides, hijo. ¡Yo las he visto! Y no las construyeron los dioses, sino los hombres. No dejes que ese viejo te confunda con su palabrería.

Al hablar así, el maestro no sabía que ya era demasiado tarde.

2

EL INICIADO

Pasaron varios días antes de que la inquietud se adueñara de Calínico, y un atardecer se escapó a la colina donde vivía el anciano seguidor de Zoroastro. La colina se levantaba sobre un gastado valle de piedra arenisca en el que crecían zarzas y cañas, en torno a una charca de agua pestilente. El muchacho llegó a un recodo y alcanzó la piedra que se erguía como un dedo índice. Era una piedra singular; en su base se veían marcas a intervalos regulares, talladas por el hombre. El camino seguía hasta un estrechamiento en la ladera con un arco de piedra natural; daba acceso a una explanada rodeada de altas paredes. En el centro había un pozo poco profundo, y frente a él, se abría una cueva excavada en la arenisca.

—¡Arnabarces! —llamó el joven aprendiz.

El eco rebotó en las paredes, calientes por el sol. En el fondo del pozo había un lecho de brasas aún candentes, sobre el que yacían los huesos calcinados de algún animal.

Movido por la curiosidad, el muchacho entró en la cueva. Era fresca. A un lado pudo ver un hogar rodeado de piedras ennegrecidas sobre el que reposaba una pequeña marmita. Cerca, colgados en la pared, había haces de hierbas secas junto a dos conejos desollados y ahumados y una tinaja llena de agua. Enfrente, ropas esparcidas y un jergón de hierbas sobre una plataforma de piedra. Junto a esta había un cuchillo negro; la techumbre también estaba ennegrecida. Más allá, en la profundidad de la cueva, rodeada por círculos de extraños grabados, se abría una oquedad llena de un líquido negro de olor penetrante. Aquello parecía el hogar de un eremita, o de un loco.

Calínico se sobresaltó cuando escuchó al viejo detrás de él.

—Te he olido desde el peñasco. Sabía que volverías. Ven, siéntate. Aún duele. Pero Ameretat me cuida, me abraza por la noche, me administra las plantas de los inmortales y me protege de Zarich, para que me deje tranquilo y me otorgue un día más.

—¿Quiénes son Zarich y Ameretat?

—El espíritu de la vejez. Ah, sí, tú no crees en ello. Eres cristiano… ¿Lo eres?

»Mira, esta es la hierba más preciada de Ameretat, la protectora: la haona. Encendamos el fuego y comamos carne que nos dé fuerzas.

El viejo tomó una porción de uno de los conejos, vertió en la marmita parte del agua de la vasija y cogió algunas hierbas, mientras murmuraba en un idioma desconocido. Quizá sirio antiguo, o elamita, o la lengua de los iranios. Calínico lo escuchaba hipnotizado. El presbítero no lo cautivaba tanto como los cánticos de aquel extraño anciano.

—¿Vives aquí? Quiero decir: ¿solo? ¿Por qué?

—No hay sitio para mí en la ciudad. Soy… hum… un idólatra, eso dicen. Pero no estoy solo. Tengo mis cánticos, y las estrellas. Y he de cuidar el fuego.

—¿El que está en el pozo?

—El que está en el pozo —asintió el viejo—. Me encargo de mantenerlo encendido. Hace mucho era una señal fuerte y poderosa, y daba la bienvenida a las caravanas del desierto, que dejaban junto a él sus ofrendas. Ahora mengua, porque yo soy el último que cuida de él.

»¿En qué crees tú, muchacho?

—No te entiendo.

El viejo murmuró por lo bajo, o eso parecía. Calínico se dio cuenta de que se estaba riendo.

—¿Crees en lo que te dice tu maestro? Es hora de que creas en otra cosa —dijo ofreciéndole un vaso ceremonial lleno de una bebida empalagosa—. Bebe y te enseñaré algo.

Calínico bebió. Entonces Arnabarces mojó sus manos en una tinaja con agua y llevó al muchacho junto a la oquedad sagrada. Alzó las manos, levantó la cabeza y cerró los ojos mientras murmuraba unas palabras ininteligibles. Cuando el cántico llegó a su cenit, dejó que unas gotas de agua resbalaran por entre sus dedos hasta caer en la poceta. La cueva se iluminó con un resplandor súbito. Una llama cubrió el lugar sagrado.

—¡Santo Cristo! —exclamó Calínico.

—Esto que ves es el fuego que nunca se apaga. Ni siquiera el agua puede apagar su llama. ¡Pruébalo!

—Pero… no puede ser. ¿Que pruebe, dices?

El muchacho tomó agua con una jarra y empezó a verterla sobre la llama. Para su asombro, no solo no se apagó, sino que se avivó repentinamente,

subiendo por el chorro líquido hacia la jarra con tanta rapidez que tuvo que apartarse de un salto para no quemarse.

—¿Has visto? Nada puede extinguir esa llama.

—¿Cómo es posible?

—¡Es el poder de Ormuz!

El muchacho vertió otro poco de agua y el fuego volvió a llamear.

—Muéstrame cómo Ormuz crea tu poder —pidió intrigado y mareado por la bebida narcótica.

—Antes deberás aprender. Siéntate. Supe que eras diferente en cuanto te vi. Es una historia antigua. Antes que nada, estaban la oscuridad y el caos, y entonces Ormuz soñó la creación, las estrellas, el mundo con sus ríos y montañas, los mares. Despertó, y pensó que sería hermoso que alguien apreciara los árboles y la vida. Pero en su sueño no solo estaban los hombres. También estaba Ahrimán, el demonio maléfico, y los dos hablaban a los hombres, intentando prevalecer el uno sobre el otro.

Calínico escuchaba mientras pensaba intrigado en la llama que no se extinguía.

A esa visita siguieron otras. Calínico evitaba a sus compañeros y a su maestro, pero Ausonio sabía perfectamente adónde iba y cuándo regresaba. En el taller, mientras atendía a sus otros discípulos, miraba de reojo cómo el muchacho experimentaba sobre la llama de una vela.

—¿Qué pretendes, Calínico? —le dijo clavando en él su mirada mientras se acariciaba la barba cana.

El chico recogió con lentitud los frascos que había utilizado y apagó la llama, pensando una respuesta que no lo delatase.

—¿Por qué el fuego se extingue con agua, maestro? ¿Existen fuegos diferentes?

—Difíciles preguntas me haces. ¡Ved, muchachos, qué intenso interés, y tan repentino, por conocer el orden de las cosas! El agua es fría, y la materia necesita calor para arder. El agua le roba calor y la llama se apaga. El agua siempre apaga el fuego, mientras haya agua suficiente.

—¿Y no puede el agua iniciar el fuego?

—No. Jamás podría. —El maestro acarició la cubierta de su grueso libro de anotaciones—. La brea arde, el azufre arde, la estopa arde, y el agua extingue todos los fuegos.

—¿Todos los fuegos?

Ausonio dejó de sonreír.

—¿No será aquel hombre el que ha puesto esas ideas en tu cabeza? Los adoradores del fuego son la encarnación del mal. ¡Te prohíbo que te acerques a él!

El muchacho frunció el ceño, pero no replicó a su maestro. En cuanto el filósofo dejó de prestarle atención para concentrarse en montar un serpentín de bronce, Timeo se aproximó a Calínico, quien se mostraba resentido.

—Te he visto saliendo de la ciudad —le susurró—. ¿Es cierto? ¿Has visto al anciano?

—¿A ti qué te importa?

—¡Es un loco! ¡Un idólatra! —Se acercó aún más—. Pero tengo curiosidad sobre lo que te cuenta. ¿Puedo ir contigo?

Calínico lo miró sorprendido. ¿No sería una astuta estratagema de su maestro?

—¿Tú? —Lo miró de arriba abajo. Ausonio escribía en su libro. Los otros discípulos se entretenían con el serpentín—. ¿No me traicionarás?

—¡No! Tus preguntas me han intrigado. Quiero saber más.

—Bien, sígueme esta tarde, y que Ausonio no sospeche.

Arnabarces los vio acercarse desde la lejanía.

—¿Y tú, qué esperas encontrar aquí? —le preguntó a Timeo.

—No lo sé. Eres un hombre extraño. Siento curiosidad por conocer lo que Calínico escucha a escondidas de nuestro maestro.

Se sentaron al calor de la lumbre. El pozo de brasas resplandecía, recién alimentado.

—Calínico, háblale de Ormuz y de los seis espíritus, háblale del bien y del mal.

—¿Teología? ¿Moral? —Timeo se levantó alarmado.

—El mundo está en equilibrio. En cada uno de nosotros existen el bien y el mal, y la lucha entre ambos es continua —recitó Calínico. Arnabarces lo animó a continuar. Por la expresión de Timeo, su plan estaba dando resultado —. Ormuz se reveló a Zoroastro como el único dios del bien, la encarnación de la verdad, la vida y el bien. ¿Te suena? ¡Es la misma revelación de Abraham!

—Pero hay más. —El viejo tomó un conejo, vació sus entrañas e inspeccionó su hígado, murmurando una letanía en avéstico—. «¡Te entrego

otra vida, para que apagues tu sed y te sacies, y todo sea propicio! ¡Hazme partícipe de ti!».

»La adivinación por las entrañas es una de mis artes; ¿quieres que adivine tu futuro?

Timeo salió de la cueva.

—¡No! No quiero oír más. No diré nada, Calínico. Pensé… que encontraría otra cosa —dijo alejándose del lugar.

—No estaba preparado, entonces —dijo Calínico mirando al viejo.

—No lo estaba. —El anciano le tendió un cuenco ceremonial, con la haona en infusión—. Bebe, hijo de la luz.

Calínico bebió mientras miraba la llama del fuego inextinguible. Se tumbó en una estera junto al fuego. La somnolencia se apoderó de él.

—Veo el fuego eterno. La llama imperecedera —murmuró el joven.

—Eso es. Ahora verás el futuro, el pasado, pero nada es inmutable. Cada persona es responsable de su existencia. Los que actúan mal se dirigen a su ruina moral, y deberán realizar una compensación por sus actos antes de alcanzar la luz. —El viejo también bebió, apurando el cuenco—. ¿Qué ves?

La conciencia de Calínico se hundió en un mundo de pesadilla. La cueva y el anciano desaparecieron envueltos en bruma y se transformaron en un mar anaranjado, reflejo de las nubes llameantes que inundaban todo el orbe.

—Fuego. Todo está rodeado de fuego. ¡Una serpiente de ojos rojos arroja fuego por su boca! Y se mueve en un mar ardiente, lleno de voces suplicantes y desgarradoras. ¡Es espantoso!

—¡La serpiente es Ahrimán! —exclamó Arnabarces—. ¡Domínate!

La voz del anciano sonaba muy lejana, amortiguada por las olas en las que Calínico se ahogaba. La serpiente nadó hacia el muchacho mientras sus ropas, su pelo, su piel se calcinaban, y le habló con una voz estentórea y cavernosa.

—¿Cómo te atreves a desafiarme? ¿Aspiras a conocer el secreto del sacerdote a costa de tu alma?

La carne se le llenaba de ampollas en el líquido hirviente y se desprendía de sus huesos. El tormento era terrible.

—¡Nada está predeterminado! ¡Cada persona hace su destino! ¡Nada de esto está sucediendo! —exclamó con su último hálito.

La serpiente lo rodeó, mirando cómo se consumía. Calínico solo pudo oír tres palabras antes de que su conciencia se disolviera:

—¡Ah!, pero sucederá.

Después de la oscuridad, llegaron las estrellas. El muchacho reconoció Casiopea, el Carro y el Cazador. Sintió vértigo, aunque su conciencia no tenía cuerpo, y con un descenso vertiginoso volvió al mundo de los hombres.

—¡Ahrimán! —exclamó sudoroso, alzándose de pronto de la estera.

Volvió a tumbarse. Todo le daba vueltas. Las manos le temblaban. El viejo estaba recostado, bebiendo agua. Vio cerca de él un pequeño dedal lleno de tintura negra y un punzón afilado. Se palpó el costado, dolorido. Un lienzo le cubría parte del torso. Algo había sucedido mientras dormía.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—El necesario. Ahora llevas el símbolo de Ormuz, y por él has vuelto conmigo.

—Un tatuaje. Y tú, ¿has soñado?, ¿qué has visto? —le preguntó Calínico.

—He visto mi muerte. He soñado que tú me matabas.

Era muy tarde. Calínico salió y se quedó de pie frente al pozo de brasas. Una estrella fugaz cruzó el limpio cielo del desierto.

—¿Por qué? ¿Qué motivo tendría para hacerlo?

—Dímelo tú. Has venido a escucharme noche tras noche. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero conocer el secreto del fuego que no se apaga.

—Aún no es el momento. —El viejo tosió y miró el esputo oscuro—. Ven mañana.

Ausonio estaba desesperado con el díscolo aprendiz. No lograba comprender qué lo llevaba día tras día hasta las colinas.

—¿No has pensado en que pones en peligro a todos en esta casa? Bajo los pórticos la gente murmura que estás ayudando a ese viejo con mi connivencia. ¿Quieres hacernos sospechosos ante el almotacén?

—Sospechosos ¿de qué?

—Calínico, ¿en qué mundo vives? Sospechosos de perturbar las costumbres y el orden. Te acogí por tu inteligencia, y observo que la estás corrompiendo. Tu ejemplo está afectando a los demás. Timeo volvió perturbado la otra noche. ¿Estuvo contigo? —Calínico negó con la cabeza—. No puedes atender a dos maestros. Debes elegir.

—¡Elegir! ¿Dices que sienta curiosidad por el mundo y por eso me rechazas? No me lo merezco. —Se irguió en un rapto de orgullo—. ¡Debes confiar en mí!

—Elige, Calínico, pero elige bien.

Pasaron tres días antes de que pudiera volver a las colinas. Tuvo extrañas visiones de un ejército que cruzaba una enorme puerta triunfal de ladrillo esmaltado en azul con figuras de leones dorados. Vio fuego, vio la caída de una gran ciudad. Vio la estatua de un demonio en lo alto de una columna dominando un inmenso campo de ruinas humeantes, y el demonio lo saludaba envuelto en un torbellino de calor. Vio a Arnabarces arrodillarse ante una llama inmensa y a una gran muchedumbre que lo imitaba. Y supo que tenía que volver junto al anciano de la llama.

Llegó la noche. Su mirada se cruzó con el reproche silencioso de Timeo, pero no se dijeron nada. El cielo seguía limpio y sin nubes. Al llegar a la explanada de la cueva del solitario anciano le extrañó que el pozo no estuviera bien alimentado, y supo que algo iba mal.

La caverna estaba en completa oscuridad. Tomó una de las ramas a medio consumir, avivó la llama y entró en la cueva. Arnabarces estaba tumbado y su respiración era muy débil. Estaba cubierto de dibujos sagrados. La estera estaba impregnada de brea. Calínico no comprendía nada. ¿Qué significaba todo aquello? Esos signos…, sí, entendía ese signo. Se lo había enseñado Arnabarces. Se esforzó por recordar qué significaba. Vio un vaso de haona aún caliente, a medias. Aplicó un lienzo húmedo sobre la frente del anciano y encendió una lucerna de aceite. El viejo abrió los ojos.

—Sabía que volverías —murmuró—. Pero no me queda mucho tiempo.

—¡Ven conmigo! Mi maestro te curará.

—No. Escúchame ahora, Calínico. Es tarde para mí, y seré el último, a menos que tú seas el siguiente. Quieres conocer el secreto del fuego, el don de Ormuz, y eso es lo que te ofrezco. Escúchame atentamente.

Calínico retrocedió espantado; mientras atendía a los débiles susurros del anciano, hizo su aparición una visión repentina de la serpiente de fuego que clamaba por su alma. El viejo lo agarró con fuerza.

—¡Suéltame!

—¡Acércate más! ¿No quieres conocer mi secreto?

Calínico forcejeó, derribando la lucerna. El aceite ardiendo prendió las ropas y la estera del viejo, y este dio un alarido terrible.

—¡No! ¿Qué has hecho? ¡Ya es tarde para mí! ¡La serpiente reclama mi alma!

Una de las manos en llamas del anciano se aferró al brazo de Calínico como una garra. Entonces recordó. El signo significaba «sacrificio».

—¿Qué sacrificio?

—¡Tu alma a cambio de la liberación de la mía! ¡Consúmete en el fuego conmigo!

En el resplandor del fuego el aprendiz vio los grabados de la cueva llenos de sangre y comprendió cuál había sido el propósito de Arnabarces: liberar su alma a cambio de una víctima a Ahrimán. El viejo, todavía en llamas, intentó levantarse empuñando el cuchillo ceremonial, pero Calínico, aterrorizado, consiguió arrebatárselo y desasirse, empujando al hombre al fondo de la cueva, donde se amontonaban recipientes de barro llenos de aquel líquido negro, que se inflamaron provocando una tormenta de fuego. Los gritos del viejo fueron terribles, y acompañaron a Calínico en su huida.

¿Qué le había susurrado Arnabarces antes de morir? ¿Le había confesado los elementos del fuego secreto? ¡Aceite mineral! ¡Era uno de ellos! No podía recordar más, espantado por la visión de las llamas que consumían la carne del viejo. Tenía que recordarlos, ¡tenía que ser capaz!

Regresó apresuradamente a la casa del filósofo y se dirigió a la sala del taller, pero no estaba solo allí. Dos figuras lo esperaban. Desprevenido, una terrible bofetada lo arrojó al suelo. Ausonio retiró el trapo que ahogaba la luz de una linterna; sus facciones estaban marcadas por la rabia. Tras él, abochornado, se encontraba Timeo.

—Pensé que debía ser paciente contigo, pero no hay salvación para ti, ¡recoge tus pertenencias y lárgate de esta casa!

Calínico se levantó empuñando el cuchillo. Destilaba odio hacia Timeo por su traición.

—¿Qué es ese olor que traes contigo? —preguntó Ausonio—. ¿Qué es ese tatuaje, y ese cuchillo? ¡Dios bendito! ¿En esto han quedado mis enseñanzas? ¡Un seguidor de un culto bárbaro! ¡Qué gran traición a mi confianza! Pero el almotacén sabrá de ti, ¡oh, sí! ¡Te espera la soga! ¡Arrincónale, Timeo!

—¡No! —exclamó Calínico intentando zafarse de ambos.

Entablaron una lucha encarnizada. Anaqueles, frascos, cazos, alambiques, todo cayó al suelo. La linterna se volcó sobre el libro de notas del maestro. Timeo cogió a Calínico por ambos brazos, dispuesto a reducirlo, pero este esgrimió el cuchillo y lo hirió. Timeo se palpó la sangre y se apartó asustado.

—¡No escaparás, hijo del diablo! —Ausonio se arrojó sobre él.

—¡Maestro! ¡Tus notas están ardiendo! —gritó Timeo con desesperación.

El fuego se propagó con rapidez por las paredes y el techo. Timeo intentó controlarlo, mientras Calínico forcejeaba con su maestro.

—¡Me has mentido, nos has mentido a todos! ¡Nunca nos dijiste la verdad! —se quejó Calínico amargamente, debatiéndose con más fuerza.

—¿Qué verdad?

—¡Que no hay dioses! ¡Nosotros somos los propios dioses! —exclamó Calínico con una revelación repentina.

En el forcejeo, el cuchillo ceremonial se clavó en el vientre del maestro, que cayó al suelo herido mortalmente.

—¡Maestro! ¡Calínico! —Timeo se desentendió del fuego para arrodillarse y cargar con Ausonio. Este, exangüe, murmuró algo. La vida se le escapaba a borbotones. Miró a Calínico, quien pareció salir de su parálisis, aún cuchillo en mano. Tenía lívidos los nudillos. Todo estaba rodeado de llamas y las llamas le hablaban; le decían que aceptaban su ofrenda y que ya no lo abandonarían. Timeo le dirigió una mirada suplicante—. ¡Todo está perdido! ¡Ayúdame a sacarlo de aquí!

Calínico, horrorizado, con las manos manchadas de sangre y la mirada desenfocada, huyó de allí y se perdió en la noche.

3

UN MAR ARDIENTE

El renuente aprendiz huyó de su pasado uniéndose a una caravana que se dirigía a Damasco. Muawiya ibn Abi Sufyan, iniciador de la dinastía de los omeyas, había convertido la ciudad en capital del califato. Damasco era un hervidero de emisarios, comerciantes atentos a la menor oportunidad, soldados, mulás y caídes, todos pendientes de encontrar un atisbo de posibilidad para acercarse y mendigar los favores del nuevo califa.

La angustia atormentaba a Calínico. ¿Acaso había sido culpable de todo lo ocurrido? ¿Estaría condenado a tener que soportar por el resto de su vida la horrenda visión de las garras carbonizadas de Arnabarces y de las manos ensangrentadas de su maestro? El cuchillo de oro y rubíes seguía en su poder, oculto entre su ropaje. Era incapaz de decidir los nuevos derroteros que tomaría su vida, pero mientras necesitaba comer y dormir. La venerable y romana Damasco se estaba transformando según los designios de su nuevo señor; estaba llena de andamios y hambrienta de brazos jóvenes y fuertes. A cambio de comida y cama, Calínico entró a trabajar como peón en la construcción de una mezquita. Ausonio le habría tachado de sacrílego; estaría revolviéndose en su tumba.

El maestro de obras era un sirio de mirada pícara y nariz bulbosa, robusto y de barriga protuberante, que no se tomó a bien que el nuevo peón foráneo opinara sobre la necesidad de reforzar o no varios de los muros.

—¿Crees que se caerán? ¿Es que eres un docto arquitecto? ¡Concéntrate en llevar las espuertas de adobe o te moleré a palos!

Deslomado y agotado de día, de noche Calínico soñaba de forma recurrente con la figura en llamas del seguidor del fuego, consumiéndose en su cueva del desierto. En su sueño, el viejo movía los labios entre las llamas y el calor, pero Calínico no llegaba a entender lo que le decía. ¿Serían esas palabras la revelación de su secreto? Quizás el califa recibiera bien el secreto

de la existencia de un fuego capaz de vencer al agua. El califa Muawiya lo colmaría de oro en cuanto lo escuchara.

Un día, un altivo jinete de ricos ropajes de seda negra bordados en plata, turbante, barba espesa y oscura y mirada desafiante visitó la mezquita en construcción seguido por su escolta. El alarife se deshizo en alabanzas y elogios hacia el recién llegado, quien asentía en silencio a las explicaciones alborozadas de su guía. Parecía poco satisfecho con los progresos. Calínico, resoplando por el esfuerzo de remover la argamasa, le preguntó por él a otro obrero.

—¿Quién es ese?

—Un emir de Muawiya.

—¿Un emir? ¿Y de qué lo conoce? —insistió Calínico secándose el sudor de la frente con el borde de la camisa.

—Es el benefactor que financia la mezquita, rumí.

Calínico sentía que su sitio no estaba allí. Tenía un gran secreto, y en la oscuridad de la cuadra aneja a la mezquita donde dormía junto a otros peones pobres como él, meditaba sobre cómo dirigirse al emir. ¡Aquella no podía ser su vida! ¡Si tan solo recordara la fórmula, si entendiera aquellas palabras mudas! ¿Sería ese conocimiento parte de los secretos herméticos de su maestro, perdidos en el fuego de aquella noche aciaga? Tenía que pensar en la forma de hablar con el enviado del califa.

Cuando el emir regresó a inspeccionar el avance de la cúpula del edificio sagrado, Calínico se arrojó a sus pies, humillándose ante la mirada estupefacta del alarife.

—¿Quién es? —preguntó el emir con frialdad, deteniendo a sus hombres con un gesto en tanto no recibiera una explicación. El alarife temblaba de ira y de miedo.

—¡Oh, un peón, un rumí sin oficio ni beneficio! ¡Largo, escoria! ¡Vuelve a remover la argamasa!

—¡Oh, emir, déjame hablar contigo! —Calínico alzó la cabeza del suelo —. Tengo algo que interesará al califa. ¡Déjame hablarte a solas! ¡Soy un estudioso, un erudito! ¡Escúchame, por Alá!

—¡No menciones el nombre del Misericordioso, rumí! ¿Qué pides a cambio? ¿Una moneda?, ¿dos?

—Una oportunidad. Escúchame y tendrás mucho que ganar.

—Quizá sí, quizá no. —A una señal del emir, el joven fue arrastrado fuera de su camino—. Mientras lo pienso, no estará de más que recuerdes quién decide sobre tu vida o tu muerte, y a quién debes respeto. ¡Alá sabe de mi paciencia! ¡Dadle veinte latigazos!

El maestro de obras rio. Los soldados azotaron al joven en un callejón próximo, para evitar las salpicaduras de sangre en el futuro recinto sagrado. Dos mendigos se mofaron de él; parecía uno de ellos.

—¡Y ahora vuelve al trabajo, perro! —Y diciendo esto, uno de los soldados lo arrojó de un puntapié al suelo, junto a la arena y los adobes.

Calínico tardó días en recuperarse, pero la humillación sufrida reforzó su determinación. Quería creer que aquellas imágenes de pesadilla que sufría noche tras noche tenían una razón de ser; o tenía un gran secreto al alcance de las manos o estaba volviéndose loco. ¿Por qué si no había escuchado a la serpiente de fuego, que le exigía una ofrenda a cambio de sus deseos? Y seguía sin entender las últimas palabras de Arnabarces.

Una noche salió con cuidado de la cuadra. Deambuló por las calles desiertas, evitando a las patrullas urbanas, hasta que encontró a una víctima, un viejo harapiento oculto detrás de una cestería. Su aliento apestaba a mosto fermentado, ilícito. Calínico sacó el cuchillo ceremonial. El viejo estaba tan borracho que apenas abrió un ojo cuando el joven le desnudó el torso. Necesitaba su hígado, un hígado humano, para satisfacer a Ahrimán.

—¡Recibe este sacrificio! ¡Que el rumor de la sangre alcance las estrellas y otorgues a mi palabra tu verdad, a mis brazos tu fuerza, a mi destino tu voluntad! ¡Si es cierto, que así se cumpla!

Los caballos relincharon en una cuadra cercana, asustados por el único grito del desafortunado viejo. Un soldado se acercó a la carrera atraído por los ruidos del callejón, y la visión de Calínico le confundió. Lo que vio, para su terror, no fue a un hombre, sino una sombra ominosa y amenazante, inmensa, agachada como una alimaña sobre el cuerpo abierto de un viejo inerte, con las manos y el rostro cubiertos de sangre. El hígado aún palpitante chorreaba caliente entre sus garras. El soldado huyó lleno de pánico ante la aparición de aquel demonio.

Calínico, asustado por haber sido descubierto, se alejó a la carrera, arrojando el hígado que lo incriminaba, se limpió cuanto pudo y huyó de las luces de las ventanas. Oyó el paso precipitado de una escuadra de soldados

justo después de regresar a la casa del albañil. Algunos de sus compañeros se revolvieron en sueños, turbados por su ruido, sin llegar a despertarse. Calínico permaneció insomne. Era su alma a cambio de otra alma.

Al día siguiente, el rumor de que una figura siniestra vagaba por las calles se propagó con rapidez de boca en boca.

—Me han dicho que vieron a un demonio devorando a un hombre. ¡Sus garras le habían abierto en canal, y bebía de su sangre! —comentó aterrado uno de los obreros.

—¡Quiera Alá que nos libre de él! —exclamó otro de los peones.

El emir reapareció. El maestro de obras se apresuró a recibirlo para mostrarle los azulejos de colores con los que alicatarían las paredes. Calínico lo miró con intensidad, deseando que lo recordara, pero el emir pasó de largo. Quizá no había hecho suficiente, pero eso podía arreglarse.

En cuanto se acallaron los rumores en la calle volvió a salir, y regresó de madrugada temblando. Había conseguido otra víctima, pero los apresurados pasos de unos soldados le habían hecho huir antes de cumplir con su objetivo; y se reprochó haber fracasado por segunda vez.

El emir regresó a la mañana siguiente para asegurarse de que unas columnas llegaban a la mezquita en la que su nombre perduraría por siempre. Calínico estaba embaldosando un suelo cuando pasó junto a él. Y aquel lo miró.

—Tú eres el rumí. Aún estoy meditando tus palabras. ¿Trabaja bien? —le preguntó al maestro de obras con cierto desdén no exento de interés.

—¡Oh, sí! Desde que le diste una lección no ha dado problemas y trabaja como un mulo. Pero no nos entretengamos. ¿Qué hay de ese adelanto en oro, noble señor? Mis hombres comen todos los días.

Calínico soñó otra vez con que la serpiente le hablaba, siempre en sueños, rodeado de fuego y tormento, sobre una tierra calcinada y junto a un mar hirviente bajo cielos anaranjados. La serpiente lo rodeaba, acosándolo.

—¡Ayúdame a atraer la atención del emir! ¡Ayúdame a convencerlo de que merezco su indulgencia y su tiempo!

—¡Antes debes hacer más! —siseó la serpiente—. ¡Aún falta algo! Nada necesitas salvo entregarme tu alma.

—¡Te entregaré cuantas almas me pidas, pero dame tu poder! ¡Tu favor!

—¿Mi favor, insecto? —La serpiente abrió su boca abrasando con su aliento infernal la carne de su joven seguidor—. ¡Que tus ofrendas lleguen al cielo y te escucharé!

Por tercera vez, Calínico salió de madrugada a las calles. La serpiente le pedía someter a su sacrificio a una voluntad fuerte, pero los murmullos de terror poblaban el barrio. Los soldados estaban atentos. La vigilancia de la ciudad se había reforzado, dispuesto el gobernador a acallar los rumores supersticiosos. El joven se paró al ver frente a él a un hombre de pie, de espaldas, que no se había apercibido de su presencia. Llevaba un turbante blanco y estaba armado; su espada colgaba del cinto. En silencio, Calínico sacó el cuchillo ceremonial y se acercó al soldado. ¿En qué estaría pensando?, ¿en su mujer, en sus hijos, en la cosecha de algodón que plantaría con el equinoccio de primavera? Calínico levantó el cuchillo con ambas manos y, seguro de su triunfo, no pudo reprimir una emocionada exhalación. El soldado se volvió alarmado y Calínico bajó los brazos con toda su fuerza. El hombre no pudo gritar. El cuchillo le segó la vida, cortando su pecho y su corazón en dos. Cayó al suelo, paralizado y moribundo, y antes de que su vida se apagara sintió el desgarro de sus entrañas, y vio cómo el seguidor del fuego reía, sosteniendo ante él su hígado sangrante.

Calínico huyó con su trofeo buscando un sitio seguro. En una huerta abandonada sacó yesca y pedernal y encendió un fuego, lo alimentó, y antes de que las brumas ocultaran la luna menguante hizo su ofrenda a las llamas. Observó el humo negro y se llenó del olor a carne humana quemada. Gritó invocando a Ahrimán, pero una risa siniestra le hizo volverse con un escalofrío. Sentía una presencia que le escrutaba desde la oscuridad y le alcanzaron unas palabras susurrantes que no entendió.

—¿Quién eres? ¿Qué… quieres de mí?

—Todo —respondió en griego la sombra.

Un viento frío lo envolvió, rodeándolo antes de desvanecerse.

Cuando Calínico regresó a la casa del albañil, temblando, uno de sus compañeros de cuadra lo miró, medio despierto, inquieto por ese olor que llevaba consigo. Aquella noche, por primera vez, el joven aprendiz soñó con otra cosa que no era el fuego; soñó con el mar, y durmió con gran sosiego.

Pero su compañero le miraba los pies, inquieto. Unas manchas oscuras bañaban las suelas de sus sandalias.

Las murmuraciones en la ciudad se hicieron eco de la nueva muerte. Asustados, los más supersticiosos besaban amuletos y custodios de su suerte.

—Vieron al diablo pasearse de noche, subiendo las paredes como una gigantesca lagartija —comentó un espartero.

—Pero ¿tú lo viste?

—No, yo no, pero me lo ha dicho mi cuñado, que conoce a alguien que tiene un primo que dice que lo ha oído, ¡que Alá nos perdone!

—¡Yo he oído que sus garras chorreaban sangre! —coincidió con él un panadero mientras todos los que los rodeaban prestaban atención a sus palabras.

Calínico se esforzó por ocultar los restos de sangre de debajo de sus uñas removiendo la argamasa con las manos. Sus esfuerzos serían en vano; en la cuadra, un criado había visto algo extraño junto a la estera que ocupaba el joven de Heliópolis. En un muro próximo vio el rastro de una mano ensangrentada, y otra más en el reverso de la estera, que estaba impregnada de un olor extraño. El criado se precipitó en busca de su amo. No podía sacarse ese nauseabundo olor de la cabeza.

El emir recorría la mezquita; esta vez se mostraba satisfecho con los avances. Las yeserías le gustaban y ya estaban colocando el andamiaje para construir la cúpula. Cuando lo vio, Calínico supo que su ruego había sido escuchado, y ensayó en su mente las palabras que le dirigiría en ese día glorioso, atento en todo momento a la aparición de su oportunidad. Aún no las había encontrado cuando un criado ansioso llegó hasta el maestro, quien miró con alarma a Calínico. Murmuró unas palabras al emir y todos se giraron hacia él.

—¿Estás seguro? —preguntó el jinete de Alá.

El criado asintió, pálido.

—¡El diablo! ¡El diablo! —murmuraron los peones más cercanos al de Baalbek, y se apartaron de él con aprensión.

—¡Tú! ¡Date preso en nombre del califa! —ordenó desenvainando su espada.

Calínico, consciente de pronto de la gravedad de la situación, dejó la espuerta y salió corriendo de la mezquita en medio del desconcierto.

—¿Cómo se llama? —exigió el emir al alarife, alzándolo contra uno de los muros recién encalados—. ¡Dime cómo se llama ese hijo del diablo!

—¡El rumí se llama Calínico!

—¡Treinta dinares de oro a aquel que me traiga su cabeza!

Era viernes y Damasco rebosaba de visitantes ansiosos por ver al fundador de la dinastía de los omeyas. Calínico se confundió con la multitud, intentando despistar a los soldados mientras maldecía el legado que había recibido. Ante un caravasar, en un forcejeo feroz, intentó robar un caballo de manos de un criado.

—¡Amo! ¡Amo! ¡Por Alá, me roban!

—¡Calla o me llevaré tu alma! —La voz ronca y los ojos brillantes no eran los de Calínico, y el criado cayó al suelo despavorido.

El joven de Heliópolis huyó alejándose de la capital, maldiciendo su estrella, su destino y su futuro.

Galopó por los caminos polvorientos sin comer ni beber hasta la caída del sol. Una sed atroz lo atormentaba, y durmió oculto en una quebrada en el desierto, lejos del vergel de Damasco. En mitad de la noche un viento nocturno espantó al caballo, que rompió las riendas y galopó sin control hasta perderse de vista.

—¿Qué quieres? ¡Dios mío!, ¿qué he hecho? —exclamó Calínico. De repente cayó en la cuenta de que su dios ya no sería nunca más el dios cristiano—. ¿No ha sido suficiente? Me persiguen, y no pararán hasta encontrarme. ¿Dónde está tu promesa, serpiente maldita?

«Mi alma a cambio de tu alma», recordó el joven, y supo que estaba perdido. Estaba en la tierra del demonio de fuego, donde Ahrimán le seguiría sin pausa, sin cansarse jamás, hasta que el viejo Arnabarces tuviera sosiego con el cumplimiento de su postrer deseo. ¡Huiría de allí! ¡Viajaría rápido, más rápido que nadie, lejos de aquella tierra! No esperó a que amaneciera. Comenzó a andar hacia el oeste, siguiendo el rastro del caballo.

Hasta varias semanas más tarde, Calínico no pudo disfrutar de un instante de sosiego. La barba le oscurecía el rostro. Cerró los ojos y se rascó la barbilla. La brisa marina le refrescó mientras el barco subía y bajaba, acercándose con el viento del sur a la gran ciudad amurallada. ¿Era eso lo que había querido la serpiente? Ausonio de Tiro decía que en aquella ciudad estaba todo el saber

que no se había perdido en las arenas. ¿Hallaría allí respuesta al secreto de Arnabarces? Se negaba a entregar su alma. Alcanzaría el secreto y haría un trato. ¡Un trato con el diablo!

El aire del mar de Propontis lo llenó de esperanza y ambición. La cúpula de Hagia Sophia y las interminables murallas se le grabaron en el corazón, dejándolo mudo de asombro. Allí esquivaría al demonio, a la serpiente, al pasado y a su conciencia. En el año 674, Calínico arribó a Constantinopla, la capital del mundo.

El joven de Heliópolis dominaba el griego, el latín y el árabe, y tenía conocimientos de filosofía y de medicina. Después de un tiempo, consiguió que un profesor del Auditorium lo admitiera como traductor. Jamás había conocido una ciudad como aquella, tan joven y tan llena de oportunidades, en la que el conocimiento tenía su lugar. Al Auditorium acudían jóvenes y eruditos de todo el imperio a estudiar leyes, gramática, retórica y medicina. Había otros jóvenes como él, pero ninguno tenía su ambición. Dentro de la biblioteca, en sus subterráneos, se ocultaban los legajos que él tenía que examinar.

—Perdona, ¿puedes ayudarme? —le preguntó un joven eunuco un día. Portaba una enorme cantidad de papiros entre sus brazos y no podía abrirse paso—. No puedo yo solo. ¿Podrías acompañarme?

—¿Adónde? —inquirió Calínico levantando la mirada de su mesa con suspicacia.

—Al sótano de la biblioteca. A guardar estos rollos, ¡no puedo leerlos! Si pudieras ayudarme…, me han dicho que lees latín con fluidez.

—¿Al sótano? —Era una oportunidad brillante—. ¿Cómo te llamas?

—Marius.

—Yo me llamo Calínico. Te ayudaré con estos papiros.

Gracias a Marius, un aprendiz de restaurador, pudo acceder a los legajos imperiales de la época fundacional de la ciudad, cuando Constantino el Grande decidió adornarla con lo mejor de todo el imperio, incluyendo sus libros, rollos y manuscritos. Así, en largas noches insomnes, Calínico, infatigable, leyó sobre el origen del fuego. Herodoto hablaba de las flechas

incendiarias con estopa embreada usadas por Jerjes en la conquista de Atenas; Alejandro el Grande había usado unas vasijas rellenas de brea y resina de cedro… Calínico supo en el fondo de su corazón que el éxito se aproximaba.

Cuando leyó en un manuscrito polvoriento sobre Claudiano de Alejandría y las luces y relámpagos del templo eleusiano de Ceres, supo que todo era cuestión de tiempo. Encontró una mención en un papiro egipcio, pero no halló nada más.

—*Corpus hermeticum*… —El documento estaba muy deteriorado. Calínico suspiró, cansado y frustrado—. Otro libro perdido más. ¿Dónde te escondes, Hermes?

Allí, entre los libros de la biblioteca imperial, estaban las respuestas a los secretos herméticos del enigma del fuego imperecedero.

Semanas después llegaron noticias de que la flota árabe del califa Muawiya se estaba apoderando de las islas del Egeo: Quíos, Chipre, Rodas, una tras otra, voraz e imparable. La guerra asolaba Siria y Capadocia, devorando insaciable los territorios del Imperio bizantino.

Calínico sabía que no eran los árabes quienes asediaban ciudades y derribaban iglesias. Era la serpiente demonio de fuego, que lo había encontrado e iba tras sus pasos. La solución estaba cerca, pero por más que leía no encontraba nada sobre el fuego inextinguible. Pensó que sería bueno comenzar por el principio. Convenció a un joven estudiante fascinado por el fuego, un pirómano, para que fuera partícipe de sus experimentos por la noche en una de las estancias del Auditorium, lejos de otros ojos.

—No puede ser que Claudiano, Herodoto, Dionisio, persas y romanos estén equivocados, no puede ser que todos estén equivocados. ¡Sé lo que vi!

—¿Y qué viste? —preguntó el ayudante, intrigado por el celo con el que Calínico ocultaba su pasado.

—Tenemos aceite mineral, cal, brea, resina de cedro, aceite del Líbano, *aqua infernalis* y todos los componentes que mencionan los antiguos. Procederemos otra vez a seguir las anotaciones una por una.

Hirvieron y enfriaron, como decían los herméticos. Evaporaron y condensaron. Separaron y mezclaron. Pasaron días, transcurrieron semanas, meses. Las pruebas siempre eran prometedoras, pero nunca definitivas. Y los árabes avanzaban hacia Constantinopla, devorando el Egeo a su paso. La serpiente se reía de Calínico. Tal vez fue la desesperación lo que le inspiró a probar una última mezcla. Depositó los ingredientes en el recipiente al fuego

y un olor nuevo, penetrante, asfixiante, invadió la sala según salía del alambique gota a gota mezclado con la resina y el fluido oscuro procedente de Armenia.

En un descuido, su ayudante vertió sobre la mesa una parte del líquido. Sobresaltado, dejó caer un recipiente con cal viva. El líquido se mezcló con la cal.

—¡Estúpido! —le espetó Calínico. Su genio era cada día peor, consumido por el miedo y el cansancio. Una rueda de fuego desvelaba su mente por las noches, impidiéndole dormir.

—Estoy harto de tus insultos. ¡Será la última vez que te ayude! ¡Y como soy yo el que tiene la llave de esta sala, no volverás jamás!

El líquido se escurrió por la mesa, hasta gotear sobre un cubo con agua. Y el agua ardió. Los dos jóvenes miraron el balde con incredulidad.

—¡Enciende esa mezcla!

La mezcla prendió en llamas. Calínico tenía el corazón desbocado.

—¡Apágala!

Calínico se apartó y su ayudante vertió agua sobre la mezcla. Un olor extraño inundó la sala, y el fuego, lejos de apagarse, siguió al agua y prendió las ropas del chico.

—¡Ayúdame, Calínico!

—¡Rápido, usa esto!

Le entregó un vaso de cobre con la última condensación del alambique y se alejó más aún. Cuando el joven vertió el contenido del vaso sobre sus ropas, las llamas se avivaron, haciéndole proferir alaridos de agonía.

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡Arde, arde inextinguible! —exclamó Calínico con los ojos brillantes, fascinado por las llamas que hacían bailar una danza macabra a su desafortunado compañero.

Las llamas salían de su boca. El joven cayó muerto al suelo y solo entonces luchó Calínico furiosamente por apagar el fuego, con arena y una manta empapada en vinagre. Lo había conseguido. ¡El secreto era suyo y solo suyo! El olor a carne quemada lo rodeaba. Sí, el desafío llegaría ante Ahrimán. Corrió a cambiarse, ya que aún tenía una difícil misión: convencer al emperador Constantino IV. Con el fuego secreto, derrotarían a las tropas del demonio y pactaría una tregua con la serpiente, para conservar su alma. Sin él, todo estaría perdido. ¡Él era el elegido!

Su hallazgo llegaba en el momento preciso. Después de atravesar el Helesponto y alcanzar el mar de Mármara, la flota del califa Muawiya se apoderó de la península de Cyzicus en la costa de Bitinia, a tan solo cincuenta

millas al sur de la capital del Imperio bizantino, mejorando sus defensas antes de su avance final contra Constantinopla. En el año del Señor de 675 todo estaba preparado. Los barcos musulmanes transportaron a la parte europea de la Propóntide enormes ingenios de asedio y catapultas, y Muawiya comenzó el sitio de Constantinopla.

Los combates navales cortaron el suministro de alimentos. Y mientras las murallas de la ciudad eran puestas a prueba sin descanso, un mensajero intentó por tercera vez en el día llamar la atención del chambelán del palacio imperial. El funcionario guardaba que nadie interrumpiera la meditación y los pensamientos de Constantino IV, quien, sentado solo en su trono de oro y piedras preciosas, resguardado tras los velos de seda que lo separaban del resto de los mortales, reflexionaba sobre el tiempo que resistiría la ciudad.

El chambelán giró la cabeza. El mensajero, conocedor de las formalidades de palacio, se postró y le mostró un rollo de pergamino. Lo firmaba el prefecto de la ciudad. El funcionario lo cogió, reconoció el sello y cruzó los velos. El emperador lo miró cansado, con los ojos hundidos tras dos noches en vela, y le hizo un gesto de interrogación. El chambelán leyó en voz alta para él.

—«Oh, *basileus*, nacido en púrpura, representante del Señor en la tierra, en los momentos de infortunio nuestro Señor nos pone a prueba y de la manera más insospechada nos envía su aliento para que no desfallezcamos. Un hombre, un erudito, me ha mostrado cómo podemos vencer a las tropas del califa y a su armada. Escuchadle, os lo ruego, en sus manos está la salvación del Imperio. Sin él, nos enfrentamos a un asedio largo e incierto». Lo firma el prefecto.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el emperador levantándose del trono y dirigiéndose al emisario. Estaba dispuesto a agarrarse a cualquier posibilidad, por pequeña que fuera—. ¿Dónde está? ¡Chambelán, haz que lo traigan a mi presencia!

—Sea —contestó el emisario, y cruzó la estancia hasta postrarse ante el trono. Era joven, pero tenía una mirada penetrante—. Yo soy ese hombre, oh, *basileus*, y aquí, en mis manos, está lo que os ofrezco. El destino del Imperio.

Calínico le mostró una redoma llena de un fluido oscuro.

—¿Quién eres? ¿Y qué contiene ese frasco? —preguntó intrigado Constantino, un poco decepcionado. Se esperaba algo milagroso. Pero el hombre transmitía una fuerte vehemencia y permitió que hablara.

—Oh, *basileus*, alto será el precio de esas dos respuestas, pero lo tendréis por una bagatela cuando contempléis esto. —Y vertió el contenido de la

redoma en una bandeja de plata.

El chambelán, apostado en el otro extremo de la sala, pudo ver una llamarada repentina ante los asombrados ojos del emperador.

La victoria sobre la flota árabe fue completa. Un solo hombre había salvado el imperio, manteniendo a raya a la armada de Muawiya el Omeya durante cuatro años, hasta que los árabes se vieron obligados a retirarse. Calínico estableció un pacto secreto con el Imperio y se mantuvo oculto de la vida pública. Se le concedió acceso pleno al Auditorium, a sus bibliotecas y al palacio imperial, y muy pocos llegaron a saber que era el artífice de un arma extraordinaria. Cuando se decretó la victoria y se pactaron con los embajadores las condiciones de la retirada musulmana, todos los senadores asistentes, los estrategas y burócratas de la corte alabaron el fin de la guerra y la grandeza del emperador, al que atribuyeron todo el éxito de la campaña. Pero el joven senador Antonino Pío tenía sus dudas, y se preguntó, examinando a todos los presentes, quién era aquel hombre joven de mirada penetrante que sonreía mientras parecía besar un símbolo pagano de oro. Su mirada estaba llena de un vigor sobrenatural.

4

EL EXILIADO

Timeo depositó un último puñado de tierra sobre la sepultura de su maestro. El presbítero dispensó la señal de la cruz sobre los asistentes, los bendijo y dio por finalizado el oficio fúnebre. Apenas había asistido al funeral una decena de personas. Los mecenas del sabio no habían acudido, alarmados por la trágica muerte de su protegido; habría sido irresponsable por su parte que los asociaran a tan intrigante suceso. Uno de los alumnos lloró la pérdida de Ausonio, arrepentido por haber abandonado sus enseñanzas. Timeo se quedó solo mientras el sol se ocultaba. Lo había perdido todo; y había perdido a un padre. Calínico, solo él, era el culpable. ¿No habría justicia para el desdichado frente al mal que medraba por el mundo?

—Oh, maestro, ¿a quién seguiré ahora? ¿Es esto lo que nos espera a todos en esta tierra de infieles? Honraré tu memoria, como haría un buen hijo. Lo juro.

Miró al sur, indeciso. Un meteoro cruzó el cielo dejando tras de sí una estela luminosa, como si el buen Dios le enviara una señal. Cerró los ojos, y con un escalofrío recordó el postrer suspiro del maestro en medio de las llamas. No, no podía quedarse en Heliópolis, era demasiado doloroso. ¿Eso era la vida, sufrir y caer en el olvido tras la muerte? Su maestro había balbuceado una última frase: «Busca la verdad». Timeo posó la mano sobre la bolsa de cuero en la que llevaba sus pertenencias. Entre ellas, estaban los restos del diario de Ausonio.

—Que Dios te bendiga, yo no te olvidaré. A dondequiera que vaya tus enseñanzas vendrán conmigo. *Sit tibi terra levis*. Que la tierra te sea leve.

Los restos del diario del sabio estaban muy deteriorados. Las pocas hojas que conservaba estaban parcialmente quemadas y afectadas por el fuego y el agua. Aun así, Timeo podía apreciar la letra menuda y elegante de Ausonio, sus dudas, sus pensamientos, sus descubrimientos revelados en varias lenguas, algunas de ellas desconocidas para él. Su maestro había recorrido

mucho mundo en su juventud, hacia el este y hacia el sur. Les había hablado de su estancia en las ruinas de Babilonia, donde se ubicó una de las maravillas de la Antigüedad. Timeo tomó una decisión: haría una peregrinación en memoria de su maestro. Partiría hacia la vieja Nínive.

Damasco aspiraba a ser el nuevo centro del mundo, y desde la capital de los omeyas las caravanas se dirigían hacia los cuatro puntos cardinales.

—No te demores, extranjero, ¡estas calles no son seguras! —le advirtió con sorna un vendedor de higos secos en la alhóndiga.

—Nínive. Quiero ir a Nínive.

—Esos de allí. Esa caravana partirá mañana hacia las viejas tierras partas. Podrás compartir su camino por un tiempo.

Ausonio había visitado Nínive en busca de la legendaria biblioteca del rey Asurbanipal. Cuando Timeo llegó, terriblemente fatigado, las inmensas ruinas de la vieja ciudad junto al río Tigris no le desanimaron. Buscaba la memoria de los sabios con los que su maestro se había iniciado en el conocimiento de los secretos de los elementos, pero allí solo habitaban el silencio y la soledad, y la gente evitaba las ruinas. Defraudado, decidió partir hacia el lago Urmía, donde le habían dicho que se ocultaban los eremitas que custodiaban los viejos secretos persas, pero las cuevas estaban vacías. Vasijas rotas, polvo y huesos viejos, eso fue todo lo que encontró. Las cuencas huecas de un cráneo fueron testigos de su búsqueda infructuosa.

—¿Qué fue de ellos? —preguntó al pastor nómada que lo había guiado hasta los refugios excavados en las rocas.

—Quizás el rey persa no les tenía aprecio, pero hay quien dice que huyeron al Gran Mar, hacia el este. ¡Busca allí!

En su lento deambular de meses y años por las costas del mar Caspio no encontró nada, salvo miseria, penas y tristeza. Pasó hambre y sed, el sol del desierto curtió sus manos y su rostro, hizo amigos y huyó de enemigos. En todas partes encontró la ambición del hombre, la corrupción de los poderosos, el lamento de los débiles, y también la risa de los desafortunados y la esperanza de los humildes. Adquiría sabiduría, pero aún no era consciente de ello. Acompañado de un beduino, regresó a Nínive, y sobre los restos del palacio de Asurbanipal, junto a las piedras de sus ambiciones y su biblioteca, se arrodilló y excavó con las manos en la arena dorada. Allí depositó con

cariño los legajos de su maestro, sepultándolos para siempre en el desierto. «La vida del hombre es un continuo renacer», pensó para sí sin saber cuál sería su nuevo camino.

—Adiós, maestro. Adiós, padre.

Fue entonces cuando su mano tropezó con una forma rectangular bajo la arena. ¿Qué era aquello que asomaba a la superficie? Sorprendido al ver aquellos extraños trazos, con el corazón acelerado extrajo de la arena parte de una placa de barro cocido. Se acercó a su guía, que permanecía sentado a la sombra de una palmera.

—¡Beduino!, ¿qué es esta extraña escritura? ¿Puede leerse?

El guía dio un respingo y se puso en pie asustado, sobresaltando a los camellos.

—¡Atrás, rumí! ¡Nadie se atreve a desenterrar la memoria de los muertos!

Así que era eso; temían aquellos símbolos inscritos en la arcilla.

—¿Por qué?

—Porque es la lengua que hablan los demonios, y podrías perder tu alma. ¡Alá nos guarde de ellos!

Durante casi tres años, Timeo deambuló por las ruinas que los lugareños evitaban. Desenterró decenas, cientos de tablillas con la misma escritura extraña e indescifrable. El sol lo atormentaba de día, y de noche se preguntaba inquieto si no le estaría tentando el Maligno en aquellas tierras paganas que parecían ser sus dominios. ¿Qué precio había pagado Ausonio por su conocimiento? ¿Su alma? Los beduinos, supersticiosos, lo evitaban, temerosos de aquel loco que indagaba secretos que no deberían ser desenterrados ni descifrados.

—¿Quién podría leerlas? ¿Qué es lo que dicen? —preguntó Timeo a un comerciante de mirra que regresaba a Bagdad desde el lejano este.

En verdad parecía un loco, famélico, con las ropas andrajosas, una barba espesa y descuidada, los ojos hundidos y todo su ser envuelto en un olor rancio y desagradable. Sus manos ennegrecidas mostraron varias tablillas de cerámica llenas de extrañas marcas e incisiones. El mercader negó con la cabeza.

—Hace mucho que esa lengua se olvidó. Todo esto es conocimiento muerto. ¡Escúchame, rumí! ¡No pierdas aquí tu vida! Si algún saber antiguo ha sobrevivido al devenir del tiempo, su rastro te llevará tarde o temprano a Alejandría. ¡Ve a la ciudad del delta y no quedarás defraudado!

Timeo besó las manos del comerciante al reconocer en él una señal divina. Dios no lo había abandonado, le había enviado a un ángel. El comerciante le hizo una advertencia.

—Te deseo suerte, pero ten cuidado en tu camino, rumí. No pases por Hatra.

—¿Hatra? ¿Por qué?

—Porque es la ciudad del diablo. —Y el comerciante se apresuró a besar un amuleto de cobre.

Timeo sintió un nuevo pálpito en su espíritu. Dios le estaba llamando, y él se mostró dispuesto a aceptar su llamada. Elegiría su camino, aunque antes tenía que superar la última prueba; tenía que rechazar al diablo y las tentaciones del mundo.

¡Hatra! Bajo un sol inclemente, una alta columna coronada con una deidad fue testigo de su llegada. Con la mano derecha levantada y las alas plegadas, la figura se erguía como soberana de aquel desierto de viejas piedras calcinadas. El beduino que lo había guiado le hizo comprender que no se acercaría más a la ciudad maldita, y Timeo tuvo un sobresalto. Había visto antes aquella figura. Ausonio la había dibujado en sus notas. Era un demonio de los adoradores asirios del fuego, los herederos de los secretos de la materia.

—¡El diablo! —exclamó cayendo al suelo agotado por el viaje y la insolación. Su bolsa se abrió con la caída, y las pocas tablillas que portaba con él se esparcieron por el suelo.

Permaneció en Hatra durante cuarenta días y cuarenta noches. De día, el calor inclemente le torturaba; con los ojos fijos en la escultura de piedra, rogaba a Dios que le diera fuerzas para vencer, para soportar su agonía. De noche, el frío penetraba en sus huesos y el aire llenaba de voces la oscuridad, ululando entre las piedras y las columnas rotas. Lagartos y escorpiones lo acechaban. La soledad lo aplastaba; y recordaba Heliópolis, el incendio, la muerte de su maestro, la partida de Calínico, la maldad en sus ojos, la victoria del mal en el mundo… Las estrellas giraban y cambiaban a su alrededor; una noche pidió angustiado una señal al cielo, y este se llenó de estelas blancas que cruzaron el firmamento. Maravillado, la llama de una esperanza brotó en su corazón y dejó de temer al diablo de la columna, porque Dios estaba con él.

—He superado la prueba. Ya no temeré lo que pueda encontrar.

Dio la espalda al demonio de piedra y comenzó su andadura hacia la tierra de los faraones.

En su largo peregrinar fue apresado por un almotacén y enviado a Firaz, donde sufrió cautiverio y tortura en las cárceles del califa. Allí coincidió con bizantinos, soldados presos de los *themas* orientales, que lo informaron de que la capital del imperio estaba en estado de sitio. Cuando lo supo, Timeo se derrumbó sobre el suelo arenoso, con un tintineo de cadenas. Dejaron de importarle las moscas.

—Entonces este es el fin del mundo. ¿De qué sirve buscar la verdad, si son la guerra y la mentira las que gobiernan el mundo? —se lamentó sumiéndose en una amarga apatía. Los usurpadores se hacían con los tronos y eran derrocados, una y otra vez, en baños de sangre—. ¿En qué nos diferenciamos de los animales? Miseria, dolor y muerte. No saldremos jamás de la oscuridad. Platón no debió sacarnos jamás de la caverna.

—¡Calla, necio! —le espetó un soldado tuerto malinterpretando sus palabras—. ¡No atraigas nuestra muerte antes de tiempo! Reza a Dios y ten fe. ¡Aún no ha tomado nadie Constantinopla!

—Por el momento —contestó en la oscuridad otro soldado sin esperanza —. ¿Fe? Lo que protege la ciudad son las murallas.

La oscuridad de la celda aisló a Timeo del mundo. ¿Qué había movido a su maestro Ausonio a dedicar su vida a la búsqueda de la verdad? ¿Qué verdad? ¿Tenían más razón los que morían por Cristo o los que caían por el Islam? Quizás había algo común, algo de lo que ambas religiones bebían y que las trascendía. ¿Qué había dicho Calínico antes de huir? Timeo miró desfallecido sus ropas andrajosas, sus manos consumidas. La barba salvaje ocultaba sus labios agrietados y sus mejillas marcadas.

—No hay dioses. No hay dioses y él lo sabía.

Los almuédanos dejaron de llamar a la oración. El carcelero abrió la puerta de la celda, cuatro años después de la llegada de Timeo, y les dio una grata noticia. El califa Muawiya había ordenado la retirada de las tropas que asediaban la capital bizantina. Había firmado la paz con Constantino IV; el emperador recuperaba la soberanía de las islas del Egeo devoradas por el avance musulmán y las tierras de Asia Menor, y se procedía a la redención e intercambio de los prisioneros de ambos imperios. Timeo se postró ante la luz en el suelo pedregoso de la tierra persa, bebió agua, comió con ansiedad el pan que le ofrecieron y se puso en camino hacia Alejandría.

Había oído hablar de la legendaria ciudad del delta del Nilo, y allí se presentó, hambriento de saber ante el palacio patriarcal, en cuya biblioteca había oído que guardaban grandes legajos. Se hizo ordenar diácono, y pudo acceder a sus escritos. Entre las hagiografías y las epístolas de los teólogos halló un fragmento arrugado e incompleto que hablaba de Plotino y de su deseo de conocimiento, y nombraba a sus seguidores Longino y Porfirio. El anciano bibliotecario guardaba con celo la llave que abría la sala de consulta y vigilaba con suspicacia sus idas y venidas; se acercó a su espalda con curiosidad por saber qué atraía la atención del joven diácono justo cuanto Timeo apuntaba los nombres en un papiro. El bibliotecario rugió de ira al reconocerlos.

—¡Impío! ¿Era eso lo que pretendías, envenenar tu alma con escritos incendiarios? ¡Dámelo inmediatamente! —Y se lo arrebató de las manos, rompiéndolo en mil pedazos. Los fragmentos cayeron al suelo. Varios religiosos se acercaron, sorprendidos por el escándalo.

—¡No! ¿Por qué? —Timeo se inclinó para intentar recuperar los fragmentos, pero el viejo lo derribó con el pie y comenzó a pegarle con su vara. El joven intentó protegerse de su ira—. ¡Busco la verdad!

—¿Qué sucede, venerable? —preguntó un presbítero.

—Esa verdad que buscas no está cerca de Cristo. Los paganos están incluso entre nosotros. ¡Deberás someterte a penitencia!

Timeo tuvo que demostrar su arrepentimiento por mucho tiempo. Aprendió a acallar su voz interior y se obligó a pasar desapercibido. Muerto el bibliotecario que le había vedado la entrada, su sucesor le permitió de nuevo el acceso y pudo sumergirse en la intensa historia de la Iglesia alejandrina, llena de persecuciones y dogmatismos enfrentados. Se sometía a ayuno y penitencia rigurosos, esperando que Dios volviera a revelarle el camino, pero solo obtuvo silencio.

—¿Por qué, oh, Señor? —oraba Timeo con fervor en su habitáculo—, ¿por qué permites que los hombres vivan confundidos y enfrentados por tu palabra?

Inmerso en la correspondencia del patriarcado, se dio cuenta de que todos, desde Arrio hasta Ciro, el patriarca monotelista, habían querido imponer su verdad por la fuerza. En cada escrito en el que se mencionaba a los seguidores de Plotino se los nombraba con desprecio, y Timeo se preguntaba si no sería porque habían decidido seguir su propio camino.

Mientras el patriarcado de Alejandría subsistía a duras penas desgarrado por los cismas y las herejías y asfixiado por el Islam, el Imperio bizantino ardía bajo el reinado de terror de Justiniano II. Llegaban relatos de hechos terribles, según los cuales el emperador ahogaba a sus súbditos con sus manos para sacarles hasta su última moneda, y ordenaba que asesinaran a ricos y pobres, clérigos y civiles en cruentos baños de sangre en los que mostraba la energía del linaje de Heraclio, y su locura. Depuesto por el ejército en el año 695, y mutilado y desfigurado en castigo, había conseguido recuperar el trono diez años más tarde, y ávido de venganza, había sumido el Imperio en el terror, mientras en Alejandría los omeyas ahogaban a la comunidad cristiana con nuevos impuestos para la guerra.

—¡El patriarca de Constantinopla! ¡El emperador loco ha expulsado al gran patriarca! —exclamó un clérigo huido de Constantinopla que llegó a la carrera desde el puerto. Todos los miembros del patriarcado se consternaron horrorizados cuando oyeron sus siguientes palabras. Timeo no podía creerlo —. ¡Fue torturado y cegado, sometido a escarnio y exiliado a Roma! ¡Yo lo he visto, montado sobre un burro y con sus ropas desgarradas, seguido por una escolta que se mofaba de él! ¡Tuve que huir para salvar la vida!

—Pero ¿cómo? ¿Cómo ha podido Dios permitirlo? —le preguntó Timeo con los ojos muy abiertos por la terrible noticia.

—Porque también él ha huido de Justiniano. —Y el clérigo se echó a llorar en sus brazos.

Y mientras las fuerzas de Al-Walid tomaban Cartago y arrasaban Capadocia, y el emperador bizantino elegido de Dios vertía en orgías de sangre las vidas de sus súbditos desdichados, Timeo, abrumado por las dudas, dejó el palacio patriarcal, y con él veinte años de su vida. Aún ansiaba buscar la verdad, pero necesitaba seguir otra senda.

Deambuló entre esfinges, obeliscos, piedras antiguas y casas de adobe. Los barrios se habían llenado de mezquitas, y aunque bajo la dominación musulmana todo lo antiguo estaba bajo sospecha, tenía que intentarlo, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

—¿Dónde puedo encontrar a alguno de los seguidores de Plotino? —preguntaba Timeo sin descanso, pero todo el mundo negaba con la cabeza,

más deseosos de alejarse de su polvorienta figura que de escuchar sus palabras.

Un día alguien escuchó su petición en el zoco. El orfebre de origen griego, que limpiaba con una gamuza pendientes de oro y plata que tenía dispuestos para la venta, enarcó las cejas con expresión de sorpresa.

—¿Plotino, dices? ¿Qué sabes de él? —le interpeló mientras lo escrutaba con desconfianza.

A Timeo se le iluminó la mirada, esperanzado.

—Sé que buscaba conocer la verdad del mundo y que aquí, en algún lugar, puede existir gente que aún medite sus enseñanzas.

—Quizá sí, quizá no. Sería difícil, por no decir imposible, que los seguidores de una doctrina no aceptada pudieran reunirse en esta ciudad dominada por los ulemas y los caídes por un lado, y los monofisitas cristianos por el otro. —El desaliento volvió al rostro de Timeo—. Pero no hay mejor sitio para meditar que la ribera del lago Mareotis al atardecer, cerca de los antiguos muelles fluviales, donde el silencio invita a perderse en los propios pensamientos. Puede que allí encuentres alguna respuesta.

Timeo entendió lo que le decía, y esa noche, junto al lago a espaldas de la ciudad, los seguidores de Plotino lo encontraron y lo admitieron en su círculo. Se reunían en secreto en los sótanos derrumbados del Serapeo, la antigua biblioteca y viejo templo de Serapis, rodeados de anaqueles vacíos; en las catacumbas cristianas, semiderruidas, donde se ocultaban también mendigos, leprosos y proscritos; en los almacenes del puerto donde sabían que no serían molestados. Debían ser cautos, pues los árabes vigilaban al patriarca de Alejandría y este, decidido a asegurarse la tolerancia musulmana, estaba dispuesto a delatar ante el almotacén a todo sospechoso de paganismo.

Los seguidores de Plotino compartieron sus secretos y Timeo desveló los suyos. El orfebre, llamado Jacob, lo aceptó en su casa como un amigo. Era quince años mayor que Timeo.

—¿Sabes?, no es habitual tu interés. El pasado está olvidado por todos salvo por nosotros —le dijo un día ofreciéndole unos dátiles de postre. La mujer del joyero y su hija de diez años se retiraron para dejarles hablar a solas. Timeo entendía que en aquel país había grandes incógnitas aún por desvelar—. Tu maestro era un sabio, y estaría orgulloso de ti. Pero nadie puede leer tus tablillas de barro. Quizás en la antigua biblioteca…, pero ya no.

Timeo miró con tristeza las tablillas de barro con inscripciones que había custodiado por tanto tiempo, y suspiró con resignación. Cogió uno de los

pergaminos que estaban en las estanterías del joyero y lo desplegó sobre la estera donde estaban sentados entre cojines.

—¿Y todos esos símbolos que os rodean? Si pudiéramos leerlos e interpretarlos, podríamos aprender de los antiguos, recuperaríamos una parte de vuestro antiguo saber. ¿Quién podría leerlos?

El joyero le dirigió una mirada esquiva.

—Nadie puede. Ya no quedan sacerdotes de la edad antigua. Ese saber se ha perdido.

—Yo puedo —dijo una voz aguda. La hija del joyero, sorprendiendo a su padre, había regresado a la sala. Se acercó al invitado y le señaló algunos de los signos—. Ese es Ra. Este es el cielo, y aquí está la tierra.

—¿Cómo? ¿Puedes leerlos? —exclamó Timeo, avergonzado porque, después de diez años de búsqueda en los que él había avanzado tan poco, aquella chiquilla de ojos enormes y tez dorada tenía en sus manos la llave de un conocimiento que a él se le resistía. Pero había algo más, que descubrió cuando la chiquilla, extrañada, miró a su padre, que de pronto se sintió derrotado. La niña no comprendía nada.

—Pero, papá…, si fuiste tú quien me lo enseñó.

Jacob no tuvo más remedio que reconocer que sabía más de lo que admitía públicamente.

—Su madre, Sarah, es egipcia. Su abuelo aún sabía leer los símbolos, y a mi Irene le encanta dibujar. —La niña se acercó a su padre, mirando con repentina timidez al sirio. Jacob le dio un beso en la frente y le acarició la mejilla—. Recorre la ciudad dibujando, estilo en mano, todos los jeroglíficos que encuentra. Ve con tu madre, Irene.

En cuanto salió de la habitación, el joyero se acercó más a Timeo.

—Sí —murmuró de forma casi inaudible—, sé lo que piensas. Algunos de los papiros de la biblioteca están en mis manos, una parte en griego, otra en jeroglíficos antiguos. Hablan de Seth, de la isla y las aguas primordiales, del fuego, del origen de su ciencia *khemeia*. Te lo confío porque mi hija me ha delatado ante ti. Espero tu discreción, y a cambio te permitiré que los examines más adelante.

—Seré discreto, ¡lo seré!

—Es tarde. Tendremos tiempo para hablar de todo esto en otro momento.

Un vecino del mismo gremio que Jacob, un competidor que envidiaba su clientela, observó cómo el sirio desconocido se alejaba de la casa del griego.

¿Cuál sería el secreto de Jacob para hacer unas joyas tan exquisitas y tener una clientela satisfecha? El vecino sospechaba que sus paseos por las ruinas del Serapeo o por las catacumbas le habían proporcionado algún descubrimiento misterioso; de hecho, lo había seguido en varias ocasiones, pero no se había atrevido a adentrarse en esas cuevas de ladrones, violadores, asesinos y leprosos.

Jacob y su grupo de extravagantes traerían la ruina al barrio. El almotacén no miraría siempre hacia otra parte, ni aceptaría los sobornos toda la vida. El vecino pensaba que el almotacén era intocable para él. Pero si alguien, alguna persona piadosa, denunciara al propio almotacén con sospechas ciertas, seguro que el emir lo recompensaría.

Tres días más tarde, se armó de valor. Jacob y Timeo salieron de noche en dirección a las ruinas paganas del Serapeo. En un sótano de entrada oculta entre las piedras y el palmeral, se había reunido aquel grupo de paganos, peligrosos trasnochadores que amenazaban con provocar la ira del gobernador y del califa. ¡Pero él salvaría la ciudad! Dejó de observarlos y volvió sobre sus pasos, dirigiéndose hacia la alcazaba junto al puerto bajo la luz del faro, tan rápido como pudo, no fueran a escabullirse antes de su regreso.

—Somos pocos, muy pocos, en Alejandría, en Roma, en Nicea y en Constantinopla. El abad de San Asterio nos ayuda, avisándonos de los peligros del patriarcado —explicó Jacob—, pero no seguiremos a salvo por mucho tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Timeo, intrigado.

—Porque Al-Walid quiere nuestro fin.

Los soldados del emir llegaron a tiempo. En mitad de la reunión, entre hipótesis y suposiciones, entre filosofía y silogismos, cayeron sobre los seguidores de Plotino, de Hipatia, de Ammonio, adentrándose en las ruinas, buscándolos con antorchas y espadas en mano, piedra tras piedra, sala tras sala, apresurándose sobre las sombras que corrían, llenas de pánico, entre las columnas quebradas y los muros derruidos. Algunos se defendieron; era la excusa que estaba esperando el emir y la réplica de sus hombres fue feroz. Jacob y Timeo corrieron aterrados hacia una de las múltiples salidas, un hueco entre dinteles derrumbados a través del cual se entreveía la luna creciente.

—¡Ahora! ¡Vamos! —lo guio Jacob sin ver a dos soldados, que los interceptaron.

Timeo braceó y consiguió zafarse y escapar por la abertura. No fue el caso del joyero, a quien golpearon sin piedad. Una figura se aproximó y lo señaló con el dedo, decidido y sin margen de error.

—Es el cabecilla. ¡Calumnia al gobernador con sus escritos paganos! —dijo con voz fría la figura. Era su vecino.

—¡Timeo, salva a mi mujer, a mi hija! —gritó Jacob desde el suelo, cubierto de sangre.

El vecino corrió hacia la abertura.

—¡Coged a ese también! ¡Llegarás tarde, perro extranjero, porque están también condenadas! ¡No podrás escapar a la cólera del emir!

Alguien prendió fuego tanto a muertos como a vivos, y las llamas que escapaban entre las grietas y las piedras transportaron a Timeo hasta la noche terrible de la muerte de su maestro en Heliópolis. ¡Aún podía salvar a la familia del joyero! Le debía la vida; era el momento de pagar su deuda, su fracaso en Heliópolis no podía repetirse.

Cruzó casi sin aliento el laberinto de callejuelas del barrio de los orfebres. Se detuvo paralizado por el grito de una mujer en mitad de la noche. Y con el corazón alocado corrió y corrió, temiéndose lo peor. Vio resplandores inequívocos. Era fuego.

—¡No! ¡No!

La casa del joyero estaba ardiendo. Su mujer, Sarah, gritaba y se desesperaba agarrando a su hija, mientras la tienda y la vivienda, una vez saqueadas, eran pasto del fuego. Varios soldados mantuvieron a raya a los curiosos. Las mujeres miraban todo ocultas detrás de las celosías de los pisos superiores. Un hombre discutía con los soldados ante la amenaza de que las llamas se propagaran al resto de las casas, pero el arif desenvainó la espada y el vecino calló, retrocediendo prudentemente.

—¡Nos vamos! —ordenó el arif. La mujer del joyero se aferró a las ropas de un vecino, llorando aterrorizada, pero la arrastraron a la fuerza con su hija —. ¡Alá te juzgará pronto, impía, contén tus lágrimas hasta entonces o te sacaré los ojos aquí mismo!

Irene temblaba junto a ella, muda, con los ojos muy abiertos. Distinguió a Timeo, que se había aproximado. Le tendió los brazos implorando su ayuda. Timeo no pudo ignorarla y se lanzó a por ella.

—¡Dejadlas! ¡Son inocentes! —Y en un rapto de valentía llegó hasta ella y la cogió del brazo, esquivando a un sorprendido soldado de tez picada.

—¡Sálvala! —le suplicó Sarah.

Movidos por su ejemplo y su piedad, varios vecinos, avergonzados por su propia cobardía, corrieron a ayudar al extranjero y a la mujer, mientras varios hombres que se dirigían baldes en mano a sofocar las llamas se enfrentaron a los soldados que trataban de impedírselo. Uno hirió a un barbero, corrió la sangre y estalló el tumulto. Con toda la fuerza que pudo reunir, Timeo golpeó en la mandíbula al soldado que retenía a Irene, dando un gran grito. La niña quedó libre. Los soldados sacaron sus espadas. El arif miró furioso al extranjero.

—¡Corre, hija! ¡Huye! —exclamó Sarah con sus últimas palabras.

Un soldado la atravesó desde atrás. La punta de la espada salió por su pecho. Timeo tapó misericordiosamente los ojos de la niña, y se alejó de allí a la carrera. Varios vecinos exacerbados lincharon al soldado con cuchillos y hachas. Aquello se estaba convirtiendo en una carnicería.

—¡Que no escape nadie! —ordenó el arif, intentando aún mantener el control. El vecindario engulló al destacamento.

Timeo huyó hacia el puerto. No tenían tiempo que perder.

—¡Suéltame! ¡Quiero ir con mi madre! ¡Quiero a mi padre! ¿Dónde está mi padre?

—¡Tus padres están muertos!, ¿entiendes? ¡Muertos! ¡Jacob me dijo que os protegiera y he llegado tarde! Pero aún puedo salvarte a ti.

Se ocultaron por espacio de un día y una noche cerca de las ruinas del Cesarión, antes de lograr embarcarse hacia un destino lejos de la ciudad. El califa Al-Walid, indignado por los altercados, ordenó infligir un severo castigo al barrio de los orfebres. La tolerancia dio paso a la intransigencia. Los rumores de la guerra, además, alentaban la huida de los cristianos más allá de las tierras del Islam. Timeo e Irene se dirigieron hacia Constantinopla.

Encontraron acogida en el monasterio de San Asterio. El abad era un seguidor de la sabiduría y los informó, para su alivio, de que Justiniano II había sido asesinado[1]. Irene, que al principio no había aceptado a Timeo, no quería separarse ya de él.

—Ella no puede quedarse conmigo, con nosotros. No por ahora. Necesita a alguien que pueda hacerse cargo de ella.

—No conozco a nadie más —se lamentó Timeo.

Ajena a la conversación, la niña observaba los gorriones posados en el patio exterior.

—Sé quién podría cuidarla. Un tutor, un eunuco llamado Marius. Trabaja en la biblioteca. Ella estará a salvo con él —dijo el abad. Dejó pasar algunas cuentas de su rosario entre los dedos y miró a la niña, quien se acercaba con

sigilo a uno de los pájaros. Irene sonrió levemente, por primera vez desde la huida de Alejandría, cuando el pájaro echó a volar—. ¿Cómo se lo dirás?

—No quiero que me dejes —suplicó Irene mirando con sus grandes ojos a Timeo, quien leyó en ellos el dolor que le causaba la nueva separación.

—No lo haré, pero será nuestro secreto. Quiero que confíes en mí. Tus padres, que están en el cielo, nos miran y nos protegerán a los dos, si somos buenos. Debes ir con el abad. Cuando quieras hablar conmigo, el abad me lo dirá.

—Te quiero, Timeo —dijo abrazándose a su cuello.

Al sirio se le hizo un nudo en la garganta. Él también volvía a estar solo. Asintió, mudo; la besó en la frente, como habría hecho un padre, y la acercó al abad. En silencio, ella le dijo adiós con la mano.

Cuando el abad y la niña se perdieron entre la gente de las calles, otro hermano de la congregación le tocó en el hombro.

—Sígueme, hermano. El abad me dijo que te acompañara.

—¿Adónde?

—A los subterráneos.

—Entonces volvemos a donde empezó todo. A la oscuridad. A la clandestinidad —suspiró Timeo.

—La luz volverá algún día, hermano —fue la réplica del monje.

SEGUNDA PARTE

714-717

5

EL HOMBRE QUE VALÍA UN IMPERIO

Cuando el patriarca Juan le impuso la diadema imperial, poco podía sospechar Anastasio II que su reinado estaría dominado por el miedo. ¿Era esa su penitencia, su castigo por haber entregado su alma a cambio del triunfo de su ambición? ¿Era su condena por haber aceptado el apoyo del ejército para secuestrar al anterior emperador, arrojarlo a los vestuarios del Hipódromo, arrancarle los ojos y encerrarlo en un monasterio, antes de ser él aclamado por todos los conspiradores militares como el nuevo *basileus*? Justiniano II y Filípico lo habían precedido, con un destino horrible. ¿Compartiría su mismo sino?

Las tropas asiáticas del imperio que en el año 713 del Señor lo habían elevado al trono imperial habían hecho retroceder al ejército búlgaro que asediaba Constantinopla. Pero antes de que el pueblo pudiera celebrar nada, la ciudad se llenó de un nuevo temor. Los espías imperiales, llegados apresuradamente del este, informaron a Anastasio de que los árabes habían iniciado una nueva campaña militar y su objetivo, en aquella ocasión, era el corazón del imperio: Constantinopla.

—¡Soy un buen cristiano! ¿No es suficiente haber vencido a los búlgaros y dedicado la victoria a la Virgen María? ¿Acaso no protejo al huérfano y a las viudas con mis donaciones? ¿No he buscado la reconciliación con la Iglesia? —exclamó Anastasio ante el patriarca, quien meditaba en silencio pasando su rosario por entre sus dedos—. ¿Qué más me pide Dios para perdonarme?

—¡Es tu egoísmo lo que te condena! Deja de pensar en ti. Salva la ciudad, sálvala y sabrás que Dios ha aceptado tu arrepentimiento —replicó Juan—. ¿Estás arrepentido de todos tus pecados, incluso de los más inconfesables?

El emperador cayó de rodillas y abrió los brazos.

—¡Lo estoy!

—Entonces, ya sabes cuál es tu cometido. —Y, satisfecho por su sometimiento, el patriarca le otorgó la absolución imponiendo sus manos sobre la cabeza del emperador para darle la paz.

Anastasio, súbitamente fortalecido en su ánimo, inició a partir de aquel día y sin descanso el hercúleo cometido de preparar la ciudad para la peor amenaza de su historia, peor que la amenaza de Muawiya treinta y siete años atrás. Se restauraron las murallas que rodeaban la ciudad sobre la península en la que se asentaba, protegida desde el mar y desde la tierra. Los graneros fueron colmados y puestos bajo vigilancia militar, y se ordenó a todos los ciudadanos que decidieran permanecer en la ciudad que se aseguraran provisiones para tres años. Aquellos que no pudieron garantizarlas fueron obligados a abandonar la capital. Una larga caravana salió de la ciudad con familias desgarradas rumbo a Tracia, Grecia, Mesia y Macedonia. Mientras, en los astilleros se trabajaba a destajo. Veinte años y cinco emperadores habían dejado desatendida a la armada. No era momento de vacilaciones ni de debilidades, y la ciudad se preparaba para lo que algunos eruditos llamaban el fin del mundo, el Apocalipsis, en el año 714 del Señor.

No bastaba con madera para construir una flota. Había que armarla, y fundíbulos, onagros, balistas y arqueros no eran suficiente. Se necesitaba algo más. El emperador convocó de forma urgente a su consejo de Estado en el palacio imperial. Tras los inmensos batientes de plata de las puertas del Chrysotriclinio habló a sus senadores y militares.

—Lo intentaron hace casi cuarenta años y como entonces volverán a fracasar. ¡Debemos estar preparados! ¿Dicen los informes de cuántas naves dispondrá el enemigo? ¿Dará tiempo a nuestros astilleros a tener la flota lista?

—Los informantes dicen que sus barcos serán incontables. Hacemos lo que podemos —respondió el representante del estratega de la provincia marítima de Samos.

—Entonces, en tanto no contemos con los nuevos dromones, la mitad de la flota de cada *thema* marítimo se concentrará en la capital para garantizar su protección. ¡En tierra tenemos nuestras murallas, pero es en el mar donde se decidirá esta guerra!

Los emisarios de los estrategas de Hellas, de Samos y del Egeo protestaron enérgicamente.

—¡Mi señor *basileus*, con ello comprometeremos la seguridad de las costas del resto del imperio! ¡Las islas quedarán indefensas!

Anastasio II los miró fríamente, conteniendo su cólera.

—¿Deseáis conservar el Egeo a cambio de ver Constantinopla arrasada? ¡Constantinopla es el corazón, y si cae, no quedará poder en Occidente para oponerse a la marea musulmana! Seré generoso con vosotros. Si alguno de los presentes se siente amedrentado e incapaz de realizar su cometido, que hable ahora y podrá exiliarse para vergüenza de él y de todos sus antepasados. ¿No jurasteis servir al imperio, y a mí, servir al emperador? ¿No sois hombres de honor? ¡Aún está por verse si esta guerra acaba en victoria o en derrota, pero no quiero cobardes ni irresponsables al mando de los hombres que derramarán su sangre por esta ciudad! ¿Y bien? ¿Nadie rehúye?

Un silencio lúgubre reinó en la lujosa sala durante varios minutos interminables.

—Mi señor *basileus* —dijo Belerofonte, el gran drongario de la flota, la máxima autoridad naval del imperio—, nadie rehuirá su cometido. Hemos jurado lealtad y entregaremos la vida si es preciso.

—¿Cuándo usaremos el fuego griego? —preguntó uno de los navarcas.

—En cuanto preparen los sifones para armar un número suficiente de naves. Aunque hace décadas que no lo empleamos en combate. ¿Tenemos suficiente producto? —preguntó Belerofonte.

El senador Antonino alzó la mano solicitando silencio para poder hablar.

—Senadores, estrategas, el asunto es importante. Ese líquido misterioso al que debemos la victoria del año seiscientos setenta y ocho contiene productos que desconozco, pero sé que uno de sus componentes es el aceite de roca. Yo estaba aquí cuando asediaron la capital los barcos de Muawiya, el primer omeya. Un refugiado de Heliópolis trajo al trono imperial el secreto del fuego. ¡A nosotros, en vez de a los musulmanes! Todos ignoramos, e ignoraremos, el motivo o el coste que eso supuso para el Estado. Pero —y alzó las manos para acallar las voces de los militares— el Imperio se salvó, así que supongo que estuvo bien pagado. Sé, porque lo sé, que tenemos escasez de ese producto. Nada ha llegado en años a los puertos de Eleuterio, de Sophia o de Kontoskalion. Los puertos de suministro están lejos de nosotros. Mi señor *basileus*, ¿qué vamos a hacer al respecto?

El senador estaba bien informado. Demasiado bien, consideró el emperador. Un rumor creciente de voces alarmadas llenó de ecos la estancia de enormes columnas. El chambelán de palacio golpeaba inútilmente el suelo con su bastón de mando en un desesperado intento por imponer silencio.

—¡Que venga el alquimista! ¡Enseguida! —ordenó Anastasio II, irritado. ¿Cómo iba a congraciarse con Dios si para salvar el Imperio debía recurrir a la ayuda de un pagano?

Casiodoro volvió a quedarse dormido sobre el manuscrito. Todos los ciudadanos dormían inquietos por las noches desde que se había decretado el estado de guerra en la ciudad. Cualquier momento de espera era bueno para echar una cabezada rápida aunque intranquila. Los golpes en la puerta principal lo despertaron, sobresaltándolo. Oyó pasos en el pasillo de la casa. A través de la puerta del estudio pudo ver a varios guardias rodeando el primer patio. Se levantó de la silla y subió las escaleras.

—¡Maestro, maestro! ¡Vienen los guardias!

Calínico ni se inmutó. El aprendiz calló con la respiración agitada, mientras el alquimista instilaba con una pipeta varias gotas de un producto en un matraz de cristal. El contenido transparente del matraz se volvió violeta, casi púrpura. Calínico tomó la pluma y anotó la medida en un viejo y grueso libro de notas. Casiodoro esperó impaciente a que el anciano le permitiera hablar, lo que le indicó con un gesto mientras seguía escribiendo sin levantar la vista de sus apuntes. Los pasos se aproximaban.

—¡Maestro, los guardias están aquí!

—¿Y por eso te asustas? Que suban.

Casiodoro bajó a su encuentro. Calínico sabía que lo buscarían tarde o temprano. Vivían próximos a la muralla perimetral del palacio imperial. Vigilados día y noche, la casa que ocupaban era su jaula dorada, que él había aceptado como parte del trato. Cuando la política fracasaba planeaba la amenaza de la guerra, y era entonces cuando recurrían a él.

Los soldados subieron al taller. Era una estancia grande y soleada. Estaba llena de extraños recipientes de cristal y decenas de artefactos metálicos. Había cientos de frascos llenos de sustancias diversas, azufre, casiterita, antimonio, cal, mercurio, y los olores eran singulares. En un pequeño hogar de ladrillo refractario hervía una extraña mezcolanza de ingredientes que esparcía un olor acre por toda la habitación.

—Dadme un minuto. He de concluir mis anotaciones.

—El *basileus* reclama tu presencia en el Chrysotriclinio. Inmediatamente. —El guardia se acercó al matraz con curiosidad e hizo un amago de examinarlo.

—Sí, supongo que sí. ¡No te acerques! ¿Es que quieres quemarte y que te quede una cicatriz incurable?

El guardia apartó la mano con rapidez, amedrentado. Temían al viejo. ¡Brujería! Miró con aversión los estantes llenos de manuscritos enrollados; para él tenían menos valor que la fuerza de una mano empuñando una espada.

Calínico iba vestido completamente de blanco. El pelo cano caía sobre sus hombros. Llevaba el labio superior y las mejillas pulcramente afeitadas, y una estrecha barba recorría su mandíbula hasta la barbilla. Se quitó el mandil y cogió un bastón que estaba apoyado en una esquina entre los estantes.

—No te alarmes, Casiodoro. Volveré pronto. ¡No toques el matraz! Retira el cazo del fuego dentro de diez minutos. —El aprendiz asintió y giró inmediatamente uno de los múltiples relojes de arena del taller. La fina arena comenzó a correr imparable—. Prosigue tu estudio, ¡y no te duermas!

Salieron de la casa y llegaron al Augústeo. En palacio parecía existir la misma calma de siempre, el mismo silencio. El alquimista y su escolta recorrieron los pasillos hasta llegar al salón del trono. Los batientes de plata se abrieron para él y se cerraron a su paso. Los murmullos del salón del trono se silenciaron cuando él hizo acto de presencia. El eco de su bastón reverberó en la sala. Se inclinó ante el emperador. El senador Antonino dio un respingo al reconocer a aquel viejo de mirada insolente.

—¿Sabes por qué estás aquí? —le preguntó directamente Anastasio II.

—Estamos en guerra, oh, *basileus*. Cuando hay guerra suelen buscarme.

—El fuego secreto es una cuestión de Estado. ¿Qué reservas tenemos de él?

Calínico se apoyó en el bastón para levantar la cabeza y mirarle a los ojos.

—Si hacemos uso de todos los sifones, nuestras existencias se consumirán en dos semanas. A pesar de vuestra previsión, oh, *basileus*, algunas partidas de ingredientes estaban contaminadas y en mal estado. Necesitaremos más aceite mineral.

El senador Antonino miró al emperador e hizo un desdeñoso movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Cuánto necesitarás de forma urgente? ¿Un mercante entero? —preguntó Anastasio II, preocupado.

—Sí. Podría bastar por ahora. El aceite mineral que guardamos en los almacenes de palacio está degradado. Es posible que no funcione.

El senador Antonino se dirigió a él con apremio y con los ojos brillantes.

—¿Qué más elementos necesitas?

—Solo el *basileus* puede saberlo, señoría. No es un tema que debamos debatir ante tantos testigos no autorizados.

La respuesta no satisfizo al senador, que ocultó su gesto de decepción. Había creído que obtendría fácilmente la información que deseaba.

Calínico siguió hablando.

—El mejor aceite mineral lo podemos conseguir en la ciudad de Quersoneso. No podemos demorarnos, *basileus*.

El gran drongario se aproximó al trono.

—*Basileus*, habrá que cruzar el mar Negro antes de que el estrecho del Bósforo quede cortado. Mis informadores me indican que en las costas de Armenia los árabes disponen de unas docenas de barcos. Pueden suponer un serio obstáculo.

—Entonces tendremos que actuar rápidamente. Tú no puedes salir de la ciudad. ¿Tienes a alguien de tu confianza?

El viejo alquimista se apoyó en el bastón y lo miró con ojos cansados.

—Sé de alguien que podría ir en mi lugar.

6

UN PACTO

El hombre encapuchado bajo las sombras nocturnas de los pórticos se acercó con discreción al marinero.

—Todo está resuelto —le dijo a este, que vigilaba que nadie escuchara su conversación—. Estás en la lista de la tripulación del barco que navegará a Quersoneso. Un joven embarcará esta noche en el puerto de Kontoskalion. Su nombre es Casiodoro.

—Casiodoro —repitió el esbirro.

—Así es. Espera a que el barco llegue a Quersoneso y él desembarque. No debe volver a la nave, no me importa el modo en que lo consigas. Aprésalo y mantenle oculto y con vida hasta mi llegada. Salvo que no tengas éxito, en cuyo caso… prefiero que no haya testigos, ni que corran rumores aquí en la capital. O mío o de nadie.

—Entiendo. Necesitaré fondos. —El desconocido le entregó una bolsa con varios nomismata de oro, que el marinero verificó—. Será como si nunca hubiera existido.

—Y recuerda; este encuentro no ha tenido lugar.

El marinero asintió. El hombre desapareció tragado por la noche.

El hombre no olvidaba nunca un rostro. Conocer lo que otros conocían, ese era el auténtico poder, e intuía que aquel joven inexperto podía ayudarlo a conseguir sus fines. Recordó el asedio de Muawiya; aquel que dominara ese conocimiento lo lograría todo. Y él solo deseaba una cosa.

Se había convencido además de que todo lo hacía por el bien del Imperio. Aprovecharía la oportunidad que le brindaba el destino, bajo el gobierno del temeroso e intranquilo Anastasio II. Rio sonoramente, y no le importó que lo oyeran en el silencio de la noche.

7

EL ORGULLO DE BIZANCIO

Cuando Calínico le dijo a Casiodoro que embarcaría inmediatamente para cruzar el Bósforo hacia Quersoneso, este no supo distinguir si el temblor que se adueñó de él era de excitación por la aventura o de miedo.

—Coge lo imprescindible y apresúrate, porque antes de que caiga la noche saldrá tu barco del puerto de Sophia.

—¿Y qué he de hacer, cuál es mi misión?

—Eres mi aprendiz. Sabes distinguir un buen aceite. Deberás comprar el mejor aceite de roca, *petra oleum*, que puedas conseguir. ¡Llena el barco de barriles! El capitán irá contigo; lo ha designado el propio Belerofonte, el gran drongario de la flota. ¡No os retraséis!

Casiodoro no podía creerlo. Tenía abiertos los ojos de par en par de pura incredulidad.

—Entonces, ¿vas a elaborar el fuego secreto para armar la flota?

—Y también probaré mis nuevos inventos. ¿A qué estás esperando? ¡Vamos!

En un suspiro el aprendiz estuvo listo. Antes de salir, el anciano le dio un salvoconducto firmado por el gran drongario y le deseó suerte.

—Y recuerda: vuelve con vida, Casiodoro —le pidió Calínico. Llevaba diez años con él.

—Lo haré, maestro. —Y Casiodoro salió corriendo con un pequeño hato de ropa en los brazos hacia el muelle de Sophia.

Anochecía cuando cruzó la avenida dejando atrás la plaza del Augústeo, iluminada por las antorchas. Los soldados recorrían los caminos almenados de las murallas marítimas. Casiodoro bajó las escaleras de piedra hacia el muelle del puerto. Dos soldados le dejaron pasar en cuanto les enseñó el salvoconducto. El barco ya estaba preparado, flotando sobre las aguas negras.

Las ondas reflejaban el fuego de las teas. Hacia el sur podían verse las luces de las linternas de las naves enemigas.

—Vamos, sube —le dijo el capitán—. Me llamo Mauricio. ¡Bienvenido al *Orgullo de Bizancio*!

El barco era un viejo dromón, una galera ligera dotada de dos mástiles con velas triangulares latinas que le daban una gran maniobrabilidad. Contaba con una única fila de remeros bajo cubierta, hombres libres desesperados que remaban al servicio del ejército.

Casiodoro no ocultó su extrañeza.

—Pensé que embarcaría en un gran mercante.

—Una gran nave es un objetivo apetitoso. Al llegar a Quersoneso resolveremos el problema del transporte. ¡Soltad amarras! —gritó Mauricio.

Al primer movimiento, Casiodoro se aferró con aprensión a la borda.

—No me gustan los barcos. No sé nadar —balbuceó ante la sorpresa risueña del capitán.

Soplaba una brisa de levante. Rodearon la península rocosa de Constantinopla. El aprendiz sentía una gran excitación. Tenía dieciocho años y era huérfano. El destino había querido que sus padres murieran en un incendio estando al servicio de Calínico. Siempre había vivido en su casa con aquel hombre mayor de ojos negros, brillantes e inteligentes, porque el alquimista no tenía hijos ni familia, y deseaba un aprendiz.

En toda su vida no había recibido mejor regalo que aprender a leer. Todo un universo de conocimiento se abrió ante él. Calínico tenía cientos y cientos de rollos, pergaminos y libros. Todo un lujo. Con él, Casiodoro pudo acceder a la biblioteca imperial, y mientras otros muchachos soñaban con ser soldados o comerciantes, él deseaba emular a su maestro. Para él era más que un padre, era un ídolo.

—Está levantándose el aire. Aprovecharemos la brisa. ¡Alzad los remos!

Los remeros dejaron de remar. Casiodoro encontró hipnótico el vaivén de las olas. Cruzaron el mar hasta llegar al Cuerno de Oro, el brazo de mar que se extiende tierra adentro hacia el norte de la ciudad. La entrada estaba protegida por una gran cadena de hierro que llegaba desde la ciudad hasta el otro lado del estrecho, al suburbio de Gálata. La embarcación pasó de largo y se adentró en el Bósforo, donde sufrió un fuerte vaivén.

—Agárrate bien, muchacho. La corriente aquí es fuerte.

El Cuerno de Oro era el fondeadero principal de la escuadra imperial. La presencia de varios dromones grandes aseguraba la integridad de la travesía. Junto a los dromones había media docena de navíos más ligeros y marineros,

empleados en misiones de exploración y vanguardia; eran los panfiles, tripulados por ciento treinta hombres. Y también estaban los moneres, pequeñas galeras dotadas de una única fila de remos tripuladas por cuarenta hombres, dedicadas a tareas de patrulla. Junto a otros muelles había tres enormes kelandias, grandes galeras destinadas al transporte de tropas. Su número aún no era suficiente. Los astilleros trabajaban día y noche. Había restos de madera flotando por la bahía. El olor a resina que desprendían llegaba hasta Crisópolis y Calcedonia, al otro lado del estrecho, frente a la capital.

—¿Cuánto tardaremos hasta Quersoneso?

—Con viento fuerte a favor, ocho días. Sin viento, diecisiete.

Dejaron atrás los muelles del barrio de Gálata y a las pocas horas de viento favorable penetraron en el mar Negro, el Ponto Euxino de los antiguos. Las orillas, hasta entonces siempre visibles, se abrieron hasta desaparecer. Casiodoro miró en todas direcciones y solo vio agua y sal brillando bajo la luna. Nunca había salido a mar abierto. Estaba asombrado. Y sabía, porque su maestro se lo había mostrado en un deteriorado mapa romano, que solo era un mar interior, mucho menor que el Mare Nostrum, y que el propio Mediterráneo era apenas una gota comparado con el océano abierto situado más allá de las Columnas de Hércules.

¿Cuán grande era el mundo? Algunos decían que era plano y que en sus límites las aguas marinas se derramaban, pero otros antiguos sabios griegos opinaban que si el mundo existía era porque era perfecto y la forma más perfecta era la esfera. Sintió un ansia repentina por conocer más, por aprender más sobre el mundo en el que vivía. ¡Constantinopla! ¿Dónde colmaría su sed de conocimiento si caía la ciudad imperial?

8

QUERCONESO

El viento había dejado de soplar y el sol quemaba. Los remeros se esforzaron en hacer avanzar la nave durante horas al ritmo del tambor. Desde la popa, Casiodoro miraba la estela del barco en las negras aguas. Se preguntaba qué sucedería si el barco se hundiera, y se veía a sí mismo desapareciendo y alejándose más y más de la superficie. El agua estaría fría. No podría respirar. El vaivén de la nave y los golpes de remo eran hipnóticos. Cerró los ojos y se dejó mecer, entrando en un agradable sopor.

La manaza del capitán sobre su hombro lo despertó bruscamente.

—¿Eres soldado, aprendiz? ¿Sabes manejar un arma?

—No.

—Entonces será mejor que aprendas algo útil, en vez de estar mirando las musarañas.

En cubierta le dio una espada. Los marineros se rieron al verlo y contemplaron el espectáculo desde sus posiciones.

—Lo primero que has de saber, Casiodoro, es que en combate no debes dudar. Si dudas, morirás. Atácame —le incitó Mauricio.

El aprendiz era joven, estaba en forma y bien alimentado, pero no había recibido instrucción militar. Intentó cortarle de lado a lado y luego de arriba abajo, pero con poca convicción. Mauricio lo esquivó con facilidad y lo golpeó duramente en las costillas. Casiodoro se dobló de dolor, soltando la espada.

—Más decisión, muchacho. ¡Es la guerra! ¿Cómo podrás defenderte sin morir en el intento?

Casiodoro no dijo nada. Con una mueca de dolor recogió la espada y le agredió con más ímpetu. Mauricio tuvo que parar el golpe con su arma, hizo una finta y volvió a golpearlo con el puño en el mismo sitio. El aprendiz gruñó, pero no soltó la espada, e intentó hacerle daño con un golpe de revés antes de volver a caer a cubierta.

—Levántate. La próxima vez no seré tan benévolo. Cuida tu rostro.

Los marineros sonreían. Los dos contrincantes bailaban una danza en la que Mauricio marcaba el paso una y otra vez, esquivando y engañando al aprendiz de una forma natural, revolviéndose, parando sus golpes y agrediéndole por la espalda, mientras Casiodoro se volvía enfurecido intentando desordenadamente superar su defensa y herir al capitán.

—Basta —dijo Mauricio al verlo resoplar sin aire—. Ya he visto bastante. Me das lástima. No te mueves correctamente. Desperdicias tus débiles ataques y cuando golpeas te expones sin necesidad.

—Enséñame —le pidió Casiodoro.

—Lo primero son tus pies. Imítame, así. Debes moverte ordenadamente. Un pie, luego otro. Debes saber adónde quieres ir. ¡No los cruces! No cruces las piernas o estarás perdido. Basta un leve desequilibrio para que tu adversario tome ventaja. Alza tu espada. Si tu izquierda no tiene escudo, es mejor que tenga un cuchillo, un palo o unos nudillos. Golpea, ataca con tu puño izquierdo cerrado. Mejor dos armas que ninguna. Vamos a ensayar unos movimientos. Arriba, abajo, arriba, abajo, de lado, arriba, abajo, de lado. Ahora giro a la derecha. ¡Bien! ¡Esos pasos, aprendiz! Todo de nuevo. Otra vez.

Mauricio tenía cuarenta y dos años y era fuerte como un toro. Su cara de dulces rasgos aristocráticos contrastaba con su ruda complexión y su piel curtida por el sol. La piel del aprendiz estaba pálida a su lado. La experiencia le haría bien. Casiodoro se estaba cansando, y comenzó a dar golpes por propia iniciativa. Aquello le gustó al capitán.

—¡Bien, bien! Eres rápido de mente. ¿Eres capaz de atacarme?

—Estoy preparado —respondió Casiodoro, aún resentido por la pelea.

Esa vez Mauricio sí tuvo que defenderse. El aprendiz asimilaba rápido las enseñanzas. En dos ocasiones estuvo a punto de herirlo en el torso y en el brazo. Cuando el capitán se empleó a fondo, la lucha acabó en pocos segundos. Casiodoro acabó tirado sobre las tablas de la cubierta con un ojo morado, desconcertado y dolorido.

—Te he dicho que emplearas el puño izquierdo. ¿Estás bien?

—Creo que sí. Necesito aprender más.

Uno de los marineros, atareado en repasar las costuras del velamen de repuesto, pensaba cómo haría para deshacerse de aquel joven. Quersoneso siempre había sido una ciudad fronteriza, más próxima en su corazón a los búlgaros y eslavos que al Imperio, y eso a pesar de la presencia de la flota

imperial. Ciudad de fugitivos y de gente desafecta al emperador, le sería fácil encontrar en el puerto a la persona adecuada.

El sol estaba en lo alto. La brisa seguía sin soplar.

—En este barco no admitimos pasajeros. Te vendrá bien como experiencia y curtirá tu cuerpo. ¡Dejadle un puesto en los remos!

—Pero mi maestro no dijo que tuviera que dedicarme a la marinería.

—En este barco mando yo. Si quieres que te enseñe más, tendrás que obedecerme. Tus músculos necesitan más fuerza y conocer lo que es el dolor.

A Casiodoro no le quedó más remedio que dejar la cubierta. Se sentó junto a los otros hombres en un banco gastado por el uso, untó sus manos con aceite como hacían los demás y comenzó a remar. Enseguida estuvo sudando y con la respiración entrecortada.

Al atardecer el viento regresó con fuerza desde poniente, y desplegaron las velas; los remeros pudieron descansar. Dieron cuenta de una abundante cena con carne ahumada, queso, galletas, frutos secos, pan y vino. Casiodoro estaba exhausto. Mauricio le examinó las manos, sin encontrar llagas en ellas. La piel estaba endurecida por los quehaceres domésticos diarios.

—De algo te ha servido entonces barrer y fregar. ¡Come! ¡Bebe!

El aprendiz tenía los brazos entumecidos.

—¿Así que esto es el ejército?

—¿Te gusta? —le preguntó un marinero.

—¡Estoy derrengado! Se me cierran los ojos de cansancio. Me duele todo.

Varios hombres se echaron a reír.

—El ejército es esto durante diez años, o más. Luego te recompensan con tierras en alguno de los *themas* orientales y allí puedes por fin plantar trigo, tener una granja, criar ganado y conseguir una esposa oronda y fértil que te cuide y que te dé descendencia.

Mauricio consultaba las estrellas desde la proa. Casiodoro lo miraba con atención.

—¿Y el capitán? ¿Acaso no merece ya tener tierras?

—Las tiene, y una mujer y un hijo de pocos meses en el Egeo, pero prefiere la marina. Toda su familia ha estado siempre vinculada al mar. Todos los primogénitos de su familia murieron en combate en alta mar después de tener descendencia. Es como un destino que pesa sobre él. Él espera participar en un gran combate contra los musulmanes, como hizo su abuelo en la anterior guerra.

El aprendiz cenó, bebió vino y descendió al interior, donde se tumbó sobre su hamaca hasta dormirse. El mundo estaba lleno de lugares y gentes por conocer, y él conocía muy poco.

Quersoneso los recibió en estado de alerta. La ciudad portuaria tenía los embarcaderos atestados de naves comerciales que habían buscado la protección de la flota imperial allí destacada. Se rumoreaba que los musulmanes habían alcanzado la costa sur del mar interior y que estaban construyendo navíos para esquivar a los barcos destacados en el Bósforo. Todos se temían que arrasarían cuantas ciudades costeras no accedieran a sus demandas. Un gran dromón se aproximó al *Orgullo de Bizancio*. Después de una fuerte discusión, la autorización imperial fue aceptada y Mauricio pudo atracar en los antiguos muelles de piedra de la zona militar del puerto.

Toda la ciudad estaba amurallada. El puerto estaba en la bahía del norte de la península sobre la que se asentaba el casco urbano. Al sur, un acantilado protegía la urbe. Al oeste, la costa se suavizaba hasta formar una playa llena de pequeños barcos de pesca varados en la arena. Fuera de las murallas se extendían los suburbios y más al norte había granjas y viñedos.

El control que ejercía el imperio en aquella región era meramente nominal. La vida de la ciudad estaba demasiado influida por los clanes kazajos como para someterse por completo a un control central. La guarnición era limitada. Los acuerdos comerciales unían más que la lealtad política, aunque la presencia de los dromones ayudaba a calmar los ánimos independentistas.

Justiniano II había estado exiliado en Quersoneso, pero quince años atrás, cuando recuperó el trono imperial, lo primero que ordenó, en sus ansias de venganza, fue destruir el exarcado de Rávena y la propia ciudad de Quersoneso. Los kazajos respondieron a la petición de ayuda de la urbe y las tropas imperiales se rebelaron, nombrando emperador al general Filípico. De Justiniano tenían un recuerdo infame, pero las monedas con su efigie eran codiciadas.

Quersoneso estaba abarrotada. Las calles seguían la clásica distribución hipodámica, con cuatro casas residenciales por manzana, y hervían de refugiados, comerciantes y colonos. Las carretas de los vendedores se estorbaban al intentar atravesar a la vez las estrechas calles.

Mauricio y Casiodoro llegaron a la calle principal, que empezaba en una pequeña plaza junto al puerto. Uno de los marineros, que había bajado con

otros nautas para avituallarse, consiguió escabullirse y seguirlos entre el gentío. Sobre la calle principal, ancha y revestida de grandes losas talladas, se abrían dos arcos en los que los guardias vigilaban a los extranjeros. El capitán y el aprendiz pasaron cerca de una basílica, pero estaban desorientados. Mauricio dejó la calle principal y se adentró en una calleja estrecha.

—Es por aquí. El comerciante al que buscamos está aquí.

Llegaron a un portón de madera de roble. Un hombre bajo, robusto y de barba cerrada les abrió. El marinero que los perseguía supo que habían llegado a su destino. Sabía con quién debía hablar, pero debía darse prisa.

—Queremos comprar aceite —indicó el capitán al comerciante.

—No es un buen momento. No hay mucha demanda. En invierno llegarán mejores cargamentos. ¿Cuánto queréis comprar? ¿Una medida? ¿Una arroba?

—Todo el que tengas en tus almacenes —dijo enseñándole algunas monedas de oro con la antigua efigie de Justiniano.

Ante la visión del dinero, el comerciante abrió los ojos como platos y con gran algarabía los hizo pasar y los invitó a comer y a beber.

—Me llamo Zenón. No encontraréis mejor aceite de roca en la ciudad. Pero ¿tendréis oro suficiente para pagarlo?

—Tráenos una muestra. Mi experto decidirá si hoy harás un buen negocio.

El capitán arrugó la nariz ante la pestilencia que emanaba del tonel. Casiodoro olió el aceite, lo tocó, observó cómo fluía y pidió una llama. Empapó un cilindro de papiro y lo puso sobre el candil, donde ardió vigorosamente. Era excelente.

—El *petra oleum* es bueno —decidió Casiodoro.

—Entonces embarcaremos inmediatamente la mercancía —dijo Mauricio.

El mercader asintió.

—Necesito tiempo para sacarlo de mis almacenes. Por la tarde todo estará preparado. ¿Adónde os dirigís, por mera curiosidad?

Casiodoro estuvo a punto de responder, pero Mauricio se le adelantó.

—Tenemos un negocio urgente en Tracia, aunque no hemos venido a charlar.

Salieron de allí. Una sombra furtiva se mantuvo tras ellos. Mauricio se acercó a Casiodoro camino al puerto.

—Aprendiz, no te separes de mí. Nos están siguiendo.

Se alejaron del bullicio del centro y llegaron cerca de los muelles. Los seguían a plena luz del día. Casiodoro aguzó el oído. Le pareció oír pisadas

tras ellos. El corazón se le aceleró. El capitán le dio disimuladamente una daga.

—¿Sabes usarla? Tenla al alcance.

Al doblar una esquina se detuvieron al amparo del soportal de un almacén de pescado y se pegaron a la pared. El capitán desenvainó un largo cuchillo marinero y contó hasta diez. Los pasos se acercaron. De pronto se volvió hacia los pasos y arrastró a la figura tras la esquina. Se oyó un golpe, un grito de dolor y un forcejeo. La figura dejó de debatirse. El hombre era bajo, de tez pajiza, pómulos marcados y ojos rasgados. Se agarraba el vientre, abierto por un tajo. Las manos del militar estaban manchadas de sangre.

—¿Quién te envía? ¿Quién te envía? —le exigió Mauricio. El hombre, kazajo, dejó de respirar. No estaban seguros en Quersoneso. El capitán registró sus bolsillos y encontró dos relucientes nomismata de oro, que se guardó para sí—. Vamos. Alejémonos de aquí.

Detrás de una cordelería se limpió las manos y guardó el cuchillo. Dejó a Casiodoro en la nave mientras él buscaba otro barco. Volvió por la tarde.

—Un carguero militar nos ayudará a llevar nuestro aceite. El correo militar ha llegado esta mañana con las órdenes. Hemos de apresurarnos. Osorio, mi segundo, capitaneará el otro barco.

—Quiero ayudar. ¿Qué puedo hacer?

—Las órdenes son devolverte con vida a Constantinopla una vez que tengamos el aceite. ¿Tan valioso eres, aprendiz?

—No lo sé —le respondió Casiodoro, sorprendido.

¡Así que el aprendiz seguía libre! El marinero dejó caer el extremo de la jarcia que sujetaba para observarlo contrariado, y la verga osciló. Otro marinero, subido en lo alto del mástil, profirió una queja. El esbirro debería buscar otra oportunidad al anochecer.

Al caer la tarde dejaron atrás los muelles de Quersoneso. El viento soplaba a favor, pero el mar estaba revuelto. Las nubes ocultaban las estrellas. Los dos barcos se mecían con violencia.

—Nos estamos desviando. El viento nos lleva a la costa tracia.

Casiodoro, que no le había devuelto la daga al capitán, pensaba en el kazajo muerto. Podía ser un ladrón o un simple viandante con prisa. Mauricio no había dudado. ¿Quién lo habría enviado? Era cierto que él como aprendiz era valioso. Nadie fuera del palacio imperial sabía de la existencia de Calínico y de la composición de su terrible invento. Nadie excepto el emperador. Le

habían hecho jurar por su vida que él no revelaría nunca lo que sucedía de puertas adentro del taller de aquel genio. ¿Lo harían otros? ¿Por dinero, por poder? ¿Era Mauricio de fiar? ¿Por qué un experto marino dejaba que el viento lo llevara a su antojo a donde no debía ir?

—¿A Tracia? ¿Por qué? —preguntó Casiodoro en voz alta al hilo de sus pensamientos.

—Está en la costa europea. En Mesembria tendremos noticias sobre el estrecho del Bósforo. No quiero desobedecer las órdenes. Esta mercancía deberá llegar a la capital contigo, a salvo. Si hay presencia árabe por mar, la haremos transportar por tierra hasta Gálata y de ahí cruzaremos el Cuerno de Oro hasta Constantinopla. Si no, nos arriesgaremos a cruzar el Bósforo por segunda vez.

—¿Por qué sigues en la marina, en vez de en tus tierras?

Mauricio lo observó un instante y volvió la vista al mar.

—Tengo un destino. Mi vida y mi muerte están junto al mar.

En Mesembria, ciudad marítima fortificada sobre una península, les dijeron que el paso del Bósforo estaba abierto, y sin demora enfilaron hacia la capital. Para el marinero sobornado se terminaba el tiempo.

La noche era magnífica. La oscuridad del Ponto Euxino resaltaba la Vía Láctea. El aprendiz volvió a distinguir Casiopea, el Carro y el Cazador. Mauricio le hizo acompañarle a la proa.

—Es fascinante. Mira allá, Casio. Es la primera estrella de Pegasus.

—¡Un meteoro! —exclamó el chico. La estela cruzó al sur de su posición, apagándose tan súbitamente como había aparecido. La segunda ronda de hombres tomó el relevo de los remos.

—Aún faltan unas horas para el amanecer —dijo Mauricio. El capitán era infatigable—. Baja a los camastros y duerme hasta el alba. ¡Vigía, permanece atento al sur!

Ajeno al peligro que corría, el aprendiz anduvo cerca de la borda. El marinero comprado no podía desaprovechar aquella oportunidad. Siguió sus pasos mientras revisaba la tensión de las jarcias, y justo cuando pasó a su lado lo empujó, desequilibrándolo y haciéndole caer por la borda. El esbirro se ocultó al otro lado del barco.

—¡Hombre al agua! —gritó el vigía, alertando a Mauricio.

Uno de los marineros se tiró inmediatamente al mar, atento a los gritos ahogados de Casiodoro. La noche sin luna no facilitaba el rescate. Otros

marineros arrojaron un pequeño tonel atado a una soga. El viento arrastraba la nave, levantando la espuma de las olas.

—¡Lo tengo! —gritó el marinero, que consiguió inmovilizarlo después de un desesperado forcejeo.

Casiodoro cedió. El barco viraba. Los marineros se acercaban a la borda con faroles para iluminarlos. Al fin su compañero alcanzó el barril.

—¡Ahora! ¡Tirad fuerte! ¡Ahora! —exclamó Mauricio al frente de la cuerda.

No tardaron en estar en cubierta, con ropa de abrigo sobre los hombros y un tazón de sopa caliente con carne salada entre sus manos tiritantes. El salvador del aprendiz fue recibido como un héroe, entre vítores.

—¡Por Dios santo, qué alivio que te hayamos recuperado!

—No me caí, Mauricio —respondió Casiodoro señalando a un hombre con su índice tembloroso. El marinero apretó la mano contra la empuñadura de un cuchillo, alejándose lentamente—. Ha sido él.

—¡Atrás! —gritó el esbirro descubierto.

Estaba dispuesto a terminar su misión, y se lanzó contra el aprendiz ante el estupor de los marineros, pero el capitán fue más rápido. Interceptó su mano y se revolvió contra él. El marinero intentó acuchillarlo; consiguió rajarle las ropas. Mauricio, sorprendido de no sentir sangre, reaccionó airado y asestándole una puñalada mortal en el corazón. El esbirro cayó sobre cubierta.

—¿Quién era? —preguntó el capitán a la marinería. Nadie sabía nada. En sus bolsillos encontró otras tres nomismata de oro. Miró al aprendiz—. Arrojad el cuerpo a los peces.

Dos días más tarde llegaban al resguardo militar del Cuerno de Oro, con las mejores naves bizantinas preparadas para defender la capital. Muchas de ellas tenían unos característicos agujeros en la proa entre la primera y la segunda cubierta. Bajaron las cadenas defensivas para ellos. Casiodoro no pudo contener su excitación a pesar del cansancio. Solo pocos sabían su misión.

—¡Lanzad las amarras! —les gritaron desde el muelle.

—Hemos llegado, aprendiz. Escúchame atentamente. Sé que eres importante. No quiero ser relegado a labores de patrullaje. Quiero que mi barco sea uno de esos. Quiero esos agujeros en mi proa para poder usar ese infernal artefacto de tu maestro. ¡Quiero enfrentarme a los musulmanes! ¡Prométeme que me recomendarás! Sé que puedes hacerlo. Prométemelo.

—Haré lo que pueda —respondió Casiodoro, impresionado—, pero no prometo nada. No depende de mí.

—Tu palabra es suficiente. ¡Corre! ¡Y vosotros, moveos rápido para descargar la mercancía! —gritó Mauricio dirigiéndose a la marinería.

—¡Espera! ¿Y la daga?

—¡Úsala bien! —dijo despidiéndose de él.

El aprendiz llegó a la vivienda de Calínico dolorido y muerto de sueño. Habían puesto dos guardias permanentes en la entrada. Le dejaron pasar. Dentro había más soldados. Había luces en el taller del químico. Un extraño olor pestilente llenó su nariz. Casiodoro había tenido la previsión de llevar consigo una botella de *petra oleum*. La visión del viejo sirio que tuvo Casiodoro al llegar al taller le puso los cabellos de punta. El calor era sofocante. Había varios fuegos sobre los que burbujeaban distintos matraces llenos de líquidos viscosos. De algunos recipientes brotaban brumas como nieblas fantasmales. Parecía un antro de brujería. Casiodoro comprendió por qué los que lo conocían lo temían. Calínico levantó la vista y lo miró con una sonrisa y unos ojos diabólicos. «Es solo ciencia —se recordó a sí mismo el aprendiz—, es la fuerza de la razón, la lógica, no un rito del inframundo».

—¡Entra, Casiodoro, entra! ¿El aceite? ¡Ah, perfecto, perfecto!

Calínico tomó el recipiente, lo abrió, lo olió y murmuró con aprobación. Llenó un candil con una pipeta y lo encendió. La llama ardió vigorosamente.

La mesa estaba cubierta con varios recipientes metálicos con mezclas oscuras. Estaban numerados. Casiodoro reconoció otros ingredientes de aquella receta infernal, como la cal y el azufre. Con las manos protegidas con guantes, su maestro trituraba en un almirez piedras de cal hasta reducirlas a polvo. Mezcló una parte con el aceite de roca. A continuación, echó azufre. Faltaban más componentes, como quizás aquella *aqua infernalis* que protegía con tapones de vidrio. Casiodoro estaba absorto. Su maestro lo miró fijamente cuando cayó en la cuenta de que su aprendiz seguía allí, aprendiendo demasiado.

—No debes seguir aquí. Sabes que no es conveniente.

Y a la luz de las linternas, con los ojos brillantes y las brumas rodeándolo, a Casiodoro le pareció que su maestro sí tenía mucho de demoníaco. Aquella noche, el aprendiz tuvo un sueño intranquilo.

9

EL ELEGIDO

Anastasio II estaba preocupado. El califa Al-Walid I estaba decidido a triunfar donde había fracasado Muawiya, el primer omeya. Los informes de los espías bizantinos no podían ser más contundentes: en Damasco habían cursado órdenes de talar los bosques de Chipre a pesar del tratado de tregua y neutralidad para la isla provincia. En Alejandría, Tiro, Cesarea y Aradus se habían alzado nuevos astilleros donde los carpinteros árabes trabajaban sin descanso, rodeados de naves recién construidas. Estaban construyendo una flota enorme, mucho mayor que la que defendía al Imperio. El emperador no podía dormir, y se removía inquieto por la noche en su cama del gran palacio, entre las sábanas de seda y las alfombras de Cachemira.

La mañana llegó, y sobresaltado fijó los ojos en el dorado techo. ¿Acaso no podían hacer algo más que esperar? Se levantó y se puso de rodillas al lado de la cama. Juntó sus palmas, bajó la cabeza y rezó.

—Oh, buen Dios, envíame una señal en esta espera insoportable. Solo una señal. ¿No eres el rey de la piedad? ¿No me mostrarás clemencia? ¿Castigarás a toda la ciudad por mi culpa? ¡Una señal, solo eso te pido, y no vacilaré en seguirla! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios, escúchame!

La señal llegó. A las puertas de palacio, un emisario moribundo entregó en medio de estertores una valiosa información. Los árabes habían almacenado una gran provisión de madera en la costa de Licia, en donde estaban dotando de tripulación las nuevas naves que salían de sus astilleros, pero esos barcos aún no estaban preparados para el combate. Sus tripulaciones no tenían experiencia. Una acción intrépida podría tomarlos por sorpresa.

—¡Es la señal, patriarca, Dios me perdonará! —exclamó el emperador ante Juan.

Este negó con la cabeza.

—No te perdonará, por inmiscuirte donde solo Dios decide. —El emperador había decretado, en contra de su predecesor, la validez del Sexto Concilio, que condenaba el monotelismo, la idea de que en Cristo existían dos naturalezas, divina y humana, pero solo una voluntad—. ¡Tu poder solo es terrenal!

—Que sea Dios, entonces, quien decida sobre mis actos, no tú —replicó el emperador, quien no olvidaría las palabras del patriarca, y ordenó inmediatamente que se enviara una expedición contra la costa de Licia, con sus tropas más leales, las más experimentadas, las más fuertes; la del *thema* asiático de Opsikion. Eran los mismos hombres que le habían dado el poder tres años antes.

En cuanto se supo de la partida, un mensajero cruzó el Bósforo hacia el interior de Asia Menor esquivando las patrullas árabes que rapiñaban la región, hasta la ciudad de Amorion, la tercera ciudad del imperio. El mensajero llevó las noticias a su estratega, un emigrado de Tracia de origen sirio, que había sido elevado al cargo por el propio emperador, quien le hizo general de la otra gran provincia de Asia Menor, el *thema* de Anatolikon. Su nombre era León, y tenía un plan en mente para convertirse en el nuevo merecedor de la púrpura.

En la capital, desde los muelles de los suburbios fuera de las murallas, la gente ociosa veía alejarse a la flota comandada por el *logothetes* Juan Diáconos para arrasar Licia. Casiodoro y su amigo Miguel Andrónico, veterinario, miraban las velas hinchadas de los dromones y las kelandias que se alejaban hacia el sur.

—Dicen que la guerra empezará pronto, pero han pasado tres años y no ha sucedido nada. La gente está amargada. Nos exprimen a impuestos para una guerra que no empieza. Han subido el pan, la carne, el pescado… y no ha pasado nada. ¿Será verdad o será otra mentira más, otra maniobra de nuestros gobernantes?

El aprendiz pensó en silencio que se estaba muy a gusto sentado en el borde del muelle de madera, a la luz del atardecer, escuchando el suave oleaje contra los pilares de acacia, sin prisas ni preocupaciones. No respondió.

—Tú sabes algo —intentó sonsacarle el veterinario—. ¿Cuál es tu precio? ¿Un ánfora de vino de Tracia? ¿Una de Delfos especiada con mirra? Ese brujo tuyo sabe algo.

—Mi maestro no sabe nada. No le interesa la guerra —contestó Casiodoro —. Vive para el estudio. Es un hombre sabio. Es feliz entre sus libros y sus experimentos.

—¡Ja! —exclamó Miguel señalando hacia el sur—. Esos ya van a la guerra. Tu erudito debería estar atento al mundo que lo rodea.

—Hoy hace diez años que murieron mis padres, Miguel. Y él, en vez de mandarme al orfanato del patriarcado, me acogió y me hizo su aprendiz.

—No te ofendas, pero no creo que lo hiciera por piedad. Seguro que nadie en su juicio dejaría que uno de sus hijos cayera en las garras de ese loco misterioso. Tú ya estabas allí, en su poder. Eras un esclavo fácil y gratuito.

—¡Miguel! —exclamó Casiodoro irritado. El veterinario levantó las manos disculpándose—. Me enseñó a leer, a operar con las cifras, a conocer las estrellas. Me ha tomado como a un hijo. Puede ser irritante, puede ser muchas cosas, pero no te tolero que hables así de él.

—Te iba a invitar a un trago… si aún lo aceptas.

Casiodoro suspiró.

—Claro que lo acepto, amigo.

Miguel Andrónico lo ayudó a levantarse y regresaron a la ciudad a través de la Puerta Áurea, la principal entrada de la ciudad. Los andamios aún cubrían su fachada, así como una gran longitud de la triple muralla que defendía la capital bizantina. Los canteros traían piedra nueva desde las montañas de Tracia; los albañiles cocían cal en grandes fuegos, y los alfareros preparaban en sus hornos tejas y ladrillos, sin pausa. Un pequeño ejército de peones y esclavos llevaba los materiales hasta la muralla, restañando sus heridas pétreas, sellando sus grietas, afianzando sus cimientos. Los fosos estaban inundados. Unos pocos contratistas se frotaban las manos con las ganancias, y esperaban seguir ganando una fortuna antes de la llegada de los árabes. El resto de la población estaba cada vez más descontenta y clamaban por un alivio del fisco, pero Anastasio II se mantenía inflexible.

Vaciaron una jarra. Dos jarras. Los dos jóvenes depositaron cuatro monedas de cobre sobre la mesa antes de tambalearse bajo los pórticos de la Mese, la avenida principal, bajo una luna semioculta por brumas.

—Es la capital del mundo, pero ¿dónde están las mujeres cuando se las necesita?

—¡Miguel, que eres un hombre comprometido!

—Ningún presbítero me ha dado aún su bendición. Aún no. ¿Y tú? Mírate. Un futuro monje, eso es lo que veo. Otro erudito, otro burócrata sepultado en la oscuridad de un despacho y condenado a la extinción.

Un sapo saltó desde detrás de una piedra a la maleza húmeda.

—No tengo tiempo —contestó el aprendiz pensativo, atento a las ondas que el animal había provocado en el agua.

—¡Vamos, fíjate! ¡Vives encerrado en una tumba llena de libros junto a un erudito reseco! Vamos, Casio, muchacho, no te lo tomes así. Era una broma. No te vayas. ¡Casio, muchacho!

El veterinario se quedó solo. Casiodoro se alejó de él, trastabillando. Llegó a la casa después de comprobar que nadie lo seguía. Alcanzó su cuarto y se tumbó en su camastro.

Recordaba vagamente a sus padres, sirvientes de Calínico. Sus rostros estaban cada día más desdibujados en su memoria, pero recordaba sensaciones. Recordaba el olor del pelo de su madre, el tacto de la barba hirsuta de su padre, su sonrisa, el calor de un sentimiento familiar. Recordaba también el día del incendio. Unas llamas devoraron la planta baja. Para sus padres fue demasiado tarde. Las voces de los vecinos, el estrépito de los criados, la llegada de los hombres del pretor ahogaron sus gritos de auxilio. Él era pequeño, y el humo lo habría asfixiado de no ser por el erudito, que reveló su tremenda vitalidad y lo sacó de allí en brazos. ¿Cuál era su secreto? A Casiodoro siempre le había parecido viejo, tan viejo que le costaba imaginar cómo habría sido su rostro de joven, pero lo cierto es que desde su camastro no le notaba con más edad que entonces. Estaba igual. Y le debía la vida.

A cambio Casiodoro se había aferrado a él. Sí, tenía secretos; era un protegido del emperador, o más bien del Imperio. Casiodoro era una de las pocas personas que conocían al erudito. El sabio tenía amigos contados y ningún pariente, y protegía con celo su grueso tomo de notas, pero el joven intuía que dentro de su vieja cabeza había algo grande, algo importante y oculto. Y eso estimulaba a Casiodoro a continuar bajo su vigilancia y guía.

Le pareció que apenas había cerrado los ojos cuando unos impertinentes bastonazos en su costado lo devolvieron a la realidad. Se quejó en sueños. Los bastonazos fueron más dolorosos y abrió los ojos asustado, preguntándose qué pasaría.

—¡Vino! ¡Vino tracio! —exclamó Calínico con reprobación—. Hace dos horas que cantó el primer gallo. Mi desayuno no está preparado. Tus notas sobre Leucipo no están terminadas y hueles mal. ¿El vino te embriaga? Bebe, bebe esto…

Le ofreció un cuenco minúsculo con un líquido verde de olor extraño. En cuanto el aprendiz lo probó dio un respingo de asco, despejándose de repente.

—Es sangre de rana salvaje de Illirium, y algo más. ¡Muévete! ¡Vuelve a la vida! El conocimiento no admite demoras.

—La gente bebe. No es ningún pecado, ¿lo sabías? ¡Estamos en guerra! —le espetó Casiodoro, súbitamente rebelde.

El alquimista, que ya salía del cuarto, se volvió con media sonrisa irónica. Sus ojos relampagueaban.

—Yo soy la guerra. No me hagas esperar, joven aprendiz.

Los soldados de Opsikion estaban dispuestos a aprovecharse del descontento popular. Se rebelaron contra el resto de la flota enviada a Licia y asesinaron al representante del emperador. La flota, sin nadie que la comandase, se deshizo antes de llegar a Rodas. Muchas tripulaciones regresaron a su tierra natal en vez de retornar a la capital, donde sin duda habrían sido sometidas a un juicio militar.

Las tropas de Opsikion atracaron en el golfo de Adramyttion. Allí encontraron a un funcionario llamado Teodosio, un recaudador de impuestos, a quien aclamaron emperador por la fuerza, y se dirigieron inmediatamente contra la capital, por tierra y por mar.

Cuando Anastasio II recibió las noticias de la dispersión de su flota de conquista supo que Dios no lo había perdonado. Rugió de rabia, pero no tenía tiempo que perder.

—¡Cerrad la ciudad! —ordenó furioso por la traición.

—Te dije que Dios no te perdonaría.

El patriarca Juan parecía regocijarse de la rebelión. En verdad no debía haberse fiado de él, un cómplice del anterior emperador. De pronto comprendió que quizás incluso estuviera involucrado en la revuelta, y eso no podía permitirlo.

—Yo tampoco. —El emperador se acercó a él y el patriarca retrocedió asustado.

—¡No puedes matar a un hombre de Cristo!

—Y no lo haré.

Fue la última vez que oyó sus palabras. Anastasio II depuso al patriarca y colocó en la silla de Santa Sofía, en presencia de obispos y con el acuerdo de diáconos y clérigos, al obispo Germano, quien lo bendijo.

—¿Me apoyará Dios?

—Lo hará.

Satisfecho con la respuesta, Anastasio II armó a las tropas urbanas del prefecto y cruzó con gran parte de ellas a Crisópolis; de allí pasó a Nicea. Esperaba fortalecerse antes de enfrentarse al ejército rebelde que se aproximaba por tierra hacia Constantinopla. Su idea era sorprender a los rebeldes entre dos frentes, y aplastarlos. Las otras dos provincias militares de Asia Menor, los *themas* de Anatolikon y Armeniakon, tenían bastante con contener la marea árabe que aumentaba su empuje desde el este. El emperador estaba solo.

La flota rebelde de Teodosio alcanzó Crisópolis poco después. Tomó la ciudad como base y se adueñaron de todos los barcos que pudieron encontrar, de pesca y mercantes, grandes y pequeños, e intentaron forzar su entrada en la bahía del Cuerno de Oro. No contaban con que el resto de la flota imperial leal a Anastasio II les estuviera aguardando delante de la gran cadena que cerraba la bahía. Los ciudadanos se horrorizaron y comprendieron que era cierto, que la guerra había llegado a la ciudad, pero no de la forma que esperaban; no eran los árabes, era una guerra de hermanos contra hermanos.

Calínico estaba inquieto. La serpiente no dormía; y mientras ella aumentaba su fuerza entre los infieles, los bizantinos peleaban entre sí, debilitándose. Él debía lealtad al imperio, y el imperio le había ordenado no actuar.

—Maestro, ¿por qué la flota leal no emplea el fuego secreto contra los rebeldes? —había preguntado Casiodoro, quien deseaba conocer el misterioso funcionamiento del invento de su maestro.

—El emperador teme por su alma si lo emplea contra cristianos en vez de contra los infieles, aunque él mismo sea un usurpador. El día en que seas testigo del fuego tu vida cambiará.

—Maestro, creo que ya estoy preparado para ese momento.

Calínico le dirigió una mirada penetrante.

—¿Eso crees? ¿Crees que podrías sustituirme? No, aún no estoy dispuesto a morir. Dices que estás preparado para conocer mi secreto. Tal vez. ¡Esfuérzate mientras tanto! Porque ese día pondrás a prueba tu cordura y tu alma.

Y se alejó de él con una risa siniestra que llenó a Casiodoro de esperanza, pero también de inquietud.

Por seis meses ambas flotas se enfrentaron, desgastándose mutuamente. Los murmullos de los descontentos crecían día tras día dentro de las murallas de la ciudad, y en una maniobra calculada, los barcos rebeldes retrocedieron en sus posiciones. La flota imperial adelantó la suya y se situó en la bahía de Neoresia, momento que aprovecharon Teodosio y su ejército de veteranos para cruzar el Bósforo. Atravesaron Tracia y tomaron la capital de noche, accediendo a ella por el único tramo de muralla simple del perímetro de las defensas de la ciudad, en el barrio de Blachernae. Las tropas del *thema* de Opsikion asolaron las calles, no dejaron a su paso a nadie con vida y causaron una gran destrucción.

Irene regresó a la biblioteca apresuradamente. Los soldados estaban en las calles, y en el norte de la ciudad se luchaba por el control de cada uno de los barrios. La gente permanecía encerrada en sus casas; los funcionarios leales a Anastasio buscaban refugio en las iglesias. Marius se fijó en ella.

—¿Estás bien? Estás… llorando.

—No ocurre nada, Marius. Nada. —Irene se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Oh, vamos, no sufras. Aquí estamos a salvo. Estas paredes son recias. Aunque, claro, con tanto pergamino —y con las manos hizo un gesto vago que abarcaba la sala atiborrada de documentos polvorientos— arderíamos con rapidez si hubiera un incendio.

—Oh, Marius —musitó Irene intentando concentrarse en su trabajo. Traducía del latín al griego aquellas obras que el bibliotecario le indicaba. Hacía mucho que la lengua del Tíber no se hablaba fuera del Auditorium.

—Hemos vivido una zozobra constante, con emperadores subiendo al trono y bajando a la tumba. Muertes violentas, asesinatos, intrigas… y aquí seguimos. No, no debes temer nada. Nadie ve a los estudiosos como una amenaza.

—¡Oh, Marius, cállate! ¡No es eso! —gritó Irene saliendo de la sala ante la mirada atónita del conservador, que no había entendido nada.

La muchacha se refugió en un rincón perdido del sótano, sola, porque se sentía sola, estaba sola, otra vez. El joven mercader que la había cortejado durante meses, que la había seducido y que la había amado, la había abandonado. Le había dicho que era demasiado complicada. Sus ideas no eran propias de una mujer cabal, le había espetado con temor y desprecio. Por unas palabras imprudentes uno podía ir a prisión y ser cegado, torturado y

mutilado, la amenazó, y él, joven, apuesto, con densos bucles negros, ojos de azabache y cuerpo de Apolo, no estaba dispuesto a correr tanto riesgo.

Para Irene no era el primer fracaso sentimental; era otro más, solo que en esta ocasión era ella la abandonada, la seducida, la engañada. Humillada, Irene había abofeteado al joven y luego había escapado del barrio de Myrelaion a la carrera, atrayendo la atención de un grupo de soldados de los *themas*. Ignoró sus voces; siguió corriendo, perdiéndolos de vista en las calles que conocía bien, hasta que se refugió en la biblioteca cuando supuso que los había despistado.

La muchacha permanecía escondida cuando vio botas militares que cruzaban la luz de los ventanucos del sótano. La realidad la había alcanzado. Oyó pasos en las escaleras, pasos sigilosos, y tuvo miedo. ¿Le habrían hecho algo a Marius? ¿Estaría bien? Alarmada, buscó con ansiedad algo que le sirviera de arma, y encontró un cilindro de cobre, enmohecido y verde. Era cuanto necesitaba. Salió de su escondite. No vio a nadie. Anduvo con el cilindro en alto, atenta a cualquier sombra. Una mano se posó sobre su hombro. El sobresalto le hizo soltar el cilindro, que golpeó en el suelo de piedra con estrépito, y ella gritó.

—Se han ido, Irene —dijo Marius con tono paternal—. He mentido por ti; y volvería a hacerlo. ¿Acierto si digo que es un hombre el que te causa esta zozobra?

Su voz mostraba una preocupación sincera. Siendo eunuco, ella sería lo más parecido a una hija propia que podría tener. Subieron juntos a la planta baja. Mientras mojaba el cálamo en el tintero, ella se preguntó si Timeo estaría bien.

El nuevo emperador no era más que una marioneta en manos de los estrategas. Anastasio II había dado todo por perdido cuando los rebeldes apresaron en la capital a sus oficiales leales y al propio patriarca Germano y los enviaron a Nicea como emisarios, asegurándole que si cedía el trono su vida y la de su familia serían respetadas.

—¿Quién ha oído hablar de ese Teodosio? ¡Nadie! —Se echó las manos a la cabeza—. No quiero más sangre en mis manos; acepto. Pero decidles esto también: los árabes vendrán; ya se acercan. ¡Ya se acercan!

Anastasio II fue sometido a tonsura y se decidió que él y su familia fueran trasladados a Tesalónica y encerrados de por vida en un monasterio. El senador Antonino Pío vio una excelente oportunidad, y rápidamente mostró

su apoyo a Teodosio III. El Senado estaba dividido entre quienes habían decidido aprovechar la coyuntura y quienes se oponían al nuevo emperador. Este era un inepto, un pelele que pronto se vio sobrepasado por las responsabilidades. Para ganarse la lealtad del pueblo, lo primero que ordenó fue bajar la presión fiscal sobre sus súbditos, aun cuando el tesoro estaba casi agotado. El emperador necesitaba fondos y los terratenientes los tenían en abundancia. Antonino Pío habló por ellos.

—A cambio de nuestro apoyo económico deberéis otorgarnos una mayor libertad de acción en nuestros territorios asiáticos. No queremos depender de los estrategas; solo responderemos ante ti. Nuestros hijos tendrán preferencia dentro de la burocracia del Estado, lejos del ejército de la frontera. En tanto tengamos tu compromiso, te financiaremos.

Sería un acuerdo perfecto, y más de un gran terrateniente veía el acceso al gran palacio como una opción factible. Que el ejército se encargara de defender los territorios, debilitándose; ellos se enriquecerían aún más.

—Sea. ¡Sea! ¿Cuándo dispondré de vuestro dinero en mis arcas?

—Pronto, oh, *basileus*, muy pronto. Mis banqueros están preparándolo todo. —El senador se inclinó con cortesía y salió del Chrysotriclinio con una sonrisa de satisfacción. Con cada demora, la situación sería más desesperada, y podrían tensar aún más su paciencia.

En sus sueños más ocultos, en sus sueños más ambiciosos, Antonino Pío se veía a sí mismo como *basileopator*, padre de emperador, honrado y glorificado por sus súbditos. Y ese sueño le gustaba.

Lejos de allí, en las desoladas llanuras de Asia Menor, León el Isaurio había resistido el avance de las tropas árabes sobre los montes Tauros hasta Amorion. La salvación de la ciudad, logrando la retirada del general musulmán Maslamah, había aumentado su prestigio entre sus hombres. Cuando le llegaron noticias del derrocamiento de Anastasio, quien le había otorgado el cargo de estratega, él, que durante años se había curtido frente a los soldados del Islam y los entendía bien, supo que había que hacer algo.

A su llamada, el general Artabasdos acudió a una reunión privada en su fortaleza de Amorion. Ambos generales se conocían bien; habían compartido más de un campo de batalla bajo las enseñas del imperio.

—Tu mensaje decía que tenías una proposición que hacerme.

Artabasdos se sentó frente a él. Era más bajo, pero más robusto. Sus brazos eran gruesos como troncos, su torso era puro músculo y tenía el cuello

de un toro. Llevaba la barba pulcramente recortada. Sus grandes manos sostuvieron con interés la copa de plata que le había ofrecido un sirviente antes de abandonar la sala. Saboreó el vino, paladeándolo, una vez que su anfitrión bebió de la misma ánfora.

—He oído rumores —inició la conversación.

—¿Qué rumores?

—Que Teodosio III no es emperador por una casualidad.

León se permitió una sonrisa cómplice.

—Hemos luchado juntos. Sabemos que los árabes no cejarán en su empeño. El imperio necesita un gobernante que sepa tratarlos, alguien enérgico que entienda sus mentes retorcidas, que pueda manejarlos con habilidad. El pueblo lo sabe. También el Senado. También el patriarca.

—Entiendo —comentó Artabasdos con sobriedad.

Sí, todo el mundo se preguntaba cómo un humilde recaudador dirigía en aquel momento sus destinos. Artabasdos, estratega del *thema* de Armeniakon, lo vio claro. El estratega de Opsikion también estaba en tratos con León. Este era ambicioso. Quería que las tres provincias más importantes del imperio lo apoyaran en su plan final. Si el pueblo, aterrado por la perspectiva de una guerra inminente, pudiera elegir para que protegiera su vida entre un inepto tembloroso y un estratega experto, estaba claro hacia dónde se decantaría la balanza. Las deficiencias de Teodosio III realzarían aún más las virtudes de León, y sería irresistible ante el Senado y el patriarca. Contaba con dos fuertes apoyos; solo faltaba el de Artabasdos.

—¿Qué ganaré yo a cambio de mi apoyo?

—Tendrás libertad de actuación por toda tu provincia. Desposeeré a los grandes propietarios que se han atrevido a mostrarse partidarios de Teodosio, y te haré rico. Eso te proporcionará nuevos hombres y así podrás evitar que los infieles arrasen tu *thema*.

—Seguro que es lo mismo que le has prometido al estratega de Opsikion. Pero mis hombres son más veteranos, fieles a mí hasta la muerte. Mi lealtad tendrá un precio mayor. Quiero más. Quiero que me asocies al trono.

—Solo puede haber un emperador, y lo sabes. —León subió el tono de su voz y la tensión se palpó en el aire, hasta que Artabasdos levantó las manos para apaciguarlo y explicarse con mayor claridad.

—Soy un hombre de armas, no un burócrata. Pero sueño con un hijo o un nieto vestido de púrpura, algún día. —Sus palabras tranquilizaron al isaurio —. Seguro que podemos hallar un acuerdo.

León tenía una solución.

—Te entregaré el cargo de *curopalata*, el más importante tras la familia imperial, y la mano de mi hija Ana. Apóyame, y nuestra sangre quedará unida para siempre —dijo ofreciéndole el brazo fuerte y curtido por el sol con la mano abierta, que el otro agarró sin ninguna dilación.

—Sea. Tenemos un acuerdo de sangre, *basileus*.

León no pudo reprimir una sonrisa franca, llena de satisfacción ambiciosa. Lo había conseguido.

Los dos generales organizaron sus tropas con rapidez y se dirigieron con una vanguardia hacia la capital del imperio. En Nicomedia derrotaron a las tropas dirigidas por el hijo de Teodosio, y con él en su poder como valioso rehén enviaron a sus emisarios a Constantinopla con un único mensaje al Senado y al patriarca: las horas de Teodosio III como emperador estaban contadas. León y Artabasdos llegaron a Crisópolis. Por la noche, asomado a la terraza de piedra de sus aposentos en la fortaleza, León veía las luces nocturnas de Constantinopla al otro lado del Bósforo en el agua. A un lado, podía distinguir la silueta del palacio imperial, las murallas marítimas y la gigantesca cúpula de Hagia Sophia. Al otro, estaban la fortaleza amurallada del barrio de Gálata y la torre que custodiaba uno de los extremos de la gran cadena flotante, con la que se cerraba el paso a la enorme bahía natural. Tras la cadena, un bosque de mástiles llenaba las aguas en calma. Las antorchas y las lámparas de los vigías se reflejaban en el agua. El suave oleaje lamía las rocas a sus pies. Bajo el cielo estrellado y la enseña del Cazador, aquella era una visión hermosa de la ciudad que fundó Constantino el Grande. Pero el tiempo de paz se agotaba.

—¿Es eso cierto? ¿Es cierto? —repitió incrédulo Teodosio III.

El patriarca Germano confirmó sus palabras por segunda vez.

—Entrará en la ciudad con o sin tu aprobación, *basileus*. Los hombres de Opsikion son hombres de armas y lo apoyarán. El Senado ha aceptado por mayoría. Él respetará tu vida, pero tu respuesta debe ser entregada esta noche. Una barca está esperando junto al muelle de palacio, en el Bukoleon.

Teodosio cerró los ojos. Su aventura había sido un breve sueño. Se dejó caer, relajándose, contra el respaldo de su diván. Dio dos palmadas y el chambelán entró para servir a su señor.

—Es el deseo de Dios castigar mi osadía como hizo con Anastasio y también liberarme de este yugo. Sí, un yugo, no me miréis así. Aquel que

desea esta diadema —se la quitó y la puso en manos de Germano— puede entrar en la ciudad. Decídselo al emisario, patriarca.

Teodosio se levantó, dispuesto a esperar el curso de los acontecimientos en sus aposentos. La voz del patriarca tembló, con la diadema imperial en su poder.

—¡No es un yugo hacer la voluntad de Dios! —exclamó—. ¡El que porta esta diadema es un elegido divino!

El emperador se volvió un instante, negando con la cabeza.

—No. Es el mayor esclavo del imperio.

Tres días más tarde, en el día de San Dimas del año 717[2], la vanguardia de León el Isaurio entró triunfalmente en Constantinopla, la grande, la irrepetible, atravesando la Puerta Áurea a caballo, hasta llegar al corazón de la capital, a la santa catedral de Hagia Sophia, donde Germano, el patriarca, en una solemne misa de coronación, le impuso frente a miles de fieles la diadema imperial, en medio de los cánticos y los coros. Timeo contempló de cerca al nuevo emperador junto al resto de los diáconos. León estaba en plena madurez, sus manos eran fuertes, y su gesto, decidido. Se adivinaba en él firmeza de carácter, una voluntad enérgica, y cuando la diadema estuvo en su cabeza, se irguió y alzó la vista como si el hálito divino le hubiera dado una determinación sobrehumana.

El nuevo emperador ordenó de inmediato una gran celebración, que incluía carreras en el Hipódromo, y dos días después tomó las riendas del poder con una determinación inaudita en un emperador. Confiscó elevadas sumas a banqueros y grandes terratenientes refugiados en la ciudad, detuvo el alza de los precios, y con el beneplácito del pueblo envió a la frontera a los hijos de todos aquellos que se habían opuesto a su llegada. Reanudó la reparación de las murallas de la ciudad con una energía inagotable. Limpió de burócratas los engranajes del Estado, sacándolos del palacio y reconvirtiéndolos en peones y albañiles frente a las murallas de Teodosio.

—¿Cuánto crees que tardarán? —preguntó León a Artabasdos.

—Un mes, dos a lo sumo. Los árabes han vuelto a cruzar la cordillera del Tauros. Ya saben que no estás en Amorion —respondió el *curopalata*, repasando el mapa del imperio extendido sobre la mesa—. Dijiste que conocías su mente, cómo pensaban, oh, *basileus*. Maslamah estará furioso. Dicen los espías que un gran contingente avanza por la costa de Siria al amparo de una flota imponente.

—Maslamah desea mi fin, pero no lo tendrá fácil —contestó el emperador con una sonrisa malévola.

Artabasdos sabía por qué sus hombres lo adoraban. No era solo por su fuerza y su arrojo, sino también por su inteligencia, su magnetismo y su astucia. Era como un nuevo Ulises de la antigüedad; irradiaba confianza y sabía transmitirla.

—Las defensas ya están equipadas. Estamos probándolas. Todo está listo para recibirlos.

—No, *curopalata*, todo no. Falta una sola cosa.

En los almacenes militares de Mangana, el trabajo del alquimista y su aprendiz se vio interrumpido por la llegada de los guardias de palacio. Los *excubitores* se apostaron en todas las puertas y ventanas y alrededor del edificio, atentos a cualquier movimiento, mientras la litera ornamentada de oro y velos de seda se detenía y una persona descendía al suelo. Belerofonte, el gran drongario, lo estaba esperando. Las botas púrpuras pisaron el suelo pedregoso. Todos los soldados se irguieron, firmes.

—¿Dónde está? —preguntó León III.

—Dentro, en los sótanos. —Belerofonte avanzó con él hacia la puerta, pero el emperador alzó la mano, indicándole en silencio que se detuviera. Entró solo.

Casiodoro oyó un ruido, y el eco reverberó bajo las bóvedas de los subterráneos, llenos de grandes tinajas precintadas. El aprendiz sostenía una escalera mientras Calínico, en lo alto, sacaba de una tinaja una pequeña cantidad con un largo tomamuestras de cobre. Habían dejado de estar solos. Sin poder creérselo, Casiodoro se puso a temblar, mudo por la sorpresa. El emperador caminaba hacia él.

—Quieto. ¡Quieto he dicho! ¡Casio, domina tu pulso! —Irritado, el alquimista bajó la mirada, asegurando la muestra en la bolsa que portaba con él.

A la luz de las lámparas, Casiodoro se había postrado de rodillas, con la cabeza gacha. El emperador miró a Calínico desde abajo, en silencio, alto y corpulento. Sus ojos eran penetrantes. El alquimista bajó de la escalera. Allí, ante él, estaba el nuevo gobernante. No había perdido el tiempo.

—Así que tú eres Calínico.

—*Basileus*, yo soy. —El erudito se inclinó con una leve reverencia.

—Dicen que tuyo es el secreto del fuego marino.

—Así es, *basileus*, y tengo otros conocimientos. Puedo hacer que veas el pasado, y también el futuro. Sé interpretar los astros. Y más cosas aún de las que nadie sabe nada.

Casiodoro seguía mudo de asombro. Las botas púrpuras mostraron impaciencia.

—Quiero ver ese portento secreto con mis ojos.

»¿Quién es él? —dijo señalando a Casiodoro.

—Mi aprendiz. —Calínico lo levantó tirando de él con fuerza, y le murmuró al oído—: Dijiste que estabas preparado. ¡Ahora presenciarás la muerte que traerá la vida!

»Seguidme, *basileus*, por aquí.

Cogió la linterna que colgaba de un gancho y los guio por un camino polvoriento hasta llegar a otra sala, cerrada y húmeda. Abrió la puerta maciza. Un hombre colgaba del techo, preso, de una cadena. Los miró con ferocidad. Escupió al ver al emperador. Parecía un loco.

—¡Os mataré! ¡Os mataré a todos! ¡Belcebú! ¡Hijos de Satanás!

—¡Cállate! —le cortó el alquimista—. Este reo os mostrará nuestro poder.

El hombre cautivo retorcía sus manos intentando liberarse de los grilletes. Tenía las muñecas desolladas y sangrantes. Dejó de gritar, pero enseñaba los dientes con ferocidad. Calínico abrió la bolsa y sacó dos potes de cerámica, sellados con corcho y arcilla.

—Este, oh, *basileus*, es como el *petra oleum* que guardamos en nuestros almacenes. Es como el que usan las viejas en sus candiles, el que se usa en las casas para iluminar las estancias de noche. No tiene nada de particular. Pero este, este sí es diferente. —Rompió con cuidado el sello de arcilla y quitó el corcho, alejando el pote de él—. ¿Oléis? Os demostraré qué puede hacer.

Vertió el contenido sobre el cuerpo del reo.

—¡Apartaos! —exclamó alejándolos de él, a la vez que aproximaba la linterna al cautivo.

En el exterior, la brisa marina acercaba el aire frío a la ciudad, pero en aquel subterráneo cerrado la temperatura era elevada. El negro fluido empapó las ropas del preso, y lo rodearon vapores volátiles. Bastó la proximidad de la linterna para que el hombre, súbitamente, estallara en llamas, con una explosión repentina. León quedó paralizado por el horror, envuelto en las voces terribles del cautivo, que intentaba escapar frenéticamente. Casiodoro salió corriendo de allí y cayó al suelo del almacén entre arcadas. El

desafortunado dejó de gritar cuando su carne en llamas se desprendió del cuerpo.

—Ahora ya lo habéis visto. El imperio hizo un pacto conmigo. ¿Lo mantendréis? —preguntó el alquimista con voz vibrante.

León III era un hombre de la guerra, estaba acostumbrado a sobrevivir en el campo de batalla, burlando a la muerte a su alrededor; había incendiado ciudades, arrasado tierras y torturado enemigos, pero aquel horror le había impresionado. Asintió en silencio, alejándose de Calínico como si fuera un demonio. El olor de la carne quemada era nauseabundo, y quedaría impregnado en aquellas paredes por muchos días. El alquimista cerró la pesada puerta maciza de la celda, con los restos del cautivo aún ardiendo.

En cuanto el emperador se marchó, Calínico, riendo por lo bajo, se acercó a su aprendiz con una jarra de agua para que se limpiara el rostro. El muchacho aún seguía convulsionándose con arcadas. Cuando su maestro se acercó, gateó hacia atrás aterrorizado, intentando alejarse de su contacto, pero el alquimista fue más rápido; lo agarró por los hombros y lo obligó a mirarlo a los ojos, profundos como un abismo, ardientes como una llama.

—¿Has visto? ¿Lo has visto bien? Ahora ya sabes por qué hiciste un juramento. Algún día, tú continuarás mi trabajo. ¡Serás un elegido!

10

CESAREA, ABRIL DE 717

El calor era insoportable. El pastor que los guiaba les había hecho abandonar el camino que cruzaba la llanura pedregosa más allá de Cesarea para ascender entre los riscos por las primeras estribaciones de Tauros. Encinas retorcidas se aferraban a los peñascos con raíces sarmentosas. Las piedras ardían. El cuerpo principal de la guarnición, con la caballería, se había quedado guardando el valle. El tribuno Justino Pío, hijo de senador, miró el serpenteante camino que aún quedaba hasta la cima del lejano monte. Cuatrocientos soldados de infantería pesada lo seguían. El pastor se detuvo a recuperar la respiración, y vio que los soldados armados resollaban bajo las armaduras de cota y el sol ardiente.

—Tribuno, debéis daros prisa. Aún queda un largo camino y al caer la noche los árabes retomarán su marcha y regresarán a sus bases tras los pasos de las montañas, junto a su botín y sus prisioneros. Debéis apresuraros.

El tribuno asintió. Lo único que lamentaba era no disponer de caballos por aquel sendero impracticable.

—Podríamos descargarlos de sus protecciones y de sus sillas. Más allá del monte podríamos necesitarlos —había sugerido su veterano legado con cierta exasperación.

El hijo del senador se había negado a admitir ningún cambio en sus órdenes. No deseaba retrasarse. Quería un ataque sorpresa sobre los árabes confiados. Lo recuperarían todo y los aniquilarían.

Anduvieron horas. El angosto paso se hizo más estrecho, bordeando un profundo precipicio. La ladera estaba llena de pinos maltrechos que proporcionaban sombra sobre el camino. Los hombres lo agradecieron. Muchos se habían quitado el casco y lo llevaban bajo el brazo. Un soldado se desmayó.

—Los hombres necesitan un breve descanso —pidió el legado.

—Está bien. Que dos exploradores acompañen al guía y verifiquen el camino.

El pastor sonrió. Estaban en mitad de la montaña. Dos exploradores no serían ningún obstáculo; ninguno debía regresar.

Los árabes habían penetrado una y otra vez la frontera más oriental del imperio en Asia Menor, con un vigor inusitado no visto en años. Todo indicaba que era el preludio de una invasión a gran escala, y Constantinopla no podía desplegar más fuerzas. El nuevo emperador acababa de ser coronado. Habían recibido una única orden: resistir a toda costa. Cada hombre y cada caballo eran valiosos. Necesitaban un golpe de efecto. Justino tenía en sus manos la oportunidad de una revancha.

El tribuno empezó a preocuparse dos horas más tarde. Ni el guía ni los exploradores habían regresado. Ordenó que los hombres retomaran la marcha. La senda se aproximaba al paso mientras el sol descendía. El calor disminuía y la cima del monte estaba al alcance de la vista. Al fondo del precipicio se oía un leve rumor de agua.

—No me gusta este silencio.

—¡Seguiremos! Dentro de tres días regresaremos triunfantes a la ciudad. ¡Podemos conseguirlo!

El legado no parecía tan optimista. Inspirado por su viejo instinto aflojó el ceñidor del puño de su espada.

Uno de los vigías creyó oír un ruido, pero no le dio tiempo a comprender que se trataba de una emboscada. Los arcos de cuerno vibraron con la primera andanada de flechas. Los árabes se abalanzaron sobre los sorprendidos soldados desde la ladera superior. Desde la cima varios jinetes se lanzaron desbocados contra la vanguardia. El legado derramó la primera sangre musulmana. El tribuno se arrojó contra la pared de la ladera para no ser arrollado por los caballos.

—¡Trompetas! ¡Sin cuartel! —exclamó Justino al comprender que habían sido traicionados.

Los gritos de los musulmanes llamando a Alá se mezclaron con las exclamaciones por el imperio. El angosto camino se llenó de sangre, los cuerpos rebotaban entre los riscos antes de alcanzar el fondo. El precipicio se llenó de alaridos y de los vibrantes ecos de acero contra acero. El legado luchaba furiosamente junto a su superior, pero ambos sabían que en el camino su posición era desfavorable.

—¡Debemos alcanzar la cima o nos aniquilarán! ¡Abrámonos paso!

—¡Adelante! ¡Continuad avanzando!

Los exaltados jinetes se precipitaron al vacío entre relinchos escalofriantes empujados por la fuerza de la infantería. Parte de los soldados se reagrupó tras el tribuno y se lanzó carrera arriba. Uno a uno fueron cayendo detenidos por el caudal de enemigos. El tribuno alcanzó la cima junto a su legado, con el brazo teñido de rojo.

—¡Cuidado!

Una espada sesgó el aire en vertical, y el legado se interpuso entre la hoja y el tribuno, y cayó muerto a sus pies. Justino se dispuso a morir, pero un caíd de turbante blanco y a caballo ordenó a sus hombres que se apartaran del bizantino. El círculo de hombres se abrió. El hijo del senador cayó de rodillas al suelo, exhausto y cubierto de sangre, y cerró los ojos a su fiel legado, en medio del griterío de los árabes que lo rodeaban. Todo el camino a su espalda estaba cubierto de cadáveres bizantinos.

—Tus hombres están muertos. Ríndete —dijo en griego el caíd de rasgos suaves y tez oscura.

El tribuno no habló. Los musulmanes apretaron sus puños sobre los pomos de sus cuchillos y espadas. Justino dejó caer su espada al suelo en señal de rendición.

—Me llamo Justino. Soy hijo de un senador. Exijo que se me trate como me corresponde.

El caíd sonrió burlonamente. El caballo relinchó por encima del bizantino.

—¡Oh, sí! Se hará como dices. ¡Encadenadlo junto a los demás camino de Damasco! —El caíd levantó su espada al cielo saludando al sol de poniente —. *Allahu Akbar!*[3]

—*Allahu Akbar!* —exclamaron sus hombres en señal de victoria.

Al llegar al campamento musulmán, Justino oyó por primera vez a un almuédano entonando la oración de la puesta del sol. Aquella tierra tardaría mucho tiempo en volver a escuchar la lectura de un evangelio.

11

EL ENEMIGO

En el mes de junio de 717, el general Maslamah forzó a sus hombres a cruzar la península de Asia Menor para dirigirse a la costa. Maslamah no estaba dispuesto a dejarse engañar dos veces por el nuevo emperador. En Amorion había acordado la retirada de sus hombres a cambio de que León, una vez en el poder, reconociera la soberanía del califato de Damasco sobre todas las tierras al este del Bósforo y se sometiera al vasallaje de Al-Walid I. No había cumplido su promesa. El ejército bizantino, aún en retirada desde los montes Tauros, se batía ferozmente frente al avance del ejército musulmán, lo que había obligado a los combatientes del califa a rodearlos por el este.

El general tomó un melocotón de una bandeja de fruta y salió de la tienda. Pérgamo estaba sitiada y sus viejas murallas no podrían defender la ciudad por mucho más tiempo. Las catapultas arrojaron otra andanada de rocas.

—¡Mi señor, allí, en lo alto de la muralla! —le indicó uno de sus emires, desmontando a la carrera del caballo. Un lienzo había caído, y en lo alto de la vieja ciudadela griega ondeó una bandera de parlamento—. La ciudad es nuestra. ¡Alá es grande!

—Dejad aquí una guarnición de dos mil hombres, y que se inicie el desmontaje de las máquinas. El resto del ejército debe prepararse. Partimos inmediatamente al norte. ¡Mi caballo!

—Mi señor, los hombres tienen hambre de riquezas. Tienen derecho a tres días de saqueo.

—No nos demoraremos ni una hora. ¡En Constantinopla podrán quebrar sus espaldas cargados de botín! —Subió a su montura y la espoleó en dirección a la ciudad, listo para pactar el rescate antes de partir.

Las tropas musulmanas avanzaron sin encontrar resistencia. Los civiles huían a su paso, y las ciudades pequeñas y las villas, indefensas, se sometieron a las

exigencias de los almotacenes, que se adueñaron de cuanto ganado, animales de carga y cereal pudieron descubrir. La columna avanzaba por los caminos desiertos, con un inmenso ejército de soldados y caballería en la vanguardia. Lo seguían interminables caravanas de asnos, mulos y bueyes, que arrastraban carros con una ingente cantidad de material de guerra, incluidas máquinas de asedio, y provisiones con las que se debía alimentar, día a día, al mayor ejército que se hubiera levantando nunca siguiendo los dictados del profeta Mahoma. A su paso, las cosechas eran devoradas, los bosques, talados, los manantiales, secados, y todo vergel, convertido en un erial.

Llegaron a Abydos y la ciudad les abrió las puertas para evitar el saqueo y la destrucción. El estrecho de los Dardanelos los separaba del continente europeo. Dos días más tarde de su llegada, la gran flota comandada por el almirante Suleimán, llamado igual que el califa, les cruzó a la otra orilla. Se tendieron naves de un lado a otro y se anclaron para estabilizarlas frente al viento del sur, hasta crear un paso firme que la gran columna atravesó en cuatro días completos. Los soldados estaban exultantes. Hasta aquel momento, habían superado toda resistencia en su camino al corazón del Imperio bizantino.

—¡Alá es grande! —exclamó Suleimán, el comandante de la flota, desde la nave capitana—. La moral de los hombres está alta. Todos los griegos huyen al conocer nuestra presencia. Se atrincheran en sus ciudades, ocultos como ratas, rezando para que pasemos de largo y respetemos sus vidas.

»Nadie ha tomado Constantinopla nunca, y es allí donde tendremos que esforzarnos, ¡pero sí, soy optimista! Ni siquiera el gran Muawiya tenía tantos hombres ni tantos medios para lograrlo. ¡Y tan seguro estoy de que triunfaremos que prometo que antes de que llegue el invierno levantaré una mezquita en la capital bizantina para gloria de Alá! ¡En nombre del Misericordioso!

El emperador León III fue informado de que Maslamah había cruzado el Helesponto y avanzaba por la costa hacia el noreste, protegiendo su flanco derecho con su armada, y ordenó una última evacuación de todos aquellos ciudadanos que no se hubieran abastecido para el asedio. A lo largo de la muralla exterior, las puertas permanecían abiertas para el paso continuo de ciudadanos obligados a abandonar la ciudad con sus más valiosas pertenencias. Otros muchos, procedentes de las ciudades costeras de Heraclea, Hebdomon, Perinthus, Region y Magnaura, temerosos del avance

de los árabes, intentaban obtener un pase para penetrar en Constantinopla, desconfiados de las murallas de sus propias urbes. Los soldados del prefecto recorrían barrio tras barrio, comprobando que los desalojos se realizaban sin incidentes. Las casas vacías serían una tentación para los maleantes.

Irene llegó a la carrera al despacho de Marius. El conservador se sobresaltó, concentrado como estaba en volver a coser con cuidado el lomo de un vetusto volumen. La joven cerró la puerta y corrió el pestillo. Unos puños pesados golpearon la puerta.

—¡Quieren expulsarme de la ciudad, Marius!

Los golpes resonaron con más fuerza.

—¡Abrid la puerta, o la tiraremos abajo!

El conservador se mantuvo sereno. Tomó un pergamino con una cinta roja de uno de los cajones de su escritorio. Ordenó callar a Irene, que se sentó angustiada.

—Ya va, ¡ya va! —Descorrió el pestillo y se apartó. Los guardias entraron bruscamente en la sala—. Estáis en un recinto del Auditorium, no en una taberna, así que comportaos. ¿Qué sucede?

Uno de los soldados del prefecto lo miró con desdén antes de hablar. Le enseñó una lista.

—Esa joven, Irene Argyros, debe ser desalojada. Está aquí indicado, erudito. ¡Tenemos órdenes directas del prefecto!

—El Auditorium depende directamente de palacio, como un anejo a este, y por tanto está fuera de la jurisdicción del prefecto. Irene es parte del personal de la biblioteca y es imprescindible para mí, ¡no puede ser expulsada! Contente, soldado. No lo digo yo. Lo dice el *logothetes* de palacio. —Y le tendió la autorización que le daba poder, como conservador, para designar y proteger bajo su cargo a aquel personal que él considerara necesario.

El soldado leyó con lentitud la autorización. Pensó unos momentos. La lista era larga, la autorización del conservador parecía correcta y no quería perder el día entero por una mujer deambulando de acá para allá, dando explicaciones a un funcionario tras otro dentro de los complicados engranajes de la burocracia de palacio. Devolvió la autorización, tachó a Irene de la lista y los dos soldados se marcharon, dejando solos al conservador y a la traductora.

Marius estaba furioso.

—«¿Qué ganarías con injuriar a una piedra, que es incapaz de oírte?». ¡Cuánta razón tenía Epicteto el sabio!

—Gracias, Marius —suspiró Irene agradecida.

El eunuco asintió, sin darle más importancia, y volvió a su escritorio para continuar con su trabajo. Irene pensó que el conservador era un buen hombre, aunque no sabía nada del mundo exterior. Vivía feliz encerrado entre aquellas paredes, ajeno a todo lo que no fuera la palabra escrita. Pero existía una realidad más allá del Auditorium, más allá de Constantinopla; la guerra se acercaba día a día a las puertas de la ciudad y ella no quería ignorarlo, como no lo hacía su otro padre, su mentor.

Cogió un pergamino recuperado y distraídamente dibujó varios símbolos: Ra, el mar, la tierra, el Nilo… No había olvidado lo que su padre el orfebre le había enseñado. Era todo lo que poseía de su infancia.

—No puedo quitarme ese horror de la cabeza, Miguel —comentó Casiodoro a su amigo veterinario. Vació de un trago la jarra y tiró los dados sobre la mesa. En la taberna olía a quemado. Al cocinero se le había ido la mano con el fuego y los boquerones.

—¡Dos seises! A mí puedes contármelo, Casio. ¿Tan malo fue?

—Fue horrible, pero por tu bien no puedo contarte nada. Si lo hiciera…, tendrían que matarte. Y luego me matarían a mí.

—¡Cinco y cuatro! Otras dos piezas de cobre. Si hoy sigues bebiendo así, el vino te matará antes.

Cuando a la luz de las estrellas abandonaron la taberna, avanzando tambaleantes entre los pórticos, una joven pasó junto a ellos y los miró con cierto desdén. Era bonita; sus ojos eran grandes. Casiodoro cruzó su mirada con la de ella, y pensó para sí por qué no podía hacer como su amigo y buscar una mujer. La respuesta le llegó enseguida: el alquimista no lo aprobaría. Le había dado su palabra, había pronunciado un juramento, y eso lo convertía casi en un monje. ¿De verdad tenía sentido una vida así?

Irene se sosegó, apresurándose bajo los pórticos. No era el primer hombre que la miraba con descaro, ni sería el último al que rechazara, ofendida. Religiosos y eunucos; bebedores y mujeriegos. A esas dos clases se reducían los hombres, suspiró. Tenía que concentrarse en las palabras que le dirigiría a Timeo la próxima vez que le viera, porque tenía un pensamiento recurrente que había madurado: deseaba participar de sus secretos y de su vida oculta.

12

EL ASEDIO

El día de San Hipólito[4] un mensajero cabalgó hasta el desfallecimiento desde la costa sur de Hebdomon hasta Constantinopla. Esquivando al gentío que esperaba tras las puertas, cruzó las murallas exteriores de la ciudad por una de las entradas militares y se abrió paso por la avenida principal hasta alcanzar el palacio. Los *excubitores* lo detuvieron en la Puerta Chalke, junto al Augústeo. El caballo se encabritó, exhausto, y cayó al suelo. El emisario estaba herido. El mensaje que llevaba era claro.

—¡Los árabes están a las puertas! —exclamó con un último hilo de voz.

León III ordenó el cierre inmediato de la ciudad. Los desdichados que quedaron fuera, alarmados por las noticias que llegaban del sur, se dirigieron al norte para huir del enemigo, hacia la ciudad amurallada de Adrianópolis y las tierras tracias.

El viento del sur les favorecía. Suleimán había anclado la flota en Abydos para aprovisionarse de agua dulce, sin encontrar resistencia bizantina. Todo barco que pretendía entrar o salir del mar de Mármara había sido hundido. Dos dromones en misión de observación fueron perseguidos y abordados; después de saquearlos y apresar a su tripulación, les prendieron fuego. El mar se tragó las cuadernas y los mástiles en llamas de las dos naves de guerra bizantinas, para regocijo de la marinería.

En dos días habrían repuesto sus provisiones y se dirigirían hacia el Bósforo, para reencontrarse con Maslamah frente a la capital de los infieles.

—¿Quién puede oponerse a la voluntad del más grande, del Misericordioso? Si estos representan a la marina cristiana, Constantinopla está sentenciada. Somos intocables. Nadie podrá detenernos.

Un viejo caíd de barba gris, un veterano de las tropas de Muawiya, observó pensativo los restos ardientes del naufragio y se atrevió a discrepar de

la opinión del almirante.

—No subestiméis a los bizantinos. Aún tienen un arma terrible, el fuego que no se extingue.

—Supersticiones. El fuego se apaga con agua. El miedo os hizo creer lo que no existe.

—No, *sidi*, no son supersticiones. Yo lo vi.

Suleimán le dio la espalda, ignorándolo. El imperio se arrodillaría bajo la enseña del Profeta, de grado o por fuerza.

Dos días más tarde, un soldado bizantino subió los escalones de la torre lleno de excitación hasta llegar a lo alto de las murallas exteriores construidas por Teodosio el Grande. Soplaba el cálido viento del sur. Las trompetas sonaban a rebato, extendiendo la alarma por toda la ciudad, y en la distancia el espectáculo que podía observar era grandioso. Decenas de miles de soldados, como una plaga de langostas, se acercaban amenazantes por tierra hacia la ciudad imperial, arrasándolo todo a su paso. El soldado bizantino se llevó la mano a la frente para proteger sus ojos de los reflejos del sol naciente en las lanzas de los enemigos. Los ejércitos del Profeta acamparon en torno a la ciudad, sitiándola, y muchos constantinopolitanos escucharon por primera vez las llamadas del almuédano a la oración.

El emisario musulmán enviado por la dinastía de los omeyas recibió una gélida acogida. Los legados imperiales lo esperaban a caballo en la principal entrada a la ciudad, la Puerta Áurea. Ahmed ibn Kufa y sus dos escoltas quedaron sobrecogidos por la grandiosidad de la ciudad imperial. La multitud se agolpaba bajo los pórticos, en las entradas de las tiendas y en las ventanas que daban sobre la inmensa avenida de la Mese, que articulaba la vida de la ciudad, contemplando a los negociadores árabes a caballo, guiados por los legados. Pasaron junto a la gran plaza porticada del Augústeo y, asombrados, dirigieron la vista al norte, hacia la gran iglesia de Hagia Sophia, con su enorme cúpula. Desde la plaza los vigilaba la impresionante columna de Justiniano, resplandeciendo dorada con el sol. Escoltados, pasaron junto al edificio patriarcal y atravesaron la Puerta Chalke. Ibn Kufa pudo observar la gran cúpula que la remataba. Los mosaicos mostraban al emperador Justiniano y a su esposa Teodora recibiendo al general Belisario tras su triunfal campaña en África.

Ibn Kufa no era joven. En sus sesenta años había viajado lo bastante como para conocer a los hombres. No sabía luchar; no había matado nunca, pero

sabía hablar varias lenguas, entre ellas el griego, y al final el comerciante se había convertido en embajador. El califa Suleimán era en verdad misericordioso al dar a los bizantinos una oportunidad para someterse a la palabra revelada del divino profeta. El lujo, la ostentación, los mármoles presentes en todos los pasillos y corredores, todo ello era una muestra del pecaminoso orgullo de aquellos hombres.

Aun así, cuando les hicieron pasar al Chrysotriclinio, el suntuoso salón del trono, Ibn Kufa no pudo reprimir un sentimiento de admiración. Las puertas del salón, enormes, eran de plata labrada. La guardia imperial las abrió y entraron en una gran sala octogonal cubierta por una gran cúpula y un amplio ábside bajo el que se hallaba el trono imperial. El emisario sabía que querían impresionarles y hacerles sentirse insignificantes. Sin embargo, donde todos los presentes, la guardia, los miembros del Consejo de Estado, los estrategas y gobernadores y el mismísimo emperador veían magnificencia, Ibn Kufa veía riquezas con las que levantar grandes ejércitos para gloria del Islam.

Desde lo alto del trono, entre los velos de seda, León III contempló a las tres personas que se le acercaban tras el chambelán. Los dos escoltas llevaban turbante blanco y una espada ceremonial al costado. El anciano de turbante verde se inclinó en una reverencia. Parecía insignificante y sin embargo sería los ojos, los oídos y los labios del más terrible enemigo contra el que se había enfrentado el Imperio de Oriente en sus más de tres siglos de historia. Occidente había caído y allí solo reinaba la barbarie. El caos, la brutalidad, la ignorancia habían terminado con mil años de poder y dominio de Roma. ¡Roma! La ciudad del Tíber había dejado de existir como centro del mundo.

El emisario habló en un griego correcto con un leve acento extranjero. ¿Habría aprendido el idioma quizás en Alejandría?

—Mi señor Suleimán, señor de los creyentes, el elegido en nombre de Alá y del profeta Mahoma, os agradece esta audiencia y solicita que yo, Ahmed ibn Kufa, su más humilde servidor, sea protegido mientras dure mi cometido, de acuerdo con las leyes aceptadas de la diplomacia, excelencia.

—Tu vida y las de tus acompañantes serán respetadas mientras dure tu misión. Habla, emisario. ¿Qué mensaje tienes de parte de tu señor?

—Mi señor Suleimán, bendito sea, os dice: «¡El tiempo ha llegado! El profeta Mahoma iluminó nuestra senda con la verdadera fe y su palabra se extiende como una marea. En Persia, donde Heraclio impuso la Cruz a fuego y acero, ya cantan los almuédanos la llamada a la oración al alba. Es hora de que los hombres de Bizancio elijan la senda correcta. Someteos a Alá y uníos de buena voluntad a los territorios de Dar Al-Islam, o serán nuestros ejércitos

los que os convenzan del poder de nuestra fe en el Único, en el Misericordioso».

León III guardó silencio meditando el tono de su respuesta. Tenía treinta y siete años. Desde el *thema* de Anatolikon había combatido a los ejércitos musulmanes y había visto el fanatismo en los ojos de los soldados de turbante blanco y alfanje. En el nombre de Alá eran acribillados a flechazos en sus asaltos a las fortalezas bizantinas, y también eran pisoteados a cientos en las llanuras de Asia Menor por la caballería pesada catafracta. Nada de eso mermaba su ímpetu. Los montes Tauros habían fracasado en contenerlos, y en aquel momento todo dependía de la resistencia de la capital. Si caía, caerían con ella mil trescientos años de civilización latina.

Según sus informantes, el Islam había sobrepasado en Oriente las tierras de la India, mientras que en Occidente Hispania había dejado de existir.

—Nuestra ciudad y nuestro imperio son inmortales. ¿No habéis visto nuestras murallas? Cristo nuestro señor y su madre la Virgen María las protegen. Ningún ejército enemigo las ha quebrantado en cuatrocientos años de guerra constante y vosotros no seréis los primeros. Dile a tu señor Suleimán de la dinastía de los omeyas que Constantinopla no se rendirá mientras quede un solo hombre con vida.

—Entonces está todo dicho. Así se lo diré, excelencia. —E, inclinándose en una reverencia, los tres árabes salieron del recinto escoltados por la guardia imperial.

El emperador se dirigió al prefecto de la ciudad:

—Que los hombres estén preparados y dispuestos. Conozco a los árabes. Su ataque será inmediato. —Ordenó al chambelán que se acercara, para hablarle en voz baja—: Haz llevar al alquimista a mis estancias privadas.

Todos se inclinaron cuando el emperador y sus guardias *excubitores* abandonaron la sala.

Calínico cruzó por delante de la Magnaura, la casa del Senado, precedido por dos soldados. Varios senadores conversaban en el patio, y uno de ellos lo observó en silencio, con curiosidad. El alquimista lo amenazó con una mirada rápida llena de fuerza. Con un sobresalto, Antonino Pío desvió la mirada; se despidió del grupo y salió a la calle, intentando no perder de vista al anciano entre la gente. Su vida era una amargura desde que su hijo había sido hecho prisionero, y aquel hombre de mirada aviesa que había ayudado a Constantino IV cuarenta y dos años antes valía más, mucho más, que

cualquier emperador. El senador pensó en su hijo, pensó en el imperio. ¿Cómo equilibrar en una balanza sus deseos enfrentados? La escolta y el erudito cruzaron la Puerta Chalke.

—Todo está preparado, oh, *basileus*. Y los augurios son propicios —confirmó el alquimista al emperador en sus habitaciones privadas.

—«Augurios» —repitió el emperador—. Hablas como lo haría un pagano. ¿Lo eres?

—Solo soy un estudioso al servicio del imperio, oh, *basileus*. No me juzguéis por mis palabras antiguas, sino por lo que pueda ofreceros.

Un sutil tono de burla no pasó desapercibido para el emperador, pero León III aceptó sus palabras. El chambelán irrumpió en la habitación postrándose de rodillas con un mensaje del prefecto. Había osado entrar apresuradamente sin respetar las órdenes de que nadie molestara al emperador.

—¡El ataque ha comenzado, *basileus*!

Las tropas musulmanas se habían lanzado al ataque contra la centenaria muralla teodosiana. El general Maslamah, hermano del califa Suleimán, había comenzado la ofensiva.

—Mi señor Maslamah, León el Isaurio está dispuesto a defender Constantinopla a toda costa —le transmitió Ibn Kufa al general en su tienda.

El general se lavaba las manos con agua perfumada de rosas antes de salir a batalla.

—¿Qué impresión te ha causado, emisario?

—Enérgico y decidido. Calculador. Un hombre de fuerte carácter.

El general se acarició la barba negra pulcramente recortada.

—Es tal y como lo recuerdo. El tiempo de hablar ha terminado. Retírate.

El emisario salió de la tienda. Maslamah no estaba dispuesto a marcharse de Constantinopla sin haber pisoteado el cuerpo inerte del nuevo emperador.

Envió a parte de la vanguardia contra la muralla teodosiana, poniendo sus esperanzas en que mientras durara el sopor de la diplomacia, los temerosos habitantes podrían ser sorprendidos. Habían preparado numerosas escalas de madera y poseían grandes ballestas con las que lanzar garfios y cuerdas hacia las altas almenas.

Las tropas defensoras no dejarían que los árabes se acercaran demasiado. En cuatro meses de mandato, León III había colmado los graneros, había repuesto los arsenales y reconstruido las murallas. Un foso de cuarenta pies de anchura lleno de agua abría la zona defensiva. Tras él, un alto parapeto almenado protegía el *peribolos*, un camino de cuarenta pies de anchura sobre un terreno despejado donde cualquier atacante sería objetivo fácil. Después del *peribolos* estaba la primera línea de muralla, con una altura de treinta pies y sólidos torreones defensivos. Más allá, una nueva franja de sesenta pies de terreno despejado denominada *parateicon* separaba la primera línea de defensa de la muralla principal. Esta era una maravilla de la ingeniería romana. Tenía treinta y cinco pies de altura, muros de quince pies de espesor, y estaba reforzada con poderosas torres cuadradas y octogonales de hasta setenta pies de altura. Los muros estaban construidos con hormigón, revestidos con bloques de caliza y reforzados con hileras de ladrillo.

Además, el emperador había dotado la poderosa muralla con numerosas máquinas de guerra. A intervalos regulares habían instalado apresuradamente onagros y fundíbulos; operados por decenas de hombres, les permitían lanzar pesadas piedras a cientos de pies de distancia.

Bajo la lluvia de proyectiles, los árabes, protegidos por sus escudos de piel y madera, se dirigieron gritando hacia el foso. Lo atravesaron con numerosas bajas, tiñendo de rojo las aguas embalsadas. Después de alcanzar el *peribolos*, los atacantes fueron hostigados desde las dos líneas de murallas. A pesar de las bajas, algunas escuadras lograron alcanzar el pasillo del *parateicon* y las murallas principales. Los arqueros persas causaron las primeras bajas en las tropas bizantinas. Con ayuda de horquillas, los defensores derribaron cuantas escalas consiguieron afianzar los árabes; cuando estos lograron concentrarse en los puntos más bajos de la muralla, fueron escaldados con aceite y brea hirviendo. Alguien arrojó una tea y el espectáculo se tornó terrible. El olor a carne quemada enrareció el aire.

El general Maslamah ya había visto suficiente. Trasladó el grueso de las tropas fuera del alcance de las máquinas de guerra bizantinas emplazadas en lo alto de las murallas. Los tambores tocaron a retirada.

Las defensas eran fuertes; los defensores eran valientes y actuaban con determinación. Los ingenieros persas aún no habían llegado. Pero conocía dos armas que quebrantaban murallas y voluntades: la desesperación y el hambre. Para eso necesitaba tiempo, y Maslamah tenía todo el tiempo del mundo.

13

UN BOSQUE DE ESTANDARTES

El primer día de asedio terminó con alegría para todos los constantinopolitanos. La moral de los defensores subió al contemplar la multitud de muertos que cubrían los pasillos defensivos. Sin embargo, al mirar al oeste solo se distinguían las banderas del Islam. En los siguientes días, Maslamah destinó a sus hombres a excavar una profunda trinchera frente a la muralla y a saquear y derruir las opulentas residencias de verano de las afueras de la ciudad, donde obtuvieron un cuantioso botín.

Las guarniciones bizantinas contemplaban con curiosidad desde las murallas teodosianas el enorme trabajo que realizaba el ejército enemigo. Estaban excavando una trinchera enorme. Todas las mañanas, el general Maslamah oraba junto a sus hombres. Cuando el almuédano callaba, los soldados se dirigían a la zanja, pico y pala en mano, y trabajaban sin descanso como hormigas. Largas recuas de mulas transportaban el material excavado de un lado a otro, formando un montículo que crecía lentamente. Maslamah sabía que el peor enemigo de la ciudad era la propia ciudad. Con decenas de miles de ciudadanos al amparo de sus murallas, tarde o temprano la capital terminaría devorándose a sí misma.

León III lo sabía. Recorrió los profundos silos excavados en las entrañas del subsuelo urbano, en los graneros imperiales del Strategión. Estaban rebosantes. En los cuatro meses de su mandato había esquilmado las reservas de los *themas* orientales. No le importaba ganarse enemistades, lo importante era que la ciudad sobreviviera. Había ordenado apostar en cada granero de la ciudad un destacamento de soldados para evitar tentaciones de robos y saqueos.

Atravesó las puertas del palacio en la litera real rodeado por su guardia personal. En aquellos momentos se sentía un estratega más, no un emisario

divino. Era la guerra.

La gente se dio cuenta de su presencia; los ciudadanos se paraban y se congregaban asombrados para vitorearle por la primera victoria, mientras se dirigía al inicio de la Mese, llena de comerciantes ansiosos que ofrecían su género, marfil, ébano, esmeraldas y seda, a todo aquel que pasara delante de sus tiendas.

—Deteneos. —El emperador pensó que sería una buena ocasión para conocer de primera mano el ánimo de la población; de paso comprobaría las reservas de la gran cisterna.

El séquito se paró junto a las antiguas termas de Zeuxippos y el templete del Milion, el gran bloque de mármol dorado que servía de miliario padre y desde el que se medían todas las distancias del imperio. El templete que lo protegía era un tetrápilo, con una cúpula montada sobre cuatro arcos. A su espalda se encontraba la plaza de la enorme cisterna sumergida de Justiniano.

—¡Oh, *basileus*, ¿cuánto durará el sitio?! ¿Son tantos como dicen? —preguntaban unos.

—¡Oh, *basileus*, que Cristo nuestro señor se apiade de nosotros! ¡Mis dos hijos luchaban en el *thema* de Opsikion! ¿Hay noticias del este? —preguntaban otros.

Todos intentaban acercarse a él, tocar su túnica púrpura y venerarlo como el salvador de la ciudad. Era la primera vez que la mayoría de ellos contemplaba a un emperador tan de cerca. León les sonreía, asentía y callaba. Tenía el deber de transformar a aquella multitud de pacíficos y temerosos ciudadanos en defensores decididos y apasionados. Les habló junto al Milion.

—¡Ciudadanos, no sabemos cuánto durará el sitio! Por ello deberéis moderar vuestros gastos y cuidar vuestras provisiones. Los silos imperiales están preparados. Las cisternas están llenas de agua. Nada nos faltará mientras controlemos las rutas marítimas del Bósforo. Para las que tenéis hijos y esposos en el este, estad orgullosas de ellos, porque lucharán con honor, valor y lealtad al Imperio. Estamos incomunicados por un enemigo que se extiende como una plaga. Por eso, os pido que tengáis alto el ánimo. ¿Amáis a Constantinopla? Si resiste, el imperio resistirá. Estad preparados por si os veis obligados a defenderla del invasor. ¿Quién de vosotros no defendería la puerta de su casa hasta la última gota de sangre? Por mi parte os digo que yo mismo arrasaré Hagia Sophia antes que verla humillada por una religión de infieles. Así que no temáis y vivid. ¡Mientras viváis, Constantinopla seguirá con vida!

Una gran aclamación le envolvió. La población había soportado demasiados años de luchas intestinas y políticos ineficaces. Necesitaban un guía y lo habían elegido a él.

El *basileus* descendió de la litera y, precediendo a su escolta, caminó bajo la galería porticada de la gran plaza levantada sobre el enorme depósito, hasta una puerta vigilada y una cancela. Bajó por la escalera que llevaba a la gran cisterna sumergida. La inmensa cisterna basílica, como algunos la llamaban, estaba casi llena. No pasarían sed en mucho tiempo. En el eco de las gotas de agua se oían los chapoteos de los peces que habían logrado llegar allí a través del acueducto de Valente en un tiempo olvidado. De las inmensas columnas solo sobresalían del agua los capiteles. Las tomas de los acueductos estaban cerradas por temor a que el enemigo envenenara el agua. Al fondo se veía la luz de una linterna en el centro de una miríada de reflejos anaranjados sobre las aguas, y se oyeron los chapoteos de unos remos. A las voces de los soldados, la luz y el bote se fueron acercando lentamente.

—¿Quién va? —exigió conocer el remero, levantando mil ecos, como si estuviera en un lago subterráneo o en una caverna inundada.

—Un ciudadano —respondió León.

—¿Quién eres?, ¿un senador, un enviado del prefecto? ¡Está prohibido el paso! ¡Espero que tengas una autorización o te abriré la cabeza, por orden del emperador!

Cuando llegó a las escaleras, el remero se quedó boquiabierto, y se postró inmediatamente balbuceando perdón. León III sonrió.

—Que yo sepa no di esa orden, pero sigue vigilando la cisterna con el mismo celo.

Regresaron a la Mese, y la litera y la comitiva se pusieron de nuevo en marcha. A esa hora la larga avenida hervía de actividad, con sus hermosos palacios, sus bazares con los mejores productos, que los comerciantes ofrecían a grandes voces, telas de todo tipo, sedas de Oriente, vestimentas, materiales, herramientas, esclavos, joyas y adornos. La gente corría por las calles para lograr una buena ubicación en el Hipódromo, donde algunos de los aurigas más aclamados entrenaban en la arena. Las palomas arrullaban en los alféizares de las ventanas. Algunas mujeres charlaban en las esquinas. Cuatro monjes caminaban debatiendo sobre problemas teológicos y unos niños corrían entre risas perseguidos por un pequeño perro de corto pelaje marrón y mirada viva.

Atravesaron los Foros de Constantino y de Teodosio y dejaron atrás los barrios principales, caminando entre campos de cereal y granjas, más allá de

las cuales se encontraban las murallas exteriores, la triple muralla de Teodosio.

Todos los soldados se cuadraron. El *basileus* y el prefecto subieron a una de las torres. Bajo la sombra de un palio que sostenían sobre su cabeza varios esclavos búlgaros, León III el Isaurio pudo ver los campos exteriores cubiertos por el campamento árabe. El ejército sitiador era inmenso. Posara donde posara la vista, veía ondeando al viento banderolas verdes y rojas con las palabras del Profeta bordadas con hilos de oro y plata. Había miles de tiendas blancas. Se oían los chasquidos de los látigos de los capataces. En el centro de aquel mar de tenderetes se distinguía una tienda inmensa, con amplios espacios cubiertos, y en lo alto del mástil principal, la enseña en bronce del yamur islámico. Era la tienda del general Maslamah. León ya la conocía.

—¿Cuántos son?

—Oh, *basileus*, se estima que entre ochenta y cien mil hombres. Las murallas contuvieron su primer ataque. Los fundíbulos y los onagros los mantienen a una distancia prudente. Se han conformado con instalarse y aislar la ciudad.

Constantinopla requería grandes cantidades de alimentos para su manutención, y las reservas almacenadas no durarían para siempre. Era el momento de poner en marcha la engrasada maquinaria diplomática en busca de aliados.

14

LA PALABRA DE UN PADRE

Los gallos cantaron saludando al alba que traía la guerra. Casiodoro despertó con cansancio. En sus sueños, Calínico navegaba con él en un barco en llamas que se dirigía al extremo oceánico, y allí maestro, aprendiz y barco se precipitaban en un abismo vertiginoso mientras Calínico reía como un poseso.

Aún adormilado, salió al patio. Los guardias seguían allí. En el taller, Calínico lo recibió con una sonrisa.

—¡Ah, aprendiz! Trae pan tierno y mantequilla, y una jarra de mosto, para los dos. ¡Qué hambre tengo! Desayunemos y hablemos.

Durante un largo rato no dijeron nada. Solo cuando la jarra se terminó, el alquimista se mostró dispuesto a conversar. Casiodoro se dio cuenta de que el viejo no había dormido en toda la noche. ¿De dónde sacaba esa resistencia sobrehumana?

—¿Recuerdas el *petra oleum* que trajiste? Es excelente. Mucho mejor que el que teníamos en palacio. He hecho pruebas. ¡Ah, si supieras cómo he mejorado la fórmula! Y además, verás hoy algo que nadie ha visto nunca.

—¿De qué se trata? —inquirió Casiodoro intrigado.

—Secretos de Estado. ¿Recuerdas que hiciste un juramento? Hoy será uno de esos días en los que te exigiré su pleno cumplimiento.

Dejaron la casa y el taller. Un grupo de soldados los escoltó en todo momento en su recorrido hasta las instalaciones militares junto al Cuerno de Oro. Amarrados en los muelles de piedra y madera, se mecían los grandes barcos. Las tripulaciones realizaban las cotidianas labores de mantenimiento. Había dromones con mascarones de proa en forma de serpiente, dragón, león y fauces de bestia, fundidos en bronce, con dos misteriosos agujeros en sus gargantas.

Frente a los impedimentos de los soldados en cada control bastaba con que Calínico mostrara los dos pases que poseía para que nadie obstaculizara su avance hasta los arsenales militares de Mangana, al este del gran palacio y

la vieja acrópolis. Casiodoro lo miraba fascinado. Parecía el hombre más importante del imperio.

—Uno lo firma Belerofonte, el gran drongario de la flota —explicó el viejo—. El otro lo firma el emperador.

El propio Belerofonte los recibió en la fortaleza marítima junto al mar en cuanto le notificaron su presencia.

—¿Qué nueva herejía has preparado? —le espetó el militar.

—Entremos en los sótanos.

Junto a los depósitos de aceite mineral y el arsenal se había acondicionado uno de los sótanos de los almacenes como sala de experimentación; el acceso estaba vigilado y restringido. Allí se armaban los infernales artefactos formados por sifones y émbolos que debían servir para lanzar el líquido ígneo. Las piezas eran fundidas por separado en diversas herrerías de la ciudad para preservar el misterio de su construcción; allí eran ensambladas en absoluto secreto.

El taller estaba dividido en varios habitáculos para que cada equipo de montaje se dedicara exclusivamente a su cometido y no conociera nada más del proceso. Los tres hombres pasaron a una sala, en la que se había montado uno de los artefactos. Constaba de un recipiente de bronce formado por varias placas unidas con estaño fundido en forma de caldera cerrada; a esta habían acoplado una entrada y una salida. En ambos extremos había varios dispositivos. El recipiente descansaba sobre un soporte a modo de brasero bajo el que habían dispuesto trapos de lino encendidos.

—¿Reconoces qué es lo que hay a la entrada y a la salida de la caldera, Casio? ¿Recuerdas a Ktesibios? ¿Lo que leíste de Herón?

—Son dos bombas de pistón, como la que usa la brigada contraincendios. —El aprendiz rodeó el artefacto, inspeccionándolo todo.

Dos fuelles alimentaban el fuego, que hacía hervir la mezcla de la caldera. Las bombas estaban conectadas a la caldera por medio de dos tramos de tubería metálica y dos llaves de paso. A través de una tubería, la primera bomba podía llenar la caldera por la parte de atrás. En la parte delantera, la segunda bomba succionaba el contenido y lo impulsaba por otra tubería hasta un pivote giratorio que terminaba en una boquilla de paso muy reducido. La boquilla estaba regulada con una tercera llave; podía moverse hacia los lados y también hacia arriba y hacia abajo, por medio de una manija. La primera bomba, además, permitía presurizar la caldera forzando la entrada de aire.

—Casiodoro, ayúdame a llenar la caldera con agua —pidió el alquimista.

Conectaron la tubería de un depósito auxiliar a la primera bomba, y esta a la caldera metálica puesta al fuego; el aprendiz bombeó hasta que el nivel del depósito descendió a la mitad. Hizo una seña a los cuatro soldados que Belerofonte tenía preparados.

—Basta. Desconéctalo. Ahora la bomba forzará la entrada de aire. Que los cuatro soldados se sitúen en posición. He mejorado el diseño. Ahora es más robusto, y las juntas son más estancas y fuertes. Prepárate, Casiodoro, junto a la manija y su llave de paso.

A una señal del gran drongario dos soldados accionaron la primera bomba una y otra vez, presurizando la caldera, mientras la otra pareja avivaba el fuego. Al principio la operación fue muy fácil, pero poco a poco el esfuerzo se fue incrementando. Las costuras de metal chirriaron y las chapas del recipiente se deformaron. Los fornidos soldados apretaron los dientes y accionaron los pistones hasta que estos quedaron bloqueados por la presión. Bajo el brasero el fuego era sofocante. A una señal, la segunda pareja se dispuso junto a la segunda bomba. Empujaron los émbolos.

—Apartaos —dijo Calínico—. Ahora, Casiodoro. ¡Ábrela!

Al abrir la llave, la enorme presión impulsó el líquido, que salió disparado a gran velocidad. El chorro recorrió con facilidad toda la longitud del sótano, golpeando con gran fuerza la pared opuesta del taller, con la aprobación entusiasta del gran drongario. Casiodoro se dio cuenta de la pequeña mecha sin encender situada bajo la boquilla, y se preguntó cuál sería su utilidad.

—Es parte del secreto, aprendiz. No quieras conocerlo todo en un día.

—¡Bien! —exclamó Belerofonte—. El alcance será mayor cuando subamos la inclinación de las salidas.

Los soldados estaban sudando. Calínico los observó con ojo crítico.

—Drongario, los hombres que dispongamos junto a las máquinas deberán estar completamente protegidos por ropas de algodón, y el operario de la boquilla irá protegido además con una coraza de hierro si quiere sobrevivir a las llamas. Esas gotas de sudor no pueden alcanzar el producto secreto. ¡Pueden ser suficientes para provocar su ignición! No querréis comprobar lo que significa eso. Venid, venid por aquí.

Calínico los llevó a una sala donde había unos recipientes de cerámica, y cogió uno. Un tapón de madera encajado a la fuerza con estopa sostenía una tira de lino embreado.

—Rellenamos el recipiente con el producto y prendemos fuego a la mecha. La lanzamos y tenemos una bola de fuego arrojadiza. ¡Algo perverso! Al alcanzar a la nave enemiga, la bola se romperá y la mecha incendiará la

mezcla, inflamándose. Pueden lanzarse con un pequeño onagro desde los dromones.

Belerofonte lo miró con respeto.

—Alquimista, algunos pensarán que esto es brujería.

—¡Es conocimiento! La razón es lo que nos distingue de los animales y de Occidente.

Casiodoro los escuchaba distraído. Estaba observando un artefacto diferente que no había visto nunca. ¿Qué era? Constaba de dos cilindros separados. Uno de ellos terminaba en una cabeza de león, con una mecha, y tenía un émbolo. La parte trasera era de madera y finalizaba en una horquilla suavizada, como una muleta. Un pestillo con un resorte y dientes fijaba el pistón de bronce en el émbolo, que comprimía el contenido y se mantenía en posición. Una pequeña palanca liberaba una clapeta en el cilindro eyector. El segundo cilindro parecía un depósito. Casiodoro lo cogió. Podía llevarse con las dos manos.

—¿Qué es esto, maestro?

Calínico volvió la cabeza y se abalanzó sobre él, quitándoselo.

—¡No lo toques! Aún no está terminado. ¡No vuelvas a cogerlo!

—¿Me permites, alquimista? —dijo Belerofonte cogiéndolo a su vez de manos del viejo—. ¿Qué es? ¿Cómo funciona?

—Aún no tiene nombre. Es una modificación del mecanismo más sencillo que se puede colocar en los dromones, convirtiéndolo en portátil. Un hombre fuerte podría manejarlo y desencadenar un infierno a su alrededor.

—¿Podemos probarlo?

—Aún está en pruebas, ¡no querrás que el portador sea víctima de su fuego!

—No, por supuesto que no. Respecto a los dromones, ¿cuántos sifones hay preparados?

—Tenemos sesenta y tres sifones convencionales y ocho de estos sifones modificados. Aparte tenemos casi cuatrocientas bolas de fuego preparadas. Haremos más bolas cerámicas y revisaremos los artefactos que ya están montados. Cuanto antes empecemos mejor. Mi aprendiz me ayudará. Necesitaré algunos hombres a mi disposición.

—Parecen pocos sifones. Nuestra flota principal consta de más de doscientos barcos de diferente calado.

Calínico sonrió.

—Habrá que preparar falsos mascarones con su boquilla de salida para otras cuarenta naves, al menos. Cuando empiece la batalla, los árabes no se

pararán a comprobar si el barco que se acerca a ellos con aviesas intenciones es una amenaza o una artimaña. ¿Se cumplieron mis indicaciones?

—Sí. Montemos de una vez el artefacto en el *Teodora* —ordenó Belerofonte.

Cubrieron los recipientes metálicos con un lienzo ocre para ocultarlos de miradas indiscretas. Veinte soldados montaron el ingenio sobre una plataforma de madera con ruedas y lo aseguraron con sogas antes de sacarlo a la luz. Lo escoltaron hasta el puerto de Phosphorion, junto al Strategión, donde lo subieron a la nave. El *Teodora* era un gran dromón de dos cubiertas y cien remeros. En la primera cubierta se había señalado el sitio preciso donde disponer el artefacto, bajo el castillete fortificado de proa. Casiodoro observó todo con interés. Podía ver la abertura por la que asomaría el extremo de la boquilla desde la proa, adornada con la cabeza en bronce de un basilisco. La boquilla quedó dispuesta entre sus fauces; un marinero se encargó de encender la mecha, justo sobre la lengua del animal, y todo le quedó claro. El conjunto quedó firmemente sujeto sobre su soporte, dispuesto para ser probado. Ajustaron tuberías y bombas y llenaron el recipiente con la mezcla del fuego griego, traído desde los almacenes del Strategión en una tinaja. El viento soplaba del sur, y habían despejado el área frente a la proa, donde, bajo el castillete, un parapeto de hierro protegía el frente y los flancos del escuadrón de los sifonadores. Sobre el armazón de madera de la cubierta, Casiodoro se apercibió de una zona protegida con arcilla y losas de cerámica justo bajo el recipiente.

—¿Para qué sirven?

—Protegen la cubierta del fuego. Apártate, el calor será intenso.

Sobre las losas de cerámica el brasero fue encendido y alimentado con estopa y lino, emitiendo un espeso humo, y la mezcla no tardó en hervir. Calínico comprobó de cerca las uniones de las chapas que formaban la caldera. Estaban calientes, pero mantenían la hermeticidad. Hizo una señal al aprendiz y subieron al castillete mientras contaban mentalmente cuánto se tardaba en armar el artefacto a presión. Los sifonadores, hombres entrenados para manejar el dispositivo, se dispusieron junto a la bomba, protegidos del fuego con una pesada armadura de placas de hierro.

—¿Funcionará? —preguntó Casiodoro, sin obtener respuesta. Todos miraban al frente.

—¡Artefacto preparado, señor! —gritó un soldado.

—¡Ignición!

Y un instante después se oyó un fuerte estruendo. Los sifonadores bombearon el fluido a presión y al salir por la boca del basilisco la mecha encendida en la garganta inflamó la mezcla. El calor hizo gritar a los servidores del sifón. Con un rugido ensordecedor, una nube de humo negro y llamas se levantó al cielo desde la proa, como un arco de fuego en una parábola perfecta, perturbando las tranquilas aguas a noventa pies de distancia. El fuego quedó flotando en la bahía. Varias barcas se acercaron con lonas empapadas en vinagre para extinguirlo.

—¡Excelente! —lo felicitó el gran drongario—. Nadie se atreverá a tocar el *Teodora*. ¡Pide cuanto necesites, alquimista!

—Vamos, aprendiz. El trabajo nos espera.

Mientras una multitud de hombres se afanaba en transportar a los barcos de guerra los artefactos de Calínico, muchos comerciantes embarcaban con prisas sus bienes más preciados para huir de la capital a golpe de remo antes de la llegada inminente de la flota musulmana.

El senador Antonino Pío, con el rostro demudado, regresó apresuradamente a su palacio. Era el último día de agosto. Un sirviente le había anunciado la llegada de correspondencia urgente de sus agentes comerciales en Éfeso. Se encerró en sus aposentos y pidió que nadie lo molestara. Su presentimiento se cumplió, era un mensaje sobre su hijo:

> El árabe intermediario ha rehusado continuar con sus servicios si no se incrementa la cuantía de su manutención. Han cambiado a los guardias de los calabozos, y la animadversión crece contra los presos bizantinos, ante el avance de las tropas musulmanas hacia la capital. Hay que convencer a los verdugos de que escojan a unas víctimas y no a otras. Dice también que Al-Walid era más comedido y estaba dispuesto al intercambio de prisioneros, mientras que el califa Suleimán tiene un carácter voluble. Garantizar la supervivencia de vuestro hijo requerirá el soborno de altos funcionarios de la corte, y aun así el *fakkak* no garantiza nada. En breve requerirá mi respuesta. ¿Qué he de hacer al respecto?

¡Qué tenía que hacer! Meses atrás, Antonino Pío había soñado con residir en el palacio imperial, y en aquel momento, con sus posesiones esquilmadas, desposeído de sus fincas en Asia Menor, saqueados sus banqueros por el Estado, su patrimonio desaparecía ante sus ojos. ¡Qué tenía que hacer, preguntaba su agente! Pagar, pagar lo que pidiesen. Sus fincas en la ciudad quedarían en manos de los prestamistas como avales, incluso su propia casa, haría todo lo que fuese necesario para rescatar a su hijo. El nuevo emperador

estaba exprimiendo a los terratenientes que habían apoyado al depuesto Teodosio, amenazando con dejarles en la penuria. Estaba claro: no quería oponentes, nadie que pudiera rivalizar con él, y de paso obtenía cuantiosos ingresos. Descabezar a los ricos siempre satisfacía al populacho. ¡Todo el grandioso futuro que había soñado había quedado deshecho!

El viejo senador sabía que el emperador no intercedería para salvar a su hijo. Para el Estado, era un pequeño, minúsculo sacrificio en aras de un bien mayor. Pero Antonino estaba dispuesto a intentarlo todo, y se le ocurrió lo inimaginable: realizar un trato con los árabes. El ejército musulmán sobrepasaba con mucho a los efectivos del imperio en la capital. Y por mar se aproximaba una flota como nunca se había visto; decían los rumores que una ardilla podría pasar de una orilla a otra del mar de Mármara de mástil a mástil sin pisar cubierta alguna. ¿No podría suceder que vencieran y que Constantinopla cayera? ¿Y no recompensarían los vencedores a aquellos que desde el primer momento les mostraran sumisión y entendimiento?

—Tendré que jugar mis bazas a dos bandas —murmuró angustiado. No tenía otra opción que caminar con sutileza por el delgado filo que separaba el éxito del verdugo. ¿Y qué podría ofrecerles a los árabes?—. Solo temen una cosa: la armada. El fuego marino. Yo sé lo que sé, pero ellos no saben lo que yo no sé.

Podría ser. ¿Podría engañarlos? Su plan solo tenía un grave inconveniente: ¿cómo contactar con el enemigo sin levantar sospechas dentro de la ciudad?

Muy tarde, mucho después de que el sol se hubiera puesto, un sirviente cansado pidió permiso para interrumpir sus meditaciones. El sirviente miró extrañado la bandeja de comida intacta y ya fría que había subido horas atrás. El senador había ayunado toda la víspera, quizá rogando a Dios que tuviera piedad de su hijo. ¡Era un gran hombre!

—Señor, el *curopalata* Artabasdos está aquí, y desea veros con extrema urgencia.

El general del *thema* militar de Armeniakon se había presentado de incógnito, vestido como un soldado raso y oculto por una capa y una capucha. «Así es como se ocultan los conspiradores», pensó Antonino Pío para sí. El militar se descubrió ante el senador y el sirviente cerró la puerta, dejándolos solos.

—Senador, seré directo. Sé cuál es la situación de tu hijo y tu desesperación, y sé que el emperador no escuchará tus ruegos, pero me escuchará a mí. Haré lo posible por ayudarte a cambio de tu colaboración. Si sale bien, el imperio te lo agradecerá.

—No pierdo nada escuchándote, oh, *curopalata* —respondió el senador, quien ocultó su desconfianza hacia el general. Era ambicioso; tanto como él. Su palabra podía ser de fiar, o no. Su propuesta podía ser una trampa urdida junto al emperador para dar un aviso al Senado con su ejemplo.

—Tengo un plan, senador, y en ese plan tú desempeñarás un papel importante.

Y cuando Antonino lo supo todo, aceptó, porque así nadie sospecharía de su propia traición.

15

EL MAR ÁRABE

El primer día de septiembre la flota árabe se hizo visible desde la capital asediada. La visión de cientos y cientos de naves llenó de temor a la población, mientras que un gran clamor de júbilo se alzó desde el campamento de Maslamah. El viento del sur se había debilitado y el almirante Suleimán ordenó a su armada que atracara desde Magnaura hasta Kyklobion, interceptando la llegada de mercantes desde el mar Egeo. La flota bizantina se puso en alerta, retirándose prudentemente a las proximidades de los puertos de la ciudad.

—¿Cuándo nos enfrentaremos a ellos? —preguntó un emir en la nave capitana, mirando hacia el este, hacia la península donde se asentaba la capital del imperio.

—El viento debe favorecernos. En uno o dos días a lo sumo. ¡La victoria está ya al alcance de la mano!

La noche de luna creciente fue testigo de las innumerables luces que se afanaban en navegar las millas que las separaban del mar interior más allá del Bósforo. En las murallas terrestres de la capital los centinelas apostados vigilaban el oeste con ceño fruncido. Una miríada de antorchas cubría la oscura explanada ante las murallas.

El general Maslamah se sentó mirando fijamente a la figura encapuchada que estaba en la tienda de pie frente a él.

—¿Por qué debería fiarme de ti? Estás en mis manos. Alrededor de nosotros hay cien mil hombres que no dudarían en arrojarse contra ti a una señal mía. ¿Por qué deberías salir de esta tienda con vida?

—Porque tú no tienes nada que perder y los dos tenemos mucho que ganar. Los artefactos diabólicos no estarán preparados en menos de tres días

—dijo la figura—. El tiempo justo para que tu flota destruya la armada anclada en el puerto.

El general musulmán pensó en la gloria y los honores que le dispensarían en Damasco cuando atravesara triunfal las hasta ese momento infranqueables murallas de Teodosio. A su regreso victorioso, entre los vítores de la multitud, desde los alminares lanzarían miles de palomas blancas a su paso y las calles adoquinadas estarían cubiertas de pétalos de rosas rojas.

—Tu inmunidad quedará garantizada por mi palabra cuando entremos en la ciudad —dijo Maslamah levantando la mano derecha—, así como la vida de tu hijo. Alá es testigo. Pero tu hijo responderá por tu palabra. —El general le entregó un medallón—. Las palabras del Profeta sellarán nuestro pacto.

—Que así sea. —La figura encapuchada tomó el medallón y salió de la tienda. Le esperaban fuera. Dos fornidos soldados le protegieron de las peligrosas miradas de las hordas del este mientras se alejaban de la tienda y del campamento hacia el sur, hasta el borde del acantilado junto al mar.

La figura descendió por una escala de cuerda hasta la pequeña cala rocosa donde le esperaba un bote. Los soldados recogieron la escala y regresaron. El hombre recordó a su hijo mientras el bote se alejaba del enemigo bordeando la costa con pericia, evitando la brisa y las olas. La oscuridad los protegía. Su hijo había luchado por el imperio. Justino había partido gallardamente al confín oriental del imperio. En aquel momento se pudría en una celda en Amorion. Su anillo familiar le había salvado la vida.

El bote se paró cerca de un muelle clandestino. El hombre encapuchado saltó a tierra y dio dos monedas al remero, criado suyo. Cruzó la puerta de la muralla marítima, donde un soldado comprado resopló con alivio al recibir los dos nomismata de oro prometidos. El hombre anduvo al amparo de los soportales hasta llegar a la entrada trasera de su mansión, donde lo estaban esperando. Se quitó la capucha y la capa, húmedas por el rocío de la noche, y sintió el calor reconfortante de la lumbre.

—Que nadie me moleste —ordenó el senador Antonino.

El calor de la propia sangre era más fuerte que sus votos de lealtad. ¿Acaso no era ya así en todos los órdenes de la vida en aquella época aciaga? Y aquella marea de infieles lo engulliría todo, sin remedio. Solo quienes escogieran bien a sus aliados se salvarían. Meses antes había intentado hacerse con el secreto mejor guardado para su propio beneficio, sin éxito. Quizás el erudito y su aprendiz fuesen intocables, pero no así los sótanos del Auditorium. Allí se escondía el erudito cuando no estaba recluido en su casa o

en los almacenes militares, y allí es donde esa misma noche daría su golpe de mano.

Los secuaces contratados por el senador descerrajaron la puerta por la que se accedía a los niveles inferiores del Auditorium. Tenían un plano esbozado por un funcionario sobornado que aseguraba que siempre se veían luces a deshoras y había olores extraños. Entraron en la sala. Un anciano de espaldas se afanaba frente a varios recipientes de cobre al fuego. En silencio, sacaron las porras y los cuchillos de los cintos, y se aproximaron sin hacer ruido, dispuestos a arrasarlo todo sin dejar testigos.

Un joven diácono informó a Timeo a la mañana siguiente de extraños sucesos acontecidos en el Auditorium.

—Varios soldados vieron luces extrañas desde sus cuarteles. Un olor penetrante capaz de atontar a un hombre fuerte inunda los sótanos, y los que se han atrevido a penetrar en ellos han contado que han visto varias zonas ennegrecidas, en el suelo y en las paredes, como si hubiera habido varios fuegos. Los estudiantes y los escolares están asustados.

Timeo fue enviado a consagrar la sala con agua bendita, no fuera aquella una aparición del demonio, y Timeo comprobó con alivio que las salas con los fondos bibliotecarios no habían sufrido desperfectos. En cuanto entró en las estancias afectadas, reconoció aquel olor a carne humana quemada. Esparció agua bendita con el hisopo que portaba un acólito a su servicio.

—Escúchanos y sálvanos, Señor; ten piedad de nosotros. —Timeo se sintió intrigado e intranquilo. Vio fragmentos de matraces de cristal esparcidos por los suelos, manchados de ocre y ásperos al tacto. Vio un serpentín destrozado, y todo aquello le resultaba familiar—. ¿Quién ocupaba estas salas?

Percibió una sombra que se alejaba; parecía un sirviente con un cubo. El hombre del prefecto se santiguó al terminar de rezar y se encogió de hombros.

—No se sabe, diácono. Estas salas debían estar vacías.

Ningún hombre había regresado a la casa del senador.

En el palacio imperial, en sueños, el emperador León III volvió a ser un niño en tierras sirias, donde los higos maduraban al sol y las espigas de trigo se

doraban con el aire seco continental. En el camino de regreso a su casa, el pequeño Conon[5] se encontró un día con un viejo mendigo harapiento y sucio, que trastabillaba descalzo con ayuda de un bastón de encina retorcido. León se paró a su espalda a quince pies de él, indeciso. El viejo se volvió y lo miró con una sonrisa desdentada.

—Acércate, por Mitra, no temas, pequeño. ¿Cómo te llamas?

—Conon.

—¿Tienes algo de comer? —preguntó apremiante.

Los ojos del mendigo brillaban intensamente, pero a León, en vez de temor, le inspiraron curiosidad. Le entregó dos higos que llevaba en las manos. El mendigo los abrió con sus uñas negras intentando leer en su interior. Los dos estaban maduros, pero ninguno tenía larvas de avispa, lo que el viejo interpretó como un buen augurio.

—¡Ah, Conon! Eres fuerte de corazón y decidido. ¡Mira! Están sanos. —Le dio uno al niño y él se quedó el otro—. Por haber dado generoso, así recibirás. Templa tu corazón. Que el oro y el verde no te asusten ni cieguen, y llegará un día en que vestirás de púrpura. Dame tu mano.

Conon intentó desasirse, pero no pudo, y al fin miró al mendigo hipnotizado, incapaz de moverse. El hombre tomó de entre sus mugrientas pertenencias un pequeño cuchillo. Mientras recitaba una extraña letanía, le hizo a León un corte en la palma derecha y marcó su frente de niño con una señal de sangre.

—Desde hoy, Mitra irá contigo por siempre y te conducirá a la victoria y a la sabiduría. ¡Y ahora busca tu destino!

Nadie había vuelto a llamarlo Conon desde su niñez en tierras sirias, antes de que su familia fuera deportada a Tracia.

El emperador despertó en palacio justo en el momento en el que el mayoral entraba para comunicarle que la flota árabe se estaba desplegando al fin frente a las murallas marítimas. Enarbolaban banderas verde esmeralda y oro a la luz del alba, y Hagia Sophia resplandecía con los primeros rayos de sol. El viento del sur volvía a soplar, acercando la amenaza a la ciudad.

En el mar, la flota árabe se había dividido en dos. El grueso de la flota se dispuso al sur de la capital asediada para cortar los suministros desde el mar Egeo y desde la costa oriental del mar de Mármara, mientras que el resto se preparó para bloquear el paso del Bósforo y dominar las rutas desde el mar Negro.

Las primeras naves que bordearon la península donde se asentaba la capital bizantina aprendieron a mantenerse a una distancia prudente de las murallas marítimas. También allí se habían colocado algunos onagros con sus servidores. Cuando alguna nave enemiga se acercaba demasiado al promontorio rocoso donde se alzaba la ciudad, los soldados ponían en tensión el brazo central del onagro, girando el torno torsor con ayuda de palancas. Del torno partía un cable que estaba unido al brazo eyector. Un resorte se oponía al movimiento del brazo. Al girar el torno y hacer descender el brazo, el resorte quedaba en tensión; cuando el brazo estaba en posición de disparo, se colocaba una carga, normalmente una bola de piedra de varias libras, en su extremo, dotado de una honda. Al accionar el disparador, el brazo quedaba libre. El resorte impulsaba el brazo y la carga salía despedida, tras lo cual podían volver a cargar el onagro. La distancia del disparo podía variarse modificando el ángulo de apoyo de la estructura de la máquina sobre la muralla o poniendo una carga de distinto peso. Manejado con habilidad, cada onagro podía disparar hasta dos veces por minuto. Los de la muralla marítima tenían suficiente fuerza como para merecer el respeto de la flota árabe.

Las grandes liburnas aprovecharon la brisa matutina para abrirse en formación. El general Suleimán contempló desde la proa de la nave capitana el despliegue de la flota árabe. A partir de aquel día, el mar de Mármara sería musulmán, esa había sido su promesa. Al observar que solo una pequeña flota bizantina de varias decenas de barcos se acercaba para hacerles frente, se acarició la barba con la mano derecha, llena de anillos de oro con rubíes y zafiros. ¿Era ese el orgullo de la marina imperial? Suleimán rio pensando que aquello sería un paseo. Maslamah le había garantizado que la ciudad estaría indefensa, y así era.

—¡Timbales! ¡Tocad a combate! —tronó el almirante al ver por fin el paso del Bósforo. Los esclavos chirriaron los dientes bajo el yugo del látigo de los capataces.

Los dromones se acercaron dubitativos a cumplir con su deber.

—Que se preparen los arqueros —ordenó el general musulmán.

En cada nave, una docena de arqueros persas se acercó a la borda más próxima a los dromones, que viraron para evitar la maniobra envolvente con la que pretendían abordarlos. Desde las murallas marítimas de la ciudad, los defensores lanzaron sus proyectiles, obligando a la flota árabe a esquivar el promontorio rocoso. A una señal, los persas dispararon flechas ardiendo a las velas de los dromones, para horror de los bizantinos. Las flechas incendiarias volaron de uno a otro bando, seguidas de una granizada de piedras arrojadas

con onagros desde los barcos bizantinos. Varios de los dromones iniciaron su retirada con el velamen en llamas. Los soldados se prepararon para el abordaje. Los musulmanes gritaban como una horda ensordecedora mientras se acercaban a las naves que huían a golpe de remo. El Bósforo estaba al alcance de la mano. Solo restaba por superar un obstáculo.

—¡Doblad el Cuerno de Oro y hundid todas las naves! —gritó Suleimán.

Los barcos árabes enfilaron hacia el brazo de mar y quedaron entre la capital y el barrio de Gálata en la otra orilla, demasiado tarde para comprender que aquello era una trampa. Los bizantinos habían bajado la gran cadena que protegía la entrada al puerto natural del Cuerno de Oro y habían salido de él. Frente a ellos, los musulmanes se encontraron con el orgullo de la marina imperial, doscientas naves mayores y decenas de embarcaciones menores dispuestas a empapar de sangre extranjera las orillas de aquel campo de batalla marítimo.

Suleimán sonrió a pesar de la sorpresa, y todos los árabes aullaron enardecidos, alzando sus espadas. Las cubiertas se llenaron de turbantes blancos listos para lanzar los garfios de abordaje en cuanto se aproximaran lo suficiente a los dromones. Habían aceptado el desafío.

—¿Todavía no? —exigió saber Belerofonte desde la cubierta del inmenso barco capitán, el *Teodora*.

—¡Faltan sesenta pies, señor! —gritó el oteador desde la proa.

Belerofonte comprobó que su espada estaba suelta en la vaina. Ese sería uno de los días más importantes de su vida.

—¿Aún no? —volvió a preguntar con impaciencia.

—¡Faltan treinta pies, señor! ¡Alcance inminente, señor!

—¡Ignición!

Belerofonte podía ver el brillo de las hojas desenvainadas con sus empuñaduras de marfil, plata y nácar. Podía ver sus ojos fanáticos. Los soldados bizantinos se prepararon en cubierta llenos de tensión para recibir el abordaje.

De repente, sonó como un trueno y, entre humo negrísimo, chorros en llamas salieron de las fauces del mascarón de proa y cruzaron en grandes arcos el aire, buscando víctimas. El basilisco esparció la muerte a su alrededor y el barco se estremeció. En el mástil principal se izó una enseña roja. Los árabes callaron, amedrentados por aquello que llovía del cielo. Decenas de otros truenos se oyeron inmediatamente en toda la primera línea. El fuego bizantino llegó preciso a las naves enemigas describiendo inmensas parábolas. Y al alcanzar el agua, se alzó de pronto un olor nauseabundo, el

mar hirvió y un inmenso muro de llamas se levantó hacia el cielo, lamiendo los cascos de las liburnas califales y subiendo hasta alcanzar sus cubiertas.

Los gritos de terror de los musulmanes se mezclaron con las exaltaciones de júbilo de los bizantinos. Los dromones viraron para evitar las embarcaciones en llamas. Los esclavos enemigos dejaron de remar, con lo que las liburnas quedaron como hormigas confusas cogidas por las fuertes corrientes del estrecho. Su terror alcanzó una nueva dimensión al descubrir que el agua no solo no extinguía aquel fuego demoníaco sino que provocaba llamas aún más altas. Suleimán rodeó las naves afectadas mientras se aferraba a la borda lleno de incredulidad. Su propia nave capitana estaba en llamas.

—¡Arrasad a aquellos insolentes! —gritó.

Entonces, una segunda maldición llovió desde lo alto. En la segunda línea de embarcaciones, los onagros móviles de los bizantinos lanzaron sus bolas de fuego. A primera vista, a los árabes les parecieron simples piedras o vasijas cerámicas, ¿y qué osado marinero temería a una vasija?; pero al impactar provocaban las mismas llamas inextinguibles. Los árabes desesperaron presos del pánico y varios barcos bizantinos empezaron a abordar naves enemigas. Entre gritos de agonía muchos seguidores del Islam se lanzaron al agua envueltos en llamas.

—¡Id así al infierno! —les gritaban los bizantinos, y las llamas que rodeaban a los desdichados marineros les alumbraban el camino bajo el mar según se hundían, agitando brazos y piernas, luminosos hasta desaparecer en la oscuridad.

Los dromones, atendiendo a las señales indicadas con banderas de colores desde la nave capitana, maniobraron para evitar los fuegos que se extendían por el mar y perseguir las liburnas árabes sorprendidas por las corrientes. Un largo madero, el calcar, sobresalía más allá de cada proa por encima del nivel del agua. Con ellos, virando con habilidad contra el viento, los dromones arrollaron de lado muchas naves enemigas. Los calcares bizantinos sacaron del agua con violencia los remos árabes, quebrándolos en su avance, e inmovilizando las naves enemigas bajo una lluvia de proyectiles. Los garfios volaron por los aires enganchándose en las bordas y en la marinería. A fuerza de brazos, los costados se acercaron, y los bizantinos se lanzaron al abordaje con las espadas desenvainadas, entre sangre, muerte y fuego.

Suleimán decidió con rapidez que convertiría su derrota en una victoria, y dio instrucciones para que fueran visibles en sus jarcias nuevas indicaciones.

—¡Enfilad las proas de los barcos ardiendo hacia las murallas!

Sorprendidos, los bizantinos viraron para esquivar las liburnas en llamas. El fuego devoraba los costados de las naves, pero los musulmanes gritaban a Alá, alzando las espadas desde la cubierta y desafiando a los bizantinos. Aprovechando el viento, las liburnas se dirigieron contra los puertos de la península rocosa sobre la que se alzaba la capital. Los arqueros y los fundíbulos dispararon apresuradamente contra ellas desde las murallas marítimas. ¡Debían evitar que bloquearan las bocanas! Si conseguían incendiar los muelles, el fuego se propagaría por la ciudad. A viva voz, el prefecto dio órdenes para que se preparasen baldes y cubos, y todos los ciudadanos se apresuraron a ayudar, formando cadenas humanas desde las murallas hasta las cisternas, listos para extinguir cualquier incendio.

Mientras varias liburnas se lanzaban contra las bocanas, sacrificadas para distraer a los defensores, otras muchas, con un súbito golpe de timón, esquivaron los proyectiles del cielo y encallaron en la orilla, destrozando las proas contra la base de las murallas marítimas. Desde las cubiertas en llamas lanzaron garfios y tendieron escalas, y se precipitaron hacia las almenas con un gran clamor. Otros soldados treparon a los mástiles, quedando por encima de las almenas, y se arrojaron desde frágiles pasarelas contra los soldados bizantinos de la ciudad, que los acribillaron a flechazos. Soldados y ciudadanos se enzarzaron en una lucha encarnizada contra los invasores.

—¡Seguid! ¡Seguid! —los azuzaba el caíd a que huyeran de las llamas de los barcos para caer en un mar de espadas, impacientes por coronar las almenas.

Los adarves se llenaron de heridos y vísceras. El caíd puso el pie en las almenas y vio los jardines exteriores del palacio imperial, y dominándolo todo, las cúpulas de la gloriosa Hagia Sophia, y se inflamó de ímpetu por la visión de la ciudad. Fue el último hombre que tuvo aquella visión ese día. El fuego, avivado por el viento del sur, se extendió por mástiles y velas y alcanzó las escalas. Cogidos entre las llamas y las espadas bizantinas, muchos musulmanes desesperados se lanzaron al vacío y fueron abatidos por los arqueros.

A pesar de su bravura no pudieron tomar la muralla del puerto de Eleuterion, pero el caíd y un puñado de fanáticos consiguieron abrirse paso; evitando a los soldados bajaron las escaleras de las murallas marítimas que resguardaban la bocana, y corrieron por los diques hacia una poterna en los muros próximos a los muelles, ¡que sorprendentemente estaba abierta! La cruzaron y tuvieron al alcance de la vista las calles de la ciudad. Pero tras la puerta surgió una multitud de enardecidos ciudadanos que no les dieron

cuartel, a pesar de que les sajaron brazos y piernas. Aquellos hombres, panaderos, carreteros y carniceros, comerciantes y cordeleros, amaban la ciudad tanto como para entregar sus vidas. El caíd cayó doblegado y supo que había llegado la hora de entrar en el paraíso. Fueron los únicos musulmanes que aquel día pisaron las empedradas calles de Constantinopla.

En un solo día de combate naval, noventa naves habían quedado envueltas en llamas abandonadas a su suerte. Suleimán había tenido que cambiar de barco. No podía combatir contra aquel infierno con sus hombres enloquecidos por el terror supersticioso que les inspiraba. Todo era fuego a su alrededor, un cementerio naval lleno de pecios ardiendo que separaba a bizantinos y musulmanes. Ordenó la retirada.

La inmensa columna de humo se elevó bien alta en el cielo prístino de la mañana. El júbilo inundó los corazones de los ciudadanos del Imperio. La flota bizantina apenas había sufrido daños, mientras que entre naves hundidas y apresadas los árabes habían perdido más de cien barcos. En el campamento terrestre de Maslamah, todos se preguntaban cuál sería el significado de aquel humo, visible a muchos ojos. Los oteadores no tardaron en llegar al campamento con la terrible noticia de la derrota marítima.

16

UN JURAMENTO

Timeo deambuló por la Mese sin prestar atención a los comerciantes de seda que voceaban su género desde los soportales, ni a los bufidos de indignación de una mujer contra un carnicero que le había vendido carne en mal estado, al que amenazaba con denunciarlo ante el prefecto. La mente del diácono estaba concentrada en desentrañar el misterio del Auditorium. Atardecía. Había sangre, pero no un cuerpo. Había indicios de fuego, pero no procedían de un único origen, sino de varios. Y ese olor penetrante a muerte que impregnaba la estancia no era de madera quemada, sino de carne humana. No había testigos, nadie había visto a nadie entrar o salir ni antes ni después del incidente, que algunos murmuraban era obra del diablo.

Le inquietaba que pudiera ser así. La lucha entre el bien y el mal continuaría por toda la eternidad, en tanto existieran los hombres. ¿No podría ser que el demonio estuviera anunciando el fin del mundo que pronosticaban algunos agoreros? Inquieto, pasó otra cuenta del rosario entre sus dedos, con las manos escondidas dentro de las mangas de su sotana exterior, el *exorason*, mientras se encaminaba hacia la catedral. Poca gente oraba a aquella hora en el templo sagrado, antes de vísperas. En el escalón de la puerta lateral que permanecía abierta para los fieles un hombre le mostró la mano abierta, vendada, suplicando una moneda. El aliento le olía a vino. Timeo le ofreció media moneda de cobre; era cuanto llevaba encima.

—Hijo mío, deberías rogar al Señor dentro, no fuera.

—Que salga él hasta aquí, hasta el escalón; que me devuelva mi pierna —el hombre levantó su capa raída, mostrando un muñón vendado que volvió a ocultar—, y entonces entraré. ¿No será que teme a los infieles? Ah, veo en vuestro rostro que sabéis de qué hablo. Hablo del Mal. Que Dios os bendiga por la moneda, padre.

—Rezaré por ti, hermano.

Timeo se apresuró a entrar al templo, turbado. No podía explicarle que algún día su deseo podía hacerse realidad. Había leído que, siglos atrás, Herón de Alejandría había creado miembros de metal articulados, cuyo diseño se había perdido. Si aquel tullido lo hubiera conocido y hubiera recuperado la posibilidad de caminar, lo habría adorado como a un dios. Y él también, si hubiera conocido a Euclides, Arquímedes, Hermes. ¿Aquello no era asignar a los hombres los rasgos de la divinidad? ¿No era misión del diablo lograr la soberbia e idolatría de los hombres? Se postró a orar junto a uno de los bancos, próximo al altar y a la Vera Cruz enjoyada. Tenía que serenarse. El patriarca Germano le había convocado y estaba inquieto. Rezó con fervor bajo la presencia vigilante de los cuatro serafines de las pechinas que cerraban cada uno de los inmensos arcos que sostenían la gigantesca cúpula de la catedral. Cuando se sintió dispuesto, salió de allí hacia la residencia del patriarca, en un edificio anexo. El mendigo había desaparecido.

En presencia del patriarca se arrodilló y besó su mano enjoyada. Germano le indicó que se sentara próximo a él. Timeo esperó pacientemente a que hablara.

—Querido hermano, he escuchado los rumores que se propagan por la ciudad de boca en boca. El pueblo está atento a las habladurías, y el incidente del Auditorium aviva sus preocupaciones por la guerra y por sus almas. Unos dicen que es obra del demonio. Aún no, ¡pero lo será! ¿Qué viste?

—Sangre. Olor a carne quemada. No hay testigos de lo sucedido, padre. Parecían…

—¿Ritos paganos? Sí, dilo abiertamente. Ritos prohibidos y execrables, ¡y sé a quién tengo que culpar!

—¿Padre?

—¡Estudiar a los antiguos es peligroso! ¡Corrompe la mente de los débiles y de los curiosos! ¡Demasiada libertad se les ha dado a los eruditos y escolares! —exclamó Germano—. Aún hay paganos entre nosotros, a pesar de que toman la comunión y veneran a la Virgen María. Veo amuletos constantemente, en el cuello de los hombres, en las muñecas de las mujeres. Adoran los huesos viejos más allá de una sana veneración. Somos corderos de Cristo, pero entre nosotros hay lobos. Yo soy el gran pastor, y no lo permitiré.

—Las ovejas pueden descarriarse, pero siguen siendo ovejas a las que cuidar, oh, patriarca, y no tienen por qué sufrir la ira del pastor sin motivo. Será difícil hallar al lobo si está disfrazado entre ellas.

—Lo sé. Sé que eres un hombre culto, Timeo. Eres un devoto creyente y a ti ese lobo no podrá engañarte. Además, conoces el Auditorium. La culpa es de los extranjeros, con sus ideas orientales y prohibidas. Contaminan la ciudad. Pregunta, indaga, descubre quién o quiénes son los responsables de esos actos impíos. El emperador no los tolerará, y si no se someten a Cristo y a mi palabra, ¡los hará cegar y los arrojará desde lo alto de las murallas!

—Se hará como decís, patriarca. —Hizo amago de salir de la estancia, pero en el último momento se paró, dubitativo, y Germano, percibiendo sus dudas, le indicó que hablara—. Son muchos los sospechosos. No solo hay estudiosos en el Auditorium, también en la escuela patriarcal de teología. Además, ¿quién querría llamar la atención sobre sí mismo de esa manera, corriendo el riesgo de descubrirse?

—Los enemigos del Igual entre los apóstoles. Aquellos que desean el fracaso de la voluntad divina del Señor, quien escogió a León III para velar por nuestra ciudad. —Germano se levantó y se acercó al diácono para asegurarse de que nadie más lo oyera—. Te daré certeza, como a Pablo de Tarso, para que me creas. Han desaparecido libros de nuestra biblioteca, libros que yo mismo custodiaba aquí, en esta habitación. Pueden estar entre nosotros. Ve con cuidado; los acólitos del diablo son muchos, pero más inmensa será la cólera de Dios. ¡Ve en paz, hijo mío!

El patriarca lo había inquietado, pues suponía que nadie estaba libre de sospecha. Y tenía razón. Él había sustraído los libros desaparecidos; en una investigación oficial podrían descubrirse sus orígenes y su vida oculta, en la que esa misma noche tenía un compromiso emotivo. Timeo resolvió que a la mañana siguiente regresaría al Auditorium en busca de algún indicio que hubiera pasado por alto. Desconfiando ya incluso del patriarca, anduvo por las calles hasta asegurarse de que nadie lo seguía, antes de buscar una de las entradas a los subterráneos de la ciudad.

La joven era su hija aunque él no fuera su padre. Vestida de blanco, con el rostro limpio y luminoso, y el pelo perfumado y recogido en una trenza a un lado, estaba radiante. Su túnica mostraba dos pequeñas aberturas laterales por donde se entreveía su costado. Timeo la miró emocionado. Dos personas más serían los testigos; un abad y otro diácono. Como diácono, Timeo no podía consagrar la carne de Cristo ni oficiar misa por sí solo, pero aquel no era un acto cristiano, y la unción con aceite era un símbolo que se hundía en la noche de los tiempos, usado mucho, mucho antes de que lo utilizara el carpintero de Galilea. Empezó la ceremonia. Timeo y los dos hombres permanecieron de pie a la luz de las velas. Cerca de él había un pequeño banco de piedra.

—Irene Argyros, todos te conocemos y te respetamos. Has soportado con paciencia años de espera, has escuchado y seguido nuestras enseñanzas, que se resumen en una sola: en el saber de los antiguos está la senda hasta la sabiduría. Todos los aquí presentes nos debemos a ella por elección libre y voluntaria, y moriríamos por ella, porque parte del conocimiento es asumir que todo perece, incluso el conocimiento, el orden, la perfección. Nos entregamos para hacer perfecto un mundo imperfecto. Muchos nos han precedido y han perecido; somos muy pocos, y otros tantos sufrirán nuestra misma suerte, pero mientras el mundo será moldeado y algún día llegará la luz, aunque moremos en la oscuridad. Y en la oscuridad y en el secreto deberá permanecer esta nueva vida tuya, lejos de tu vida pública, oculta a todos salvo a nosotros. Y ahora, acércate y siéntate aquí. —La joven hizo lo que le pedía y se sentó en el banco, mirando al frente—. Bebe.

Bebió del cuenco que le ofrecía el diácono. La bebida era suave, caliente y ligeramente narcótica. El abad tomó su brazo izquierdo. Con ayuda de un estilo calentado en una llama y un dedal de tintura negra tatuó con precisión un pequeño símbolo, un anillo alado en la piel de la joven un poco más arriba de la muñeca. Irene soportó el dolor en silencio, cerrando los ojos con fuerza cada vez que el estilo la tocaba. El hombre terminó su trabajo y limpió la sangre. Satisfecho, Timeo observó el tatuaje. La joven se cubrió la herida con una gasa.

—¿Te das cuenta, Irene, de que deberás guardar el secreto por encima de todo?

—Sí. Estoy dispuesta.

—Somos los que somos. Muy pocos frente a un mundo infinito, ocultos en las sombras de la clandestinidad, donde el peligro siempre acecha. Compartir nuestros secretos requerirá sacrificios, y sé que lo sabes.

—Sí. Estoy dispuesta —repitió la joven como parte final del rito. El anciano ungió su frente con aceite.

—Entonces, todos te reconocemos y aceptamos. Levántate, Irene Argyros. ¡Comamos y bebamos y alegrémonos!

Aquella fue una noche dichosa para la intérprete. Asombrada, escuchó de boca de Timeo el origen de su búsqueda, que retrocedía en el tiempo hasta la antigua Nínive. Ella se sentía embriagada por el orgullo que manifestaba Timeo.

—Eres inteligente y perspicaz. Siempre serás mi niña. A veces me olvido de la hermosa mujer en que te has convertido. Prometí a tus padres que cuidaría de ti, y eso he hecho. Solo espero que tu vida sea dichosa.

Irene le cogió las manos.

—Nadie podría tener un padre mejor, ni un mejor mentor.

—Tienes un lugar privilegiado en la biblioteca, y eso está bien, porque quiero que observes a todo aquel que entre en ella. El patriarca está inquieto; desconfía de lo que no entiende y de todos, y temo que quiera enviar a alguno de sus ayudantes como espía. Y si eso sucede, estarás en peligro. Sé cauta y piensa con quién hablas, de ahora en adelante.

—He hecho un juramento, y lo cumpliré, padre. Quiero ayudarte. Quiero que estés orgulloso de mí. —Irene lo miró de pronto con gesto preocupado—. ¿Que tema al patriarca, dices? Quizás esa sea la razón de las idas y venidas de un hombre anciano y extraño, que va de tanto en tanto a visitar al conservador.

—Marius es un buen hombre y sé que te ha cuidado como a una hija, es como si tuvieras dos padres. No, no desconfío de él.

—Me preguntaba si ese anciano que lo visita no podría ser un enviado del patriarca.

—Estate atenta a él entonces, Irene, y extrema tus precauciones. El patriarca no tendrá piedad con ninguno de nosotros si nos descubre.

La joven se despidió de ellos y fue guiada por los pasadizos excavados en las entrañas de la ciudad, que desembocaban en un corredor que ascendía hasta la superficie, hasta las ruinas de una cisterna abandonada. Cuando salió a la calle, se cubrió con la capa y su capucha, y regresó a la residencia aneja a la biblioteca imperial, evitando las miradas indiscretas de varios jóvenes. El estudio era su vida. A lo mejor era cierto; no era como las demás mujeres, ni podría serlo. Ser una esposa amantísima o una madre encomiable podía ser para todas las demás, pero no para ella. Encontraba deleite en la lectura y cuanto más salía de la biblioteca más entendía que una mujer inteligente siempre sería sospechosa ante los ojos de los hombres.

17

EL HALLAZGO

La victoria dio un respiro a la ciudad y fue aprovechado para aumentar las provisiones por vía marítima desde el Bósforo. Los dromones no dudaron en hacer valer su superioridad hundiendo con el fuego griego cuanta liburna osó amenazar a los mercantes, y procuraron cobrarse una víctima diaria.

Era viernes. Calínico concedió un día de descanso a su aprendiz y él aprovechó para madrugar y disfrutar de un paseo matinal. Llegó al Augústeo, donde andaban a la par numerosos senadores rodeados de palomas. Al sur, próxima al Senado y cerca de Hagia Sophia, estaba la biblioteca imperial.

Como Roma, Constantinopla se había fundado sobre siete colinas y estaba dividida en catorce regiones. La biblioteca imperial formaba parte del complejo del Auditorium, la universidad, en la colina del Capitolio. Era un vetusto edificio monumental que databa de la época de la fundación de la ciudad. Inaugurado por el emperador Constantino y reformado cien años después por Teodosio II el Joven, estaba dotado de vastas salas de conferencias para sus treinta y una cátedras. Parte en latín, parte en griego, se enseñaba gramática, retórica, derecho, filosofía, matemáticas, astronomía y medicina. La teología no se enseñaba en la universidad; la Iglesia poseía escuelas especiales y la academia patriarcal. La destrucción de la gran biblioteca de Alejandría había convertido la capital imperial en el mayor centro cultural de Europa.

Desde los soportales del Senado se percibía el peculiar olor de los pergaminos amontonados en los estantes de la biblioteca, el aroma acre de las tintas férricas y de manganeso que empleaban los copistas civiles, cuya solitaria tarea se desarrollaba en la umbría sala del *scriptorium*. Durante siglos, los funcionarios se habían dedicado con minuciosidad monástica a traducir y copiar libros, pergaminos, tomos y opúsculos de todas las regiones del mundo conocido. Ni las exaltadas voces de los viandantes ni la reciente victoria sobre los musulmanes habían cambiado su rutina.

Calínico llegó temprano a la puerta de entrada. El gran portón con medallones de bronce siempre permanecía abierto de día. En época de paz, llegaban muchos estudiantes de otras provincias para formarse en la universidad. A diferencia del oeste de Europa, el Imperio bizantino había elegido como elemento cohesionador la conciencia de sí mismo, el cultivo de su cultura oriental como elemento diferenciador. Un bizantino estaba orgulloso de serlo y lo demostraba.

El viejo portero estaba en el mismo taburete de siempre junto a la puerta, día tras día, con su pierna derecha vendada debido a la gota. El grueso bastón en el que se apoyaba cuando se levantaba le servía también como defensa contra los incordiantes chiquillos de su vecindario. En los foros de la ciudad, los comerciantes seguían poniendo sus puestos de hortalizas, los ganaderos vendían sus quesos, carne y leche, y los cambistas ofrecían dinero a intereses poco razonables. Nada parecía haber cambiado, si acaso había menos género y también menos alegría, aunque Calínico pensó que llegarían tiempos peores.

—¿Qué tal esa gota? —le preguntó al portero.

—Mal, mal. Ayer comí mollejas de pollo y hoy estoy pagando los excesos —contestó Calpurnio. Se rascó la cabeza, de pelo ralo y escaso, muy corto. Era un corte militar. ¿Habría sido soldado en su juventud?—. No te demores. Quizás hoy encuentres algo interesante. Anoche trajeron de los muelles numerosos embalajes procedentes de Asia Menor. ¡Malditos seguidores del Profeta! Si no fuera por esta gota…

Calínico asintió y entró. Le gustaba saborear el sosiego del recinto y oír el eco de sus pisadas en la fresca sala vestibular. Olía a moho y a cuero. Le gustaba leer y curiosear entre las nuevas adquisiciones. Varios sirvientes limpiaban los lustrosos suelos de mármol y Calínico experimentó como siempre un sentimiento casi reverencial. Las paredes estaban decoradas con imágenes de los emperadores y con momentos gloriosos de la historia bizantina. Había miles de tomos y pergaminos ordenados por materias y categorías. Los estantes desprendían aromas a barnices antiguos; algunos estaban perfumados con mirra, y de tanto en tanto los bibliotecarios reponían los aceites perfumados de los quemadores repartidos en las hornacinas de las paredes. El olor era tranquilizante, esencias de nardos, rosas, incienso, jazmín. Además de amortiguar el aire cargado por el cuero decrépito permitía a todos los lectores concentrarse en la lectura. Unos amplios ventanales alrededor del patio central del edificio facilitaban luz abundante. Debajo de los ventanales

estaban las mesas para las consultas; nunca estaban totalmente ocupadas, pero siempre tenían visitantes. Constantinopla amaba la cultura y la civilización.

Muchos de los tomos de la biblioteca eran de carácter histórico. Allí había copias de las *Crónicas* de Eusebio de Cesarea, de las *Res gestae* de Amiano Marcelino y la *Historia de las guerras* de Procopio de Cesarea. La sección de geografía era admirada por sus mapas y descripciones de tierras lejanas. Justiniano II y sus generales Belisario y Narsés habían hecho un último intento de restaurar la unidad del Imperio romano, y, aunque fracasaron, aprovecharon para recuperar valiosos manuscritos de bibliotecas particulares, enviándolos a la biblioteca imperial para salvarlos de las llamas de la guerra.

Había una sección llena de documentos procedentes de Alejandría, Palmira y Jerusalén, muchos de ellos aún pendientes de catalogar. Entre los catalogados se habían hallado joyas como *Los elementos* de Euclides, la teoría heliocéntrica de Aristarco de Samos frente a la geocéntrica de Hiparco de Nicea, un tratado matemático de Apolonio de Pérgamo y escritos del fisiólogo Herófilo de Calcedonia, quien defendía que la inteligencia no estaba en el corazón sino en el cerebro.

De los territorios orientales perdidos a manos de los musulmanes seguían llegando cientos de manuscritos, como la *Crónica universal* de Juan de Nikiu o las *Novellae* de Triboniano. Para Calínico era un sacrilegio no hacer nada por salvar el patrimonio cultural de los pueblos. El hombre moría, pero sus ideas escritas podían sobrevivirle, ser inmortales y servir de guía a las generaciones futuras. Sin un pasado, todos los pueblos estaban condenados a desaparecer. Los hombres podían actuar por dinero, pero las ideas eran el poder auténtico. «Convence a una multitud para que defienda una idea —pensó Calínico pasando la mano por los lomos polvorientos— y nada podrá detenerla, ni siquiera la muerte». Por eso los musulmanes estaban venciendo y sitiaban los puertos de Constantinopla.

Calínico dejó atrás la sala principal y pasó bajo un arco lateral a un pasillo que llegaba al patio. Este estaba perfectamente cuidado. Los macizos de hortensias se alternaban con matas de lavanda. Dos grandes pinos daban sombra en dos de sus esquinas y una fuente central hacía de bebedero y baño para numerosos gorriones y golondrinas. El patio estaba porticado para preservar a los paseantes del ardiente sol en verano y del crudo frío en invierno, y tenía bancos adosados a los ventanales de la gran sala.

El viejo no le había pasado desapercibido a Irene; en cuanto se dio cuenta de su presencia en la sala, lo siguió sin soltar los libros que transportaba entre sus brazos. Era difícil sostener la mirada del viejo, esquivo, arisco e

insociable. Cruzó el patio tras él, simulando ser una atareada estudiante más entre los que hablaban bajo los soportales. Dos monofisitas discutían sobre la naturaleza última de Cristo y varios estudiantes conversaban sobre la precesión de los equinoccios. Eran jóvenes. Calínico recordó con nostalgia su juventud en Heliópolis y se sintió viejo de repente. Llegó a un arco cerrado por una puerta. Llamó, empujó y entró. Irene se preguntaba de qué conocería el conservador a aquel hombre. Lo vio atravesar la puerta; se acercó a ella y disimuladamente pegó la cabeza a la madera, intentando escuchar lo que decían los dos eruditos.

La sala era de medianas dimensiones, pero la gran cantidad de cajas y embalajes que la llenaban hacía que pareciera claustrofóbicamente diminuta. Un hombre maduro de estatura media removía un arcón de espaldas a la puerta. Cerca de él se apilaban varios tomos con las tapas deshechas.

—Cualquiera diría que estás buscando oro en sus entrañas —dijo Calínico.

El hombre se incorporó y se dio la vuelta. Los años no pasaban en balde. El poco pelo que le quedaba seguía siendo negro; su tez, pálida, y sus ojos, desconcertantemente azules.

—El conocimiento es el oro de los sabios. ¡Cuánto tiempo! Siéntate, siéntate —dijo ofreciéndole un taburete del que retiró varios pergaminos clasificados—. ¿Qué te trae por aquí?

—La curiosidad. Calpurnio me ha dicho que hay posibilidades de encontrar algo interesante en el último porte que habéis recibido, Marius.

El funcionario cogió con sumo cuidado el manuscrito de tapas destrozadas y lo colocó sobre una de sus mesas auxiliares. Los bordes de algunas hojas crujieron y cayeron al suelo.

—Este procede de Asia Menor. La guerra ha provocado una catástrofe intelectual. El emperador ha ordenado que se salve todo manuscrito de interés de los territorios en lucha. Mejor tenerlos amontonados aquí y no que sean pasto de las llamas, aunque hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Están en latín. ¡En latín! Salvo en los monasterios y en el Auditorium, en nuestro imperio prácticamente es una lengua muerta. Así que de momento los estoy separando entre los que puedo leer y los que no.

Calínico lo miró alarmado.

—¿No los estarás destruyendo?

Marius rio con fuerza.

—¡Ya se destruirán por sí mismos! El *basileus* ordena conservarlos. Al final del día, redacto un listado de los libros griegos y de las copias latinas y se lo doy a uno de mis ayudantes, dedicado exclusivamente a ordenar los libros latinos.

—¿Puedo echar un vistazo?

Marius asintió. Calínico se arrodilló con dificultad frente al arcón. Ya estaba casi vacío. Sacó una copia del tratado de lógica de Aristóteles, un vademécum medicinal de autor desconocido y dos pergaminos plegados tan quebradizos que prácticamente se deshicieron en sus manos, para consternación y absoluto horror de Marius.

—¡Por todos los santos, se autodestruyen! Él conoce de qué estamos hechos; sabe muy bien que no somos más que polvo —dijo el conservador recordando uno de los salmos y santiguándose repetidas veces. Para él era un mal augurio. Era tan grave como perder el alma.

—Tu labor es comparable a la de Sísifo, Marius. No te envidio —comentó el alquimista entregándole los dos últimos tomos, que colocó sobre uno de los montones de su mesa. Una pila de manuscritos había alcanzado una altura considerable—. ¿Palimpsestos?

El eunuco asintió.

—Aún están pendientes de catalogar. ¡Sísifo, dices! No terminaré nunca.

En ese momento, uno de los tinteros comenzó a vibrar de forma perceptible. Un agudo pitido de intensidad creciente atenazó con dolor las sienes del alquimista, que perdió el equilibrio. Marius palideció al sentir que el suelo bailaba bajo sus pies, y se agarró a la mesa, provocando que la pila de manuscritos oscilara y cayera al suelo. Tan de repente como habían empezado, los crujidos de las paredes cesaron; el suelo dejó de moverse. Solo dos lámparas continuaron su balanceo, deteniéndose poco a poco.

—¡Un terremoto! Calínico, ¿estás bien?

El pitido había cesado. La atención del alquimista estaba centrada en uno de los palimpsestos caídos, que se había abierto frente a él. Entre las líneas en griego del libro de los Salmos había frases en latín intercaladas. El monje que había raspado el manuscrito para reutilizarlo había realizado un trabajo deficiente; el antiguo escrito aún podía leerse. Parecían las memorias de un viajero; Calínico reconoció una palabra que no estaba en latín, y revivió una vieja imagen en su mente, la de una serpiente escupiendo fuego. El viejo lo tomó como una señal, un augurio, y con una exclamación se levantó del suelo.

—Marius, ¿puedes prestármelo? Te lo devolveré en unos días en perfecto estado.

—Sin prisa, está en latín, así que irá al montón. —El conservador se agachó a recogerlo todo—. Te lo prestaré, pero ¡cuídalo!

La intérprete, aún asustada por el temblor, se disponía a apostarse de nuevo cerca de la puerta cuando se sobresaltó al oír el grito jubiloso del alquimista. Se retiró precipitadamente, ocultándose tras una de las columnas de los soportales. El viejo solitario salió poco después, con los ojos brillantes. En cuanto se alejó a grandes pasos, Irene entró en las estancias del conservador.

—Oh, Irene, ¿has ordenado ya los tomos de Polícrates el orador?

—He oído un grito y he visto a un desconocido salir de aquí. Pensé… quizá… que podrías necesitarme, por el temblor de tierra.

Marius sonrió despreocupadamente, haciéndole un gesto para que continuara con su tarea. La intérprete se preguntó por la mirada de satisfacción del alquimista, y decidió seguirlo antes de que saliera del edificio. El viejo iba atusándose la barba y murmuraba palabras de otras lenguas, con la mirada llena de soberbia burlona, sin soltar ni un momento el tomo que acababa de conseguir. ¿Qué es lo que había dicho antes de salir por la puerta?

Cuando el erudito se alejó de la entrada, Irene se dirigió a Calpurnio.

—Disculpa, ¿lo conoces? Me refiero a ese hombre que se aleja.

—Es un funcionario de palacio, un contable, me parece, al que le apasiona la lectura —respondió el portero mientras espantaba a un perro con el bastón. El animal ladró, disconforme con el golpe recibido, y en venganza orinó en una pared de la institución que quedaba fuera del alcance del bastón—. ¡Largo! ¡Largo de aquí! Siempre regresa, más tarde que temprano. Hace años que se deja ver por aquí.

La traductora volvió a su mesa, llena de legajos y palimpsestos. Compartían sala con ella ocho mujeres más. Solo el rasgar de las plumas sobre los pergaminos rompía el silencio. Irene rememoró las palabras que había oído; ¿de qué le eran familiares? De repente reconoció una de ellas. El hombre no la había pronunciado correctamente, pero era una palabra que ella conocía bien, una palabra egipcia. *Khemeia*. La joven no pudo concentrarse en su tarea. ¿Quién sería ese hombre que conocía la lengua de los faraones?

Irene reflexionó que si Marius no se había alterado por su llegada, era porque debía de conocerlo de tiempo atrás. De qué o de dónde no lo sabía; el conservador no había hablado nunca sobre aquel extraño. ¿Sería un estudioso

o el espía de Germano? Necesitaba contárselo a Timeo. Se levantó de su puesto soportando miradas reprobatorias. Habló con el conservador, e intentó pensar una excusa convincente. Marius, con toda su erudición, era un hombre sencillo.

—No me encuentro bien, Marius. Siento náuseas y dolores en el bajo vientre.

—Oh, Irene —le dirigió una mirada escrutadora, juzgando qué podría significar eso, y quién podría ser el padre.

—Estoy preocupada, Marius; trabajamos aislados del mundo y el mundo amenaza con derrumbarse.

La expresión del conservador se relajó, aliviado.

—Ve, ve. Descansa. Recuerda que las murallas son fuertes. ¡Epicteto! Dijo que distinguiéramos lo que depende de nosotros y lo que no, para ser felices. Nosotros no luchamos; no sufras innecesariamente. Descansa; espero que mañana estés mejor.

Irene salió de la biblioteca. Al pensar en la guerra, se preguntó si su último pretendiente estaría aún en la ciudad o si habría huido antes del cerco a las tierras que su familia poseía en Tesalónica. Se sorprendió pensando en él. Echaba de menos su cálida voz, su pecho fuerte y su sonrisa. Inmediatamente se avergonzó de su falta de firmeza. La había engañado. La había seducido y abandonado. Su recuerdo no merecía ni un segundo más de su tiempo.

La llegada de la guerra atemorizaba a la muchacha. Se preguntaba cuál sería el curso del sitio y si ella podría hacer algo. Se preguntaba si tendría tiempo de volver a amar. Tenía tantas ganas de vivir y era tan joven que le parecía injusto que Dios la hubiera dotado de belleza solo para morir en una ciudad asediada.

Se aseguró de que nadie la seguía entre los ciudadanos, sirvientes y esclavos que pululaban por las calles a la caída de la tarde. Entró en la iglesia de San Nicasio. Dos viudas oraban con la cabeza gacha cerca del altar rodeado de velas. Irene se deslizó en silencio dentro de una de las capillas. San Erasto de Corinto la miraba como si se compadeciera de ella. Pulsó un saliente por detrás de la estatua y un panel de piedra se deslizó lateralmente, dando acceso a una escalera. Tomó una de las velas encendidas al santo y bajó por los peldaños cerrando tras de sí.

Desde la cripta donde reposaban los huesos del venerable en su urna de piedra se accedía a un oscuro pasaje donde no se adentraba nadie que no conociera el camino. Irene desapareció en la oscuridad. Recorrió el subsuelo atravesando un dédalo de galerías ascendentes y descendentes que servían

para confundir a los osados, pero ella conocía las señales, y guiada por ellas llegó a subterráneos donde se preservaban pergaminos que debían haber sido destruidos tiempo atrás. Se habían salvado porque alguien los había rescatado desafiando el fuego, las revueltas, los terremotos, las plagas y las guerras, y ahora ella era miembro de esa comunidad secreta.

El guardián la recibió en la entrada. Varios monjes dedicaban día tras día a preservar los manuscritos, copiándolos una y otra vez. Irene preguntó por el diácono.

—Timeo no está aquí.

—Esperaré a que regrese.

La labor de copista era parte de sus tareas, y allí había trabajo para varias generaciones. Abrió el tomo que tenía a medio concluir, los legajos originales de Procopio, quien había escrito la historia secreta del emperador Justiniano. Trabajó sobre el libro copiando con cuidado las arrugadas hojas durante horas, hasta que comenzó a bostezar. Pensó que podría darse cinco minutos de descanso; reposó su cabeza sobre el libro, pensando en el erudito, y no tardó en quedarse dormida.

Una mano amable la zarandeó con suavidad, despertándola.

—Es muy tarde. El guardián insomne me ha dicho que estabas aquí —le dijo Timeo.

—He visto a… —balbuceó Irene, aún confusa por el cansancio.

Timeo no la dejó continuar. Le ofreció agua y la acompañó fuera de la sala.

—Sea lo que sea, seguro que podrá esperar a mañana. Y recuerda que no debes entrar y salir por el mismo portal.

Irene asintió. Aún le quedaba un largo recorrido hasta su residencia. La traductora decidió salir por el corredor de la cisterna subterránea abandonada, sin saber que esa decisión cambiaría su vida para siempre.

18

EN LA ARENA

Casiodoro seguía soñando con el mar. En su último sueño, el barco en el que viajaba con su maestro se hundía en las profundidades envuelto en las llamas de aquel fuego misterioso que el agua no apagaba. Se incorporó de pronto empapado en sudor. Recordó entonces que su maestro le había otorgado un día de descanso y con un suspiro se dejó caer de nuevo en el lecho.

Aun así, tenía obligaciones que debían ser atendidas y no tardó en levantarse. Calínico había salido temprano y no había regresado. Ordenó y limpió la casa y el taller, y cuando cumplió el cometido de que hubiera leña y pan, se aseó, se puso una muda de ropa limpia y salió a la calle. La puerta estaba siempre protegida por dos soldados, así que no tenía por qué preocuparse. Ese día había carreras y él estaría en el Hipódromo. Una figura lo vio salir al fin y lo siguió en la distancia, cerca de los soportales, sin que él se percatara de su presencia en medio de la gente.

El Hipódromo se levantaba entre la primera y la segunda colina. Algunos de los ciudadanos más acaudalados de Constantinopla vivían en sus proximidades. La presencia de la lonja en el puerto de Sophia era el motivo de que la zona siempre bullera de actividad. Una multitud ya se hallaba congregada frente a las puertas esperando a que abrieran las entradas cerca de las cárceres. Los soldados estaban apostados vigilando a la muchedumbre. Muchos llevaban una pieza de vestimenta azul. Otros la llevaban verde.

—¡Miguel! —exclamó Casiodoro agitando los brazos y abriéndose camino entre la gente. Su amigo lo vio por fin y lo animó a alcanzarlo. Tanto él como Casiodoro llevaban un pañuelo verde, y otros seguidores estaban con ellos—. ¡Ya era hora! Pensaba que no llegarías.

—He hecho mi apuesta. ¡Espero tener suerte!

Los espectadores estaban organizados en dos facciones opuestas, los Azules —en su mayoría ciudadanos ricos y ortodoxos— y los Verdes —compuestos por la clase baja y los seguidores de la herejía monofisita—. Los

primeros ocupaban los asientos del área norte; los segundos se sentaban en el sur.

Desde lo alto del Hipódromo sonaron las trompetas y todos se dirigieron en tumulto a las entradas, cuyas rejas estaban abriendo los soldados, que de forma concienzuda se aseguraban de que ninguno de los espectadores portara espada u otra arma visible antes de dejarles pasar por los corredores interiores que desembocaban en los vomitorios.

El Hipódromo era espectacular. Cuarenta hileras de asientos dominaban la pista. Por encima, un paseo recorría todo el perímetro, decorado con columnas de pórfido, caballos de bronce, leones de mármol y las efigies en piedra de dioses romanos y emperadores. La espina central del Hipódromo, en torno a la cual competían los carros, era conocida como «el eje del imperio». Estaba adornada con diversos monumentos, entre los que destacaba un obelisco egipcio procedente de Tebas y colocado sobre un plinto de mármol por orden del emperador Teodosio. En cada extremo de la espina había una columna dorada: una representaba el Sol, la otra, la Luna. «¡El eje del imperio!», pensó Casiodoro con pasión.

—¡Por aquí, Casio! —le gritó Miguel empujando sin contemplaciones, hasta que encontraron dos asientos contiguos.

—¡Menos mal!

El perseguidor de Casiodoro era un profesional. Consiguió acercarse lo bastante como para tenerlo a la vista. Se sentó y esperó.

Por un rato el caos invadió las gradas, mientras los espectadores ocupaban los asientos. En algunos puntos, varios grupúsculos se habían enfrentado a la facción opuesta, obligando a intervenir contundentemente a los guardias del Hipódromo. Desde el paseo superior, las trompetas sonaron de nuevo y los espectadores vitorearon. Los portones se abrieron y los carros salieron a la arena de la pista.

—¡Ahí salen! —gritó exaltado Miguel.

Un hombre calvo y orondo se apoyó sobre Casiodoro. Su aliento apestaba a vino agrio.

—¿Y tú, joven? ¿Por quién has apostado?

—Por Elijah de Palmira. ¡Hoy será su oportunidad! —respondió Casiodoro con entusiasmo.

—¡Bah! ¡Qué sabréis los jóvenes! ¡Los judíos y los indeseables solo sirven para morir!

—¡Ahí está Rufo de Crotonia! ¡Sal y aplástalos! —gritó Miguel.

Mientras los corredores salían de las cárceres a la arena, los espectadores rezagados realizaban las últimas apuestas. Muchas fortunas se habían amasado o se habían derrochado al calor de la pasión por las carreras. Los vendedores de comida recorrían las filas ofreciendo su género. Miguel compró higos secos y hojas de parra rellenas de carne.

Las trompetas sonaron en honor del emperador. En el lado sur, dominando la pista, estaba el *Kathisma*, el palco del emperador, conectado con el palacio imperial por una entrada privada. La cortina de seda que lo cubría estaba recogida. León III estaba allí, vestido de púrpura. Levantó la mano en señal de saludo, la multitud lo aclamó e inmediatamente las trompetas volvieron a sonar.

Los ocho corredores mostraron sus cuadrigas ante el público en una vuelta preparatoria, dejando tras de sí una estela de polvo, antes de colocarse en la línea de salida vigilados por los jueces. Rufo de Crotonia era el favorito de los Verdes. Por los Azules, el más vitoreado era Arcadio de Tesalónica. Era rápido, feroz y carecía totalmente de escrúpulos. Era un auténtico asesino y la muchedumbre lo aclamaba.

Los aurigas vestían túnicas de diferentes colores y cintas de cuero entrecruzadas en los antebrazos para protegerlos de los roces con las riendas. Los caballos, veloces y ágiles, mordían los bocados con rabia, llenándolos de espuma. El público los animaba a voces, los insultaba, algunos imploraban la derrota, otros, su victoria. Desde el *Kathisma*, el emperador ordenó con un gesto que comenzara la carrera. Por tercera vez sonaron las trompetas, y el Hipódromo retumbó con las voces. Cientos de palomas asustadas echaron a volar desde el perímetro superior del graderío.

Antes de finalizar la primera vuelta, Arcadio de Tesalónica embistió a un competidor contra el muro exterior de la pista. Los caballos tropezaron entre sí y el carro volcó, arrojando a su auriga a los pies de las yeguas blancas de Elijah de Palmira. Arcadio rugió con el público, azuzando a sus animales, mientras el equipo de limpieza retiraba al moribundo de la pista, dejando un rastro sanguinolento en la arena. La multitud saboreó el espectáculo.

—Están sedientos de sangre —reflexionó el emperador desde el palco—. Aquí se muestran la vida y la muerte, repartidas a partes iguales en la arena.

La emperatriz María le tomó la mano.

—El pueblo te adora. ¡Has conseguido una gran victoria!

León III sujetó su pequeña mano de piel blanca y perfumada entre las suyas, grandes y ásperas.

—Cuanta más alta esté nuestra moral, mejor. Pero es solo el inicio del asedio. Solo ha sido una batalla.

La emperatriz abrió un fino abanico de madera de haya y mango de marfil; cogió una uva de la bandeja de plata llena de fruta y se la ofreció a su esposo. Él sonrió.

—Saborear los frutos de la tierra, el áspero roce de los terrones de tierra, ¡qué lejos queda todo eso! Y qué placer tan sencillo, degustar el dulzor de un racimo, comparado con la guerra. El placer de las carreras me está vedado —dijo León.

El emperador no podía apostar por ninguno de los corredores, porque si lo hiciera, podría interpretarse como un deseo imperial, que deberían satisfacer a toda costa, pero conocía a Arcadio. Lo había tenido en sus filas diez años atrás, antes de que un crimen pasional lo mandara a la arena.

El público vitoreó a Rufo de Crotonia cuando por un momento pareció capaz de adelantar al tesalónico. Otro de los participantes midió mal las distancias y la rueda izquierda de su carro rozó la espina cerca de la columna del Sol. El eje se rompió, él salió disparado y aterrizó entre los dioses de mármol de la espina. Se levantó tambaleante por sus propios medios. Solo quedaban seis cuadrigas. Cayó otro delfín del contador; quedaban cuatro vueltas.

La emperatriz cogió un albaricoque de carne jugosa y dulce.

—¿Te has enterado del infortunio del senador Antonino? Han apresado a su hijo y piden un inmenso rescate. Dicen que le han enviado una mano con el anillo familiar para incentivarlo. ¡Qué horror!

—No puedo hacer nada por él, María.

—¡Podrías enviar un negociador! Un intermediario.

Los dos sementales del crotense evitaron el carro destrozado, pero perdieron una preciosa oportunidad de adelantar al favorito de los Azules, en pugna con un carro plateado conducido por un persa llamado Hattu.

—Si negocio con los árabes aunque sea por el rescate de un hombre, perderemos nuestra apariencia de fortaleza. No suplicaré por un soldado cuando cien mil ciudadanos están sitiados y en peligro.

Al concluir la cuarta vuelta, con una maniobra llena de elegancia, Hattu el persa, príncipe heredero de una casa antiquísima, cruzó del exterior al interior por detrás del carro rojo de Arcadio, adelantándolo al tomar la siguiente curva. El público enloqueció.

—Es un hombre piadoso y temeroso de Dios. Y para mí sería muy importante, mi señor. ¿No hay ninguna posibilidad?

León III sonrió mirando al público pero no dijo nada. Elijah de Palmira ganaba posiciones detrás de Rufo de Crotonia. Hattu dobló la columna de la Luna en primera posición, seguido de Arcadio, Elijah y Rufo; los dos últimos corredores estaban ya muy rezagados. Cayó otro delfín, solo quedaban dos vueltas. Arcadio persiguió furioso el rastro del persa, intentando a la vez no ser adelantado por el palmirano. El carro de Rufo de Crotonia volcó y él cayó al suelo. Uno de sus caballos había pisado mal en la pista, torciéndose una mano. Los dos últimos corredores lo esquivaron. Una parte de la grada se levantó consternada por el susto, vitoreándolo cuando se puso en pie y saludó sin nada más que unos rasguños. Elijah de Palmira representaba en ese momento a los Verdes en la cabeza de carrera.

—¡Por san Sergio, Elijah, corre! —gritó Casiodoro exaltado.

Miguel rompió sus boletos de apuesta. Había apostado por Rufo.

—He perdido ocho follis de cobre —se lamentó—. Supongo que si ganas, me invitarás para celebrarlo. ¡Corre, Elijah, corre!

Miles de personas coreaban el nombre del palmirano, que empezaba a sobrepasar a Arcadio cuando este le cerró el paso bruscamente. En la grada sur sonó un multitudinario abucheo, mientras que en la norte el júbilo colmaba muchas voces. Otro delfín del contador cayó; era la última vuelta.

—¿A cuánto estaban las apuestas, Casio?

—¡Siete a uno!

Los veloces corceles de Hattu daban señales de cansancio, para desesperación del persa. Acortaron el paso resoplantes y Arcadio aceleró a sus caballos fustigándolos una y otra vez con rabia. Hattu intentó impedirle el paso, pero el carro del tesalónico era robusto y no logró cerrarle el camino. Doblaron la columna del Sol y encararon la recta final. El público aulló y se puso en pie cuando Elijah de Palmira empleó el exterior de la pista para ponerse a la par de Arcadio. Hattu se retrasaba. Sus corceles estaban agotados; ya no podría ganar. Elijah pasó a Hattu y resueltamente colisionó por el lateral con el carro rojo de Arcadio, quien, sorprendido, perdió el control de su cuadriga por un segundo. Ese segundo fue suficiente para que el palmirano consiguiera sacarle medio cuerpo. Arcadio de Tesalónica lo seguía de cerca, maldiciendo su raza y jurando que se vengaría de él, pero no pudo evitar la derrota. Elijah de Palmira cruzó la meta como una exhalación y continuó después realizando una vuelta de honor ante la grada norte, donde fue despreciado, y al fin ante la grada sur, donde lo aclamaron como a un dios.

—¿Cuánto habías apostado? —preguntó Miguel a Casiodoro, mientras los dos se abrazaban llenos de júbilo.

—¡Veinte monedas de cobre!

—Entonces… ¡son ciento veinte de ganancia!

Casiodoro se echó a reír.

—Pero ¿qué dices? ¡Son ciento cuarenta, hombre! ¡Elijah! ¡Elijah de Palmira!

Las carreras continuaron durante toda la tarde hasta la caída de la noche. La mayoría de los corredores eran profesionales bajo el patrocinio de algún noble terrateniente o comerciante; unos pocos eran hombres libres y ambiciosos. Los ganadores recibían honores, fama y a menudo también grandes riquezas.

El emperador se retiró y los asistentes de pista dieron por finalizada la última carrera. Cientos de antorchas iluminaban el Hipódromo. La multitud salió desordenadamente por los vomitorios; unos, exultantes por las ganancias, otros, desesperados por las pérdidas. Para los que lo habían perdido todo, el ejército siempre era una alternativa honrosa. Miguel y Casiodoro cobraron el dinero con avidez.

—¡Celebremos tu victoria! —propuso el veterinario—. Conozco una taberna en una calle paralela a la Mese con un exquisito plato de calamares. La noche es larga, y luego quién sabe. ¡Ah, mujeres!

—Cualquiera diría que te arrepientes de tu compromiso. Sofía es una mujer muy hermosa.

—Y muy religiosa. ¡A veces creo que tiene más interés en las reliquias que en mi pecaminosa persona!

La taberna estaba llena de espectadores indolentes y de bebedores que jugaban a los dados mientras sorbían sus jarras de vino. Miguel consiguió una mesa en un rincón. El sitio era pequeño y no demasiado limpio, pero los calamares eran excelentes. El vino era griego, fuerte y especiado, y antes de vaciar la segunda jarra se notaron reconfortantemente embriagados.

—No me quejo de ella, Casio, de verdad que no. Sofía será una gran mujer. Pero me pone nervioso esa fijación por la reliquia de su casa. ¡La verdadera y auténtica mano de santa Mónica! La derecha, creo.

—Estás borracho, Miguel. Deja de… moverte —replicó Casiodoro con lentitud arrastrando las palabras. Dio otro sorbo a su jarra con dificultad.

—No es que no crea en los santos, eso no, pero qué sabrá esa mano de nada. Sofía le consulta todo. Dice que le gustaría como parte de la dote. Que nos traerá fertilidad. ¿Tú crees en las reliquias?

Era una pregunta peligrosa, y Casiodoro simplemente negó con la cabeza. Miguel continuó hablando.

—El senador Eutropio tiene huesos de santo hasta en las cuadras. ¡Será para convencer al hereje del veterinario! O sea, a mí.

»Hablemos de ti. Tu banquero se frotará las manos cuando vea mañana los beneficios de hoy. ¿Vas a ser siempre un criado? Tienes sesos. Tú vales para algo más.

—No estoy tan mal. Calínico es como un padre para mí, y lo sabes.

—Estás fatal. Llevas toda la vida como aprendiz de un loco. ¡Ingresa en el Auditorium! Estás en la capital del mundo civilizado. No pierdas tu tiempo en los sótanos de ese viejo.

Miguel era tres años mayor que Casiodoro. Habían crecido en el mismo vecindario. Era el hijo no reconocido de un senador, que, a pesar de todo, había procurado que no le faltara una formación. La muerte del senador le había privado de su patrocinio y protección, y en ese momento trabajaba en las cuadras del senador Eutropio. Se casaría con Sofía, la única hija de un próspero comerciante de maderas nobles del barrio de Gálata, en primavera, si sobrevivían a la guerra.

Casiodoro negó con la cabeza otra vez, articulando las palabras perezosamente.

—Aún no sé qué pensar. Me pregunto si estar con él será o no mi destino.

—El destino no existe, hereje.

—¿Sabes que he pensado mucho en mi viaje a Quersoneso? Hay mucho que ver en este mundo, mucho que aprender.

—¿Viajar por el mundo? ¿Y dejar nuestra vida de derroche y dilapidación? No, gracias. Antes que sufrir en tierra de bárbaros prefiero nuestra civilizada y corrupta Constantinopla.

Salieron de la taberna tambaleándose y riéndose de la sandalia del profeta Elías, de la auténtica oreja de san Procopio, del corazón incorrupto de santa Catalina y del bastón irrompible de Moisés, reliquias en las que gran parte de la población había puesto sus esperanzas para la otra vida. La pugna que existía en la capital se daba en todo el imperio. El culto a las reliquias era defendido por los iconódulos y combatido por los iconoclastas. Para los iconódulos, era la falta de fe la que había provocado la aparición de los musulmanes, sus sucesivas victorias y el sitio de la capital. La civilización

estaba perdida porque Dios los había abandonado en tanto no se arrepintieran de sus pecados. Para los iconoclastas era esa fe ciega en los iconos, transformados en ídolos, lo que había provocado el castigo divino. Convenía ser prudente con las palabras según el barrio que se atravesara, porque al amparo de la noche no todas las figuras que deambulaban por las calles casi desiertas eran inocentes.

La sombra furtiva seguía detrás de ellos desde que habían salido del Hipódromo, pero en el silencio de la noche un gato la delató. Se escondió detrás de la columna de uno de los soportales. Miguel se volvió para escrutar la calle iluminada a intervalos con linternas colgadas de las fachadas. Siguieron andando.

—Nos siguen. Nos están siguiendo. ¿Puedes correr? —murmuró Miguel a Casiodoro.

El aprendiz resopló.

19

LA DIOSA SUBTERRÁNEA

Aceleraron el paso intentando no dar la sensación de que huían. Frente a ellos se alzaba el gran arco de mármol blanco de la entrada oeste del Foro de Constantino, pero en vez de entrar en la gran plaza de losas pulimentadas torcieron a mano derecha por una calle y echaron a correr a trompicones. Los rápidos pasos de su perseguidor sonaron tras ellos.

—Pero ¿quién es? ¿Has hecho algo?

—¡No lo sé! —respondió Casiodoro. Volvió la cabeza. Una figura oscura de estatura media envuelta en una capa los perseguía incansablemente. Resonó en su cabeza la pregunta que le había formulado Mauricio, el capitán del *Orgullo de Bizancio*: «¿Eres valioso, Casiodoro?».

—¡Espera! —dijo Miguel cogiéndole del brazo—. ¡Por aquí! ¡Conozco un escondrijo!

Dejaron la calle iluminada con faroles y se metieron entre los callejones, donde la única luz era la que esparcía la luna en cuarto menguante. La sombra corrió tras ellos dispuesta a no perderlos. Llegaron a una casa semiderruida. En la capital del imperio, fuera de las grandes avenidas comerciales y de los opulentos palacios, también existían las casas de ladrillos bajas, los barrios pobres e insalubres, la violencia, la desesperación y los crímenes. Miguel ya había estado allí. La puerta estaba abierta. Cerraron tras de sí y bajaron a tientas una escalera de piedra. Olía a humedad, a moho y hacía frío. Olía a podredumbre y a abandono. Creían estar a salvo cuando la puerta se abrió y les demostró que estaban equivocados.

—¡Sígueme! —susurró Miguel. Bajaron nuevas escaleras y esperaron en la oscuridad, atentos a cualquier ruido.

—¿Dónde estamos?

—Es el acceso a una cisterna subterránea. Está abandonada, pero los túneles que la comunican con otros depósitos aún son transitables. Pasaremos

bajo las murallas de Septimio Severo, saldremos por uno de los túneles y llegaremos al Strategión.

—¿Cómo conoces esto?

—A veces participo en apuestas descabelladas. Por la noche existen infinitas diversiones para quien sabe buscarlas. ¿Será algún ladrón, que nos ha seguido desde el Hipódromo?

Entumecidos por el frío, volvieron a oír pasos y vieron luz. Su perseguidor había cogido un farol y bajaba las escaleras. Aún aturdidos por el alcohol, los dos amigos avanzaron por un pasillo estrecho que desembocó en una amplia sala de columnas, alta y espaciosa. Por las fisuras del techo se filtraban fantasmales rayos de luz lunar, proyectando sombras ominosas. Habían entrado en la cisterna.

—¿Sientes el frío? Ya conoces la leyenda —susurró Miguel.

La leyenda decía que en la red de cisternas abandonadas de los subterráneos de la ciudad habitaban las almas de los suicidas que se arrojaban a los pozos buscando la muerte.

—Ese, el camino de la derecha, desemboca en el pozo de una panadería próxima al puerto militar. La salida siempre está abierta, pero podremos cerrarla desde fuera. Desde allí correremos hacia palacio. Cuidado con los escombros.

En penumbra era difícil andar entre los cascotes caídos. Casiodoro maldijo entre dientes con la respiración agitada al tropezar varias veces con bloques sueltos. Una zona estaba encharcada, con lodo resbaladizo. Avanzaron pegados a la pared sur de la cisterna. El enlucido de mortero estaba agrietado y tras su paso cayeron algunas lajas, provocando nuevos desconchones. Frente a ellos se abrió una oscuridad total y Casiodoro confió en que Miguel supiera dónde se metía. Le dolía la cabeza y tenía palpitaciones. En la lejana oscuridad de otro rincón se oía un goteo pausado y continuo.

De pronto el aprendiz dio un traspié y cayó al suelo entre las piedras del fondo de la cisterna, golpeándose en la frente. Varias palomas dormidas salieron volando asustadas de entre los huecos de las paredes, buscando una salida por las aberturas de la cubierta. La luz amarillenta de la linterna penetró en el viejo recinto y una voz imperiosa avanzó entre las columnas exigiéndoles que se detuvieran.

—¡Alto! —La voz maldijo entre dientes al tropezar con un cascote. El hombre tenía órdenes y estaba decidido a cumplirlas.

—¡Aprisa! —siseó Miguel mientras lo ayudaba a incorporarse; a rastras lo condujo hasta el inicio del camino subterráneo, un viejo canal arruinado—. ¡El pasillo es recto y liso durante ciento veinte pies y luego comienzan las bifurcaciones y las galerías! ¡Sígueme a la derecha y no tendremos pérdida!

Casiodoro veía todo borroso. Corrió como pudo y se llevó la mano a la frente palpando un calor tibio y pegajoso. Corrió tras Miguel, respirando fatigosamente hasta llegar a la bifurcación, y siguió corriendo. La luz estaba cerca. Oía las pisadas. Correr era su único pensamiento. La sangre le atronaba en los oídos.

—Miguel, espérame —jadeó el aprendiz, mareado.

La galería se llenó de ecos y voces. Casiodoro cayó de nuevo en la oscuridad. Se oyeron gritos y pisadas, amenazas y golpes, y luego los ecos se acallaron. Incapaz de levantarse, pensó en la oscuridad gélida del Ponto Euxino y tembló al recordarlo. Goteaba sangre. Mareado, levantó la cabeza y gritó con miedo. ¿Qué eran esos dos puntos verdes que lo miraban fijamente? Aterrorizado huyó arrastrándose, creyendo ver muertos entre las sombras, figuras monstruosas, imaginando abominaciones detrás de cada ruido, de cada golpe, de cada nueva caída.

Oyó voces en su mente y creyó volverse loco. Intentó recordar el camino. Comprendió cuál había sido su error. ¡Había girado hacia el lado equivocado! Perdido en un dédalo de galerías, tanteó las paredes a cada paso temiendo que se abriera un nuevo hueco en la pared, un nuevo camino desconocido, o que el suelo terminara de pronto y se precipitara a un pozo sin fondo. La oscuridad lo ahogaba. Angustiado y desesperado, gritó suplicante dentro de aquella soledad que lo asfixiaba, deseando que aquella pesadilla acabara, que volviera la luz y regresara al amparo de su humilde habitación, en vez de esperar la muerte asustado como un gusano en el fango. Resbaló por tercera vez, se golpeó contra la pared y quedó inconsciente.

Perdió la noción del tiempo. Su mente se movía como en una bruma… De repente llegó la luz. Era una visión cegadora que tendía sus manos hacia él. Quiso preguntarle quién era, pero no pudo pronunciar palabras, y luego el dolor lo llenó todo. Casiodoro abrió los ojos con dificultad. Sentía el frío de las paredes de piedra, el calor de la fiebre en su rostro y la luz hiriente de las velas. Varias personas lo observaban. Intentó incorporarse, pero se lo impidieron.

—¿Quiénes sois? ¿Dónde estoy?

Le ofrecieron una taza de barro llena de un caldo reconfortante. La habitación era amplia e iluminada. Le habían puesto ropa blanca y limpia. El

lecho era confortable. Sobre la cama había un crucifijo de madera. Los últimos rayos de sol huían de la ventana.

—Estás herido. Estás en manos cristianas. Llevas todo el día con fiebre.

—¿Dónde estoy? —repitió Casiodoro. Eran hombres, no demonios, y respiró profundamente.

Un anciano se dirigió a él secundado por dos monjes más jóvenes.

—Soy Epímaco, abad del monasterio de San Asterio. Descansa. Los hermanos Simeón y Horacio rezarán por tu recuperación día y noche, y para alejar de ti los balbuceos del Maligno.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Te encontraron en la calle y solicitaron nuestro auxilio. El hermano Marcelo ha limpiado tu herida y la ha cerrado. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? —le preguntó el abad, pero Casio se negó a responder a sus preguntas.

—Busquen a Miguel Andrónico. Trabaja para el senador Eutropio. ¡Él estaba conmigo! —Y se dejó caer en el lecho, aturdido. Se llevó la mano a la cabeza; tenía puntos de sutura.

El abad entendió que era el momento de dejarle descansar, y recorrió las frescas estancias del monasterio hasta llegar al refectorio, donde dos personas estaban esperándolo. Una de ellas era alta, joven y fornida, y la otra, mayor.

—Ha despertado —informó el abad—. Ha preguntado por una persona llamada Miguel Andrónico, a cargo del senador Eutropio.

El hombre mayor asintió y lo despidió con la cabeza. El abad los dejó solos.

—¿Qué descubrió exactamente?

—Estuvo delirando. Mencionó haber visto fantasmas, pero su mente divagaba. Aún no sabemos qué hacía en los túneles.

—Averiguad quién es y quién lo perseguía, si es alguien o no es nadie en absoluto —ordenó Timeo.

El perseguidor inclinó la cabeza ante su patrón.

—Lo he perdido, señor. Ha logrado escabullirse.

El senador no quiso oír más. Con un gesto decepcionado despidió a su mercenario. Tendría otra oportunidad. Sí; la tendría.

20

EL EMPERADOR ESPERA

Calínico llegó a casa y no encontró a su aprendiz. No le dio más importancia. Su discípulo rara vez disponía de un día completo para sí mismo y solía apurarlo hasta el último momento. El alquimista se sentó a su mesa de estudio aprovechando la luz tardía del final del verano para leer el viejo manuscrito que había hallado en la biblioteca.

Eran las memorias de un comerciante y viajero bizantino llamado Félix Focio Pulo, de la época del emperador Anastasio I Dicorus. Descendía de una familia patricia, los Pulo, dedicada a la importación de trigo en Egipto. Doscientos diez años habían transcurrido desde entonces. A la muerte del emperador, y perseguido por su sucesor Justino I, Pulo tuvo que exiliarse de Constantinopla, recalando en Alejandría, el origen de la fortuna familiar. Félix Focio Pulo describía los fértiles campos de la región. La ciudad estaba emplazada sobre una loma en el delta del Nilo, y separaba el lago Mareotis del mar. Frente a ella, unida a tierra por el Heptastadium, un gran dique de siete estadios de longitud, se hallaba la isla de Faros, con el famoso faro de Alejandría. A sus dos puertos llegaban barcos mercantes de todo el mundo conocido. La distribución de la ciudad era hipodámica con grandes plazas y avenidas de más de cien pies de anchura. Si en la época de Pulo era una ciudad próspera, en el pasado había sido una ciudad opulenta. Los habitantes de esa magnífica urbe eran en su mayoría griegos de todas las procedencias. También había una colonia judía y un barrio egipcio, de pescadores, el más pobre y abandonado de la gran ciudad.

En Alejandría, Pulo conoció a Egindes, un filósofo griego refugiado en Egipto al que salvó la vida al arrojarse sobre él para apartarlo de la trayectoria de un carro sin control. El pobre viejo tenía más de sesenta años, y Pulo era joven. Su fascinación por la civilización griega lo llevó a trabar amistad con el filósofo, y llegaron a viajar juntos a Tebas. Habían pasado más de cien años desde la destrucción de la biblioteca del Serapeo, sucedida bajo el mandato

del emperador Teodosio[6]. En sus memorias, Pulo dejó constancia de sus conversaciones con Egindes sobre los neoplatónicos y sobre los míticos logros de Herón e Hipatia de Alejandría; no todo ese saber estaba perdido para siempre.

El alquimista encendió varios candelabros. Ya era noche cerrada. Lo que leyó a continuación lo llenó de excitación. No podía creer lo que allí se recogía. ¿Sería cierto lo que decía Pulo? Aquello podía terminar la guerra. Aquello podía ser el germen de un vasto imperio. Leyó hasta altas horas de la madrugada. Su impaciencia por que llegara la mañana para solicitar audiencia ante el emperador se trocó en preocupación cuando cayó en la cuenta de que su aprendiz y discípulo no había regresado. Al amanecer, preguntó entre los demás sirvientes y ninguno supo darle contestación. No estaba preocupado por Casiodoro, sino por las consecuencias que de forma directa tendría para él su desaparición. Hacía demasiado tiempo que el alquimista era el único centro de su propio universo.

La vigilancia y protección de Calínico estaban asignadas a la guardia personal del emperador. Los soldados reconocieron haber visto salir al aprendiz el día anterior, cuando se celebraban las primeras carreras en el Hipódromo desde el inicio del asedio.

Miguel Andrónico llegó a la casa y preguntó por su amigo lleno de inquietud. Tampoco él había vuelto a tener noticias suyas. Calínico lo interrogó con dureza.

—¿No viste quién os perseguía? ¿No notaste nada extraño antes de las carreras?

El veterinario negó con la cabeza, con el rostro fatigado por la preocupación oculto tras sus manos.

—¡Casio me seguía por los túneles cuando eché a correr hacia el Strategión! En la salida me paré, dispuesto a encararme con nuestro perseguidor y luchar, y descubrí que Casiodoro se había quedado atrás. Él me miró y huyó. ¡He buscado en la cisterna varias veces sin hallarlo! Solo encontré a un vagabundo borracho junto a la casa en ruinas de la entrada a la cisterna que dijo no haber visto a nadie. ¡Debió de torcer en el laberinto donde no debía!

—¡Estúpido! ¡Maldito seas! Usemos la cabeza, antes de alarmar a nadie innecesariamente. O sigue en la oscuridad de los subterráneos o ha salido al exterior. ¿Era grave su herida?

—Yo creí que no porque pudo seguirme hasta la primera bifurcación.

—Tú conoces los túneles. Creía que esas apuestas absurdas por encontrar el fantasma del Khidre en las cloacas ya no se celebraban. ¡Llama a dos hombres de confianza y ve a buscarlo inmediatamente! —Mirándolo con ojos amenazantes prometió que conocería torturas más angustiosas que la muerte si Casiodoro no aparecía—. Tu vida está en mis manos. A una petición mía el emperador te aplastará con su cólera. ¡Corre!

Miguel Andrónico se estremeció al escucharle. Era un anciano misterioso y peligroso, y él no conocía qué estudiaba aquel erudito. Muchos le atribuían poderes ocultos de brujería y hechicería. Salió de allí y corrió a las cuadras del senador Eutropio, donde varios peones lo ayudarían en la búsqueda, cuando tropezó con un monje que estaba esperándolo. Casiodoro había preguntado por el veterinario.

—Pero ¿está bien? ¿Cómo se encuentra?

—Tiene fiebre y está débil, pero se repondrá. No dijo quién era.

—No es necesario. Yo me haré cargo de él. ¡Vamos!

El abad Epímaco lo recibió en el monasterio de San Asterio y lo llevó a la habitación del aprendiz. Los dos amigos se tomaron del brazo efusivamente.

—¡Casiodoro! ¡Me temí lo peor, amigo mío!

El abad arqueó las cejas, memorizando todo lo que escuchaba.

—Me perdí y salí de allí, no sé cómo. Recuerdo los ecos y la luz que se alejaba. ¿Quién era aquel hombre?

El veterinario miró al abad y a los monjes, que seguían orando.

—No lo sé, pero prefiero no hablar aquí. Tu maestro te espera. ¿Puedes andar?

El abad se apartó. Miguel ayudó a levantarse a su amigo, aún confuso por la fiebre.

—Hermano, toma esta cruz —dijo Epímaco—. Siempre la damos a nuestros enfermos y peregrinos. Está bendecida con agua del río Jordán. No tienes por qué partir aún si no te sientes con fuerzas.

—¿Cómo llegó aquí? —lo interrumpió Miguel.

El abad pensó antes de hablar y su silencio momentáneo ya dijo demasiado.

—Lo trajeron de la calle dos buenos cristianos.

—Quizá los mismos que le dieron una paliza para luego robarle, padre —le cortó Miguel—. ¿Lo tienes todo?

—Todo, incluso mi cuchillo marinero y la bolsa de monedas; ¿qué ladrón haría eso?

Casiodoro se vistió, cogió sus pertenencias y dio al abad dos monedas de cobre.

—No es necesario, hermano. Nuestra orden debe ayudar al prójimo.

—Me habéis salvado la vida. Acéptelo como agradecimiento.

—Veo en ti a una persona noble y generosa. Que el Señor te proteja. Rezaremos por ti pidiendo a las reliquias de san Asterio que no te abandone en tu camino.

Miguel soltó un bufido pero no dijo nada.

De camino hacia la casa del alquimista, el veterinario no sabía cómo librarse de la embarazosa vergüenza que sentía por haber perdido a su amigo en los subterráneos. Casiodoro lo ayudó.

—El alcohol y luego el golpe en la cabeza fueron la causa, no tú. La próxima vez nos aseguraremos luz y beberemos menos. Además, si no me hubiera perdido, no habría visto a la Virgen María.

—¿Qué dices? Delirabas.

—Tuve una visión. Una diosa se apiadó de mí y no me dejó entre las voces y los demonios. ¿Será eso la locura? Esos pasadizos son tétricos. No quiero pensar más en ellos por mucho tiempo.

—Casio, muchacho, te compensaré, lo juro. Te debo una. Por lo menos me he librado de la ira de tu brujo. En sus ojos me amenazó con echarme a un caldero hirviendo y experimentar con mi cuerpo.

No se dieron cuenta de que eran seguidos de nuevo, a la luz del día, entre la multitud de la gente. En la casa de Calínico se separaron y el perseguidor ya supo todo lo que tenía que saber.

Los ojos de su maestro ardían.

—La próxima vez que vayas a emborracharte intenta no perderte. ¿Acaso olvidaste tu juramento de actuar discretamente? ¿Quieres vivir con vigilancia el resto de tus días? Eso es peor que la cárcel. No vuelvas a defraudarme.

Comprobó que la herida había sido bien suturada y suspiró aliviado. Su rostro reflejaba una profunda irritación. Casiodoro no tenía nada que decir que no sonara a excusa. Deseaba olvidar el incidente. Pero ¿cómo olvidar aquella visión divina?

—¿Qué labores he de hacer, maestro?

Calínico lo escrutó una vez más de arriba abajo y gruñó aprobadoramente.

—Cámbiate y prepárate para no hacer el ridículo. Vamos a ver al emperador.

El hombre encapuchado llegó a la residencia patriarcal y dejó la capa en manos de una servidora. Vestía el *exorason* diaconal. Se dirigió a las estancias de los diáconos y se acercó a uno que trabajaba en el *scriptorium*.

—Ya sé dónde vive el joven perdido —le murmuró con discreción.

Timeo le indicó en silencio que siguiera hablando. No quería interrumpir la letra miniada a la mitad. La tranquilidad de la escritura le aportaba serenidad, y con ella podía pensar mejor en el misterio del Auditorium. Un soldado le había dicho que creyó ver a un hombre, pero no podía jurarlo. No tenía ninguna pista más, lo que le había sumido en la frustración.

—Vive con un erudito, un ermitaño de mal carácter y peor genio. Vive encerrado en su casa, pero no debe de ser un cualquiera, porque dos soldados custodian su puerta día y noche.

El diácono levantó la pluma del pergamino.

—¿Y cómo se llama? ¿Cuál es su nombre? —La tinta comenzó a acumularse en el extremo de la pluma en el aire. Timeo permaneció atento a su informante, pendiente de sus segundos de vacilación.

—Su nombre es Calixto. No, espera, no es ese. Es Calínico.

Un acceso de tos repentino demudó el rostro de Timeo. Una gruesa gota negra estropeó dos horas de escritura dedicada. Pensó que no era posible. En Constantinopla podía haber cientos de hombres con ese nombre. No podía ser *él*. En su mente se había sembrado la semilla de la duda.

21

LAS MEMORIAS DE PULO

El mayoral de palacio se negó al principio a que entraran más allá de la Puerta Chalke. Casiodoro se asombró del amplio vocabulario ofensivo que poseía el iracundo anciano. Aquello no detuvo al alquimista, que finalmente sacó de su bolsa un documento con el sello imperial y el sello personal del emperador y lo plantó en la cara del mayoral.

—¡Y ahora corre a esconderte en las catacumbas, donde no te alcance el enojo del *basileus*, y déjanos pasar ya!

Incluso los imperturbables guardias que custodiaban la entrada los contemplaron deseando no estar en la piel del probo y celoso funcionario, que finalmente fue derrotado y temblaba de sonrojo e indignación.

El emperador los recibió en el Chrysotriclinio. No había nadie más. Los ecos de sus pisadas resonaron en la grandiosa sala. El aprendiz estaba mudo de asombro, no había estado allí antes, y el lujo del palacio engrandecía al emperador, situado en su trono por encima de los mortales. Se inclinaron en una reverencia delante del trono y esperaron en silencio. El emperador siempre tenía la primera y la última palabra.

—Alquimista, Eliano el mayoral dice que tu urgencia es extraordinaria, y debe de serlo, ya que has utilizado mi autorización personal para requerir audiencia. No puedo dedicarte mucho tiempo. Habla.

—Oh, *basileus*, he hecho un descubrimiento asombroso. En mis manos tengo las memorias de Félix Focio Pulo, un comerciante exiliado en Alejandría. ¿Habéis oído hablar de la gran biblioteca?

—Fue destruida hace ya muchos años. Poco pervive de ella en nuestra biblioteca imperial.

—Pulo habla en sus memorias de un lugar secreto donde se ocultó la parte del saber antiguo más avanzado sobre filosofía, matemáticas, astronomía, química y física, y da detalles sobre su localización.

León III era paciente con el alquimista. Sus logros se habían ganado su respeto.

—No entiendo adónde quieres llegar.

—Hablo de los conocimientos de los herméticos. Pulo dice que los últimos neoplatónicos salvaron conocimientos que pervivieron a la quema de la gran biblioteca de Alejandría durante el asedio de la ciudad por Aquila contra Julio César, atrincherado en el palacio real. Oh, *basileus*, estas memorias han llegado a nuestras manos como una señal. ¿Qué me diríais si os proporcionara una nueva arma que barriera a vuestros enemigos?

—¿Cómo sabemos que esos conocimientos no han sido destruidos o tomados por los árabes desde su invasión de la ciudad?

—Las memorias aparecieron como parte de un palimpsesto procedente de Asia Menor. Marius el conservador puede dar fe. Nadie ha leído estas memorias salvo yo. Enviar una misión secreta a descubrir la verdad de este asunto no será costoso. Si ese conocimiento ya no existe, nada habremos perdido, pero si los árabes descubren el lugar, tened por seguro que este imperio llegará a su fin. Si nos adelantamos, no habrá quien desafíe a Constantinopla en mil años.

—Alquimista, me tientas con la promesa de un arma que no sabemos cómo funcionará, ni si existe siquiera. ¿Cómo sabes que no será una pérdida de tiempo y recursos?

—Oh, *basileus*, lo sé, porque la composición del fuego griego procede de allí. Los legajos que poseemos cifran su origen en el *Corpus hermeticum*, que bebe de fuentes más antiguas aún, egipcias, persas e indias. Estaba escrito por Polimandres, Estobeo y muchos otros, de los que solo se conocen los nombres, y el más grande de todos ellos fue Hermes Trimegisto. ¡Félix Focio Pulo dice que entre los secretos escondidos está el documento original!

León III comprendió inmediatamente la importancia del descubrimiento y la urgencia del erudito. De repente se imaginó Constantinopla ardiendo por los cuatro costados, con las liburnas musulmanas lanzando chorros de fuego griego por todo el Mediterráneo. Sería una hecatombe, sería el fin del mundo que pronosticaban los agoreros. Tenía que pensar en ello, y los despidió hasta nueva orden.

Maestro y aprendiz no hablaron entre sí hasta que no llegaron a casa. Había que trazar un plan meticuloso para que la misión tuviera éxito.

—¿Por qué me has llevado a palacio contigo?

—Porque yo no puedo salir de Constantinopla, pero tú sí. Tienes conocimientos de alquimia. Yo te he formado, tienes un cerebro y sabes usarlo. Tú irás en mi lugar a Alejandría. ¡Tienes mucho que aprender antes de partir! Empezaremos buscando unos buenos mapas.

Aquella tarde, en el palacio imperial, la emperatriz María recibió en sus estancias privadas al senador Antonino. El viejo senador mantenía una postura estoica frente a las murmuraciones. Unos decían que su hijo ya había sido ejecutado junto a otros muchos prisioneros en represalia por la victoria de la armada bizantina; el propio califa Suleimán habría decretado su muerte. Otros comentaban que su hijo seguía vivo, encerrado en Damasco; el pago de continuos rescates habría arruinado al senador, pero habría conseguido demorar la ejecución. Por último, se rumoreaba que los musulmanes le habían enviado una parte de su hijo como amenaza.

La emperatriz lo recibió afectuosamente, lo tomó del brazo y lo llevó hasta la gran terraza frente al mar. El sol se ocultaba tiñendo de rojo el mar de Mármara y reflejándose en la cúpula de Hagia Sophia. Un esclavo le ofreció vino; el senador lo cogió con reticencia para no despreciar el ofrecimiento de la emperatriz.

—¿Cómo sigues, Antonino? Adelante, come, bebe algo, te confortará.

—Cuando un padre pierde a un hijo es como si le arrancaran las entrañas, señora, pero cuando no puede hacerse nada más al respecto solo queda confiarse al buen Dios, que también fue padre y cuyo hijo también sufrió.

—Rezo por ti todos los días.

—Sé que eres muy devota, *basilisa*. Contra los deseos de tu esposo, mis agentes me han traído una reliquia antiquísima, que seguro ocupará un lugar privilegiado en tu oratorio.

El senador hizo una señal a un sirviente, que le entregó un cofrecito cubierto de ágatas entre nervaduras de plata y se alejó.

—Sabes de mi devoción por estas reliquias. Refuerzan nuestra fe verdadera. Dentro del cofre está mi última adquisición. La encontró mi agente en Damasco, en el reservado de un anticuario judío del barrio de Bab Tuma que la había protegido con sumo celo de los almotacenes árabes. ¡Oh, señora, ante nosotros tenemos el auténtico y gastado zurrón de Juan el Bautista!

La emperatriz abrió el cofre enjoyado con los ojos brillantes, entusiasmada. Sacó con delicadeza y veneración un viejo zurrón de pastor. Estaba muy deteriorado y lo habían perfumado con mirra. Lo acarició, lo

besó, lo miró con ojos encendidos y volvió a depositarlo en el cofre, santiguándose después de cerrarlo. El senador se santiguó también como parte de su farsa.

—Me has emocionado, Antonino. ¡Una reliquia de Juan el Bautista! ¡Quizás incluso rozó a Nuestro Señor y por eso ha sobrevivido al tiempo! No sabes cuánto significa para mí. Dime qué puedo hacer por ti y si está en mis manos, lo haré.

—Mi señora, mis relaciones con el emperador no están en su mejor momento. Dos veces le he pedido audiencia personal para interceder por mi hijo cautivo y dos veces he sido rechazado.

La emperatriz lo tomó del brazo, sobresaltada.

—¡No me digas que los rumores son ciertos!

—No me han enviado ninguna parte de mi hijo, señora, pero sí es cierto que pronto mi fortuna será cenizas. Hay una red de agentes corruptos en torno a mi hijo que están consumiendo todos mis recursos, posponiendo día tras día la tortura y ejecución de Justino. Por eso suplico clemencia. El envío de un emisario de palacio podría ser suficiente para alejarlo del potro del verdugo.

—Mi devoto Antonino, Dios no puede dejar de ayudarte en tu petición. Ten por seguro que no te tendré olvidado y que además de las oraciones haré más por ti.

El viejo senador tomó la mano de la emperatriz y se la besó con auténtico agradecimiento en los ojos. Ella lo observó con una sonrisa. Le gustaba que la adoraran porque era una emisaria de Dios y tomaba como suya la obligación de velar por sus súbditos, aunque indudablemente unos se lo merecían más que otros.

22

LA GLORIA DE DAMASCO

Fuera de la ciudad, en el campamento árabe, el imán había terminado la última oración del día. El general Maslamah salió de su tienda para pasar revista a las tropas, como hacía cada noche. Los soldados se cuadraban e inclinaban la cabeza en su presencia. La moral era alta, pero algo había cambiado. Por segunda vez habían dejado de ser invencibles. Maslamah les exhortaba a no desmoralizarse y exclamaba que todo estaba escrito, incluso la muerte, y que esa era la forma de Alá de elegir entre los guerreros fieles y los que dudaban.

—¡Muchos han dado su vida y ya están en el paraíso! ¡Vosotros estáis aquí para dar cumplimiento a las palabras del Profeta! ¡Cuando el último gran enemigo del Islam caiga, el mundo acabará y llegará el día del juicio y de la balanza, donde seremos pesados! ¡Vosotros, creedme, por vuestros esfuerzos, iréis al paraíso! ¿Quién de vosotros no desea ser testigo del regreso del Profeta sobre las ruinas ardientes de Constantinopla?

Todos los hombres gritaron con entusiasmo, y eso era bueno, porque Maslamah sabía que la espera podía ser muy larga. Se alejó del centro del campamento seguido por su guardia y anduvo por el borde del muro exterior, comprobando que los vigías no dormían frente a la gran muralla, hasta que se paró junto al río Lycus. El río dividía en dos el campamento y actuaba como una defensa del campamento principal. Sobre la cresta de tierra levantada con el material procedente del gran foso de asedio, sus hombres se afanaban en erigir con rapidez una muralla de piedra sin argamasa. Las piedras procedían de los suburbios y de las mansiones de recreo de los terratenientes y altos funcionarios. Maslamah había ordenado construir torres vigía cada cuatrocientos pies. La ciudad estaba sitiada de un extremo a otro de la península. Salvo por mar.

La derrota sufrida por la flota del general Suleimán había sido inesperada. De no haberse producido, todo el Cuerno de Oro habría sido suyo, habrían

invadido el barrio de Gálata y el sitio se habría completado con un cerco de fuego y acero. Al oír la noticia, el propio califa, colérico, había reunido las tropas de Damasco y se dirigía hacia Constantinopla dispuesto a cruzar el mar de Mármara y terminar lo que sus incapaces generales no podían conseguir. Llevaba consigo soldados de refresco y, desde Egipto y Siria, nuevas tropas avanzaban sobre ríos y montañas, bosques y desiertos, para reunirse con su señor en nombre del Profeta.

Maslamah regresó a su tienda cuando un mensajero le comunicó que el general Suleimán lo esperaba allí.

—El califa Suleimán, bendito sea, te envía sus saludos y te comunica que deberás mantener la posición hasta su llegada. No se realizará ningún otro ataque salvo que sea por necesidad defensiva —dijo entregándole una carta lacrada con las órdenes.

El califa le urgía a anular como fuera los fosos que constituían la defensa inicial de la ciudad. Solo entonces podrían atacar la primera muralla de forma simultánea por múltiples puntos, dividiendo a los defensores. Como primer objetivo se proponía acabar con los onagros bizantinos mediante acciones coordinadas. Cuando los hubieran destruido, el ejército en masa atravesaría los fosos y escalaría la primera muralla, antes de enfrentarse a la segunda.

—Los herreros trabajan día y noche fabricando garfios y garras de asedio para colocarlos en las escaleras. Debemos de haber talado todos los bosques de aquí a Tracia.

—Tu informador nos traicionó. ¡Te dejaste engañar y yo perdí mi nave capitana! El califa desea reunirse con nosotros cuanto antes. Por mi parte, los bizantinos ya no pueden hacer flotar ni una tabla en todo el mar Egeo. ¡Chipre caerá por completo y sus astilleros serán nuestros! Antes del próximo ramadán lanzarán pétalos de rosa a nuestro paso en Damasco, y nuestro califa nos colmará de títulos. ¡Alabado sea!

Maslamah lo miró torvamente asintiendo con la cabeza. ¿Creía que no conocía su ambición de arrebatarle el título de comandante en jefe de todas las tropas? ¿Creía que conseguiría poner en su contra al misericordioso califa, señor de los creyentes, sin que él urdiera antes alguna estratagema?

Dos días más tarde, en la capital del Imperio bizantino, el gran drongario de la flota llevó al palacio la noticia de que el propio califa se acercaba con más tropas damascenas. León III entendió que la balanza, hasta entonces en equilibrio, volvía a inclinarse hacia el este.

—¿Cuándo llegarán esas tropas?

—Nuestros espías estiman que en seis semanas pueden estar a las puertas de la ciudad.

—¿Podemos atacar al califa antes de que alcance la Propóntide? ¿Podemos hacerle desaparecer antes de que junte a sus hombres?

—El califa Suleimán va siempre protegido por su fanática guardia de más de dos mil hombres. Es imposible acercarse a su persona, oh, *basileus*.

El emperador calló momentáneamente con un gesto de preocupación.

—¿Sabemos por nuestros informadores si su expedición está motivada por algún acontecimiento especial? ¿Por una nueva arma? ¿Portan algún extraño artefacto?

—No tenemos conocimiento de nada al respecto —respondió Belerofonte —. En Damasco se dice que su intención es deponer a sus generales y asumir personalmente el mando para dirigir el asedio y la conquista de nuestra ciudad.

—Gran drongario, vas a organizar una misión secreta. Prepararás una nave que pueda transportar un equipo cualificado pero discreto. Nuestro alquimista cree haber descubierto algo vital que se halla oculto en Alejandría. El Senado no será informado de esta misión y solo me darás parte a mí. Búscame un hombre que sepa comandar una nave, empuñar mortalmente un arma y que garantice la vida de nuestros hombres en tierras musulmanas.

—¿Cuánto tiempo durará la misión?

—Su duración será indefinida.

—Necesitarán un intérprete. Nuestras redes se extienden por el barrio comercial del puerto alejandrino. Podrían simular ser parte de una delegación comercial. Dadme dos días y tendré organizada la partida.

—¿Son fiables nuestros contactos en Alejandría?

—A toda prueba, oh, *basileus*. Se arrancarían el corazón con sus propias manos para ofrecerlo al imperio si fuera necesario.

León III gruñó satisfecho y con un gesto le hizo salir del palacio.

23

LA MANO OCULTA

A Irene le extrañó no encontrar a Marius en su mesa atiborrada de manuscritos. Reanudó su trabajo en su puesto, hasta que varias horas después el conservador apareció en silencio en la sala de los traductores y le hizo acompañarlo fuera con un gesto. La joven no pudo descifrar la preocupación que se reflejaba en sus ojos y en las arrugas de su frente.

—Irene, no sé cómo decírtelo. Desde palacio me han exigido un intérprete que conozca el árabe y también el egipcio. No hay nadie que cumpla esos requisitos aparte de ti.

—¿De qué se trata?

El conservador se tocó la frente, masajeándosela nervioso. La muchacha nunca lo había visto así. Después pasó las yemas de los dedos por la lomera polvorienta de un tomo que descansaba sobre su mesa mientras buscaba las palabras precisas.

—Marius, me estás inquietando.

—Esta noche saldrás de la ciudad.

—¿Adónde? ¿Por qué?

—Alejandría. Y no puedo decirte nada más. ¡No se lo digas a nadie!

Aquello trastocó a la joven, dejándola angustiada, pero Marius no añadió nada. La voz de Irene se rompió.

—¿He hecho algo mal? ¡Oh, Marius, dímelo!

—¡No, no! ¡Todo ha sido tan repentino…! Pero no temas. Conoces Alejandría y el idioma, sé que no me defraudarás. —El conservador se sentía tan culpable por lo que no podía contarle que terminó abrazándola—. Nunca lo has hecho, hija mía. ¡Es esta maldita guerra! Ruego a Dios que te proteja de todo mal.

Irene no hizo caso; en cuanto tuvo oportunidad corrió por las calles en busca del diácono, a pesar de lo tardío de la hora. Llamó a la casa patriarcal, junto a Hagia Sophia, y suplicó poder hablar con Timeo, con quien se sentó

en un banco bajo los pórticos del patio de la gran casa. Una linterna colgada de la pared los alumbraba tenuemente en la fría noche. Timeo tomó una de sus tersas manos entre las suyas, gastadas y arrugadas, escuchando con paciencia las palabras de la muchacha, llenas de temor.

—Es una prueba que ha surgido en tu camino. ¡Alejandría! Ah, qué lejos queda en mi memoria, y sin embargo, qué cerca. No olvidaré nunca aquellos días terribles, ni tú tampoco. Ahora deberás enfrentarte a tu miedo, y puesto que estás obligada a partir, podrás hacer algo por nosotros. Busca lo que quede del Serapeo y averigua qué fue de los seguidores de Plotino, si alguno vive aún. Tu padre me dijo que guardaba manuscritos de la gran biblioteca en vuestra casa. Quizás alguno se haya salvado, o quizá no.

»Además debes ir porque no puedes seguir así, perseguida por tu pasado. ¿Crees que no sé que no eres feliz, que estás incompleta, que cada hombre que te corteja y te abandona te hunde aún más en la tristeza? Todo tiene su motivo; debes ir allí para poder despedirte de tus padres, de tu pasado.

—Oh, Timeo. —Con el índice, Irene dibujó el ojo de Horus en su regazo —. Ni siquiera sé quién me acompañará. Solo que serán un hombre y su escolta. No sé si podré soportar regresar y recordar la noche en que… ¡Aún la veo, Timeo, con los ojos sobresaltados por la sorpresa! ¡Mi pobre madre!

Timeo se compadeció de sus sollozos.

—¡La viste morir, entonces! Lo siento en el alma, hija. Sé fuerte; sé que eres fuerte. No estarás sola; allí una persona de confianza te ayudará a enviarme cualquier mensaje que precises. ¡Será una gran prueba para ti!

—Quiero que estés orgulloso de mí, Timeo —dijo besando las manos del diácono con los ojos húmedos, mientras él le susurraba unas últimas palabras de aliento y advertencia a modo de despedida.

El diácono no pudo volver a conciliar el sueño aquella noche; se revolvió entre las frías sábanas pensando en Irene. Había cuidado de ella, la había visto crecer y sabía cuán peligroso era el mundo fuera de la ciudad; todo dependería de ella misma. No quiso pensar en que quizá no volviera a verla jamás. Se preguntó si podría averiguar más sobre la misión a la que la habían destinado. Marius no hablaría; era un funcionario fiel a la autoridad y las órdenes emanadas desde palacio.

No olvidaba el asunto del Auditorium. El patriarca Germano estaba preocupado, y había urgido aún más al diácono a esclarecer cuanto antes el extraño suceso. Las primeras conclusiones de Timeo indicaban que el

responsable de esas muertes no confirmadas tenía el apoyo de palacio. No tenía ningún sentido. Quienquiera que fuera había accedido al Auditorium de noche, a horas intempestivas y forzando la cerradura, sin llamar la atención de los guardias; y por una razón desconocida había provocado fuego en una de las salas, llenándolo todo de olor a carne quemada sin dejar rastro de sus víctimas. Si las había habido, ¿dónde estaban los cuerpos?, ¿cómo habían desaparecido? Si los asaltantes eran un grupo, ¿cómo había acabado todo en tragedia?, ¿a quién habían quemado?, ¿a parte de los integrantes del asalto?

Misteriosamente, los soldados que esa noche habían estado de guardia y habían acudido a las llamas habían sido transferidos a la guardia urbana del prefecto, a la vanguardia de la defensa, y ya se contaban entre los primeros caídos frente a las tropas árabes.

Alguien no quería que se supiera la verdad. Una mano oculta se había encargado de eliminar a los testigos, destruir pruebas del crimen y promover la duda entre el pueblo y el patriarca. Para los que se habían hecho eco de la noticia todo era una manifestación del diablo. Para el patriarca era una excusa perfecta para someter a sus pies a las autoridades civiles del Auditorium con la amenaza de la excomunión. Para Timeo era una dura lucha entre la razón y el corazón, porque él mismo no descartaba que fuera obra del diablo. Lo había visto. Había visto la maldad encarnada, muchos años atrás, en Heliópolis.

Estaba decidido a descubrir la verdad, al precio que fuera.

24

LA PARTIDA

—Escucha atentamente, Casiodoro —dijo Calínico a su aprendiz, desplegando el amplio pergamino—. Mira el mapa. Desde Constantinopla a Alejandría hay al menos diez días de viaje a vuelo de pájaro, diecinueve por mar con buen tiempo y viento a favor. Allí verás las maravillas de la antigüedad, aunque setenta y cinco años de ocupación árabe la habrán convertido en un nido de ladrones. En el barrio griego, los comerciantes de cualquier nación civilizada son tolerados, por proporcionar pingües beneficios a las arcas de las aduanas con las transacciones comerciales. Pulo dice que, tras salvarle la vida, Egindes, agradecido, lo llevó a su casa, en el barrio griego, cerca de una fuente de piedra con cuatro caños. Dice la tradición que si algo sobrevivió a la destrucción de la biblioteca, quedó oculto en el subsuelo de Alejandría, pero sabemos por el diario de Pulo que Egindes encontró en Tebas el secreto de los neoplatónicos. ¿Dónde? El escrito dice que los tesoros de la biblioteca fueron puestos bajo la protección de Amón.

—¿De Amón?

—O del hijo de Amón. Da una indicación.

—¿Qué indicación es esa?

—Está destinada a un entendido: «Donde se viste al dios, cuando come y bebe y goza de la carne de Ra, donde habita lo oculto están los tesoros de Thot, guardados por el Iteru y la sangre de Amón».

—¿Thot, maestro?

—Es el dios egipcio de la sabiduría; nosotros lo conocemos como Hermes. El Iteru es como llamaban al río Nilo. Los egipcios eran grandes astrónomos. Ra era la divinidad solar.

—Entonces, ¿debo buscar directamente en Tebas en vez de en Alejandría? ¿Y quiénes eran los neoplatónicos, maestro?

Calínico lo miró fijamente dejando de prestar atención a los mapas para ordenar sus ideas y contarle solo lo que debía saber. A su memoria volvieron

lejanos recuerdos de juventud.

—En los dos lugares vivían los ocultos, así que no deberías descartar ninguno de los dos. Sobre los neoplatónicos…, con la expansión del cristianismo muchos decidieron que la nueva religión no aportaba nada para alcanzar el conocimiento, la sabiduría, y se inclinaron por defender las antiguas creencias. Defendían que bajo todas las religiones existe una base común, un conocimiento que es el único auténtico, la única verdad, y que es la que se había revelado muchos años atrás a los antiguos maestros, de maestro a aprendiz, antes incluso de que existiera la escritura. Ellos aspiraban a alcanzar ese conocimiento.

—Maestro…, ¿eso no es una herejía?

El anciano erudito sonrió levemente antes de continuar.

—Los neoplatónicos creían que había que trascender el mundo material y de los sentidos, preguntarse por el porqué de las cosas, qué hay más allá de lo material, e intentaron descifrar este mundo en que vivimos. Se hicieron filósofos, astrónomos, matemáticos, alquimistas, fisiólogos, físicos e ingenieros. Pero el mundo cambió con el cristianismo y los llamaron idólatras y herejes. Los últimos neoplatónicos se refugiaron en el recinto del Serapeo, donde estaban depositados los últimos legajos salvados del gran incendio de la biblioteca de Alejandría; hace trescientos años, con la muerte violenta de Hipatia de Alejandría, esa escuela de pensamiento declinó. Fue erradicada del imperio hace mucho. Mi maestro me trasmitió una parte; otra parte la encontré yo en mi larga búsqueda. Y de esa, una porción es la que yo te he transmitido a ti. Pero había más, lo que conocemos es solo una fracción de lo que anotaron los herméticos, los seguidores de Hermes, los seguidores de Thot.

—¡Hermes! —exclamó Casiodoro—. Me lo has dicho repetidas veces. Es el padre de la alquimia.

—«Alquimia», Casiodoro, es una palabra que viene de la lengua egipcia. Es la *khemeia*, el arte egipcio de la búsqueda de la sabiduría. Una minúscula parte de su conocimiento está aquí, dentro de nuestras murallas, en nuestras cámaras más profundas, y ahora los musulmanes nos asedian. ¡Por eso hemos de descubrir qué hay de verdad en las memorias de Pulo, tanto en Alejandría como en Tebas! En Egipto hay un secreto que puede ayudarnos a obtener la verdad, y a ganar esta guerra.

El aprendiz se sentía confundido.

—Pero no entiendo qué hay que buscar, ni sé si sabré discernir si lo que encuentro es importante o no lo es. ¿Cómo podré saberlo?

Calínico dio una fuerte palmada en la mesa.

—¿Acaso no llevas conmigo doce años? ¿No has aprendido nada de cuanto te he dicho? Lo sabrás, lo sé. Sé que te he adiestrado bien. Deberás traerme todo lo que encuentres. Como será un viaje peligroso, deberás ser sagaz y cauto.

Casiodoro sintió un nudo en el estómago. Cuando viajó a Quersoneso no comprendía bien los peligros del mundo. Ir a Alejandría tenía tantos alicientes como peligros y lo haría lo mejor que pudiera, pero se sintió enfermo de excitación y ansiedad. El anciano lo miró preocupado y le habló, aunque él no oyó nada. Mareado, se sentó pesadamente en la silla. Una mano lo zarandeó sin contemplaciones.

—¡Casio! ¡Casiodoro! ¡Despierta, hombre!

—Perdona, maestro. Me siento… mareado…

—Es mucha responsabilidad sobre tus hombros, pero yo no puedo ir. ¡Bien quisiera! —Lo miró con indulgencia—. Son tiempos difíciles. Sé que cumplirás con tu deber. Empápate bien de estos mapas, mira el plano de la ciudad. Te he traído la *Historia augusta*, de Espartiano, entre otros, donde habla del viaje de Caracalla por el Nilo, y la *Historia romana*, de Dión Casio, sobre la provincia de Egipto. Te dejaré solo por unas horas para que nada te interrumpa.

Después de un trabajoso día como anfitriona de una fiesta en su honor en la Casa de las Sedas, la emperatriz María decidió ir a sus baños privados antes de retirarse al tálamo imperial. Sus servidoras ya habían encendido los fuegos de los hornos. El suelo de mármol estaba caldeado y la luz indirecta de las lámparas de oro y plata arrancaba destellos a la superficie ondeante. Al cerrar la gran puerta de acceso de roble y bronce y quedarse sola en el *apodyterium*, se despejó de su tiara, de sus pendientes de oro y perlas, de sus collares de coral rojo, de sus pulseras de amatistas y de su toga blanca y dorada. Descendiendo lentamente los seis escalones de mármol tallado, entró en la piscina caliente del *caldarium*. El agua la cubrió lentamente hasta el cuello. Llevaba el cabello recogido con varias agujas de hueso. En el techo se reflejaban las llamas intermitentes de las lámparas, sobre los estucos de oro y las figuras de peces y delfines del mar Egeo. En un lateral del techo, un artista había representado a Afrodita; en otro, Venus retozaba entre las olas y Neptuno lo observaba todo rodeado de estrellas y olas.

El agua estaba deliciosa y la emperatriz pensó que era una buena recompensa por sus desvelos. Su discreto servicio de vigilancia se había enterado de que pronto partiría una nave hacia Egipto. El senador Antonino podía dormir tranquilo. Todo estaba ya organizado, tal y como ella le había prometido. Cruzó de lado a lado la piscina sintiéndose como lo que era, la emperatriz de Oriente, la enviada de la divinidad, y ronroneó de satisfacción llenando de ecos la amplia estancia.

De pronto oyó ruidos en el pasillo. Detrás de las puertas alguien se cuadró. La pesada hoja de bronce se abrió y se cerró. Había alguien más en la sala. Tras el sobresalto inicial, la emperatriz comprendió que solo una persona podía burlar a los guardias y a sus sirvientas. Comprobó que su larga melena seguía estando recogida y nadó con cautela hacia el otro extremo de la piscina. Oyó un leve chapoteo en el agua y la alcanzaron las ondas de la superficie, rodeándola. ¿Cómo se habría enterado de su presencia? ¿Sabría que había desobedecido sus órdenes? Nerviosa, sintió un escalofrío al acercarse a él.

—Sin adornos ni joyas sigues estando radiante, María —dijo León.

—Pensé que la cama volvería a estar vacía esta noche. —Ella lo rodeó con sus brazos en medio de una vaharada de calor, disimulando su intranquilidad.

—Hoy no. ¿Cómo saber si este será nuestro último momento, nuestro último suspiro? Y bajo la púrpura sigo siendo humano.

No hubo más palabras.

Antes del nuevo amanecer, Casiodoro se despertó sobresaltado. Lo zarandeaban con intolerable brusquedad haciéndole abandonar las tinieblas de Morfeo. El erudito estaba en su cuarto y la luz de la linterna que portaba resaltaba los angulosos rasgos de su cara, asemejándola a una máscara.

—¡Deprisa! Ha llegado el momento antes de lo que esperaba. ¡Vístete, rápido!

El viejo alquimista siempre revelaba una gran energía vital. Examinó con presteza la ropa del baúl del aprendiz, sacando varias mudas gastadas, eligiendo unas y desechando otras.

—Pero… —balbuceó Casiodoro.

—¡No! ¡No hay tiempo!

—¿Y adónde…?

—¡Tampoco lo hay para gastarlo en preguntas! Escucha. Ya ha cantado el gallo. Si no estamos pronto en el puerto de Phosphorion, tendremos problemas con el emperador. Toma tu hato de ropa y sígueme.

Así, de improviso, Casiodoro se encontró corriendo por las calles casi desiertas, sin haber tomado nada, pensando si no acabaría arrepintiéndose de aquel viaje mientras seguía a su maestro, que parecía tener la vitalidad de un demonio.

—No estarás solo en el viaje. Me he preocupado de conseguirte ayuda. ¡Recuerda los mapas! Te llevas una copia dentro del hato. Toma las memorias; no las pierdas. ¡Corre!

Hagia Sophia y Hagia Irene quedaron atrás. Los dos hombres esquivaron a los marineros que trabajaban en los muelles ahorrando palabras en el esfuerzo, y buscaron a una persona en concreto. Una mano se posó sobre el hombro de Casiodoro por su espalda y él se revolvió, liberándose.

—¡Eh, eh, cuidado! Veo que no has olvidado todo —le dijo una figura encapuchada.

El aprendiz se quedó rígido. Había oído esa voz antes. La figura se retiró la capucha y la sorpresa se dibujó en la cara del aprendiz.

—¿Aún no me reconoces? No sabes lo que me ha costado dejar mi barco en manos de mi primer oficial.

—¡Mauricio!

El nauta los guio por el muelle hasta llegar a una pequeña y frágil barca. Dos personas estaban esperándolos. Una de ellas era Marius, el conservador. La otra figura era una mujer.

—Se llama Irene —dijo Marius—. Será vuestra intérprete. Domina el árabe y es una gran oradora. Y conoce la tradición egipcia. ¡Os será de gran ayuda!

—Viniendo de ti no me cabe ninguna duda —respondió el alquimista.

Irene asintió en silencio, confundida. Casiodoro pensó que era muy hermosa.

—Acortemos esta despedida. No pierdas el tiempo. No pierdas *nada*. Y regresa con vida —dijo Calínico, a quien la humedad del mar y del rocío le calaba hasta los huesos.

El erudito se despidió de Casiodoro apretándole el hombro en señal de afecto y Marius abrazó a Irene. Mauricio esperaba impaciente. Casiodoro sintió un nudo en la garganta; abandonaba todo lo que conocía y se lanzaba en

manos del azar y del destino. Subieron por fin a la barca y Mauricio soltó la amarra.

—Rápido, ponte a los remos antes de que nos descubran los árabes. ¿Recuerdas nuestro viaje? Tenemos que cruzar la cadena y llegar al otro lado del estrecho, hasta Crisópolis, antes del alba.

La barca, de bajo calado, cruzó por debajo de la cadena al pie de la torre marítima y los dos hombres se esforzaron mientras el cielo comenzaba a clarear en el este. Las liburnas árabes estaban cerca, muy cerca. Casiodoro e Irene miraron los barcos enemigos con miedo y desconfianza.

—¿Nos atacarán? —preguntó Casiodoro después de resoplar.

—¡Calla y rema! Somos un bocado demasiado pequeño, intentando pasar desapercibidos. Por eso no llevamos luces. Ellos no nos verán, nosotros a ellos sí. Y detrás tenemos a nuestra flota, vigilante, que los disuade. ¡Rema más fuerte!

Llegaron exhaustos a los muelles de Crisópolis, justo cuando el sol salía por el este iluminando todo el mar de Mármara con su luz dorada. Hagia Sophia les decía adiós. Dos soldados los ayudaron a montar a caballo.

—¡Vamos! —ordenó Mauricio, resoplando—. Esta es la primera etapa. ¡Antes de la hora tercera debemos haber recorrido las diez millas que nos separan de nuestro destino!

Irene no estaba acostumbrada y su cara mostraba disgusto. No le agradaba montar a caballo, pero no dijo nada. Los dos jóvenes galoparon a toda velocidad tras el nauta, sorteando carretas y campesinos sin mirar atrás. Rebasaron en la distancia dos bahías llenas de mástiles y barcos. Mauricio aceleró el paso.

—¡Es parte de la armada árabe! ¡Corred!

La armada era inmensa. La luz del día descubrió a los jóvenes la verdadera magnitud de la invasión, el peligro real que acechaba la ciudad. Cambiaron de caballos en una posta, y siguieron corriendo hasta la extenuación, hasta llegar a una ensenada oculta donde los esperaba un barco mercante.

—¡Por fin! —exclamó aliviada Irene al dejar la montura, dolorida.

Un marinero los llevó desde la orilla hasta el barco. La nave estaba cargada y preparada. Los marineros estaban listos para soltar el velamen. Llevaban un cargamento de cordelería y cera. Cuerdas, toas, sogas y maromas estaban perfectamente apiladas junto a velas y bloques de cera de la industria imperial.

—Bienvenidos a mi barco. Soy Epícteto, el capitán. Bordearemos la costa, ocultándonos tras las islas de los Príncipes para pasar desapercibidos. —Sonrió de una forma que no gustó a Mauricio.

Agotados, Casiodoro e Irene se sumieron en sus propios pensamientos. La joven se sentó junto a la borda mirando hacia la capital hasta verla desaparecer.

Mauricio se acercó al aprendiz.

—Espero que tu criado no se vaya de la lengua.

—¿Mi criado?

—Ese viejo. No deberías permitirle tanta familiaridad.

El aprendiz sonrió. Le alegraba tenerlo allí. Irene miraba y escuchaba con atención, callada. Casiodoro la observó con más atención. Llevaba el pelo recogido sobre la nuca bajo la capucha y sus facciones eran muy hermosas, con los pómulos ligeramente marcados, las cejas perfiladas, los ojos castaños con largas pestañas, una nariz pequeña, la tez clara y los labios rosados y tiernos; todo ello le otorgaba un aire de inocencia que atraía miradas. De su cuello colgaba una gargantilla de plata. Mostraba los labios apretados, el ceño fruncido y la mirada inescrutable. ¿En qué pensaba? ¿Le habrían impuesto un trabajo que no deseaba?

—Hice lo que pude por ti, como pediste —dijo Casiodoro al nauta—, pero no sé si mi gestión tuvo éxito.

Mauricio hinchó el pecho, orgulloso.

—Alguien se preocupó de que tu petición llegara a los oídos adecuados. Pronto, muy pronto, espero tener mi oportunidad.

»¿Has practicado? ¿Has fortalecido tus músculos? En cuanto tengamos ocasión terminaré de darte la formación que necesitas. —Y miró significativamente a Irene.

La muchacha volvió la cabeza con furia. Era lista, de eso se había dado cuenta Casiodoro con rapidez.

—No necesito que nadie me proteja —dijo la intérprete.

—Eres una mujer y harás lo que se te diga. En tierras alejandrinas deberás tener cuidado con los hombres —replicó Mauricio.

Irene lo miró desafiante.

—Sé cuál es mi cometido, pero no sé qué ficción representaremos para no levantar sospechas.

—¿Marius, tu mentor, no te explicó nada? Mi maestro me dijo que todos los términos habían sido aclarados —dijo Casiodoro.

—¿Qué términos?

Mauricio sonrió, compadeciéndose del aprendiz.

—Casiodoro será el hijo de un comerciante; se dirige a Alejandría con su mujer en viaje de bodas y para supervisar la marcha de la delegación del negocio familiar en la capital del delta.

Irene los miró a los dos de hito en hito, primero sorprendida y luego indignada. Nadie le había dicho nada de aquello.

—¡Hombres! —les gritó llena de furia, y se levantó del pequeño banco junto a la borda y se acomodó cerca de la proa. Solo una vez miró atrás, a Casiodoro. Estaba furiosa. Recordó las palabras que le había dicho Timeo antes de partir: «Serás su intérprete, estate atenta a todo y desconfía de todos, pero intenta ganarte su confianza. Puede que tengan designios ocultos. Como tú».

25

UN PUNTO EN LA OSCURIDAD

La travesía fue tranquila hasta llegar al final del Helesponto, el estrecho que comunicaba la Propóntide con el mar Egeo. A un lado y a otro, las suaves orillas del estrecho se veían casi desiertas. Varios poblados de pescadores estaban destruidos por el fuego. Epícteto, el capitán del barco, era un griego alejandrino pequeño, nervioso y ágil, y su eterna sonrisa ocultaba una voluntad de hierro y una mente astuta. No era el primer viaje que realizaba para el imperio, pero el hecho de ser puesto bajo las órdenes de un militar no le había agradado. Sin embargo, su función era vital. Conocía Alejandría y sus bajos fondos, y había negociado un salvoconducto firmado por varias autoridades musulmanas. Algunos de los mejores clientes de su patrón eran árabes y habían avalado con su nombre y su honor el barco, la carga y a la tripulación.

Ningún otro barco los había acompañado en su ruta al mar y el vigía por fin había avistado la escuadra árabe que bloqueaba el paso al Mediterráneo.

—Bueno, allí los tenemos. Preparemos la farsa. ¡Sacad varias ánforas de vino de Tracia de las bodegas y subidlas hasta el mástil principal!

—¿Para qué es eso? ¿No sirve el salvoconducto? —preguntó Casiodoro.

—El pergamino es solo pergamino. De nada sirve si no es aceptado. Pasar o no pasar dependerá de lo que les ofrezcamos.

—¿Eso qué significa? —preguntó Mauricio, nervioso al ver los numerosos turbantes blancos que los observaban desde las liburnas—. ¿Hemos de estar preparados para un ataque o hemos de conformarnos con ser humillados?

—Tened con vosotros lo que más valoréis y no atraigáis su atención —dijo Epícteto—. Sed sumisos o lo revolverán todo. ¡Ah, la mujer! Debe permanecer junto a ti.

Irene volvió la cabeza con los ojos furibundos, se alejó de la proa y llegó hasta ellos. Lo había escuchado todo.

—Preferiría ocultarme en los camarotes, abajo, hasta que todo haya pasado.

—¿Abajo, sola, rodeada de saqueadores infieles que tal vez no hayan visto a una mujer en meses? ¿Es que quieres que te violen? —le cortó Mauricio secamente. Irene lo miró petrificada de ira—. ¿A qué estás esperando?

—Recuerda que tenemos una misión. Nadie te tratará irrespetuosamente —prometió Casiodoro tendiéndole la mano.

La joven cogió la mano que le ofrecía, y lo miró fijamente unos segundos que hicieron que un escalofrío recorriera la espalda de Casiodoro. Bajó la vista y esperó en silencio, sumisa, sin soltar la mano del aprendiz. Mauricio se quedó cerca de ellos, ciñendo el mango de su cuchillo marinero, preparado para usarlo.

Una liburna se acercó a ellos hasta ponerse a babor borda contra borda. Muchas más custodiaban el estrecho. Los marineros musulmanes vestían largas camisas blancas y turbantes y amenazaban a voces al barco, hasta que alguien dio un grito en árabe y todos callaron. En el mercante, Epícteto dio órdenes de que pusieran una pasarela de borda a borda. El capitán árabe cruzó de una nave a la otra altivo y orgulloso, con una espada dentro de una vaina de ricos damasquinados ceñida a la cintura con un pañuelo de seda verde. Vestía amplios ropajes de color azul oscuro con bordados de oro. La barba entrecana estaba pulcramente recortada. Completaban su vestuario un turbante azul y un anillo de oro en su mano derecha. Su figura era corpulenta, de tez oscura, ojos negros como el carbón y parecía en forma. De un salto se puso en pie sobre cubierta. Lo seguía un intérprete, un judío alto y enjuto vestido de negro, de mirada penetrante.

Epícteto se acercó junto al primer oficial y lo saludaron al estilo musulmán. Una gaviota se posó en la cruceta del mástil, moviendo la cabeza para observar todo con curiosidad.

—*Salam alaikum*.

—*Alaikum salam* —respondió el árabe.

El judío se presentó como Ismael y empezó a hablar en nombre del musulmán.

—Omar Al-Fostani ibn Abdallah, capitán de la flota, os saluda. El día es largo, y grande es la gloria del Profeta. No perdamos el tiempo. ¿Tenéis un salvoconducto?

Epícteto le entrego un pergamino. Casiodoro pudo ver un sello al trasluz, de cera verde. El árabe ignoró al intérprete y empezó a pasear por la cubierta, mirando el velamen y a la marinería con descaro, como si fuera un territorio

recién conquistado. La gaviota echó a volar; decidió que nada había de su interés.

El capitán árabe miró a los viajeros y se detuvo frente a Mauricio, evaluándolo. El nauta le sostuvo la mirada sin cambiar el gesto. Prosiguió con el aprendiz y por último se paró frente a Irene. Dirigió su mano a su rostro, levantándole la barbilla hasta obligarla a mirarlo. El capitán murmuró algo en árabe. Epícteto empezó a preocuparse.

—Podéis bajar a las bodegas y a las cámaras de transporte. No encontraréis nada sospechoso. El gobernador de Alejandría os confirmará que somos una compañía fiable y nada problemática. ¿Queréis probar la excelencia de nuestro vino tracio? Venid por aquí.

El intérprete tradujo y el musulmán dio una orden en árabe. Dos soldados fornidos subieron al barco desde la liburna, apartando al balbuceante griego. Tenían la piel oscura y picada por la viruela y portaban afiladas espadas damascenas.

—No, por favor, no es necesario —comentó Epícteto—, no somos hombres de armas.

—¿Tu nombre? —preguntó Al-Fostani a Irene en un griego defectuoso.

—Deja en paz a mi mujer —dijo Casiodoro.

Un soldado se acercó y lo derribó de improviso de un puñetazo en la cara. Irene no pudo reprimir un grito de miedo. Mauricio tembló de rabia, mientras el aprendiz se retorcía de dolor y se arrastraba por la cubierta antes de levantarse. La intérprete, aterrorizada, permanecía muda, mirando cara a cara al capitán musulmán, que sonreía. Su aliento olía a hierbabuena.

—¿Tu nombre? —volvió a preguntar.

—Irene.

El capitán siguió sonriendo y se alejó de ellos. A otra orden, un grupo de doce soldados saltó al barco griego y se dirigió a las bodegas de carga.

—Nuestro piadoso capitán desea probar ese vino ahora —dijo Ismael—, mientras se realiza el registro.

Epítecto llevó varios taburetes e hizo montar una mesa con dos caballetes. De la cocina llevaron pequeños trozos de choto especiado para Omar y su intérprete. El musulmán hablaba mientras bebía en una copa de plata y el judío lo traducía.

—Es bueno que un hombre defienda a su mujer. Es mejor aún que el hombre sea prudente en la adversidad. Pagaréis veinte tremises de oro por vuestra seguridad y nuestra protección.

Los soldados volvieron del registro. Algunos de los marineros griegos reconocieron sus pertenencias y alzaron la voz en señal de protesta. Epícteto les mandó callar. Omar bebió más vino y comió con las manos el jugoso choto antes de hablar. El judío le susurró al oído.

—Por lo visto sois ricos, así que he cambiado de opinión. Respetaré la vida de todos y este barco por cuarenta tremises de oro, en moneda o en especie —dijo a través de Ismael mientras se limpiaba las manos con agua de azahar.

—El gobernador de Alejandría se entristecerá. Nuestro patrón presentará una queja formal. Son grandes conocidos y mantienen buenas relaciones.

—Quizás esas relaciones debieran ser revisadas. Tu patrón pagará mi benevolencia o acabaréis saltando todos por la borda. Salvo la mujer. —Y bebió de la copa con la mirada fija en Irene.

Cuando la liburna se alejó del mercante, el capitán griego se desahogó gritando a los cuatro vientos, y luego se llevó las manos a la cabeza. De aquel viaje no obtendría beneficios, a menos que el imperio le compensara. Mauricio se preocupó de examinar a Casiodoro. Tenía un ojo terriblemente hinchado y amoratado. Irene le tomó la mano, agradecida.

—Gracias —musitó temblando aún. El aprendiz asintió emocionado, demasiado dolorido como para articular palabra.

—¿No dijiste que todo estaba arreglado? —rugió Mauricio al capitán.

—¿Y acaso no seguimos vivos? —replicó Epícteto—. ¿Qué hubieras hecho? ¿Abordarles con seis hombres? Refrena tu ira y recuerda que en territorio enemigo valen más la cautela y la prudencia que la fuerza.

Un viento favorable los empujó raudos hacia el sur. Evitaron el cabotaje, reponiendo agua y víveres en Quíos, y prosiguieron su veloz carrera, siempre temerosos de tropezarse con las naves de guerra de los omeyas. Antes de lo que pensaban vieron en lontananza las costas de Creta. La presencia de barcos se había incrementado. Allí volvieron a aprovisionarse de agua fresca y otra liburna los interceptó en su camino, pero el capitán fue más comedido y el salvoconducto fue suficiente para garantizarles el paso.

Cayó la noche. Todos estaban en cubierta. Los días habían pasado y estaban muy próximos a su destino, y desde el incidente, Irene había vigilado a Casiodoro. La intérprete había insistido varias veces en conocer cuál era la verdadera razón del viaje, pero el aprendiz se había mostrado terco. Ella era más joven que él. Irene se daba cuenta de su inexperiencia, pero también

detectó en él una rara madurez y fortaleza de carácter, oculta, que se manifestaba en sus palabras y en sus gestos; eso la desconcertaba. ¿Qué conocía ese joven que no podía compartirlo con nadie? Si quería conocer su secreto, tendría que ganarse su confianza, y aquel momento era el propicio para convencerlo. No sabía si volvería a tener una oportunidad así. Bajo la luz de las lámparas que la brisa marina mecía, Irene se acercó a Casiodoro.

—¿Por qué me defendiste?

—Porque debía. Ahora comprendes a Mauricio. Lejos de Constantinopla todo el mundo exterior es salvaje y cruel. —Irene le tocó la cara y Casiodoro reprimió el dolor—. ¿Cómo has acabado aquí?

—Nací en Alejandría. Mi padre era griego, mi madre, egipcia. Ambos murieron y un pariente me llevó consigo a Constantinopla y me puso bajo la protección de Marius. Y ahora estoy aquí, volviendo a donde nací. Siento en mi interior un torbellino de emociones y no sé qué pasará cuando llegue a tierra. ¡He soñado con mi madre tantas veces!

—¿Qué recuerdas de la ciudad?

—Los olores del mercado, que ellos llaman «zoco». El sabor dulzón de los dátiles, de la leche de cabra y de camella. El color de la arena. El agua estancada del lago y la sofocante humedad en verano, que se adueña de todo cuando no sopla la brisa del mar. El rostro de mi madre. El rostro de mi padre.

Hablaba con nostalgia, como si echara en falta una infancia feliz que le hubiera sido arrebatada. Había inteligencia en sus ojos además de belleza, y Casiodoro sintió que le palpitaba el corazón.

—El mundo está en guerra, y si hemos de morir en tierra extranjera, me gustaría saber la razón. Muy pronto pisaremos tierra y no sabemos qué ocurrirá. ¿Cómo podré confiar en ti si tú no confías en mí? —Se acercó a él y le cogió una de las manos. Casiodoro intentó concentrarse—. Esto no es un viaje comercial, ¿verdad?

La sangre palpitaba en las sienes del aprendiz. Debía tomar una decisión. Su enigmática mirada lo había aprisionado, desarmándolo.

—No —confesó Casiodoro—, no lo es. Y por eso mismo debemos ser discretos, pero quiero que confíes en mí, y yo lo haré en ti. Buscamos algo que aún desconocemos, pero de lo que depende la supervivencia del imperio.

—Pero ¿qué exactamente? —inquirió Irene, perpleja por el misterio.

Los melosos ojos de la intérprete envolvían al aprendiz, pero se resistió, liberándose de su cautiverio; sin embargo, no pudo evitar pronunciar una última palabra.

—Conocimiento —murmuró fijándose en los húmedos labios de la muchacha.

Mauricio se acercó a ellos e Irene se separó de Casiodoro soltando su mano con brusquedad.

—Si miramos fijamente en aquella dirección y tenemos suerte, descubriremos algo que Epícteto quiere enseñarnos. Abrid bien los ojos.

El espectáculo del cielo nocturno sobre las olas era magnífico. Era una noche sin luna y la visión de miles de estrellas tapizándolo todo cortaba la respiración. En la ciudad y en los campos siempre había ruido y luces o contornos como montañas que rompían la visión. Allí, agua y cielo se repartían el universo. Casiodoro se sentía tan insignificante como una mota de polvo. Podía ver la constelación de la Osa con la estrella Polar, Casiopea alejándose del horizonte, Pegaso bajo ella elevándose desde la oscuridad marina y el enorme camino de claridad lechosa que surcaba el firmamento formando la Vía Láctea.

—Para los egipcios, las estrellas tienen otros nombres y toman otras formas —explicó Irene de pronto, con la voz llena de perturbadora ensoñación. Casiodoro aún estaba anonadado; ella se comportaba como si nada hubiera ocurrido—. Ahí bien alto está el Cazador, y en el centro de su cinturón está Alnilam, la morada de los difuntos. ¿La ves? Junto a la Polar está la estrella del dios Ptah, que nunca desaparece bajo el horizonte, y hacia donde se dirigen las almas de los faraones para fundirse con la inmortalidad, lejos de los hombres. —De pronto, en medio de la oscuridad del horizonte, hubo un súbito resplandor—. ¡Allí! —señaló Irene, excitada—. ¿Puedes verlo, Casiodoro?

Era un punto de luz aún débil, anaranjado. Todos miraron a donde la intérprete indicaba. La luz iba y venía a intervalos regulares. ¿Era un barco en llamas? No podía ser. Era una señal de navegación, la que Pulo había registrado en sus memorias.

—Es un faro —comprendió Casiodoro.

—Aún estamos lejos, pero ya no nos perderemos. ¡Es *el faro*! Dentro de hora y media podréis ver una maravilla que por sí sola justificaría este viaje —dijo Epícteto entusiasmado, y luego calló, observando en silencio a la joven, alegre de regresar a sus orígenes. Era una joven hermosa. Muy hermosa.

Lo que en la lejanía era un débil punto luminoso fue aumentando en brillo y altura conforme fueron aproximándose, hasta que pudieron distinguir las llamas de los fanales de las murallas de la isla de Faros. Casiodoro quedó

boquiabierto de admiración. Los antiguos habían levantado una gigantesca plataforma cuadrada, y sobre ella, una gran torre octogonal, en cuya cúspide, protegida de la intemperie y del viento por un templete abierto, ardía una gran hoguera. Su luz se reflejaba hacia el horizonte con la ayuda de un gran espejo metálico. Todo el conjunto era de mármol. Mirando hacia la bocana del puerto, dos grandes estatuas iluminadas por pebeteros custodiaban la monumental rampa de acceso al cuerpo del faro. Una era un faraón, la otra, su reina.

Al barco mercante se le unieron varios más, como mosquitos atraídos por la luz de un candil. Al pasar junto a las murallas exteriores que protegían el inmenso edificio, todos miraron la hoguera situada a cuatrocientos cincuenta pies de altura. Daba vértigo pensar en la ingente tarea de levantar aquella mole que ya contaba con más de novecientos años de antigüedad.

—Ptolomeo II y su reina Arsinoe os saludan, y os vigilan —dijo el capitán. Todos permanecieron mudos de asombro, menos Irene. Epícteto se rio de ellos—. Para ser de la capital, habéis visto poco mundo. Sed bienvenidos a Egipto, la cuna de la sabiduría. ¡Aquí está Alejandría!

26

ALEJANDRÍA

Las murallas marítimas que unían islas con tierra firme definían el perímetro de un inmenso puerto al fondo del cual brillaban las incontables luces de la ciudad. Epícteto les fue señalando los restos del templo de Isis de la isla de Faros; el Heptastadium; el Timonion, la isla de Antirrodas, el cabo Loquias y lo que antaño había sido el templo de Poseidón. Los restos palaciegos de los soberanos egipcios y de los herederos helenos del gran conquistador Alejandro habían sido devorados por la cultura musulmana y por el mar. Las mezquitas habían reemplazado a las iglesias. Los minaretes dominaban la ciudad.

Atracaron en el gran puerto comercial. Era medianoche y los barcos llegaban a los viejos muelles de piedra procedentes de Siria, Palestina, Asia Menor, Túnez y Hispania. Las ciudades hispanas habían restablecido las rutas comerciales de Occidente con Oriente. El puerto de entrada de su aceite a Egipto era Alejandría. En menos de un siglo, Dar Al-Islam, el imperio islámico, se había extendido desde la polvorienta Arabia hasta las Columnas de Hércules. Solo Constantinopla se resistía a su avance.

Desde los muelles pudieron ver muchas casas derruidas y con los tejados hundidos. Aunque se veían andamios por doquier, era difícil percibir el esplendor de la ciudad en la antigüedad.

—Las tropas de Amru el conquistador destruyeron la cuarta parte de la ciudad durante el asedio. Por eso aún se ven tantas ruinas —habló Irene.

Desde Damasco se la consideraba una plaza de importancia capital. Había sido su flota la que había conquistado la mitad de la isla de Chipre para la dinastía de los omeyas.

Dos marineros lanzaron las amarras al muelle, donde las cogieron unas fuertes manos. Los guardias aduaneros y el almotacén interrogaron a Epícteto sobre su mercancía y sus pasajeros, y una pequeña y discreta bolsa llena de

oro pasó a manos del celoso funcionario. El almotacén sonrió y le deseó buena fortuna, dejándoles bajar a tierra.

—Ya habéis llegado. Descansaréis en casa de mi patrón —dijo Epícteto —, pero ella deberá cubrir su pelo con un pañuelo.

Irene estaba emocionada y le brillaban los ojos. Obedeció.

Los almacenes eran numerosísimos. Lingotes de cobre de Chipre, maderas del Líbano, oro del Sudán, silos de trigo, depósitos de dátiles, pieles, pescado fresco y en salazón, incluso sedas de la lejana Xin, joyas de Samarcanda, incienso de Persia, perlas de Arabia, todo podía comprarse y venderse en aquella ciudad.

—Qué curioso. No hay tabernas a la vista —comentó Mauricio.

—El consumo de alcohol está prohibido por el Corán —dijo Irene cogiendo del brazo a Casiodoro.

Algunos marineros la miraron de arriba abajo y ella se estremeció al recordar al capitán de la liburna. Las calles en cuadrícula estaban casi desiertas; había lámparas que a intervalos iluminaban las esquinas. Vieron a su izquierda el espigón que dividía en dos las aguas del puerto. Tras él y más allá de los almacenes se adivinaba una zona sumida en la oscuridad. Las calles estaban flanqueadas por numerosas esfinges de diferentes épocas.

—Mira allí, Casiodoro. Son los restos de la gran biblioteca. Supongo que seguirá siendo como era en mi niñez, una cantera barata de materiales de construcción, y también un vertedero —indicó la intérprete—. Y eso debe de ser el Cesarión, o lo que queda de él —dijo señalando el solar arrasado.

Los bloques de arenisca se acumulaban en montones esparcidos por todo el solar. Las antiguas columnas se hallaban tiradas y separadas en partes. Muchas habían desaparecido. Dos fragmentos de antiguos obeliscos derribados eran apreciables desde la calle, a la luz de los faroles.

Llegaron a una gran plaza que Casiodoro supuso sería la antigua ágora. Estaba silenciosa. Varias lámparas alumbraban los viejos soportales y un guardia andaba con pasos lentos, pensativo. El ágora era enorme. Aun estando cansado, Casiodoro cayó en la cuenta de que estaba en un lugar trascendente. Por allí había andado Euclides trazando puntos y rectas en las viejas losas ante sus discípulos, Hiparco y Aristarco habían defendido sus teorías del universo geocéntrico y heliocéntrico, Galeno había meditado sobre los resultados de sus disecciones y Arquímedes había deambulado por allí durante su juventud, antes de que su mente asombrara al mundo.

—Arquímedes —murmuró Casiodoro.

—Y tantos otros —asintió Irene.

El guardia les dio el alto en árabe. Les pidió su salvoconducto, que examinó antes de dejarles partir con reticencia. La casa de Horacio, el patrón de Epícteto, estaba detrás de la plaza.

—Ahora esto se llena de tenderetes todos los días, repletos de géneros, personas, ganado y heces. Ya no oirás hablar de Platón por aquí. Hemos llegado —anunció Epícteto.

Llamó a la gran puerta y por una rendija se asomó una cara hirsuta y negra con el ceño fruncido y un farol de aceite en la mano. Reconoció al capitán, descorrió las cadenas y abrió de par en par, mostrando un zaguán de entrada. Tras el zaguán se abría un patio porticado con un estanque rodeado de hiedras y enredaderas que trepaban por las columnas hasta la planta superior.

—Pancracio es mudo, es el portero de la casa. Su nombre es una referencia a su deporte favorito —dijo el capitán.

El inmenso sudanés rio revelando varios huecos en su inmaculada dentadura. Su holgada camisa no dejaba ver su tremenda musculatura. Epícteto se despidió.

—Vuelvo al barco. Allí podréis encontrarme en los próximos quince días. Pancracio cuidará bien de vosotros.

El portero los guio hasta el primer piso. A Mauricio le correspondió una amplia habitación de paredes azules y frescas. La cama le pareció pequeña. Casiodoro e Irene fueron conducidos a un gran dormitorio que tenía los muros decorados con motivos marinos; delfines, peces y olas llenaban la estancia. Un gran lecho de sábanas de seda blanca los esperaba. Sobre una mesita habían dejado una fuente de fruta fresca y agua aromatizada. Pancracio les hizo entrar. La habitación tenía un ventanal con persianas de cañizo tras las cortinas de lino. El portero subió las persianas. Una gran terraza se abría sobre la plaza. Había una pérgola cubierta de jazmín junto al ventanal. Dos catres y una mesa de mármol invitaban a disfrutar del tibio aire veraniego.

—Disculpa, pero… solo hay una cama —dijo Casiodoro a Pancracio antes de que saliera.

El portero mudo sonrió con extraños estertores, riéndose de ellos. Les indicó con gestos que si eran marido y mujer, una cama sería más que suficiente, y les dejó solos cerrando la puerta. Irene se sentó en el lecho. Con el corazón retumbando con fuerza, la joven se preguntó cómo respondería Casiodoro a una insinuación. Sí; sentía ganas de un hombre. Y quizá, después, él le contase mucho más. Con un gesto lánguido cogió un melocotón aterciopelado.

—¿A qué estás esperando? —le dijo mirándolo y sonriendo; mordió el melocotón, saboreando el jugo dulce. Pasó las manos por las finas sábanas.

Irene no dejaba de pensar en todo lo que le había dicho; y también pensaba en él. Cuando el aprendiz sonreía incluso parecía atractivo, y le intrigaba que un joven como él pudiera estar junto a un anciano tan arisco y suspicaz, y tan enigmático. Y ella deseaba agradecerle que la hubiera protegido; aunque no olvidaba las palabras de Timeo.

Casiodoro la miró fijamente, pensativo y serio por unos segundos. Para sorpresa de la muchacha, salió del dormitorio, cerrando por fuera. Irene, turbada e intrigada, se dejó caer en el lecho. ¿Por qué? ¿Por qué había hecho aquello?

27

UN TRATO TURBIO

La luz de la mañana entró temprano iluminando el pequeño cuarto. El aprendiz dejó de roncar cuando creció el murmullo que venía de la calle. La plaza era un gran zoco lleno de actividad. Las voces de los vendedores, a ratos en griego, a ratos en árabe, atravesaron las cortinas. Un rayo de sol acertó en sus ojos y Casiodoro gruñó sobre su incómodo catre, revolviéndose. No calculó bien el espacio del que disponía y cayó al suelo, golpeándose el rostro.

—¡Mierda! —gruñó, furioso y dolorido.

Había dormido fatal. Se palpó el pómulo derecho. El nuevo golpe no mejoraría su aspecto marcado por el puñetazo del capitán de la liburna. Se levantó, se puso una túnica limpia, su cinturón y sus sandalias de cuero, y salió del cuarto al pasillo que llevaba al jardín, donde los sirvientes terminaban de preparar una mesa con el desayuno. Mauricio ya estaba allí, devorándolo todo con los ojos.

—¡Hola! Esto es increíble. Casi me avergüenza estar delante de este festín si pienso en la ración del ejército.

Había fuentes de albaricoques, racimos de uvas blancas y negras, rodajas de melón dulce y cuencos con dátiles, unos pequeños y de piel lisa, otros gruesos y grandes, arrugados como pasas. Una infinidad de pastelillos de harina y miel hechizaba la vista junto a finas tortitas de trigo acompañadas de mantequilla y mermelada de higo y de melocotón. A disposición de los comensales también había agua, mosto, zumos y vino.

—Prueba el vino —rio Mauricio. Luego calló al ver el rostro serio del aprendiz—. ¿Ocurre algo?

Casiodoro negó y se sentó a la mesa. Instantes después llegó Irene, preparada, oliendo a perfume de cítricos y vistiendo un vestido claro y un pañuelo blanco a la manera musulmana. Se había procurado un carboncillo y papiro para tomar notas. Mauricio miró al aprendiz, y este, a Irene. Casiodoro

devolvió la mirada al nauta y decidió que lo mejor sería comenzar su búsqueda.

—Buenos días —dijo Irene cogiendo parte de un racimo de uvas—. Estoy lista para salir. ¡Qué buena pinta! ¿Cuál es el plan?

Casiodoro suspiró e intentó concentrarse.

—Ha llegado el momento de que sepáis por qué estamos aquí. Hace doscientos años, un comerciante llamado Pulo encontró en Tebas algo sorprendente: parte de los manuscritos de la biblioteca de Alejandría. Un alejandrino y filósofo llamado Egindes lo guio hasta un escondite. Y quizás haya algo más.

—¿Algo más?

—Puede que entre los escritos se oculte un conocimiento que debe ser nuestro, protegido por los herméticos, los seguidores de Hermes. Dice la tradición que es posible que parte de esos secretos sigan aquí, en Alejandría. Buscaremos en ambos sitios. Reconoceremos la zona antes de hallar la manera de viajar de incógnito al sur.

Irene abrió los ojos sorprendida. Su intuición no la había engañado. Tenía razón; Casiodoro era más importante de lo que parecía. No era un viaje cualquiera. Se concentró en recordar sus palabras. ¡Tenía que contárselo a Timeo!

Desayunaron impacientes por descubrir la urbe. Casiodoro pensaba en Irene. Ella no parecía haber dado más importancia al desencuentro de la noche anterior y él no quiso pensar más en ello. Irene se dio cuenta de la turbación del aprendiz. No era un hombre como los demás. ¿O acaso estaría interpretando una farsa? ¿No sabría más de lo que decía? También ella debía tener cuidado para no descubrirse, porque estaba emocionada. Estaba en casa. Regresar a Alejandría le traía recuerdos emotivos y también amargos.

El zoco estaba abarrotado de gente. El sonido de los animales, las voces de los vendedores, la confusión de olores y aromas y la multitud de colores y rostros humanos embotaban los sentidos. Casiodoro se sintió mareado. Realmente Alejandría era una de las capitales del mundo. Podía distinguir a judíos, sirios, árabes, bereberes del desierto e incluso gente eslava, con sus facciones de altos pómulos y ojos rasgados. Las mujeres musulmanas iban con la cabeza cubierta. Irene hablaba con los vendedores, que los interpelaban por dondequiera que pasaban, y negaba con la cabeza. Algunos hombres estaban sentados en silencio a la sombra de los soportales, preparando una

infusión y observándolo todo. Casiodoro no entendía nada de aquella algarabía de lenguas; también oía muchas voces en griego. Aquella era una ciudad cosmopolita.

—Llévanos al barrio griego, Irene —pidió el aprendiz—. Espero que allí encontremos a alguien que pueda ayudarnos.

La vieja ciudad había muerto y se había renovado muchas veces. Estaba dividida en grandes barrios, que aún se conocían por las cinco primeras letras del alfabeto. Mauricio era grande y corpulento, y no pasaba desapercibido. En su mirada había odio y desprecio; mirara a donde mirara solo veía turbantes.

En algunas manzanas reconstruidas la estructura hipodámica se había perdido y había sido sustituida por un laberinto de calles estrechas y sin adoquinar. Las fachadas de ambos lados de las calles se apuntalaban en altura por medio de arcos, que unían casas enfrentadas a modo de corredor.

—Mira qué desorden. ¿Seguro que es por aquí? —preguntó el aprendiz.

Irene asintió.

—Míralo con otros ojos. A estas calles estrechas no llega el sol, por lo que mantienen su frescura. Cuando el sol se alce a mediodía, agradecerás las sombras de estas calles.

Un aguador pasó cerca de ellos y reclamó algunas monedas. Irene asintió con la cabeza. Mauricio se negó a beber del vaso de cobre que le ofrecieron.

—Es mejor ser amables con ellos —susurró la joven después de que el hombre y sus tintineos metálicos se alejaran calle abajo y desaparecieran tras una esquina—. Algunos son espías del gobernador y pueden denunciarnos al almotacén o a un arif.

—¿No decías que era una zona segura?

—Para los árabes sí. Tú eres un enemigo tolerado. No les des excusas.

El nauta gruñó con mal humor.

Pasaron varias horas deambulando entre las casas encaladas y los callejones en penumbra. Varios niños los contemplaron con curiosidad escondidos detrás de dos palmeras. Les dijeron algo que no entendieron y se rieron. Irene se volvió y les reprendió en árabe. Los niños echaron a correr.

—¿Qué decían? ¿Qué les has dicho?

—Decían que oléis mal, extranjeros, como unos cerdos. Yo les he dicho que sois demonios a mi servicio y que los vais a devorar si no regresan a la madrasa, porque tú los habías oído y estabas enfadada con ellos.

—¿Olemos mal? —dijeron a la vez Mauricio y Casiodoro. Se miraron entre sí, olieron la ropa y preguntaron a Irene por unos baños.

—En todos los barrios hay baños públicos, y no tienen nada que envidiar a los de Constantinopla. Mientras, me interesaré por ese Egindes, quizás alguien lo conozca o haya alguien vivo de su familia. ¡No escatiméis el jabón!

En cuanto los perdió de vista, Irene se cubrió el rostro con el pañuelo dejando solo sus ojos visibles. Tenía que encontrar a su contacto y escribir inmediatamente a Timeo. Además estaba emocionada. Andar por las viejas calles la devolvía a su niñez, esperaba encontrar la calle donde vivía antes de que partieran de la ciudad.

Casiodoro y Mauricio preguntaron a un carretero el camino de los baños y llegaron a un pórtico sostenido por columnas corintias. Intentaron entrar, pero un portero con barba y turbante les impidió el paso.

—Estos baños no son para vosotros, extranjeros. Solo los fieles pueden venir aquí —dijo en un griego aceptable mientras los examinaba de arriba abajo.

—Nos han dicho que las termas son públicas —dijo Casiodoro.

—Estas dejaron de serlo cuando Amru tomó la ciudad hace más de setenta años. Si queréis bañaros, probad en el callejón. —Y señaló a su izquierda.

—Bárbaros —murmuró Mauricio.

El portero lo oyó y esperó alguna señal más, dispuesto para una pelea, pero Casiodoro tiró del militar.

El callejón estaba oscuro. A él daban las puertas traseras de las casas de la manzana. De una de las paredes colgaba un cartel en griego que señalaba un establecimiento de baños. La entrada era pequeña y en la puerta una mirada inquisitiva los inspeccionó desde detrás de una mirilla protegida con barras de hierro. La mirilla volvió a correrse y la puerta se abrió. Entraron por seis monedas de cobre.

—Sed bienvenidos, extranjeros, a los baños de Lucio. Yo soy Lucio.

El establecimiento era pequeño. Dentro de la piscina había doce personas.

—Pensábamos que en Alejandría encontraríamos grandes termas —dijo Casiodoro. Lucio se inclinó al pasar.

—Las hay, pero ahora son árabes y ningún no musulmán puede disfrutar de ellas si no es invitado por alguien influyente.

»Podéis dejar en estas taquillas vuestras pertenencias. En los vestuarios encontraréis toallas limpias.

Se desnudaron para entrar en la piscina. Era un buen sitio donde encontrar información. Los comerciantes de éxito poseían baños privados en sus

mansiones. Los comerciantes de paso y los vecinos usaban los establecimientos de cada barrio. Un hombre de edad madura se les presentó como mercader de maderas exóticas. Se llamaba Marco Amiano.

—Aún no nos han expulsado, pero no tardarán en hacerlo. Es difícil competir en tiempo de guerra. Occidente es suyo y en Oriente se extienden hasta más allá del Indo. Y Constantinopla está cercada. Los árabes prefieren comerciar entre sí. No tendremos mucho que ofrecerles si ganan.

—¿Venís de la capital? ¿Es cierto que el Ponto Euxino se ha perdido? —preguntó otro a los recién llegados.

—No. No lo es. La armada imperial aún controla el estrecho del Bósforo y a través del Cuerno de Oro la ciudad sigue estando abastecida. Aun así no hay perspectivas de un desenlace rápido —dijo Casiodoro; recordó cuál era su cometido y carraspeó antes de seguir hablando ante Amiano y los demás desconocidos—. Mi familia está asentándose aquí en Alejandría para tener una segunda base de operaciones; nunca se sabe. Soy Casio, hijo de Horacio de Pérgamo, mercader de cordelería. Espero abrir el negocio familiar a nuevas oportunidades.

—Si tienes barcos, tienes negocio. Esclavos, trigo y metales. Solo falta tener contactos. ¿Los tienes? —preguntó Marco Amiano.

Casiodoro negó con la cabeza.

—Aún no. Estoy en viaje de bodas. No he tenido tiempo de ver el país.

Todos murmuraron aprobadoramente. Marco Amiano se adelantó a los otros.

—Me alojo cerca de aquí, detrás del antiguo gimnasio. Si quieres conocer el país, puedes venir conmigo. Dentro de tres días partiré hacia el sur, remontando el Nilo. Tu mujer y tú tendréis un viaje inolvidable.

—Un antepasado mío vivió aquí, y conoció a un filósofo local, por lo visto era muy apreciado. Me pregunto… si alguien podría indicarme dónde vivía, a pesar de los años transcurridos.

Marco permaneció pensativo unos segundos.

—Quizá Lucio pueda orientarte. Vive aquí mismo. Es medio griego, medio egipcio. ¡Lucio!

El dueño de los baños se acercó a la piscina ofreciendo una toalla seca al mercader de maderas, que salió del agua y le repitió la pregunta de Casiodoro. Lucio asintió.

—Puedo enterarme. En Alejandría nos enorgullecemos de nuestros hijos ilustres. ¿Cuándo murió?

—Hace doscientos años.

Lucio mudó el rostro, incrédulo.

—¡Es demasiado tiempo! —Casiodoro se esperaba una respuesta similar —. Lamento no poder ayudarte. Pero disfrutad de vuestra estancia. Tenemos un masajista estupendo que hará que vuestras espaldas se sientan como en casa.

Casiodoro agradeció a Marco Amiano su invitación, prometiéndole considerarla, y después del baño y el reconfortante masaje, Mauricio y él salieron del establecimiento.

—¿Qué opinas? —preguntó el joven.

—Demasiado fácil, demasiada amabilidad. Soy desconfiado por naturaleza.

Volvieron a la plaza. Las palomas bebían de la fuente. El sol estaba ya en todo lo alto y el calor y la humedad eran asfixiantes. Se refugiaron en unos soportales. El aguador volvió a pasar y un té dulzón los reanimó. No veían a Irene por ninguna parte. Justo cuando Casiodoro comenzaba a impacientarse, apareció ella con una cesta de mimbre con zanahorias, coles y pescado salado.

—No he tenido éxito, nadie parece recordar a ese Egindes. Lo siento. Sin embargo, una anciana vendedora me ha contado unas interesantes historias sobre el pasado de la ciudad que deberías escuchar, Casio. Deberíamos indagar más en la ciudad antes de viajar al sur.

—Perfecto, porque quiero ver un sitio concreto antes que ningún otro.

—¿Cuál?

Casiodoro sonrió, pero no desveló nada más.

—Entonces es mejor que regresemos a la casa de Horacio —dijo Irene—. Con este calor no hay nada que podamos hacer. Los funcionarios de la ciudad ya no estarán disponibles hasta mañana.

Las calles estaban casi desiertas. Buscaron las sombras de calle en calle. Al llegar a la casa, Casiodoro mandó a Mauricio en busca de Epícteto.

—Dile que averigüe cuál es la reputación de Marco Amiano y de qué medios disponemos para enviar un mensaje a Constantinopla.

—¿Quién es Marco Amiano? —preguntó Irene cuando Mauricio se hubo marchado.

—Un comerciante griego que nos ha invitado a viajar por el Nilo para conocer el país. Una excursión con motivo de nuestro viaje de bodas.

Irene lo miró con semblante serio, pero no dijo nada. Pancracio los avisó de que la comida estaba preparada.

—Se extrañará de que durmamos separados.

—¿Qué te ha parecido el ambiente de las calles y del mercado?

—Se nos tolera a duras penas. Desde un punto de vista empresarial, el Imperio bizantino es un gran negocio. Desde el punto de vista religioso, están buscando una excusa para apropiarse de todos los negocios griegos, como nos llaman. Flota en el aire la opresión de los vencedores.

Al cabo de un rato, llegó un niño con el recado de que Mauricio comería con el capitán del barco. No regresaría hasta la tarde o la noche, por lo que Irene y Casiodoro comieron solos en uno de los comedores de verano. Llegaron los postres y en cuanto la servidumbre se retiró Irene miró al aprendiz con atención, esperando una explicación.

—Respecto a anoche… Que finjamos ser marido y mujer no significa que tenga que violar tu intimidad. No lo haré. No soy un bárbaro, así que no temas nada de mí en ese aspecto —dijo Casiodoro, y suspiró aliviado.

Cerca del puerto, Mauricio comió con Epícteto en una taberna. El militar estaba deleitándose con una sopa de crustáceos que servían en el establecimiento. Acompañaba el plato con pan egipcio y vino tinto. Epícteto comía con sobriedad dos espetos de sardinas. La taberna estaba llena.

—No hay problemas de comunicación. Desde aquí los barcos recalan en cualquier punto de la costa griega, y por tierra, a través del correo imperial, se llega a la capital en menos de ocho días.

»Marco Amiano es un extorsionador. Es un protegido del gobernador árabe, Ibn Al-Tonsi, y proporciona madera a numerosos constructores y armadores.

—¿Es un peligro, entonces? —preguntó Mauricio revolviendo la sopa. A la superficie salieron mejillones que volvieron a hundirse en el lechoso caldo caliente.

—Actúa como informador para nosotros, pero no es de fiar. Tened cuidado. —Epícteto hizo una pausa—. Has dicho que tenías una oferta que hacerme.

—Me informé bien antes de partir —dijo el militar apurando de un trago la jarra de vino—. Llevas demasiado tiempo removiendo los asuntos turbios que nadie más quiere oler. Estás cansado y deseas establecerte por tu cuenta. No diré quién me envía, pero estoy autorizado a prometerte lo que anhelas.

—Un barco propio —dijo Epícteto, interesado e intrigado.

Mauricio asintió.

—Un barco propio. Si cuento con tu colaboración, a la vuelta tendrás un maravilloso barco de tres mástiles en plena propiedad. Casiodoro no sabrá nada; nuestro acuerdo será secreto. El barco se dispondrá en el puerto amigo que elijas. No se te pedirá nada que ponga en peligro tu posición.

—¿De qué se trata?

—Consígueme una reunión privada con Ibn Al-Tonsi, el gobernador. Habla con Amiano si es preciso. Esto —añadió Mauricio abriendo su bolsa— es para ti, y esto, para Amiano. Te ayudará a convencerlo.

Sobre la mesa depositó dos pilas de diez nomismata de oro relucientes como recién salidos de la casa de la moneda. Epícteto abrió los ojos y los recogió de inmediato, observando con recelo a un lado y a otro, temeroso de que alguien los vigilara.

—¿Y bien? —inquirió Mauricio.

—Dalo por hecho. —Y sonriendo brindó a su salud.

28

LA LUZ DE LA ANTIGÜEDAD

Sumido en el sopor después de la comida de mediodía, Casiodoro meditó tumbado en el catre de la habitación de servicio que le había facilitado Pancracio. Durante toda su vida había estado sometido a la disciplina del estudio, y todo lo que conocía del mundo era la visión genial de grandes hombres. Había atisbado por una rendija el espectáculo de un mundo grandioso y la rendija se había convertido de pronto en un ventanal gigantesco. Le habían instruido en geometría, álgebra, astronomía, lógica, física, química e historia, y todo eso era solo lo que había sobrevivido al desastre de las guerras. ¿Cómo reconocería lo que fuera que pudieran encontrar?

Irene estaba espléndida, aun con la cabeza cubierta con un pañuelo claro. Le entregó una gallabía, el vestido local de los hombres, que le llegaba hasta los tobillos. Era fresca, de algodón, y llevaba bordados azules en el cuello y en los bordes de las mangas.

—Aunque seamos griegos, es mejor que nos adaptemos a las costumbres locales. Pasaremos desapercibidos. Además, representas a una familia ya asentada aquí, se supone que te habrás hecho a los modos de vida de Alejandría.

Casiodoro regresó al cuarto y se cambió de ropa. Echó en falta un arma y de su equipaje tomó el cuchillo marinero, ligero y discreto. «Mejor esto que nada», pensó.

—Tienes toda mi atención, Irene —dijo Casiodoro ofreciéndole la mano. Estaba radiante, y contagió de optimismo al aprendiz—. Mi querida esposa, seguro que tienes mucho que contarme del faro. ¡Soy todo oídos!

Irene lo miró sorprendida, como quien recibe una agradable sorpresa, y tomó la mano que le ofrecía. Tenían la opción de rodear el zoco o atravesarlo. Casiodoro se dejó arrastrar por la intérprete. Las sombras de los edificios daban frescor a las tiendas, que aún tenían clientela. Muchos habitantes, tanto

griegos como árabes, se entretenían en tomar una bebida de un profundo color morado.

—¿Es lo que parece? ¿Mosto, o quizá vino?

—¡Ni lo uno ni lo otro! Ven, acércate. —Irene tiró de él. En un puesto de especias le señaló un cesto lleno de hojas pequeñas y oscuras, secas y arrugadas. Compraron un poco y luego lo probaron en una tetería—. Es té de hibisco. Échale azúcar y pruébalo.

—Delicioso —tuvo que admitir el aprendiz.

—Mira. ¡Ven!

En el zoco podían comprar todo lo que imaginaran, madreperla y coral, ámbar y ébano, sensuales perfumes de todo tipo. Recorrieron el pasillo de los juguetes y de los productos de papiro, y preguntaron por los libios. Les dirigieron a las tiendas de los beduinos, cubiertas de gallabías con monedas tintineantes y extrañas joyas de cobre. Tras comprar un par de aretes colgantes, giraron a la derecha hacia el pasillo de las telas y las sábanas de algodón egipcio, cruzaron el del oro y la plata y llegaron de nuevo hasta los barriles repletos de especias y hierbas aromáticas.

—Puedes comprar semillas de mostaza. El secreto alejandrino para curar cualquier malestar es remojarlas en agua y después meter los pies durante largas horas. A los frascos con minúsculas estrellas y caballitos de mar no les hagas caso; son para hacer hechizos a tus enemigos.

Casiodoro la miró entre incrédulo y divertido.

—No dirás en serio que crees en eso… De todas formas, no tengo enemigos.

—Todo el mundo tiene enemigos, y respecto a creer o no, eso es cosa tuya. Estás en el reino de los faraones. Esta civilización ya era grande antes de que la loba Luperca amamantara a Rómulo y Remo en la colina del Capitolio. Las pirámides ya existían antes de que Homero escribiera la *Ilíada*. Esta tierra es mágica y está bendecida por el Nilo y por los dioses.

—Si era tan gran nación, ¿cómo es que fueron conquistados?

Irene lo miró llena de paciencia.

—¿Estás ciego? ¿Te das cuenta de lo que dices? Fíjate bien; antes es al contrario. Siempre han sido los invasores los que han acabado conquistados por Egipto.

Salieron del zoco y llegaron al gran dique. Había una continua circulación de carros que transportaban la mercancía desde los muelles aledaños a la gran

avenida que discurría sobre el Heptastadium. Varias carretas llenas de madera cruzaban hacia el faro. Llegaban llenas y regresaban vacías. El enorme faro se alzaba en el extremo norte de la isla. Casiodoro estaba impresionado.

—¡Es realmente espectacular! ¿Quién lo construyó?

—Lo realizó un arquitecto llamado Sóstrato de Cnido para el segundo de los Ptolomeos. Está formado por inmensos bloques de mármol ensamblados con plomo fundido. Dentro hay más de trescientas habitaciones, cobijo suficiente para todo un ejército. —Casiodoro la miró asombrado, y ella se ruborizó—. No, no he estado dentro. Todo esto lo he leído en la biblioteca.

Al final del gran dique se levantaba una pequeña fortificación que defendía el acceso y frente a él las ruinas desmanteladas de un antiguo templo. Siguieron el camino litoral hacia el faro. No les dejaron pasar más allá del recinto amurallado que lo defendía; aun así, su inmensa altura quitaba el aliento. Sobre el templete, en la cúspide, se erguía el dios Zeus recubierto de oro, y bajo él se encontraba un gran espejo metálico junto al cual se veía trabajar a diminutas figuras. El dios griego permanecía en lo alto porque nadie había sido capaz de alcanzarlo.

Las carretas pasaron junto a ellos por la gran puerta de acceso custodiada por soldados, y entrevieron el patio interior, con amplias calles pavimentadas con grandes losas y laberínticos jardines de setos bajos, todo dominado por Ptolomeo y su reina. Cuatro carretas vacías salieron a su vez y las puertas se cerraron.

—Están preparando la pira. Desde hace siglos, más allá de Alejandría, en el fértil delta del río, se cultivan bosques de árboles y palmeras para obtener combustible. Ven.

Se sentaron en el borde del saliente rocoso donde se ubicaba el faro, entre árboles nudosos y deformados por el constante aire del mar. La vista sobre la bocana era increíble. El sol estaba descendiendo.

—Dentro del faro hay un templo dedicado al dios solar, a Amón, donde se conserva inextinguible el fuego sagrado. De él extraían una antorcha con la que se encendía el aceite bendecido por los sacerdotes que estos depositaban sobre los leños de la pira. Recordaban en su letanía a Alejandro, el hijo de Amón, según se manifestó en el oráculo del oasis de Siwa, y prendían el fuego con el último rayo de sol del día.

—Pero ¿el dominio árabe no ha acabado con esa tradición?

—Nadie lo admitirá jamás, pero una parte del pueblo sigue adorando a los viejos dioses en secreto, en la intimidad de sus hogares. Los musulmanes se

conforman con que no se haga públicamente y con que se paguen los impuestos y tributos. ¡Oh, Isis! ¿No sientes que este es un lugar mágico?

Casiodoro estaba sorprendido por lo mucho que desconocía y por el agradable clima del atardecer, aunque la humedad le atravesaba la gallabía por todas partes. Miró al oeste, y cruzó con la vista una pequeña bahía en la que se arracimaban las casas de los pescadores.

—Veo más ruinas en el otro extremo de la isla.

—Lo que ves es lo que queda del templo de Poseidón. Las ruinas junto al dique eran del antiguo templo de Isis, que por la noche aún es venerada.

—¿Y dónde está la tumba de Alejandro?

—Algunos dicen que aquí, en Alejandría, bajo la mezquita del profeta Daniel; otros, que está en Tebas, en Menfis o incluso en el oasis de Siwa. Corren rumores continuamente. Se dice que junto a él se enterró un tesoro digno de un faraón, pero todo eso se ha perdido.

—Por las guerras —dijo Casiodoro.

—Por la intolerancia —replicó Irene con pasión.

—¿Por los árabes?

—No; fuimos nosotros. Hace trescientos años hubo un gran maremoto. Las olas arrasaron la ciudad. Los barcos acabaron en los tejados de las casas y los muertos flotaban por las calles. Los fanáticos cristianos lo vieron como un castigo divino por tolerar la antigua cultura, y para ellos fue un gran triunfo arrasar templos, bibliotecas y santuarios. Antes de la catástrofe, a la ciudad la llamaban la de los mil templos. El emperador Teodosio, no satisfecho con eso, despojó a Tebas de uno de sus obeliscos. Pero ¿y si no se perdió todo ese saber? Por eso estamos aquí, ¿no es cierto?

Permanecieron en silencio mirando la puesta de sol. La tarde declinaba. Otros visitantes deambulaban por las cercanías admirando el faro, rodeado de gaviotas. Casiodoro no había conocido a nadie como Irene. Le parecía una mujer distinta y se preguntó qué les depararía el futuro, si regresarían a Constantinopla o si no habría una Constantinopla a la que regresar.

Los soldados encendieron todos los pebeteros de la fortificación, y con el último rayo de sol, la luz del faro iluminó de forma progresiva todos los alrededores y se mezcló con la última llamada a la oración de los almuédanos desde los minaretes. Merecía de verdad ser una de las maravillas del mundo antiguo. Antes de que la última claridad se desvaneciera, Casiodoro e Irene retomaron el camino del Heptastadium. En algún momento, sus manos se rozaron, pero no se tomaron.

En la casa, Pancracio había inundado el jardín de lámparas y velas, colocándolas entre las enredaderas, los jazmines, los macizos de mirto y de rosas damascenas. En alguna vivienda cercana celebraban un convite y la música pausada e insinuante ambientaba el aire cálido de la noche. La cena fue ligera y frugal. Los sirvientes se retiraron, Pancracio acercó al aprendiz un candelabro para la lectura y los dejó a solas. Casiodoro sacó las memorias de Pulo de entre los pliegues de su ropa. Irene contemplaba el firmamento.

—La Vía Láctea. Si la tierra es de verdad redonda, me pregunto si en el otro extremo habrá alguien mirando el cielo en este momento como yo, y si verá las mismas estrellas.

Casiodoro la miró pensativo sin decir nada. Irene se volvió hacia él.

—¿Crees que hay otra vida? ¿Otra vida mejor?

—Creo que si la hay, ya lo descubriremos en su momento, y si no la hay, entonces preguntárnoslo es perder nuestro valioso tiempo. Pensemos en Pulo y en Egindes. Mañana puede ser un gran día.

—¿Qué dice Pulo sobre el filósofo?

Casiodoro sacó el diario y comenzó a leer en voz alta para ella.

> Tras el susto del carro, Egindes, aún tambaleante, me invitó a comer a su casa. Vivía solo con una criada, de forma sencilla, dependiendo de la voluntad de los hombres que pedían su consejo. No era mucho, pero le permitía subsistir sin preocuparse por otra cosa que investigar sus máquinas y artilugios. Él mismo había supervisado la reconstrucción de parte del trazado de las antiguas tuberías de plomo que surtían de agua pública el barrio donde vivía, por medio de una fuente de cuatro caudalosos caños. De ahí que sus vecinos lo tuvieran en gran estima.
>
> La fachada encalada daba paso a un recibidor pequeño, fresco y luminoso, e inmediatamente después se encontraba el patio principal, lleno de verdor. En un segundo patio mantenía gallinas. La casa parecía haber sido reconstruida varias veces, porque las columnas eran de diversa procedencia, algunas, lisas, otras, estriadas, incluso dos de ellas debían de tener su origen en algún templo antiguo, por su capitel en forma de papiro.
>
> El comedor estaba pintado con un gusto exquisito, con murales a la manera egipcia, con gente de perfil y su curiosa escritura jeroglífica, como si estuvieran celebrando un banquete. Egindes se ofreció a traducirme una parte. Hacía referencia a la fiesta del Nilo, llamada de la embriaguez, que se celebraba en el mes de Coth en la estación de Ajet. El propio faraón bailaba ante Hathor, la diosa del amor, y le ofrecía un cántaro de vino, tras lo cual bebía él también.
>
> A cambio de mis breves noticias de Constantinopla, donde Anastasio I había iniciado la construcción de una enorme muralla y emprendido una nueva guerra contra los ejércitos isaurios de Longino, me entretuvo hablándome sobre su fascinación por la cultura egipcia y sobre todo lo que había podido descubrir de su conocimiento. Según él, bastaba con ver las pirámides para comprender que a su

lado el imperio no era más que una aldea de agricultores toscos y agresivos. Le recriminé su actitud, recordándole el maravilloso Panteón y el Coliseo de Roma, y la red de calzadas que controlaban todo el imperio; se rio de mí. Se sentó en un sillón de esparto tejido a la sombra del porche. Me dijo que la civilización egipcia se basaba en el conocimiento, no en los ejércitos, y que para levantar las pirámides y la Esfinge de Gizeh, el faro de Alejandría y el recinto sagrado de Tebas se requerían hombres sabios, ingenieros formados, obreros cualificados y una población cohesionada y convencida de su civilización. Para él todo lo romano estaba en decadencia. Consideraba que nada le había aportado el cristianismo. Acepté el brindis que me ofreció por haberme alejado de Constantinopla para conocer mundo y me deseó suerte en mis aventuras empresariales. Bebí un vino excelente.

Me dijo que estaba trabajando en máquinas y grúas que permitieran manipular los pesados bloques que habían movido los egipcios al construir sus templos y tumbas, y que cuando redescubriera sus secretos, él sería tan milenario como ellos. En su propio taller, situado en un sótano de la casa, estaba construyendo varias maquetas.

Disfruté mucho de su compañía y resolví que volvería a verlo después de mi viaje a Menfis, donde los trabajadores de los campos de trigo rehusaban seguir si no se incrementaba su salario. Él, por su parte, me dijo que se estaba muriendo. Quería ir al sur por última vez, y quería hacerlo en mi compañía. Quedé impresionado por su franqueza, y lo invité a venir conmigo.

Cuando Casiodoro levantó la vista de las memorias, se encontró con la mirada de Irene, que lo contemplaba llena de curiosidad, como si tuviera ante ella un extraño espécimen.

—No eres como los demás hombres. ¡Disfrutas leyendo! —dijo sonriente.

Asombrado, Casiodoro se echó a reír.

—Es cierto —admitió—. No soy como los demás hombres.

»Según cuenta en sus memorias, Pulo visitó Tebas con Egindes. A ver. Dice aquí: “No puedo creer lo que me ha contado. Egindes me ha dado como prueba esta moneda, una moneda macedónica con lo que parece el rostro de Alejandro. Es un hombre apasionante”. Luego habla del Nilo como el agua de la vida.

—Tebas es un importante centro de culto a Amón. Quizás allí interpretemos mejor lo que nos cuenta Pulo.

—Sí, creo que aceptaremos el viaje de bodas de Marco Amiano, ¿no te parece, querida?

Él lo dijo bromeando, pero el corazón le dio un vuelco cuando Irene se sentó en el banco más cerca de él, mirándolo fijamente con sus grandes ojos llenos de intensidad.

—Me parecería bien —dijo ella, y le tomó la mano un instante antes de levantarse para subir al dormitorio.

Casiodoro la siguió dócilmente. ¿Era eso lo que pretendía?

El aprendiz se despertó de nuevo en el pequeño e incómodo catre con las voces mañaneras del zoco. Pancracio le proporcionó agua limpia. Se lavó las manos y la cara en una palangana y salió en busca del desayuno. El portero lo vio caminar renqueante en dirección al comedor y le hizo unos gestos que Casiodoro interpretó como que estaba loco por dormir separado de su joven esposa. El aprendiz asintió.

Comprobó que las memorias seguían con él, así como su cuchillo. Irene ya estaba despierta, sentada bajo los pórticos, y se dedicaba a tomar notas sobre una tablilla con un papiro y una pluma.

—¿Y Mauricio?

—No lo sé. Pancracio me ha indicado que anoche no regresó.

—Hum… —Casiodoro cogió un bizcocho de miel. Estaba delicioso—. Nos apañaremos sin él. Hemos venido como familia de un mercader. Hagamos nuestra representación y visitemos el negocio.

Por indicación de Pancracio, un hombre los llevó hasta el barrio de los artesanos, donde los cesteros entretejían con habilidad y rapidez los juncos secos y flexibles, sentados a la sombra fresca de sus zaguanes. Los carpinteros desbastaban troncos y cortaban tablones que varios hombres cargaban en carros. Casiodoro supuso que su destino serían los astilleros del puerto. Doblaron dos calles y a la tercera encontraron el taller de cordelería del comerciante Horacio de Pérgamo.

Su guía les hizo pasar a la sombra y fue en busca del encargado, un hombre alto y en plena madurez. Se deshizo en halagos a su patrón, esperando una recompensa a sus palabras. Casiodoro lo entendió; a regañadientes depositó un dírham de plata en sus manos. Les enseñó las dependencias, donde niños entrelazaban las largas fibras de cáñamo para formar finos cordeles.

—Fíjate qué curioso —comentó el aprendiz sin darse cuenta de que Irene apenas le prestaba atención.

Ella asintió, distraída. Casiodoro siguió mirando absorto cómo juntaban cordeles para formar cuerdas de mayor grosor, con la ayuda de unos prismas de madera agujereados por los que pasaban los cordeles, colgados del techo por sus extremos. Al tirar de la pieza de madera, los cordeles se trenzaban, formando un conjunto de mayor grosor. Repetían la operación con piezas

diferentes, a cada trenzado cambiaban el sentido de giro de los cordeles que lo componían y engordaban la cuerda con una capa más.

—¡Fuertes y duraderas maromas, sogas y toas, amo! —exclamó el encargado, invitándolo a comprobarlo tirando del extremo de un rollo—. ¡Venderemos mucho este año!

—¿Y la cera?

—No es época aún, amo, las abejas están durmiendo y aún falta hasta la primavera, la época en la que ellas construyen sus panales y los llenan de cera y miel. Pero también tendremos ganancias. Los depósitos del puerto están llenos y se está vendiendo bien, aunque la competencia es dura. ¿Quieres probar la miel, amo? Ven, acompáñame. Tu esposa también disfrutará.

Casiodoro hizo ademán de seguirlo, pero miró a Irene, quien parecía impaciente. Era obvio que quería salir de allí.

—No, hoy no. Tengo otros compromisos, pero volveré.

El encargado, de rostro tostado y magro, sonrió mostrando sus blancos dientes. Los acompañó hasta la puerta del establecimiento, despidiéndose de ellos con múltiples reverencias.

En cuanto se alejaron, el aprendiz frunció el ceño y detuvo a Irene.

—¿Qué sucede? ¿Qué ocurre? ¿Es que quieres despertar sospechas?

Ella se volvió hacia él, turbada. Sus ojos brillaban, húmedos.

—Por favor, tenemos que ir a otra parte. Reconozco esta calle, reconozco esta tienda. Estamos cerca del barrio de los orfebres, donde vivía mi familia. Tengo que encontrar la calle, la casa… ¡yo nací aquí!

Tiró de él, sorprendiéndolo con la vehemencia con la que intentaba convencerlo, hasta tal punto que se dejó llevar, conmovido. Irene balbuceaba mientras se sumergía en sus recuerdos.

—Aquí me sentaba a esperar un trozo de pan de una de mis tías, mientras mi madre llevaba agua a casa en un cántaro. ¡Allí! Allí habitaba un orfebre vanidoso que envidiaba el trabajo de mi padre, y aquella… aquella casa se levanta donde estaba la mía.

Sobre las ruinas habían construido una vivienda diferente. Se paró en el centro de la calle y miró el suelo.

—¿Qué les pasó a tus padres? —preguntó Casiodoro, atento a las miradas curiosas que los observaban desde las celosías de las casas vecinas.

Irene se agachó, palpando con tristeza varias piedras de la calle, espantada por los recuerdos de la noche en que Timeo la salvó. Unas lágrimas silenciosas recorrieron sus mejillas hasta gotear desde su barbilla al suelo. La

tierra bebió sus lágrimas con avidez. Recordó a su madre y a su padre, y en silencio se despidió de ellos.

—Murieron —musitó.

Su ánimo era sombrío y el aprendiz decidió que sería mejor regresar a casa. Le ofreció su mano y ella la tomó. Si era un hombre peligroso, no lo aparentaba; parecía un buen hombre, dijera lo que dijese Timeo. No se apercibieron de que un hombre salió de unos baños tras ellos y los siguió hasta la casa de Horacio, el comerciante de cuerdas.

29

ESPÍAS DE DAMASCO

El hombre examinó la entrada, vio a Pancracio, que le sonrió con una mueca amenazante mientras hacía crujir sus nudillos, y desapareció. El portero estaba acostumbrado a encontrarse con ociosos y curiosos, y no le dio mayor importancia.

El observador regresó a los baños de Lucio y esperó. Vio al mercader de maderas exóticas preparándose para irse. Marco Amiano le hizo un gesto; era la señal habitual con la que le requería la información conseguida.

—Sé dónde viven —dijo el servidor—. Detrás del gran zoco. Un portero vigila y guarda la entrada. Sería posible reducirlo o eliminarlo.

—No. Aún no. Vigila sus pasos.

El mercader salió del establecimiento. Llegó al centro de la ciudad, donde la gran avenida del *cardus* se intersecaba con la del *decumanus*. Flanqueado por esfinges de arenisca subió los escalones de piedra del palacio del gobernador. Las columnas en forma de papiro debían de proceder de algún templo antiguo. ¿Cómo de antiguo? ¿Dos mil, cuatro mil años?

Los soldados lo miraron con desconfianza. Un funcionario le preguntó nombre y cometido; le hizo esperar una hora, y después le indicó que podía seguirlo. El corredor interior era fresco; llegaron al pie de unas puertas de cedro y bronce. Eran enormes.

El gobernador Al-Tonsi despidió a varios funcionarios y a un escriba con un gesto de su mano, y estos se inclinaron y salieron. El despacho era suntuoso. Marco Amiano se inclinó en una reverencia y pensó con ironía que el antiguo país había derrotado la austeridad del Profeta. El gobernador se acarició la barba antes de hablar. Un grueso anillo de oro adornaba el dedo anular de su mano derecha.

—Un hombre ha venido esta mañana solicitando audiencia —dijo Al-Tonsi—. Traía una carta de recomendación rubricada con tu sello y tu firma.

—Espero que no te hayan importunado, excelencia. Muchos piden mi consejo, pero pocos son los ayudados.

—Al contrario, ha sido una entrevista muy interesante. Eres exportador de madera. Siempre estás implorando una oportunidad para trabajar para mi administración. Tu petición ha sido escuchada. ¿Te interesaría un permiso de exportación para Damasco?

—Por Dios bendito, ¿a quién tengo que vender mi alma?

—A mí. Sabía que te interesaría. En realidad es muy sencillo conseguirlo. Dentro de poco la guerra habrá concluido y necesitaremos mucha madera de calidad para satisfacer a nuestros emires vencedores. Y se acordarán sobre todo de aquellos que los apoyaron. Serán agradecidos con quienes financiaron su victoria.

Marco Amiano entendió fríamente lo que significaban las palabras del gobernador. Al-Tonsi siguió hablando.

—Por otra parte, pronto expirará tu concesión comercial. Sería una pena que el almotacén no encontrara apta tu mercancía, aunque sería peor aún que tu concesión no fuera renovada.

—¿Y cuánto sería conveniente ofrecer para no ofender a nuestra amistad?

—Alá es compasivo y misericordioso. Los hombres estamos llamados a entendernos en su nombre. Doscientas piezas de oro serían consideradas un insulto, pero trescientas piezas reflejarían una voluntad de compromiso que no sería olvidada. Mi ejército necesita madera. Mucha madera.

—Excelencia, tu amistad no tiene precio y brindaría contigo si el Profeta no te lo impidiera.

—Loado sea su nombre, ¿acaso lo ves aquí para impedirme llenar una copa? —Y agitó una campanilla para llamar a su secretario, a quien ordenó traer vino y la renovación de la concesión. Bebieron, Al-Tonsi firmó dos copias con su sello lacrado y entregó una de ellas al mercader—. Tengo tu palabra. La vida del mentiroso es breve en esta tierra de pecado.

—Tienes mi palabra, excelencia —dijo el mercader sonriendo sin entusiasmo.

Marco Amiano tuvo que tragarse su orgullo. Al salir deseó que su banquero no muriera de un infarto cuando vaciase su caja. Posiblemente se lo estarían exigiendo a muchos otros, según sus cuentas anuales. ¿Para qué tanta madera? Esperaba hacer negocio. Siguió dándole vueltas de camino al puerto, y por fin lo comprendió. Sería para construir una flota o para reconstruir Constantinopla cuando fuera arrasada hasta los cimientos.

El gobernador Al-Tonsi volvió a leer la carta recibida por la mañana. El pergamino era de excelente calidad. No era el pergamino reutilizado habitual en los reinos bárbaros de Occidente. La letra era fluida y armoniosa, y los inicios de párrafo estaban adornados con pequeñas decoraciones en rojo, oro y azul. La lengua empleada era el griego, y quien escribía era la emperatriz María de Bizancio.

> Cuando Dios hizo al hombre, a pesar de la influencia del demonio y de sus legiones malignas, que lo abrumaron con sus tentaciones de idolatría, envidia, ambición, maldad y violencia, no consintió en que perdiera su capacidad para la compasión, el amor y la benevolencia. Además, para equilibrar la balanza, le dio como compañera a una mujer.
>
> Soy madre y comprendo los sufrimientos que sienten todos mis súbditos por sus hijos enviados a las fronteras de nuestros países en guerra. Quizá Dios y Alá sean el mismo, pero soy mujer y no se me permite involucrarme en los asuntos de los hombres. Lo que sí puedo es apelar a la compasión de vuestra excelencia, solicitando clemencia para el hijo de uno de mis más leales funcionarios. Se llama Justino Pío, hijo de Antonino Pío, y luchaba por su patria en Asia Menor con el grado de capitán. Las últimas noticias que tenemos son que está prisionero en Damasco.
>
> A cambio de su liberación, y como entiendo que todos somos a la vez padres e hijos, liberaremos a cinco prisioneros, hijos de emires, retenidos en nuestros acuartelamientos de Asia. Esta carta es también firme crédito que podréis confirmar en la sede del agregado comercial griego en Alejandría, como agradecimiento a vuestras gestiones.
>
> Y porque sé que Alá también premia al hombre justo y compasivo, sé que esta carta no os dejará indiferente.

Remataba la carta el sello imperial.

Al-Tonsi se atusó la barba de nuevo, pensando qué podría sacar en claro de todo aquello. Era seguro que Constantinopla caería, así que debía actuar con celeridad. De la palabra de un muerto no se obtenía ningún beneficio, pensó para sí. Primero canjearía el valor de la carta con el agregado comercial y luego escribiría a Damasco, donde se presentaría como un negociador triunfante. ¡Cinco hijos de emires a cambio de un único prisionero! ¡Era un gran logro! Además sería recompensado por el propio Suleimán. En cuanto tuviera a recaudo al prisionero, tendría poder para influir sobre el califa y sobre la emperatriz. Al-Tonsi se echó a reír. ¡Qué plan tan astuto! ¡Qué estúpidas eran las mujeres! Pidió el mejor pergamino y pensó que en Damasco el califa lo recompensaría con el visirato en cuanto conociera todo.

Mauricio había cumplido su parte del trato. En su poder se hallaba la respuesta del gobernador árabe que debía enviar sin falta a Constantinopla. Previno a Epícteto de que no podía retrasarse.

—Cuando llegues a palacio recibirás contestación, y si todo sale como preveo, tu deseo se verá cumplido.

—He decidido que lo que me has ofrecido no es bastante.

Aquello demudó el rostro del militar.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—¿Qué pasará con la pareja? —preguntó Epícteto.

—No te incumbe. Los protege la autoridad imperial. Los protejo yo.

—No es bueno que el hombre esté solo. Quiero a la mujer para mí.

El militar se tensó sobre el taburete de la taberna, pero logró no alzar la voz.

—Eres despreciable.

—Esto es Egipto y la voluptuosidad del río recorre nuestras venas. Bizancio queda lejos del calor del delta. Será mía o no te ayudaré.

—No creo que eso sea un obstáculo. —Mauricio no dijo todo lo que opinaba de él.

El capitán del barco sonrió maliciosamente, como un sátiro. Sus ojos brillaban de lujuria.

30

LA SÉPTIMA MARAVILLA

Mauricio apareció por fin en la casa del mercader de cuerdas y Casiodoro se alegró de verlo sano y salvo. Había estado preocupado por su ausencia. Le contó lo que habían descubierto y el inminente viaje a Tebas.

—Epícteto me ha advertido de nuevo sobre Marco Amiano. He estado vigilando el palacio del gobernador y lo vi salir de allí. Por el puerto corren rumores alarmantes sobre la inminente caída de Constantinopla.

Irene palideció. Casiodoro mantuvo la calma.

—Si Constantinopla cae, nuestra misión no tiene razón de ser —concluyó el militar.

—Aún no ha sucedido nada de eso. Es mejor que nos concentremos en lo que podemos hacer aquí y ahora, y no pensemos en lo peor.

—Lo peor llegará por sí solo —le interrumpió Mauricio.

—Mañana embarcaremos en el lago Mareotis, detrás de la ciudad, y en cuanto a Marco Amiano, no le demos pistas. Recordad que somos una pareja feliz, y tú, nuestro guardaespaldas. Antes de partir, asegúrate de que Epícteto hace llegar este informe al gran drongario —dijo entregándole una misiva escrita en un rollo de papiro, atado con una cinta azul y un lacre de cera en forma de escarabajo.

—No olvides tu arma —le recordó el militar.

Casiodoro asintió pensativo.

—Incluso ella debería protegerse. —Cogió un diminuto cuchillo de punta afilada de la mesa y se lo entregó a la intérprete. Sus manos tenían la piel tersa y eran suaves y cálidas—. Guárdalo. En caso de problemas, nadie se esperará que tengas un cuchillo. No pareces peligrosa.

Irene se irguió, seria, y lo cogió sin decir nada.

—Más vale estar prevenidos. Deberíamos explorar la ciudad, ver rutas de escape, un escondrijo alternativo, lugares seguros, todo eso.

—Antes te llevaré a la mezquita del profeta Daniel, donde algunos dicen que está enterrado el hijo de Amón —respondió la intérprete, y lo arrastró tras de sí.

La tarde era luminosa. De cuando en cuando se les acercaban jóvenes árabes que pugnaban por convertirse en sus improvisados guías; con toda clase de halagos, amenazaban con pegárseles durante el resto del día, prometiendo mostrarles los rincones más fascinantes de la bella ciudad. Estaban cerca del antiguo teatro romano, utilizado como cantera de material de construcción.

La pequeña mezquita de Nebi Daniel se encontraba en pleno corazón de la ciudad antigua. Era un edifico singular. Llegaron a la diminuta construcción sorteando carretas y gentío, estatuas y esfinges en una de las principales arterias de la ciudad. Rodearon toda clase de puestos callejeros hasta llegar frente a la entrada, incrustada en un pequeño callejón. Pronto tendría lugar la oración de la tarde. Se descalzaron en el zaguán y entraron.

—Se dice desde hace mucho tiempo —susurró Irene— que el cuerpo de Alejandro Magno fue enterrado aquí, en el montículo de Kom el Demas, bajo esta mezquita. En árabe, *demas* significa «cuerpo».

La sala de oraciones tenía el suelo verde. Debajo estaba la venerada tumba del profeta, accesible por una escalera.

—Al profeta Daniel también lo llaman «el profeta con cuernos». El carnero es una de las representaciones del dios Amón.

—El hijo de Amón —comprendió Casiodoro.

Un guardián vigilaba la entrada. Le dieron un dírham de plata y los acompañó hasta abajo. Descendieron por la vieja escalera de madera verde. Olía a tierra húmeda.

—Bajo Alejandría se extienden multitud de pasadizos y corredores, en diferentes niveles. Muchos son los que se adentran en ellos y no regresan jamás. Se dice que Iskander, como llamaban a Alejandro, fue enterrado aquí, y Nabi Daniel, asombrado por la adoración que los lugareños profesaban a este lugar, fundó su mezquita sobre él para que rectificaran su idolatría.

Lo primero que vieron iluminado por la llama de la antorcha fue el sarcófago que contenía los restos del profeta, un modesto aunque enorme ataúd cubierto por un hermoso mantel blanco. Más allá, al final de la estancia, una reja cerraba el acceso al enrevesado laberinto de túneles.

—¿Adónde conducen? —preguntó Casiodoro.

El guía se encogió de hombros, pero no dijo nada. Irene le hizo un gesto. El aprendiz abrió la bolsa y le dio un dírham de plata. El guía comenzó a hablar.

—Se extienden por toda la ciudad, ramificándose constantemente. Muchos acaban en las profundas y antiguas catacumbas cristianas. Otros terminan en pasillos cegados por derrumbes o en cámaras anegadas por el agua, impidiendo seguir. Dicen que hay tesoros esperando en la oscuridad, ocultos donde nadie ha llegado aún. Se cuenta la historia de una prometida gorda a la que durante la procesión de boda su excesivo peso la hizo caer en un agujero; fue a dar a uno de esos misteriosos túneles, y nunca la encontraron. Y dicen en el puerto que a veces se oyen en la quietud de la noche los gritos ahogados de los infortunados ladrones que se extravían en la oscuridad y quedan atrapados en profundos pasadizos bajo el Heptastadium.

Casiodoro pasó la antorcha más allá de la reja y la oscuridad se tragó la luz. Olía a humedad, decrepitud, tierra antigua y olvido.

—¿Y nunca han encontrado nada? —preguntó al guía dándole otra moneda.

—Cuando era joven busqué y busqué ayudado de una cuerda para no extraviarme. Como el hilo de Ariadna —comentó el guía orgulloso de su erudición—. Llegué a una tumba extraordinaria que por poco se derrumba sobre mi cabeza. Conseguí salir llevando en el barro de mis manos algo brillante. Era un sencillo anillo de oro que ahora lleva mi primera mujer. ¡Todos hemos sido jóvenes! Y todos hemos buscado alguna vez. Pero siempre hay desafortunados. Por eso muchos temen los túneles, por estar malditos.

Casiodoro se agachó y palpó el suelo arenoso. El material estaba disgregado y húmedo.

—¿Y habría alguna posibilidad de que yo pudiera deambular por esos túneles?

Irene tradujo la respuesta del guía. No parecía sorprendido.

—Ni por todo el oro del mundo te seguiría al otro lado de la reja. Aunque por seis dírhams de plata puedes andar un rato por esas galerías con ayuda de este cordel de doscientas brazas de longitud, *sidi*.

—Tres dírhams.

—Cuatro dírhams —replicó el guía.

—Hecho —acordó el aprendiz.

Casiodoro pagó, y el guía les dejó una segunda antorcha y ató el cordel a la reja. Parecía resistente.

—¿Vienes? —preguntó el aprendiz a Irene.

La intérprete estaba pálida.

—Esperaré aquí —dijo mirando al árabe. No se fiaba de él. ¿Y si mientras andaban en los laberintos decidía cortar el hilo y cerrar la reja?

El guía subió y Casiodoro entró en el oscuro corredor. A los pocos pasos quedó envuelto en tinieblas en un angosto pasillo de piedra y tierra.

—¡Ten cuidado! —le gritó Irene antes de perderlo de vista.

El suelo era irregular y el aire tenía mucha humedad. A ratos hacía calor, y a ratos, frío. Había corrientes de aire que hacían oscilar la antorcha. El camino descendía. Nuevos corredores, tanto ascendentes como descendentes, se abrían a intervalos en los laterales. Si había corrientes, era que estaban comunicados con el exterior. En las sombras veía formas caprichosas. ¿Eran piedras eso del suelo o eran huesos? Según avanzaba sentía una opresión en el pecho. El aire se hacía pesado e irrespirable. Oía ecos. ¿Serían los latidos nerviosos de su corazón? Sintió frío de pronto. Decían los esotéricos que los fantasmas existían y absorbían el calor de los vivos. El pasillo se estrechaba. Dos veces tropezó con piedras del túnel, produciendo pequeños derrumbes. A veces veía letras griegas en rojo sobre la roca. Entró en un corredor. Sintió que el cordel había llegado al final. Al fondo del corredor había una sala sumida en la oscuridad. Se veían nichos. Era una necrópolis. Siguió andando sin pensar.

La llama osciló justo cuando se dio cuenta de que algo marchaba mal. Había seguido caminando con la punta del cordel en la mano. ¿Se habría roto en alguna parte del camino? Empezó a sentir un sudor frío por todo su cuerpo y a respirar agitadamente. Las sombras le confundían, y de repente regresó a su memoria la imagen fantasmal de un demonio en un oscuro pasadizo. El corredor era siniestro.

Luchó por mantener la sangre fría, y retrocedió por los pasadizos siguiendo el hilo. Se imaginó a todos los que le habían precedido y no habían salido de allí. ¿Eso era un fémur? Tragó saliva, tropezando por los corredores. Una corriente de aire apagó la antorcha y el aprendiz gritó y recordó el terror de la oscuridad. Tenía la cuerda y la siguió a tientas, mascullando entre dientes mientras palpaba las inestables paredes.

Sus dedos temblorosos llegaron al extremo roto del cordel, y entonces gritó de desesperación. Tanteó el suelo palmo a palmo, avanzando por la pared, llenándose de polvo y arena, en busca del cabo roto. A veces palpaba formas extrañas. ¿Serían trozos de pergamino? ¿Dientes arrancados? ¿Falanges de una mano? Llamó a Irene innumerables veces; cuando creía que iba a volverse loco, vio acercarse una luz. Era ella, angustiada y pálida como

un fantasma. Un jadeo como de aire caliente erizó el vello de la nuca del aprendiz y echó a correr hacia la intérprete hasta coger su mano.

—¡Irene, salgamos de aquí!

En realidad estaban muy cerca de la entrada enrejada. Irene había oído sus gritos y se había precipitado en su busca con la única antorcha que quedaba. Resoplando de terror llegaron al sótano, cerraron la reja y subieron las viejas escaleras entre siniestros crujidos de despedida. Casiodoro pensó si los musulmanes no habrían puesto allí la tumba de aquel hombre santo para conjurar el mal que habitaba en aquellas profundidades tenebrosas.

El guía los vio salir y les dedicó una sonrisa.

—Ahora conocéis el temor de la oscuridad y la piedad de nuestro dios, pues habéis regresado de entre los muertos. *Bismillah Al-Rahman Al-Rahim*. ¡En nombre de Dios compasivo y misericordioso!

—*Alhamdu lillah*. Bendito sea Dios —respondió Irene.

—Ha sido espeluznante —dijo el aprendiz—. Era como si los muertos deambularan por esos pasadizos a lo largo de edades enteras de los hombres.

—¿No sería un buen lugar para ocultar un secreto?

—No lo sé. Me he fijado en los pasillos y corredores. El subsuelo de Alejandría es arenoso y húmedo. El agua empapa las paredes. Los conocimientos de la edad antigua estaban escritos en papiro; si estaban ahí, la humedad puede haberlos destruido.

La luz cálida del atardecer y el gentío alegre no diluyeron el pánico pasado.

—Necesito un trago. ¡De verdad que necesito un trago de vino fuerte! —pidió Casiodoro con la voz ronca.

Los niños veían su cara descompuesta y sucia y se reían de él. En un mesón de un viejo sirio encontraron acomodo. Les sirvieron unos exquisitos boquerones rebozados en adobo, calamares rellenos y vino del delta. El aprendiz cerró los ojos saboreando el alcohol.

—Gracias por rescatarme.

—En la salud y en la enfermedad, en lo bueno y en lo malo. ¿No dicen eso? ¿Quieres más vino?

Él asintió mirándola fijamente. Irene interpretó esa mirada y se rio con fuerza.

—¡Hum! ¡Demasiado vino! Mejor no hables. Necesitas un buen baño y descansar.

—¿Otra vez en el catre? Recuerda que somos marido y mujer —dijo él, y volvió a pensar que era muy hermosa. El vino le había liberado. Se sentía agradablemente somnoliento y le costaba mantener la vista enfocada—. Eres diferente, Irene. Diferente.

La intérprete sonrió, pero no dijo nada.

En cuanto lo dejó adormilado en la cama, Irene pensó que era el momento oportuno de mandar un mensaje a la capital bizantina, porque ella tenía su propia misión. Pancracio, el portero, fue el único que la vio salir y regresar un rato después. El sudanés movió la cabeza, sin entender las extrañas costumbres de aquellos jóvenes recién casados.

Cuando Casiodoro despertó con un fuerte dolor de cabeza ya era de día. Tanteó en la mullida cama sin encontrar a nadie más. Decepcionado, alzó la cabeza y abrió los ojos. Estaba en la habitación nupcial, desnudo y entre sábanas de algodón egipcio; estaba limpio y olía a rosas, pero no parecía que nadie lo hubiera acompañado aquella noche.

El roce de las sábanas era muy agradable. El tiempo prometía otro día magnífico. Alguien lo había desnudado y lo había metido en la cama. Casiodoro no recordaba nada, para su pesar. Se puso una de sus mejores túnicas y se dio cuenta de que alguien se había dedicado a seleccionar el equipaje para el viaje. Bajó al jardín y escuchó el entrechocar de dos aceros y la voz precisa y autoritaria de Mauricio.

—Uno. Dos. ¡Bien! ¡Sube la guardia! ¡Cuida tu lateral! Otra vez.

Irene y el militar estaban enfrentándose. La intérprete había decidido que puesto que tenía un arma debía aprender a utilizarla. Casiodoro se quedó hipnotizado por la visión de Irene sofocada, con la respiración agitada y mirando fijamente la mano del instructor antes de lanzarle una cuchillada. Tenía las mejillas ruborizadas y las aletas de su pequeña y delicada nariz palpitaban. Su mirada era decidida. Mauricio paró su golpe y su contragolpe y retrocedió. Vio entonces al aprendiz, que se había sentado como un espectador sorprendido.

—¡Hola! Lo veo y no lo creo. ¡Mauricio retrocediendo!

—¡Hola, Casio! De seguir así no me vais a necesitar. ¡Es rápida como una víbora!

—Como un áspid, querrás decir, que estamos en Egipto —replicó Irene, inspirando profundamente sucesivas veces.

—¿Por qué no te unes a nosotros? Seguro que has olvidado todo cuanto te enseñé.

—Podemos probar. ¿Está todo preparado?

Irene asintió.

—He mandado a la cocinera que nos prepare unas pequeñas provisiones de fruta y pan fresco, queso y frutos secos. Tú querrás desayunar. Veré si todo está listo. —Y se marchó del patio.

—¿Preparado? Te abrirá el apetito —dijo Mauricio; Casiodoro asintió, sacando el puñal marinero.

Lo sopesó varias veces en la mano y se situó frente al militar. Cerró los ojos, inspiró y se concentró en sentirse como si estuviera en la cubierta del barco. Mauricio hizo una finta. Él ni se inmutó. Entonces se lanzó al ataque. Casiodoro paró y retrocedió. Se miraron el uno al otro, evaluándose.

—Bien, bien. Por lo menos recuerdas cómo moverte.

Se acercó y se alejó, y Casiodoro bailó con él, sin dejar de moverse. Mauricio intentó golpearlo en el costado. Casiodoro lo paró y lo rodeó, y fue el militar el que tuvo que retroceder, parando el golpe que le lanzó el aprendiz. Casiodoro retrocedió y guardó el cuchillo. El militar lo miró fijamente durante unos segundos.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó el aprendiz.

—Que has tenido mucha suerte. Pero al menos no has tropezado con tus pies.

»El mensaje ya está camino de Constantinopla.

—Tardaremos bastantes días en recibir respuesta. ¡Vamos!

Pasaron por las ruinas abandonadas del Serapeo, que Casiodoro se prometió investigar a su vuelta. A espaldas de la ciudad estaba el lago Mareotis, una extensa depresión poco profunda llena del agua dulce y limosa del Nilo, rodeada por un horizonte de vegetación desbordante. Un canal comunicaba el Mediterráneo con el lago, en el que existía un espacioso puerto fluvial; en uno de sus muelles se mecía el barco de Marco Amiano, llamado *Ojos de Isis*, con dos grandes ojos pintados en la proa. Poseía dos mástiles y filas de remos movidos por esclavos. El negocio de la madera no parecía ir nada mal, reflexionó Casiodoro.

Marco Amiano descendió por la pasarela para recibirlos.

—¡Bienvenidos! Uno de mis humildes camarotes está a vuestra disposición. Espero, señora, que el embrujo de este país te colme de fertilidad.

Detrás de la pareja iban Mauricio y dos porteadores. Les indicaron dónde dejar el baúl de viaje y cuál sería la litera del guardaespaldas. El barco era espacioso y estaba bien construido. Tenía amplias velas triangulares y su casco era muy plano, preparado para navegar por tramos de poco calado.

—¿Importación o exportación? —preguntó Casiodoro apoyado sobre la borda de estribor. Miraba cómo a lo lejos una bandada de flamencos rosas se alimentaba en un bajío. En su vida había visto un ave tan peculiar.

—Importación. Tengo que recoger una importante partida de madera exótica en Tebas. El momento es propicio para la navegación. La subida del Nilo nos evitará los peligrosos bancos de arena.

—Y yo que creía que Egipto era un desierto… ¡Es un paraíso! Ahora entiendo que al río se lo adore como a un dios.

—No encontrarás nada igual en el mundo. Has visto el faro, ¿verdad? Pues prepárate para cuando lleguemos a Al-Fustat, la capital de Egipto.

Irradiando felicidad, Irene se acercó a los brazos de Casiodoro. Marco Amiano ordenó desplegar las velas para aprovechar la brisa procedente del mar. Los remeros descansaron por un tiempo. Mauricio se acercó a la pareja para contemplar cómo al sur, dentro del delta, todo era exuberante vegetación. Hacia el oeste se distinguía una levísima línea de arena, que marcaba en la lejanía el comienzo del temible desierto libio. Pero miraran a donde miraran, solo veían campos preparados para ser irrigados por una infinidad de canales en tierra.

—¡Es como dice Diodoro Sículo, el geógrafo! Aquí se produce el trigo de Egipto, y de Oriente Próximo —mencionó la traductora.

—El Iteru, que es como se llama en la antigua lengua, irriga numerosos campos de cultivo de lino, cebada y trigo, y también arroz y algodón —explicó Marco Amiano a sus tres pasajeros—. El papiro y las palmeras crecen por doquier y la cosecha es abundantísima. ¿Veis allí? Esas plantaciones de acacias y palmeras son mías. Una parte irá al fuego imperecedero. En vuestro camarote tenéis frutas exóticas. ¡Cuando pruebes el mango, la fruta de los mil sabores, estarás en un paraíso!

Atravesaron el lago con rapidez, observando en las orillas a los búfalos de agua que andaban pesadamente entre los cañizos y los papiros, con sus poderosos cuernos. También había cocodrilos escondidos en las aguas someras, y de vez en cuando bandadas de ibis y garzas levantaban el vuelo asustadas por las fauces de los enormes reptiles.

—¿Qué es ese color de las aguas? Veo que son rojas y limosas —preguntó Casiodoro.

—Son las aguas de la crecida; así seguirán por otros treinta días al menos. Ese limo fertilizante procede del Alto Nilo y es la bendición de los dioses. Mientras que en el resto del mundo conocido el verano es época de estiaje, en Egipto es época de crecida, el Ajet. Cuando las aguas inundan los campos, los campesinos descansan y se ponen al servicio de su señor. En tiempo de los faraones, construyeron las pirámides.

—Me temo que ahora se dedicarán a construir barcos de guerra en los astilleros —murmuró Mauricio entre dientes.

El barco dejó atrás el lago y se adentró en el brazo del río. Al llegar a Naucratis la brisa marina era ya demasiado débil y los remeros se pusieron en acción. Recogieron las velas y avanzaron entre cultivos de hibiscos, tamarindos y sicomoros. Se encontraron con numerosas barcas de pescadores que los saludaban a su paso mientras cantaban y echaban las redes a las aguas.

—La crecida del Ajet ha convertido a los agricultores en pescadores —dijo Irene.

—¡Pero no estarán todos pescando! —exclamó Mauricio.

—Bueno, muchos otros están trabajando ahora en las canteras y en las minas, extrayendo oro y turquesas.

Constantemente, un tripulante comprobaba en la proa el calado del río. Grandes barcazas cargadas de papiro aprovechaban la corriente para avanzar con rapidez hacia Rashid, la otra gran ciudad del delta. Al anochecer atracaron en la antigua ciudad de Terenutis. A cambio de unas monedas, Marco Amiano se encargó de que nada faltara a la feliz pareja.

—¡Mirad al cielo! Los dioses celebran la subida del Gran Río —dijo el comerciante.

Las ciudades del delta estaban en fiestas y celebraciones, y así permanecerían semanas enteras. En el espectacular cielo nocturno vieron una lluvia de fuego que recorría el firmamento.

—Son las Perseidas, no los dioses —comentó Casiodoro—. Tenemos registros de los meteoros de la constelación de Perseus desde hace siglos. ¡Pero reconozco que nunca los había visto tan brillantes ni en tanta proporción!

Irene se alarmó, ya que el comentario era extraño en boca del hijo de un mercader de cuerdas. Marco Amiano les dirigió una mirada llena de inteligencia y supo que tendría que vigilarlos de cerca.

La pequeña estancia privada del barco de Amiano estaba adornada con columnas papiriformes abiertas, talladas en rica madera y pintadas de vivos colores. El lecho era cómodo. Una mosquitera bajaba desde un dosel cubriendo toda la cama. Pequeñas estatuas de dioses egipcios como Horus, Isis, Amón y Anubis vigilaban y bendecían el camarote, cada una de ellas con una varilla de incienso a sus pies. Una exuberante bandeja de mangos maduros, albaricoques y uvas, pescados asados y una jarra de excelente vino de Capadocia estaban al alcance de sus afortunados ocupantes, compensando las estrecheces de la estancia.

—¡Esto está muy bien! —exclamó Casiodoro cogiendo un albaricoque de la fuente. Estaba delicioso y lo saboreó con delectación. Irene lo atravesó con la mirada y él se limpió la boca con una servilleta de lino perfumada de azahar, intentando no atragantarse.

—¿Quién dormirá aquí? —preguntó ella.

—Bueno, somos una feliz pareja. Tendremos que representar nuestra actuación. Ya sabes que te respetaré.

Irene le lanzó uno de los almohadones. No sabía si el desafortunado comentario del aprendiz los habría puesto en peligro.

—Sabes fingir, ¿verdad? Toma posesión de tus aposentos. —Y le señaló una de las esterillas de cañizo a los pies del lecho.

Aturdido y contrariado, Casiodoro gruñó mientras cogía un trozo de carpa asada y pan egipcio. Definitivamente no entendía a aquella mujer. ¿Se estaría volviendo loca? Desde el lecho ella le lanzó una mirada victoriosa y desafiante antes de cerrar la mosquitera. El aprendiz se sintió como un perro, pero tenía sueño. El incienso lo adormecía y no tenía fuerzas para discutir.

Al amanecer la luminosa cara de Irene contrastaba con la expresión sombría y somnolienta de Casiodoro. Los marineros los miraban y se daban codazos entre sí, cuchicheando y riéndose. El aprendiz se preparó para salir del barco en busca de unos baños.

—Tienes mala cara. ¡Sonríe, estás de luna de miel! —exclamó Mauricio.

—Apenas he dormido —masculló Casiodoro.

—¡Ah, Casio! ¡Qué afortunado eres! —Marco Amiano le dio una gran palmada en la espalda y el aprendiz se esforzó en ofrecerle una sonrisa—. En cuanto volvamos de los baños partiremos. ¡Al-Fustat está muy cerca!

Irene se acercó a ellos y agarró del brazo a su fingido marido.

—Adonde vamos habrá un reservado, supongo… —Le dio un beso en la mejilla—. Me siento muy bien. ¿Tú no?

—Claro que sí… cariño.

—Sin problemas. Es una buena casa de baños, bien perfumada y civilizada. Os gustará.

Una hora más tarde, el barco partió remando hacia el sur, dejando atrás Terenutis. Con el sofocante calor del mediodía, llegaron a la capital del país.

—¡Al-Fustat, amigos míos!

La ciudad, fundada por Amru el conquistador entre la antigua fortaleza romana y el río, era el centro administrativo del país. Había desbancado de la capitalidad a la milenaria Menfis. Desde allí se había extendido la cultura árabe al resto del país, imponiendo tributos a los nativos egipcios, a los judíos en la diáspora y a los coptos.

En el barrio de Al-Askar se concentraban el palacio y todos los organismos de gobierno. Las múltiples mezquitas con sus minaretes convivían con las iglesias coptas y con las sinagogas. La ciudad se extendía a ambos lados del gran río; también ocupaba las islas mayores. El trasiego marítimo era incesante. El bullicio de las orillas, los olores de las tenerías, los colores de los teñidores de lana y algodón, las voces de los zocos… todo inundaba la atmósfera de una vitalidad desbordante. Desde las torres de las orillas, rostros femeninos observaban tras las celosías. Los almuédanos gritaron al aire llamando a la oración y cientos de palomas volaron desde los palomares de las azoteas.

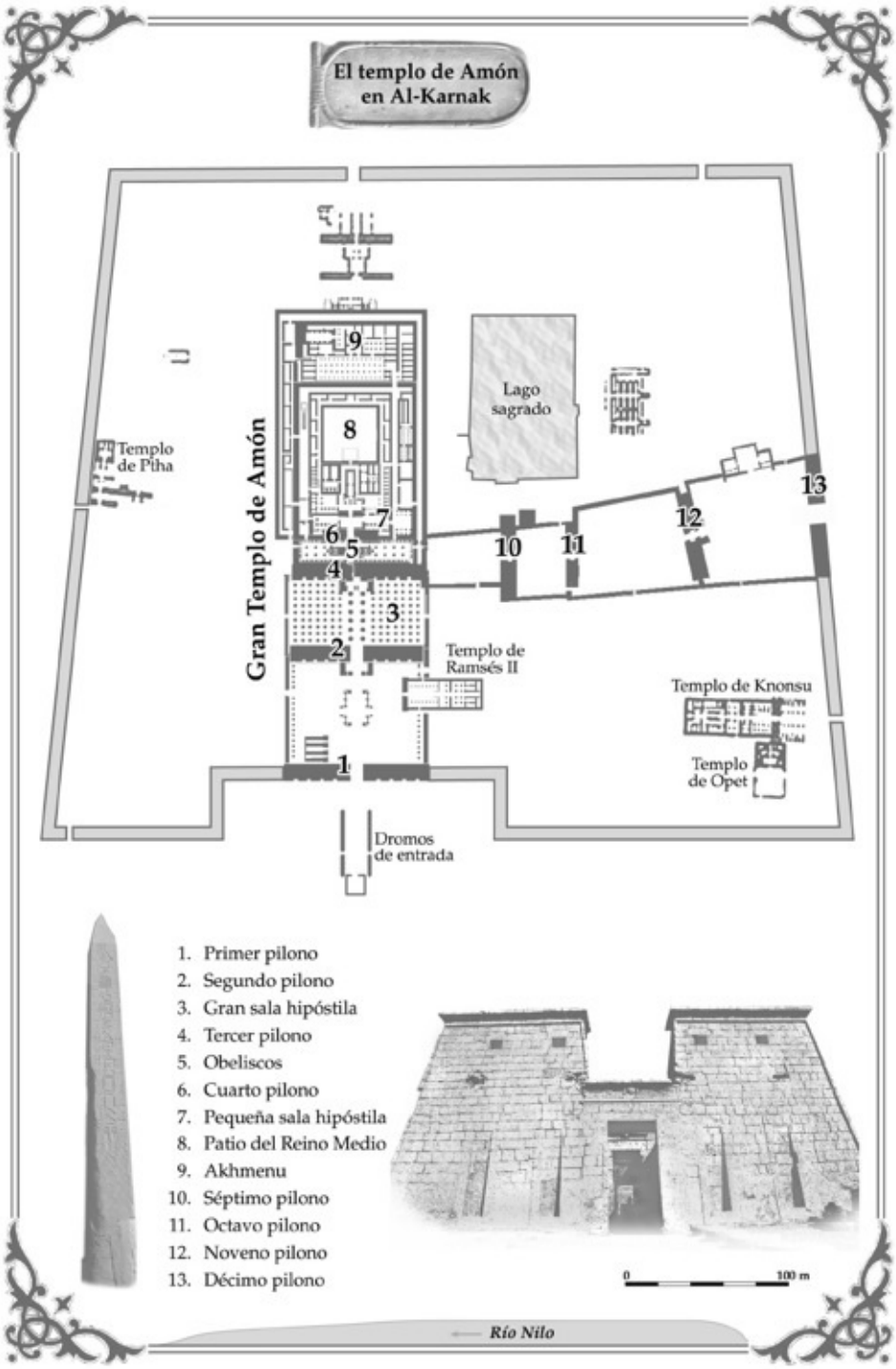
Marco Amiano les dijo que a la vuelta pararían allí, y les indicó que atendieran a lo que les esperaba a continuación. Lo vieron a lo lejos y quedaron mudos de asombro. Tres inmensas pirámides se hacían más y más grandes por momentos conforme navegaban hacia ellas, bordeándolas por el sureste de la planicie desértica. Se levantaban majestuosas sobre la explanada de Gizeh. Embargados por la emoción, Irene y Casiodoro se cogieron de la mano y contemplaron embelesados el oeste. Una gran cabeza de arenisca sobre un cuerpo de león se elevaba sobre las dunas y vigilaba una avenida hasta la gran pirámide de Keops. Parte de su revestimiento exterior había sido extraído. Las pirámides de Kefrén y Micerinos deslumbraban bajo el sol insolente. Estaban retirados de la orilla, con lo que no tuvieron que soportar los insufribles enjambres de mosquitos y falenas.

—¡La séptima maravilla! —exclamó Casiodoro con los ojos brillantes—. ¡Oh, Irene! ¡Qué gran ocasión! ¡Qué gran envidia nos tendrán en Constantinopla!

Mauricio pensó en silencio en los miles de esclavos que debieron de trabajar y perecer allí.

—¿Podemos bajar? ¿Podremos visitarlas? —preguntó Irene volviéndose llena de entusiasmo hacia el mercader de maderas. Marco Amiano se sintió derrotado por su mirada y su sonrisa franca. Sus dientes eran como perlas pequeñas, y sus labios, tersos y rosados—. Ojalá tuviéramos tiempo para verlas de cerca.

—Dicen los árabes que el hombre teme al tiempo, pero el tiempo teme a las pirámides. Os garantizo que al regreso nos demoraremos lo suficiente para que podáis hacer una visita guiada. Ahora os recomiendo que os resguardéis del calor. Ya estamos lejos del mar y la temperatura continuará subiendo.


El templo de Amón en Al-Karnak
Gran Templo de Amón
Templo de Piha
Lago sagrado
Templo de Ramsés II
Templo de Knonsu
Templo de Opet
Dromos de entrada
1. Primer pilono
2. Segundo pilono
3. Gran sala hipóstila
4. Tercer pilono
5. Obeliscos
6. Cuarto pilono
7. Pequeña sala hipóstila
8. Patio del Reino Medio
9. Akhmenu
10. Séptimo pilono
11. Octavo pilono
12. Noveno pilono
13. Décimo pilono
0
100 m
Río Nilo

31

AL-KARNAK

El barco siguió remontando el río sagrado. El color de las aguas estaba cambiando. Para Casiodoro todo cuanto veía era extraordinario. Al llegar a la milenaria Menfis vieron los ricos monumentos de la antigua capital y la torre que protegía el pozo del niloscopio.

—Con él miden la subida del nivel de las aguas del río, por las filtraciones del nivel freático. Las paredes del pozo están marcadas con alturas que indican la prosperidad o la catástrofe enviadas por los dioses en la estación de la crecida. Los sacerdotes comprobaban la medición e inmediatamente enviaban mensajeros a las ciudades con la altura en codos y dedos, señalando así la crecida del río o el inicio de su disminución. El pueblo calmaba su ansiedad. —Irene estaba entusiasmada con su explicación. Casiodoro la miraba lleno de interés y ella se ruborizó—. Con ello conocían de antemano la cantidad de frutos y cosechas que obtendrían y los impuestos que deberían pagar, pues esas observaciones eran anotadas con exactitud desde hacía mucho tiempo entre los egipcios.

—Así que sabes todo eso. ¡Qué sorpresa!

—Pensaba que no conocíais Egipto —dijo Marco Amiano, sorprendido.

—¡Oh! Me entretuve en la biblioteca imperial antes de partir, leyendo la historia de Egipto de Diodoro Sículo.

El mercader la miró desconcertado.

—Es una mujer cultivada —la defendió Casiodoro abrazándola con una sonrisa—. No temas, no muerde y no es contagioso.

El agua subía lenta pero constantemente. Cuando al anochecer pararon en Antinópolis y se despertaron al alba, los marineros comprobaron que el nivel había subido tres dedos.

Los días eran largos y sofocantes. Pasaron por Amarna, la ciudad maldita, Asiut, Abydos y Coptos, y al final del quinto día estaban muy cerca de la vieja capital santuario.

—¿Qué crees que encontraremos en Tebas? —preguntó el aprendiz a Irene, que demostró de nuevo su erudición.

—Antes de que construyeran las pirámides ya existía Ipetisut, el más selecto de los lugares, el principal santuario de Tebas, la capital más antigua de la civilización. Antes que Al-Fustat, Alejandría o Menfis ya estaba Tebas, nombre que le dimos los griegos. Montu, Amón y Mut son adorados allí desde hace milenios. Tras la conquista de Amru, fue llamada Al-Uqsur, la ciudad de los palacios; pero los musulmanes no se atrevieron a desmantelar los antiguos templos, conformándose con usarlos para la nueva fe. Cuanto más al sur del país estemos, menos influencia árabe o cristiana encontraremos. Quizá por eso Egindes pensó que sus secretos estarían más seguros aquí.

—Pulo habla en sus memorias de capillas, puertas y pilonos, pero no he podido entenderlo. Supongo que cuando estemos ante el santuario comprenderé mejor a lo que se refiere —respondió al aprendiz.

Antes de que se ocultara el sol alcanzaron Al-Karnak; la visión del conjunto monumental teñido de rojo por el sol moribundo del atardecer fue impresionante. Las ondulantes murallas de ladrillo eran superadas por los grandes pilonos y los extremos de varios obeliscos. Rodearon una isla arenosa cubierta de juncos y enfilaron hacia el muelle de la orilla oriental.

—¡Mira al otro lado! —exclamó Irene.

En la ribera occidental, frente a la ciudad, dos colosos de arenisca los miraban desde la orilla.

—Son los Colosos de Memnón, como los llama Diodoro, y los restos ruinosos tras ellos son la necrópolis de un faraón. ¡Hemos llegado al centro de Egipto!

La orilla occidental estaba despoblada. Se veían necrópolis de enormes dimensiones tras las cuales el paisaje se volvía escarpado y abrupto. El verdor de la vegetación se perdía en el desierto que lamía los últimos árboles. Oculto el sol tras las colinas, la ciudad y los templos quedaron en tinieblas. Se encendieron numerosas antorchas en la ribera oriental, pero la occidental continuó a oscuras.

—¿No vive nadie al otro lado? —preguntó Casiodoro.

—El oeste es donde se ocultan el sol y su luz y la vida. Es el lugar de reposo de los muertos, la ribera del descanso eterno. El gran río protege a los vivos de los muertos —explicó Irene—. Por eso los monumentos funerarios

se sitúan mirando al este, porque los muertos aspiran a recibir otra vez la luz y retornar a la vida.

Atracaron junto a los muelles ceremoniales de arenisca. Resultaba sobrecogedor pensar que aquellos monumentos que podían ver, que podían palpar, ya eran visitados miles de años antes de que Rómulo y Remo fundaran Roma, antes incluso de que los fenicios llegaran a las Columnas de Hércules.

La voz de un almuédano se oyó desde un punto alto del recinto. Era la última oración del día. Los árabes empleaban el gran templo como mezquita; Casiodoro comprendió que era su forma de suplantar a la civilización anterior.

—Esto es simplemente impresionante —se sinceró el aprendiz con el mercader mientras apartaba unos mosquitos con la mano—. Dime, ¿cómo podré volver a Constantinopla después de ver todo esto? Me siento empequeñecido e insignificante.

—¿Por qué crees que yo ya no regresé? ¡Esto es la civilización! ¡La llave de Oriente y el granero de Occidente! ¿Roma? ¿Bizancio? Para mí, Egipto es el centro del mundo.

»Es tarde, y permaneceremos esta noche en el barco, atracados junto al muelle. Mañana descenderemos a tierra y podréis ver Al-Karnak.

Aquella noche, desde la cama, Irene compartió con Casiodoro su incertidumbre sobre lo que iban a encontrar. El aprendiz no respondió y se hizo el dormido en su estera sobre el piso, preguntándose si ella no sentiría frío en aquel lecho tan grande, pero aún era incapaz de ordenar sus sentimientos.

Amaneció sobre Al-Karnak. El sol radiante lucía dominando un cielo azul y un ambiente húmedo. Entre las murallas y el muelle se apiñaban casas bajas de adobe y techo plano, las casas de los pescadores. El olor a pescado y aguas estancadas rodeaba el milenario muelle de piedra.

—Aquí atracaba el barco del faraón —dijo Irene.

—Está todo arreglado. Podemos bajar a tierra —dijo Marco Amiano pasando del muelle al barco a través de una tabla—. Nos permitirán estar en Al-Uqsur y Al-Karnak y movernos libremente siempre que retornemos al barco. Dice el almotacén que hay un problema con mi licencia de exportación; me llevará un par de días aclararlo.

—Este sol es inclemente —advirtió Casiodoro. Tenía cuidado de no exponerse al sol directo. Mientras que Irene había cogido un bonito

bronceado, su piel estaba enrojecida. A Mauricio no le había afectado; su curtida piel parecía de cuero—. Marco Amiano, volveremos tarde. Creo que aquí tenemos mucho que ver.

Irene estaba encantada. Se cubrió la cabeza con un pañuelo. El comerciante les advirtió contra los guías y sus itinerarios.

—Esta zona es todo lo segura que puede esperarse, pero si no andáis con ojo, os encontraréis en terreno de nadie rodeados de ladrones y con un cuchillo en la garganta. Se dice que las antiguas tumbas-pozo del desierto están llenas de cadáveres jóvenes y recientes. ¡Aquí os esperaré!

Casiodoro cogió la mano de la intérprete, llevó las memorias de Pulo consigo y bajaron del *Ojos de Isis* con Mauricio. Frente al embarcadero se extendía una avenida pavimentada en dirección a la gran entrada del recinto sagrado. Un muro de ladrillo, altísimo donde aún se mantenía intacto, protegía todo el conjunto. La avenida estaba jalonada de esfinges con cabeza de carnero, que representaban a Amón. Tras los muros se veían las puntas de los obeliscos.

—Así que esto es Al-Karnak… Al-Uqsur no está lejos. Esto es la antigua Tebas de Homero.

La gran puerta de entrada al antiguo templo parecía inconclusa. Los niños jugaban a esconderse entre las esculturas. Varios lugareños se les acercaron ansiosamente.

—Están prometiéndonos ver grandes maravillas —tradujo Irene—. Nos invitan a contemplar sus mercancías, leer sus papiros, comprar reliquias de momia para hacer el elixir de la eterna juventud, adquirir escarabeos de malaquita y lapislázuli…

El aprendiz oyó un ruido sordo. Un nutrido grupo de hombres se esforzaba en demoler la pared de un templo semiderruido para reutilizar sus bloques de cantería. Se centró en las estatuas de carneros.

—Es Amón, ¿no es cierto?

Irene asintió.

—Alejandro era el hijo y la sangre de Amón, cuyo nombre significa «el oculto»; es aquel que se ha creado a sí mismo y cuya manifestación no es conocida. Su esposa era la diosa Mut, la madre tierra. Su hijo Jonsu era el dios lunar, que completaba con su padre el dominio de los astros.

—Pregúntales a los lugareños si conocen a alguien que nos pueda explicar los misterios de estos templos. En algún lugar del recinto está el secreto de Egindes. ¿A qué se referirá Pulo en sus memorias?

Irene habló con los comerciantes en la lengua egipcia. Uno de ellos la informó.

—Dice que conoce a un anciano de nombre Seti que sabe todo cuanto queramos aprender del templo, del palacio, como ellos lo llaman. Por dos monedas de plata nos llevará ante él.

Pagaron y recorrieron la barriada. Los soldados del muelle los miraron con desconfianza.

—Estás muy callado, nauta.

—Si te digo la verdad, estaba pensando en cuánta riqueza se necesita para levantar todo esto. ¿Habrá oro? Estos egipcios deben de ser ricos.

—¿No estás viendo sus casas de adobe? —interrumpió Irene con furia de forma repentina. Recordando sus orígenes, se identificaba con aquella gente humilde—. ¿Qué piensas, crees que si tuvieran talentos de oro vivirían así? Las riquezas se las han llevado todos y cada uno de los invasores, incluyéndonos a nosotros. Encontrarás más oro egipcio en los palacios del emperador que entre las viejas piedras de Tebas.

El hombre los guio hasta una de las casas. Un niño barría la entrada, y se apartó a su paso. Habló con un hombre, les hizo pasar y se marchó.

—Es Seti, el anciano. Dice que no se encuentra bien. Hoy no tiene fuerzas para pasear.

El anciano yacía sobre una estera en el suelo, reposando. La joven mujer que lo cuidaba se tapó la cara en cuanto entraron y se marchó a otra habitación de la casa. El anciano habló entre toses.

—Dice que él no puede salir, pero que con gusto nos acompañará su nieto, que se llama Seti, como él.

Era el muchacho de la puerta, bajo y menudo, de piel morena y vigorosos rizos negros.

—¡Pero es un niño! —exclamó Casiodoro.

—El anciano dice que siempre pasea con él y que sabe todo lo que él sabe —tradujo Irene—. Nos podrá explicar cuanto queramos.

—Así es —dijo el niño en griego—. Y además hablo tu lengua. Pero me daréis dos monedas de plata antes y dos después de la visita.

—¡Vaya con el grumete! —rio Mauricio.

—De acuerdo —convino Casiodoro.

El niño los llevó frente a la gran puerta de acceso, que llamó «pilono».

—¿Veis la gran avenida? Al final de la recolección de la cosecha, desde el interior del templo hasta este embarcadero, el pueblo contemplaba el viaje del dios hacia el recinto de los muertos al otro lado del río. ¿Veis esas estructuras

a este lado de los carneros? Esa es la capilla barco de Psammuthis. Fue Tutmosis I el que edificó el primer pilono, la entrada principal al recinto de Amón. Al norte está el recinto de Montu y al sur está el recinto de Mut, la diosa madre y esposa de Amón. Están unidos entre sí por más avenidas de esfinges con cabeza de carnero. Otra avenida enlaza todo el conjunto de Al-Karnak con el de Al-Uqsur, y unos canales conectaban los recintos de Amón y Montu con el río Nilo.

Atravesaron el primer pilono, inmenso, de piedra arenisca y revestido de caliza. Parte de su revestimiento había desaparecido y le faltaba la terminación de una parte, como si su construcción se hubiera detenido bruscamente. Todo era enorme, grandioso y majestuoso, y ellos eran insignificantes a su lado.

Tras la primera puerta se abría un atrio al aire libre con una triple capilla de piedra a la izquierda. Una columna solitaria y las basas rotas de varias columnas constituían todos los restos de un templo desaparecido. Otro templo se abría al sur. Frente a ellos había dos colosos de granito. Una gruesa capa de arena se acumulaba en las esquinas y junto a los muros, a la sombra de los cuales charlaban uno hombres mientras espantaban a las moscas con una palma.

—En esas capillas se guardaban réplicas de las barcas sagradas de Amón, Mut y Jonsu; las construyó Seti I —dijo el niño con orgullo—, y ese templo del sur era el de Ramsés III. Las dos enormes estatuas representan a Ramsés II.

Las dos figuras pétreas flanqueaban la segunda puerta. Una figura femenina acompañaba al gigante del extremo norte. Irene se detuvo ante los jeroglíficos.

—Es la princesa Bent-Anta —dijo leyendo los grabados tras limpiar la arena de las inscripciones.

Tras el segundo pilono se abría un espacio sumido en la oscuridad.

—¡Vamos, vamos! Lo mejor está por ver —dijo Seti cogiendo a Casiodoro de la mano.

La semioscuridad de una sala enorme llena de columnas papiriformes se tragó a los visitantes. Parte del techo de piedra se hallaba derrumbado, de forma que el suelo estaba lleno de cascotes y dinteles rotos; a través de las aberturas se abría paso la luz. Las paredes se mostraban cubiertas de grabados e inscripciones. Muchas de las inmensas columnas de piedra mantenían parte de su policromía y mostraban trazas de los colores originales; el techo en algún momento había sido azul y decorado con estrellas doradas.

—¿Quién construyó esta maravilla? —exclamó Casiodoro, palpando las figuras de perfil grabadas en la piedra.

—El gran Ramsés II. Mirad. ¿Veis los soldados, los carros de combate y al faraón al frente del ejército? Las paredes nos hablan de grandes batallas de la antigüedad.

La gran sala hipóstila tenía el techo dispuesto en dos niveles, y donde el segundo se conservaba la sala estaba sumida en una penumbra reverencial. El pasillo central era soportado por doce columnas de grandes dimensiones y perímetro inabarcable.

—Ciento veintidós columnas menores las acompañaban a ambos lados. Representaban los bosques de cañas de papiro del propio Nilo, el montículo primordial del mundo —dijo Seti en voz baja.

Rodearon las inmensas bases circulares, contemplando los juegos de luces y sombras. El aire cálido del desierto cruzaba la sala a ráfagas. La arena se acumulaba en los pasillos laterales, formando pequeñas dunas.

Varios camellos reposaban en la sombra, echados en el suelo y rumiando de manera parsimoniosa. Su dueño dormitaba junto a ellos.

—Es increíble —dijo el aprendiz mirando la luz que se difuminaba en la atmósfera de polvo y arena. Algunas de las ventanas entre los dos niveles del techo aún permanecían adornadas con triforios de piedra—. ¿Y cuándo construyeron esto?

—Hace más de dos mil años —dijo Seti orgulloso—. Y sigue en pie. Pero aún hay más.

Irene estaba absorta con las inscripciones. Al salir del templo se encontraron en un gran patio con dos obeliscos, erguidos y desafiantes al tiempo y al sol. A su lado, dos plintos de piedra permanecían vacíos. Más al este había un templo semiderruido, como si hubieran vaciado sus entrañas.

—¡Obeliscos! —exclamó Casiodoro, acariciándolos—. Fascinantes.

—Los romanos se llevaron varios obeliscos de Al-Karnak —continuó el niño— y saquearon el templo. Los egipcios habían desatendido los templos de los dioses y fueron castigados por ello.

—Uno de los obeliscos está en Roma. Hay otro en el Hipódromo de Constantinopla —comentó Irene—, y detrás de esos pilonos, a nuestra derecha, hay otro obelisco más. Mira. Eran erigidos para gloria de los faraones, pero también de los dioses. Los egipcios adoraban el cielo y eran grandes astrónomos.

Una aguja rosada, excéntrica respecto a las puertas, despuntaba al otro lado del muro del patio ceremonial.

—Este se parece al obelisco del Hipódromo, ¡pero es muchísimo más alto!

El niño tiró de ellos.

—¡No os entretengáis! Enfrente está el recinto más importante: el templo de Amón.

El portal se hallaba en ruinas. El techo había desaparecido y gran parte del templo estaba arrasado. Podían verse restos de columnas en pie, emergiendo entre la arena. Solo una parte al fondo parecía intacta, con algunos pórticos en penumbra.

—Aquí vivían los sumos sacerdotes y atendían al dios. Nadie entraba aquí sin su consentimiento, salvo ellos y el faraón en los días festivos. Durante años ha servido de cantera —explicó Seti.

—Mira las marcas de los picos —dijo Irene con tristeza acariciando los grabados destrozados de las paredes.

—Por aquí pasaréis al patio interior del templo. Estos dos pilares de granito que veis frente a vosotros tienen los emblemas del loto y del papiro, el Alto y el Bajo Egipto. Esta estatua representa a Amón, y aquella, a la diosa Amonet.

—¿Y estos restos? ¡Qué piedra tan magnífica! —exclamó Casiodoro cruzando el patio bajo el sol.

—Es lo que queda de la capilla de granito rojo de Hatshepsut. Custodiaba una de las barcas sagradas. En una de las estancias se guardaba otra de las barcas del dios, mientras que en las otras habitaciones se recibían las ofrendas de los devotos.

Cruzaron el gran patio hasta el fondo, hacia los soportales en penumbra. Seti los detuvo en el centro del patio. Detrás se veía otra estructura con columnas en forma de loto, parcialmente derrumbada y ocupada por arena y animales. Parecía que se usara como establo.

—Por último, enfrente podéis ver los restos del Aj-Menu, el templo de la celebración del Heb Sed, los treinta años de reinado del faraón. Aquellas escaleras a ese lado del gran patio dan acceso a los dos niloscopios, que aún cumplen su función. Pero es aquí, al final del gran patio, bajo ese techo de piedra, donde está la capilla de Amón.

Dejaron atrás paredes llenas de inscripciones y se acercaron a dos pilares de granito, tras los cuales estaba el último recinto, la estancia de Amón. El aprendiz, ansioso con tanta maravilla, esperaba encontrar una sala digna de reyes, y con esta idea se adentró en la penumbra.

—¡No hay nada! —exclamó con decepción. No había nada, salvo un pedestal vacío en el centro, en una habitación reducida, alta y estrecha. Los tres se quedaron perplejos.

—El dios Amón estaba sobre el pedestal —explicó Seti—, recibía las ofrendas de los sacerdotes y de los faraones, y los días de fiesta era transportado hasta su barca ceremonial, junto con su mujer y su hijo, y salía a la luz entre la muchedumbre, en un recorrido procesional por todo el recinto y hasta el río. En las salas adyacentes se cuidaba al dios y se le mostraban las ofrendas. Pero ahora está oculto, porque su carne es una tentación para los hombres avariciosos e incrédulos.

—¿Su carne? —preguntó Mauricio al niño.

La intérprete se adelantó a explicárselo.

—En Egipto, la carne de los dioses es de oro.

El nauta abrió los ojos sorprendido por lo que eso suponía.

—Entonces, todo este recinto, sin el dios, es como una enorme piedra muerta —opinó el aprendiz.

Seti lo miró furioso.

—Está oculto, pero no perdido. Mi familia ha cuidado del dios desde hace generaciones, y para nosotros es importante. Mañana el recinto se llenará de visitantes, como si vinieran a un gran mercado; lo hacen de toda la vida, pero han olvidado el origen de venir aquí, que era para reverenciar a Amón y verlo expuesto a Ra, para que regenerara su *ka*.

Irene lo escuchaba con suma atención, pero Casiodoro estaba realmente asombrado.

—No puedo creer lo que dices. ¿Crees de verdad todo lo que nos estás contando?

El niño los miró con fiereza.

—Vosotros creéis que un hombre muerto salió de su tumba a los tres días y subió al cielo porque la muerte lo transformó en un dios, y lo celebráis comiendo su carne y bebiendo su sangre. Vuestras creencias sí que son bárbaras.

Casiodoro no respondió.

Irene se había entretenido observando los jeroglíficos bajo la sombra del techo superviviente. En las paredes los sacerdotes habían dejado constancia de los ritos sagrados a los que sometían la estatua de Amón bajo la luz solar o lunar, según su propósito.

Los muros aislaban el recinto del calor exterior. Cuando salieron de la capilla del ídolo, varios árabes egipcios lanzaron miradas amenazantes a los

tres bizantinos y a su pequeño guía.

—No somos bienvenidos —dijo Irene, cubriendo su cara con el pañuelo.

—Casi me parece normal que se odie al extranjero —murmuró Casiodoro mientras se alejaban—, con tanto invasor.

—Tengo curiosidad por ver el resto del templo —dijo Irene.

Abandonaron los pasillos del patio interior del templo por una abertura en el muro hacia el lado sur, y se encontraron ante un lago cuyas aguas reflejaban el cielo. En un extremo del lago, una gran estatua de un escarabajo sagrado parecía guardar las aguas.

—Menudo bicho —dijo Mauricio, y escupió arena al suelo.

—Lo mandó tallar Amen-Hopet III, es el símbolo y dios del amanecer.

—Khopri, el sol naciente —dijo Irene limpiando de arena los ojos del escarabajo sagrado; el niño asintió.

—Dad siete vueltas alrededor, trae suerte. Y tú la necesitarás —dijo Seti señalando a Mauricio, quien rio incrédulo.

—¿Y qué significa ese lago? —preguntó Casiodoro.

—En el lago los sacerdotes celebraban ritos de adoración nocturnos y era donde los fieles realizaban sus abluciones cuatro veces al día para purificarse. En esa capilla se guardaba otra de las barcas sagradas. El día de la fiesta del valle, Amón era montado en su barca sagrada, y partiendo desde su capilla en el interior del templo, cruzaba patios y pilonos hasta salir de la sala hipóstila y del recinto del templo. Desde el embarcadero, llegaba al Nilo a través del canal sagrado, que hace mucho quedó cegado por los sedimentos del río. Cruzaba el río frente a Tebas y se adentraba por uno de los canales de la orilla occidental en la tierra de los muertos, donde yacen enterrados reyes y reinas.

En la explanada del lago había numerosas tiendas de las gentes del desierto. Las habían montado junto a las viejas capillas para aprovechar la sombra. Los camellos estaban sentados rumiando los tallos secos de las plantas que habían conseguido arraigar entre las piedras milenarias. Los árabes que los cuidaban los observaron con desconfianza.

—En el lago había un gran barco de cedro con la borda dorada, lista para el uso del dios —dijo Seti—, pero lo quemaron los cristianos. Ese templo es el de la regeneración divina. Más allá podéis ver las ruinas de las habitaciones de los sacerdotes. ¡Había miles de cuidadores del templo en sus tiempos de máximo esplendor!

Repartidas por todo el recinto, más allá del lago, las gentes iban y venían por entre las capillas. Los bloques más menudos eran extraídos y llevados en

carretilla hasta el río, como si todo fuera una inmensa cantera. El muro, ondulado con grandes brechas por el paso del tiempo, protegía el conjunto.

—Fue Nectanebo quien cercó el recinto con una muralla de ladrillo. Todo estaba dedicado al culto solar y al culto de la luna. El faraón salía ante el pueblo atravesando los pilonos del templo, era el sol del amanecer. Las columnas de papiros eran los juncales celestes del montículo primordial. El faraón, sentado en la barca del dios, era como el sol iluminando el montículo de la vida rodeado de agua y era el que hacía brotar cada año las plantas cuando el agua del Nilo retrocedía —recitó el niño de carrerilla.

—¿No dijiste que eran maestros de la astronomía, Irene? —preguntó Casiodoro mirando con curiosidad varias estatuas que había esparcidas por todo el solar exterior, semienterradas en la arena. Una de ellas era una mujer; parecía una reina.

—El sol y la luna marcan el trazado del templo. Mi abuelo me lo ha dicho —continuó Seti—. La alineación del templo apunta hacia el sureste, hacia la salida del sol en el solsticio de invierno, y hacia el norte, hacia la caída del sol en el solsticio de verano. Los templos de Jonsu y de Mut están alineados con la luna creciente tras el solsticio. Por eso esta gente está aquí.

—¿Qué gente? —preguntó distraído Casiodoro asomándose al lago.

Era profundo, lo suficiente para hundirse y ahogarse. El agua estaba en calma y era oscura. El aprendiz se dio cuenta de que el sol no se reflejaba en la superficie. Metió la mano en el agua y fue como lanzar un hechizo que se propagara con las ondas. El agua dejó de reflejar el cielo y le mostró un pueblo en fiesta. El faraón, con su tocado y su cetro, contemplaba junto a su heredero cómo los sacerdotes alzaban una diminuta estatua de oro y plata desde lo alto del templo, hacia el sol, apuntando a Ra.

—¡Si ya te lo he dicho antes! Los beduinos y los visitantes. Creemos que este sitio es especial. Mañana será el equinoccio de otoño, que marcará el inicio de la bajada de las aguas, y también habrá luna llena.

En la imagen del agua la multitud levantó las manos para celebrar la renovación del pacto, y para sorpresa de Casiodoro, el faraón se volvió de pronto para mirarlo. El aprendiz dio un respingo, separándose del agua. Parpadeó. El faraón de las aguas desapareció.

Unos hombres con palancas de hierro se apartaron bruscamente del muro que estaban derribando cuando una parte se desmoronó con estrépito en decenas de fragmentos. En cuanto la nube de polvo desapareció, surgieron muchachos

dispuestos a acarrear las piedras fuera del recinto, para venderlas por un módico precio.

—Dices que aún se venera a los antiguos, pero no parecen preocuparse demasiado cuando arrancan los bloques de arenisca de los muros —comentó Casiodoro.

—Para algunos, la piedra es solo piedra; pero para otros, lo importante es la santidad que habita aquí, en las ruinas de este templo, y temen que los extranjeros pretendan llevarse a Amón, porque su recuerdo sigue venerándose. Aún se recuerda lo que sucedió con los obeliscos expoliados. Los soldados reprimieron la sublevación de los habitantes de Al-Karnak y permitieron que los cristianos destrozaran cuanto quisieron. Allí, ¿veis? Son los viejos restos de los andamios romanos.

—¿Y cómo es que Amón no los detuvo? —preguntó el nauta.

—Porque no estaba ahí, ¿no escuchas? Estaba escondido.

—Sí, tu familia cuida de él; quiero saber más —dijo el aprendiz—. Volvamos con tu abuelo. Toma, es nuestra parte del trato, y otra moneda más en agradecimiento.

El niño los llevó de vuelta al barrio de pescadores. El anciano estaba sentado sobre el suelo, erguido, rodeado de cojines, y parecía más animado.

—¿Qué más deseas saber? —preguntó a través de Irene.

—¿Quién es Amón-Ra? ¿Cuál es el origen de todo?

—Ra es el dador de vida, el que rige los ciclos de la muerte y la resurrección. Amón es el oculto, el poder creador y padre de todos los vientos, señor de Al-Karnak, a cuyos pies se humilla el Iteru. Amón y Ra, los dos, son uno solo, y el sol y el río, ellos son el origen de todo. Mientras que durante el verano todos los ríos disminuyen más y más, el Iteru emprende su desbordamiento; su caudal sube hasta el equinoccio de otoño, momento en el que inicia el descenso del nivel de las aguas. Es el regalo de los dioses, y después Amón-Ra hará crecer las plantaciones y traerá la prosperidad un año más. La gente ha mantenido la costumbre de hacer una gran celebración año tras año en el templo, desde que se escondió al Oculto, convirtiendo el recinto en un gran zoco donde todo se vende y se compra y donde todo se celebra. Pocos saben ya que la fiesta es para gloria de Amón-Ra, pero esos pocos aún rezan a Amón para pedirle sus favores.

El anciano tosió con gravedad. Cogió el cuenco de agua que su nieto le ofrecía.

—Ya podéis imaginar qué voy a pedirle yo.

—Lo que me maravilla es que habláis como si la vieja cultura no hubiera muerto. Como si no fuerais árabes —le comentó Casiodoro—. ¿Alá no existe para vosotros?

El anciano lo miró fijamente. Se parecía a la mirada furiosa del alquimista.

—Amón y Alá son el mismo, ese es el gran misterio, el gran secreto. El que todo lo llena, el siempre presente aunque no se le vea. El que fue el primero, el increado. No te atrevas a acusarnos de impiedad, extranjero. ¡Nunca más!

—Tu nieto nos habló de un valle donde reposan reyes y reinas —dijo Mauricio.

—Es la tierra de los muertos, donde los muertos esperan a volver a la vida y desde donde saludan a Amón-Ra el día del solsticio, más allá del Iteru. Quien ha ido no ha vuelto, porque ese valle está maldito.

Los bizantinos saciaron su curiosidad y se despidieron del anciano. En un mesón en el que pretendían calmar su hambre, Mauricio se bebió de un trago la jarra de cerveza de cebada que le ofrecieron.

—En realidad está bien pensado —reflexionó Irene en voz alta—. Los pocos que todavía conocen la razón de ser del templo oran mirando al sol. La Meca también está hacia el este, y el comienzo del día arrancará con la llamada a la oración del almuédano y se prolongará toda la jornada hasta la puesta de sol. Siendo el descenso del agua un gran acontecimiento, todo el recinto se llenará de fieles y los ritos antiguos quedarán disfrazados de una alabanza a la corte de Damasco. El recinto es enorme; ¿cómo haremos lo que quiera que sea sin llamar la atención?

—¡Cerveza, más cerveza! —exigió el nauta a un joven, a la vez que sacaba el pescado asado y descabezado de sus espetos—. Yo tampoco sabría por dónde empezar.

—Aún no entiendo lo que nos quiere decir Pulo. ¡Lo que sea está ahí dentro, en algún lugar, esperando a que alguien lo encuentre! Pero en las salas adyacentes a la capilla no hay nada. —En el rostro de Casiodoro se reflejaron profundas dudas sobre su cometido. Irene le cogió la mano—. Tenemos una gran responsabilidad y ahora mismo, a pesar de las palabras de mi maestro, me siento perdido.

—Come, bebe, deja pasar el día. No podrás hacer nada más hasta mañana —sugirió Mauricio bebiendo un largo trago de cerveza rubia y brillante de una nueva jarra—. ¡No me extraña que amen las fiestas y las celebraciones! ¡Esta bebida es excelente!

—Todos nos miran. Aún parecemos fuera de lugar —observó el aprendiz —, tendremos que estar atentos para pasar desapercibidos. Cuanto más nos integremos, más respuestas encontraremos.

Alabó la previsión de Irene. Ella no necesitaba nada. Su piel se había tostado y el largo pañuelo ocultaba su cabeza y parte de su rostro.

—Estás preciosa.

Ella aceptó el piropo y bajó la vista mostrando sus largas pestañas.

—¿No querrá la feliz pareja un recuerdo imborrable de Al-Karnak? —les ofreció de pronto un vendedor ambulante desplegando una manta raída sobre la mesa. Apenas tuvieron tiempo de apartar los platos a medio terminar—. ¡Miren qué maravilla de maravillas! Anillos, broches, amuletos para el amor, los negocios, la venganza, papiros, colgantes de piedras preciosas… ¡y todo es auténtico! ¡Un recuerdo del legendario Egipto!

Mauricio se preparó para echarlo, pero Casiodoro lo detuvo. Se fijó en un anillo de oro con un sello verde engastado. Había un ojo tallado dentro de un círculo.

—¿Qué significa?

—¡Es el *wedjat*, el Ojo de Horus, que simboliza la salud, la prosperidad, la indestructibilidad del cuerpo y la capacidad de renacer! Va rodeado por el *shen*, el símbolo de la eternidad. Tendrás una vida larga y próspera, y tu esposa también.

Irene abrió los ojos y lo taladró con la mirada por su descaro.

—¿Es auténtico?

—Tan auténtico como el templo. ¡Cómpralo! Te lo dejo barato. De oro puro. Para ti por ocho dírhams.

—Ni siquiera me gusta. Seguro que se le cae la piedra. Cuatro dírhams.

—*Yallah!* Me estás insultando. Tu mujer es bonita, pero no tiene anillo. Ella te compensará como las mujeres saben hacerlo. Seis dírhams.

Irene contraatacó.

—¿Sabes que tienes razón? Ese más pequeño también me gusta. Te doy cinco dírhams, pero por los dos.

—¡Es un robo! Mis pobres niños pasarán hambre hoy por vuestra culpa.

—¿Cuántos hijos tienes? —preguntó Irene de improviso.

El hombre la miró molesto por dirigirse a él, pero contestó.

—Seis.

—¿Eres un padre devoto? Seguro que sí. —Irene se permitió desafiarlo ante la mirada asombrada de Casiodoro. Dos hombres dejaron de hablar para escuchar la conversación—. Seguro que no te gastas la mitad en beber y luego te excusas por volver a tu hogar sin pan ni cebada… Acepta mi oferta. Tu mujer te lo agradecerá. Los dos anillos por cinco dírhams, aquí y ahora.

Casiodoro se mantuvo firme. El malhumorado vendedor aceptó el trato, pero se marchó maldiciendo en nombre de Alá. El aprendiz se volvió hacia la intérprete, con una mirada nerviosa.

—¿Me permites tu mano?

Irene lo miró fijamente e hizo lo que le pedía. Casiodoro tragó saliva antes de hablar.

—Si hemos de ser convincentes, hagámoslo bien. Ahora sí que estamos casados.

Le puso el anillo. A Irene le brillaban los ojos, pero no dijo nada. Hipnotizado por su mirada, antes de que se diera cuenta, la intérprete había deslizado el otro anillo en su dedo anular. Mauricio los miró sin romper el silencio, y se preguntó para sí hasta dónde habrían llevado la ficción. Pidió más cerveza. Casiodoro solo suspiró.

—Lo que faltaba —añadió al fin el nauta, pensando que ese silencio revelaba demasiado.

En cuanto terminaron se dirigieron al embarcadero. Irene se alejó un instante, momento que aprovechó Mauricio para hablar en privado con el aprendiz.

—Te aconsejo que no te aferres a esa idea, Casio. Ya sabes a qué me refiero. Recuerda a qué hemos venido.

—Volveremos al templo y lo examinaremos otra vez en busca de alguna pista antes de que se llene de gente. Hoy todavía podremos movernos a nuestras anchas.

Dicho esto, se acercó a Irene, que estaba hablando con una mujer, y la cogió de la mano. La mujer llevaba un cántaro de agua desde el río hasta su casa y se alejó cuando llegó el aprendiz.

—Dice que el nivel ya ha empezado a bajar, que en los juncos de la orilla se ve la marca del limo por encima del agua. Marco Amiano tendrá que darse prisa si desea aprovechar las corrientes del río para transportar su carga.

De repente, Mauricio se quedó rígido mirando a lo lejos, y corrió hacia el embarcadero.

—¡El barco! —gritó regresando a la carrera—. ¡El barco ya no está!

32

IRENE CANTA

Bajo el sol inclemente de la tarde los tres bizantinos esquivaron las nubes de mosquitos y comprobaron que el *Ojos de Isis* había abandonado su lugar en el muelle. Casiodoro no salía de su asombro. Buscó por todas partes a alguien que pudiera decirles algo. No había nadie cerca salvo un soldado atento a los atraques del puerto.

—¡No… no puedo creerlo! ¡Pero si nos dijo…!

—¡Nos ha abandonado aquí! —masculló Mauricio entre dientes—. Ya me parecía demasiado bueno todo esto. ¿Sabrá Amiano algo que nosotros desconocemos? Es decir, ¿no será que nos la ha jugado… porque está al tanto de nuestra misión?

—¿Tú crees? ¿Epícteto?, ¿crees que se habrá ido de la lengua?

—Nadie más en Egipto sabe que estamos aquí.

—Estoy fatigada. Y el sol aún está alto. ¿Por qué no preguntamos al soldado y buscamos un alojamiento donde resguardarnos? —sugirió Irene.

El soldado, fijándose detenidamente en ellos, les dijo que había visto partir la nave hacia el sur. Irene tuvo un presentimiento, y tras darle las gracias tiró de sus dos acompañantes, alejándose.

—No me gusta cómo nos ha mirado.

—Seti. El anciano quizá quiera ayudarnos. Necesitamos un lugar donde descansar.

La joven mujer del viejo seguidor de Amón les hizo pasar a la sombra y les dio agua fresca para calmar su sed. El anciano estaba durmiendo, pero accedió a ayudarlos y envió a su nieto en busca de noticias.

—Mi nieto vendrá con novedades. Y ahora debemos esperar.

Casiodoro inspiró profundamente. En ese momento, sus posesiones se reducían a cuanto llevaban encima. En su bolsa quedaban pocas monedas.

Todo lo demás estaba en el barco. ¿Qué harían? Pensó que si el barco había continuado hacia el sur hasta la catarata próxima a la isla Elefantina, tendría que regresar, tendría que pasar por Al-Karnak en su vuelta hacia el norte.

—Agradecemos tu ayuda. Es extraño que nuestro barco haya partido sin nosotros y sin avisarnos.

—Seti me ha dicho que eres un sabio y que tu mujer habla y lee la lengua antigua. Y que no os burláis de la edad de los grandes faraones. Sois personas singulares —dijo el anciano.

Mauricio era un hombre paciente y mesurado, pero comenzaba a impacientarse. Le enervaba no tener el control de la situación; le abrumaban la espera y la inactividad.

—En el mar siempre hay tareas que realizar. No me gusta depender de nadie, ni poner mi vida en manos que no sean las mías.

Una hora más tarde, Seti nieto entró corriendo y jadeante a la casa.

—Me ha dicho Ismail ibn Al-Abbar, el pescador de *inet*, que a media mañana los pescadores vieron a los soldados abordar el barco, apresar a la tripulación y desplegar las velas para dirigirse al norte. Por lo visto os han estado buscando, porque os han descrito. Un hombre huraño con botas de cuero, un hombre joven de piel sensible y una joven egipcia, todos de la colonia griega.

El anciano miró las botas del nauta, la piel quemada de Casiodoro y los ojos pintados de Irene y supo que cualquiera que hubiera estado en el templo por la mañana los reconocería, al igual que a su nieto.

—Alá ha querido que sea así. Estáis en mis manos. ¿Tengo que entregaros a un gobernador que se burla de las viejas creencias? ¿O tengo que protegeros?

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Mauricio fue acercando lentamente su mano derecha a la empuñadura del cuchillo que llevaba bajo el cinto. Había dejado su espada en el barco, pero con aquello sería suficiente, y pensó en lo que haría. Sería rápido. Primero caería sobre el anciano mientras Casiodoro se apoderaba del niño. Luego silenciarían a la mujer. Buscarían ropa y dinero, provisiones, y huirían. Miró al aprendiz. Estaba indeciso. El nauta supo que tendría que tomar el mando y actuar sin pérdida de tiempo.

—Haz lo que creas justo —dijo de repente la traductora.

Luego cerró los ojos y empezó a cantar con voz dulce y armoniosa en una lengua que los dos bizantinos desconocían. Todos la miraron. La canción era hermosa, si es que era una canción. El anciano Seti abrió los ojos asombrado, escuchando en silencio. Irene terminó su cántico y esperó.

—¿Qué has dicho? —le preguntó al oído el aprendiz.

Quien ama la justicia es un santo de Ra.
Mi corazón no encuentra otra patria que el templo
de Amón-Ra.
Mi dicha emerge al ver a Amón.
Si Amón está a mis espaldas, no temeré nada.
Amón-Ra es el refugio del afligido.
El amor de Amón es la protección de mi vida.
El servidor de Amón es aquel que hace su voluntad,
quien practica la justicia es un santo de Dios.
El santo de Dios vivirá eternamente.

Para sorpresa de su nieto, el viejo seguidor de los cultos antiguos respondió cantando también. Irene tradujo para sus compañeros.

En verdad, aquel que está allá es un dios vivo
que castiga el pecado en quien lo comete.
En verdad, aquel que está allá se halla en la barca solitaria
y preside el reparto de ofrendas en los templos.

Después, se dirigió a ellos otra vez en su idioma:

—No es justo que os entregue a la guardia, pues por lo que a mí respecta no habéis hecho ningún mal. Si estáis aquí, es por algún motivo más allá de mi razón, así que os ayudaremos a salir cuanto antes de Al-Karnak.

—No aún. Deseamos ver mañana la celebración del equinoccio y la bajada de las aguas. No nos marcharemos antes.

—«No pases la noche pensando en el día siguiente. ¿Qué será mañana al levantarse el día? El hombre ignora lo que será mañana» —recitó Seti—. Está bien. Como deseéis. Compartiréis nuestra casa y nuestra comida. Tú no eres una mujer normal. Hacía mucho que no oía recitar los versos de la Casa de la Vida.

—¿Ves, abuelo? Te dije que eran sabios —dijo su nieto con excitación.

—Sí, es posible, pero deberían responder a una pregunta: ¿por qué motivo estáis aquí?

Casiodoro permaneció en silencio. El anciano dio dos palmadas y apareció su mujer Sáhar desde el patio. Los condujo a una pequeña habitación al otro lado de la casa. Extendió tres esterillas con la ayuda de Irene y les deseó un buen descanso antes de salir. La puerta de la habitación estaba dividida en dos, como si fuera un establo. El calor era bochornoso y los muros

de adobe les dieron sombra y frescor. Se sentaron pesadamente. Seti nieto les llevó un cántaro con agua y dos cuencos con comida fría.

—¡Sois sabios! —repitió el niño—. ¡Lo sabía! Sáhar ha ido a buscaros ropa diferente con la que ocultaros.

Casiodoro asintió, tocándose la cara con cuidado. Sentía la piel tirante y dolorida. Irene lo observó y le palpó el rostro con delicadeza.

—Seti, ¿puedes traerme un poco de aceite de oliva? Y una cabeza de ajo para machacar en un mortero.

El niño asintió y llevó cuanto le había pedido. Irene preparó una plasta que extendió sobre la piel quemada del aprendiz. El olor a ajo hizo quejarse a Mauricio. Seti los dejó a solas.

—¡Cómo escuece! Y cómo huele. Espero que sirva, muchas gracias.

La intérprete asintió y se lavó las manos en el patio. Al volver se quitó el pañuelo de la cabeza.

—¿Qué puede haber pasado?

—No pienso quedarme para descubrirlo. Debemos regresar a la seguridad de Alejandría —opinó Mauricio recostándose en el suelo.

—¡No! Debemos esperar a mañana. Más vale que descansemos. Por suerte aún tenemos el diario.

El calor de la tarde invitaba a dormir. Mauricio cayó vencido por el sueño y la traductora, a su pesar, empezó a cabecear hasta cerrar los ojos y apoyar la cabeza contra la pared. Casiodoro hizo un esfuerzo y abrió el libro.

> Las grandes columnas estaban llenas de inscripciones, tanto en la sala hipóstila como en el templo de Amón. Egindes me dijo que muy pocos podían leer aún las marcas. Bajamos al niloscopio entre las ruinas del Aj-Menu, donde comprobó el nivel de las aguas, y al salir un anciano le preguntó si yo era el que debía venir. Negó con la cabeza. Le di una moneda al anciano, no sé por qué. Me dio lástima, cubierto con una polvorienta camisa de lino, y me pareció viejo y hambriento. Comenté que habría sido maravilloso conocer el templo en su época de esplendor, ver a sus gentes, contemplar a sus grandes reyes, y Egindes me dijo que eso sería posible, si me atrevía a una experiencia extraordinaria. Saldríamos al anochecer. Habría luna llena.

Continuaba con una página cubierta de escritura rápida.

> ¡Es increíble! Me dio una bebida dulzona y aturdidora que me paralizó la voluntad. Después de un interminable trayecto sobre un burro por un camino abominable con los ojos vendados, Egindes me hizo arrastrarme por una cavidad estrecha hasta bajar por unas escaleras polvorientas; mis pisadas se oían amortiguadas por la arena, y hacía frío. Solo dentro dejó que me quitara la venda. Él

llevaba una linterna de aceite encendida. Estaba en una cámara de piedra llena de pinturas maravillosas, como la antesala de un palacio, pero la atmósfera era opresiva. Me imaginé respirando el aire viciado de una tumba cerrada durante mil quinientos años y me pareció que me asfixiaba. Egindes tiró de mí, evitando cascotes y telarañas, y cruzamos a otra cámara anexa, más sobria, más reverente y pequeña. Estaba llena de anaqueles y papiros enrollados, había varios cofres junto a uno de los muros y un ataúd de alabastro situado en el centro. Me obligó a acercarme a la tapa quebrada y me sentí mareado. Cerré los ojos temeroso de lo que podría encontrar.

—Este es uno de los grandes reyes. ¡Salve, faraón! —dijo el anciano, pero no me atrevía a mirar.

Después de una duda angustiosa abrí los ojos. Allí no había nada ni nadie, pero capté un olor sutil a mirra y a canela. La momia no estaba allí, pero aun así podía respirar el halo de inmortalidad que allí habitaba.

—¿Dónde está?

—Quién sabe. Destruida. U oculta. Los grandes tesoros de Egipto han sido borrados de la historia, ocultos bajo las arenas.

—¿Tesoros? ¿Hablas de oro?

—¿Oro? No. Los saqueadores pueden robarlo. Pero la gran riqueza perdida no es la carne de Ra.

Cogió uno de los papiros y lo desenrolló. Leyó con un suspiro lo que allí decía, y volvió a depositarlo en su sitio.

—No te entiendo.

—Todo está oculto y todo está unido aunque esté separado —dijo Egindes—. Todavía, si buscas con cuidado bajo la arena, puede que encuentres algo. Esto que te rodea es una pequeña fracción de lo que existía en la época gloriosa.

Egindes se agachó, escarbó donde decía y cogió una pieza circular. No podía creer lo que me había contado, pero me dio como prueba esta moneda, una moneda macedónica. Parece Alejandro. Volvió a vendarme los ojos. Al salir, el viejo del niloscopio, al que reconocí por su voz y su aliento fétido, estaba esperándonos junto al burro. Por un rato me sentí otra vez mareado sobre el animal, pero creo que lo hicieron para desorientarme y que no pudiera encontrar por mí mismo el camino a la cámara, que sospecho está oculta en algún lugar del templo.

Al regresar a la casa, Egindes se sintió indispuesto repentinamente, y fue entonces cuando comprendió que le había llegado la hora. Lo recosté, emocionado, y sobre el lecho de muerte, Egindes me miró, me cogió la mano y murmuró algo que no comprendí:

—Donde se viste al dios cuando come y bebe y goza de la carne de Ra, donde habita lo oculto, están los tesoros de Thot, guardados por el Iteru y la sangre de Amón. El guardián del río aún oculta un secreto. Todo está unido, todo está relacionado. Has visto lo que yo tenía que ver, y todo está bien, y así seguirá por toda la eternidad, pero recuerda este viaje y mis palabras, porque soy el último que conoce el secreto de Al-Karnak.

—¿Qué secreto?

—Que el hijo de Amón regresó a casa de su padre por un tiempo. Y con él… la sabiduría. *Khemeia.*

Aquellas fueron sus últimas palabras.

Casiodoro cerró el diario y volvió a ocultarlo. Aquella palabra… *Khemeia*, ¡era una locura! Era como si estuviera destinada para él. Cerró los ojos y se dejó mecer por el aire cálido que entraba por la puerta. Pensó en cuántos misterios yacerían perdidos y soñó con el símbolo del anillo que había comprado. Le pareció de pronto que lo había visto en otro lugar, en otra parte, el mismo o al menos parecido. Cuando estaba a punto de descubrirlo, perdió el hilo de sus pensamientos, acunado en su sueño por el Nilo junto a otros reyes, en un barco, hasta desembarcar en el muelle ceremonial.

En su sueño, el faraón del lago marchaba tras la barca del ídolo, de oro y plata, atravesando la sala hipóstila. El resto de los servidores esperaba fuera. Casiodoro siguió al faraón, precedido por los sacerdotes que recitaban los versos de la Casa de la Vida, llevando la estatuilla hasta el recinto sagrado tras los pilares de piedra, y más allá, donde ni siquiera el faraón podía continuar. Pero no la depositaron sobre el pedestal. El sumo sacerdote se metió en una habitación anexa, y Casiodoro lo perdió de vista.

—Despierta. ¡Despierta! —dijo Mauricio moviéndolo—. Nos hemos quedado dormidos.

Sáhar regresó. Les dijo que por la mañana tendrían unas ropas diferentes para poder ocultarse. El sol bajaba poco a poco. Aún faltaban dos horas para que anocheciera. Salieron al patio; el niño hablaba con su abuelo en voz baja.

—Ahorraríamos un día si partiéramos inmediatamente. Intentaríamos que un barco nos llevara hasta el delta, un barco griego a ser posible. ¡No me parece buena idea continuar aquí! —opinó el nauta.

—No insistas. No me marcharé sin más, pase lo que pase. —Mauricio se encogió de hombros indicándole que no estaba de acuerdo. El aprendiz se dirigió al seguidor de Amón—. Seti, ¿dónde se viste y dónde come un dios?

El hombre se limitó a sorber su té en silencio.

Por la noche, mientras todos dormían, el anciano subió a la terraza y observó el cielo. El sendero de los dioses manchaba de blanco el firmamento, de una parte a otra, y el gran río era su espejo en la tierra de los hombres. El joven llamado Casiodoro ocultaba un secreto, lo intuía. Sin embargo, ella tenía en sus ojos la luz del delta. Levantó los brazos; buscó en los astros; y obtuvo una respuesta. Pero como siempre, las palabras de los dioses eran ambiguas y confusas, y durmió intranquilo sobre la estera, meditando sobre su significado. Todo estaba escrito; pero todo podía ser interpretado.

—Sea —murmuró por último, llevándose la mano al corazón—. No queda tiempo.

33

EL REGALO DE UN EMPERADOR

Después de largas horas de espera, Marco Amiano fue recibido en la antigua ciudad de Tinit por el gobernador del Alto Egipto. Toda su corte de soldados, funcionarios y aduladores había acampado entre las ruinas de la vieja ciudad alejada del poblado de pescadores y agricultores. Sobre una colina pequeña ondeaban las banderas verdes y rojas del Profeta al lado de las numerosas tiendas blancas. El *Ojos de Isis*, con su gran estrella macedónica de ocho puntas en las velas, estaba atracado en el muelle fluvial borda contra borda junto a las naves militares. El comerciante de madera se esmeró por parecer lo más digno posible. Se recompuso la túnica sacudiéndose el polvo y la arena, y fingió que el ojo morado y los golpes recibidos en las costillas no le molestaban lo más mínimo. Había sido la contestación de un soldado temperamental a sus reticencias a darles el control de la embarcación.

Entró en la gran tienda central y se inclinó en una reverencia. El gobernador Salah Abd er Rassul se volvió chupándose los dedos con delectación.

—Simplemente deliciosa, esta fruta escarchada. Prueba un trozo de melocotón, o saborea unas uvas del Fayum. Siéntate, siéntate. Me han dicho que aquí se han visto leones. ¡Leones! Hará una eternidad que no se los ve a este lado del río, y espero cazar alguno esta noche. Marco Amiano, tu licencia comercial ha expirado. No solo eso; hemos recibido noticias de que tienes tratos con espías griegos. ¡Qué decepción, amigo mío!

—Soy solo un empresario de la madera, *sidi*. El gobernador de Alejandría Al-Tonsi os podrá decir cuán profunda es mi amistad con los árabes, y que mi licencia fue renovada.

—Al-Tonsi ha sido depuesto como gobernador. Han nombrado a un sustituto más afín al califa, y curiosamente ese sustituto soy yo. Deberás abonarme los derechos de licencia de exportación si quieres seguir operando en el país, ya que no consta que tu licencia fuera renovada.

Marco Amiano tembló de indignación, pero se contuvo.

—Seguro que podemos llegar a un acuerdo.

—Claro que sí. Lo que pasa es que no estoy demasiado predispuesto. Te conozco poco y lo primero que recibo es una denuncia contra ti. Te ayudaría si me comunicaras qué te une a esos espías.

El comerciante pensó rápido.

—No sé de qué me hablas.

—Mis hombres me han dicho que tres indeseables embarcaron contigo al salir de Alejandría. ¿Dónde están?

—Embarqué a tres personas, pero no son espías, seguro que os equivocáis de personas y de barco. Eran un honrado compatriota, su reciente esposa y su guardaespaldas. Los tres desembarcaron en Al-Karnak.

—¿Estás seguro de que no tienes nada más que contarme? ¿Seguro que no quieres desdecirte? —El tono del gobernador era amenazante, pero Amiano no admitiría su culpabilidad por nada del mundo.

—No.

Salah Abd er Rassul hizo sonar una campanilla de bronce. El asistente del gobernador entró por una abertura de la tienda.

—Querido Mohammed, ¿habéis preparado el ternero para engatusar a los leones?

—Aún no, *sidi*. Es pronto. Los lugareños dicen que solo saldrán de noche, a la puesta del sol.

—Bien. Dad de comer y de beber a nuestro invitado y luego enseñadle dónde se hará todo. Dicen que cuando los leones prueban la carne humana ya no comen otra cosa. —El rostro del comerciante palideció, mudo de espanto —. Mi querido Marco Amiano, no te pongas así. ¡Ah, se me olvidaba! Por aquí hay también grandes cocodrilos.

Varios soldados lo agarraron con fuerza, empujándolo fuera de la tienda. Marco Amiano se opuso violentamente.

—¡No! ¡No! ¡Te diré lo que quieres saber!

—Lo que quiero saber ya lo sé; que eres un espía y también un mentiroso. ¿Cómo puedo confiar en ti? Mañana por la mañana, después de la cacería, hablaremos, si aún estás entre nosotros. Que Alá te guarde, comerciante.

Los soldados se llevaron al exportador de madera atónito y lleno de incredulidad por la terrible experiencia que le esperaba.

Le dieron de comer y de beber y lo ataron a un poste sobre un montículo de arena lejos del campamento. El sol se ponía, enrojeciendo el horizonte. Marco Amiano podía ver la superficie lisa del agua del río reflejando los

últimos rayos de luz. Los bosquecillos de papiro de la orilla parecieron moverse al caer la oscuridad. Los soldados se fueron y el comerciante se quedó solo. Se hizo la noche. Lo habían atado de cara al río. De pronto cayó en la cuenta de que los leones no vivirían en la orilla, sino en el interior. Se acercarían por la espalda, hacia la figura atada que se recortaba contra la claridad de la luna.

Aparecieron las estrellas; cansado de estar de pie, se dejó caer hasta sentarse en el suelo, apoyándose en el poste. Pensó que alguno de sus hombres lo rescataría. Pensó que en Edfu se extrañarían de que aún no hubiera recogido el cargamento de madera de sicomoro. Lo que lo llenó de rabia fue pensar en que su banquero ya había desembolsado la cantidad exigida por Al-Tonsi. Probablemente no era el único estafado. Seguro que el muy pérfido sabía que su deposición era inminente, y debía de haber huido con un cuantioso botín. En ese caso, ¿cómo lo relacionaban con él? ¿Y qué función jugaban Casiodoro, Irene y su guardaespaldas?

Se levantó una ligera brisa. No se hacía ilusiones. Podía vislumbrar el leve resplandor de los fuegos de las tiendas. Habría oteadores cerca para vigilar las proximidades, y esperarían a que gritara de dolor para dar caza a las bestias. Si gritaba, creerían que los leones estarían atacándolo, y la presencia de cazadores haría huir a los animales. Pero podía suceder lo contrario, que sus falsos gritos atrajeran a los grandes felinos, y entonces estaría acabado. Sumido en la duda, se mantuvo callado. El extremo silencio de la noche en la llanura esteparia estaba enloqueciéndolo. Cualquier chasquido, el crujido de una rama, un soplo de aire, el canto de una rana y su chapoteo, le aterrorizaba y levantaba monstruos en su imaginación. De madrugada, un grito lo atravesó como una lanzada haciéndole respirar entrecortadamente. Esperó el aliento infecto en la nuca y el zarpazo final. Esperó. Esperó. Esperó.

Tembló de frío y el cielo comenzó a cambiar, tiñéndose de un leve azul que ocultaba las estrellas. El comerciante se echó a reír, desesperado. Unos matorrales se movieron delante de él y siguió riendo. El movimiento de las hierbas avanzaba pesadamente desde el río, y Marco Amiano no dejó de reír hasta su final, saludando al dios de las aguas mientras el almuédano llamaba a la primera oración de la mañana.

En Al-Karnak, después de la salida del sol y de la llamada a la primera oración, muchos visitantes se habían congregado en torno al recinto del templo. Cientos de barcas estaban atracadas a lo largo de la orilla oriental del

río. Muchos campesinos ofrecían sus productos en la avenida del templo, frutos secos, pasteles de pescado, dulces de almendra y múltiples variedades de té. Algunos soldados patrullaban los accesos y los alrededores vigilando los tenderetes de especias, de lana y carne, los de los orfebres, los de los cambistas. Los beduinos ocupaban una parte del recinto con sus tiendas.

Casiodoro, Mauricio e Irene entraron al templo junto a la multitud. El aprendiz estimó que allí había más de cinco mil personas, y otras tantas podrían estar con holgura. La gente seguía entrando. Evitando codazos y empujones, se aproximaron al templo, atentos a cuanto pudiera suceder. Mauricio no perdía ojo a los rateros que, aprovechando la muchedumbre, trataban de robar las bolsas de dinero de los incautos.

—Qué miserables. Como se acerquen, les rebano el cuello de oreja a oreja.

—No debemos llamar la atención.

—Acerquémonos al templo, no dejo de pensar en la frase de Pulo.

Cruzaron el patio, evitando a un campesino que llevaba hortalizas en las alforjas de su asno hacia uno de los tenderetes. El nauta lo miró con desconfianza y el hombre se le encaró, hablándole a gritos, ofendido. Mauricio se contuvo. El hombre escupió al suelo y entre exclamaciones de descontento se alejó con su animal. Casiodoro tiró del militar. Pasaron junto al niloscopio, formado por unas escaleras entre dos muros de cantería que descendían hasta un pozo.

—¡Cálmate!

—Estoy calmado. —Se zafó del aprendiz y se dirigió hacia Irene furibundo—. ¿Qué es lo que ha dicho ese miserable?

—¡Concéntrate! ¡Estamos llamando la atención! —Un guardia se paró a hablar con el árabe, que los señaló con el dedo—. Será mejor que nos alejemos de aquí un rato. Allí, entre la gente, pasaremos desapercibidos por el momento.

Había muchas mujeres y niños en el lado norte, alrededor de un pequeño templo alargado junto al alto muro de ladrillo. Un rebaño de cabras los rodeó. Los animales subían y bajaban por los bloques de piedra, rumiando los tallos secos que abundaban entre las hendiduras. Varios hombres se entretenían observando cómo un flautista hacía bailar una cobra en su cesto de esparto. Esquivaron a los animales y al pastor, un joven de sonrisa radiante, y caminaron hacia el templo. Hacía mucho que las columnas de la sala hipóstila, en forma de papiro abierto y sobresaliendo de un espeso manto de arena, se erguían sin techo que sostener. Tras ella sobrevivía una sala

cubierta. Todos los templos del recinto eran similares. Los visitantes eran numerosos. Debía de ser un sitio popular.

—¿De quién es este templo? —preguntó Casiodoro observando las paredes policromadas.

—Está dedicado al dios Ptah y a su esposa Sekhmet. Ella es el motivo por el que toda esta gente está aquí. Sekhmet representa dos naturalezas contrapuestas. Por un lado es peligrosa, colérica y vengativa, pero por otro es la sanadora y la protectora, y muchos piden sus favores; eso me dijo Seti ayer.

Penetraron en el atrio. Frente a ellos, el recinto estaba dividido en tres capillas, cada una con una estatua.

—El santuario norte es el de Ptah, el dios del soplo primordial. El central es el de su esposa Sekhmet, la diosa con cabeza de leona. El santuario sur está dedicado a la diosa Hathor —explicó Irene. Un rayo de luz atravesaba el techo del santuario de Sekhmet y se perdía entre las columnas de la entrada —. Según ascienda el sol, el rayo se acercará a la diosa hasta que la ilumine en vertical. En ese momento será mediodía.

—¿Y qué están haciendo esos hombres y mujeres?

Los visitantes del templo se abrazaban a la estatua y le hablaban al oído; después se iban esperanzados.

—Es una costumbre, una forma de pedir su protección. Se pide un deseo mientras se la abraza. Solo se puede pedir un deseo, y sin que este dañe a ninguno de los tres reinos, vegetal, animal o mineral. ¿Por qué no pedimos nosotros también?

—¿Adorar a una piedra mitad mujer, mitad animal? No. Os espero aquí, en la entrada —decidió Mauricio, atento a los hombres que los rodeaban.

—Es una superstición extraña e inútil —murmuró Casiodoro, pero Irene tiró de él y se encontraron frente a frente con la estatua.

Casiodoro iba a decir algo más, pero se calló. Una atmósfera sutil y silenciosa envolvía a la diosa. El aprendiz oía los latidos de su propio corazón. Las mujeres hablaban entre ellas e Irene escuchaba atentamente.

—Hay quien dice que la estatua está viva, que despierta en las noches sin luna y merodea por los poblados en busca de víctimas —le susurró la intérprete al oído, acercándose a él más todavía—. Por eso poca gente mora en las ruinas de los templos. Es la diosa de la muerte y de la vida, y a ella invocan los curanderos.

Irene se adelantó y abrazó a la diosa durante unos segundos antes de volver junto al aprendiz.

—No pienso tocarla —dijo él, y su voz le sonó extraña. Le pareció que el aire estaba cargado. Algo le incitaba a acercarse, pero se resistía.

—Entonces será mejor que nos vayamos. Hay personas esperando.

—¿Qué has pedido?

—Es un secreto… Aunque me gustaría regresar a casa. —Irene perdió la sonrisa—. ¿Por qué me miras así?

Casiodoro quiso preguntarle a qué lugar se refería. En vez de eso se llevó la mano a la cabeza. Le palpitaban las sienes. El rayo de sol ya estaba cerca del umbral.

—Vayámonos de aquí. No me encuentro bien.

En cuanto salieron de las capillas se sintió aliviado. El aire le pareció más puro, menos cargado.

—Me es difícil creer que abrazar a una estatua sirva para nada. Yo tengo un deseo, pero no hay piedra que pueda concederlo. Me gustaría resolver este misterio y regresar a Constantinopla y evitar su destrucción, volver a mi estudio. ¿Fueron grandes los que construyeron este templo? Tal vez, pero solo quedan sus piedras. Grandes, calentadas por el sol y muertas.

—¿Muertas? No digas eso, escucha lo que tienen que contarte:

»“Lo hice como un monumento a mi padre Ptah. Erigí este templo con bella piedra caliza blanca, puertas de cedro nuevo de la mejor de las terrazas. Es más bonito de lo que era antes. Encontré este templo construido de ladrillo y columnas de madera y su puerta de madera empezando a deteriorarse. Forré para Ptah su gran asiento con electro del mejor de los países. Todos los recipientes eran de oro y plata y toda la piedra, espléndida y cara, con telas de fino lino, lino blanco y ungüentos de ingredientes divinos para realizar sus agradables ceremonias en las fiestas del comienzo de las estaciones que tienen lugar en este templo”.

—Hablas como ellos, ¡como si también creyeras lo que dices! —exclamó Casiodoro con impaciencia.

Irene se volvió hacia él. Y entonces sus ojos relampaguearon.

—Te gustan los libros, el estudio, y no te das cuenta del mundo que te rodea. Incluso aunque estas piedras estén muertas, es nuestra presencia aquí la que las hace volver a la vida. Este recinto y los otros están vivos porque la gente aún anda por ellos, a pesar del tiempo, las piedras caídas, los escorpiones y la arena. Te burlas de nosotros, de ellos, porque no crees en dioses. Lo sé, te he visto, he leído en tu rostro las muecas de desprecio hacia toda esta gente. Crees que es perder el tiempo. Te crees mejor y que tu razón, tu lógica, está por encima de sus creencias y supersticiones, de todas estas

costumbres milenarias. Míralo todo con otros ojos y quizás aprendas algo que no se encuentra en los libros.

Casiodoro se quedó estupefacto. No se esperaba una declaración semejante y respondió a la intérprete con una mirada de perplejidad.

—Ni siquiera has comentado nada sobre cuanto te he leído —continuó Irene—. ¿No me has prestado atención? Uno de los grandes reyes de la antigüedad te ha hablado y tú no has dicho nada. Nada. ¿Es que no vas a decir nada?

Estaba casi furiosa. Estaba radiante. Sus ojos eran un torbellino de emociones enfrentadas. Él se acercó a ella, reticente de su presencia.

—Irene, me importas tú.

Y en cuanto lo dijo, Casiodoro se dio cuenta de que sus palabras eran más ciertas de lo que había creído. Irene salió del templo, sola.

Pulo. Seguía sin comprender las palabras de Pulo; el mediodía se acercaba, los soldados los buscaban y no tenían ninguna pista. El tiempo se agotaba. Irene le dio la espalda cuando regresó junto a ellos.

—Tiene que estar aquí. ¡Tiene que estarlo! Busquemos cerca de la capilla. Lo dijo Seti; había una estancia donde se cuidaba de Amón cuando no estaba en su capilla. Egindes se lo dijo a Pulo. ¡Tiene que haber una entrada, algo! Regresemos al patio, ¡vamos!

El campesino del asno los divisó y se enfrentó al nauta de nuevo.

—¡Dice que lo has ofendido! Que quién te crees que eres para mirarlo así. No, eso no lo traduciré… —dijo Irene, asustada.

El hombre empujó a Mauricio, quien no se contuvo y lo empujó a su vez, tirándolo al suelo. El campesino se levantó y sacó un cuchillo.

—¡No! ¡Quieto! —exclamó Casiodoro demasiado tarde.

El hombre se abalanzó contra el militar, quien le dirigió una mirada torva y lo esquivó con facilidad. Un guardia se acercó a ellos apresuradamente. Mauricio esquivaba una y otra vez al hombre nervudo, y las cabras que los rodeaban se apartaban asustadas. El pastor, sentado sobre un montículo de piedras, las miraba divertido mientras saciaba la sed con un pellejo de agua. Casiodoro comprendió su expresión alegre; el joven pastor era débil de mente.

—¡Alto! —gritó el guardia en árabe y en griego.

Su mirada cambió al reconocerlos, ¡era el soldado del muelle! Desenvainó la espada amenazando a Casiodoro, quien tomó a Irene de la mano y se escondió entre las piedras.

—¡Daos presos, en nombre del califa!

El nauta reaccionó con rapidez. Esquivó una última cuchillada y le dio un puñetazo en el entrecejo al campesino, deteniéndolo en seco. El hombre cayó primero de rodillas y luego de espaldas sobre la arena, inconsciente. Un hilo de sangre desde su nariz salpicó el suelo. Sin perder tiempo, Mauricio se lanzó contra el soldado, mientras Casiodoro salía de su escondite y saltaba de bloque en bloque, huyendo de allí de la mano de Irene. El pastor, asustado, dejó caer el pellejo de agua. El aprendiz estaba acorralado.

Un niño los observaba en silencio, oculto tras uno de los muros. Nervioso, se llevó la mano a su colgante.

—¡Te tengo! —exclamó el guardia frente a Casiodoro, antes de poner los ojos en blanco y derrumbarse a sus pies. Mauricio le había golpeado con fuerza desde atrás con una piedra. Irene, que lo había visto todo, reprimió un grito.

—¿Están…?

Mauricio tomó el pulso al soldado.

—No. Retirémoslos a la sombra, donde nadie más los vea. ¡El pastor ha huido!

—¡No quiero más sangre! —ordenó el aprendiz—. ¡Ayúdame, mientras Irene vigila!

Los ocultaron tras un pilar, les ataron manos y pies, y los amordazaron. Casiodoro se sentó junto a un montón de piedras y miró la capilla principal con tristeza.

—Hemos fracasado. ¡Fracasado!

Se sentía furioso consigo mismo. Tenían que huir; todo estaba perdido. Pero un curioso sonido llamó su atención. El pellejo de agua se había derramado junto a las piedras, donde lo había dejado caer el pastor.

—¡Vámonos! —pidió Mauricio, alerta.

El aprendiz cogió el pellejo de cabra y le cerró la boca. El agua dejó de verterse; pero seguía oyendo un goteo incesante, un eco, que provenía de debajo de sus pies. Acercó la oreja al suelo y comenzó a mover las piedras del montículo.

—¡Aquí! Mauricio, hay un hueco bajo estas piedras, y creo que podría pasar por él. ¿Nos mira alguien?

—¡No tenemos tiempo!

Casiodoro no le hizo caso, y, mascullando entre dientes, el nauta se arrodilló junto a él. Usando sus fuerzas conjuntamente, pudieron mover una de las piedras mayores, desvelando un hueco angosto, como un pozo. El aprendiz vertió más agua y un eco leve llegó al exterior. Tomó una decisión.

—Voy a bajar. ¡Aguarda aquí!

Antes de que Mauricio pudiera impedirlo, se introdujo por la abertura.

El espacio era muy reducido. En dos ocasiones estuvo a punto de quedarse atascado, pero pudo zafarse y continuar, lleno de ansiedad. Se desgarró la túnica en un saliente, y de pronto estuvo libre. Cayó con estrépito sobre unos escalones. La claridad que entraba por la angosta abertura iluminó un recinto polvoriento y arruinado. Las paredes y el techo se caían a pedazos, mostrando figuras desconchadas en el mortero sobre las paredes de piedra. El exterior dejó de oírse, amortiguado por el espesor de los muros. Vio una entrada oscura a una cámara anexa y entró en ella con el corazón en un puño.

—¿Dónde? ¿Dónde está todo?

La cámara estaba parcialmente inundada por las filtraciones del río y todo era lóbrego. El agua le llegaba a los tobillos; tropezó con un bloque de piedra y se cayó. Tanteó el contorno de la cámara sin hallar nada; todo lo que había descrito Pulo había desaparecido. Su mano tropezó con algo enterrado bajo la arena húmeda. Era pequeño y ovalado; fue lo único que encontró. Suspiró y a gatas abandonó el recinto.

Mauricio lo ayudó a salir de entre las piedras justo a tiempo. En equilibrio inestable, la piedra que habían movido se desplazó a su posición original, provocando el desmoronamiento de los bloques y cegando la abertura. Ante la mirada interrogadora del nauta, Casiodoro abrió la mano. Entre el puñado de arena apareció la mitad de una hoja de laurel dorada de delicada factura.

—Esto es todo lo que queda.

Irene se acercó a ellos examinando los desollones de brazos y piernas, pero Casiodoro se fijó en alguien que se les aproximaba por detrás.

—Tú lo sabías, ¿verdad? Sabías que no encontraríamos nada.

Seti nieto se aproximó a ellos. Había presenciado todo con asombro. El soldado y el campesino comenzaban a volver en sí.

—Todo se perdió hace mucho. El pastor ha huido, pero regresará, ¡no podéis quedaros aquí! ¡Rápido, hemos de desaparecer antes de que termine la segunda oración! Las aguas están descendiendo. ¡Ahora deberíamos alejarnos de Al-Karnak!

Era mediodía, el sol estaba en lo más alto; y era el momento del equinoccio. Antes de incorporarse, Casiodoro se fijó en lo que colgaba del cuello del niño. El almuédano comenzó a cantar las suras del Corán y el corazón le dio un vuelco.

—Seti, pequeño, ¿me dejas ver tu amuleto?

Seti se lo tendió con recelo.

—Pero me lo devolverás, ¿eh?

—¡Vamos! ¡Tenemos que alejarnos! —lo incitó Mauricio.

Casiodoro no le respondió, contemplando el anillo con sorpresa e incredulidad. Era un anillo dorado con una piedra engastada que parecía jade. Había un rostro grabado en ella y unas letras alrededor. Sin esperar más, el nauta tiró de él y los cuatro huyeron del patio ceremonial, casi a la carrera.

El aprendiz se sentía excitado por aquel anillo, porque reconocía ese rostro tallado. Lo había visto en el palacio imperial antes de partir. Las palabras que lo rodeaban eran latinas. Era el emperador Caracalla. Y ese anillo era suyo.

TERCERA PARTE

OCTUBRE DE 717-NOVIEMBRE DE 717

34

FRENTE A MASLAMAH

La noche de San Abraham[7] varias señales luminosas cruzaron el estrecho del Bósforo, desde las murallas de Crisópolis hasta el faro levantado junto al palacio imperial. Los *excubitores* despertaron bruscamente a un funcionario que dormía en su camastro: habían visto las señales de fuego desde las murallas marítimas.

—¡Deprisa! ¡Llega un mensaje de las fronteras orientales!

El funcionario, aún adormilado, ascendió la interminable escalera hasta lo alto del faro, que sobresalía por encima de los tejados del complejo, y observó incrédulo las señales que le llegaban desde la orilla asiática. A la luz de un candil, transcribió su significado, y después de leer la nota completa palideció. Con el corazón desbocado descendió los escalones de dos en dos y se perdió corriendo por los corredores del palacio.

—¡No puedo esperar! ¡Abridme las puertas!

El funcionario se abrió paso hasta las habitaciones destinadas a Pablo, el asistente del emperador, quien comprendió la importancia del comunicado. Diez minutos después, León III lo esperaba en sus aposentos privados, y el chambelán comunicó al asistente que sería recibido por su dignidad imperial. Pablo entró como una exhalación en la sala, arrodillándose ante su general. Le ofreció la transcripción del mensaje con los ojos brillantes de esperanza.

—¡El califa Suleimán ha muerto! ¡El califa ha muerto, oh, *basileus*!

La noticia de la muerte del califa voló hacia los cuatro puntos cardinales. Dos imperios se despertaron convulsos. Uno lleno de incertidumbre, desde la India hasta Al-Ándalus. Otro lleno de esperanza. Se convocó a los consejeros del emperador a una reunión urgente.

—Pero ¿es eso cierto? ¿Está confirmado? —preguntó León III desde el trono—. ¿Está muerto?

—Muerto, *basileus* —confirmó Belerofonte—. Los árabes han quedado descabezados.

—Ahora sería el momento de contraatacar, *basileus* —comentó uno de los estrategas—. ¡Los hombres han recuperado el ánimo! ¡Con suerte podríamos romper el asedio!

—Solo si además los atacáramos con nuevas fuerzas por su retaguardia podríamos sorprenderlos. ¡Pero necesitaríamos más hombres! ¡No podemos desguarnecer la fortaleza de Gálata! Y si fracasáramos, tomarían el barrio oriental y nos hostigarían desde el Cuerno de Oro —opinó Artabasdos, el yerno del emperador.

—La salida armada renovará la moral de la ciudad —opinó otro militar.

—¿Y es así como ganaremos? ¿Desgastándonos frente a cien mil soldados firmemente acampados a nuestras puertas como lobos ansiosos por saquear la ciudad? —exclamó un senador.

Se alzaron voces discordantes entre los militares y los políticos. Al cabo de unos minutos, León III levantó la mano e impuso silencio.

—Preparad la incursión, pero no contéis con la fortaleza de Gálata. ¡Salid, arrasad y regresad a las murallas! ¡Arrastradlos al alcance de onagros y fundíbulos, y cubridlos de aceite mineral y fuego!

Cuando el senador Antonino se enteró de que el califa Suleimán había muerto, un estremecimiento recorrió su cuerpo. Temió que, en el tumulto por la sucesión, los cautivos bizantinos sufrieran la ira de sus guardianes. Por esto, había preferido no asistir a la asamblea, y evitar las exaltaciones de júbilo de la jerarquía militar y sus esperanzas de una rápida victoria. En aquel momento se encontraba postrado sobre el suelo de mármol de la iglesia de los Santos Apóstoles. El templo tenía planta cruciforme, y el senador estaba bajo la mayor de las cinco cúpulas doradas que lo cubrían. La luz que se colaba a través de las ventanas que rodeaban la base de la gran cúpula lo iluminaba. Estaba solo frente al altar mayor. No se consideraba un crédulo. Sus antepasados no habían hecho fortuna siendo unos mojigatos y recatados santurrones. Levantó los ojos hacia las tallas y los iconos que le rodeaban en las diferentes capillas. El interior del recinto estaba cubierto de mármol veteado y tenía arcos gigantescos conectados a las pilastras de ladrillos que soportaban las cúpulas. Otras columnas de mármol más delgadas jalonaban las paredes. Allí enterraban a los emperadores. Nadie más podía ser enterrado murallas adentro de Constantinopla. Los rincones oscuros estaban iluminados

por candelas encendidas por devotos creyentes. Había decenas de ellas. Se preguntó si estar allí serviría de algo.

—Oh, Dios mío, perdona mis pecados o condéname, pero sálvalo a él —murmuró el senador estrujando el viejo rosario de madera de cedro perfumada que había pertenecido a su difunta mujer. Pedía por su hijo Justino y era lo más cerca que había estado nunca del arrepentimiento. Aquello era una buena medida de su desesperación.

Una paloma llegó volando y se posó en el exterior de una de las ventanas. Su sombra merodeó cerca del senador antes de desaparecer. Las tallas de madera policromadas mantenían un silencio de siglos.

El presbítero entró por la puerta accesoria de la sacristía. Antonino se preguntó si confiar en sus semejantes serviría igual, si en palacio habrían recibido alguna nueva noticia. Se levantó y con una leve inclinación de cabeza saludó al viejo cura, medio sordo por la edad. En el exterior, el jardín que se extendía entre la iglesia y las galerías porticadas que la rodeaban era también un camposanto.

Al salir a la populosa avenida que cruzaba la cuarta colina se encontró con otro miembro del Senado. Umberto Filodoro era once años más joven que él y un animoso partidario de los Verdes. Uno de sus hijos también había sido apresado en Asia por los musulmanes, y le preguntó por él.

—Debo sentirme afortunado —dijo Umberto pasándose su recia mano por la cabeza calva. El sudor perlaba sus sienes plateadas—. Me han informado de que mi hijo Umberto Minor ha sido liberado y en estos momentos se dirige a las colonias itálicas.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Fue gracias a la intervención de un *fakkak*, un negociador árabe, primo tercero del difunto califa. ¡Gracias a Dios lo liberaron antes de que muriera! Si no, todo se habría paralizado.

—¿Y qué te han dicho? ¿Sabes cómo lo han tratado?

—Lo capturaron en el *thema* de Armeniakon. Artabasdos huyó y los oficiales cubrieron la retirada. Mi hijo fue llevado cerca de Damasco. Me ha dicho el *fakkak* que sufrió prisión, tortura y hambre, pero ya está a salvo.

Umberto conocía la situación personal de Antonino.

—Debes tener paciencia, amigo mío.

—Creo que o se salva Constantinopla o se salva mi hijo; los destinos de los dos son incompatibles.

Se despidieron y Antonino regresó a su palacio, angustiado por las alternativas. Mientras el paso del Bósforo siguiera libre, aún había esperanza.

Podía enviar otro mensajero al campamento árabe en cuanto se calmaran las aguas de la sucesión o aprovechar la confusión para su causa. Cada vez era más difícil encontrar sirvientes dispuestos a transmitir sus mensajes. Parecían tener mucho aprecio a sus cabezas.

Miguel Andrónico se quitó el sudor de la frente. Dejó el cepillo de crin en el cubo y palmeó el lomo de la yegua tracia negra, una corredora nata. El animal relinchó suavemente y le tocó con el hocico en señal de reconocimiento. El senador Eutropio se jactaba de su excelente yeguada, y tenía motivos para ello. Miguel recogió la bolsa con sus útiles. Afortunadamente las carreras del Hipódromo seguían siendo tan populares o más que antes del inicio del asedio. La noticia de la muerte del califa enemigo había corrido entre la población como caballo desbocado. Miguel pensó que sería bueno que la guerra terminara pronto.

Mientras divagaba, no se apercibió de que dos sombras se le acercaban por detrás. Antes de que pudiera darse la vuelta, lo derribaron dolorosamente a golpes y lo pusieron boca abajo. Sintió un jadeo con olor a alcohol. La yegua negra dio un respingo asustada.

—Ayer no viniste a vernos, cuidador. ¿Ya no visitas a los amigos?

Le hincó más las rodillas en la espalda. Era Xerófilo, el amigo de la madera, un carpintero que fabricaba ataúdes. A veces se encargaba personalmente de que subiera la demanda.

—Los amigos suelen invitarme a comer —gimió Miguel bajo el peso de aquel gigante, mirando cómo una hilera de hormigas seguía su camino ante sus ojos—, pero puede arreglarse.

—Debes mucho dinero. —El habla del acompañante era melodiosa y llena de matices. Era un hombre cultivado al que llamaban Cálamo, por su voz—. No podrías invitarnos.

—Tengo un buen presentimiento. La próxima carrera será mi triunfo.

—Eso dices siempre. Podrías hacernos un favor. Haz que esta yegua pierda.

—¡Estás loco!

El aliento fétido volvió a rodearlo.

—Tú eres quien está cuerpo a tierra, gusano —dijo Xerófilo con voz ronca—. Hueles a muerto. Tienes cuatro días.

—¡No es suficiente! ¡Necesito más tiempo!

—¿Tú no tienes una novia? —insinuó Cálamo lleno de malicia.

La sangre de Miguel dejó de fluir. Se debatió inútilmente.

—¡Eso es! —dijo Xerófilo susurrándole al oído—. Tengo deseos de conocerla. ¿Por qué no me la presentas? ¡Espera, si ya sabemos dónde vive! Ah, se llama Sofía, ¿no es cierto?, ¿eh? ¿Le hacemos una visita?

—¡Bastardos! —gritó el veterinario—. ¡Os mataré si la tocáis!

—O pagas o haces un trabajo para nosotros. Necesitamos un voluntario. Cumple y saldarás tu deuda. ¡Ah, Sofía! Sí, nos encantaría conocerla. —Cálamo estaba disfrutando con la agonía de Miguel.

—¡Tres veces, por lo menos! —le tronó el gigante al oído entre grandes risotadas.

Miguel dejó de debatirse, vencido.

—Decidme qué queréis y lo haré.

—Espero que te guste el agua —rio Cálamo.

Al caer la noche se encontró bogando en un bote estrechamente vigilado por los dos matones. Habían partido de un muelle particular cerca del puerto de Teodosio, con la connivencia de un soldado de guardia comprado. En la oscuridad de la noche sin luna estaban bordeando la costa rocosa. El mar estaba en calma. Veían muy cerca las liburnas árabes. Se dirigieron más allá de las murallas.

—Pero ¿adónde vamos? ¿Qué tengo que hacer?

—Tienes que entregar este mensaje al general Maslamah. Con tus ropas de sirviente y sin armas se convencerán de que no eres un soldado —dijo Cálamo. Xerófilo remaba en silencio—. Recuerda la palabra.

—*Amán*. Protección. ¿Y solo con eso evitaré que me maten? ¡Es una locura!

—Recuerda el trato: o tú o ella. Y ya has elegido.

El carpintero se rio por lo bajo. Al rato llegaron a una pequeña cala de paredes escarpadas. Una senda estrecha permitía llegar hasta arriba, escalando el acantilado.

—Tendrás que trepar. Te recogeremos antes del alba, si es que has regresado.

—¿Cómo bajaré?

—Si consigues satisfacer al general, te dejarán partir. Recuerda mostrar la carta y llamarlo por su nombre. ¿No hablas árabe?

—¡Ni una palabra!

—Entonces espero que te hayas confesado.

No había podido despedirse de Sofía y le mareaba la idea de no volver a verla. Saltó a la minúscula media luna arenosa y el bote se alejó sigilosamente. Aseguró la bolsa con el mensaje y empezó a trepar. Dos veces estuvo a punto de caer. Por fin, su temblorosa mano se aferró al borde pedregoso.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había llegado a esa situación? Resoplando con esfuerzo, alcanzó la cima y se dejó caer de rodillas para recuperar el aliento mientras miraba nervioso a su alrededor. Estaba más allá de las murallas. Veía las antorchas de la guardia en la muralla teodosiana, el profundo foso defensivo, y al otro lado, la muralla de piedra y tierra protegida por torres vigía que defendía el campamento enemigo. Él, que no creía en las reliquias, se encomendó a todos los santos y, asustado, se acercó poco a poco a la torre más próxima.

Una voz que no entendió lo conminó al alto. Él alzó las manos gritando *amán*. Los vigías dieron la voz de alarma. Una flecha silbó en el aire y se clavó en el suelo cerca de donde él estaba.

—*Amán, amán!* —gritó una y otra vez—. ¡Maslamah! ¡Maslamah!

Dos enormes soldados con turbante se acercaron a él. Todo se llenó de voces extrañas. Correr dejó de ser una opción.

Un soldado palestino entró en la tienda del general.

—Mi señor, hemos capturado a un infiel que trae un mensaje.

Maslamah se volvió, pensativo. Vestía completamente de negro en señal de duelo.

—No quiero mensajes, arif. El califa, mi hermano, ha muerto.

—Lleva un sello senatorial.

Meneó la cabeza, pero extendió la mano para recibirlo y se sentó en una silla de tijera de madera de cedro e incrustaciones de marfil y nácar.

—Que entre.

Miguel entró en la tienda sobrecogido. No entendía nada. Para su sorpresa, le ofrecieron una silla. El arif tendió el rollo de pergamino a Maslamah y esperó instrucciones. El general leyó el mensaje dos veces.

—Eres un infiel. ¿Qué debo hacer contigo? —dijo Maslamah en griego.

—Solo soy un sirviente temeroso de Dios, señor. Me envía Antonino Pío. Solo soy un emisario.

—El senador Antonino no tiene mi confianza. Sacrifica a sus esclavos en vez de suplicarme en persona por su hijo, como haría un padre y un hombre.

Díselo de mi parte.

—¡Me matarán si lo hago, señor! —exclamó Miguel Andrónico, perturbado por la penetrante mirada del general musulmán.

Maslamah miró las manos del bizantino. No eran las de un criado ni las de un soldado.

—¿A qué te dedicas?

—Soy veterinario.

El general lo miró pensativo. Le gustaban las yeguas, pero no tenía nada que ofrecer. Ni siquiera misericordia.

—Vete en paz. —Y agregó en árabe al arif que lo crucificaran frente a la Puerta Áurea. El senador lloraba por su hijo; el Islam se lamentaba por la muerte del califa. No habría clemencia para los habitantes de la ciudad asediada.

El veterinario comprendió con terror lo que le esperaba cuando lo obligaron a coger un poste. Los soldados se rieron de él. Atravesaron la empalizada. Frente a la pared de tierra y mampostería suelta, sobre un cerro en campo de nadie, había una hilera de cruces levantadas de cara a la capital bizantina. Miguel no quiso mirar hacia arriba, donde los esqueletos habían sido despojados de su carne por las aves de rapiña. Se quitó las lágrimas con el dorso de la mano, pensando que había llegado el final de sus días. Un trueno rasgó el aire.

Una enorme roca en llamas cayó cerca de donde estaban, y el suelo retumbó con el impacto. Los soldados miraron asombrados hacia el cielo negro. De repente, en la confusión, con una resolución súbita, Miguel soltó el poste, subió por la tierra compactada y saltó al vacío, sumido en la oscuridad.

Fundíbulos y onagros comenzaron a disparar desde lo alto de las murallas mientras las puertas de la ciudad se abrían y una columna de jinetes cruzaba los fosos bizantinos seguida por miles de soldados. La noche se llenó de voces, gritos, acero y fuego.

Fue un ataque relámpago. Los proyectiles arrojados desde la muralla cayeron cerca de la sección central de la pared defensiva musulmana. Las tropas árabes se dispersaron por los flancos, evitando las piedras impregnadas en aceite mineral ardiente que impactaban contra el suelo como si fueran cometas, en un espectáculo aterrador.

Todo estaba bien planeado. Bajo la lluvia de meteoros, sesenta jinetes ligeros se lanzaron a la carrera y arrojaron bombas de fuego griego contra las

bases de las torres vigía, retirándose inmediatamente. La vanguardia árabe se lanzó tras ellos en furiosa persecución. Decenas de arqueros bizantinos dispararon flechas incendiarias desde el lado árabe del foso y volvieron sobre sus pasos a la seguridad de las murallas. Varias torres fueron alcanzadas por los proyectiles y estallaron en llamas. Maslamah, que había comprendido la estrategia de los asaltantes, estaba indignado.

—¡Apagad las llamas! ¡Usad arena! —ordenó—. ¡Y que toquen a retirada!

Los timbales sonaron por todo el frente, pero no antes de que varias escuadras quedaran al alcance de los fundíbulos, que lanzaron barriles de fuego griego con una mecha incendiaria. Los hombres en llamas corrieron por el campo de batalla gritando despavoridos mientras sus camaradas, horrorizados, huían de ellos o los mataban antes de refugiarse en el campamento. Algunos desafortunados se arrojaron al foso de la ciudad esperando que el agua estancada apagase su sufrimiento, pero no fue así. Siguieron ardiendo desde el fondo del canal hasta que dejaron de moverse.

Desde las murallas, los soldados bizantinos gritaron con júbilo.

Sumergido en la oscuridad, Miguel se apretaba contra la pared de tierra húmeda. Sintió náuseas por el olor de la carne quemada que seguía ardiendo en la explanada. Oyó los gritos y las órdenes de los árabes y los de sus compatriotas. Las estrellas seguían allí arriba, imperturbables ante las acciones de los hombres. Así que aquello era la guerra.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío —balbuceó el veterinario durante un largo rato, aturdido y confuso.

Estaba aterido, pero no se atrevió a moverse. Con las sacudidas de los escalofríos y del miedo, comprendió de pronto que no podía permanecer allí. Poco a poco se arrastró hasta el foso inundado y se arrojó al agua helada. Dispersas sobre la superficie líquida, flotaban manchas ardientes del fuego griego. Evitándolas, pasó por debajo de los arcos del puente que desembocaba ante la Puerta Áurea, y llegó al final de ese tramo de canal. Las paredes revestidas de piedra de cantería eran insalvables, pero en las esquinas, el encuentro de las dos paredes de piedra tallada proporcionaba algunos asideros, así que escaló con sumo cuidado rezando a la vez a todos los santos que conocía. Temía que fueran sus propios compatriotas los que lo mataran a flechazos desde las cercanas murallas. Podía ver el espolón amurallado a la orilla del mar.

La luz del nuevo amanecer coloreaba el horizonte allá en el este cuando Miguel Andrónico volvió a tocar tierra amiga. Sin que nadie se diera cuenta, salió del agua chorreando y subió tambaleándose los escalones del muelle particular al que había llegado. Había trepado por el foso, se había escabullido como una comadreja arrastrándose por el pie de la muralla hasta alcanzar la última torre y la había circunvalado nadando en silencio, alejándose de los soldados, hasta llegar al primer muelle. Las rocas de esa orilla eran afiladas. De haber habido tormenta o soplado viento de levante, no lo habría conseguido. Se escurrió las ropas como pudo; tenía que alcanzar la casa de su señor, el senador Eutropio, antes de que la ciudad despertase.

—¡Alto, ¿quién va?!

Alguien desenvainó una espada. El muelle de piedra se llenó de pisadas y tintineos de metal. El veterinario se arrodilló, angustiado, y suplicó por su vida.

—¡Avisad al senador Eutropio! ¡Él dará fe de mí! ¡Debo verlo con urgencia!

Los guardias de la puerta de la muralla marítima lo detuvieron, asombrados de verlo surgir de las aguas del puerto. Tenía que hablar con su señor sobre lo que había visto y oído. Tenía que ver a Sofía.

35

UN ENIGMA EN LA ACRÓPOLIS

Timeo se hallaba en una encrucijada. El diácono deambulaba meditabundo por los pasillos de la academia de teología, donde los novicios estaban enfrascados en apasionados debates sobre el nestorianismo, la secta de Arrio y el monofisismo. ¿Tenía Cristo dos naturalezas, divina y humana, o solo una de ellas? ¿Siempre había sido divino o era un hombre que al final, con su muerte, había sido bendecido con la divinidad? Bajo las miradas atentas de los presbíteros, los jóvenes se interrogaban sobre la figura de Cristo y su mensaje. El diácono los evitó, deseando pasar desapercibido, con su mente ocupada en resolver el enigma. Entró en la capilla, escogió un banco en un lugar reservado y se arrodilló cerca del altar y de uno de los braseros que calentaban la estancia. Los iconos de los cuatro evangelistas adornaban los muros. La Virgen María lo miraba con indulgencia sosteniendo a su hijo entre sus brazos. Timeo tomó su rosario y pasó las cuentas entre sus dedos, orando de forma mecánica mientras su pensamiento se alejaba de aquel lugar. Sus pesquisas habían tropezado una y otra vez con el fracaso. Había hablado con el ayudante del prefecto de la ciudad; el prefecto se había negado a recibirlo. ¿Por qué? No tenía razón para ocultarle nada, a él, que buscaba esclarecer el suceso. Con la excusa de que cumplía órdenes, y a pesar de que Timeo lo había amenazado con informar al *logothetes*, el ayudante se negó a proporcionarle ninguna información alegando que los soldados relacionados con los incidentes del Auditorium no dependían del prefecto sino de palacio. Sin embargo, el auxiliar del *logothetes* lo había negado todo. Su investigación estaba en un punto muerto.

El diácono rogó al Cristo en la cruz representado tras el altar en un marco dorado.

—Oh, Señor, la verdad se escapa entre mis dedos. ¿Cómo podré ayudarte yo, un humilde servidor, si me niegas tu ayuda?

De repente, tuvo una iluminación. ¿Temerían hablarle por ser precisamente eso, un enviado del patriarca? Germano no era un hombre tolerante. ¿Sería esa la razón del silencio pertinaz de los hombres del prefecto? Quizá sus ropajes de diácono eran lo que cerraba los labios de todos, temerosos del celo del patriarca. Germano no transigía con la persistente creencia del pueblo en amuletos, curanderos y magia pagana. No había hombre, mujer o niño que no portara una muestra de su superchería mientras nombraba a todos los santos y veneraba a la Virgen para obtener sus favores. Timeo miró las mangas ornadas de su túnica y tomó la decisión de volver por tercera vez al Auditorium, pero no como diácono.

Regresó a la residencia de la catedral y se desvistió en su pequeña celda. Sobre las heladas losas del suelo, Timeo tuvo conciencia de su edad. Su piel ya no era tersa, sino arrugada y con las marcas y pecas de la vejez; sus músculos ya no eran vigorosos. La carne le colgaba flácida y pálida. Se palpó las blancas cicatrices de sus días de penitencia en Alejandría, cuando castigaba su carne y su soberbia con una fusta de esparto, cuando aún tenía que enfrentar la razón y la fe, la cabeza y el corazón. Creía en Dios, sí. Su camino hacia Él era una senda torcida y no siempre clara, pero había aprendido a no desesperar. Timeo tenía sus propias ideas sobre cómo Dios elegía a sus servidores. Los amantes de la sabiduría amaban también su mensaje, sus verdaderas palabras, pero la ambición de Germano no era compatible con la fraternidad de Cristo.

En su juventud se había atormentado preguntándose si la búsqueda del conocimiento era de verdad uno de los caminos a Dios o una trampa del diablo. Su tortura cesó cuando comprendió que Dios no jugaría con los hombres. Dios no podía ser cruel; si había dotado de inteligencia a los hombres, era para que comprendieran el mundo y admiraran su obra, y eso era bueno. Otra cuestión era qué debía hacer el hombre con ese conocimiento. En Heliópolis, el diablo había vencido; él no estaba dispuesto a permitirle otra victoria.

—Algún día —se dijo para sí— la verdad nos hará libres, y dejaremos de temer el día a día.

Abrió su arca y sacó una camisa de lino, unas calzas largas, su capa de viajero, que había sobrevivido tantos años junto a él, y unas viejas sandalias de cuero. Se protegió los pies envolviéndolos con unas largas tiras de lana cuyos extremos anudó bajo sus rodillas. Por último, tomó una bolsa del fondo y dejó en el arca su anillo de oro, testigo de su compromiso eclesial. Sin avisar a nadie, abandonó la residencia evitando ser visto.

Unas nubes oscuras amenazaban con descargar agua sobre la ciudad. Se cubrió la cabeza con la capucha de la capa para guarecerse del aire frío que recorría las calles. Podía distinguir el vetusto edificio del Auditorium en la misma colina capitolina donde se asentaban Hagia Sophia, Hagia Irene y los palacios imperial y patriarcal. Estaba próximo al Senado.

La institución universitaria había sobrevivido a tumultos, terremotos y guerras, y la llegada de los árabes no había interrumpido sus horarios ni sus clases. Las puertas estaban abiertas. Timeo vio a jóvenes y hombres maduros reunidos en grupos. Uno de ellos estaba junto a una fuente, escuchando a un profesor. Los estudiantes le abrieron paso en respeto a sus canas; Timeo sonrió, pensando que le habrían confundido con alguno de los profesores. Filosofía, derecho y arquitectura tenían cabida allí; las ciencias humanas se contraponían a la ciencia divina, la teología, que se enseñaba en la academia patriarcal. Eso era bueno, pensó Timeo, porque el conocimiento también llevaba a Dios.

La discusión de un grupo de estudiantes captó su interés. Se aproximó a ellos y se ocultó tras una de las columnas de los soportales. Un trueno sobrecogió el cielo.

—Dicen que aún no han averiguado lo que sucedió en los sótanos, pero tú sí lo sabes. ¡Estuviste allí!

—¡No, no! No me atreví a acercarme a las salas subterráneas —se avergonzó uno de los estudiantes—. Justo cuando me dirigía a los pasillos vi a unos soldados recorriéndolos y me asusté. No, no pude llegar a los almacenes para buscar las tinajas de vino.

—¡Pero dijiste que lo harías! ¡Te había tocado!

—¡No! ¡Baja tú, de noche, entre ruidos extraños y susurros gélidos y con la amenaza de que te detengan! Vi a los soldados, ¡no me lo estoy inventando!

Uno de los jóvenes dirigió la vista hacia Timeo, que dio un paso atrás precipitadamente. Se sintió ridículo por haber sido descubierto, suspiró hondo y decidió salir a la luz. Los estudiantes lo miraron de soslayo y se dispersaron. Un sirviente proclamó con energía el inicio de una nueva hora de clase. Los pasillos se vaciaron y Timeo se sintió perdido por los patios. Se sentó en un banco junto a un granado, mirando al cielo y deseando que un rayo de sol atravesara el palio de nubes. Así que seguía sucediendo; los soldados vigilaban los sótanos por la noche.

Un hombre se afanaba en limpiar el suelo bajo los pórticos con un balde de agua jabonosa, trapo en mano. Avanzaba en silencio, arrastrándose de rodillas, cumpliendo su cometido sin ofenderse por los rastros de las sucias

pisadas de los estudiantes a la carrera, que deslucían su interminable trabajo. Timeo cerró los ojos. «Eso es la vida —pensó—, un trabajo interminable, lleno de fatigas y decepciones que solo termina con la muerte». Comparó la tarea del limpiador con su tarea oculta; pensó si Irene no habría accedido a compartir su carga solo por no decepcionarlo, en vez de buscar otra existencia mejor.

—¿Te encuentras bien, anciano? —El sirviente, con su delantal empapado, se había detenido junto al banco para comprobar si el diácono había sufrido un mareo.

Timeo abrió los ojos, sorprendido. Un brevísimo rayo de luz rozó su hombro, antes de extinguirse de nuevo tras las nubes.

—Sí, sí. Es solo… el frío, la edad, todo.

Decidió practicar con aquel hombre la farsa que tenía preparada. Se esforzó por sonar vencido y derrotado, lo que en aquel momento no le resultaba difícil.

—Vine de visita desde Nicea, invitado por un miembro del claustro, antes de que se cerraran las puertas de la ciudad, y ahora no puedo salir. Un pariente me brinda un frío camastro y un magro sustento, pero no durará siempre. La vida es una carrera en la oscuridad.

El sirviente, de mediana edad, se enderezó trabajosamente, contento por distraerse un instante de su monótona tarea.

—No eres el único con ese problema, por aquí y por allá deambulan otros como tú, atrapados como almas en pena. Pero a diferencia de ti, son unos presuntuosos. Da gracias por comer y dormir bajo techo. Algunos estudiantes sin recursos están vendiendo su cuerpo a cambio de sopa caliente.

Timeo se horrorizó.

—¿Y el rector no podría evitarlo?

—Supongo que no llega el presupuesto. Son muchos, y estar aquí no es barato.

—Ni tampoco seguro. Algunos jóvenes estaban comentando el extraño incidente que ocurrió hace varias semanas. En el mercado me han dicho que el diablo está entre nosotros, y que cuando cae la noche, a una señal suya, los sótanos se llenan de fantasmas.

El limpiador negó con la cabeza repentinamente serio.

—Ahora que nadie nos mira ni nos incordia, te diré algo, anciano. No sé si habrá fantasmas, pero la sangre que yo recogí era muy real, y nadie ha querido escucharme. ¿Quién creería al humilde sirviente que se arrastra por el

suelo? Nadie. Incluso vino un diácono a bendecir las salas; me ignoró completamente.

El corazón de Timeo dio un vuelco. Así que él era la sombra que se había escabullido en silencio en su segunda visita a los corredores como enviado del patriarca. Rogó a san Sergio que no lo reconociera.

—¿Sangre? Entonces los rumores son ciertos; hubo víctimas.

—No vi los cuerpos. Limpié la sangre en las salas y en las aceras. Y las gotas llevaban a los sótanos.

—Me estás intrigando. Entonces, ¿conoces dónde ocurrió todo?

—¿Te gustaría verlo?

—¿Podemos? —Timeo le siguió la corriente.

—Tengo las llaves de acceso a esos corredores por una entrada secundaria. Conozco los sucios recovecos de este edificio frío y húmedo. Me caes bien, anciano, y mis rodillas agradecerán un pequeño paseo. Acompáñame; pero tendrás que disimular. Toma mi balde y guarda silencio. Si algún portero te pregunta, ignóralo y sigue adelante detrás de mí.

El limpiador abrió una puerta accesoria con una llave oxidada y descendieron con cuidado treinta y dos escalones. Timeo reconoció el sótano donde se encontraban, junto a las leñeras que alimentaban los hornos de los baños adyacentes a la institución, las cocinas con cuyas brasas se calentaban las aulas de enseñanza dos pisos más arriba. Una luz mortecina se filtraba por los ventanucos superiores del corredor. Evitaron a dos sirvientes que portaban un enorme brasero humeante escaleras arriba.

—Más allá de los hornos y de los almacenes está la sala siniestra. Es una carpintería, que sirve además de trastero. Nadie la frecuenta, y eso es parte del misterio; esta es la llave.

La sala oscura se tragó a los hombres. Un minúsculo tragaluz arrojaba un rayo que iluminaba las tinieblas.

—Nadie recompensa mis desvelos, anciano —tanteó el limpiador. Timeo le entregó tres piezas de cobre, dubitativo. El limpiador pareció satisfecho—. Aparte de polvo nada debería haber aquí, pero a veces por la mañana encuentro salpicaduras de sangre, en esta sala, ¡que ya había limpiado la tarde anterior! ¡Doble trabajo!

La sala estaba limpia. El diácono se avergonzó de su ingenuidad. Aquel hombre era un farsante astuto.

—¡No, es cierto! ¡Encontré sangre! Pero no ahora, desde el incidente. La sangre era real, muy real, anciano, créeme.

—¿Y a qué podría deberse? —Timeo soltó tres monedas más.

—Quizás algunos estudiantes del hospital practican aquí, en secreto, con vagabundos desgraciados, guiándolos aquí en vez de al cercano hospital de Sansón, y luego queman sus cuerpos, y de ahí el fuego. Aquel diácono no buscó demasiado.

—¿A qué te refieres?

—Vi soldados llevándose bultos, si eran cuerpos o no, no lo sé. Los seguí con la mirada, fuera. Tomaron el camino al hospital de Sansón. A lo mejor no es cosa de estudiantes. Esos soldados no debían estar aquí. Yo tampoco, y ya he dicho demasiado, anciano. No quiero problemas, eso es todo lo que puedo contarte. Descansar me ha venido bien; debo continuar.

En el exterior, el cielo seguía encapotado. Salieron por la puerta por la que el diácono había accedido las dos primeras veces.

—¿Es este el camino que emplearon para ir al hospital?

El limpiador asintió.

—Te deseo suerte, anciano. En cuanto a mí, ¡no volveré a ese sótano! No volverán a aprovecharse de mí, si no me incrementan el salario, ¡no!

Aterido, el diácono bordeó el ala sur del edificio y encontró una senda que se dirigía hacia el hospital de caridad, entre los jardines. Vio una gota de sangre seca sobre una piedra del camino, y luego descubrió más. Pero no se dirigían hacia el hospital, sino que evitaban el sendero, hacia el sureste, hacia el bosque. Tuvo miedo, inseguro; abandonó la senda, y buscó atento entre los arbustos, entre las hojas caídas, en las ramas quebradas de los árboles, hasta que se topó con una maraña de zarzas que ocultaban una obra de piedra. Era parte de un muro; la hiedra ocultaba una abertura. Más allá estaba el misterioso bosque de la acrópolis.

La curiosidad pudo más que el temor. Se santiguó, besó la cruz de madera que colgaba de su cuello, respiró hondo y atravesó el muro, evitando las raíces de un árbol. Estaba al otro lado, y entre los abedules y castaños distinguió la silueta inconfundible de un macizo de cipreses; una vereda conducía a ellos y a las ruinas de un templo de la vieja colonia griega de Byzas. Unas manchas oscuras festoneaban las piedras de la explanada del templo. La inquietud se adueñó de Timeo al aproximarse a lo que parecía un espacio ceremonial, en el que se incrustaba un ennegrecido brasero lleno de cenizas. Se agachó, asustado, porque el patriarca Germano, por una vez, tenía razón. Allí se había celebrado un rito pagano. Lo sorprendió un ruido: un sapo croaba oculto en la humedad de alguna charca próxima. El diácono tembló: el sapo era un símbolo del paganismo. Metió la mano en el brasero para

inspeccionar algo que sobresalía de las cenizas. Entre sus dedos contempló horrorizado una vértebra humana.

Una ráfaga de aire gélido sacudió las copas alargadas de los cipreses, y el silencio sobrecogedor perturbó el ánimo de Timeo hasta que no pudo soportarlo y abandonó las ruinas. Corrió hacia el muro. En su precipitación tropezó con unas raíces, y rodó hacia el vacío por un umbrío talud.

36

UNA RESPUESTA INQUIETANTE

Magullado y aterido, Timeo recobró la consciencia. El contacto con la fría piedra lo había despertado. Había caído por un desnivel oculto por siglos de vegetación; los bloques de un muro arrasado habían detenido su caída. Con el cuerpo entumecido, se puso en pie, tambaleante. Se palpó el costado con tirantez, con los brazos temblorosos; le dolía, y mucho, pero parecía no tener ningún hueso roto. Podía andar y, apretando los dientes, escaló el talud, buscando la abertura del muro. Pisó algo que crujió; y vio más huesos esparcidos a su alrededor.

—¡Virgen santísima! —Se santiguó con un gesto rápido. ¿Qué tenebroso secreto se escondía en el corazón de la capital del mundo civilizado?

El sol aún estaba en lo alto; había descubierto mucho, pero no era suficiente. Renqueando, se hizo con una rama de castaño a modo de bastón y se acercó hasta el hospital de Sansón.

Él mismo parecía herido; los sirvientes se encargaron de estar atentos a su sufrimiento. Más gente esperaba en las salas. Cuando llegó su turno, un físico lo examinó con cuidado en una sala con olor a albahaca y hierbabuena.

—¿Aquí? ¿Aquí? ¿Y aquí?

El físico palpaba su torso, el costado, la espalda. Vio sus cicatrices y su tatuaje, pero no dijo nada, estaba centrado en sus heridas. La piel se había levantado en algunas zonas, mostrando la carne magullada, y la sangre había manchado la ropa. El diácono reprimió un respingo.

—No, la costilla no está rota, pero has recibido una contusión muy fuerte. ¡Los santos te han protegido! ¿Cómo te has herido así?

—Me he caído de un castaño. Intenté coger varios erizos del árbol, pero resbalé y caí. ¡Ay!

—Ya está todo limpio. Te untaré esta cataplasma de romero, y un vendaje será suficiente. Airéalo un rato cada día. ¡Menudo mes llevo! Menos mal que tu caso es leve.

—Te lo agradezco. —Timeo sabía que no tendría otra oportunidad. Decidió arriesgarse—. ¿Tú sabes lo que pasó en el Auditorium?

El físico lo miró con fijeza.

—No —respondió débilmente. Tensó la venda con más fuerza. Estaba alterado; sabía algo, y el diácono no perdía nada por intentarlo.

—Unos hombres murieron y los trajeron aquí, de noche, sin que nadie se enterara… pero yo lo sé. ¿Sabes de qué hablo? —El físico palideció y eso convenció a Timeo de su intuición. Cogió del brazo al asustado joven, quien lo miró extrañado—. En realidad, soy un diácono; me envía el patriarca Germano, por el suceso del Auditorium. ¿Quién vino? ¿A quiénes os trajeron? No mientas, pues sé que varios soldados llegaron aquí con una carga siniestra. Tus palabras están seguras; nadie te vinculará a nada. Pero quiero la verdad.

—Trajeron varios cuerpos cubiertos por una mortaja. Los íbamos a llevar al pudridero y enterrarlos en la fosa, pero nos ordenaron quemarlos. Tuve que prometer por el juramento hipocrático y por mi vida que guardaría silencio. No hice preguntas, pero mi curiosidad pudo más, padre, y destapé la cara de uno de los muertos. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! ¡Parecía haber sufrido terriblemente! Le habían extraído parte de los órganos. Y sus ojos… Dios mío, creo que no podré olvidar nunca sus ojos.

—Tus palabras están a salvo conmigo.

El físico lo detuvo antes de salir.

—¡Tengo que saberlo! ¡He oído rumores de que el alma de quien mira al diablo o sus obras a los ojos queda unida a él para siempre! ¿Fue obra del demonio?

—Reza, hijo mío, para que no lo sea. ¡Reza, y mucho! —Pero era Timeo el que tenía más miedo.

El patriarca quería saberlo todo, aunque Timeo decidió reservarse para sí su descubrimiento de la acrópolis. Le resultaba inquietante. Jugueteó con el hueso rescatado, preguntándose por qué había acabado allí. Había sido un asesinato con la connivencia de los soldados de palacio. Pensó que quizás aquello hiciera desistir a Germano. Se equivocaba.

—Entonces ya no tengo duda, alguien con acceso al Auditorium hizo trasladar los cuerpos después de sus actos abominables, y se creen a salvo. Ese rastro de sangre relaciona el Auditorium y el palacio.

—Oh, patriarca, quiero haceros partícipe de una idea que tengo, que no he revelado a nadie. Es posible que el responsable actúe otra vez, si se siente

seguro. Yo podría estar allí en ese momento. Pero eso supondría descuidar mis obligaciones; os pido licencia para ello.

—¿Por cuánto tiempo?

—El que sea necesario, patriarca. Hemos de ser pacientes y prudentes, es posible incluso que alguien me vigile. Si me lo pides, descubriré al responsable de esos execrables actos que van más allá de la fe y el amor que proclama nuestro Señor. Pero ¿por qué no dejarlo todo en manos del prefecto?

—El mal se manifiesta de múltiples formas, diácono. Los feligreses necesitan saberse protegidos por su pastor, en cuerpo y alma. ¡Eruditos! Sus mentes reblandecidas conocerán mi castigo. Acuérdate de mis palabras, Timeo. Se avecinan nuevos tiempos. Con esta guerra, Dios nos pone a prueba y todos tendremos que demostrar la verdad que esconden nuestros corazones. ¿Tú no tienes miedo, diácono?

El tono de sus últimas palabras avivó los temores de Timeo. Tendría que ser prudente en extremo.

—Sí, patriarca. Reza por mí.

El emperador era quien propiciaba de una forma u otra que un candidato en concreto consiguiera la dignidad patriarcal. Así legitimaba ante sus súbditos su consecución de la púrpura del Chrysotriclinio, sobre todo si había sido de forma violenta. Podía suceder que los deseos y ambiciones del emperador y del patriarca corrieran parejos. Timeo pensó si no sería el interés del patriarca descubrir a posibles testigos para eliminarlos y encubrir un asesinato en nombre del Estado; en ese caso, quien corría peligro era él.

A pesar de sus temores, el diácono no manifestó queja alguna por los días que esperó en los sótanos, bayeta en mano, arrastrándose de rodillas por los fríos pasillos del Auditorium. El limpiador había accedido a sus demandas de ayuda a cambio de un precio acordado. Todas las tardes, en cuanto se marchaban los sirvientes de los hornos, le abría la puerta de la escalera accesoria, y en los sótanos soportaba una larga vigilia hasta el amanecer, cuando el limpiador volvía a buscarlo. Timeo había encontrado un sitio resguardado dentro de la carpintería; entraba, cerraba con llave para que nadie sospechara, se sentaba en un taburete, a espaldas de un armario desvencijado y un banco de trabajo, y apagaba su candil dispuesto a esperar pacientemente a que algo sucediera.

Las noches eran interminables. El frío calaba sus huesos y le helaba los pies, entumeciéndoselos. Cuando no podía soportarlo más, se levantaba y

tanteando daba tres pasos medidos, sin tropezar en la oscuridad, y volvía a sentarse. Luchaba por permanecer despierto, y reflexionaba sobre su vida. Nunca se había arrepentido de su pacto con Dios, pero sí se lamentaba del largo y tortuoso camino que se había visto obligado a recorrer y que parecía no tener fin. Si el patriarca descubría a qué dedicaba ocultamente su existencia, no lo perdonaría. Germano quería controlarlo todo, y lo intentaba, con el consentimiento del emperador. León III tenía a sus soldados, pero el patriarca tenía al pueblo, dominadas sus almas por el temor. Los sabios, los eruditos, los filósofos… Germano no perdonaría a nadie, y eso angustiaba al diácono, porque entonces también Irene estaba condenada. Timeo estaba decidido a morir antes que revelar en qué lugar de los subterráneos de la ciudad ocultaba los legajos y libros prohibidos que tenían que haber desaparecido tiempo atrás y que él había rescatado en treinta años de agotadora labor. Solo un puñado de monjes había decidido compartir su misión, y aquella a la que consideraba su hija.

El frío lo sumía en un mudo letargo. Luchaba con todas sus fuerzas para sobreponerse, pero en la décima noche cerró los ojos, vencido. En lo que le pareció un suspiro más tarde volvió a abrirlos. Debían de haber pasado horas. El ruido le avisó de que la puerta de la carpintería se estaba abriendo, y asomó ligeramente la cabeza tras el armario.

Varios hombres entraron empujando a la fuerza a otro, que, con la cabeza tapada y maniatado, se resistía. Lo vapulearon, sometiéndolo, y le tendieron sobre una de las mesas de trabajo, entre los sacos de serrín y las herramientas de hierro. Poco después, una figura más menuda y encapuchada entró y cerró tras de sí. Timeo oyó una risa siniestra.

—Atadle —ordenó la voz.

Los esbirros obedecieron, inmovilizando a su presa. Y, mientras sacaba algo de una bolsa, el encapuchado pronunció una frase terrible que hizo que el diácono volviera a ocultarse.

Al principio Timeo no reconoció las palabras. Luego, como si fuera un terremoto, el suelo tembló bajo sus pies, y el silencio lo envolvió. Solo los latidos de su corazón, arrojado a un enloquecido palpitar, resonaron en sus tímpanos mientras cada palabra encajaba en su mente. ¿Cómo olvidar las palabras escuchadas en aquella cueva junto al desierto?

—¡No… no es posible! ¡Es imposible! ¡Dios todopoderoso! —gimió en su rincón, sofocando sus palabras con las manos, sin atreverse a mirar el rostro de la voz siniestra—. ¡Líbranos del mal! ¡Líbranos del mal!

Los ruidos cesaron. La puerta volvió a cerrarse. La oscuridad regresó, hasta que llegó el alba. El diácono tenía el cuerpo dormido y la garganta ronca por la ansiedad. Sangre. Taparse las orejas no le había servido de nada. La agonía de los gritos reverberaría en su cabeza por muchas noches.

El patriarca Germano quiso conocer sus conclusiones.

—No he visto nada —aseveró Timeo con la mirada huidiza—. Nada ha acontecido en mi presencia.

—¿Nada? ¿No viste a nadie?

Timeo negó por tercera vez. Germano se relajó en su alta silla; parecía decepcionado, ¿o estaría fingiendo? ¿Había quedado convencido de que no había testigos inoportunos de lo que fuera que ocurriera en aquellos sótanos malditos?

—Puedes irte. Y descansa, diácono; tu rostro está demacrado.

Timeo dejó la residencia y entró en Hagia Sophia, hincándose de rodillas. Había recibido noticias de la intérprete; ella y el aprendiz se dirigían a la antigua Tebas en pos de una pista. Temía por ella. No tenía la certeza de que fueran a tener éxito en su misión, pero Timeo se preguntaba si el aprendiz sería diferente a su maestro, si podría atraerlo hacia sí, si debería protegerlo de *él*.

Estaba en suelo sagrado. Allí el mal no podría alcanzarlo. Allí el mal no se atrevería a entrar. Había visto al diablo. Su alma estaba condenada.

37

EL DIABLO DE BAALBEK

Calínico salió a la calle a la caída de la noche, seguido por sus dos guardianes, quienes portaban antorchas. El viejo alquimista vestía una túnica con capucha que ocultaba su rostro, su bolsa y su bastón. Se había enterado de que los militares habían propuesto que se estableciera el toque de queda en la ciudad. Haría lo que tenía planeado antes de que sus visitas al Auditorium fueran interrumpidas, pero nunca podrían detenerlo, no a él; cada vez que se encontraban con alguien en la avenida porticada reía por lo bajo pensando en el futuro. La visión de aquel loco encapuchado riendo siniestramente seguido por dos fornidos militares era suficiente para que nadie hiciera preguntas.

Bajo la galería porticada dejaron atrás la Mese, el Milion, pasaron junto a Hagia Sophia y al acabar la avenida siguieron por la calle empedrada hasta el Auditorium. Cerca, podía ver la silueta del hospital de Sansón, fundado por el emperador Teodosio junto a la gran iglesia de Hagia Irene. Era una institución reconocida donde se formaban los futuros médicos de todo el imperio. Galeno, Dioscórides, Aristóteles, los grandes inspiradores y filósofos de la antigüedad tenían su lugar en él. Mientras que en Occidente todo se había perdido, en Constantinopla no solo se había preservado el conocimiento, sino que se seguía progresando, porque el espíritu de la cultura griega no había desaparecido. Aun así, el cristianismo lo había contaminado todo, y ese amor por el conocimiento no evitaba que la mayor parte del campesinado y de las clases bajas recurriera continuamente a los santos y a las reliquias como medio seguro de sanación de sus dolencias y males, algo que sucedía también entre los senadores.

Aquella contradicción era un síntoma de lo cerca que estaba la sociedad de la idolatría, por mucho que el patriarca Germano defendiera las reliquias e imágenes como necesarias para ilustrar al pueblo. Calínico pensó que comprendía las motivaciones de León III para oponerse a los iconódulos. Conocía al emperador; pensaba que tanta fe en los santos era una lacra en la

voluntad de los hombres. Y el mundo estaba en guerra, necesitaba hombres seguros de sí mismos. El carácter del emperador era fuerte y decidido. Habría una guerra civil, el alquimista lo preveía, pero mientras la ciudad sobreviviera, eso le favorecería. Él seguiría pasando desapercibido.

La puerta principal estaba cerrada. El grupo rodeó el enorme edificio hasta encontrar una escalera que descendía a los sótanos. Los macizos de rosas que flanqueaban las escaleras exhalaban un aroma delicioso en contraste con el olor a carne humana que surgía de la oscuridad. No había ninguna indicación; no la necesitaba. En los sótanos estaban los almacenes y los hornos de las termas, y conocía bien el camino. Los guardias se apostaron en la puerta y Calínico se esfumó en las sombras, hasta llegar a una gran sala. Parecía una carpintería abandonada.

Tres hombres mantenían atado sobre una mesa menor a un hombre magullado. Parecía medio muerto.

—No parece intacto. ¿No lo habréis dañado irreversiblemente?

—No, *senes*. Hemos tenido cuidado.

El hombre balbuceó en árabe.

—¿Dónde lo habéis cogido? —preguntó Calínico.

—Lo encontramos inconsciente entre los muertos del *parateicon*, y ha estado preso desde entonces.

Calínico se giró hacia las sombras y escrutó la estancia. Le había parecido oír un leve gemido, pero era absurdo. Sería un ratón asustado. Volvió a prestar atención al hombre atado.

—Bien, bien —dijo. De debajo de su túnica sacó su bolsa de herramientas y tomó varios útiles. Cogió un escalpelo y retiró la capucha al hombre, quien lo miró suplicante y mudo de horror—. Los árabes no beben alcohol. Su hígado será perfecto. Tapadle la boca.

»¡Te entrego otra vida para que apagues tu sed y te sacies, y todo sea propicio! ¡Hazme partícipe de ti!

A diferencia de la enseñanza médica oficial, el alquimista prefería la vivisección.

38

UNA ESPERANZA

El senador Antonino acudió al palacio imperial lleno de esperanza. Sus hombres habían vuelto solos del campamento enemigo y no tenía noticias del último emisario, cosa que no le extrañaba. Sin embargo, la emperatriz María le había enviado un mensaje indicándole que tenía novedades sobre el cautiverio de su hijo Justino. Eso podía significar que no había ninguna esperanza y que debería pagar un rescate por su cuerpo, o bien que las gestiones diplomáticas de la emperatriz habían surtido efecto en Damasco.

En cuanto le hicieron pasar se hincó de rodillas para besar la mano de la emperatriz.

—¡Oh, *basilisa*! ¡Cuánto tiempo llevo esperando tu llamada lleno de impaciencia!

Conmovida, ella le ofreció asiento en uno de los divanes de terciopelo. Sobre unas mesitas de plata habían dejado pastelillos de masa fina rellenos de crema.

—Querido Antonino, he recibido respuesta del gobernador de Alejandría, que me comunica que tu hijo sigue vivo. Lo han sacado de su celda, lo han cuidado bajo la atención de un médico y actualmente viaja de camino al delta del Nilo. Intentaré incluir su nombre en la lista de prisioneros que intercambiaremos con los musulmanes. Afortunadamente tenemos en nuestras prisiones a los hijos de varios emires para realizar el canje. ¿Lo ves? Puedes ser optimista, mi viejo amigo.

—El canje de prisioneros deberá ser aprobado por el Senado, aunque la última palabra corresponde al *basileus*. Convenceré a cuantos senadores me sea posible.

—¿Has conseguido alguna nueva reliquia?

—Señora, creo que el bastón que usó Moisés para abrir las aguas del mar Rojo está aquí, en la capital. Tengo a un erudito investigando en los viejos legajos guardados en los anaqueles de la biblioteca imperial. El emperador

Heraclio trajo consigo mucha documentación y libros de las tierras persas. ¡Prometo teneros informada!

En otra parte del conjunto palacial, el emperador León disfrutaba de un paseo distendido conversando con Belerofonte, el gran drongario de la flota.

—Fíjate, ¿acaso no es un día un poco más luminoso que el de ayer? Me siento esperanzado por primera vez desde que me ceñí la púrpura imperial. Incluso estoy de buen humor. ¡Ah, mira qué rosas! Y el mar está en calma frente a nosotros. Había olvidado su belleza serena.

—*Basileus*, las noticias son mejores aún de lo que esperábamos. No solo nuestra incursión ha desmoralizado al enemigo. Nuestros espías en Damasco me han informado de que el hijo de Suleimán ha desaparecido. Algunos dicen que en contra de la opinión de su padre se incorporó de incógnito al ejército expedicionario y que ha muerto frente a nuestras murallas. Así que, como poco, nuestros enemigos se enzarzarán en una guerra civil. Los omeyas están perdiendo el apoyo popular.

El emperador se agachó y cogió una piedra plana que se ajustaba perfectamente a su mano, y la arrojó con destreza contra la calmada superficie del puerto privado de palacio. La piedra rebotó cinco veces en la superficie antes de hundirse.

—¿A quién elegirán como sucesor? ¿No tenía más hijos?

—Sí, pero son demasiado jóvenes e indolentes. Serían como corderos en medio de un círculo de lobos.

León III sonrió, pero el militar también tenía una mala noticia.

—Hay sin embargo una cuestión importante. Nos estamos quedando sin *petra oleum* en Tracia, y cada vez será más difícil encontrar más. Las árabes y la guerra han cerrado las rutas seguras.

—Creí que el alquimista casi había colmado los silos con los componentes del fuego.

—No será fácil renovarlos una vez que los consumamos. Por eso tendremos que enfrentarnos a los árabes solo lo preciso.

—¡Nos temen! —exclamó el emperador mirando alejarse a unas gaviotas. Se sentía un hombre libre y dueño de su destino—. Han perdido a su califa, han sufrido una derrota y la amenaza de una guerra civil pende sobre ellos. Y esto es una guerra de desgaste, donde no solo se necesitan hombres. Sus rutas de suministros son largas, las nuestras, cortas. Hostigadlos. Destruid sus convoyes por tierra y agua.

—También hemos recibido un correo procedente del aprendiz de Calínico. Aún no lo he abierto, oh, *basileus*. Está aquí.

Le tendió un rollo de papiro lacrado. León III lo cogió con curiosidad, deslizando las yemas de sus dedos por la rugosa textura del papiro.

—Trae al alquimista inmediatamente.

Aquella casa era un lugar de tormento. El joven aprendiz deseaba volver a sus quehaceres cotidianos. Temía a aquel viejo. Estaba loco. Limpió con el cubo de agua y el trapo húmedo los anaqueles del taller, todo con sumo cuidado. Estaba lleno de recipientes y minerales, polvos fétidos y cazos metálicos. Había incluso un cazo de oro. ¡Aquello era lo único estimulante de su estancia allí! Se fijó en una de las etiquetas. ¿Qué contendría aquel matraz? *Aqua infernalis*. Era un recipiente pequeño y pesado. Parecía agua. ¿Sabría a algo?

—¡Eh, insecto! ¿Qué estás haciendo con eso, estúpido? ¡Suéltalo inmediatamente! —dijo una voz furiosa a sus espaldas.

El joven aprendiz no tenía más de doce años y no estaba acostumbrado a aquella tiranía. Con el sobresalto, el matraz se le escurrió de la mano, chocó contra el suelo y estalló en pedazos. El suelo de piedra fue cambiando de color conforme el líquido se derramaba y hervía. El muchacho se alejó horrorizado. Las salpicaduras habían alcanzado su ropa y un fuego le abrasó la piel, pero no había llama.

—¡Rápido, ayúdame! —dijo Calínico abriendo uno de los armarios. Tomó un saco de fieltro y lo abrió; estaba lleno de natrón, que vertió sobre todo el líquido circundante.

El aprendiz gritó de dolor. Se había quitado la ropa quemada y con el agua sucia de la limpieza había intentado apagar el calor que le perforaba la carne del muslo. Sus sandalias humeaban. El viejo alquimista empapó una esponja en el fondo del cubo con agua y luego la restregó por el natrón antes de frotar la carne quemada y purulenta del muchacho, que gritaba de pavor.

—¡Cállate! El natrón apagará el *aqua*. ¡Y ahora rápido, baja al patio y métete en el estanque! ¡Sumerge las heridas en el agua hasta que dejen de quemarte! ¡Corre o perderás la pierna!

Un soldado de los que estaban apostados en la casa permanentemente para protección de Calínico llegó en ese momento alertado por los gritos, y se llevó al aterrorizado muchacho. El alquimista los despidió con un furioso gesto de la mano, lleno de impaciencia. Cogió el cubo de arena que siempre tenía en el rincón y la esparció sobre el natrón que recubría el suelo y parte

del mobiliario. Aquello era un desastre. En mala hora había acudido a Marius para solicitarle un ayudante provisional mientras Casiodoro permanecía fuera. ¡Aquella pequeña rata de biblioteca no volvería a pisar su taller! Podía oír sus quejidos en el patio.

Inspeccionó los daños que había causado el incidente. Abrió las ventanas y empezó a barrer la arena oscurecida. El olor a madera quemada era nauseabundo. ¿No se respiraba también el olor a carne quemada?

Un soldado de palacio se asomó al taller. Calínico lo miró de arriba abajo y antes de que dijera nada dejó la escoba en el rincón.

—Ya entiendo. Vamos.

El aprendiz se sintió atravesado por la mirada furibunda del viejo, y respiró cuando se marchó. Juró con alivio a pesar del dolor que no volvería a verlo nunca más.

Desde las murallas marítimas, el emperador observaba el cerco de las liburnas califales, que obstruían el paso hacia el estrecho de los Dardanelos. Era un día magnífico. Calínico siguió al soldado y subió con tranquilidad los escalones de piedra. Belerofonte vio llegar al soldado, solo.

—¿Y dónde está Calínico?

—¡Está… subiendo, señor! —respondió detrás, con un jadeo.

León III miraba al este con los ojos entrecerrados. Era agradable disfrutar un instante de la luz otoñal, y recordó sensaciones que creía olvidadas de cuando era un niño que corría entre los trigales.

El gran drongario lo devolvió bruscamente a la realidad.

—Alquimista, ¡tienes la vitalidad de un toro!

Calínico lo miró resoplando.

—La próxima vez, oh, drongario, agradecería que no me hicieras trepar hasta aquí solo para decirme lo que ya sé.

—Ha llegado un mensaje de Casiodoro.

—¡Dámelo!

Calínico casi se lo arrancó de las manos, tal era su avidez. Rompió el lacre y lo leyó.

—Dice que espera encontrar algo importante en Al-Uqsur. La búsqueda en la vieja Tebas puede resultar prometedora.

—Son buenas noticias para un día perfecto. Ah, esto no puede durar mucho —dijo León—. ¿Qué noticias aporta de Egipto?

—Dice que se ve una gran actividad en los astilleros de Alejandría.

—Están aumentando su número de barcos. Eso significa que el asedio se mantendrá. Aún no sabemos quién será el sucesor del califa fallecido.

—¿Cómo murió? ¿Les hemos ganado en alguna batalla en Asia?

—Ojalá fuera así. Han llegado nuevos detalles. Murió repentinamente tras una gran comilona, en Chalcis —comentó el gran drongario.

Los ojos de Calínico brillaron.

—¿Un veneno? ¿Un tóxico sutil? ¿Fuimos nosotros?

—Una indigestión. Tal vez una intriga palaciega… No lo sabemos.

El alquimista perdió interés en la noticia.

—Oh, *basileus*, si no hay nada más, tengo un taller que limpiar.

—Creía que Marius te había proporcionado otro aprendiz —dijo el emperador.

Calínico le dirigió una mirada burlona y media sonrisa torva. Se inclinó ante él.

—Oh, *basileus*, no creo que regrese conmigo.

39

EL FUEGO SAGRADO

Calínico salió de palacio seguido por sus dos guardianes y se sentó a la sombra de la columna de Justiniano en el Augústeo. Miró a uno de los soldados, miró al otro y rio entre dientes. No eran novatos. No estaban allí por gusto. Uno enarcó las cejas; el otro apretó con fuerza la empuñadura de la espada. El alquimista respiró profundamente y se levantó.

—Sois soldados. No tendríais que estar vigilando a un viejo. Tendríais que estar en otra parte. Sí, en otra parte.

Los miró con una intensidad desconcertante.

Los numerosos viandantes y vendedores no repararon en ellos. Pensarían que era alguna especie de ceremonia militar. Dos soldados velaban la columna del vigoroso emperador en reconocimiento a su memoria. Los senadores cruzaron la gran plaza tras su reunión matinal, en la que se había denegado un incremento en los impuestos para convencer a los búlgaros de realizar una alianza militar. En Hagia Sophia los diáconos cursores cantaron hora tras hora[8]. La columna imperial trazaba su sombra sobre el enlosado de piedra como un gigantesco reloj de sol.

El amo y señor de los cielos calentó la ciudad durante horas y los soldados no se movieron. Las palomas bebieron agua de las fuentes y de los cubos varias veces. Los cascos metálicos de los guardianes debían de estar ardiendo como una marmita caliente.

Belerofonte cruzó el Augústeo con furiosas zancadas. El Senado también había rechazado incrementar el presupuesto de guerra con un impuesto especial sobre los ciudadanos de Constantinopla. La capa azul le agobiaba. No corría ni una pizca de brisa. El calor hacía hervir el agua con la que un esclavo limpiaba los pórticos. ¿Qué hacían esos dos soldados al sol junto a la columna?

Se acercó a ellos. Estaban en posición de firmes. Les ordenó moverse y no respondieron. Belerofonte estaba cansado. Recordó la cara del de la derecha.

—¡He preguntado que qué diablos hacéis aquí! ¿Dónde está el alquimista?

Los soldados volvieron a la vida con un sobresalto. Aturdidos, miraron a su superior, se tambalearon y empezaron a sudar profusamente. Cayeron al suelo como abatidos por un rayo.

—¡Trae agua, rápido! —gritó el gran drongario al esclavo. Les quitó los cascos, que ardían como salidos de una forja—. ¿Dónde está Calínico, soldado?

—No… no lo sé, señor —balbuceó uno de ellos antes de volverse y empezar a vomitar.

El alquimista había desaparecido.

En el campamento musulmán, el general Maslamah escribía una larga carta con destino a Damasco. Todos los emires estarían pendientes de las últimas órdenes del difunto califa. Quienquiera que fuera el elegido por los omeyas tendría que continuar el asedio hasta el final. Maslamah no contaba con el apoyo del clan y los gobernadores de Siria y Mesopotamia se oponían abiertamente a él. Y él apoyaba a su primo Omar ibn Abd Al-Aziz frente a cualquier otro. El almirante Suleimán también emitiría su voto, que influiría en la decisión final.

Dobló cuidadosamente el mensaje y selló la carta con el lacre verde tras acercar un pequeño candil. El día había avivado la vergüenza de la derrota. Apenas soplaba brisa y el calor cercaba el campamento en la llanura desolada. Había dado órdenes estrictas para cuidar el abastecimiento de agua fresca y evitar diarreas y disenterías. La higiene era esencial. Los almacenes aún estaban llenos de suministros. Maslamah había tenido la precaución de asegurarse víveres suficientes para no tener problemas mientras Damasco despertaba de su parálisis.

A la vez que el mensajero salía en dirección al Helesponto, un soldado pidió permiso para entrar en la tienda del general. Dos ingenieros persas habían llegado al campamento, desembarcados por Suleimán. Llevaban un salvoconducto de Yazid ibn Al-Muhallah, gobernador de Khurasan. Vestían sencillas ropas de viaje y tenían más de sesenta años. Se inclinaron con reverencia.

—¡Por fin! Sed bienvenidos. Pensé que Yazid se había olvidado de mí. ¿Es cierto lo que me contó? Entrad, sentaos. ¡Comed y bebed! Recordemos

las reglas de la hospitalidad —dijo ordenando que trajeran comida y bebida en abundancia.

—Hace doce años nosotros estuvimos aquí, en esta misma explanada arrasada hasta los cimientos —dijo uno de ellos—. Después de que le cortaran la nariz, Justiniano II, el emperador loco, regresó dispuesto a recuperar el trono imperial. No pudo forzar la entrada a través de la muralla, así que buscó otros medios.

—Nosotros descubrimos el medio —continuó el otro anciano—. Desde el bosque de Belgrado, parte de los manantiales son canalizados de forma subterránea por todo el territorio hasta cruzar las murallas; continúan por el acueducto de Valente y llegan a la torre de distribución cuadrada que alimenta entre otras la gran cisterna catedral, construida por Justiniano I el Grande.

—¿Y cómo podríamos aprovecharnos de eso?

—A lo largo del trazado subterráneo, los ingenieros romanos construyeron pozos de hombre, accesos desde la superficie que descendían hasta el nivel del agua. La sección es angosta, y las guerras destruyeron casi todas las entradas a los pozos —dijo el primero de los persas.

—Justiniano contrató nuestros servicios a través de un agente suyo en Quersoneso. Recorrimos todo el acueducto y sus derivaciones. Muchos pozos estaban arruinados y el agua se filtraba por entre los bloques de piedra, pero a media parasanga de aquí, junto a una granja, existía un pozo aún intacto. Le habían puesto un brocal y estaba cubierto de zarzas —continuó el otro anciano—. Desde allí tuvimos que recorrer un camino casi impracticable. Hubo que limpiarlo de obstáculos, y al final el propio Justiniano Rhinotmetos y cuatro acompañantes se adentraron en la oscuridad con candiles y llegaron a una derivación que alimentaba el palacio de Blachernae.

—El resto ya lo conoces. No volvieron a salir y fue el inicio de un segundo reinado de terror. Una persona amiga nos advirtió de que nuestras vidas corrían peligro. Justiniano no quería que nadie más conociera el acceso, así que cruzamos a Asia Menor y volvimos a Bagdad.

—Conmigo no tenéis que temer. Mi cuerpo de zapadores está a vuestra disposición. ¿Reconoceríais el punto exacto?

—Tal vez. La granja se veía desde la calzada romana secundaria que parte desde la Vía Ignatia y llega a la Puerta de Polvandrion.

Maslamah organizó una expedición y puso a los dos persas al mando de los doscientos hombres que integraban la partida. Buscaron debajo de cada matorral, bajo cada piedra, y tres días más tarde el general recibió un mensaje:

habían encontrado el pozo, pero estaba destruido y estaban excavando para limpiarlo y acceder al interior del acueducto.

—Hemos llegado al nivel del agua. El acueducto es lóbrego y estrecho. Llegaremos al otro extremo. La salida al palacio de Blachernae fue cegada, pero el acueducto tiene más derivaciones; encontraremos una que sea de tu conveniencia. Aunque necesitaremos distraer a los bizantinos para poder entrar en la ciudad —dijo el mayor de los dos persas.

—He consultado a mi físico. El tiempo está cambiando; ya empieza a soplar el aire.

En la capital imperial, el senador Eutropio vivía bien. Poseía grandes extensiones de tierra en Bitinia y numerosas viviendas que arrendaba en el barrio de Exokonion. Era propietario y armador de cuatro mercantes dedicados al transporte de cereal desde Italia e Hispania; en ese momento estaban atracados en puertos amigos a recaudo de la guerra. Sus caballerizas tenían fama. En sus cuadras de la sexta colina poseía más de cien ejemplares; los más veloces y resistentes formaban parte del equipo de los Azules que él patrocinaba. Su guardia privada casi constituía un pequeño ejército. Estaba soltero y no tenía hijos. Los negocios le iban bien, pero su pasión eran las carreras.

Conocía la valía de su veterinario, y confiaba en él. Miguel no omitió ningún detalle de lo que le había ocurrido. Eutropio sabía que aquella información valía su peso en oro, tanto como los cuidados que daba a sus caballos.

—¿Eso es todo? Es… increíble. —El senador estaba sorprendido. Pensaba en cómo podría emplearlo. La política era también parte de la guerra.

—Eso es todo, mi señor. Senador… temo por mi vida —se sinceró Miguel.

—Tranquilízate. Has hecho bien en informarme; yo recompenso la lealtad. Tendrás asegurada tu protección a partir de ahora.

Cuando salió por la puerta, dos guardias lo siguieron guardando sus espaldas a veinte pasos de él. Eso no impidió que no dejara de mirar a todas partes con ansiedad.

Sofía estaba esperándolo en su pequeña vivienda junto a las cuadras. Cuando le contó su historia, lo abrazó con intensidad y lo cubrió de besos.

Ella estaba bien. Miguel respiró aliviado, suspirando por la calidez de su perfumada piel con aroma a cítricos.

—¿Cuándo aprenderás? ¿Es que yo no te importo?

—¡Claro que sí!

—Entonces deja de apostar.

—Ni hablar. El Hipódromo es el mejor lugar para hacer contactos. Allí puedo ver a mis caballos en acción. No lo entiendes. Casiodoro y yo necesitamos nuestro rato de barbarie, gritos de desprecio y camaradería fuera de nuestra rutina diaria.

Sofía lo miró con sus grandes ojos y se separó de él.

—¡Vaya! Conque eso soy para ti… Rutina, pura y aburrida. ¡Miguel Andrónico, eres un…!

No llegó a terminar la frase. El veterinario la cogió con fuerza y la besó hasta que ella dejó de debatirse.

—La vida es muy corta. Echo de menos a Casio. Te echo de menos a ti. Te amo. No lo olvides nunca, suceda lo que suceda.

Un golpe de aire cerró el ventanal. La brisa estaba arreciando.

El alquimista había aguardado oculto hasta la caída de la noche. Conocía los recorridos de la guardia y había cruzado la corta distancia que separaba Hagia Sophia del recinto amurallado de la acrópolis. Buscó cerca de uno de los contrafuertes de piedra y halló oculta tras la vegetación una abertura en la vieja muralla que conectaba con el antiguo recinto sagrado de Bizancio. Rodeados de bosques, los antiguos templos griegos yacían abandonados y resignados al olvido, saqueados y menospreciados por el teatro de Kinegion, construido con parte de las antiguas piedras no muy lejos de allí. Las columnas dóricas apuntaban a las estrellas, las únicas luces de aquella noche sin luna.

La acrópolis era antigua. Calínico sospechaba que aquel lugar de culto ya existía antes de que arribaran allí los intrépidos helenos de Byzas. El alquimista llegó al templo erigido a Hera. Frente al pórtico, en el enlosado vencido por las malas hierbas, había un brasero de cobre incrustado en la piedra. En su interior había cenizas. No todos habían olvidado a los antiguos dioses.

Sacó yesca y pedernal de la bolsa que llevaba consigo y encendió un pequeño fuego en el brasero mientras murmuraba en una lengua olvidada. Alimentó el brasero con pepitas de incienso y de mirra y, con las manos

alzadas al cielo, cantó su letanía en voz cada vez más alta. La brisa empezó a soplar, avivando el fuego. Vio que las señales eran propicias. Siguió recitando, invocando a los viejos dioses de Baalbek.

Abrió la bolsa de nuevo, sacó un cuchillo ceremonial curvo de empuñadura dorada y desenvolvió un lienzo para coger su contenido. Era un hígado sanguinolento; era un hígado humano. La civilización cristiana había aplastado los antiguos cultos y sacrificios, pero él estaba decidido a no olvidarlos. Gritó a los cielos y a Ahrimán, abrió el hígado sobre el brasero y se lo ofreció a las estrellas, pidiendo que su deseo fuera escuchado.

—¡Concédeme la revelación de los secretos del mundo! ¡Concédeme los secretos herméticos de Alejandría!

Si Casiodoro triunfaba, solo una persona podría detenerlo: el propio emperador, que gozaba del favor del pueblo y del ejército. Hasta la llegada de los secretos alejandrinos tendría que velar por la protección de su aprendiz y del emperador. En ese instante, rodeado por las volutas de las resinas, tuvo una fugaz visión de la ambición de Artabasdos; había alguien tras él, apoyándolo. ¿Quién era aquel, que vestía como un miembro eclesiástico con vivos colores y animaba a Artabasdos a rebelarse contra el *basileus*? No distinguió su rostro. ¿Sería Germano, el patriarca? ¿Estaba el patriarca sometido a los deseos de León, como siempre manifestaba, u ocultaba segundas intenciones? Vio la caída de un emperador, el púrpura manchado de sangre. ¡Antes de que se cumpliera esa visión tenía que conseguir los secretos perdidos! E invocó para el emperador un protector a los cielos, ofreciendo la sangre de su sacrificio.

Una estrella fugaz cruzó desde la constelación de Taurus. El viento del oeste hizo su aparición, meciendo con suavidad las copas de los cipreses centenarios contra el palio de estrellas de la noche, y avivando las llamas del brasero. En el bosque se oyó el relincho de un caballo y el ruido de unos cascos aplastando los arbustos. Calínico miró hacia la espesura. Frente a él, un jinete sostenía las riendas del animal, recortado contra el fondo de estrellas. No dijo nada. Los ojos de la bestia brillaban con un fuego verde.

—¡Khidre! ¡Has escuchado mi súplica! En los días venideros todo será confusión. —El alquimista tuvo un presagio—. Acepta mi ruego. ¡Protege la vida del emperador, y si el mundo ha de cambiar, que así sea! Y ahora, ¡regresa a las sombras!

—Todo tiene su precio. ¡No lo olvides! —respondió la figura tétricamente, y el caballo se encabritó. El jinete soltó una carcajada siniestra y tirando de las riendas desapareció a galope en el bosque.

La brisa sopló más y más fuerte, señal de que el ruego de Calínico había sido escuchado. Lo había conseguido. Aunque el viento, la señal de su acuerdo, también soplaría a favor de los árabes. Hostigarían la ciudad; pero el anciano desechó sus temores, seguro de su triunfo. ¿Qué significaban unos miles de almas, a cambio del conocimiento absoluto? Nada.

En la casa, los soldados estarían esperándolo, desconcertados. ¡Qué sabían ellos!

40

VIENTOS DE CAMBIO

El amanecer del nuevo día trajo la desolación. El viento soplaba de levante arrancando la ropa de los tendederos, haciendo desapacible salir a las calles y obligando a la flota imperial a permanecer amarrada detrás de la cadena que aislaba el Cuerno de Oro. Los puertos del mar de Mármara fueron cerrados, con los dromones anclados cerca de las bocanas, resguardados del aire.

Frente a ellos, las liburnas musulmanas mantenían una calma sospechosa. Desde su nueva nave capitana, el general Suleimán ordenó que comenzara la maniobra antes de que el viento amainara. Desde la costa oriental, una docena de naves desplegó todas sus velas mientras los esclavos eran fustigados una y otra vez para que emplearan todas sus fuerzas en hacer avanzar los barcos. Las liburnas empezaron a moverse. Las velas habían sido reforzadas en sus costuras para que no se desgarraran. Bajo la acción del viento se hincharon, combando los mástiles peligrosamente.

—Pero ¿qué están haciendo, con este oleaje? —exclamó Belerofonte desde el *Teodora*, que subía y bajaba en el mar embravecido. Por el cielo surcaron nubes repentinas desde el este, nublando la ciudad de forma intermitente.

En las murallas marítimas se prepararon los onagros y los fundíbulos para disparar. Las liburnas siguieron su avance a velocidad creciente. No importaba que las vasijas inflamables fueran a incendiar sus flancos. En las cubiertas, una legión de fanáticos musulmanes, espada en mano, gritaba el nombre de Alá. Varios dromones intentaron moverse contra el viento a base de remos, pero el mar los hacía casi ingobernables.

A los musulmanes no les importaban las llamas ni los fundíbulos. Solo parecían tener un objetivo, una misión. Desde la cubierta del *Teodora*, Belerofonte contempló con impotencia cómo las liburnas se acercaban a toda velocidad, sin tener en cuenta si el fuego lamía las cuadernas o el viento

rompía sus mástiles, hacia los puertos del mar de Mármara. En un instante lo comprendió todo.

—¡Están locos! ¡Avisad a los barcos! ¡Que cierren las bocanas! —gritó lleno de angustia.

Cuando la primera liburna impactó contra las naves que cerraban el puerto de Kontoskalion, Constantinopla gimió de terror al ver la columna de humo y fuego. Los hombres gritaban al entrechocar los aceros entre viento, mar y llamas. En los demás puertos se dieron prisa por bloquear las entradas. Varios dromones habían subido a cubierta un arma que no se había visto en muchos años: la balista romana. Numerosos marineros tiraron del torno que la armaba ayudándose con palancas de hierro para poder cargar los pivotes de punta metálica. Tras cada punta había un tarugo de estopa embreada al que prendieron fuego antes de disparar por la borda.

Siete dromones dispararon desde la bocana del puerto de Eleuterion hacia las liburnas que se aproximaban. La fuerza del disparo escoró los barcos. Era como contemplar un rayo de fuego sobre el que cabalgara la muerte. De los siete proyectiles cuatro cayeron al mar, pero tres acertaron a tres liburnas con un efecto devastador. Las balistas eran de corto alcance, pero mucho más destructivas que los fundíbulos. Los pivotes atravesaron las planchas de las cubiertas, abriéndose paso hasta las entrañas de las naves. Las vías de agua y el fuego llegaron a las filas de los remeros esclavos. Las liburnas afectadas fueron frenando su avance envueltas en humo. Se hundían.

Un hurra se elevó desde las líneas de los defensores. No podían usar el fuego griego debido al viento. Las balistas causaron un gran impacto en la moral de los atacantes. El general Suleimán comprendió que debía arriesgar si quería vencer; arrojó treinta naves más contra las bocanas. Para consternación de los bizantinos, dos onagros fallaron sus disparos desde la muralla marítima y arrojaron su contenido sobre un dromón.

Ese fue el momento que aprovechó el general musulmán para iniciar la segunda fase de su plan. Mientras el viento impedía que la flota bizantina se desplegara para detener a los asaltantes, cuarenta naves al amparo de la costa oriental se movieron a base de remos, sin velas, hacia el Bósforo. Suleimán se percató de la angustia de la ciudad y se echó a reír.

—¡Ah, malditos! ¿Qué tal os sienta el fuego?

Podía ver el Cuerno de Oro lleno de naves de guerra indecisas; afinando la vista incluso distinguía una figura con un punto azul sobre la borda de uno de los barcos mayores.

Belerofonte miraba hacia la cala en la que se refugiaba la nave capitana de los musulmanes. La columna de liburnas tenía un objetivo claro. El gran drongario hizo llamar a un emisario. Su asistente había escrito un mensaje que él había rubricado con su sello.

—¡Corre! ¡Avisa a todos los puertos! ¡Que la flota del Ponto Euxino se apresure a cortar el Bósforo!

El mensajero asintió y se fue. Los barcos enemigos se mantuvieron fuera del alcance de los dromones atracados tras la cadena.

—¿A qué estamos esperando, señor? —preguntó uno de sus oficiales—. ¿Qué podemos hacer?

Belerofonte guardó silencio, hasta que tuvo una idea.

—Poned a los remos de las naves principales a todos los hombres que podáis. Vamos a salir sin velas contra el viento. Si ellos pueden, nosotros también.

Desde Gálata y el puerto de Phosphorion sonaron las trompetas y la gran cadena fue bajada. Parte de la flota musulmana cambió de rumbo para enfrentarse con el viento a su favor a los dromones que salían de su refugio. La otra parte continuó hacia el estrecho.

Toda la Propóntide estalló en llamas. Por la tarde había cientos de barcos entablando batalla, y el combate se acercaba a la ciudad empujado por el viento. Grandes extensiones de mar ardían, llenándolo todo de un olor acre a madera quemada. Los calcares de los dromones subían y bajaban con las olas, amenazantes.

Cayó la noche. Llegaron noticias de que en el estrecho las liburnas de Suleimán se habían encontrado con la flota del Ponto Euxino y habían entablado batalla. Apostado en los promontorios rocosos del estrecho marítimo, el ejército bizantino acosó a las naves musulmanas lanzando rocas, barriles ardientes y cuanto pudiera servir de proyectil. Los mercantes que quedaron cogidos entre las dos flotas fueron hundidos. El mar se tiñó de rojo.

De madrugada, el viento cesó. Desde las murallas marítimas de la ciudad y desde las terrazas de los palacios de las colinas, parte de la población miraba hechizada el espectáculo de fuego y guerra que iluminaba la noche. Una estrella fugaz cruzó el firmamento y muchos se preguntaron qué podría significar. Los mensajeros trajeron nuevas noticias.

—Oh, *basileus*, la flota del estrecho ha sido hundida. —El mensajero se derrumbó; estaba exhausto.

—¿Qué flota? —exclamaron a la vez Belerofonte y León III, abalanzándose sobre el emisario agotado.

—La nuestra, señor —dijo el mensajero musulmán casi en un susurro, postrándose lleno de terror.

El general Suleimán dio un grito de odio y frustración y derribó al mensajero de una violentísima patada. Luego dio órdenes furiosas para que el resto de la flota se replegara. La oportunidad había fracasado.

A pesar del triunfo, la capital bizantina estaba asustada. Desde los muelles habían llegado a distinguir los rostros de sus enemigos. Habían visto sus naves y sus enseñas. Ya no eran algo irreal y nebuloso. Estaban ahí. Había esperanza, pero no alegría. Muchos soldados habían muerto en uno y otro bando, y los heridos eran cuantiosos. El mar en calma estaba cubierto de los restos de los naufragios y también de cuerpos. Las bandadas de gaviotas revolotearon curiosas sobre los cadáveres flotantes, picoteando la carne abierta y desangrada. Las dos armadas se habían desgastado y no habían obtenido ninguna ventaja aparente.

Aunque el almirante Suleimán le había dado a Maslamah la distracción que necesitaba. Aquella noche de incertidumbre cuatro hombres atravesaron las murallas de la ciudad por el acueducto romano. Gateando a lo largo del angosto conducto salieron a la cisterna de unos viejos baños señalados por los ingenieros persas. Al amparo de las sombras forzaron las puertas del establecimiento y salieron a la calle. El espectáculo del combate captaba la atención de casi todos los ciudadanos.

Antes de partir, habían recibido las instrucciones del general musulmán.

—El sitio será largo, a menos que forcemos su fin. Tres misiones os encomiendo. Una es asegurar esa entrada para conseguir que, hombre a hombre, ocultemos un destacamento en la ciudad. Cuando la fuerza sea suficiente, atacaremos desde dentro y desde fuera. Estudiad la ciudad. Deberéis en su momento facilitarnos la entrada. Vuestra segunda misión es encontrar al senador Antonino y llevarle mi mensaje: deberá llenar de confusión el Senado bizantino. La tercera misión será atentar contra el emperador, si descubrís la forma de hacerlo. Con este mapa y este oro, y las señales del viejo palestino que nos servirá de enlace, cumpliréis vuestro cometido. Vuestra tapadera será el comercio de plata —dijo Maslamah—. Lleváis mi bendición. ¡En el nombre del Profeta!

No parecían árabes y por eso habían sido elegidos; eran mestizos de las dos culturas. Vestían a la manera griega y su pronunciación del griego era perfecta. Mustafá era su adalid; Licinio sería su alias. Se alejaron de los baños y encontraron una fonda todavía abierta donde poder cenar tardíamente. Era cerca de la vigilia segunda.

—Vinimos en un largo viaje desde las tierras búlgaras y ahora estamos aquí, atrapados en la ciudad. Por tierra todo el mundo huye. El mar está en llamas.

—Quiera Dios aniquilar a esos paganos salvajes —dijo el dueño y cocinero—. ¿A qué os dedicáis?

—Somos tratantes de plata —dijo Mustafá—. Licinio es mi nombre. ¿Sabrías decirnos dónde podemos encontrar al senador Antonino Pío?

—¿A quién? ¡Ah, ese senador! —dijo el griego al ver la moneda de plata —. Todo el mundo sabe la triste historia de su hijo. Preguntad por la quinta colina.

El senador estaba despierto. Un criado entró en el estudio biblioteca donde él permanecía en silencio mirando los resplandores de las llamas en el mar desde el ventanal.

—Un mensajero ha traído esto —dijo tendiéndole el rollo de pergamino cerrado con una cinta verde—. Dijo que esperaba una rápida respuesta y se ha marchado sin decir nada más.

Antonino lo abrió, empezó a leer e indicó al criado que se marchara. Lo leyó dos veces, sorprendido por cuanto decía. El mundo pesaba cada vez más sobre sus hombros.

> La traición se paga con traición. No estarías a salvo en la ciudad ni aunque la guardia de palacio levantase un muro de espadas a tu alrededor. ¿Aún confías en que tu hijo Justino regrese al hogar?

Una última línea estaba escrita aparte. Era una sura del Corán:

> Y cumplid los pactos, pues es cierto que se os pedirán cuentas por ellos.

Estaba confuso. ¿Quién conocía su secreto? ¿Quién estaba amenazándolo? ¿Alguien del otro partido político? ¿Era una trampa? La propia emperatriz María le había traído noticias de un intercambio pactado. Quizá querían

acusarlo de estar en connivencia con los árabes. ¿Quién conocía que había tenido tratos con ellos? Convocó a sus dos hombres de confianza.

—¿Qué sucedió con aquel veterinario?

—No volvimos a verlo. No pudimos recogerlo debido al ataque sorpresa —respondió Cálamo con su extraordinaria voz—. Hay una hilera de cruces junto al foso. Los árabes deben de haberlo crucificado.

—Alguien me está amenazando. Me vigilan. Os dirigiréis a las cuadras de Eutropio. Buscad noticias, y si ese veterinario está vivo, aseguraos de acabar con él. ¡No debe hablar!

El carpintero asintió con una sonrisa y salieron del estudio. Todo escapaba al control del senador. Angustiado, miró las estrellas. Un paso en falso podía suponer una sentencia de muerte.

El mendigo que espiaba bajo los portales vio salir a los dos hombres y comprendió que el mensaje había sido recibido. En su refugio a las afueras de la ciudad, su adalid asintió con la cabeza tras escucharlo.

—Hemos tirado la primera piedra en el estanque y ahora comprobaremos hasta dónde llegan las ondas —dijo Mustafá con calma—. Pero aún tengo otra sorpresa para el senador.

Habían establecido su guarida en una de las granjas abandonadas en la campiña de intramuros junto al río Lycus. Mustafá desplegó un plano en griego en el que aparecían todos los distritos de la ciudad, la ubicación de los foros, puertos y accesos; señalados en rojo estaban los baños a través de los cuales habían accedido a la capital.

—Mañana buscaré a Ahmed Mazen, nuestro contacto, cerca del Strategión. Vosotros dos controlaréis la entrada secreta a la ciudad, y tú, Jalid, estarás pendiente del senador.

—Como ordenes, *sheij*.

41

UNA ACUSACIÓN DE TRAICIÓN

Los numerosos senadores entraron en la Magnaura llenos de inquietud por la batalla librada la noche anterior. Las naves enemigas habían intentado por segunda vez el asalto de la ciudad tras cincuenta años de dominio absoluto del mar, desde la época de Muawiya. Pasaron desde los pórticos exteriores al interior del edificio del Senado, al frescor de sus muros gruesos, y se sentaron en las gradas.

—No pueden negarse a aprobar la ampliación del presupuesto —comentó el senador Umberto a uno de sus colegas—. Ahora comprenden que debemos dedicar todos los recursos a la guerra, incluyendo los suyos.

—Siempre es lo mismo —dijo el otro—. Los viejos patricios y terratenientes no pierden nada, mientras que los pequeños propietarios lo pierden todo. ¿Qué significaría que se negaran? Que conocen algo que nosotros desconocemos. Que han hecho un pacto.

—He oído que Eutropio ha hecho averiguaciones al respecto. Unos dicen, otros murmuran. ¿Qué crees que sabrá? ¿No será…? —dijo Umberto antes de que el otro senador lo interrumpiera.

—No lo pienses. Eso que estás sugiriendo es traición.

Terratenientes, militares y propietarios libres, en ellos se concentraba la responsabilidad de la defensa del imperio. La compleja burocracia asfixiaba con sus recaudaciones a los hombres libres, mientras los grandes propietarios esgrimían sus derechos adquiridos para librarse del fisco. Y del fisco dependía todo el aparato militar. Los terratenientes eran poderosos y bastantes poseían su propio cuerpo armado, una usurpación de los poderes del Estado que no podía consentirse.

—Si esos hombres, en vez de tener que custodiar las propiedades particulares, fueran enviados a la defensa de la frontera, contaríamos con otro ejército —explicó Umberto a un joven senador llamado Filipo. Como cuestor, había obtenido la silla por fallecimiento de su predecesor.

—Entonces, ¿por qué el emperador no los obliga a ello?

—Son ricos, aman sus riquezas y no las cederán fácilmente. Ahora imagínate que sus mercenarios fueran obligados a enfrentarse a los musulmanes en Asia Menor. ¿Qué crees que harían los miles de trabajadores explotados bajo su mando?

Filipo entendió lo que le decía.

—Una rebelión. Rebeliones por todo el imperio, entre hombres libres.

—Sofocar una rebelión así requeriría recursos y provocaría muertos. Provocaría la pérdida de fe en el Estado. Las cosechas de muchas propiedades quedarían sin recoger. El caos, el hambre, un conato de guerra civil y la derrota. Los terratenientes saben que tienen una posición ventajosa y no cederán por la fuerza.

—Entonces deberán ceder voluntariamente. ¿Cómo convencerlos?

Umberto sonrió al joven e inexperto senador.

—Ah, la derrota de las voluntades es el arte de la política.

Ocuparon sus asientos junto a los otros doscientos noventa y ocho senadores. El prefecto de la ciudad hizo un gesto a los soldados, quienes cerraron las puertas. Cogió la maza y con dos golpes secos dio por iniciada la sesión.

Los murmullos no se callaron tras el segundo mazazo.

—¡Orden! ¡Orden! ¡Senadores, por última vez! —exclamó el prefecto con su voz estentórea, hasta que se hizo el silencio. El escribano mojó su pluma en la tinta, listo para registrar cuanto allí se dijera—. Comenzaremos con el orden del día: la aprobación de medidas extraordinarias para el sostenimiento de la guerra.

—¡De las que muchos aquí presentes se librarán! —gritó un senador popular, lo que provocó una cascada de abucheos e insultos.

—¡Orden! Tiene la palabra el senador Teófanes.

Teófanes no solo era senador; era también *logothetes*, el encargado de la diplomacia y del servicio postal. Tenía cincuenta años y su mirada era altiva.

—En la última reunión del Senado esta propuesta fue rechazada por los que se dicen defensores de nuestro imperio. ¿Cómo pueden decir eso sin sonrojarse de vergüenza? ¿Qué imperio defenderán cuando estén trabajando en las minas de sal de Palestina, o peor aún, en el intranquilo sueño de los culpables a seis pies bajo tierra, bajo su arrasada Constantinopla? Porque ese es el futuro que nos espera si no aprobamos nuevos fondos que mantengan nuestro ejército. Algunos han entrado por fin en razón al ver los barcos enemigos en las bocanas de nuestros puertos. Algunos que votaron en contra

hoy votarán a favor. Estamos en guerra. El pueblo ya ha visto al enemigo cara a cara. No están en una tierra lejana. Están aquí y, si es necesario, el pueblo se sacrificará. La aprobación de un impuesto extraordinario de guerra de un quinceavo de las rentas o su pago equivalente en especie debe acompañarse de exigencias más rigurosas a los que más tienen, que son los patricios y grandes terratenientes. Un imperio fuerte les podrá restituir lo que los musulmanes les han arrebatado. Un imperio débil será el fin de este imperio y quien rechace estas medidas extraordinarias no es más que un traidor al Estado.

Abucheos y aplausos sonaron por igual desde las gradas. El *logothetes* se sentó y el prefecto dio el turno a otro senador veterano.

—La justicia de nuestro sistema de leyes estriba en su ecuanimidad —dijo el senador Filomeno—. ¿Cómo puede exigirse más a quienes ya han dado tanto? Los árabes están en el Bósforo. Han rapiñado casi toda Asia Menor. Aquellos que con su esfuerzo han proporcionado durante generaciones riquezas y prosperidad a la hacienda pública se encuentran con que, a pesar de haber cedido dinero y hombres armados, deben hacer un esfuerzo extraordinario adicional, mientras que los que siempre estuvieron a salvo tras las murallas, protegidos y mantenidos, liberados de la guerra y al amparo del Estado, se rasgan ahora las vestiduras cuando aquellos apelan a la igualdad del ciudadano, exigiendo un tributo por igual. ¿Es eso justicia? ¿No debemos procurar ser coherentes con nuestros principios? Destruir esos principios destruirá nuestro imperio antes que esos bárbaros infieles.

Una estruendosa ola de aplausos ahogó los tímidos abucheos por parte de la facción popular. Otro senador pidió la palabra.

—Es cierto. Defendemos la igualdad para todos los ciudadanos, así que estoy de acuerdo en que debemos aplicar la justicia que deseamos a todos por igual. El Estado tiene muchos funcionarios demasiado bien pagados. Propongo que hagan su aportación reduciendo su salario desde un cinco por ciento en el caso del más humilde de los puestos hasta un veinte por ciento en los altos cargos. El pueblo agradecerá esa contribución.

Una tormenta de insultos inundó la sala y el prefecto golpeó con la maza repetidamente. Filomeno volvió a hablar.

—Aniquilando nuestro sistema administrativo no venceremos al enemigo. Y aniquilando la moral de los defensores de la capital tampoco. Debemos buscar nuevos recursos que el imperio pueda reunir sin perjuicio de nuestra defensa. Yo propongo instar a las regiones italianas de Calabria y Sicilia, bajo nuestro control, a que hagan efectivo el pago de los impuestos que antes eran

remitidos a Roma, en total tres talentos y medio de oro, y el censo urgente de todos los varones residentes en dichos dominios. Es hora de demostrarles que el imperio y su seguridad tienen un precio.

—¿Se solicitará una contribución semejante en hombres y oro a los búlgaros y kazajos? —preguntó otro senador sin haber solicitado la palabra.

—No —respondió el senador Antonino tomando la palabra y poniéndose en pie—. Como Estados aliados bajo la égida imperial se encargarán de defender el norte del Ponto Euxino en caso de que las tropas omeyas rodeen todo el mar interior. No hay defensor más vehemente que el que defiende su patria, y además voluntariamente; su amistad nos proporciona hombres valerosos. No es aconsejable imponerles un esfuerzo mayor.

—¿Imponerles no? Entonces, ¿se está negociando? ¿Qué precio será el resultado de esa negociación y cómo es que nada de esto se ha dicho en esta cámara? —preguntó Umberto.

Los murmullos crecieron y el prefecto tuvo que poner orden.

—Eso solo compete al *megas logothetes* y al emperador, y si no se ha traído a voz pública, es porque se teme que haya oídos ajenos en torno al palacio —dijo Filomeno sentándose.

Antonino hizo caso omiso de cuantos lo acusaban.

—¡Silencio! —exclamó el prefecto—. El senador Eutropio tiene la palabra.

Era el momento que estaba esperando.

—Se rumorea que en Asia Menor las grandes propiedades han sido respetadas por los invasores, y algunos de sus dueños están aquí entre nosotros. Sería un buen momento para explicar cómo lo han conseguido. ¿Han comprado voluntades o han vendido las suyas?

Toda la facción popular se levantó para apoyar sus palabras entre aplausos. El senador Filomeno se levantó completamente indignado.

—¡Lo que estás diciendo es traición!

—Sería traición si no tuviera pruebas. ¿No es cierto que uno de los miembros más respetables del Senado ha entrado en conversaciones con los árabes para negociar con ellos asuntos personales, poniendo en peligro la ciudad? ¿No es cierto que por ello has enviado a la muerte a varios de tus sirvientes, senador Antonino?

Todo el mundo se volvió a mirarlo, haciéndose el silencio, pero él siguió mirando al suelo.

—Senador Antonino —le urgió el prefecto—, se te ha formulado una pregunta que interesa a esta cámara. Se te exige una respuesta.

Filomeno se levantó para hablar en su defensa, pero Antonino alzó la mano, deteniéndolo. Levantó la vista, se ajustó la túnica brocada y habló. Nunca el manto senatorial le había pesado tanto.

—No hay misterio en ello. Todo el mundo sabe que mi hijo Justino está preso en algún lugar del territorio enemigo. También lo sabe el enemigo. El estratega Artabasdos sugirió que aprovecháramos esa circunstancia para penetrar en el campamento musulmán. Mis sirvientes, enviados por mí como mensajeros portadores de mis súplicas por mi hijo, tenían el cometido único de llevar mi mensaje y observar cuanto pudieran. Por ser fieles a mis órdenes y por el bien de la ciudad cumplieron lo que se les pedía y han encontrado la muerte. Siento sobre mí cada día el peso de su desgracia. No hemos obtenido información adicional por el momento.

Muchos patricios aprobaron la serenidad y prudencia de sus palabras. El senador Eutropio se sintió menos seguro.

—¿Es eso cierto? —le murmuró Umberto, pero lo calló con un gesto de la mano.

Antonino seguía hablando.

—Y heme aquí, sacrificando hombres y bienes en aras del imperio, siendo vilipendiado por aquellos que deberían ser los más sabios y los más prudentes. Pero no es el momento de exigir disculpas ni responsabilidades por palabras necias. Soy viejo y no tengo tiempo que perder. Así que ciñámonos a las votaciones sobre la aprobación de las medidas extraordinarias.

Umberto comprendió que el viejo senador había vencido.

—Siempre existe una explicación a lo que se desconoce, aun en estos tiempos difíciles, y retiro mi acusación. Mis disculpas, senador —dijo Eutropio, sentándose confuso.

—Procedamos entonces a la votación —dijo el prefecto.

El Senado aprobó las medidas extraordinarias, que, sin embargo, no serían aplicadas por el momento a las clases superiores. Se aprobó el desvío de la recaudación de las provincias italianas y el envío de una embajada rogatoria al Estado búlgaro para solicitar su apoyo armado. También se aprobó un aumento en las levas de hombres de los *themas* aún en poder del imperio. Esa última medida dividió a los populares. Los hombres que serían reclutados no serían hijos de senadores, sino campesinos, artesanos libres, montañeses y mercenarios extranjeros.

—No estoy seguro, Umberto —dijo Filipo—. No he entendido lo que ha sucedido dentro.

—Han desmontado la acusación de Eutropio. Necesitaremos pruebas, testigos de cuanto ha dicho, y creo que aún no los tenemos. Lo único positivo es que se ha aceptado la imposición contributiva de los más ricos a la guerra, aunque se haya postergado mientras una nueva necesidad no lo exija.

—Tu hijo ha regresado justo a tiempo —dijo Filipo—. Su experiencia será bien recibida.

Umberto Filodoro dio una palmada amistosa al joven senador mientras pensaba que aún no comprendía nada.

El *logothetes* Teófanes y el prefecto de la ciudad se presentaron aquella misma tarde ante al emperador para comunicarle la resolución aprobada por el Senado. Los recibieron en el Consistorium.

—El Senado ha aprobado el impuesto extraordinario y ha decidido el envío de una embajada a la nación búlgara. —El emperador miró al *logothetes* intentando recordar el nombre del soberano búlgaro—. Tervel, oh, *basileus*. Las noticias de que no se les aplicarán nuevas exigencias serán bien recibidas y les predispondrán a nuestro favor.

—Los búlgaros pedirán algo que no estoy dispuesto a concederles —dijo León III—. Su soberanía. Aún no estamos tan desesperados.

—No obstante —insistió el *logothetes*—, sería conveniente no dejarlos de lado. Debemos fomentar los lazos que los unen al imperio y no darles excusas ni razones para buscar su independencia.

El emperador levantó la mano.

—Está bien, está bien. Habla con el legado búlgaro y con el representante kazajo. Enviaremos una embajada amistosa.

Un instante antes de salir de la sala, el prefecto se volvió y se inclinó pidiendo disculpas.

—Oh, *basileus*, perdona mi atrevimiento, pero el senador Antonino ha informado de que el *curopalata* Artabasdos le ordenó inmiscuirse en el campamento árabe. ¿Es eso cierto?

El emperador arqueó una ceja, aunque nada dijo, y los despidió con un gesto. No sabía nada de ese asunto. La puerta se abrió de nuevo y una sonrisa le iluminó el rostro.

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó una niña.

Su hija Ana atravesó corriendo toda la sala de mármol hasta llegar junto a su padre. León la cogió y la alzó al cielo entre risas de la niña. Las dos sirvientas que la cuidaban entraron poco después, avergonzadas.

—¿Has vuelto a escaparte por los corredores?

Tenía siete años y el cabello claro como su madre, pero los ojos, la nariz y la barbilla eran suyos.

—Me aburro. Me aburro con ellas y con el pedagogo —dijo haciéndoles una mueca a las sirvientas.

La dejó en el suelo y le acarició la cabeza.

—Sabes que debes comportarte. Eres mi hija. Debes portarte como la hija de un emperador. Ahora ve con ellas.

Ana le besó la mano y se fue con las sirvientas, que salieron con ella del Consistorium atropelladamente.

León III le había prometido a Artabasdos la mano de su hija y el título de *curopalata* si le apoyaba en su rebelión, y había cumplido su palabra. El título otorgado no le preocupaba. Le preocupaba dejar a su pequeña en manos de un ser tan ambicioso como él. Su aliado tenía treinta y cuatro años y siempre había sido leal, pero aquel asunto del viejo senador le intrigaba. Todo aquello le hizo meditar un instante sobre la fugacidad de la vida; necesitaba un heredero varón, aunque en aquel momento el futuro fuera incierto.

42

EL QUEBRANTAMIENTO DE UNA VOLUNTAD

Jalid estaba asombrado. La riqueza de la capital bizantina era desconcertante. En los puertos vio grandes almacenes custodiados por militares, supuso que eran los depósitos imperiales de grano y víveres para el asedio. Había numerosos depósitos y cisternas de agua, todos vigilados. Llegó a las proximidades del palacio del senador y dio un follis de cobre a un muchacho, que le informó de que el senador no había abandonado su palacio en todo el día. El árabe también era padre; pensó para sí qué sentiría si su hijo fuera apresado y las únicas noticias que recibiera fueran la constante amenaza de su muerte inminente. Se volvería loco. Ese era el propósito de Maslamah.

Con una moneda adicional convenció al muchacho para que entregara en la casa un pequeño bulto envuelto en lino y una carta sellada. Esperó hasta que vio cómo un sirviente cogía el paquete y cerraba la puerta. Jalid sonrió satisfecho. Su misión allí había concluido.

El día anterior había sido interminable. El senador era viejo y muchos aún no le habían perdonado su apoyo a Teodosio. ¿Dónde estaban sus sueños de grandeza, la ambición de contemplar el Bósforo desde los bosques de la acrópolis, de ser *basileopator* aclamado? Si la propia *basilisa* le había asegurado que Justino había sido rescatado, ¿a qué se debía esa misiva? Le dolía la cabeza y la incertidumbre lo atormentaba. Un sirviente interrumpió su angustia y sus divagaciones.

—Señor, ha llegado un mensaje junto a un presente.

—¿Quién lo envía?

—Un chico lo trajo de forma anónima.

Antonino despidió al sirviente. En cuanto abrió la carta reconoció la letra de la anterior misiva. La escribía la misma mano, con una caligrafía elegante y fluida.

> Exigíamos discreción y has ofendido nuestro ofrecimiento y nuestra benevolencia. Has perdido tu última oportunidad para redimirte y tras tus pasos tendrás ahora la amenaza de nuestra venganza, en nombre del Divino, del Misericordioso.

Terminaba con un sello verde, el color de los seguidores del Islam.

Lo habían amenazado muchas veces antes, pero un pálpito interior le decía que ahora sería diferente. Dejó la carta y abrió las envolturas de lino.

Un grito de dolor y golpes contra el suelo alertaron a todos los habitantes de la casa. El mayordomo subió las escaleras hacia el primer piso seguido de Cálamo y dos guardias, hasta la biblioteca. La puerta estaba cerrada. La tiraron abajo. Dentro estaba el senador, solo. Un paño de lino abierto y ensangrentado reposaba sobre la mesa. El suelo estaba cubierto de libros y lámparas de cristal hechas añicos, útiles de escritura y la silla volcada, todo había sido derribado en un acceso de desesperación. El rostro de Antonino era una máscara de amargura y había lágrimas en sus ojos.

Sobre el paño de lino había una oreja cortada.

Xerófilo y Cálamo no vieron al veterinario del senador Eutropio en las cuadras ni pudieron averiguar dónde se ocultaba, pero sabían que estaba vivo. El carpintero procuró ser persuasivo.

—Escucha, joven —dijo a un aterrado aprendiz, preso bajo las enormes manos del carpintero, que las había colocado sobre sus hombros—, quiero que le digas a Miguel que tengo que hablar con él amistosamente y que ocultándose no mejorará nuestra relación. ¿Lo recordarás?

—Sí… sí, señor.

—Buen chico. —Le dio una moneda de cobre—. Si lo ves, entérate de cuándo estará aquí y dímelo. ¿Me lo dirás?

—¡Claro que nos lo dirá! Porque no podría ser un cuidador si perdiera las dos manos, ¿no es cierto? —intervino Cálamo con crueldad.

El aprendiz asintió. Los dos esbirros se marcharon de las cuadras, asustando a una de las yeguas.

Algo se movió detrás de varias balas de paja.

—¿Se han ido ya? —gimió una voz.

El aprendiz esperó y lo comprobó antes de decir nada.

—Ya no se les ve.

—¡Por fin! —Miguel Andrónico salió tosiendo de detrás de las balas con la ropa llena de paja—. ¡Ha faltado muy poco!

43

UN NUEVO CALIFA

Tras su último fracaso, el almirante Suleimán desplazó la flota al sur del Bósforo, a las bahías próximas a Crisópolis y a Calcedonia, fuera del alcance inmediato de la flota bizantina estacionada en el Cuerno de Oro.

Maslamah estaba impaciente. Le habían llevado un mensaje urgente desde Damasco. Suleimán penetró en la tienda de Maslamah sin avisar y se encontró al general reunido con su emisario Ibn Kufa. Los dos se volvieron hacia él y el emisario inclinó la cabeza.

—General Maslamah, tengo importantes noticias de la capital.

—Sospecho que deben de ser las mismas que trae Ibn Kufa —dijo Maslamah, aún de luto por la muerte del califa.

—El califa Suleimán, bendito sea su nombre, eligió en sus últimos momentos a su sucesor. El elegido fue Omar ibn Abd Al-Aziz, quien en estos momentos se dirige desde Medina hacia Damasco para tomar posesión del trono califal.

—Es cierto, general —confirmó Ibn Kufa—. Y a pesar de que el difunto califa tenía hijos y hermanos, su decisión ha sido respetada. Tu primo Omar reinará como nuevo califa de los omeyas y tu hermano Yazid será su consejero. Su elección cumple con fidelidad la ley suní sobre la designación de un sucesor.

—¿Y qué pasará con la guerra? —preguntó Maslamah—. ¿Qué más has oído?

—Omar es admirado y respetado por su honestidad, su piedad y su justicia, pero no destaca por su ardor guerrero —dijo Suleimán—. Hay problemas en las tierras ribereñas del mar Caspio, los kharijitas están descontentos con los omeyas y se rumorea que pretenden alzarse en armas e independizarse.

»Algunos dicen que el consejo islámico propondrá al nuevo califa retirar nuestras tropas si no obtenemos avances.

—¡No! —exclamó Maslamah—. Un asedio tarda meses, años en conseguir la victoria. ¡Y bien merece la victoria esta guerra! Esos gordos, holgazanes y autocomplacientes emires de la corte no han visto nunca más allá de sus divanes de seda. Estamos en la buena senda. En cuanto arrasemos Bizancio, toda Europa caerá en nuestras manos.

—Se rumorea que Constantinopla ha acumulado reservas para tres años, y algunos se preguntan si será cierto. Quizás una acción más activa mostraría a los más desconfiados que no nos limitamos a quedarnos sentados y jugar al ajedrez.

El primo del nuevo califa se levantó y dio unos pasos, ida y vuelta, por la amplia tienda. Se acercó al mapa que había sobre su mesa.

—De momento, la capital sigue aislada. Las provincias occidentales apenas tienen fuerza militar suficiente para asegurar su propia defensa. El pueblo búlgaro puede ser una amenaza. Bien. Extenderemos nuestras redes más allá de la ciudad. ¡No quedará nada que pueda servirles a los bizantinos! Y cubriremos nuestras espaldas aumentando nuestros dominios. ¡Temerán nuestro poder! No dejaré que la corte omeya suspenda el asedio, así que les daré razones que convencerán de nuestras posibilidades hasta al más desconfiado. Ibn Kufa, llevarás un mensaje a los búlgaros. Los conminaremos a que se declaren nuestros súbditos o arrasaremos sus tierras.

—Los búlgaros son orgullosos, beligerantes, y no se dejarán convencer fácilmente —contestó el emisario.

—¡Lo sé! ¡No me repliques! Los bizantinos tendrán que actuar. Defenderán a su aliado o su imperio se derrumbará, porque si muestran debilidad, los búlgaros querrán librarse de su yugo. Y si los búlgaros aceptan nuestro dominio, nuestra espalda estará protegida. En cualquier caso, Constantinopla quedará debilitada. Y volveremos a intentarlo otra vez.

—Se hará como pedís, mi señor —reconoció Ibn Kufa inclinándose ante él.

—Quizás el próximo mensaje que lleves a Damasco, emisario, sea para anunciar el nacimiento de la provincia de Bizancio.

Maslamah sonrió sintiéndose con un optimismo renovado.

44

RUMORES Y DESEOS

La emperatriz María se reclinó en el diván riendo por las ocurrencias de sus acompañantes. La llegada del otoño a Constantinopla era un buen momento para una reunión social. La Akkoubita, la sala de los diecinueve divanes, había sido preparada para la ocasión. Se habían colocado numerosos braseros para calentar la estancia de mármol, y además de las mesas auxiliares junto a cada diván se habían dispuesto otras más, alineadas a lo largo del recinto, con sirvientes listos para atender a las comensales. Porque solo había mujeres.

Un grupo de músicos tocaba melodías con arpas, flautas y tambores. También había tres cantantes. Varios malabaristas entretenían a las asistentes con sus cabriolas y a la vez dos poetas de rostro hermoso arrancaban suspiros con sus palabras a las mujeres de mediana edad que los escuchaban. La emperatriz necesitaba esa reunión. Estaba sola casi todo el día y no pensaba compartir la continua preocupación por la guerra que obsesionaba a su esposo. Era joven y quería vivir. Que los hombres se ocuparan de esos asuntos tan turbulentos.

—De verdad, señora, creo que si no fuera por las mujeres, los hombres se contentarían con beber, comer y pelearse, y no tardarían en extinguirse.

—¿Pueden ser ellos los culpables de todos los males? —preguntó una joven.

—¡Seguro! —rio una oronda terrateniente—. Fíjate en el ejército. Fíjate en la Iglesia. Mires a donde mires verás a un hombre metiendo la pata.

La esposa de un senador intervino:

—En vez de pelear nosotras hubiéramos llegado a un acuerdo, a un consenso. El otro día mi querido esposo tuvo la ocurrencia de que aún era tan joven y fuerte como en su juventud. Intentó levantar el fuste de una vieja columna cubierta por una enredadera que tenemos en el jardín para moverlo a un sitio más soleado. ¡No abandonó su empeño hasta conseguirlo!

—¿La levantó? ¿De veras? —preguntó la joven asombrada, porque sabía que el hombre tenía sesenta años.

—Consiguió que le diera un ataque de lumbago. Hubo que llamar al físico. ¡Me habría conformado con que hubiera levantado otra cosa!

Las mujeres rieron con fuerza.

—Por cierto, ¿habéis oído el espantoso rumor que corre por la ciudad? Dicen que esos bárbaros han cortado al hijo de un senador en trozos y los están enviando a sus allegados, y que eso es el preludio de lo que nos espera si la ciudad sigue resistiendo.

—Dicen que recibió una oreja de su hijo envuelta en seda, por no pagar el rescate —dijo otra invitada.

La emperatriz la miró de hito en hito.

—¿Es eso cierto, Silvia?

—Es lo que dicen, *basilisa*. El hijo de Umberto Filodoro está vivo. Del hijo del senador Antonino no se sabe nada. ¡Pobre padre!

La emperatriz palideció. Otra mujer intervino:

—¿Acaso un padre no debe hacer todo cuanto pueda por salvar a un hijo? Debe tener fe. Es bueno tener fe. Esa debe de ser la razón por la que sus agentes comerciales intentan reunir cuanta reliquia llega a su conocimiento.

—De verdad que deseo que ese rumor no sea cierto —dijo la emperatriz —. Es un hombre piadoso. ¿No sufrió nuestro señor Jesucristo y luego triunfó? Cuando tengo temor, me siento en mi capilla y beso cada una de las reliquias que guardo allí.

—¿Conocéis bien a Antonino, mi señora? —preguntó otra invitada.

—Rezo por su infortunio todos los días.

La más joven de las mujeres quiso cambiar a una conversación más alegre.

—Quería decíroslo a todas. Estoy embarazada —dijo, y todas volvieron a sonreír, salvo la emperatriz.

—¡Qué alegría! —dijo una señora mayor cubierta de collares de perlas—. Qué buen signo de esperanza que a pesar de la guerra sigan naciendo niños.

—Aún quedan seis meses para que nazca. Mi madre dice que será niña porque lo concebimos en una noche sin luna.

—¿Qué reliquia tienes a la que encomendarte para su protección? —dijo una patricia.

—Rezo a la Virgen María todos los días, y asisto a los oficios para que los santos Sergio y Baco lo protejan.

—Ven mañana a mi casa y te dejaré besar la tibia de santa Brígida.

La joven le cogió la mano con alegría.

—¡No sabes cómo te lo agradezco! Mario, mi marido, no quiere ver ningún objeto santo. Dice que los crea el diablo para tentarnos a creer en ídolos. Pero yo sé que santa Brígida me ayudará, porque es santa.

—¿Seguro que es una niña? Aún puedes conseguir que sea un niño —dijo Silvia.

—¿Cómo?

—En mi casa tengo una cajita de plata bendecida en Ashqelon y dentro hay un mechón de pelo de Sansón. Duerme un mes con un pelo de él en el interior de tu sexo y engendrarás un niño fuerte y vigoroso.

—¿Eso servirá? ¿Es como cuentas? —preguntó la emperatriz María repentinamente interesada—. Es decir, ¿con eso yo podría tener un niño?

—Sí, señora. Tengo más reliquias en mi casa. Mi difunto marido tenía gran fe en encontrar las respuestas de la vida en la vida de los santos de Dios.

—¡Ah, Silvia! Me encantaría verlas —exclamó con esperanza la *basilisa*, mientras recordaba la vehemencia con la que León III le había hecho el amor la noche anterior. María sabía lo que más deseaba el emperador, por encima de cualquier otra cosa.

Unas pisadas pequeñas y rápidas cruzaron el suelo de mármol a la carrera.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Mira qué muñeca me ha regalado el gramático!

La pequeña Ana mostró a las mujeres una muñeca de trapo vestida como una campesina de Bitinia. María se entretuvo con ella acariciando la lana marrón que servía de melena al juguete y su falda multicolor. La *basilisa* sonreía, pero pensamientos tristes atormentaban su mente. Ana no podría heredar de su padre, e intuía que cuando la niña cumpliera la mayoría de edad y fuera mujer, Artabasdos, su esposo, *curopalata* y mano derecha del emperador, un hombre rudo, cruel y egoísta, reclamaría lo que le pedía su ambición. La *basilisa* había sometido sus deseos a la voluntad de su marido. Cuando León entregó su hija a Artabasdos sin su consentimiento, ella derramó abundantes lágrimas. Si ella, la *basilisa*, tuviera un niño, todo se arreglaría. El trono imperial pasaría al hijo que ansiaba en vez de a Artabasdos, y entonces quizás Ana tendría una oportunidad de ser olvidada, incluso de ser feliz.

—¡Qué guapa es tu muñeca! ¡Casi tanto como tú! —le dijo una invitada a la niña.

—Mi padre y Artabasdos dicen que me traerán más cuando los árabes se vayan. ¡Oh, no!

Sus cuidadoras entraron en ese momento en el edificio y casi corrieron a postrarse ante la emperatriz.

—¡Oh, señora, siento muchísimo que haya llegado hasta aquí! Estábamos en el patio y echó a correr por los pasillos, otra vez, y la perdimos de vista.

—¡Descuidáis vuestras obligaciones! —Las cuidadoras se inclinaron aún más, con el rostro demudado. La *basilisa* suspiró—. Ana, hija, ve con ellas y te prometo que te daré una muñeca vestida de princesa como tú. Y podrás jugar con Mónica, la hija de mi asistenta. ¡Venga!

—Pero, madre, ¡no quiero estudiar más!

—He dicho que vayas. No me obligues a enfadarme. Ahora sé educada y despídete de todas estas personas.

La niña se inclinó graciosamente y las mujeres le dijeron adiós.

—¡Qué niña tan despierta! Cuánto se parece a su padre.

La emperatriz María sonrió, pero no dijo nada. Su hija adoraba a su padre. Era apasionada e impulsiva como él, y como él se obsesionaba con lo que atraía su atención. María comprendía que estaban en guerra y que su esposo era un militar que tenía el acero en las venas, pero se sentía sola. Incluso a pesar de las reuniones que organizaba, se pasaba horas y horas tendida en su diván particular harta de leer poemas, de comer sola, de estar sola, y sabía que solo con un niño recuperaría la atención de León III por su familia.

La emperatriz miró a la joven embarazada, objeto de atención de sus invitadas, y se pasó la mano por su vientre, como deseando algo que necesitara y que no pudiera conseguir sola. ¿Acaso no estaba ayudando al desesperado Antonino Pío? ¿Acaso no se estaba ganando el favor divino, su derecho a concebir un heredero? Eso era; quizás era el egoísmo lo que hacía que ayudara al senador, en vez de la fe. Tendría que confesarse, tendría que comulgar y limpiar su alma, y únicamente así, a solas con sus reliquias, podría postrarse ante el Señor para pedirle un hijo, ¡un hijo fuerte y sano, continuador de una dinastía!

La niña se volvió antes de salir y miró a su madre con resentimiento. Nunca jugaba con ella. Prefería a sus amistades antes que a ella y a sus muñecas. Siempre sucedía igual. Su padre la consolaría. Artabasdos también era amable con ella, y el pedagogo era tan simple, tan soso y tan bobo que volvería a engañarlo escapándose por los interminables pasillos de palacio.

45

LA ÚLTIMA SÚPLICA

Durante varios días, los árabes infiltrados comprobaron la seguridad de su entrada secreta y el ánimo de la ciudad. Su contacto palestino en el barrio judío del Strategión les había facilitado una copia de las llaves de la puerta del establecimiento. La guardia urbana no faltaba a ninguna de sus dos rondas nocturnas.

Tarik ululó a la noche desde la azotea de un bloque adyacente. Su canto fue escuchado y la puerta de los viejos baños se entreabrió. Cinco figuras vestidas con túnicas largas salieron a la oscuridad de las calles. Tarik volvió a ulular dos veces antes de retirarse.

Una hora más tarde, todos ellos estaban en el caserón con Mustafá y catorce hombres más. Tarik llegó el último. Mustafá los saludó.

—Somos ahora veintiuno. ¿Traéis algún mensaje?

Uno de ellos se adelantó y se inclinó en una reverencia.

—El tiempo corre. No os demoréis en atacar el corazón del imperio.

Con paciencia metódica había enviado a sus hombres durante varios días a recorrer la ciudad. Habían medido sus distancias en pasos y tomado buena nota de los edificios más importantes, las barracas de los soldados, los accesos a palacio, la situación de foros y mercados, puertos y silos de alimentos, y las puertas de la muralla. Desplegó el plano que estaba completando con todas las nuevas observaciones.

—¿Y bien? ¿Habéis descubierto algo más? ¿Cómo podríamos entrar en palacio? —preguntó; uno de sus hombres pidió la palabra.

—*Sidi*, un vendedor ambulante me dijo ayer que existe un depósito de agua bajo el Esfenodón del Hipódromo. Es posible que sea un punto de abastecimiento de palacio y que estén comunicados, ya que están muy próximos.

—¿Existe alguna entrada a esa cisterna?

—Desde el nivel de la calle se accede a una puerta, entre los arcos de piedra que soportan el Esfenodón. Ignoro si hay algún acceso más.

—Bien. Quiero que contrastes esa información. Apuéstate mañana en las cercanías de esa puerta. Quiero saber quién entra o sale, cuándo lo hace, cuánto tiempo tarda. Si no está protegido por soldados, será un depósito secundario, luego no nos servirá. Si hay vigilancia, es que alimenta al palacio. ¿Cuándo son las próximas carreras en el Hipódromo?

—Dentro de dos días hay prevista una competición con aspirantes.

—Entonces dos de vosotros iréis al Hipódromo a inspeccionar sus entrañas. ¿A qué facción apoyan los que se sientan en el Esfenodón?

—A los Verdes, la clase popular.

—Llevaréis un pañuelo verde, entonces. ¡El color del Profeta! Es una señal. Os fijaréis detenidamente en toda la zona y aprovechad que la multitud estará centrada en la arena para reconocer el perímetro. Si hay otro acceso, quiero saberlo.

Dos días después los dos musulmanes entraron en el Hipódromo imperial. A pesar del cielo nublado, las gradas estaban llenas. Ahmed y Muza se sentaron en sus asientos en la curva del Esfenodón, cerca del lado sur. Los carros estaban saliendo a la arena entre gritos de apoyo y abucheos de desprecio. Aquel día no asistiría el emperador. No habría soldados a lo largo de la columnata superior.

—Mira —señaló al rato Muza a su izquierda haciéndose oír por encima de los entusiastas seguidores.

Cerca de ellos se abría uno de los vomitorios del Hipódromo. La primera carrera finalizó y el público se puso en pie, momento que Muza aprovechó para introducirse por el vomitorio. Se tropezó con un borracho que orinaba en la pared. Tras los muros, apenas se oía al gentío exaltado.

Había poca luz. El interior estaba iluminado por la claridad cenital de las galerías de salida. Muza circuló con paciencia por los fríos corredores a lo largo del segundo y del primer nivel, hasta que en un lateral encontró una cancela que cerraba el acceso a un pasadizo en el que la oscuridad era total. Cogió una pequeña china del suelo y la lanzó con fuerza. Escuchó con atención. La piedra rebotó, alejándose por una escalera.

El vendedor no había mentido. El día anterior, Muza lo había convencido de aceptar su invitación para tomar un vaso de vino, y después de vaciar dos ánforas de Tracia le contó que de joven había trabajado en el Hipódromo.

Bajo el Esfenodón existían vastos subterráneos que se utilizaban como archivos de la judicatura. Miles de archivos registraban las sentencias judiciales dictadas durante más de doscientos años.

—Muchos estarán reducidos a polvo. ¡Ya olía a viejo cuando yo trabajé allí hace treinta años! Además olía a moho. Uno de los muros del archivo linda con una cisterna. Es la que alimenta al palacio.

—¡Qué interesante! —exclamó Muza siguiéndole la conversación y llenándole otra vez la jarra. El viejo se la bebió de un trago.

—Me encantan las perdices. En los jardines imperiales las hay en abundancia, y por una pequeña puerta desde el archivo se puede acceder allí. Pero guárdame el secreto, ¿eh, amigo?

—Claro —brindó el musulmán.

Cuando salieron de la taberna era de noche y los dos se tambaleaban. Una vez fuera de la vista de los guardias del Hipódromo, se les unieron dos hombres. Golpearon al viejo vendedor y lo llevaron ante Mustafá.

Muza sintió lástima por el pobre hombre, que no parecía entender la agonía que le esperaba. Lo ataron fuertemente a una silla. El adalid tenía en las brasas del fuego de la chimenea un cuchillo. Cuando lo cogió, la hoja aquella llameaba al rojo.

—Y ahora vas a contarme todo lo que sepas.

A cada negativa, Mustafá aplicaba la punta del cuchillo bajo una de las uñas de la mano del viejo. Este se recuperó de la borrachera inmediatamente con un alarido. Al principio solo maldijo, pero cuando la segunda uña fue levantada empezó a llorar, y a la tercera suplicó que no continuara y respondió a cuanto fue preguntado, entre grandes temblores. De todas formas, Mustafá no se fiaba, y una a una las uñas del viejo fueron cayendo al suelo hasta que el adalid quedó conforme. El pobre hombre les contó que entrando por uno de los vomitorios del Esfenodón se accedía a las salas subterráneas evitando a los guardias de la entrada principal. El acceso secundario estaba protegido por una cancela. Tras bajar una escalera, el pasillo se bifurcaba a izquierda y a derecha; por la izquierda se entraba a la cisterna y por la derecha se llegaba al pasillo principal que desembocaba en las salas judiciales.

En una de las paredes había un portillo que daba acceso a un pasadizo compartido con el canal subterráneo que llegaba hasta el palacio. El pasadizo llegaba hasta una arqueta en los jardines, a los que podía subirse ascendiendo por unos pates de hierro. El canal seguía, subterráneo, más allá de la arqueta.

—¿Juras que no dirás nada de cuanto has visto u oído aquí? —preguntó Mustafá con una sonrisa.

—¡Lo juro! ¡Pero respetad mi vida, solo soy un hombre pobre y viejo! ¿Por qué tendríais que temer de mí?

El viejo balbuceó desesperado jurando por todos los santos y el arif le ofreció un vaso de agua como señal de acuerdo.

—Bebe, pues, de la copa que te ofrezco.

El viejo bebió con avidez, sin saber que el árabe había echado en su bebida una gota venenosa. En cuanto el vendedor soltó la copa, abrió los ojos de golpe y una fuerte convulsión sacudió su cuerpo menudo. Durante dos minutos echó espuma por la boca poniéndose lívido hasta que dejó de respirar.

—Echadlo al río. Mañana comprobaréis la información.

Muza sacó una ganzúa. No le resultó difícil reventar la oxidada cerradura de la cancela. La entornó tras de sí y bajó a la oscuridad tanteando las paredes, encontrando la bifurcación al final de la escalera. A la izquierda, la puerta de entrada a la cisterna era fuerte y robusta. No podía forzarla solo y sin luz. A la derecha encontró un recodo y tras él un pasillo iluminado. Dos ventanas alargadas en la alta pared de la entrada daban luz a un ancho pasillo. Bajo ellas estaba la puerta de entrada principal. Había suficiente claridad para distinguir mobiliario viejo y un gran número de baldas en las paredes llenas de libros de jurisprudencia.

Encontró la entrada al almacén del archivo. Forzó la cerradura. La enorme sala en penumbras estaba atestada de cajas, así como de rollos de pergamino perfectamente ordenados y etiquetados. En el lado sur estaban apiladas las cajas rojas. Las movió a un lado, entreviendo la manija de la puerta oculta. La accionó y la puerta se abrió a la oscuridad. No se atrevió a seguir más allá; temía que alguien entrara y cerrara el acceso, dejándolo atrapado en el recinto del palacio. Necesitaba más luz y hombres.

Cuando salió por el vomitorio todo el mundo seguía en pie insultando a los aurigas. Nadie se percató de su regreso. Ahmed seguía en su asiento, de pie y atento a la arena del Hipódromo.

—¿Lo encontraste? —le preguntó en griego.

Muza asintió silbando a la arena junto a todos los demás asistentes. Había aprendido a insultar en el idioma del imperio y usó todo su repertorio.

En el centro de la grada sur, Miguel Andrónico gritaba con toda su voz animando al griego Astinos para que no se dejara amedrentar por el bitinio Licaón. Había caído el último delfín y en la recta final Astinos entró vencedor, para regocijo del veterinario. Había apostado medio nomisma de oro y había ganado otro medio. Necesitaba la victoria. Hacía días que no iba al Hipódromo y no sabía si estarían esperándolo, así que no se demoró al salir del recinto mezclado con la muchedumbre y se dirigió a los dominios del senador Eutropio. Deseaba sentirse libre otra vez, y había despedido a los guardias del senador.

Dudando de si lo seguían, no se dio cuenta hasta que los tuvo encima de que frente a él caminaban Cálamo y Xerófilo en dirección al Foro de Constantino. El miedo lo frenó en seco. Xerófilo lo cazó por el brazo y Miguel le lanzó una instintiva patada a la ingle. El gigantón gruñó y se dobló ligeramente, pero no soltó su presa. Con un rápido movimiento le retorció el brazo y le puso de cara contra una columna.

—¡Mira a quién hemos encontrado, por san Sergio! —exclamó Cálamo con su melodiosa voz—. Esas no son maneras de ganarte amigos.

—Una patada no es suficiente —le advirtió el carpintero al veterinario, escupiendo las palabras con ira—. ¿Quieres oír crujir tu brazo, insecto?

—Tengo… tengo dinero. Mira en la bolsa. Tómala.

Cálamo hizo un gesto y el carpintero le retorció más el brazo. A Miguel se le saltaron lágrimas de dolor.

—¡Un nomisma de oro! Bien, bien. Pero no queremos hablar de tus deudas. ¿Cómo es que estás vivo? ¿Cómo lo has conseguido?

El veterinario recordó la noche cubierta de proyectiles en llamas y comprendió que era otra cuenta la que querían saldar.

—Tuve suerte. No estabais vosotros para meter la pata.

Xerófilo le apretó la cara contra la columna y Miguel gimió de dolor.

—Basta —dijo Cálamo—. Le vas a destrozar la cara.

—No le importa, ¿verdad que no, gusano? Es fea y traicionera. Claro que a lo mejor a Sofía, tu prometida, sí le importa.

El veterinario intentó debatirse, pero dos patadas tras las rodillas le hicieron caer al suelo. Un ciudadano curioso se acercó a ellos; una mirada del carpintero bastó para intimidarlo. Se dio la vuelta y desapareció.

—En marcha, y no hagas tonterías. Alguien quiere verte. Verte vivo, quiero decir, así que no hagas que se arrepienta.

Se dirigieron a la quinta colina. Entraron en una gran casa.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Miguel.

—¿No has oído el rumor? —preguntó el carpintero.

—No tengo tiempo. Bastante tengo con esconderme de vuestras palizas.

En la primera planta los esperaba un hombre mayor sentado tras una mesa; junto a él había un pequeño cofre. Los tres recién llegados entraron en el despacho y biblioteca. Debía de ser alguien importante.

—Cuéntame qué te dijeron en el campamento árabe. Todo. Y por tu bien no omitas detalle.

El veterinario comprendió que estaba ante el senador Antonino. Sus facciones estaban marcadas por el dolor. No ocultó nada. El senador le presentó una bella caja de taracea.

—¿Sabes qué hay aquí? —Miguel negó—. Debes de ser casi la única persona en toda Constantinopla que no se ha enterado de que una parte de mi hijo Justino está aquí, en esta caja.

—¿Y cómo sabes que es de tu hijo?

—Una muy buena pregunta. Puede ser de él o de cualquier otro prisionero. Pero me has abierto los ojos. Antes temía más por mi seguridad que por Justino, a quien creía a salvo en su cautiverio. Ahora, recuperarlo con vida es mi prioridad, y tú me acompañarás. Ya has estado allí.

—¡Me matarán!

—No. Ellos buscarán a tu prometida si te niegas, y nadarás entre los peces junto a ella en el fondo del mar, atado a un ancla de plomo. Traedle algo de comer y de beber y preparad el bote.

—No tengo elección, ¿verdad?

Antonino le señaló al carpintero, quien dio un paso adelante.

—No. Elige.

Miguel dio la batalla por perdida.

Después de atracar y ayudar al senador a subir el precipicio, anduvieron hacia la empalizada, guiados por las luces del campamento árabe. A lo lejos vieron las siluetas de varias cruces y Miguel tuvo un escalofrío. Se le descompuso el vientre por el miedo.

—Nos crucificarán, senador.

—No hoy.

Un vigía les dio el alto desde una de las torres. Las voces llenaron el aire. Una escuadra de soldados salió a su encuentro desde detrás de la empalizada. Miguel quedó paralizado de terror.

—*Amán! Amán!*

—¡Calla! —le ordenó Antonino.

El senador había vivido demasiadas crisis como para asustarse. Tenía preparadas sus palabras. Ordenó al *nazir* que portaba la *uqba*, el estandarte de la escuadra, que los llevara ante el general Maslamah, pues tenía que tratar un importante asunto con él. Miguel no salía de su asombro. ¡El senador hablaba árabe!

—¡Infiel! ¿Quién eres para exigir que te lleve a su presencia?

—El senador Antonino Pío. Tu cabeza pende de un hilo, así que llévame inmediatamente ante él, y esto me identificará.

Le arrojó un medallón con inscripciones árabes. El *nazir* envió a un hombre con el medallón ante Maslamah y los retuvo en el campamento. Al poco, el soldado volvió con órdenes inmediatas.

—El general os recibirá ahora.

La tienda estaba abierta. Maslamah los miró asombrado, observándolos alternativamente.

—Por el Profeta que no esperaba ver de nuevo a ninguno de los dos. Y creía que a ti te habíamos crucificado. Tu vida se acorta a cada instante. Habla, senador, y sé breve. ¿Qué quieres?

—Este sirviente es testigo. No quiero más incertidumbres. ¿Dónde está mi hijo? ¿Qué tengo yo que pueda darte a cambio? Si es necesario, me entrego a ti como rehén a cambio de su liberación. Vida por vida.

Maslamah permaneció en silencio y con la mirada señaló al veterinario.

—Que salga fuera.

Miguel salió de la tienda, y se sintió taladrado por cien mil ojos hostiles. Una veintena de soldados le dirigieron palabras maliciosas que él no entendía con una sonrisa siniestra mientras afilaban sus cuchillos de acero azul de Damasco. El veterinario permaneció de pie indefenso y tembloroso.

Dentro de la tienda el senador inició su última negociación desesperada.

—Dijiste que nos facilitarías el secreto del fuego y no lo cumpliste —le reprochó el general árabe con palabras cargadas de amenaza—. Dijiste que la ciudad estaría indefensa y fuimos derrotados. No has cumplido nada de lo que prometiste. Toma tu medallón. Las palabras del Profeta no me obligan a respetar tu vida. ¿Qué me obliga a respetar la de tu hijo?

—¿Dónde está mi hijo?

—Aún cautivo, porque no has cumplido tu palabra. Sufre tortura día y noche por tu cobardía, tu perfidia, tu doble traición a mí y a los tuyos. —El senador se derrumbaba a ojos vistas—. Pero te ofreceré un trato que te parecerá clemente. Acepto tu propuesta. Te quedarás aquí de rehén y me

contarás todo lo que sepas de la ciudad. ¿Entiendes? Todo. Solo así tu hijo regresará con vida y entero. Con sus dos orejas.

El senador Antonino había sido derrotado.

—Que así sea —aceptó con un hilo de voz.

—Tu siervo podrá regresar llevando un mensaje a quien desees, y considérate afortunado. Espero que tu hijo consiga lo que tú no has logrado, un rescate rápido y digno de su nombre.

Antonino escribió una breve nota y pidió su anillo senatorial a Maslamah, quien se lo entregó. Selló el lacre con él y enrolló el pergamino. Pidió que entrara Miguel.

—Veterinario, esta carta es para la emperatriz María. Y este sello es para mi hijo, para cuando regrese. Adiós.

—Hoy no tendrás nada que temer. Pon en orden tus pensamientos. Mañana hablaremos y será solo deseo de Alá y voluntad tuya que sigas viviendo —dijo el general, indicando luego a su asistente que lo alojaran en una de las tiendas de los emires y que no le faltara nada.

Maslamah dio órdenes para que se respetara la vida de Miguel y se le permitiera descender por el precipicio con una escala de cáñamo hasta la pequeña playa, con pan y agua.

Los dos secuaces no regresarían hasta medianoche. Así que recorrió una y otra vez los doce pasos que medía la minúscula playa hasta que se cansó y se sentó en la arena bajo un saliente rocoso. Deseó que no se olvidaran de él. El senador había claudicado. ¿Qué pondría en la carta?

46

MASLAMAH CONTRAATACA

Más allá, al norte de la capital sitiada, todo estaba preparado. Una larga caravana de bueyes y carretas se dirigía a Constantinopla desde Mesembria con un cargamento de trigo, aceite y vino, carne y pescado seco, recorriendo con parsimonia la llanura tracia. El cielo se mantenía nublado. Un viento húmedo del oeste anunciaba lluvia. Una escuadra de jinetes bizantinos escoltaba el transporte de víveres comprados a los kazajos y los búlgaros. Cuando llegaran al barrio de Gálata serían descargados y, por medio de una red de barcazas, transportados a través del Cuerno de Oro hasta la capital imperial. El paisaje estaba salpicado de colinas de vegetación salvaje y amplios bosques de pinos.

El caballo del capitán relinchó dando un respingo. El capitán palmeó su cuello, se detuvo y ordenó parar.

—Tranquilo, tranquilo.

No se veía nada extraño. El camino imperial de piedras anchas estaba despejado. Aún faltaban por recorrer diez millas hasta la siguiente posta, donde pasarían la noche. Miró el cielo.

—¡Epa, epa, epa! —gruñó el primer carretero mascando una brizna de paja—. Niño, asegura las cuerdas de las lonas. No quiero que se mojen los sacos de trigo.

—Sí, padre.

—¡Como no nos demos prisa, nos pillará la tormenta! —dijo el carretero escupiendo en la calzada—. Todo está tranquilo, ¿por qué nos detenemos?

—Demasiado —respondió el capitán—. Está bien. ¡Reanudad la marcha!

Las treinta carretas y los cincuenta jinetes retomaron el camino. Uno de ellos ya estaba pensando en la cena cuando vio algo extraño que caía del cielo. Para cuando comprendió lo que era, ya le atravesaba el pecho. Se desmoronó derribando su montura y llenándolo todo de sangre. Llovía muerte del cielo.

El capitán ordenó a sus hombres reagruparse para afrontar la amenaza. Los carreteros que quedaban con vida bajo la andanada de flechas se protegieron bajo las carretas. Volvió a caer otra tanda. Eran disparadas desde las colinas. Las últimas aún no habían alcanzado tierra cuando cientos de jinetes se lanzaron sobre la caravana.

—¡Corred y avisad a las guarniciones! —gritó el capitán a sus dos enlaces, que se dispersaron uno hacia el sur y otro hacia el norte.

Del grupo principal se separaron una veintena de jinetes árabes sobre veloces caballos en pos de los mensajeros. El capitán vio que todo estaba perdido. Quince carreteros yacían sin vida sobre la verde hierba tracia teñida de rojo. Los supervivientes estaban asustados, observando cómo se acercaban los verdugos.

El capitán miró al norte y al sur, aún esperanzado, pero los enlaces habían sido alcanzados y abatidos. Los corceles de Arabia no tenían rival en velocidad. Alzó la espada y sus hombres cargaron contra los jinetes musulmanes, quienes los rodearon.

—¡Corre, aprovecha, sal del camino y escóndete lo más lejos que puedas! —ordenó el carretero a su hijo.

Otros habían tenido la misma idea y huían campo a través hacia los colinas opuestas. Un escuadrón de jinetes los vio y los abatió por la espalda. Los bueyes se movieron nerviosos.

—Pero ¿y tú, padre?

—¡No mires atrás! ¡Corre, date prisa!

El niño se escabulló lleno de angustia. Desde la carreta, el conductor podía ver cómo sus enemigos se cebaban con los cuerpos de los jinetes bizantinos. Los árabes se pararon ante la caravana. El niño siguió corriendo oculto por las retamas y la hierba alta.

—¡Salid, ratas, y suplicad por vuestra vida! —dijo el emir en un deficiente griego. Uno a uno, todos los conductores salieron de sus refugios implorando piedad. No eran soldados; solo eran campesinos—. Tenéis la opción de conducir vuestros carros hasta nuestro campamento o perecer con el resto de vuestros compatriotas. ¿Qué elegís?

—¡Iros al infierno! —gritó el primer conductor, y cuchillo en mano se lanzó contra el soldado más próximo, al que degolló antes de ser atravesado.

Al caer él, todos los demás lo imitaron, y todos perecieron. No se respetó a ninguno. El niño volvió el rostro cerrando los ojos desde su escondite entre la hierba, aterrado.

—Qué sangre más absurda —se lamentó el emir limpiando la hoja de su espada, y ordenó a treinta soldados conducir las carretas al sur.

Desde su caballo, miró al norte y dio orden de despojar a los muertos y continuar la marcha. Lanzó a sus oteadores delante. Cuando los árabes se fueron, dejaron una pila de cuerpos desnudos amontonados junto al camino, como un macabro hito de su paso. El niño se acercó y buscó entre los muertos a su padre. Le acarició el pelo, le dio un beso y se alejó en silencio siguiendo la carretera.

Los árabes asolaban también Macedonia. Las noticias de la presencia árabe en tierras macedónicas tardaron una semana en llegar a Constantinopla. Mientras, los intendentes del ejército en Gálata esperaban con suspicacia alguna explicación sobre el retraso de las caravanas del norte de Tracia. El *thema* helénico estaba en guerra.

—No podemos permitir que despedacen el imperio. Creíamos que el oeste estaría a salvo, pero ahora tendremos que contenerlos. No podemos permitir que dominen la Vía Ignatia. ¡Si cae Tesalónica, podríamos perder toda Grecia! —exclamó Artabasdos ante el emperador—. La gente abandonará los pueblos para refugiarse en las ciudades. Con los campos abandonados, sin suministros ni impuestos, no podremos mantener el ejército. Los mercenarios desertarán.

—No pueden ser un gran contingente. Su objetivo principal es la capital. Podemos aplastarlos —opinó el prefecto—. ¿Qué pasaría si movilizáramos a las tropas italianas? Están formadas por veteranos.

—¡Si abandonan sus cuarteles, incitarían a los bárbaros a invadir Roma! Y si perdemos Roma, perderemos el sur y Sicilia.

—No necesitamos más que unos miles hombres, y en Grecia no quedan más que pusilánimes y licenciados sexagenarios —intervino uno de los domésticos.

Artabasdos lo cortó bruscamente.

—Lo que necesitan esos pusilánimes es una buena patada en el trasero para que no se acobarden. Nuestros soldados en Tesalónica y Macedonia se enfrentarán a ellos antes de que esos bárbaros se apoderen de la Vía Ignatia.

—¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes de sus intenciones? ¿Cómo han podido actuar tan libremente? —rugió el emperador.

Todos callaron.

—*Basileus*, no pensamos que eso pudiera ocurrir —dijo Artabasdos.

León III se puso en pie y lo miró cara a cara. El *curopalata* le dirigió una mirada fría y calmada.

—Quiero que las tropas de Tracia se desplieguen en una amplia franja alrededor del campamento árabe. ¡Ya sé que no tenemos tantos hombres como ellos, pero no estoy pidiendo una muralla de soldados a su alrededor! Quiero que la Vía Ignatia y las vías del norte queden a salvo de sus ataques. Que se monten campamentos permanentes en las principales calzadas de acceso a Constantinopla. Si nosotros no podemos salir, ellos tampoco. Escipión el Africano lo hizo en Numancia. Nosotros lo haremos aquí, y entre ellos y nosotros no dejaremos nada que pueda servirles.

El *megas logothetes* mostró su desacuerdo.

—*Basileus*, si cerramos los caminos, las rutas comerciales terrestres del imperio quedarán partidas en dos.

—¿Dónde está Numancia? —preguntó dubitativo el prefecto.

—Numancia estaba en Hispania. La ciudad fue asediada después de oponerse varias veces con éxito a las tropas imperiales. Escipión montó siete campamentos permanentes y una muralla, cerrando el perímetro de la ciudad. Enlaces a caballo mantenían todo el perímetro vigilado. La ciudad cayó por hambre tras quince meses de asedio.

»Desde nuestros campamentos, tenderemos una red de oteadores pendientes de cualquier avance del enemigo. Todo lo que exista entre su perímetro y el nuestro, bosques, granjas, campos de cosechas, aldeas, todo será arrasado. Tendrán que alimentarse del aire.

—¿Qué pasó con la ciudad?

—No quedó piedra sobre piedra, según cuenta Apiano. Pablo —dijo el emperador dirigiéndose a su asistente personal—, envía mensajes urgentemente a Grecia y Macedonia. Sus hombres deberán proteger Tesalónica, y eso será lo más lejos que permitiremos llegar a los árabes. ¿Y Adrianópolis?

—Está cercada, *basileus*. Pero sus murallas son resistentes —respondió Pablo.

—Gran drongario, quiero que acoses las rutas de transporte de los infieles. Tiro, Alejandría, Sidón, quiero que hables con las naves piratas que se esconden en Chipre. Quiero recuperar el control del mar.

—No tratamos con piratas. Somos militares. Tenemos un código de honor.

—¡Se hará cuanto sea necesario! Ninguna nave de suministro debe alcanzar los Dardanelos. ¡Que se coman sus caballos, a los que tanto

aprecian!

—Sobornar a los piratas costará mucho oro.

—¡Arrancadles a los árabes sus riquezas! Quemad sus astilleros, asolad sus puertos. El nuevo califa ha de comprender que no nos dejaremos vencer.

Un mensajero entró corriendo en la sala y sus apresurados pasos resonaron entre las columnas y el techo de cedro. Se arrojó al suelo delante del emperador.

—¡Oh, *basileus*! Han llegado noticias del norte. ¡El enemigo ha entrado en Tracia! Los convoyes de suministros están siendo atacados unos tras otros. La vía militar hasta Mesembria está interrumpida. El servicio de postas ha sido cortado.

—¡No podremos enviar nuestra embajada al kan Tervel!

—¡No es posible! —gritó Artabasdos nervioso—. ¿Nadie los ha detenido? ¿Cuántos son?

—Es un destacamento de miles de soldados, incluyendo jinetes a caballo y arqueros. Han bordeado las montañas ocultos por los bosques.

Todo el mundo empezó a hablar con acaloramiento. León III se sentó lentamente en su trono, asimilando las terribles noticias. El imperio era atacado por todos los frentes, por mar y tierra, por este, sur, oeste y norte, y todos los frentes eran estratégicos. Ordenó silencio.

—Quiero que curses órdenes, *curopalata*. ¿Quién más sabe que Tracia está siendo invadida?

—Muy pocos aún, *basileus* —dijo el mensajero.

—Tenemos amplias reservas de víveres y grano. Quiero que todos los que lo sepan guarden silencio. Os incluyo a todos vosotros, estrategas y drongarios. Cualquiera que hable será ejecutado. ¡Hay que detenerlos! Belerofonte, quiero que transportes cinco mil hombres de la ciudad a través del Cuerno de Oro hasta Gálata, entre ellos, quinientos jinetes a caballo. Artabasdos, tienes autorización imperial para requisar cuantos caballos necesites de las cuadras de los criadores, y te dirigirás personalmente a Tracia para aplastar sus contingentes.

—Eso significará reducir en una cuarta parte nuestros efectivos en la capital. ¡Puede ser un gran riesgo!

León III se levantó y todos se inclinaron.

—¡Hazlo! —exclamó con rabia, y abandonó la sala seguido por el *megas logothetes*.

Los soldados cerraron las puertas de los corredores tras ellos.

—Es inaudito. Está jugando con nuestras vidas —murmuró un drongario.

—Será mejor que te preocupes de cumplir las órdenes en vez de preocuparte por tus fincas de las afueras —replicó Belerofonte.

—Todo el mundo lo sabrá. Los rumores vuelan rápidos en tiempo de guerra.

—No si tienen algo más en lo que concentrarse —contestó Artabasdos, acariciándose la perilla—. Organizaremos unas buenas carreras, repartiremos pan y cerveza, vino y carne, y mientras el pueblo se divierte, nosotros cruzaremos el estrecho.

El gran drongario no dijo nada más, pero sin las rutas de suministro, la capital caería tarde o temprano. Una vez que consumieran las reservas de fuego griego, nada impediría a los musulmanes lanzar todas sus liburnas contra los puertos y las murallas marítimas.

Mientras la ciudad recibía con entusiasmo la noticia de las próximas carreras, las herrerías no dejaron de llenar con hierro fundido cientos de moldes de puntas de flecha, y en las carpinterías tallaron más y más astiles de madera endurecida. Los aprendices sacaron las coladas del agua fría, afilaron las puntas metálicas y las ajustaron a los astiles de madera de fresno y de haya. Después les colocaron las plumas guía y las apilaron en grupos de veinte unidades listas para su uso.

En los barracones militares, varios miles de hombres se prepararon para salir. Gambesones, calzas, botas de triple suela, cotas de malla, cascos y espadas, todo fue revisado y sacado de los almacenes. Una semana más tarde, mientras las tierras tributarias de Tesalónica eran asoladas, y en la capital el emperador dejaba caer sobre la arena del Hipódromo el pañuelo púrpura entre gritos de aclamación, cinco mil soldados cruzaron el Cuerno de Oro tras la caída de la noche. Varias kelandias de transporte en continuo trasiego los llevaron desde el Strategión hasta Gálata. La estatua ecuestre del emperador Constantino fue testigo silencioso de las turmas de soldados hasta los puertos de Phosphorion y Neorion.

Belerofonte había ordenado que el embarco y el desembarco se realizaran en el punto más estrecho, lejos de la gran cadena que cerraba la entrada marítima, para evitar las miradas indiscretas de los vigías árabes apostados en los mástiles de las liburnas en la costa asiática. Varias naves se dirigieron al sur para distraer la atención de la flota musulmana. Aun así, él estaba seguro de que no pasarían desapercibidos. Los pesados pasos de los soldados en formación resonaban en los pórticos y en las calles vacías. Las ovaciones del

Hipódromo llegaban hasta el mar. Él sabía que había espías en la ciudad. ¡Espías! Sospechaba de los sirios. Calínico, el alquimista, era sirio, pero era intocable y estaba por encima de cualquier duda razonable. ¿O quizá no? Se cubrió con su capa azul y bajó desde la proa a su camarote, bajo la primera cubierta del *Teodora*.

Desplegó los mapas del Mediterráneo sobre su mesa. La isla de Chipre mantenía su neutralidad nominal, pero al norte, los musulmanes habían desplegado una considerable parte de su flota en defensa de la isla, rica en bosques. Los Dardanelos estaban bloqueados; el Mediterráneo oriental era árabe. Si por él fuera, las mayores naves serían equipadas con los sifones de fuego y enviadas en un viaje sin retorno hacia Alejandría, el principal puerto musulmán y base de suministros de toda la expedición enemiga. Sin embargo, el emperador había prohibido que se alejaran de la capital, aunque Belerofonte no estaba dispuesto a permanecer inactivo.

—Prepararemos veinticinco naves con sifones. Saldremos de la bahía dentro de tres días en busca del enemigo.

—¿Cuál será el objetivo, señor?

—Entretener a las fuerzas enemigas. Servirles de carnaza, y tenerlas en tensión. ¡No dirán nunca que los bizantinos no pelearon mientras pudieron!

Era imposible que los espías no se enteraran de la salida por muchas precauciones que se tomaran. Preparar la partida de cinco mil hombres suponía una ingente logística que mantuvo a media ciudad ocupada horneando pan imperial y afilando espadas mientras la otra mitad se divertía.

El espía palestino vio desfilar las tropas bajo la ventana de su dormitorio en dirección al puerto militar. Dos horas más tarde, Mustafá ya lo sabía, y al alba Maslamah recibió un informe de sus exploradores en Gálata tras la primera oración de la mañana. Lo leyó con desdén. Todo estaba saliendo según lo planeado. Salió de la tienda para observar la llegada de las nuevas caravanas de provisiones, que habían arrebatado al emperador. ¡El propio imperio bizantino se había convertido en su almacén de suministros!

—Enviad un mensajero a las tropas de Tracia —dijo a su lugarteniente—. Deberán dirigirse inmediatamente hacia Mesembria, a marchas forzadas con todos los efectivos, asolando cuanto esté en su camino.

—Los bizantinos se lanzarán tras ellos como galgos sobre conejos, *sidi*.

—Lo sé. Por eso deben encontrar la seguridad de las murallas de Mesembria. Dejaremos que muerdan el cebo de la trampa que estoy

preparando. Sacarán tropas de la ciudad y estarán lejos cuando ataquemos.

—¿Cuándo, *sidi*?

—Atacaremos dentro de cuatro días. Daremos tiempo para que sus tropas se alejen de la capital.

—¿Y las tropas de Macedonia? Están enzarzadas en combate en el cruce de caminos de Adrianópolis.

—Envíales cinco mil hombres más. Deben resistir el ataque. Cortad la vía romana para que nadie ataque nuestra retaguardia. Despliega diez mil hombres y que abran un gran foso a nuestras espaldas. ¿Hay noticias de la costa del Helesponto?

—La franja marítima está controlada. Los suministros continúan llegando sin novedad.

—Excelente, excelente. ¡Es la voluntad de Alá!

47

¡DESCUBIERTOS!

Los dos poceros de la capital imperial llegaron a un callejón donde hedía a podredumbre. Varios vecinos los esperaban con trapos humedecidos sobre el rostro.

—¿Es aquí? —preguntó el responsable del mantenimiento de aquel sector.

—¡Por Dios bendito! ¡Ya era hora de que vinierais! La cloaca debe de estar obstruida. ¡Llevamos días con este olor insoportable! Y menos mal que el calor de verano ya hace tiempo que pasó.

—Apartaos, apartaos. A ver, allí, ¿ves la tapa?

—La veo.

Se volvió a los vecinos. Un pescadero salió secándose las manos pringosas de entrañas con un trapo.

—¡Seguro que es cosa tuya! —lo acusó un vecino. El pescadero se fue por donde había llegado—. ¡Lleva años vaciando cubos y cubos de desechos, todos los días! ¡Deberían multarlo!

—¡Vamos allá! —dijo el encargado y haciendo fuerza con una palanca abrió la tapa de acceso a la cloaca. Una vaharada pestilente hizo tambalear al ayudante. El encargado rio—. Cuando volvamos, tened preparado un balde de agua limpia. ¡Nos lo habremos ganado!

Diciendo esto metieron una escalera y bajaron con una lámpara, picos y palas. Era probable que nadie hubiera entrado en aquella cloaca desde su construcción poco tiempo después de la fundación de la ciudad. Sortearon las ratas que se movían en la oscuridad, evitando el reguero central de inmundicia que poco a poco se ensanchaba ocupando la galería de ladrillo de lado a lado. El ayudante tuvo que pararse y apoyarse contra la mugrienta y húmeda pared para vomitar. El encargado volvió a reírse de él.

—Mira, allí está el atranque. ¡Menudo charco de mierda!

El agua negra y estancada, llena de restos de excrementos, les llegaba por encima de la cintura. Las cabezas de caballas y de sardinas flotaban por

doquier, putrefactas. Frente a ellos, a veinte pies de distancia, el resplandor de la lámpara iluminó una masa informe que bloqueaba el aliviadero de la cloaca, protegido por una reja. Trapos viejos, cajas de pescado llenas de vísceras en descomposición, sacos de harina vacíos, huesos y heces obstruían la corriente. Se subieron el pañuelo que les colgaba del cuello. El encargado pensó que una cloaca como aquella podía ser una versión del infierno.

—Trae la pala. Empieza por el fondo, a ver si desatascamos la reja.

El ayudante vadeó la charca.

—¡Esto no está pagado con oro!

—¡Calla y empuja! Cuidado con esa tapa llena de clavos. ¡Qué asco! A ese pescadero habría que enterrarlo vivo de cabeza en esta porquería.

Los dos hombres hicieron fuerza para sacar varias cajas del paso de la corriente. En cuanto las retiraron, la represa de inmundicia se colapsó con un grave sonido de succión, como si fuera un gigantesco sumidero, sonando como un eructo irreverente.

El encargado apartó con las manos las miasmas que se alzaron del cieno. Aquello era insoportable incluso para él. El ayudante se había bajado el pañuelo para echar la bilis.

—¡Dios todopoderoso! ¡Menudo banquete!

—Jefe, me estoy poniendo malísimo.

—Deja de quejarte. Coge el pico y destroza las cajas en fragmentos, que sigan su curso por la charca hasta el mar.

—¿No las vamos a quitar? Quiero decir, sacarlas de las alcantarillas.

—Soy pocero, no estibador. Démosle con fuerza hasta que pasen por la reja.

Con un esfuerzo final las cajas destrozadas pasaron a través de los barrotes, flotando entre raspas y cabezas de pescado hacia la oscuridad. El nivel del agua negra descendió.

—Vayámonos o me caeré aquí mareado. Coge la lámpara.

El ayudante se detuvo tras dos pasos.

—Un momento, jefe. Estoy oyendo ruidos. ¡Oigo voces!

—Anda ya. ¡El Khidre, claro! Sigue andando.

—¡Escuche! Tras esa pared.

Se oían ruidos acompasados y risas. El ayudante se apoyó contra la pared. De las llagas de los ladrillos cayó mortero podrido.

—Incluso percibo ruidos metálicos. ¿No los oyes?

El pocero se apoyó junto a su asistente. A nivel del suelo se abrió una grieta, pero no lo percibieron.

—Por los santos, tienes razón. Al otro lado hay alguien.

Los dos hombres se apretaron más contra la pared intentando comprender lo que escuchaban, y la pared no resistió. Un lienzo de la galería se derrumbó con estrépito. Se levantaron cubiertos de escayola, mortero y esquirlas de ladrillo, empapados de aguas negras. Frente a ellos tropezaron con la mirada atónita de cuatro hombres, igualmente sorprendidos, que andaban encorvados por un canal subterráneo.

Al veterano pocero le bastó con escuchar las exclamaciones de los extraños para comprender que no eran bizantinos.

Alguien dio una orden y los cuatro individuos sacaron cuchillos de acero de debajo de sus ropajes. Intentaron resistirse, pero los acuchillaron como a unas bestias. Un reguero carmesí se mezcló con las aguas negras camino del mar.

Todo el recorrido del canal se llenó del olor pestilente de las cloacas.

—¡Arrojad las cuerpos fuera y salgamos de aquí! —ordenó Muza—. ¡Daos prisa!

Los cadáveres de los dos poceros quedaron flotando junto a la reja. Los musulmanes salieron apresuradamente del establecimiento de los baños a la señal de Jalid, quien se apartó de ellos con disgusto.

—¿Qué ha pasado?

—Tenemos problemas. Han descubierto el pasaje.

Jalid y dos de sus acompañantes pasaron después por delante de un callejón donde varias personas se hallaban debatiendo alrededor de una boca de alcantarilla. Un hombre gritaba al interior de la oscuridad sin obtener contestación.

—¡Será mejor que bajes! —dijo otro.

—¡Baja tú! ¡O que baje Andrés, el pescadero! Mejor informemos al prefecto y que envíe a alguien ahí dentro.

Cuando Mustafá se enteró, envió un mensaje a su espía palestino para que informara al general musulmán del peligro de que los bizantinos emplearan el mismo conducto para atacar el campamento a sus espaldas. Maslamah hizo que el pozo de acceso fuera clausurado de inmediato, para consternación de los ingenieros persas.

—No arriesgaré ni un hombre inútilmente. Pero vuestro trabajo no ha terminado. ¿Qué puede hacerse para derribar las murallas de la ciudad?

—No tenemos catapultas ni fundíbulos tan potentes ni de tanto alcance como los bizantinos. Los arietes están preparados. Aunque os sugerimos realizar una mina por debajo de la cota de las murallas. Habrá que sortear el foso. Será un trabajo largo y arduo.

—¿No veis a vuestro alrededor a miles de soldados ociosos? Serán vuestra mano de obra.

—Necesitaremos madera para entibar la galería. Una cantidad ingente.

—Se talarán todos los bosques de aquí a Atenas si es preciso. ¿Cuánto tardaréis?

—Empezaremos mañana. Necesitaremos nuestras gromas y peones para tomar mediciones imprescindibles.

—¡Todo está a vuestro alcance, pero trabajaréis día y noche!

48

LÁGRIMAS IMPERIALES

Calínico no pudo evitar reírse a carcajadas del militar. Tuvo que sentarse para que el dolor en el pecho debido a la risa no le hiciera marearse y caerse.

—¿Estás bien, anciano? —se interesó Belerofonte, inclinándose hacia él, pero el alquimista declinó su ayuda.

—No es nada. Cuando llegues a los sesenta no estarás en tan buena forma como yo. Pero la culpa es tuya, por hacer una pregunta tan idiota.

El gran drongario se cruzó de brazos en actitud defensiva.

—¿La guerra te parece una broma idiota?

—Por supuesto que no. He sobrevivido a más guerras que tú y la respuesta que buscas es no. No tenemos posibilidad de sustituir el aceite mineral que consumamos. Las rutas por mar están impracticables y dicen que Tracia está siendo invadida, por lo que no será posible el suministro por tierra. Cuando agotemos nuestras reservas, estaremos perdidos. Todo estará acabado.

—¿Cuánto pueden durar?

—Dos, tres meses, más si no nos vemos obligados a usarlas de forma continuada. —Alzó la vista—. ¿No tenemos noticias de mi aprendiz?

—Hace semanas que no sabemos nada de él… si eso son noticias. Lo siento. —El alquimista no dijo nada—. Nuestro enlace los ha buscado en Alejandría. No regresaron a su alojamiento. El barco con el que se dirigieron al sur tampoco ha vuelto a los muelles del lago interior.

—Puede que aún sigan de viaje entonces. Puede que, simplemente, en territorio enemigo no hayan podido enviar ningún mensaje.

—O eso o están muertos o los árabes se nos han adelantado, lo que hace más grave aún el asunto de nuestro fuego bizantino.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer: derrotarlos cuanto antes.

El gran drongario lo miró en silencio antes de marcharse.

—Todos seguimos órdenes. Tú deberías hacer lo mismo.

El alquimista se quedó solo en el taller. Encendió dos lámparas y meneó el resto de las brasas que la criada le había subido a mediodía. Se sentó frente a ellas, observando cómo se transformaban en cenizas, disfrutando del silencio. Se echó una fina manta de lana sobre los hombros y cerró los ojos, seducido por un agradable sopor y un deseo de inactividad. El taller podía esperar. Miró a través de la ventana hacia las estrellas que se vislumbraban por encima del horizonte urbano. Eso era. Por primera vez se sentía como un hombre viejo. Era el inicio de su vejez. Pensó en su vida y en que nunca había creído que viviría tanto.

Al día siguiente se levantó temprano y se dirigió a la gran misa que se celebraría por el Día de Todos los Santos. Los dos soldados asignados a su vigilancia intentaron seguirlo, pero no pudieron entrar en el recinto sagrado. Fueron detenidos en la entrada por dos diáconos y perdieron de vista a Calínico entre la multitud.

Hagia Sophia estaba llena. La muchedumbre se apiñaba en los bancos. Los menos afortunados tenían que conformarse con permanecer de pie entre las columnas bajo las galerías. Un parroquiano piadoso cedió su asiento al alquimista en una de las últimas filas.

Habían encendido todas las lámparas y el aroma del incienso y del sándalo inundaba todo el espacio. En el ábside estaba instalado el *synthronon* con siete escalones semicirculares, en el último de los cuales estaba el sillón del patriarca. Germano apareció desde el presbiterio vestido con su *sticharion* rojo de seda, plata y oro, cubierto con su *epitrachelion* de seda blanca con siete cruces bordadas y franjas orladas en dorado. Sobre las mangas llevaba las *epimanikia* atadas al vestido principal, y en las manos empuñaba un bastón ceremonial que tendió al presbítero. Todo el mundo se puso en pie cuando desde las galerías el coro comenzó a cantar.

Tanto el emperador como la emperatriz estaban allí. León III escuchaba las voces de los jóvenes desde su *metatorium* reservado, mientras que María cerraba las manos con devoción en su asiento sobre el nártex interior junto a las galerías superiores. El patriarca se acercó al altar sagrado cubierto de bordados de plata y oro con las imágenes de Cristo y de los apóstoles Pedro y Pablo. El altar estaba situado frente al *synthronon* bajo un canopio octogonal de madera sostenido por cuatro columnas de plata pura.

Un coro formado por los diáconos se unió tras él a las voces de la galería y el pueblo llenó el inmenso espacio con sus rezos; cada icono santificado,

cada mosaico, cada rincón vibraba con la emoción de la esperanza de miles de almas. Solo una persona permaneció en silencio. El patriarca Germano casi podía respirar el temor y la piedad que la guerra inspiraba a la población, y allí estaba él, preparado para cuidar de la grey asustada para gloria de Dios. Sus ojos llenos de santidad y benevolencia recorrieron el santo templo, y de pronto lo vio. Estaba de pie, pero no cantaba. Sonreía a su manera, burlona y sospechosa, y lo miraba a él, como devolviéndole un reconocimiento. ¿Lo conocía? Los coros callaron. El patriarca tardó unos segundos en retomar el hilo de la celebración.

Tras la lectura de los Santos Evangelios, Germano esperó en silencio a que todos callaran. ¿Conocía a aquel hombre?

—Queridísimos hermanos. Dios todopoderoso nos ha enviado una dura prueba. Mientras el orbe se cubre de tinieblas es el momento de recordar que san Pedro y san Pablo, santa Irene y todos los que son nuestro ejemplo de perseverancia y santidad nos dan su aliento para que no desfallezcamos. Dios quiere que recapacitemos sobre la brevedad de nuestra vida, sobre la futilidad de nuestras ambiciones humanas, y que recordemos que solo Él es el auténtico camino. Hemos de tener fe en que sobreviviremos a su prueba, una prueba de amor, aunque no la comprendamos. Aquellos que acumuláis riquezas y veis con temor el futuro debéis recordar que el Reino de Dios no es de este mundo. —Hizo una pausa. El silencio colmó el vasto espacio bajo la inmensa cúpula dorada. La muchedumbre esperaba expectante el final de su exhortación. Germano sentía vibrar el poder de la fe y el temor de su grey. Inspiró hondo, antes de continuar—: Orad, hijos míos, porque el diablo y sus seguidores están entre nosotros. Es la gran prueba que nos ha impuesto nuestro Señor para que le demostremos la fortaleza de nuestra fe en él. Tened fe, hijos míos. ¡Orad más fuerte! ¡Orad por los que van a entregar su vida en nombre de Cristo y de su reino aquí en la tierra! ¡Orad por vuestras almas! ¡Elevemos nuestras súplicas al Señor, por aquellos que no volverán!

El coro cantó, todos en pie. Para Calínico era impresionante comprobar la fuerza de la fe de todos aquellos ilusos, y el poder del propio patriarca. Allí mismo, bajo el techo de su templo, el emperador solo era otro creyente. Aquella inmensa multitud fervorosa era solo una parte del ejército que podría levantar Germano contra el Estado. Y eso lo sabía el emperador. A pesar de estar aislado de sus súbditos dentro del *metatorium*, León III recibió la hostia consagrada de rodillas fuera de su recinto, débil, dependiente, humilde, a la vista de todos los súbditos y de la mano del patriarca, quien permaneció de pie como símbolo del poder divino sobre el terrenal.

La celebración terminó. El coro cantó por última vez y todos se levantaron con las últimas voces. Germano alzó la mano derecha y trazó la señal de la cruz en el aire como bendición final y despedida a los fieles. Las limosnas habían sido abundantes y serían generosas mientras hubiera esperanza en la ciudad.

Las puertas principales se abrieron para dejar salir del recinto sagrado a la comitiva del amo del Imperio de Oriente. Los soldados lo escoltaron de regreso a palacio. La multitud salió por las puertas accesorias.

—¡Calínico, viejo amigo! ¿Qué tal estás? —exclamó una voz entre la muchedumbre desde la distancia, y se acercó a él a grandes pasos.

—Hola, Marius.

—¿Estabas dentro? ¿Tú? No me lo creo. El mayor escéptico de la historia dentro de un templo, ¡y rezando!

—Es un gran día para pasear. El sol está fuera. ¿Crees que vivo en una cueva? ¿Que medro en la oscuridad? Hoy me apetecía ver la luz y respirar aire fresco. Estaré envejeciendo.

Marius lo miró de forma extraña y el alquimista se puso en guardia.

—O será que echas de menos a tu pupilo.

—¿Y qué, si es así? Tal vez. ¡Tu último aprendiz aún tiembla cuando me lo encuentro por la calle! No se encuentran jóvenes dispuestos y competentes con facilidad. Sé que se dirige a la antigua Tebas, pero no tengo detalles.

—Tú no. Pero yo sí.

—¿Será posible? ¡A qué estás esperando para contármelo todo! —dijo mientras se ocultaba de la mirada de sus dos escoltas, que lo buscaban perdidos entre la multitud.

El bibliotecario lo llevó a una taberna. Consiguieron una mesa. Una gruesa camarera les sirvió una enorme bandeja de boquerones rebozados en harina y fritos y dos jarras de vino.

—¿Cómo es que tú has recibido información y yo no? No te lo tomes a mal, pero solo eres un erudito bibliotecario.

—No me lo tomo a mal. ¡Y tú te relacionas demasiado poco con el mundo exterior! Irene es una mujer con muchos recursos.

—¿Qué sabes?

—Sé que desde Alejandría partieron al sur remontando el río Nilo. Han encontrado una pista en Al-Karnak. Esperan seguirla y tener la suerte de dar con lo que sea que están buscando. Lo que yo no sé es cómo lograrán regresar a la capital. Alejandría es un hervidero de soldados y de fanáticos.

Calínico bebió un sorbo en silencio meditando sus palabras. «Eso quiere decir que las memorias de Pulo sí tienen algo de verdad», pensó.

—Fascinante, ¿no es cierto?

El alquimista siguió sin responder, pero pensó para sí que cuanta más atención prestara el enemigo a acontecimientos lejos de Egipto más seguros estarían. Tracia, Grecia, Asia Menor, Chipre, el mar Egeo… poco a poco la guerra se estaba expandiendo por todo el imperio, y en el centro de todo el torbellino estaba Constantinopla. Si tenían una pista, Casiodoro estaba cumpliendo su misión.

—Esperemos que tengan una ciudad a la que regresar, si reembarcan con vida.

Una decena de guardias urbanos se encargaron de mantener alejados a los curiosos mientras sacaban los dos cuerpos de la cloaca. Los cubrieron con una sábana y los llevaron en parihuelas hasta los campos. El prefecto había ordenado incinerar a los muertos lejos de las barriadas. Solo los emperadores eran enterrados en Constantinopla, pero los árabes habían arrasado los camposantos más allá de las murallas.

Dos horas más tarde, el prefecto recibió en su suntuoso despacho cerca del Foro de Constantino a uno de sus subordinados con la noticia del hallazgo. El prefecto miró impaciente la luz que entraba por la ventana, a ratos oculta por las nubes. Era casi mediodía.

—Los hemos encontrado muertos en el cuarto sector. Lo más asombroso es que cerca de ellos hemos descubierto un derrumbe que comunica la cloaca con una galería. Es un canal revestido, debe de ser una derivación del tramo subterráneo del acueducto de Valente. Hemos entrado en él, en los dos sentidos, y hemos descubierto algo.

—Es casi hora de comer —se quejó el prefecto, moviéndose impaciente en la silla—. ¿Qué habéis encontrado?

—El canal es accesible y se puede recorrer varias millas, quizás hasta fuera de la ciudad. Allí, un derrumbe reciente bloquea el paso. En el otro sentido, se llega a una derivación con una reja de bronce que hemos encontrado desmontada. Por ella se llega a unos baños que están abandonados. La puerta del establecimiento tiene signos recientes de haber sido forzada… desde dentro.

—Y eso quiere decir… —lo animó a terminar el prefecto, bostezando.

—Los ciudadanos que avisaron a la guardia no vieron salir a nadie por la boca de la alcantarilla. La cloaca sobre la que se derrumbó la pared del acueducto tiene una reja que impide el paso hacia el desagüe en el río Lycus, y los vecinos que observaban desde el exterior la entrada a la cloaca no vieron a nadie dirigirse en sentido contrario. Quien asesinó a los poceros ya estaba dentro.

—¿Quién iba a estar dentro de una cloaca pestilente esperado para matar a dos poceros?

—Mejor dicho, ¿quién estaba dentro del canal caminando desde el exterior de la ciudad hasta salir por los baños abandonados, justo antes de que la pared divisoria se derrumbara?

El prefecto iba a sugerir algo absurdo, hasta que poco a poco la idea penetró en su mente, y abrió los ojos de par en par, entendiendo por fin lo que el jefe de guardias estaba sugiriéndole.

—¡Investigad por la zona, preguntad a los vecinos, en los mesones y tabernas, si han visto a gente sospechosa! Y manda a una cuadrilla de peones que limpie el derrumbe y reconstruya la pared de la cloaca. Solo faltaba que se contaminaran las reservas de agua a través del acueducto.

El jefe de guardias salió del despacho. El prefecto escribió una nota urgente solicitando audiencia por la tarde con el *megas logothetes* y la envió con un mensajero. Era un asunto que debía tratar el *curopalata* directamente, pero se encontraba ya fuera de la ciudad, a la cabeza de las tropas en auxilio de Mesembria.

La espera se hizo interminable para Miguel Andrónico; tardaron más en recogerlo de lo que había supuesto. Estuvo tentado de repetir su hazaña acuática, pero el viento de levante alzaba olas contra los salientes rocosos. Bebió el agua y comió el pan de los musulmanes y esperó. Día y medio solo en la pequeña cala soportando el frío y la humedad de la noche otoñal le colmó de desesperación, por lo que cuando vio acercarse el pequeño bote con cautela se abalanzó sobre él, cogió uno de los remos y bregó para alejarse de allí. Los dos hombres remaron con él.

—¿Dónde está el senador? —preguntó Cálamo.

El veterinario soltó el remo un momento y le enseñó la carta y el anillo.

—El senador es rehén de los musulmanes por voluntad propia. Alejémonos de aquí antes de que se arrepientan. Nos están vigilando.

Y señaló arriba. En lo alto de la pared de piedra una figura de pie, lanza en mano, los estaba observando. Los tres mantuvieron un solemne silencio hasta llegar al muelle privado, donde los dos matones retuvieron al veterinario.

—El senador dio órdenes con respecto a ti si volvías con vida. Tu deuda ha sido cancelada, y además dejó pagados nuestros servicios por tu protección.

—Una ironía. Anteayer queríais romperme los dos brazos y ahora me ofrecéis vuestros servicios.

—Somos profesionales. Tu seguridad está garantizada.

El carpintero permanecía en silencio. Miguel lo miró y sintió un escalofrío.

—Os libero de vuestras obligaciones para conmigo. No quiero que me sigáis. No os necesito.

—Siempre puedes necesitarnos. Seremos sigilosos. Sospecho que lo que nos has enseñado tiene su importancia, y un destinatario ansioso por recibirlo.

—Está bien, está bien. Pero en cuanto entregue esta carta olvidaos de mí.

—Somos profesionales —insistió Xerófilo—. No te metas en líos y no tendremos que vernos.

El veterinario no quiso imaginarse a sus nuevos guardaespaldas siguiéndolo a todas partes, incluso a casa de su prometida, así que subió al muelle y se dirigió inmediatamente a ver al senador Eutropio. Él podría conseguir una entrevista en palacio con la emperatriz. Lo encontró en el huerto de su casa de las afueras, junto a las cuadras. Le impresionó verlo sin la túnica de senador, con las mangas de la camisa larga remangadas hasta los codos y con una azada entre las manos, rodeado de lechugas en crecimiento.

—No sé de qué te extrañas. La vida continúa, así que seguiremos comiendo y bebiendo. Los caballos y mi huerto son mi desahogo. Cada lechuga es como un adversario. Lo mimas, lo cultivas, le haces sonreír y cuando menos se lo espere y a mí me convenga, ¡está en mis manos! —Con un gesto rápido cortó de raíz una lechuga crecida.

—Señor, he regresado del campamento árabe. Con esto.

Eutropio dejó la azada inmediatamente y se encaminó con él hacia la casa. Dos sirvientes trajeron una palangana de agua caliente y una toalla perfumada. Otro le lavó los pies y lo calzó con unas babuchas de piel. Se sentaron bajo el porche, al sol. Acercaron dos braseros y a una indicación de otro sirviente trajeron lonchas de carne a la brasa especiada, vino y fruta fresca. Al veterinario se le hizo la boca agua.

—¿De qué se trata?

—Del senador Antonino. Señor, hace dos días que no pruebo bocado. —Lo miró suplicante, y Eutropio le animó a que se saciara. Él lo acompañó y después Miguel le contó todo.

—Solicitaré audiencia y me acompañarás al interior de palacio. Es una recompensa justa por el valor que has demostrado. Tienes en mí a un valedor ante el padre de tu prometida, Sofía, ¿no es ese su nombre? ¿Qué más viste?

—Me llamó la atención ver a cientos de hombres afilando sus espadas y cuchillos. Y una compañía portaba palas y picos. No vi nada más, estaba demasiado asustado.

A una señal del senador, el amo de llaves se acercó y desembolsó varias monedas de plata que le ofreció como recompensa personal por su fidelidad y su valentía.

—Me has ofrecido a mí todo lo que sabes antes que a nadie, y yo premio la fidelidad en estos tiempos en los que todo se compra y se vende. Descansa. Puedes irte.

El veterinario se marchó agradecido, muerto de cansancio.

La espera no se hizo larga. Aquella tarde fueron recibidos por la emperatriz en el complejo palaciego. Miguel Andrónico no olvidaría jamás los interminables corredores de servicio, las columnas de pórfido, mármol del Peloponeso, las estatuas de alabastro de Siria y Egipto, los mosaicos dorados que cubrían los suelos, los pebeteros de oro, los braseros de plata y el ejército de sirvientes, mayordomos, asistentes y chambelanes. La propia guardia de palacio protegía puerta tras puerta hasta que llegaron al Octógono, un gran vestíbulo de recepción, y de allí al Patio de Dafne, un amplio recinto abierto situado justo al sur del Hipódromo. Una puerta de mármol al norte daba acceso al *Kathisma*, el palco privado del emperador en el Hipódromo. En un ángulo del patio había una iglesia dedicada a san Esteban, el primer mártir del cristianismo. El chambelán y los cuatro soldados que los escoltaban los llevaron hasta la puerta de la iglesia. Una escolta de ocho soldados de palacio vigilaba la entrada. El chambelán les indicó que entraran mientras él se quedaba fuera para guiarlos en la salida.

En las sombras del interior vieron a varias mujeres postradas sobre reclinatorios con rosarios en las manos. Estaban rezando ante el altar, adornado por un bordado de oro. Sobre el altar, junto al sagrario, las reliquias del mártir reposaban en estuches enjoyados: la primera flecha que recibió, la

rama de olivo que tocó con su mano ensangrentada, varias falanges de la mano derecha del santo y un estuche con la tierra santa sobre la que cayó tras su tormento.

Las mujeres guardaron silencio al ver a los visitantes. La emperatriz terminó de rezar y se volvió hacia ellos, con lágrimas en los ojos. Era la primera vez que Miguel veía tan de cerca a alguien de la familia imperial. Con un gesto, María pidió a las mujeres que se retiraran al fondo. Una de ellas le tendió un pañuelo de seda antes de alejarse.

—¿Eres tú la última persona que vio a Antonino con vida?

—Así es, *basilisa*.

El veterinario le transmitió las últimas palabras del senador.

—¡Mi pobre Antonino! Era un gran amigo y un piadoso creyente. Ojalá hubiera podido hacer por él más y de forma más efectiva.

—Dejó escrita para su excelencia una carta de despedida, y me pidió que os la entregara junto con su anillo, con la esperanza de que su hijo Justino retornara a Constantinopla.

La emperatriz volvió a secarse las lágrimas. Eutropio mantuvo silencio. María tomó el pergamino doblado que le ofrecía el veterinario, rompió el lacre y lo leyó en silencio para sí.

> Estimadísima señora:
>
> Estas palabras serán las últimas para mí en esta tierra. Me espera la tortura y posiblemente la muerte, pero no puedo hacer más por mi hijo que entregar mi vida a cambio de la suya. Dejo en manos de tu sabiduría imperial la gestión de mis propiedades y de mi fortuna hasta que mi hijo y heredero, Justino, retorne a casa para reclamar lo que le corresponde por ley de sangre.
>
> No llores por mí. Mi vida ha sido larga y llena de tentaciones, a muchas de las cuales he sucumbido. El enemigo es muy fuerte, innumerable, está dotado de una voluntad inquebrantable y está dispuesto a una guerra prolongada. Reza por Constantinopla y sus cien mil almas cristianas. Reza por mi alma también.
>
> Tu servidor,
>
> ANTONINO PÍO,
> senador, en el año 717
> de Nuestro Señor Jesucristo

Los dos hombres esperaron incómodos a que la emperatriz se desahogara en lágrimas silenciosas que brotaban de sus ojos cerrados, desfigurando el maquillaje de su rostro. El senador Eutropio hizo una señal a las mujeres y se acercaron a consolarla. Se secó por fin las lágrimas y con voz rota por el dolor

tomó el anillo senatorial y les prometió que no olvidaría su visita ni tampoco recompensarlos.

—Miguel Andrónico, creo que somos las dos únicas personas que hemos contemplado algo así. ¡Lágrimas imperiales al alcance de nuestras manos y en el mismísimo centro del palacio! Has prestado un gran servicio.

—¿Qué le sucederá al senador Antonino?

—Morirá. Pero antes responderá a todo, absolutamente a todo lo que quieran preguntarle. En Oriente existen refinadas formas de tortura que enloquecen sin matar a la víctima. He oído que una de las torturas favoritas consiste en sujetar al reo firmemente a una silla y dejar caer una gota de agua sobre su cabeza, desde varios pies de altura. Una gota. Y luego otra, otra, a un ritmo constante.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo, nada más y nada menos. Con eso tan solo, sin potro, sin tenazas al rojo, sin sangre, la víctima termina hablando para no caer en la locura.

49

LA SOMBRA DE UNA TRAICIÓN

El emperador recibió al prefecto de la ciudad y al *megas logothetes*, quienes lo informaron del peligro de que los árabes se hubieran infiltrado en la propia ciudad.

—Reforzaré la vigilancia de los depósitos de agua y de los silos. Deberíamos alertar a la población. Así, cualquier movimiento extraño sería rápidamente denunciado.

—No estoy demasiado convencido de la bondad de esa medida, prefecto —replicó el *megas logothetes*—. Imagínate a cien mil ciudadanos suspicaces. Algunos comerciantes denunciarían a su competencia. Los vecinos molestos serían objeto de venganza. En un maremágnum de sospechas y denuncias los tribunales quedarían colapsados, y los calabozos, atestados de sospechosos a la espera de juicio. Perder la confianza de los ciudadanos entre sí afectará a la economía y a los impuestos.

—¿A qué nos enfrentamos exactamente? —preguntó León III, recogiendo un pliegue de su toga púrpura sobre su silla—. Supongamos que los árabes conocieran ese acceso desde el inicio del asedio. ¿Cuántos pueden haber entrado? ¿Cuántos estarán ya en la ciudad?

—Los baños abandonados están dentro del límite del casco urbano, pero en una zona poco transitada. El canal es estrecho y obliga a ir en fila de a uno —explicó el prefecto—. ¿Cuántos pueden haber entrado? Lo ignoro, pero necesitarán ocultarse en un sitio donde no llamen la atención, y para ello alguien debe de haber realizado gestiones previas. Quiero decir que habrán tenido ayuda desde dentro de la ciudad. Hay traidores entre nosotros.

—Si fueran suficientes, podrían sembrar el pánico desde el interior, o apoderarse de alguna de las puertas —dijo el *logothetes* con temor.

León III entendió que ese era el mayor peligro. La Puerta Áurea estaba sólidamente defendida con una numerosa guarnición, pero existían varias entradas más a través de la muralla exterior, como la de San Romano,

Rhesias, Kalagros, Charisius, y la zona amurallada más débil de todas, la Puerta de Blachernae. Una acción coordinada desde el interior podría despejar el acceso a una de ellas, mientras desde el exterior las tropas principales se abrían paso entre las defensas.

—Deberíamos restringir todos los movimientos de los ciudadanos entre la puesta y la salida de sol —opinó el prefecto.

—Estoy de acuerdo con el prefecto, oh, *basileus*, aun cuando despierte temor entre los ciudadanos. Estamos en guerra; y en la guerra todos hemos de sacrificarnos. Sea cual sea la decisión, no podremos atajar los temores si no actuamos.

El emperador asintió.

—Prefecto, estableceremos más vigilancia en los sitios clave y mañana se reforzará la vigilancia sobre los ciudadanos. Puedes comunicárselo al Senado y a los líderes de las facciones políticas. ¿Qué más novedades hay en los diferentes frentes?

—Artabasdos atraviesa Tracia hacia Mesembria. Los árabes se dirigen a la ciudad portuaria, prendiendo fuego a granjas y aldeas en su camino. El *curopalata* espera entrar en el cuerpo a cuerpo con ellos en dos días. Ha enviado una parte de sus hombres a retomar el control de las rutas de comunicación. En Adrianópolis prosiguen los combates, y los árabes han instalado un segundo campamento para asediar sus murallas. Y Belerofonte espera vientos de poniente para enfrentarse a la escuadra estacionada frente a nuestra ciudad en la costa asiática.

—¿Hemos hablado con los búlgaros?

El *logothetes* se inclinó ante el emperador.

—Artabasdos porta consigo los mensajes diplomáticos para entregar a su kan. Esperamos tener novedades pronto, oh, *basileus*. Eso es todo.

—No —lo contradijo el prefecto—. Hay más. Los árabes en el exterior han movilizado a miles de hombres frente a la muralla de Teodosio y los han repartido en cuatro puntos concretos. Están levantando unos parapetos de madera para protegerse, como intentando consolidar sus posiciones.

—¿Están a tiro de los fundíbulos?

—Están en el límite del alcance, según me dicen los ingenieros, oh, *basileus*.

—No perderemos demasiado si les lanzamos algunas piedras y es posible que acertemos. ¡No los dejéis tranquilos! ¡Hostigadlos!

Los dos funcionarios se inclinaron en una reverencia. Las puertas del gran salón dorado se abrieron en ese momento y entró la emperatriz, sola, sin sus

cortesanas. A un gesto del emperador los dos hombres se retiraron. El alto funcionario se percató del rostro desmejorado de la *basilisa*, y a una señal suya los soldados *excubitores* de palacio dejaron sola a la pareja imperial, cerrando los grandes batientes de plata.

—¿Qué sucede?

La tristeza embargaba a la emperatriz. León enarcó las cejas intrigado y se levantó para acercarse a ella y cogerla de la mano. María se adelantó y se echó en sus brazos.

—El senador Antonino ha muerto. ¡Ha muerto, y no he podido hacer nada para evitarlo! —Y le enseñó el mensaje que había recibido.

En cuanto lo leyó, una intensa furia hizo hervir la sangre del emperador. Se desasió de ella y se alejó controlándose por no alzar la mano ni la voz. La emperatriz se sintió desfallecer sin su apoyo, y se dejó caer sobre un triclinio, muda y asombrada por la indiferencia que le causaba su dolor. ¿No se daba cuenta de que estaba sufriendo?

—¡Me has desobedecido! ¡A mí! —rugió el *basileus*, con las manos temblando de ira y sosteniendo aún el mensaje—. ¡Te prohibí expresamente que intercedieras por su hijo! ¡No has pensado en las consecuencias que tu acción puede tener para toda la ciudad!

María se quedó mirándolo de hito en hito, paralizada.

—¡Es su hijo! ¿No harías tú todo cuanto pudieras por salvar de la prisión y de la tortura a Ana, nuestra niña?

—Si solo fuera su padre, sí. Pero no es así. ¡Soy emperador antes que padre!

La emperatriz lo atravesó con la mirada, llena de pensamientos confusos y con la confianza herida, y entendió que el destino de su hija ya estaba fijado desde hacía mucho tiempo. Llena de rabia, salió corriendo del salón. Sus pasos resonaron sobre el mármol. León III volvió a leer el mensaje, incrédulo. El senador Antonino era un soldado veterano y un experimentado político, y sabía demasiado.

Pablo, el asistente privado del emperador, entró al salón y guardó un silencio reverente a la espera de órdenes.

—Pablo, quiero que inmediatamente mandes a veinte de mis mejores hombres para que custodien al alquimista día y noche. Ellos y tú responderéis con vuestra vida y con las de vuestras familias si le sucede algo. ¡Encárgate de ordenarle personalmente que se quede recluido en su casa mientras dure el sitio!

—Sí, *basileus*.

—Otra cosa. Prepárame una lista de todos aquellos senadores cuyos hijos hayan participado en la guerra en Asia Menor y hayan sido apresados. Quiero saber si han pagado rescates, si están en negociaciones con los intermediarios o si están en disposición de hacer cualquier cosa por rescatar a sus hijos. ¿Entiendes? ¡Cualquier cosa!

—¿Incluyendo la traición, *basileus*? —preguntó en voz baja el secretario.

El emperador asintió en silencio.

—Camufla tus indagaciones como una especie de merced mía, un interés legítimo por la suerte de sus herederos.

El secretario no preguntó qué ocurriría con ellos. Se inclinó para despedirse y salió de allí.

El emperador permaneció en silencio. Eran escasos los momentos en los que el peso del mundo le permitía cerrar los ojos y pensar sin ruidos ni interrupciones. Muchos ciudadanos importantes tenían hijos en el ejército. ¿De quién más podía temer una traición? Del interior del propio ejército. Como él había hecho. Así que habría que reducir el poder de los estrategas. Si sobrevivía al asedio, se encargaría de fraccionar el poder de sus rivales dividiendo los *themas* en territorios menores y distribuyendo al frente de ellos a generales enfrentados. Así, los estrategas estarían más pendientes de sus rivales vecinos que de intrigar para conseguir un puesto relevante en palacio.

¿Y si desde el principio el plan de Maslamah fuera conseguir el fuego griego? Si los infiltrados lograran abrir las puertas de la ciudad y penetrar por las murallas exteriores, aún tendrían que batirse en las afueras contra las tropas de los cuarteles urbanos. Todas las murallas estaban conectadas por pasadizos, por lo que desde cualquier recinto militar las tropas podían desplazarse para ayudar en la defensa. Alcanzarían las segundas murallas de la ciudad, las de Constantino, y aún tendrían que diezmar a decenas de miles de ciudadanos reconvertidos en soldados luchando por su supervivencia. Por último tendrían que superar el bastión del palacio, lleno de tropas de elite. El coste militar sería altísimo.

Ahora bien, si consiguieran de algún modo el fuego griego, aniquilarían primero la flota y luego asaltarían los puertos. Desde los puertos, una vez superadas las murallas marítimas, llegarían sin más obstáculos al palacio imperial. Un asalto dirigido directamente al corazón del imperio, como el que realizó Heraclio contra la capital de los persas. Tuvo éxito. Y perdida la cabeza, el Imperio persa se derrumbó en cuestión de días.

50

EL INMORTAL

Un guardia entró precipitadamente en el despacho del prefecto de la ciudad, a pesar de la oposición de su secretario y de lo avanzado de la hora.

—¡Prefecto, no he podido detenerlo! —se excusó el secretario, temblando nervioso ante la mirada de desprecio que le dirigió el guardia urbano antes de saludar a su superior. Olía mal y el hedor llenó la habitación.

Era uno de sus mejores hombres. No era propio de él un comportamiento injustificado. El prefecto, sorprendido, los detuvo a los dos con un gesto. Habían interrumpido el dictado de una carta a la escriba. Los despidió a ella y al eunuco y permitió que el guardia se explicase. El secretario lo miró con resentimiento antes de salir del despacho y cerrar la puerta.

—Será importante, supongo.

—Sobre los dos poceros muertos. Del extremo del canal derrumbado que llega a los baños. ¡Tenemos una pista, señor! ¡Un testigo!

—¿Y dónde está ese testigo?

El guardia abrió la puerta y otros soldados, que aguardaban la llamada, dejaron pasar a un ciudadano. Era un hombre mayor, un veterano de la guerra, calvo y nervioso, un sesentón vocinglero que se abalanzó sobre la mesa del prefecto con vehemencia.

—¡Yo los he visto! ¡Lo he visto todo! —Al prefecto le parecía uno de esos ociosos obligados por la fuerza a limpiar cisternas públicas—. ¡Le digo que los he visto, saliendo de los baños como lagartijas! ¡Los he olido! ¿Cómo olvidar el olor de Damasco, donde me pudrí durante dos años? Los seguí. ¡Sé dónde se esconden!

—¿Cuántos? ¿Dónde?

—Me daréis una recompensa, ¿eh, eh?

—Señor, ¡los atraparemos a todos!

El prefecto levantó las manos imperativamente.

—Calma, ¡calma! —exclamó antes de apoyarse sobre la mesa. Se dirigió a uno de los guardias, que se cuadró—. Reúne a los hombres. Quedan pocas horas para que amanezca. No podemos fracasar.

Con el último suspiro de la noche, camuflados como conductores de carros, los soldados llegaron a la ubicación del caserón y se abalanzaron sobre la vivienda, entrando por puertas y ventanas bajas. Nada fue dejado al azar. Los dos vigías que había dejado Mustafá no pudieron dar la alarma. Jinetes a caballo batieron los caminos impidiendo que nadie escapara con vida. De pronto hubo llamaradas por una de las ventanas. El prefecto y su asistente se aproximaron a caballo al recinto de seguridad, preocupados por sus hombres. Los guardias salieron portando compañeros heridos.

—Dieciocho sospechosos, señor, más los dos vigías, en total, veinte. Han luchado hasta la muerte. Hemos perdido a varios de nuestros hombres.

—¿Hay supervivientes?

—¡Aquí! —gritó un soldado desde el interior de la planta baja, arrancando el pañuelo de la cara de uno de los caídos y acercando el oído a la boca del moribundo—. ¡Hay uno que aún respira!

El prefecto descabalgó. Jalid había caído por las escaleras y se había roto la nuca, pero milagrosamente, aunque paralizado, respiraba todavía y estaba consciente. El bizantino se acercó a una pulgada de su rostro y lo zarandeó ansioso por sonsacarle toda la información que pudiera.

—¿Quién eres? ¿Hay más? ¿Hay más?

El árabe sonrió levemente. Lo primero que había hecho era quemar todos los mapas y planos. No sentía nada, solo que se dormía, poco a poco.

—Muchos más. Todo Dar Al-Islam espera la caída de la ciudad y nuestra victoria. ¡Veo… el paraíso! ¡Alá! ¡Alá! ¡Tuya será la victoria! —Sus últimas palabras fueron un susurro apenas audible.

Una cuadrilla de voluntarios forzosos se encargó de extinguir el fuego.

—¿Serán todos? —se preguntó el asistente.

—Estad atentos —ordenó el prefecto antes de montar a caballo y alejarse de allí.

Una línea de soldados mantuvo alejados a los curiosos. Mustafá, de regreso de la casa del contacto palestino, vio impertérrito cómo sacaban uno a uno los

cuerpos de todos sus hombres. Su cara era una máscara tras la que ocultaba la angustia de su fracaso. Pero aún tenía una oportunidad. Él aún estaba vivo.

Su contacto, asustado por la vigilancia militar, lo había amenazado con denunciarlo si volvía a molestarlo. Se había quedado sin dinero, y decidió que no esperaría ni un día más. Las fastuosas carreras organizadas para distraer al pueblo al día siguiente sirvieron para que el árabe entrara en el Hipódromo. Esperó a que la competición se iniciara, y en medio del fragor del público vio al emperador. Mustafá grabó en su memoria su rostro, su mentón hendido, su barba recortada y sus ojos, y pensó en sus posibilidades.

—¿Por quién has apostado, por quién? —le soltó casi en la cara un hombre de mediana edad y mirada perdida, con aliento a vino agrio.

—Por el del caballo negro —respondió Mustafá distraído, sin apartar la vista del *Kathisma*. Los dientes le rechinaban de rabia. El borracho se apartó de él.

—¡Por el macedónico! ¡Has apostado por el macedónico! ¡Menuda forma absurda de tirar tu dinero!

La mirada del árabe lo obligó a apartarse de él, con temor. Mustafá decidió que no esperaría más.

Se levantó de su asiento en la grada y penetró a través de un vomitorio en los subterráneos del Hipódromo, hasta encontrar el acceso de la cancela, aún con la cerradura rota. Descendió hasta los archivos y encontró la puerta al pasaje subterráneo. Tras entornarla, llegó al otro extremo, a una arqueta. Fuera aún había luz. Esperó hasta la noche para salir a los jardines. ¡Lo había conseguido! ¡Estaba dentro de los jardines de palacio!

—Alá, ¡dame energía! —masculló empleando todas sus fuerzas en levantar la reja que protegía la arqueta del canal.

¿Qué posibilidades tenía de encontrar al emperador? Casi ninguna. Pero tenía una pista. Según Ibn Kufa, el emisario, las estancias privadas estaban en el mismo pasillo que desembocaba en el Chrysotriclinio. Y podía ver la cúpula octogonal del salón del trono bajo la luz de la luna menguante.

Tuvo la fortuna de que parte de la guardia de palacio hubiera sido destinada a la vigilancia de las calles. Esquivó a un soldado de ronda, esperó a que se alejara oculto entre los jazmines y desde los patios del Octógono accedió al corredor principal. ¡Estaba dentro!

Desenvainó el cuchillo con sigilo y se envolvió los pies con las tiras de ropa que llevaba preparadas, lo que amortiguó el ruido de sus pasos hasta hacerlos inaudibles. Los pasillos estaban iluminados a intervalos. Las antorchas derramaban su luz sobre los mármoles del Peloponeso y las hileras

de columnas. Los corredores eran altos y anchos, y poco después descubrió la razón.

Se escondió tras una columna con el corazón en un puño al oír los sonidos de unos cascos. Un jinete del correo pasó como una exhalación en dirección al Augústeo. Solo cuando sus ecos se apagaron el árabe reanudó la marcha, hasta que llegó a un recodo y se paró en seco.

Unas pisadas a la carrera se dirigían hacia él desde el otro lado de la esquina. Mustafá apretó con fuerza la empuñadura del cuchillo y se escondió en las sombras de la columnata. Los pasos doblaron el recodo y también se refugiaron en las sombras, muy próximos al árabe. La figura tiritaba de frío. Llevaba una capa de piel sobre el camisón de seda. Su melena castaña caía en cascada sobre la capa, y vigilaba con mirada traviesa que nadie la descubriera. ¡Una niña! ¡Una niña se interponía entre él y el emperador!

Ana dio un respingo, sobresaltada por una extraña sensación. Se dio la vuelta y se quedó paralizada, con los ojos desorbitados. Mustafá fue más rápido, y antes de que gritara le tapó la boca y la redujo, huyendo con ella. Esa niña no era una sirvienta. Además de la capa, llevaba una gruesa sortija con un zafiro. Ninguna criada llevaría nada semejante. Ninguna criada estaría allí, durmiendo en el corazón del imperio. ¡Y se parecía a *él*!

A sus espaldas se oyeron las voces de varias criadas y una voz masculina que llamaban a la niña, pero el musulmán corrió con su preciada carga sin mirar atrás. Una idea triunfal crecía en su mente, y la esperanza le daba alas, a pesar de que la niña intentaba morderlo, arañarlo y patearlo.

—¡Estate quieta o te arrancaré el corazón con mis manos, viva! —le gritó el musulmán en griego.

Ana dejó de debatirse temblando de miedo. Una pareja de soldados los vieron al llegar al Octógono desde el otro extremo de uno de los pasillos, pero él no hizo caso a sus gritos. Cruzó la estancia resoplando, abatió las puertas y salió al exterior trastabillando y magullado, pero no se detuvo. La niña gritó asustada.

—¡Mi padre te encontrará! —gritó resistiéndose de nuevo al escuchar a los guardias tras ellos—. ¡Mi padre León te colgará de la Puerta Áurea!

—¡Antes tendrá que rescatarte de las garras del califa en Damasco!

La niña se apocó ante aquellos ojos triunfantes que ardían como brasas. ¡Era la hija del emperador, y era la llave para conseguir la ciudad! Si mantenía su ventaja hasta la arqueta, podría conseguirlo. Resopló con las piernas doloridas, dispuesto para un último esfuerzo. Los soldados portaban todo su armamento y protecciones, y eran lentos. ¡Veía la arqueta! Pero de

pronto un jinete se interpuso en su camino. Los ojos verdes del corcel encabritado refulgían y en medio de la oscuridad el jinete, espada en mano, desprendía un halo verdoso. Parecía un persa antiguo; lo señaló con la espada mientras retenía con la otra mano las riendas de su nervioso corcel. El árabe se detuvo y mostró su cuchillo. Estaba dispuesto a todo.

—¡Tengo un pacto! ¡Deja a tu presa! —Su voz sonó sobrenatural. Mustafá apretó los dientes en una mueca horrible y se lanzó con el cuchillo por delante.

—¡No hay hombre que pueda detenerme! —exclamó el árabe, y Ana chilló aterrorizada.

El jinete se lanzó contra él con un grito ensordecedor. Los dos guardias de palacio quedaron paralizados.

—¡El Khidre! ¡El Khidre! —exclamó la niña una y otra vez suplicando ayuda desesperada.

El cuchillo del árabe atravesó de parte a parte al jinete, pero el jinete lo atravesó con la mirada y su alma quedó petrificada.

La niña rodó súbitamente por el suelo, sollozando por el golpe. Los soldados llegaron hasta ella y luego aparecieron las cuidadoras. Ana miraba los ojos atónitos y suplicantes del árabe, que fue arrastrado a la oscuridad de los bosques por el siniestro jinete, quien no cesaba de reír. Los soldados se arrodillaron ante ella, temerosos de seguir el rastro de aquella aparición horrenda.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —le preguntaron, ansiosos por ocultar su nerviosismo por la aparición.

Se oyó un grito terrible, largo y lleno de angustia y agonía, desde las ruinas griegas y abandonadas de la acrópolis. Ana supo que la vida de su captor había llegado a término cruelmente. Y el Khidre existía, se rumoreó en palacio, el fantasma inmortal de un príncipe persa condenado a vagar eternamente para la expiación de sus pecados, atraído a la capital de Bizancio por el expolio de su tumba por Heraclio. Qué poderes lo habían despertado y devuelto a la vida nunca lo supo nadie, pero cuando la noticia del incidente y los rumores de palacio llegaron a oídos de León, el emperador pensó qué baza tendría el alquimista en todo ello.

Lo mismo pensó Timeo cuando se enteró. Aquel era un misterioso incidente más, una nueva señal de que el mal estaba fuera y dentro de la ciudad, y solo él sabía quién era el responsable. Aunque no podía decir nada.

51

EL SEÑOR DEL INVIERNO

Los días siguientes fueron terribles en la capital del imperio. Maslamah ordenó un nuevo ataque contra la ciudad y, mientras la vanguardia se estrellaba contra las murallas, en la retaguardia sus soldados posicionaron varias catapultas con las que arrojaron piedras y fuego contra la capital. Pero su fuerza y alcance eran menores que las de los bizantinos y pronto quedaron fuera de combate. Una y otra vez los musulmanes cruzaron los fosos y llegaron a los pies de las murallas, protegiéndose de las flechas, las piedras y el aceite en llamas con ligeros parapetos de madera y cuero mojado en vinagre. Con ellos arrastraron grandes arietes protegidos por cubiertas de madera y cuero a dos aguas, y los colocaron frente a las puertas menos protegidas, con la esperanza de forzar el acceso a la ciudad. Los soldados bizantinos vieron el peligro y se concentraron en destruir los artefactos antes de que cruzaran los fosos, aunque varios llegaron a los pies de las murallas. Los árabes, dando grandes gritos, levantaron escalas por múltiples puntos, y cuando estaban a punto de escalar las defensas, las puertas principales se abrieron y un torrente de pesados jinetes a caballo derribó cuantas escalas habían levantado, arrojando a los soldados árabes al foso y diezmando a los sirvientes de los arietes.

En aquel momento los soldados de Maslamah intentaron penetrar por las puertas, aunque no lo consiguieron. La infantería y la caballería bizantinas regresaron tras las murallas entre cuantiosas pérdidas, pero los arietes ardieron en llamas bajo las almenas. El olor a carne quemada, los gritos y las voces de los desesperados poblaban el aire de terror árabe y júbilo bizantino.

En el sur de la ciudad, la armada imperial había buscado el enfrentamiento con la flota califal. Los emires de Suleimán, temerosos de los sifones de fuego griego, rehuyeron el combate, retirándose a una distancia prudente de Constantinopla. Los pescadores aprovecharon el respiro para salir a pescar en

la bahía, a la vista de la ciudad. Muchos hombres pescaron también desde los puertos e incluso desde las murallas del mar.

La lucha prosiguió durante dos días. Y llegaron noticias del norte, dando nuevas de que Artabasdos había alcanzado Mesembria sin entablar combate. Los hombres de Maslamah, después de varias escaramuzas, decidieron regresar a la seguridad de su campamento deshaciendo el camino recorrido.

—Las tropas de Artabasdos regresan a Constantinopla, oh, *basileus* —resumió Pablo, su secretario privado—, y los estrategas están alertas por si tienen que proteger el territorio de una nueva avanzada árabe hacia el norte o hacia el oeste. Una parte de las tropas se dirige hacia Adrianópolis en auxilio de la ciudad.

—Si el *curopalata* ha entregado el mensaje dirigido a su kan y este acepta; los búlgaros serán nuestros aliados, mientras así nos convenga —dijo el emperador.

Se imaginaba que los hombres de Tervel no devolverían los territorios por los que pasasen, y que la excusa de su ayuda contra los árabes les serviría para arrancar nuevos territorios al imperio.

—Dice el *curopalata* Artabasdos que el propio Tervel ha asegurado que el pueblo búlgaro no permitirá que la ciudad caiga en manos de los infieles.

León III leyó el comunicado de su aliado y estratega.

—Será más bien que prefiere que Constantinopla, exhausta, caiga en manos búlgaras antes que en las de los musulmanes de Damasco. Que todas las tropas se preparen inmediatamente. En cuanto Artabasdos esté sobre el campamento árabe intentaremos romper el sitio. —Y despidió a su secretario, ordenándole que enviara mensajes a los generales para que todo estuviera dispuesto.

Todas eran noticias funestas. El ataque se había saldado con otro fracaso, sus hombres infiltrados habían sido diezmados, y Maslamah rugió de ira cuando se enteró además de que las caravanas de suministros que cruzaban Asia Menor habían sido apresadas y destruidas por los ejércitos bizantinos, que aún resistían en la región de Nicomedia y Nicea.

—¡A qué esperan los emires del califa para levantarse de sus divanes y acabar con su resistencia!

Pese a su arranque de ira, se dejó apaciguar por sus ayudantes, quienes le aseguraban que nuevos envíos estaban siendo dispuestos para su partida inmediata desde Alejandría, en previsión de la llegada del invierno.

La lucha a los pies de Constantinopla continuaba. Maslamah dio orden de retirada. Varios de los fundíbulos de la ciudad alcanzaron otras dos catapultas árabes que tuvieron que ser abandonadas. Sin embargo, bajo los gritos y la sangre de la batalla los árabes no dejaron de excavar sus túneles, y en ellos ponía Maslamah un atisbo de esperanza.

—Enviad emisarios a las ciudades próximas, a Selimbria, Caenophrurium y Hebdomon, y recoged por segunda vez cuanto encontréis, grano, carne, madera, oro y joyas, provisiones y todo cuanto sea de valor, y volved al campamento. ¡Sed implacables! Que las tropas de Tracia auxilien al destacamento de Adrianópolis; así, el ejército bizantino allí encerrado no se atreverá a romper el cerco de su ciudad.

—Así se hará, *sidi*. Los oteadores dicen que en la gran vía romana hacia Tesalónica los infieles están reforzando los efectivos. El camino hasta Adrianópolis está aún desierto. Ibn Kufa ha regresado.

Maslamah sintió un escalofrío.

—Que entre.

El viejo emisario y embajador entró en la gran tienda y se sentó a una indicación del general.

—Los búlgaros me recibieron con hostilidad en Mesembria, antes de que nos viéramos forzados a retirarnos. El gobernador de la ciudad portuaria estuvo dispuesto a escucharme. Respondió a nuestras exigencias de tributo diciendo que el pueblo búlgaro es un pueblo soberano bajo la égida imperial y que grande tendría que ser nuestra oferta para cambiar su alianza. Les ofrecí la total independencia, como aprobaste. El gobernador me miró pensativo antes de preguntar qué significaba eso exactamente, y le expliqué que, asediada Constantinopla por nuestro ejército, el emperador no se arriesgaría a una guerra abierta contra los búlgaros. Siendo nuestros aliados podrían tomar el control total de las ciudades tracias, incluso de Quersoneso y Mesembria, dominando a las guarniciones bizantinas e incluso capturando los barcos de la flota allí amarrados, y nosotros respetaríamos sus nuevas fronteras. Porque la caída de la capital imperial es inevitable.

—¿Y qué contestó ante eso?

—Daría buena cuenta de la reunión al propio kan Tervel, y nos enviaría contestación.

—Me has traído la primera y última noticia del día. ¡Alá así lo quiere! Hace frío. ¡Traed más braseros!

El día siguiente amaneció nublado. Unas nubes oscuras cubrieron el cielo, empujadas por un viento frío que soplaba del norte y hacía caer las hojas amarillas de los árboles. Calínico se abrigó bien. Había pasado toda la noche en vela. Salió del taller seguido de su escolta de escogidos *scholiari*, vestido con capucha y capa y auxiliado por su bastón, y se encaminó hacia el Strategión. Las aguas del puerto militar reflejaban la oscuridad del cielo, y la marejada mecía los barcos amarrados, estrellando olas contra los muelles del puerto. El gran drongario se sorprendió de verlo sobre la cubierta del *Teodora*, pero le hizo pasar al interior de su camarote, caldeado con varios braseros de bronce llenos de ascuas. Un asistente les llevó vino especiado caliente, mantequilla y pan, carne curada en lonchas y mermelada de ciruela y miel. La guardia del alquimista se quedó custodiando la pasarela de acceso al gran dromón.

—Me extraña tu visita. Ayer parecías cansado y dormido, y hoy te veo en pie a pesar del frío y del viento, seguido por tu guardia de palacio. ¡Desde luego, así no pasarás desapercibido!

—Ayer ordenaron mi reclusión, y Pablo, el asistente del emperador, me conminó en persona a no salir de mi casa. ¡Qué iluso! Tengo noticias que tú no tienes. Mi aprendiz sigue vivo en Egipto. Está en Al-Karnak, al hilo de una pista. No, no me preguntes cómo he conseguido la información. Tú tienes tus vías; yo tengo las mías.

—¡Eres un diablo!

El alquimista rio por lo bajo.

—Además he hecho lo que pediste.

—Yo no pedí nada.

—Sí, sí lo hiciste, joven. Me dijiste que me ocupara de mis asuntos. Todos seguimos órdenes. Y bien, eso he hecho. He obtenido la información que tu inepta red de espías no ha conseguido y además he trabajado toda la noche para ofrecerte lo que estás viendo. Es algo que se me da bien. ¡Aunque para algunos sea brujería!

—No entiendo lo que dices, anciano.

—Salgamos fuera.

El mar seguía levantando los barcos aun dentro de la seguridad del Cuerno de Oro. La Propóntide estaba llena de peligrosas olas. La flota de liburnas musulmanas estaba atracada en la seguridad de sus bases. Ningún barco se veía próximo a la capital.

—Te he traído viento y frío. El enemigo no se aproximará a la ciudad por mar por algún tiempo, lo que nos evitará gastar fuego griego inútilmente. Pero

eso no es lo importante. Tenemos reservas y víveres por el momento. El último ataque de los árabes contra la ciudad ha fracasado y están debilitados y desmoralizados, y el frío los detendrá aún más. Esta es mi labor y por eso estoy aquí, para anunciarte que te he traído el invierno.

Belerofonte tuvo un escalofrío y se arrebujó en su capa azul. Extendió una mano fuera del manto y miró el cielo, con incredulidad. Un copo blanco helado se posó en su palma.

—Alquimista… ¡está nevando!

Calínico sonrió complacido.

CUARTA PARTE
EGIPTO

SEPTIEMBRE DE 717-DICIEMBRE DE 717

52

EL DIOS DEL RÍO

—Bueno, ¿me lo devuelves o no?

El niño egipcio miró al aprendiz con impaciencia. Solo cuando se alejaron del patio ceremonial y salieron del templo evitando miradas suspicaces el aprendiz les informó de la importancia de su hallazgo. Devolvió el anillo al niño y alborotó su pelo negrísimo con una mano, lleno de esperanza.

—¿Quieres calmarte? —le ordenó el nauta mientras se ocultaban a la sombra de la muralla—. ¿Qué te ha dicho?

—No me ha dicho nada. ¿Habéis visto el anillo que llevaba colgado del cuello?

—Sí —contestó Irene, expectante.

—Es un anillo imperial. Creo que es el anillo del emperador Caracalla.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Mauricio.

Olía a cordero asado y especiado, y hasta ellos llegaron las algarabías de unos músicos. El olor de la carne asada era delicioso. El nauta tanteó la posibilidad de disfrutar de la comida en el zoco del templo, pero Casiodoro tiró de él.

—Hace novecientos años el cuerpo de Alejandro fue colocado en el centro de su ciudad en un mausoleo llamado el Soma. Allí permaneció hasta la destrucción del monumento hace cuatro siglos por un maremoto. Varios emperadores romanos visitaron la tumba en ese período. César, Octavio Augusto, Calígula, Vespasiano y Tito, Adriano y Septimio Severo. Severo, emperador autoritario, al ver la facilidad con que cualquiera accedía a la tumba del gran conquistador, ordenó que se sellara su entrada.

—No entiendo qué tiene que ver todo eso con el anillo.

—El hijo de Severo, Caracalla, una vez convertido en emperador quince años más tarde —continuó Irene—, abrió la tumba por última vez, y como ofrenda al héroe macedonio dejó junto al sarcófago su cinturón, un broche de su capa y su anillo, antes de sellar la entrada de forma definitiva con

mampostería. Y después se marchó para organizar la aniquilación de los hombres jóvenes de Alejandría, en venganza por el bulo propagado por un poeta. Un siglo después sucedió el maremoto y Teodosio decretó la prohibición del culto a los dioses paganos, entre los que Alejandro destacaba. Los cristianos destruyeron el Serapeo, el principal templo pagano, donde se había custodiado el cuerpo del hijo de Amón tras el maremoto.

—Era el último refugio de la sabiduría de la biblioteca —terminó el aprendiz—, y ahora hemos visto el anillo. ¿Lo entiendes ya, Mauricio? Estamos a un paso de desentrañar el misterio de Pulo; y tu abuelo lo sabe, Seti.

El niño lo miró fijamente.

—Dijo que este momento llegaría algún día. Es el momento de escuchar sus últimas palabras. Mi abuelo se muere, y es como si un destino pesara sobre vosotros.

Vieron a tres soldados deambulando cerca de la entrada del templo e intentaron no llamar la atención. No podían entretenerse. Caminaron entre la gente hasta que los perdieron de vista y doblaron después hacia el barrio de los pescadores. Miraron a su espalda antes de entrar en la casa del anciano sacerdote. Su mujer Sáhar estaba colocando un paño de agua fría en la temblorosa frente del viejo.

—Al final no he podido estar allí, ni pedir mi deseo.

—¿Cuál era? —preguntó Irene ayudando a la mujer a incorporar al sacerdote sobre dos cojines. Un acceso de tos sacudió su cuerpo delgado, que de repente pareció frágil.

—Lo que no tengo. Salud, y tiempo.

Seti tomó una de las arrugadas manos del anciano.

—Han visto el anillo, y saben mucho; son hombres sabios, abuelo.

—Déjame con ellos y espera en el patio. Sal tú también, mujer. —Sáhar abandonó la habitación—. Con el equinoccio ha llegado mi hora. Puedes hacerme la última pregunta, sabio de Bizancio.

Un escalofrío recorrió la espalda de Casiodoro; el anciano le taladraba la mente con su mirada aún penetrante y profunda. Su conciencia seguía clara a pesar de las fiebres que lo consumían.

—¿Cómo conseguiste el anillo de Caracalla?

—Ese anillo lo encontró el abuelo de mi abuelo y desde entonces está en nuestra familia. Mi familia ha sido guardiana de estos recintos desde hace generaciones, y nuestro anillo y amuleto será desde ahora de mi nieto Seti. Solo vosotros apreciaréis el secreto que guardamos, pero he consultado las

estrellas y uno de vosotros está señalado con la muerte. Serán los dioses los que os juzguen. Mi nieto os guiará hasta el lugar sagrado. Antes no hubierais podido acercaros allí, pero ya nada importará a partir de mañana.

La respiración del anciano se tornó fatigosa y unos escalofríos recorrieron su cuerpo.

—¿Por qué antes importaba? ¿Y por qué ya no importará nada a partir de mañana? Y lo más importante, oh, Seti, sumo sacerdote de Amón, ¿qué encontraremos allí?

Irene cambió el paño de la frente del anciano.

—Antes importaba todo porque yo seguía vivo. Mañana ya no importará nada porque antes de que amanezca ya no existiré y todo lo que no le he contado a Seti se perderá. A menos que vayáis allí antes de que lleguen los soldados del califa y os apresen. ¡Seti! ¡Sáhar!

—¡Abuelo, abuelo! —El niño se abrazó a él con los ojos empañados de lágrimas. Lo había escuchado todo.

—Cruza con ellos, Seti. Cruza con ellos el río y guíalos en la barca del pescador. ¿Dónde está Sáhar? Ayúdame a prepararme para cruzar el umbral de la vida.

—Pero, entonces, ¿no volveré a verte? —preguntó el niño con un hilo de voz.

—No en esta vida; pero hay otra. Marchad y encontrad lo que os merecéis. —Y se despidió de él.

Irene le dio un beso en la mejilla. Mauricio salió el último, y la mirada del anciano lo intranquilizó, sin saber por qué.

En el muelle, el niño se dirigió en árabe a un pescador que debía de conocer al anciano, porque aceptó llevarlos al otro lado del río, moviéndose con premura para soltar la vela antes de que los soldados los identificaran.

—Dice que nos están buscando —tradujo Irene llevando una cesta con pescado seco y pan desde el muelle hasta la embarcación—, pero que con tanto gentío no nos encontrarán fácilmente. Mañana será peor, cuando se vayan todos los visitantes. Tendremos que remontar un tramo del río. Nos dejará en la orilla y volverá a recogernos mañana al atardecer.

—Pregúntale por el barco de Marco Amiano.

Así lo hizo, y el pescador le dijo que nadie en la ciudad había vuelto a ver aquel barco.

Se alejaron río arriba dejando a sus espaldas Al-Karnak y Al-Uqsur y sus templos en ruinas, llenos de vida por un día. En las orillas del Nilo las garzas y los bueyes de agua se refrescaban del sol de mediodía, que ya descendía hacia la tarde.

—¿Qué son esas ruinas? —preguntó el nauta apuntando hacia el oeste.

—Una necrópolis. Más allá, en un lugar oculto entre las montañas, están enterrados los grandes faraones, la carne de Ra —contestó el niño.

—¿Oro, quieres decir? —preguntó Mauricio—. Si sus tumbas están colmadas de riquezas, ¿cómo es que no han sido saqueadas?

—Algunas lo han sido. Las tumbas están protegidas por ingeniosas trampas, todo pensado para lograr el reposo eterno —dijo Seti—; aun así, los ladrones son más astutos y familias enteras viven desde hace siglos dedicadas al pillaje y saqueo de las sepulturas. Porque no solo los faraones se hacían enterrar con sus riquezas. Todo aquel que se preciara se llevaba su oro y sus joyas consigo a la otra vida. Pero muchos respetan a los muertos. Las tradiciones siguen vivas aunque no se manifiesten públicamente.

Por primera vez Mauricio bajó la voz para dirigirse a la intérprete en un aparte, bajo la mirada vigilante de su pequeño guía.

—¿Eso significa que en aquellas montañas llenas de tumbas pueden estar enterradas cientos de piezas de oro sin que nadie haga nada por apoderarse de ellas? ¿Que si compro una pala y provisiones y busco en la montaña puedo hacerme rico?

—¿Acaso en Constantinopla ves a la gente saquear los cementerios? Profanar tumbas está penado con la muerte, si llega a haber juicio y antes no has sido descuartizado o lapidado por la muchedumbre.

Casiodoro, repentinamente preocupado, ocultó una de sus manos bajo la otra.

—Entonces será mejor que no vean nuestros anillos.

—Diremos que son de la familia. Es la excusa más empleada en Egipto.

El pescador escuchaba todo en silencio, concibiendo sus propios planes.

A una hora de recorrido empujados por la brisa favorable del norte, el pescador detuvo la pequeña embarcación en la arenosa orilla occidental, sin ninguna señal visible de civilización. Mauricio de pronto tuvo una inquietud.

—¿Cómo sabemos que no nos dejará aquí tirados como a perros? —inquirió al aprendiz entre dientes, mirando con una sonrisa falsa al pescador.

El niño se volvió a mirarlos. Casiodoro no dijo nada.

—Bajemos aquí. Tendremos que andar un rato.

—¿Tan lejos está el lugar adonde vamos como para tener que llevar provisiones? —preguntó el aprendiz una vez que se hubo alejado el pescador.

—Está cerca. Prefiero que el pescador no vea adónde nos dirigimos.

Atravesaron los bosquecillos de papiros y de juncos y se adentraron en la franja húmeda y rica en vida de palmeras y acacias que corría paralela al río. En la lejanía, más allá de las últimas palmeras, se veían el desierto y las dunas. El sol descendía poco a poco, acercándose al horizonte. Llegaron a una vieja acacia de tronco retorcido y Seti señaló hacia arriba.

—Debemos aguardar ahí hasta que pase la noche.

Encima de un gran nudo, el tronco se bifurcaba en tres ramas principales; en su nacimiento alguien había construido una plataforma de madera cubierta por un techado a dos aguas de hojas de palma entrelazadas. Una vieja cuerda con nudos colgaba a merced del viento del desierto desde la plataforma hasta la altura de un hombre.

—¿Una plataforma? ¿Por qué? —preguntó Casiodoro.

—¡Es peligroso! Hemos de subir. Estamos muy próximos al lugar, pero será más seguro acercarse con la luz del día.

Irene se acercó al aprendiz, buscando la seguridad de su contacto. La tarde declinaba. Mauricio aguzó el oído. Se percató de que salvo ellos y la brisa del río nada más hacía ruido.

—¡Escuchad! ¿No oís? ¿No prestáis atención? No se oye nada. Absolutamente nada. Ni pájaros siquiera. ¿De qué tenemos que protegernos? Estaremos muy estrechos allí arriba. Propongo que montemos un campamento aquí. Haremos fuego y espantaremos a los animales salvajes a los que pareces temer.

—¡No! ¡Luz no! ¿Por qué tientas tu suerte? Es mejor subir. Mucho mejor. ¡No os demoréis!

Con agilidad saltó y trepó por la cuerda de nudos y volvió a bajar, como para demostrar que a pesar de su aspecto era segura y resistente. Irene tuvo un escalofrío.

—No quiero estar abajo, pero no sé si podré subir.

—Subiremos y yo te ayudaré. —El aprendiz ignoró el ceño fruncido del militar.

—No pienso subir —se negó Mauricio, sentándose en el suelo dispuesto a descansar, para consternación de Seti.

—¿Por qué te gusta desafiar a los dioses? No puedes permanecer aquí. A doscientos pasos hacia el oeste está la entrada de la cueva. ¿Veis un pequeño

montículo? En su parte baja existe un angosto agujero, la entrada al recinto sagrado, pero no podemos quedarnos aquí, no ahora. Nos pueden oler.

—¿Quiénes? —preguntó Irene.

Oyeron unos ruidos desde el río. El niño se atemorizó.

—Los guardianes.

Los ruidos entre los juncos aumentaron de intensidad. De pronto, Mauricio vislumbró cerca, demasiado cerca de él, el extremo de una cola poderosa cubierta de escamas córneas. El sol se aproximaba al horizonte y se veían las primeras estrellas. Los ruidos se desplazaban desde el río hacia donde señalaba Seti.

—¡Cocodrilos! —exclamó el nauta, retirándose precipitadamente de donde estaba sentado para colocarse de espaldas al tronco de la acacia. De pie podía ver un mar de hierba en oleaje.

—Por eso esta región está desierta —comprendió Casiodoro.

—Es una zona sagrada. El cocodrilo es la encarnación del dios Sobek, el señor de las aguas, de cuyo sudor surgió el río. Es el dios de la fertilidad y de la vegetación, pero también es un demonio guardián del más allá. Mi familia ha venido siempre a cuidar que no le falte nada al dios del río, ya que Sobek nos entregó el anillo como alianza y él guarda el templo. Pero es un dios traicionero y es mejor tenerle miedo.

—¿Cómo que lo entregó? ¿Qué quieres decir?

Seti miró los últimos rayos de la puesta de sol, y no pudo evitar que unas lágrimas corrieran por su rostro.

—Mi abuelo me dijo que un día su abuelo estaba junto a la cueva y tropezó y cayó hacia atrás en el barro. Un cocodrilo se le acercó, lo miró y él se postró y rezó. El dios del río abrió la boca y escupió el anillo, y después volvió a la cueva. Los ojos de los inmensos reptiles brillaban en la oscuridad.

Casiodoro interpretó aquella historia a su manera. Quizá buscaban la carne de Ra y encontraron el escondite sagrado, aprovechándose de él durante generaciones. Pero el anillo de Caracalla les mostraba una posibilidad excitante, podía ser que de padres a hijos se transmitieran el saber antiguo, la antigua religión, el temor a los primeros dioses, y que lo que allí se custodiara no fueran solo riquezas materiales.

—¡Vamos! —insistió el niño ascendiendo por la cuerda.

Lo siguió Casiodoro, que ofreció su mano a la mujer.

—¡Ayúdame, Casio! —suplicó la intérprete.

Por último, el nauta llegó a la seguridad de la plataforma. La madera era firme y Casiodoro supuso que era el escape para aquellos que se encontraran

rodeados por aquellas bestias en la oscuridad.

—¡Son demasiados! —exclamó el aprendiz.

—Los veo —respondió Mauricio, comprobando el filo de su cuchillo largo.

—Son grandes, ágiles y muy rápidos. No desprecies a Sobek —replicó Seti, pero Mauricio hizo como si no lo hubiera oído.

Casiodoro los contempló con los ojos abiertos. Algunos eran enormes, con mandíbulas capaces de comerse a un hombre de un bocado. Varios se enzarzaron en una pelea. Uno de los reptiles, herido, sirvió de festín en un banquete horroroso que los cuatro contemplaron hipnotizados. Irene volvió la cabeza aterrorizada. Las grandes mandíbulas mordían y arrancaban en una pantagruélica cena bocados de carne palpitante cubierta de escamas. Lo más asombroso era que lo único que se oía era la hierba alta y los juncos quebrarse y los chapoteos en el barro. Terminada la refriega, los cocodrilos se dirigieron a la pequeña depresión encharcada, y en el camino quedaron solo unos pocos despojos sangrientos.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó Mauricio por lo bajo.

—No pienso meterme entre esos animales —suplicó Irene.

—Yo iré a la cueva —dijo Casiodoro mirando fijamente el sendero manchado de sangre. Se volvió hacia el niño—. Todos sentimos la muerte de tu abuelo, Seti.

—Es como habéis visto. La vida y la muerte se renuevan y estos últimos días han sido un soplo fresco para él, y os lo agradecerá desde la otra vida. Sí, ahí debe de haber algo importante, porque os ha confiado el secreto, yo no lo sé, porque nunca he entrado. Toma. Quiero que lo lleves. Pero me lo devolverás, ¿vale?

El aprendiz tomó de su mano el anillo que le ofrecía con una sonrisa afectuosa.

—Eso espero, Seti.

—Somos dos los que entraremos, porque no dejaré que te lleves toda la gloria —dijo Mauricio—. Pero ¿qué me protegerá a mí?

—¿Ya no confías en tu acero?

—¡Virgen santísima! —El nauta se santiguó—. He visto batallas, he participado en abordajes y refriegas y me he manchado de sangre enemiga, pero te aseguro, Casio, que pensar que iremos ahí me da sudores y escalofríos. Y ahora, será mejor que durmamos, o que lo intentemos.

Casiodoro no pensaba en los celosos vigilantes, sino en qué hallaría en aquel escondite. ¡Secretos perdidos durante siglos! La tumba de un conquistador. El tesoro de un faraón adorado como un dios. A mitad de la madrugada, el aprendiz sintió un movimiento junto a él.

—De repente ya no me parece tan importante nuestra misión —murmuró Irene a su oído a la luz de las estrellas—. ¿Por qué tenemos que sacrificar nuestras vidas para intentar un imposible? Huyamos juntos. Dejemos que el mundo arda a nuestro alrededor, aún estamos a tiempo. Ya no me importa, Casio. Ya no me importa.

—Hemos llegado aquí, y estamos enfrente de nuestra meta. Mi maestro confía en mí. La ciudad depende de nosotros y el imperio depende de Constantinopla. ¿Cómo podríamos huir ahora sin que la vergüenza lastre nuestra vida? No puedo hacerlo, Irene. No ahora, tan cerca.

—No quiero que este sea nuestro último día —confesó Irene.

—Yo tampoco. Pero recuerda lo que te dije en el barco. Te prometí que te protegería, y yo cumplo mis promesas.

El sol los descubrió juntos y cogidos de la mano. Mauricio despertó al aprendiz sin contemplaciones, alarmándolo. Por un momento le pareció que su exigente maestro lo conminaba a levantarse amenazándolo con un castigo por su insolente pereza de niño de ocho años.

—¡Despierta! Los dioses del río ya nos están esperando. Y han madrugado más que nosotros.

Seti abrió los ojos alterado por el ruido. Él y Casiodoro se asomaron al borde de la plataforma. Varias decenas de grandes reptiles habían salido de la cueva. Se habían distribuido en una depresión a los pies del montículo, saludando a los rayos de sol, buscando que el calor de la nueva mañana calentara sus cuerpos. Algunos se arrastraron hacia el río. Tuvieron que esperar varias horas hasta que el último de los cocodrilos abandonó la charca.

—Ha llegado el momento. Quedaos aquí —ordenó el militar.

—¡No! ¡Quiero ver lo que mi abuelo cuidó durante años! Además, si entráis ahí, alguien tendrá que avisaros de si regresa alguno de los guardianes de Sobek. —Y Seti bajó adelantándose a los hombres.

Irene se quedó arriba, llena de ansiedad. La hierba, alta como un hombre, proporcionaba poca visibilidad más allá del sendero empleado por los hijos del río.

—¡No olvides ponerte el anillo! —recordó Seti.

Mauricio desenvainó su cuchillo y Casiodoro lo imitó. Aun así, se puso el anillo de Caracalla.

Llegaron al borde de la depresión. La humedad, filtrada desde el río, rezumaba por el fondo arenoso de la explanada. El agua poco profunda olía a orines y excrementos. Semienterrados en el fango había restos de huesos y escamas arrancadas.

—A veces los pescadores vienen aquí y depositan ofrendas al dios Sobek para asegurarse una buena pesca o evitar su cólera. A veces los propios pescadores son la ofrenda a Sobek.

El hedor que emitía la entrada era penetrante y nauseabundo. La entrada al cubil era pequeña y baja, de seis pies de anchura y tres de altura. Estaba por encima del nivel del agua estancada. Dentro estaba oscuro y hacía calor.

—Necesitaremos luz. ¡Luz, Seti!

El niño tardó unos minutos en preparar fuego con una rama caída de la acacia.

—No durará mucho. Aquí hay más ramas.

—Tendremos que arrastrarnos. ¡No olvides avisarnos!

—¡Pero también quiero entrar!

—¡Aún no! ¡Espera fuera! —E inclinándose, los dos hombres entraron a gatas por la abertura sobre el fango.

Casiodoro comenzó a inquietarse al recordar los túneles de Constantinopla, las catacumbas de Alejandría. El pasillo se ensanchó y desembocó en una amplia cavidad oscura, lóbrega y húmeda. Hacía calor dentro, calor animal por las bestias que allí dormitaban de noche y por los fermentos de las plantas descompuestas y la carne en putrefacción. Al principio no vieron nada, hasta que se acostumbraron a la luz. Al fondo de la cueva había un muro de mampostería de la altura de un hombre con una puerta de bronce de doble hoja. El orín de las puertas metálicas era una señal de su antigüedad. Los muros anexos a las puertas estaban desnudos, sin ninguna marca exterior. El techo se hacía un poco más elevado, permitiendo estar allí delante de pie con la cabeza agachada.

El militar, exaltado por la perspectiva de un tesoro, apoyó el hombro y empujó con todas sus fuerzas. El aprendiz lo imitó. La puerta con sus dos aldabas no se movió.

—Debe de estar cerrada.

Una voz de admiración sonó tras ellos y se volvieron con un sobresalto.

—¡Seti!, ¿no te habías quedado fuera? —exclamó Mauricio.

—¡Qué impresionante! ¿Y perderme esto? Quizá lo estáis haciendo mal. ¡Tirad hacia fuera!

El aprendiz y el nauta se miraron con cara de circunstancias y tiraron de las aldabas. Las puertas se abrieron lentamente, haciendo chirriar las bisagras, y un aire viciado salió de la cripta, haciendo oscilar la débil llama de la antorcha. La puerta pareció atascarse a la mitad de su recorrido. Temblando de emoción, entraron en el recinto. Seti creyó ver un reflejo dorado en una de las paredes de la cueva.

Dentro de la cripta había un sarcófago tapado de granito sin inscripciones y multitud de estantes de piedra, todos ellos vacíos. No había nada más. El recinto era una habitación desnuda y olvidada.

—No puede ser. ¡No puede ser! —exclamó Mauricio, irritado por el descubrimiento. Su sueño de tesoros y riquezas incontables se había desvanecido—. ¡Abramos el sarcófago! ¡Ayúdame, Casiodoro, a mover la tapa!

No esperó a que el aprendiz respondiera. Mientras el militar hacía fuerza con el cuchillo para mover la tapa de granito una rendija, Casiodoro y Seti examinaron las paredes del recinto.

—No hay nada, ni pintura ni tallas ni grabados ni inscripciones. Si alguna vez hubo algo, aquí ya no queda nada.

—Pero tiene que haber algo. ¡Está el anillo!

Con un crujido, la tapa se desplazó del borde. El nauta metió la antorcha dentro y gritó de rabia, empujando la tapa más al borde.

—¡También está vacío! —gritó furioso, y volviéndose hacia el aprendiz, se dirigió a él. La codicia brillaba en sus ojos—. ¿Dónde está el tesoro que prometiste? ¡El niño! ¡Él lo sabe!

—¡Quieto! ¿Estás loco?

Casiodoro se interpuso, pero de un puñetazo el militar se deshizo de él. El aprendiz cayó al suelo. El niño salió de la cripta aterrorizado y el militar fue tras él llevándose la luz. Desde el suelo de la cripta, Casiodoro oyó los gritos de Seti, y luego la antorcha se apagó. Un gruñido sibilante le heló hasta la médula, y oyó un alarido escalofriante y el sobrecogedor chasquido de huesos al romperse. El terror mantuvo paralizado al aprendiz por un tiempo indefinido, y cuando oyó el rumor de un cuerpo que se arrastraba no pensó en otra cosa que en salir de allí. Podía ver la luz de la salida. Tropezó con un bulto frío y duro que se movió a su contacto y siguió arrastrándose a gatas sin mirar atrás, jadeando de pánico, en busca de la luz del día.

Salió de la cueva. Se miró las manos mojadas de un líquido resbaladizo y se dio cuenta de que era sangre. En la depresión de la charca vio una figura que se movía con dificultad. Era Mauricio. Con el cinturón se había realizado

un torniquete más arriba de la rodilla derecha para cortar la hemorragia del terrible muñón de músculos desgarrados y huesos astillados en que se había convertido su pierna derecha. Mordió un palo para acallar el dolor mientras apretaba el cinto. Su rostro estaba lívido de terror.

—¡Casiodoro! ¡Ayúdame, por Dios vivo! ¡Lo he visto! ¡Sobek! ¡Lo he visto! ¡Y él me ha visto! ¡Quiere matarme! ¡Huyamos de aquí!

—¿Qué has hecho? ¿Dónde está Seti?

—¡Huyó! ¡No lo he tocado! ¡Ayúdame a incorporarme antes de que vengan!

El reguero de sangre había teñido de rojo el agua estancada, esparciendo un olor a carne fresca que atraería a nuevos comensales. Casiodoro miró a lo alto de la acacia. Irene ya no estaba allí.

—¿Y ella?

—La vi bajar e ir tras el niño. Vayamos a la orilla del río, ¡o moriremos aquí!

El aprendiz deslizó uno de los brazos del nauta sobre sus hombros y paso a paso se alejaron de la cueva.

—No había nada.

—¡Todo ha sido una farsa! —exclamó el militar—. Quiero volver a casa. Quiero volver al mar.

Deshicieron el camino hasta el río y llegaron a la orilla al atardecer. Al aproximarse al Nilo vieron la figura de la mujer. Casiodoro la llamó y ella se volvió. Corrió hacia él esperanzada, pero entonces distinguió al nauta y sacó con rabia el pequeño pero afilado cuchillo que portaba con ella. El aprendiz se interpuso entre los dos. Mauricio cayó al suelo.

—¡No! ¡Déjame! ¡Intentó matar a Seti! ¡A un niño! ¡Miserable! —Irene forcejeó tratando de desasirse de las manos de Casiodoro, que la retenía por las muñecas—. ¡Es un monstruo! ¡Deberíamos dejar que Sobek decidiera su suerte!

—¡No, Irene! ¡Nadie morirá aquí ni ahora!

El niño se acercó poco a poco, quedándose detrás de Irene, quien se calmó y bajó los brazos. Casiodoro la soltó y se arrodilló junto al militar, quien parecía al borde del desmayo.

—El pescador está a punto de regresar. ¿Podrás aguantar? ¡No te duermas!

—¡Escuchad! ¡Ya llega! —exclamó el niño.

Se oyeron varios chapoteos desde el río. Era el pescador, pero no llegaba solo. Lo seguían dos barcas con soldados.

—¡Escondámonos! ¡Vamos! —dijo Seti tirando de Casiodoro y de Irene, pero el aprendiz no se movió.

—No dejaré a Mauricio aquí solo. No podemos huir para siempre. Pero tú puedes salvarte, Seti. No te buscan a ti. Toma tu amuleto, y gracias. No te olvidaremos.

Seti dio un beso al aprendiz y a la intérprete y se escabulló entre los bosquecillos de papiro.

—Me quedo por ti, no por él —murmuró Irene, y Casiodoro asintió.

—Este no era mi destino —balbuceó Mauricio—. ¡Este no era mi destino!

Los soldados no tardaron en llegar hasta ellos. Uno parecía mandar sobre los demás. Habló con el pescador antes de dirigirse a ellos en griego.

—El pescador dice que había un niño con vosotros.

—Nos atacaron los cocodrilos. No sobrevivió.

—Sea. No os resistáis y no sufriréis daño. —Y ordenó a dos de los soldados que cargaran con el nauta hasta una de las barcas.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó el aprendiz; como contestación lo derribaron de un golpe. Un hilo de sangre goteó de su nariz al río.

Irene lo ayudó a levantarse y aprovechó un descuido para intentar clavar su diminuto cuchillo al arif. Pero era un hombre rápido. La desarmó y la arrojó al fondo de la embarcación mientras varios hombres sujetaban a Casiodoro.

—Te crees muy valiente, ¿no es cierto, mujer? Ahora vas a conocer a un hombre de verdad.

Para horror de la intérprete, el soldado comenzó a desabrocharse el cinturón. Casiodoro forcejeó, impotente. Irene temblaba, y gritó cuando el soldado la agarró del brazo y le abrió las piernas.

—¡No! ¡No!

En aquel momento un fuerte golpe bamboleó la barca y todos perdieron el equilibrio. Varios soldados cayeron al agua. Dos de las tres frágiles embarcaciones volcaron, la de Mauricio y la del pescador. Una jauría de mandíbulas batientes se cernió sobre todos los desdichados y, en medio del griterío ensordecedor de los náufragos, el arif dio orden de alejarse de allí a toda prisa, abandonando a sus hombres a su suerte. Los supervivientes contemplaron mudos de horror el festín nocturno. Algunos hombres

intentaron alcanzar la orilla a nado e imploraron a sus compañeros que volvieran a por ellos, pero la noche y el Nilo se tragaron sus gritos.

53

AMANECER TINITA

Casiodoro e Irene permanecieron juntos en el centro de la barca. El arif intentó separarlos, pero unas palabras de Irene fueron suficientes para hacerle cambiar de opinión. La luna iluminaba el río y el regreso a la ciudad. El aprendiz estaba paralizado tras la tragedia. Mauricio había cumplido su destino, muriendo sobre una nave y rodeado de enemigos. Todo era muerte y no había nada más allá. El viaje había fracasado.

Llegaron a Al-Karnak. Las antorchas iluminaban las aguas del muelle. Muchos visitantes del equinoccio aún no se habían marchado. Sin decir nada, los encerraron en una celda de la comandancia junto al muelle. Se sentaron sobre el lecho de paja.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Irene aturdida.

—Sabían quiénes éramos. Pero poco importa ya, estamos presos. Quizá sea nuestra última noche aquí, en la tierra de los faraones.

Irene se apretó contra él.

—¿Qué le dijiste al soldado?

—Le dije que el ataque de los cocodrilos era el castigo del río y que yo creía en Sobek. Pero no es cierto. Creo en ti.

Y tomando su rostro entre sus manos lo besó lentamente con un suspiro. Casiodoro cerró los ojos asombrado. Ella se acomodó en sus brazos con los ojos húmedos y las mejillas cálidas y el aprendiz pensó que aquello no podía acabar así. A lo largo de toda la noche rememoró lo acontecido en el río en busca de una pista.

¿Qué sentido tenía disponer una tumba en un lugar tan protegido por feroces guardianes si no había nada que guardar? La cripta de piedra estaba vacía. Lo había examinado todo. ¿Qué sentido tenía no encontrar nada? El anillo existía, y eso significaba algo. Mantenía una pequeña esperanza, aunque no sabía cómo saldrían de allí. Qué curiosa marca tenía Irene en la muñeca; no se había fijado en ella antes.

El sol salió cuando el sueño lo venció al fin.

Los sacaron a los dos y, tras darles agua y pan, los subieron a un barco militar, una liburna, que se dirigía al norte. El río descendía de nivel poco a poco, dejando una marca de limo rojizo en los tallos de los juncos y papiros. El capitán se mostró amable con ellos a pesar de las ataduras; les permitió permanecer en cubierta con las manos atadas y trató a la intérprete con deferencia. Casiodoro se preguntó qué podría significar eso. De él solo pudo obtener que navegaban hacia la ciudad de Tinit.

—¿Tinit? —preguntó Casiodoro—. ¿Dónde está?

—Pasamos junto a ella al remontar el río. Una ciudad en ruinas. Fue la primera y más antigua capital del país, antes que Menfis, antes que Tebas.

Llegaron al muelle de la ciudad en las primeras horas de la tarde.

—¡Mira! —señaló el aprendiz con un gesto.

El barco de Marco Amiano seguía atracado entre las liburnas califales, pero había soldados andando por la cubierta. Tendieron una pasarela para cruzar al muelle.

—El gobernador os está esperando —dijo el capitán adelantándose.

Todo su equipaje, incluyendo las memorias de Pulo, se había quedado en la casa del sacerdote. Si morían, nadie conocería el secreto. Casiodoro caminó resignado a la tortura que le esperaba. Los llevaron a una gran casa junto al puerto en el barrio de los pescadores. Varios carros estaban siendo descargados con víveres, tiendas desmontadas y baúles de ropa y mobiliario. La tarde era húmeda y calurosa. Dentro de la casa, el frescor de las paredes de adobe se unía a los abanicos movidos pausadamente por grandes esclavos vestidos de blanco. En un salón, rodeado de tapices y cojines, los esperaba el gobernador Salah Abd er Rassul.

Los miró de arriba abajo como si no creyera lo que veía. Se chupó los dedos pringados de la salsa de dátiles que bañaba el cordero. Un sirviente le acercó una palangana de agua perfumada donde lavarse las manos y otro le tendió una toalla.

—Bienvenidos, extranjeros, a mi humilde morada. Salah Abd er Rassul es mi nombre, y en nombre del piadoso califa y del divino profeta soy gobernador del Bajo Egipto y señor de Alejandría. Me sorprende vuestra juventud, y aún más vuestra valentía. Cuando me dijeron que peligrosos espías habían penetrado en el país, no esperaba encontrarme a una joven mujer y a un hombre inexperto.

Su griego era impecable. Casiodoro se inclinó ante él antes de hablar.

—Excelencia, creo que ha habido un malentendido. Nos tomáis por quienes no somos. En Alejandría mi familia tiene un nombre acreditado como comerciantes. No somos espías de ninguna clase, solo una pareja enamorada de luna de miel.

El gobernador los interrumpió levantando la palma de la mano.

—¿Para qué malgastar tus palabras cuando solo salen mentiras de tus labios? Que entre el informante —ordenó a un soldado, y este abrió una puerta accesoria.

Un hombre cruzó el umbral.

—¡Epícteto! —exclamó Casiodoro, consternado. Irene palideció.

—Bien, veo que no niegas que lo conoces. ¿Y tú? ¿Son estas dos personas los griegos enviados a Alejandría para delatar nuestros preparativos de guerra?

—Sin duda alguna, son ellos. Pero eran tres.

—Nuestro guardaespaldas ha muerto. Éramos tres, excelencia, pero este hombre trabaja para mi padre, Horacio de Pérgamo. No somos espías, y no sé por qué razón desea nuestra ruina.

—¿Quién sabe, en estos tiempos difíciles, quién dice la verdad y quién miente? Pero ¿no será mejor que me asegure de que ni la verdad ni la mentira perjudican a mi gente? —razonó Abd er Rassul en voz alta—. Tu mirada te delata. Algo sabes que no quieres contar, pero no temas, en los calabozos de Alejandría me dirás todo cuanto sepas. Márchate, marino, y toma tu recompensa.

Epícteto se acercó a la mujer sonriendo y la cogió por las muñecas, arrastrándola por la fuerza. Sorprendida, Irene se debatió forcejeando con estupor y le arañó el rostro. Epícteto se palpó la mejilla izquierda y al notar la sangre abofeteó a Irene una, dos veces, hasta tumbarla en el suelo. Dos soldados contuvieron a Casiodoro.

—¡Irene! ¡Irene! ¡Juro que te mataré, perro! ¡Irene!

—Cálmate, aprendiz; desde hoy yo cuidaré de ella. Preocúpate por ti mismo. Excelencia, que Alá tu dios te dé larga vida y bendiciones.

—¡Casio…! —murmuró la intérprete confusa por el dolor. Y lo miró a los ojos por última vez antes de que la puerta se cerrara.

Epícteto desapareció con ella, riendo hasta que dejó de oírsele.

Hirviendo de ira, Casiodoro se liberó de los dos soldados gritando el nombre de la mujer. Los musulmanes desenvainaron sus espadas, pero un

gesto del gobernador evitó que lo mataran. Lo golpearon en la cabeza con la hoja plana y cayó al suelo aturdido.

—Todo está preparado, *sidi* —dijo un sirviente.

—Llevadlo al barco. Nos vamos.

—¿Por qué has hecho esto? —gimió la intérprete en la avenida de tierra camino del muelle, aún resistiéndose a ser llevada por la fuerza.

Con ayuda de pértigas, los sirvientes del gobernador cargaban sobre sus hombros grandes cofres herrados.

—Estoy hastiado de una vida errante y solitaria, de una vida miserable llena de peligros y con poca recompensa, y no voy a esperar más. Os busqué día y noche en Alejandría, nadie os había visto ni supo decirme cuándo regresaríais. ¡Esperaba mucho de esta misión! Pero contigo mi suerte ha cambiado. Eres mía y aprenderás a quererme, o a respetarme.

Le dirigió una mirada llena de lujuria y amenaza, se paró al borde del muelle y la acercó hacia sí. Su aliento olía a dátiles fermentados, un aroma dulzón y desagradable. Para él era un triunfo. Para ella su mirada era un hechizo que la mantenía paralizada. El roce de sus labios la despertó de su parálisis de piedra como si un rayo la hubiera atravesado, y en un gesto repentino e inesperado golpeó con la rodilla la ingle del marinero. El capitán la soltó y se dobló por el golpe, y ella, desesperada, juntó sus manos y lo golpeó en el rostro con toda la fuerza de que fue capaz. Epícteto cayó desde el muelle al río ante el estupor de sirvientes y pescadores, quienes se acercaron a ayudarlo desde una barca.

—¡Ayudadme, hijos de Ra! —suplicó Irene en egipcio—. ¡La maldad y la locura de Seth se han adueñado de mi hermano y me quiere tomar como mujer! ¡El incesto es la maldición de los dioses!

—¡Que Alá no lo quiera! —respondió una sirvienta—. Ven y escóndete, antes de que salga del agua y busque venganza.

—¡Escóndela, rápido! —le urgió un viejo pescador, y el resto de los hombres asintieron.

La intérprete y la mujer se ocultaron tras sus velos y desaparecieron en el barrio de pescadores y alfareros. Dos soldados se acercaron a poner orden. Los pescadores habían rescatado a Epícteto, dolorido y aturdido, y se habían enzarzado con él en una discusión que subía de tono. El capitán, lleno de ira, buscó a Irene con la vista tras el muro de ceños fruncidos y rostros amenazantes, pero no la encontró.

La mujer cerró la puerta de su casa, una dependencia anexa a la del gobernador, y entró en la cocina. Hizo que Irene se sentara y de una marmita sacó para ella un tazón lleno de caldo de pescado caliente, que la intérprete bebió con avidez.

—Aquí estás a salvo hasta que tu hermano se vaya. Te traeré otra ropa, un vestido diferente para que no te reconozca. Mañana podrás marcharte sin peligro. Puedes quedarte aquí esta noche, pues hoy la casa quedará vacía. El gobernador regresa a Alejandría después de su cacería. Espera aquí, no tardaré.

Irene asintió agradecida, reconfortada por un momento. Los nudillos de la mano derecha le dolían terriblemente. Esperó a que la sirvienta se alejara y después fue tras sus pasos, asustada por si la descubrían. Si volvían a Alejandría, ella tenía que montar en ese barco.

Oyó ruido a su espalda. Se apresuró a taparse el rostro y a penetrar en otra de las estancias, llena de sacos de trigo. Cuatro porteadores cargaban con un pesado cofre vigilados por cuatro soldados con lanzas. Uno de los porteadores trastabilló y soltó su asa. El cofre cayó al suelo pesadamente, abriéndose y esparciendo parte de su contenido. Uno de los soldados golpeó con el extremo del asta en las costillas al sirviente, que cayó al suelo gimiendo de dolor.

—¡Estúpidos! ¡Recogedlo todo, y cuidad vuestras manos y vuestras lenguas, o serán cortadas!

Irene se asomó con mucho cuidado, escuchando los tintineos. El suelo estaba cubierto de oro. Dentro del cofre abierto había cientos de monedas y, lo que la llenó de indignación, estatuas votivas de oro que representaban a Horus, Anubis, Amón y otros dioses. También había cálices de plata y cuencos de electro. La intérprete comprendió con ira que la cacería había sido una excusa para saquear la región y las ruinas de la capital tinita. En el tumulto de pies, una placa de oro se deslizó bajo un macetero.

—¿Qué estás mirando?

Un soldado la descubrió y ella balbuceó en la lengua egipcia, haciéndose a un lado. La golpeó, empujándola contra el pasillo; ella se cubrió con las manos para protegerse la cara.

—¡Nada, nada, señor, perdón, perdón!

El cofre, sus porteadores y sus guardianes salieron del edificio. El gobernador se marchaba. Llena de cautela, la intérprete se agachó junto al macetero y con sus finos dedos extrajo la delgada placa dorada; tenía dos agujeros laterales diminutos. Debía de formar parte de un objeto mayor. Antes

de que nadie reparara en ella, ocultó la pieza y salió al patio, desde donde entró en una despensa que comunicaba con la cocina, justo en el momento en que regresaba la mujer que la había recogido del muelle.

—¿Estás bien? No estés asustada, niña. Aquí nada tienes que temer.

—Pero he de irme, he de volver al delta, ¡tengo que regresar a Alejandría! Mi hermano, celoso de mi prometido, me raptó, y se volvió loco con el vino y el jugo fermentado de las granadas. ¡He de salir de aquí! —La mujer murmuró una letanía, compadecida por su sufrimiento, e Irene vio un atisbo de esperanza—. ¿Me ayudarás?

—Sígueme; intentaré ayudarte.

Los barcos y las barcazas se movían a favor y en contra de la corriente. El corazón de Irene dio un vuelco al ver ya en la lejanía la nave del gobernador. Con él se alejaba el aprendiz, encadenado y prisionero, el joven que la había defendido, la había protegido y que la amaba. Tuvo que contenerse para no llorar. La cocinera la guio hasta un almacén, a cuya entrada, bajo un palio blanco y rodeada de cojines, una mujer cubierta de seda verde y con un pañuelo de lentejuelas ante el rostro vigilaba el trasiego de estibadores que transportaban grandes haces de tallos de lino secos. La mujer miraba de vez en cuando al escriba que, tras ella, anotaba la contabilidad del embarque. Una mujer con riquezas, pensó Irene. La cocinera se inclinó ante ella, e Irene hizo lo mismo.

—Oh, Yaiza, tengo una petición que hacerte. Disculpa mi intromisión, pero esta mujer ha huido de su hermano y suplica ayuda. Desea regresar a salvo al delta, a los brazos de su prometido.

—Ubayd —mintió Irene, rogando por primera vez a todos los santos que conocía que resultara convincente—. Mi prometido se llama Ubayd.

Yaiza, la comerciante de lino, dejó de abanicarse para admirar las delicadas facciones de la intérprete, que seguía siendo hermosa pese a las penalidades. Dejó entrever la sombra de una sonrisa maliciosa en su rostro moreno y en sus ojos de azabache.

—¿Dices que es de Tinit, Aixa? He vivido aquí casi veinte años y no la conozco de nada. ¿Seguro que eres de aquí? ¿Cómo te llamas?

—Zaida, señora. Mi hermano Yúsuf está loco; me raptó de Alejandría, donde me espera Ubayd, mi prometido, y bebió y bebió hasta perder la cordura, y ahora me está buscando. Temo que me mate, señora. ¡Te lo

suplico! Llevadme con vosotros a Alejandría; aunque no puedo ofrecerte nada más que esto. —Y le enseñó la placa dorada.

—¿Esto es tuyo?

—Lo he robado, señora, en casa del gobernador, ¡estoy desesperada!

Aixa, la cocinera, se irguió con rabia.

—¡Perra zalamera! ¡Has robado en casa de mi señor, y buscarán a un culpable! ¡Me castigarán a mí!

Irene se humilló aún más, postrándose en el suelo arenoso.

—¡Te pido clemencia, señora! ¡Te lo suplico; llévame a Alejandría!

La comerciante de lino sondeó en sus ojos, y vio sufrimiento auténtico y las heridas en sus pómulos castigados. Y se dejó convencer.

—¿Fue tu hermano quien te hizo eso? —Irene asintió. El escriba contable, un eunuco, indicó que la carga estaba completa—. Sube a mi barco; no quiero nada. Aixa cuidó de mí cuando murió mi madre, y si ella me lo pide, no necesito saber más.

—¿Y esa placa? —preguntó la cocinera.

La comerciante hizo un gesto de desdén.

—¿Es acaso del gobernador? ¿La merece él más que ella? No la echará en falta. Guarda silencio, Aixa.

La cocinera asintió. La traductora se arrojó a sus pies, llorando agradecida.

Irene no se apartaba de la borda de proa atenta al horizonte. Las aguas del río fluían con calma. Yaiza se acercó a ella, intrigada, con el sol de la tarde a sus espaldas. Los pescadores saludaban a su paso, recogiendo las redes.

—¿Lo amas?

Irene suspiró.

—Durante un tiempo creí que no, que sería un hombre más. Pero me equivoqué, me equivoqué con él. Me reí de él, me burlé de él, y de pronto me di cuenta de que no era como los demás. Pero él no me hacía caso, o eso creía yo. Y ahora tengo que estar con él, no importa lo que suceda después. Sí, lo amo. Él jamás me pegaría —recordó su estancia en la celda, y tuvo un escalofrío, pero luego se acordó de Epícteto—, y temo encontrarme con mi hermano. Señora, ¿por qué me ayudas?

Yaiza se fijó en las garzas que sobrevolaban a los bueyes en el río.

—Mi primer marido no me amaba y yo rezaba todos los días para que Alá me alejara de él. Un día lo mataron en Al-Fustat. Mi segundo marido me amó

por encima de todo; desde que murió y me dejó su negocio, rezo todos los días a Alá para glorificar su memoria y que lo tenga en el paraíso, esperándome. —Dejó de mirar al río y la tomó de las manos—. Espero que tengas por un tiempo mi misma felicidad, que pocas mujeres encuentran. Por eso te ayudo.

No pararon hasta llegar a Alejandría varios días más tarde. De noche, Irene reconoció el olor del salitre y la humedad del mar. Al atardecer atracaron en los muelles interiores del lago Mareotis, y Yaiza se despidió de ella, deseándole suerte.

El barco del gobernador estaba allí, y con él Casiodoro debía de haber llegado a la ciudad del delta. Mientras se alejaba del muelle, sintió una ansiedad que crecía y la angustiaba, preguntándose si el aprendiz languidecería en una prisión, si estaría sometido a tortura, si seguiría con vida. Corrió a la casa del comerciante de cuerdas y llamó a la puerta con insistencia, hasta que el portero, asombrado, la reconoció y abrió.

—¡Gracias a Dios, Pancracio! ¡Cierra la puerta, rápido!

El mudo guardián de la casa no dejaba de hacer aspavientos acelerados, expresando su asombro y su ansia de preguntas, pero la intérprete le suplicó que aguardase al alba. Irene agradeció una sopa de calamares, espesa, caliente y abundante, y fruta fresca y agua, y cayó rendida sobre el lecho, durmiéndose profundamente.

54

EL LOCO DE LA CELDA

Irene soñó con una granja cerca del río. Había muchos niños alrededor de un hombre robusto, con canas y entradas en el cabello; él reía. Llevaba en la mano un anillo que la intérprete conocía. Era Casiodoro, y le tendía la mano para que se acercara, pero ella no llegaba a alcanzarla, porque a cada paso que daba se hundía más y más en unas arenas movedizas que de repente habían surgido bajo sus pies. Cuando las arenas la habían engullido hasta la barbilla, quien le tendía la mano para sacarla de allí era Epícteto, con una gran sonrisa maléfica. La intérprete se despertó gritando de terror, bien entrada la mañana.

Pancracio subió al cuarto y llamó a la puerta. Irene salió con el rostro pálido. Su cuerpo había descansado varias horas, no así su mente.

—Ha sido una pesadilla. ¿Vino por aquí Epícteto preguntando por nosotros mientras estuvimos ausentes?

El portero asintió, deseoso de conocer cuanto tuviera que contarle.

—Nos ha traicionado a los árabes, Pancracio. Epícteto no debe saber que he regresado, ¿entiendes? ¡No quiero verlo! Casiodoro está preso por su culpa.

Pancracio gesticuló, como desfilando con marcialidad.

—¿Mauricio? —El portero asintió de nuevo—. Muerto; está muerto, Pancracio. ¿Qué podemos hacer por Casio? ¿Dónde estará?

Los sótanos del palacio del gobernador estaban llenos de prisioneros. Los que lo acompañaban encadenados a los remos en el barco fueron encerrados en el primer sótano, afortunados de disponer de luz natural procedente de los altos ventanucos enrejados. Casiodoro fue conducido al segundo sótano, donde reinaba la oscuridad. Cada celda era una estancia independiente sin ventilación ni luz, dotada de una pesada puerta. El soldado que abría camino en las escaleras portaba una linterna. Dos soldados sujetaban al aprendiz por

ambos brazos en su descenso a los infiernos. Las cadenas rebotaban en cada escalón. Se oyeron voces de súplica. Casiodoro vio unos ojos enloquecidos tras la mirilla cuadrada de una de las puertas, el único contacto que los desdichados tenían con el exterior.

—¡Comida! ¡Quiero comida, por el amor de Cristo! ¡Dadme pan negro! ¡Hace días que no como! ¡Ya no me quedan uñas! ¡Tú! ¡No les dejes que te encierren! ¡Aquí solo te espera la locura, no la muerte! —El hombre se derrumbó tras la puerta, echándose a reír con voz cascada.

De pronto, Casiodoro se opuso a seguir andando. Los soldados tiraron de él hasta una puerta que estaba abierta.

—No… ¡No quiero entrar! ¡Dejadme! ¡Piedad!

—¡Arrojadlo dentro!

Le lanzaron al frío y silencioso interior de piedra. Trancaron la puerta. Una fuerte aprensión se adueñó de él y se acercó a la mirilla, viendo cómo la luz se atenuaba hasta desaparecer. El olor a muerte y podredumbre lo angustiaba y lo trastornaba. Dejó de gritar cuando no obtuvo respuesta más allá de la descontrolada risa del loco.

Tanteó en la oscuridad sus nuevos dominios. La celda medía diez pasos de largo por seis de ancho, y seis de altura. En una esquina encontró una vasija vacía que olía a excrementos. En la esquina opuesta halló otro recipiente con tapa, lleno de agua limpia. A lo largo de la pared había un jergón de paja y una manta. Allí había muerto alguien y lo habían retirado para hacerle sitio a él. Bebió agua a oscuras. Desesperanzado, se sentó en una esquina y se echó a llorar. Habían perdido. La misión había fracasado, había perdido a Irene y estaba solo en un país extranjero, encerrado en un lugar adonde nadie iría a buscarlo. Intuía que sería sometido a tortura, se descubriría a sí mismo y traicionaría a su patria. ¡Qué vergüenza tan insoportable! Antes sería mejor morir, pero no se sentía capaz ni veía la forma de hacerlo. Aunque, si rompiera la vasija con un fragmento afilado de la cerámica, podría cortarse las venas de la muñeca.

Intentó no pensar en la muerte y se acordó del momento en que conoció a Irene, del viaje por el Nilo, del único y último beso de sus labios, y de su mirada llena de súplica y desesperación. Su vida se había acabado allí. Se tumbó en el jergón, sin esperanzas.

Al principio no oyó nada. En aquel vacío de vida, la mente empezaba pronto a llenarlo todo de imágenes confusas y alucinaciones. Soñó con las carreras del Hipódromo, donde todo el mundo gritaba y los cascos de los caballos resonaban contra la arena. Luego el sueño cambió al entrechocar de

espadas y al golpe de un martillo contra un yunque, y era él moliendo piedra caliza en un almirez de mármol en el taller. Despertó de su ensoñación y la oscuridad seguía allí, y también los ruidos acompasados. Eran reales. Eran golpes en la pared. ¿Sería de noche o sería de día? Tenía hambre. Las señales provenían del otro lado de uno de los muros. Golpeó con los puños sobre la piedra, haciéndose daño. Se envolvió las manos con la manta y volvió a golpear. Sus golpes sordos interrumpieron los sonidos, pero al poco volvieron a oírse y pararse. Casiodoro golpeó otra vez y el sonido regresó y se apagó.

Tanteó en la celda y cogió la vasija excrementicia, poniendo su boca contra la pared, y luego acercó su oreja al fondo. Oyó el ruido de piedra contra piedra con claridad. Oyó unas toses y otra vez los golpes. Respondió con la misma cadencia. Oyó como si alguien se arrastrara.

—¿Hablas griego? ¿Hablas griego? —preguntó una voz a través del muro. La voz no sonaba apagada ni amortiguada. Parecía provenir del suelo.

—¿Me oyes? —respondió Casiodoro, rascándose la barba.

Retiró la paja de la pared y descubrió una minúscula abertura a ras de suelo, en una de las llagas del mortero. Se acercó demasiado y se golpeó la frente contra la pared.

—¡Mierda!

—¿Hablas griego? —repitió la voz con claridad por el agujero. Se oyeron unas pisadas por el pasillo—. ¡Ahora no! ¡Vienen!

Casiodoro se incorporó y se sentó al fondo de la celda. Un soldado con una bolsa abrió la puerta, le arrojó media hogaza de pan duro y volvió a cerrar después. La luz se desvaneció en la distancia. El hambriento aprendiz se arrojó sobre el pan y lo mordió, encontrándolo apetitoso, lo que hacía su hambre más atroz.

—¡Deja la mitad para otro momento! ¡No volverán en dos días!

El aprendiz se acercó al agujero.

—¿Quién eres? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

La voz rio con amargura al oír los gritos de alegría del loco por tener algo que llevarse a la boca.

—Solo un mes. Antes estuve preso en Damasco cuatro meses. Allí al menos veía la luz del sol. Soy un soldado bizantino; me llamo Justino. Es difícil llevar un seguimiento del tiempo. La puerta se ha abierto quince veces, una vez cada dos días. Sí, eso debe de hacer un mes. ¿Quién eres tú?

—Me llamo Casiodoro. Me han apresado por un malentendido. El gobernador opina que soy un espía.

La voz calló unos segundos.

—Ojalá que cuando te torturen no sufras demasiado.

—¡Pero yo no soy un espía! —exclamó Casiodoro.

—Si no lo eres, lo serás. Una vez que comience la tortura serás todo lo culpable que te digan. ¿No tienes a nadie que pague tu rescate? —Casiodoro guardó silencio—. Entonces te espera la muerte o los remos.

—¿Y tú? ¿Nadie pagó tu rescate? ¿Y cómo no te has vuelto loco como el prisionero de la primera celda?

—No han dejado que perdiera la razón. Y no han aceptado mi rescate.

—Tengo que salir de aquí —dijo el aprendiz, y se levantó del suelo.

La conversación había alejado a los fantasmas de la locura y de la soledad. El otro preso ya no dijo más. El aprendiz palpó de nuevo todo el perímetro teniendo cuidado de las dos vasijas. Las cuatro bisagras de la puerta eran robustas. La mirilla enrejada estaba clavada por el exterior, inaccesible. Recordó las trancas; estaban aseguradas con un pasador. Dentro tenía su cinturón y nada más. Las paredes, el suelo y el techo eran macizos. Comprobó todos los bloques por si hubiera alguno suelto de su argamasa.

—Nada —murmuró sentándose en el suelo.

Bebió un sorbo de agua y comprobó que solo quedaba un cuarto del recipiente. Volvió a levantarse para dar vueltas impaciente por la celda.

—Malgastas tus energías —susurró el otro preso por la abertura.

Casiodoro se sentó de nuevo, agobiado por unas paredes que parecían encoger cada vez que las palpaba. A sus gritos de angustia respondió por el pasillo el eco de la risa del loco. Se echó las manos a la cabeza y se tumbó otra vez en la paja, cubierto por la manta.

Irene estaba asustada. Un rumor crecía por las calles. Las voces del almuédano se habían interrumpido en la oración del mediodía. Los soldados estaban atentos a cualquier posible desorden. La noticia se propagó con rapidez entre los tenderetes del zoco.

—El califa Suleimán ibn Abd Al-Malek ha muerto. ¡Que Alá lo acoja en su gloria, en el paraíso! ¡Que lancen rosas negras en Damasco y cubran las calles de terciopelo para recibir su cuerpo glorioso! ¡En nombre de Alá, el Inefable, el Misericordioso! —tradujo Irene llena de consternación—. ¿Qué le sucederá ahora a Casiodoro?

—¡Muerto! —exclamó el tejedor de alfombras que era su enlace en el barrio griego con la capital bizantina—. Me temo que tu compañero está sentenciado. El nuevo gobernador desea ganarse fervientemente el apoyo de

Damasco, no sea que el nuevo califa elija a un sustituto más de su confianza. Aunque existe una pequeña posibilidad.

—¿Cuál?

—Conozco a uno de los funcionarios, el que tramita la correspondencia del diván del gobernador. Si tu compañero preso ha defendido su cometido como hijo del comerciante de cuerdas, podemos infiltrar entre la correspondencia una petición de clemencia, como si el padre se interesara por su hijo detenido, en busca de una explicación y de su libertad.

—Hazlo, por favor.

—No será fácil ni tampoco gratuito. ¿Con cuánto oro podrás convencer al funcionario? —Los ojos del comerciante brillaban con interés.

Irene se irguió, despreciándolo.

—Aquí no tengo nada, pero en Constantinopla Timeo pagará tu precio. ¡Hazlo, comerciante!

Ya solo podía esperar.

Durante un tiempo indefinido, Casiodoro durmió y despertó repetidas veces, y siempre creía soñar lo mismo, porque la celda, la paja, el frío y la oscuridad eran invariables. Tuvo hambre y no tenía más pan. Tuvo sed y no tenía más agua. Acuciado, bebió su propia orina. Oyó varias veces cómo la puerta de su compañero de prisión se abría y se cerraba y esperó con impaciencia a que también en su celda apareciera el soldado con el maná. Pero, para su asombro y su desesperación, la cegadora luz solo surgía por la mirilla, a través de la cual el carcelero comprobaba si seguía con vida o si era necesario desalojar al huésped, y luego desaparecía. En sus momentos de lucidez sabía que los días pasaban por el crecimiento de su barba. Llegó el día en que ya no le quedaban fuerzas y, febril y con los labios hinchados por la sed, se tumbó listo para aguardar la llegada de la eternidad en la tierra de los faraones.

—Este es el fin —murmuró ronco.

—Reza a Dios para que no se olvide de ti —susurró el otro preso por la abertura.

—Aquí no hay dios, solo oscuridad.

La mirilla se abrió y se cerró, y la luz cegadora llenó la celda junto a las atronadoras voces de los soldados musulmanes. Lo levantaron y lo arrastraron escaleras arriba, sucio y delgado. La celda del loco estaba abierta y vacía. El loco ya no estaba allí; el loco ya era él. Dejaron atrás los sótanos de los esclavos y al apercibirse de la luz del sol se dio cuenta de cuán extraño era un

mundo sin tinieblas y sin noche. Unas grandes puertas se abrieron y ofrecieron a su vista un suntuoso despacho. El olor de cordero asado y de pimienta llegó a su nariz. Los soldados le dejaron libre y las piernas le fallaron. Casiodoro cayó al suelo y alzó la cabeza al oír el milagroso sonido del vertido de agua limpia sobre un vaso. La fiebre le llenaba la cabeza de delirios.

—¡Agua! ¡Agua! —murmuró ronco y tendió una mano y una mirada suplicante al gobernador Abd er Rassul.

Este miró a Casiodoro, cogió el vaso y se lo bebió lentamente; volvió a servirse, levantando la jarra y llenando el cristal de salpicaduras.

—¿Quieres agua? Tendrás toda la que quieras, y carne caliente y sabrosa, llena de jugos grasientos que te deleitarán. Pero antes debes liberarte de tu carga. Dime lo que quiero saber.

Las manos del gobernador jugaban con la media hoja dorada que habían encontrado los soldados oculta en un pliegue de sus ropas. Había una carta cerca de él.

—No recuerdo… —balbuceó Casiodoro, arrastrándose pulgada a pulgada hacia la mesa, preso de un temblor incontrolable.

—Dime si eres un espía y beberás hasta saciarte.

El aprendiz dejó de arrastrarse, reticente a contestar. El gobernador alzó el vaso y dejó caer en fino chorro el precioso líquido hasta el suelo. Casiodoro gritó y volvió a moverse, ansioso por lamer la piedra. Los soldados lo retuvieron a una señal del árabe.

—¡Tengo sed! ¡Dame agua! —suplicó el aprendiz sollozando.

—¡Dilo! —le exigió Abd er Rassul—. ¡Dilo ahora!

—¡Soy un espía! —exclamó en un gorgoteo ininteligible.

Abd er Rassul dejó de derramar el agua.

—¿Vienes a espiar la flota alejandrina? ¿A destruir los almacenes? ¿A asesinarme? —Casiodoro asintió a todo—. ¿Quién te envía? ¿Quién te envía?

—Mi amo y señor del fuego secreto. ¡Dame agua, por Dios, por tu Profeta!

Y el gobernador le tendió el vaso medio vacío, que él bebió como si fuera néctar y ambrosía ofrecidas por todos los dioses que alguna vez habían existido. Abd er Rassul ordenó que le dieran pan y agua y que volvieran a encerrarlo en la celda. Entendió que lo había enviado el propio emperador bizantino.

—Dejad que coma, beba y duerma, y mañana lo torturaremos, no sea que tal como está hoy muera sin decir nada más —le dijo al verdugo cuando el

aprendiz fue retirado de su presencia.

—*Sidi*, tal y como está no durará mucho. En ese estado nadie negaría nada que se le sugiriera, ya sea un espía o una palmera datilera.

—Lo cual me da que pensar, verdugo, que envíen a un hombre tan indefenso y tan falto de resistencia. ¿Será o no un espía? ¿Será el hijo del comerciante que indica esta carta? Que decida su dios, si lo recibe en el paraíso.

La hoja de laurel era de delicada factura, apreció el gobernador; era una lástima que su destino fuera ser fundida por los orfebres.

Casiodoro regresó a la celda y le dieron agua, pan y perca del río asada, que devoró con impaciencia, aun cuando su estómago débil protestara por el esfuerzo. Dolorido pero saciado durmió durante horas; cuando despertó, la fiebre le había bajado y volvía a sentir la lengua y los labios.

—Griego, ¿sigues vivo? —preguntó su compañero de prisión desde el otro lado del muro—. ¿Qué les has dicho?

—Todo lo que quisieron saber. ¿Y qué, si he comido? Mejor un día más que ninguno.

—¿Eres un espía entonces?

—¿Importa eso? No. ¡No lo soy! ¡Yo vivía en Constantinopla, la ciudad dorada! Quise salir de allí, experimentar los peligros del mundo. ¡Qué necio fui! ¡Estúpido y necio! Pero no sirve de nada, ya nada importa. —Y tuvo un repentino presentimiento—. ¿Y tú? ¿Eres tú espía? He oído tu puerta abrirse y cerrarse. Tú comes todos los días. Debes de ser importante. Pero no me lo digas o me harán confesarlo.

—Soy un soldado, nada más. ¿Constantinopla soporta bien la guerra?

—Seguía resistiendo cuando yo me marché, asediada por tierra y mar. Ojalá estuviera allí. ¡Cómo cambiaría mi vida!

Se oyeron otra vez los pasos de los soldados y Casiodoro se encogió asustado, pero se pararon en la puerta adyacente a la suya. Se llevaron al otro prisionero; el aprendiz respiró aliviado y dio un mordisco al pan y al pescado, que no había soltado ni siquiera en sueños.

A diferencia de la de Casiodoro, la ropa de su compañero de prisión estaba casi limpia. Se cambiaba cada cuatro días. Su barba, aun larga como su cabello, era cortada con regularidad. Llevaba botas de soldado, de cuero

curtido y triple suela de cuero tachonada con clavos de hierro. En su mano izquierda lucía un anillo de oro y podía valerse por sí mismo. Los soldados musulmanes actuaban más como una escolta que como una guardia. El gobernador le ofreció sentarse y le entregó una copa de mosto fermentado.

—¿Y bien?

—No ha dicho nada más, excelencia. No creo que sea un espía. Es un pobre infeliz que no ha visto mundo ni conoce la vida. O eso, o es el mejor actor del mundo.

—Los bizantinos sois aficionados al teatro, a las representaciones engañosas. ¿No tenéis las comedias de Aristófanes? Os encanta la farsa. Puede que yo mismo quiera convencerme de que es un farsante. En cuanto a ti, mi predecesor dejó olvidados numerosos documentos y cartas que debieron haberse cursado y que nunca llegaron a su destino o a su cumplimiento. Una de ellas es sobre ti. Seguro que ya sabes que el califa Suleimán murió hace dos semanas. Tras su muerte, una copia de la carta ha llegado a manos del califa Omar, bendito sea su nombre. Cinco hijos de emires han sido liberados en Esmirna a cambio de tu libertad. Tu padre ha convencido a gente influyente.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó el bizantino con escepticismo jugando con su anillo familiar.

—No puedo permitir que un oficial bizantino abandone Alejandría y regrese al mando de sus tropas. Por otro lado, nadie puede entrar en tu capital y no conoces el árabe. Pero no es Suleimán quien gobierna ahora en Damasco, sino un hombre justo y pacífico. De otra forma, no saldrías de mis celdas hasta que tu familia hubiera colmado mi despacho de oro. Eres libre. Vete.

El sorprendido militar abrió los ojos como si no lo creyera. Hizo amago de levantarse, pero volvió a sentarse. El gobernador lo miró extrañado y confuso.

—¿Cómo? ¿Eres libre y no quieres salir?

—Si el califa Omar se entera de que sigo preso, tú y tu credibilidad y tu palabra quedaréis comprometidos. Y se enterará, porque quiero salir de aquí, pero no saldré solo. Saldré acompañado o no saldré. El infeliz de la celda adyacente a la mía vendrá conmigo.

—¡Imposible!

—Es un hombre inofensivo. No es un espía. Es un compatriota. Necesitaré un guía en esta ciudad para salir de aquí.

—¡Ese hombre puede ser una amenaza para el Islam! Él mismo ha confesado delante de mí. Es un espía.

—O salgo con él o no saldré de aquí con vida, y te aseguro que el piadoso, el misericordioso califa Omar se enterará de tu fracaso y te recompensará como mereces.

La carta de liberación había sido enviada por la propia emperatriz. El astuto bizantino había dado la vuelta a la situación. Pero ¿qué mal podría hacer aquel alfeñique tembloroso y sediento, que se había postrado dispuesto a lamer el suelo de piedra con su mentirosa lengua?

—Sea. Vete ahora, antes de que se agote mi paciencia.

Casiodoro creyó quedarse ciego cuando vio otra vez la luz del sol, cegadora, caliente y afilada como un cuchillo. Le costaba mantenerse en pie. La gente los miraba y observaba con asombro sus manos pálidas y huesudas, sus uñas largas, la barba crecida y la ropa sucia y maloliente, en contraste con su acompañante. Alto, limpio, pulcro y de mirada segura, Justino se llevó las manos a la frente para protegerse de la claridad. Los alejandrinos cambiaban de acera al ver y oler al aprendiz. Los niños se acercaban por la curiosidad de ver a un bizantino con aspecto de mendigo andando por la ciudad entre las esfinges, y se reían de él.

—He salvado tu vida, así que, dime, ¿adónde hemos de dirigirnos?

Casiodoro se encaminó hacia el zoco, la antigua ágora. Llamó a la puerta de la casa de Horacio, la aldaba casi no sonó. El militar la hizo sonar con fuerza tres veces y la puerta se entreabrió. Pancracio los examinó frunciendo el ceño.

—¿No me reconoces? ¿No reconoces a Casiodoro, hijo de Horacio de Pérgamo? —preguntó el aprendiz con amargura.

El portero lo miró sorprendido y luego horrorizado, y les franqueó la entrada.

—Así que ¿vives aquí? Es un buen sitio. Portero, tenemos hambre. Necesitamos comer —dijo el soldado.

Casiodoro pidió agua y pan, y bebió conteniéndose, mojando la miga en el agua para poder tragarla con más facilidad.

—Pancracio, sírvenos con abundancia. Necesito un barbero, y un buen baño.

El portero asintió y fue a organizarlo todo. Salieron al patio y en uno de los soportales se vio reflejado en un gran espejo de cobre pulido. No pudo

reprimir una exclamación de asombro. Se oyeron las oxidadas bisagras del portón de la entrada. Se tocó el pelo, la barba, los pómulos marcados, la piel pálida y enfermiza, la inmundicia que lo rodeaba, y se echó a reír, a la vista de aquel monstruo de niños, de aquel mendigo, aquel remiendo de alquimista, porque parecía un loco, otro loco; porque se parecía a su maestro.

No se dio cuenta de que, a sus espaldas, una persona, recién llegada del zoco, lo contemplaba convertida en estatua.

—Dios mío. Casiodoro, ¿de verdad eres tú? —preguntó Irene conteniendo la respiración.

Él se dio la vuelta, paralizado al verla sana y salva, con la piel morena por el sol del delta, el pelo recogido y vestida de blanco.

—¡Irene! ¡Estás viva! —Y deseó en ese mismo momento que un terremoto abriera la tierra y sus fauces se lo tragaran para siempre, avergonzado de su aspecto. Una lágrima corrió por su mejilla derecha marcando un surco.

Ella se acercó con los labios temblorosos. Su mano femenina tocó su frente y luego lo abrazó. Y entonces reparó en la presencia silenciosa del militar.

—Y tú, ¿quién eres? ¡Pancracio, ven, rápido! —exclamó al sentir que Casiodoro se debilitaba.

El desconocido se acercó rápidamente y sostuvo al aprendiz, evitando que cayera al suelo.

—Soy un ciudadano del imperio, como vosotros. Soy Justino Pío, hijo del senador Antonino Pío, y si necesitáis algo y está en mi mano, podéis contar conmigo.

55

UNA REVELACIÓN

Casiodoro estuvo cuatro días metido en cama, con fiebre y delirios. Irene no se apartó de él, encargándose de darle de comer y de refrescar su frente con paños de agua fría. Se ocuparon de bañarlo y de afeitarlo, y al quinto día su rostro recuperó el color de la vida. La fiebre había desaparecido y el bullicio del viernes en el zoco lo había despertado. La intérprete yacía dormida sobre un diván próximo a la cama, con un papiro desenrollado cogido en un extremo por su mano perfumada. Irene le sintió moverse y abrió los ojos con un sobresalto.

—¡Estás despierto! Ya no tienes fiebre —dijo comprobándolo, y lo besó en los labios.

Ella olía a rosas. Su tacto cálido despertó un vago recuerdo en la mente del aprendiz.

—¿Cómo escapaste de Epícteto? ¡Es un traidor!

Irene le contó su viaje por el Nilo y su frustración y desesperanza al conocer su destino.

—Pude descubrir que los prisioneros del barco del gobernador habían sido encerrados bajo su palacio. Un nuevo prisionero griego se pudría de hambre en el segundo sótano. ¡Pero yo sabía que eras tú!

—Irene, ahora estamos solos, así que puedes decírmelo. Yo te conozco. Antes de partir de Constantinopla ya nos habíamos encontrado. Vi el símbolo del anillo alado en tu cuerpo, como el que marcaba el pasaje subterráneo en Constantinopla. Tú me rescataste en los túneles. —Irene no dijo nada, solo lo miraba en silencio. Casiodoro siguió hablando—: Eso quiere decir que los monjes de San Asterio también te conocían. Llegué allí de alguna forma. Conseguiste que alguien me llevara. Los convenciste, o bien ya estaban dispuestos de buen grado. Y luego lograste que te asignaran a mi misión, que alguien más conoce, aun cuando debería ser secreta. Pero estás aquí y has

cuidado de mí. ¿Cuál es tu cometido? ¿Quién eres, Irene? ¿Quién eres de verdad? ¿Me has engañado desde que embarcamos?

—¡No! Mírame, Casiodoro. Me conoces. Soy quien ha tenido miedo y a quien has protegido, quien ha llorado por tu ausencia y quien ha cuidado de ti. Te salvé cuando estabas perdido. Quiero lo mismo que tú, salvar nuestra civilización de la barbarie de la guerra y de la destrucción. Yo te lavé el rostro entonces, igual que he hecho ahora. Y pensé que no volvería a verte después de rescatarte de los túneles, pero en el muelle nos volvimos a encontrar y ya no quiero separarme de ti.

La expresión desconfiada de Casiodoro se suavizó.

—¿Qué es ese símbolo? Tú sabes qué es. Dímelo.

Irene lo miró a los ojos, suspiró y le cogió la mano. El aprendiz se la apretó con fuerza, emocionado.

—Es el símbolo de Ormuz, el dios alado viviente, el increado. Es un símbolo, como la lechuza de Minerva, y representa el conocimiento, la sabiduría, el orden, el bien contra el mal. Queremos lo mismo que tú. Quiero lo mismo que tú.

—¿«Queremos»? ¿Quiénes sois, Irene?

—Los que velamos por preservar el saber del pasado para que no desaparezca. Mi misión era ayudarte y protegerte de tu maestro. Pero todo está perdido. Todo tu sufrimiento ha sido en vano.

Casiodoro se preguntó por qué querría alguien protegerlo y por qué querría Calínico hacerle daño. No podían darse por derrotados. Estaban vivos, y tenía una esperanza. Había pensado en ella horas interminables en la oscuridad de la celda, y si contra todo pronóstico había vuelto a contemplar la luz del sol, ¿acaso no significaba eso una última oportunidad?

—¿Protegerme de mi maestro, dices? ¿Por qué?

—Porque te traicionará. Casio, sea lo que sea que encontremos, no puedes entregárselo a tu maestro. Dámelo a mí, quedémonoslo nosotros, no él.

—¿Por qué debería ser para vosotros en vez de para Calínico y para el bien del imperio? —Soltó su mano, dividido entre su razón y su corazón—. Explícate, Irene, por favor. Explícame por qué debo seguir escuchándote.

—Antes de los neoplatónicos ya existía la secta a la que pertenezco. Con Asurbanipal, el rey asirio guerrero y erudito, se fundó con la misión de reunir el conocimiento de los pueblos conquistados. Los papiros, pergaminos y tablillas de todo el mundo conocido fueron atesorados en Nínive. Siglos más tarde, con la protección de los fenicios, se creó la biblioteca de Tiro, y los eruditos se refugiaron allí, lejos de las guerras, o eso creían. Antes de su caída

por culpa de Alejandro, el macedonio, los fondos de la biblioteca se trasladaron a Cartago, que enriqueció su sabiduría con nuevos volúmenes sobre geografía, náutica e historia. El viaje completo de Hannón estaba allí. Tras el final de las guerras púnicas se recuperó la mayor parte de los tomos y acabaron en los anaqueles de la biblioteca de Alejandría. La cultura se extendía. Se crearon nuevas bibliotecas en Roma, Pérgamo y Atenas. La secta estaba en su máximo esplendor cuando los romanos invadieron Egipto y ardieron los almacenes de la biblioteca. ¡La mayor parte del conocimiento humano se perdió para siempre, hasta que la paz permita la prosperidad y el retorno del conocimiento! El golpe definitivo vino con la intolerancia cristiana. Los neoplatónicos fueron destruidos y la secta fue casi aniquilada. Tenían la esperanza de que una parte de los rollos y manuscritos hubieran sobrevivido, pero no pudieron comprobarlo. Los supervivientes se exiliaron a Roma, Constantinopla, Híspalis, Éfeso, e intentaron sobrevivir a la intolerancia, pasando a la clandestinidad. Tu maestro está protegido por el emperador debido a los secretos que posee, pero él no quiere la salvación del imperio, sino la suya. Y tengo que evitar que acceda a lo que encontremos. Ahora eres tú quien debe confiar en mí. Debes entregarnos los conocimientos que hallemos y tu maestro no debe saber nada.

—Irene, quiero creerte. ¡Pero no imagino a mi maestro convocando a las tinieblas! Es un erudito, un sabio. ¿Por qué no he de pensar que es tu orden la que tiene un interés particular y egoísta? ¿No es posible que seas tú la que haya sido engañada e intentas inocentemente convencerme de tu engaño? No he oído nunca a mi maestro hablar sobre una secta así.

—Te lo digo yo, Casio, créeme, por mi propia alma. Tu maestro guardará nuestros descubrimientos para sí mismo y no los compartirá con el mundo. Junto a mí hay sabios y estudiosos que buscan crear un gobierno ideal, como bosquejó Platón. Un gobierno justo y equilibrado donde la sociedad esté dirigida por los más aptos, los más éticos, no por los más ambiciosos y corruptos. Y el emperador León es uno de los más ambiciosos.

—El emperador es nuestra única esperanza. ¡Si no llega a ser por él, ya estaríamos remando para el califa!

—Acuérdate de lo que te digo. Si encontráramos algo y él lo consiguiera, es cierto que forzaría a los musulmanes a romper el asedio. Pero eso sería solo el principio. León III continuaría intentando conquistar todo el Mediterráneo. ¡Se convertirá en un tirano!

Casiodoro la miró pensativo. Tomó una decisión.

—No sé qué pensar, Irene. Pero antes que nada hemos de regresar a Al-Karnak. No quiero que los árabes se nos adelanten, porque, Irene, creo que sí encontramos algo. Buscamos en el sitio equivocado.

»¿Y el hijo del senador?

—Mientras reposabas en la cama ha hablado con varios comerciantes griegos. Los barcos extranjeros han sido retenidos en puerto. Intenta que algún comerciante sirio lo acerque a territorio del imperio, sin éxito. Podríamos convencer a algún pescador del lago para que remonte el río.

—No tenemos mucho dinero.

Irene le mostró un objeto envuelto en un paño de lino blanco.

Casiodoro abrió los ojos de par en par, tomando la placa entre sus manos.

—Esto no es oro, ¡es electro antiguo!

—El gobernador ha atesorado un gran botín. Los astilleros están llenos de barcos en plena construcción. Creo que van a enviar otra flota contra la ciudad.

—¡Entonces hemos de apresurarnos! Dime, ¿Justino ha dicho si vendrá con nosotros?

—Si regresara a la capital llevando la clave para liberarnos de la amenaza musulmana, lo aclamarían como a un héroe. Quizá podamos convencerlo para que nos ayude.

Bajaron al patio, donde Pancracio se alegró por su recuperación. El militar llegó acompañado de un guía al que despidió con una moneda. Se sentó en una de las sillas junto a la mesa del jardín.

—No hay nada que hacer. Nadie me llevará fuera de aquí.

—Entonces, podrías venir con nosotros.

Irene le contó su deseo de regresar a Al-Karnak. Le tendió la placa de electro, y el hijo del senador los miró sorprendido. El electro refulgía con el sol de la mañana.

—¿Al-Karnak? No eres un espía, Casiodoro, no mentiste. Vuestra finalidad es extraña; no me habéis contado todo, lo intuyo, pero nada me retiene aquí. Me uniré a vosotros. Por esta pieza podremos conseguir una buena cantidad de oro, y una espada. Necesitaré a alguien que hable árabe.

—Irene te acompañará. Pero antes tendrás que ponerte una ropa más discreta. No estamos en Constantinopla.

El hijo del senador lo miró con gesto de disgusto, pero aceptó su sugerencia, y media hora más tarde estaban listos.

—Tened cuidado. Puede que Epícteto esté por la ciudad. Te lo ruego, cuida de ella, Justino.

56

EL SECRETO

En el zoco encontraron cambistas y orfebres que les ofrecieron un alto valor por la pieza de metal precioso.

—Esta placa es interesante —les dijo un cambista árabe—. Es una pieza antigua, procedente de un complemento ceremonial. ¿Dónde y cómo la habéis conseguido? ¿Es robada?

—Era parte de la dote de mi familia y ahora corremos dificultades por la guerra. Mi esposo es griego y deseamos marcharnos de aquí a un sitio mejor.

—¿Mejor que el delta? ¿Con sus gentes, con su fabuloso clima? No os será fácil encontrar un lugar tan civilizado ni tan placentero. Os puedo dar cinco dinares.

En cuanto el soldado lo supo montó en cólera.

—Mi esposo dice que esa pieza merecería por lo menos veinte dinares. ¡Es electro antiguo!

—¡No! Os daré cinco dinares al contado, ni uno más, tomadlo o dejadlo.

Justino hizo ademán de marcharse con la pieza; Irene lo detuvo y comenzaron a discutir en griego. El cambista parecía seguir el hilo de las frases e intentó mediar.

—No discutáis. Aquí tengo vuestro dinero. ¿A qué esperáis para aceptar? —En sus ojos brillaba la codicia.

—No lo venderemos por menos de quince.

El comerciante se encogió de hombros y cerró el cofre de caudales. Justino se marchaba indignado cuando Irene volvió a detenerlo.

—¡Espera! ¿No veo la codicia en tus ojos? ¿No nos ofrecerás más, antes de que se lo mostremos a tu competencia?

—Seis, seis dinares os daré, ni uno más, cogedlos o marchaos de aquí antes de que llame al almotacén —dijo el árabe con furia.

Irene se giró y se puso lívida. Justino la había dejado sola. Abandonó al cambista escuchando sus maldiciones y fue tras los pasos del soldado, que la

esperaba impaciente mientras inspeccionaba con la mirada las mesas de otros orfebres.

—¡Teníamos que haber aceptado lo que nos ofrecía! ¡Nos urge salir de esta ciudad! ¡Y además, no debe vernos en el zoco!

—¿A quién te refieres? —preguntó el hijo del senador aún irritado.

Irene ya estaba tirando de él oculta tras su velo y buscando refugio en el anonimato de la multitud.

—¡A *él*!

Un hombre se abalanzó sobre la mesa del cambista.

—¡Esa voz! Mercader, ¿dónde está la mujer que ha hablado contigo?

—Se fue por allá, una perra usurera. Pretendía que le diera mi oro por su cara bonita. Por allí, entre el gentío. Su marido era extranjero, con porte erguido y expresión soberbia. ¡Si te das prisa, podrás alcanzarlos!

El hombre se calmó. Quizá no era ella, quizá no era más que su imaginación. Epícteto se alejó del cambista con la incertidumbre corroyéndole el corazón.

—¡Lo he visto, Casio! ¡He visto a Epícteto! Creo que me ha oído. ¡Tenemos que partir de inmediato!

—Cálmate. ¿Habéis conseguido dinero?

—Al final hemos obtenido cinco dinares, nada más —contestó Justino, sopesando la bolsa y dándosela al aprendiz—. ¡Un robo! Esa pieza podía valer tres veces más. Pero no me importa; ya tengo un arma.

—Si seguimos aquí, comprometeremos al mercader de esta casa y a Pancracio. Prepararemos víveres para tres días —dijo Casiodoro dirigiéndose al portero—, y nos marcharemos. Irene, permanecerás en casa hasta entonces. No quiero que el capitán griego te encuentre.

En el lago Mareotis abundaban los pesqueros pequeños de vela triangular. Tantearon a varios pescadores y uno de ellos accedió a llevarlos por un dinar. Embarcaron esa misma tarde. El viento había cambiado y soplaba débilmente desde el norte. El pescador, sentado junto al timón, los observó con curiosidad y habló en árabe y en egipcio.

—Dice que no podremos demorarnos mucho en Al-Karnak. Cada día el nivel del agua baja de forma apreciable y los bajíos de arena cambian su posición cada año. No quiere arriesgar su embarcación.

—¿Por qué es tan importante llegar a Al-Karnak? ¿No me dirás más? —preguntó Justino mirando la oscilación de la vela.

Avanzaban lentamente pero de forma constante. Casiodoro negó con la cabeza.

—No es el momento, Justino. Aún no.

Día y noche fueron turnándose en el timón, sin detenerse a reponer agua ni comida. Al segundo día, el viento se hizo más fuerte y pronto sobrepasaron las pirámides, envueltas en una bruma. Nadie los detuvo en el trayecto ni se fijó en ellos, tres hombres y una mujer vestidos a la manera local, como si fueran pescadores o comerciantes. Llegó una nueva alba, terminó el día y la luna en cuarto menguante dio paso a una nueva jornada de sol cálido.

Al-Karnak estaba a la vista. En los muelles, el agua había marcado la diferencia de nivel desde que fueran apresados un mes antes. Casiodoro se mostraba excitado por su última esperanza, pero había preferido no decir más por el momento. El pescador se acercó al muelle. Irene suspiró.

—¿Y ahora? —preguntó Justino al aprendiz.

—Seti.

Se acercaron a la casa del anciano sacerdote. Sáhar abrió la puerta y se llevó las manos a la boca para no gritar. Intentó cerrar, pero Justino puso un pie dentro impidiéndoselo.

—Tenemos que hablar con Seti —dijo Casiodoro a través de Irene—. Tu marido así lo hubiera querido. Por favor. No tenemos tiempo.

Algunas vecinas se asomaron a las ventanas de sus casas de adobe para curiosear la llegada de los desconocidos. Sáhar les hizo pasar con rapidez.

—Mi esposo dijo que no regresaríais y que era importante que Seti estuviera con vosotros. Que a él no le pasaría nada. Yo confiaba en vosotros. —Y se echó a llorar.

Irene la consoló, conmovida. La mirada que la intérprete dirigió a Casiodoro le hizo enrojecer de culpabilidad. Si había muerto, con él había desaparecido su última oportunidad.

—Lo lamentamos. No sé qué más decir. Era un chico despierto y generoso e inteligente. Ojalá pudiéramos hacer algo para compensarte.

La viuda dejó de llorar y los miró sorprendida. Habló en egipcio y la intérprete alzó la vista confusa y sin comprenderla.

—¿Es que le ha pasado algo al niño? —Casiodoro no supo qué responder.

—Entonces, ¿Seti sigue vivo?

Y por toda respuesta la viuda los pasó al patio y de allí a una de las habitaciones interiores. Había un hombre recostado, pero el aprendiz no lo

reconoció hasta que se dio la vuelta en la estera. Era Mauricio. Estaba vivo, contra todo pronóstico, con una expresión entre sorprendida y dolorida. Casiodoro se agachó y lo saludó con efusión.

—¡Creímos… que habías muerto! —exclamó el aprendiz.

—¡Qué alegría verte! ¿Muerto? Sí; ya he muerto y he revivido. El río tomó su venganza, pero me permitió vivir —dijo palmeándose el muñón vendado—. Cuando se hundió la barca, las aguas se convirtieron en un frenesí animal. El sabor limoso del río se mezcló con la sangre de los soldados. Nadé hacia la orilla moviéndome entre grandes colas que se revolvían una y otra vez, mientras las grandes mandíbulas arrancaban piernas y brazos y despedazaban torsos. Me agarré a los juncos y cuando salí fuera, Seti estaba allí, de pie, mirándome. Me tendió la mano mientras un cocodrilo me observaba cerca de la orilla. La tomé y salí del agua; el cocodrilo cerró la boca y volvió al río para terminar el festín.

»Barbudo, flaco y lisiado, así acaba mi carrera en el ejército. Quiero regresar al Egeo. Mi mujer y mi hijo me esperan. He guardado lo que dejaste porque no tenía nada más que hacer y porque sabía que aún era posible que regresaras.

—Entonces, ¿el libro está a salvo?

Mauricio rebuscó entre su ropa y sacó las memorias, que el aprendiz recogió de sus manos. El nauta se encogió de hombros.

—Ni riquezas, ni gloria, ni recompensa, ni barco. ¿Qué he obtenido? Nada. Tu libro ya no es mi libro. Lo he leído. Estate seguro de que, si Constantinopla no cae, no será por un artefacto portentoso, porque hemos fracasado. No hay nada.

—¿Y dónde está Seti? —preguntó Irene a la viuda.

—En el río, pescando. Regresará por la tarde, a la puesta del sol.

—Justino, este es Mauricio. Eres un soldado; te ruego que compruebes si vigilan esta casa, si es segura por el momento, aunque partiremos de inmediato.

El hijo del senador salió a regañadientes de la casa. Sáhar les rogó que su estancia fuera breve para evitar las suspicacias de los vecinos, y les dejó solos con el nauta.

—Casiodoro, si habéis vuelto, no es por mí, porque me dabais por muerto. ¿Cuál es el motivo?

El aprendiz se tomó unos segundos antes de responder.

—La estancia del río estaba vacía, y sin embargo, el niño tiene ese anillo, nuestra única pista. He pensado mucho en ello. Creo que su abuelo no nos

envió con él allí al santuario de Sobek a descubrir ningún tesoro ni ningún objeto o documento. Nos envió allí porque habíamos visto el amuleto de su nieto.

—Nos envió a morir —comprendió Irene.

—Conmigo casi lo consigue.

—No quería que siguiéramos buscando, pero creo que en el fondo de su alma albergaba el deseo de que fuéramos testigos de su secreto. Su nieto es demasiado joven. Los árabes lo saquearían todo sin respetar nada. Nosotros sabríamos apreciar la importancia de los secretos perdidos. Creo que dejó la decisión de nuestro destino en manos de sus antiguos dioses del río.

—¿Y quién es Justino? ¿Sabe qué estamos buscando? —quiso saber el nauta, irguiéndose sobre la estera.

—Aún no lo sabe todo, y creo que es mejor que sea así. Dice ser el hijo liberado de un senador. Nos ayudará por el momento, pero puede cambiar de idea. Seamos discretos con él. Su estancia en prisión parecía demasiado cómoda.

—¿Un informador? ¿Es un traidor, Casio? ¿Quieres que lo mate?

—Cálmate. Necesitamos su ayuda, pero estaremos alertas.

Justino regresó sin novedad.

—No hay soldados a la vista. Todo está tranquilo.

La voz acelerada de Sáhar los avisó de que el niño había regresado. Seti dio un grito de alegría y abrazó a Casiodoro, hablando en egipcio lleno de excitación, hasta que vio al extraño.

—¡Habéis vuelto! ¡Estáis vivos! —exclamó Seti volviendo al griego.

—Hemos vuelto, pero por poco tiempo. Seti, necesitamos tu ayuda. Escúchame atentamente. Tu familia es heredera de un conocimiento que se ha perdido. Tu abuelo sabía dónde está escondido ese conocimiento. El califa lo busca para sí. El emperador bizantino lo quiere para él. Tenemos que encontrarlo antes que ellos o se perderá para siempre. El tesoro de Egipto es su conocimiento antiguo y tu abuelo vivió para preservarlo, pero ahora está muerto. Debes ayudarnos a preservarlo, Seti. ¿No dejó tu abuelo que los dioses decidieran nuestro destino? ¿No estamos aquí, contigo?

Seti se alejó del aprendiz; milenios de sabiduría ancestral pusieron conocimiento en boca del niño. Irene creyó ver cómo su sombra crecía.

—Sois griegos, decís que queréis ayudarme, pero solo habéis venido a saquear y a robar lo que no os pertenece, como todos los que os precedieron —indicó Seti decepcionado sin dejar de mirar al desconocido. Justino se conformó con escuchar en silencio.

—No. Hemos venido a llevárselo a los sabios, que sabrán aplicarlo para hacer un mundo mejor. Para acabar con la guerra. Para traer la paz y con ella la prosperidad —le explicó Casiodoro, intentando convencerle; Seti negó con la cabeza.

—Queremos la paz, pero no más ejércitos. Esta tierra tiene sus propios ciclos, su propia vida, y quiero que siga así una vez que os marchéis. Prométemelo y os ayudaré.

—Tienes mi palabra, Seti, y sabes que digo la verdad.

—Te creo. Sí, a ti te creo.

La sombra se desvaneció, o eso le pareció a Irene, confusa. Seti siguió hablando.

—Por eso regresaré con vosotros al santuario oculto de Sobek. Conmigo estaréis a salvo.

—Entonces, partiremos mañana.

Cenaron en silencio. Las mujeres se retiraron a una habitación aparte. Cuando Seti se durmió sobre su estera, el hijo del senador quiso saber más por boca del aprendiz.

—¿Rollos ajados? ¿Manuscritos? ¿Es eso lo que perseguimos, una vana e inútil ilusión? Con eso no se levanta un ejército —opinó con desprecio Justino—. No entiendo tu búsqueda; pero espero que tu palabra sea cierta. Espero la recompensa del emperador. ¿Cómo sabes que en ese escondite no habrá también oro, oro egipcio?

—No lo sé, Justino. Todo a nuestro alrededor es incierto; pero tenemos que llegar al final.

Antes de la salida del sol ya estaban en pie. Casiodoro quiso que Irene se quedara en Al-Karnak, pero ella se negó en redondo.

—No, Casio. Yo también he soportado los peligros de este viaje, quiero estar allí. —Y nada pudo hacer por convencerla.

A lo largo de la orilla vislumbraron la presencia de los poderosos reptiles, a los que evitaron. El pescador etíope, nervioso, tuvo que ser convencido con una moneda más. En pleno mediodía alcanzaron la orilla más próxima al cubil de los guardianes del río.

—No me fío de este pescador, y no podré serviros de mucho. Además, no quiero entrar otra vez. Me quedaré a vigilarlo, no sea que huya río abajo —

decidió Mauricio.

El aprendiz asintió y todos los demás desembarcaron.

La explanada frente a la cueva estaba vacía. El agua de la charca hedía.

—Solo entraremos Seti y yo. Cuidad la entrada y vuestra espalda.

—¡Casio, ten cuidado! —le rogó Irene.

El aprendiz y el niño se arrastraron dentro de la cueva con dos lámparas de aceite y cuchillos en las manos. Las puertas de bronce seguían abiertas y el santuario había sido ocupado por los cocodrilos, que habían cubierto el suelo de heces, despojos y barro. El lugar parecía vacío.

—Toman el sol y se regeneran, llenándose de fuerza. Allí fue donde lo vi, un reflejo dorado en el lateral. No estábamos solos. Uno de los guardianes salió de allí, las llamas se reflejaron en sus pupilas. ¡Existe otra cámara tras estas paredes de tierra!

La linterna iluminó un agujero en la pared, a ras del suelo, por donde difícilmente podría pasar una persona. Casiodoro lo miró con terror. El corredor excavado tenía las señales de las garras de los reptiles, con escamas desprendidas incrustadas en la tierra. Las paredes estaban calientes. ¿Podría atravesarlo o se quedaría atrapado en el angosto agujero?, ¿tendría salida o solo encontraría una muerte angustiosa, enterrado vivo?

—Debo pasar, ¡debo pasar! —siseó con los dientes apretados, y se tumbó en el suelo, enlodándose. El barro sería un buen lubricante—. Dame una lámpara. ¡Ayudadme, santos apóstoles! ¡Es una locura! Adiós, Seti.

El aprendiz despareció poco a poco en la oquedad. Fueron unos minutos angustiosos. El aire era casi irrespirable. Con los brazos adelantados y con la ayuda de los pies y de las rodillas, Casiodoro avanzó poco a poco en el lodo, como si hubiera sido tragado por una serpiente de tierra, rodeado de barro y raíces. Una colonia de escarabajos se escabulló entre su ropa, enredándose en su pelo. Se estaba volviendo loco. Necesitaba salir de allí, pero las paredes lo aprisionaban; no podía respirar. No podía tomar aire para gritar. Una de sus manos tanteó agua. Era el final del pasadizo. Agonizando de desesperación, empujó la lámpara más allá y se contorsionó hasta salir a un pequeño espacio por encima del nivel del agua.

La cámara excavada era pequeña, de nueve por nueve y seis pies de altura. Alguien se había molestado en arrancar la tierra para crear ese escondrijo, de suelo pedregoso y apisonado, que los reptiles habían hecho suyo. Al fondo se entreveía un acceso con un dintel de madera derrumbado, quizás era una salida cegada, por donde parecía escapar una leve corriente de aire. Dejó la lámpara en el suelo, no fuera a provocar un incendio en aquel

sanctasanctórum, y se acercó temblando a las cuatro arcas que había apostadas en el suelo frente a él. Tres pequeños cofres metálicos reposaban junto a ellas.

Creyó que el corazón se le escaparía del pecho, desbocado, cuando abrió una de las arcas haciendo saltar la cerradura con ayuda del cuchillo. Estaba atiborrada de rollos de papiro y pergamino. Asaltado por una curiosidad irreprimible, acercó su mano y tomó uno de ellos, atado con una cinta roja. Estaban bien conservados a pesar del tiempo. Sobre la cinta ponía «teatro» y luego «Sófocles», y el número treinta y cuatro. Desenrolló el papiro. El manuscrito hablaba de la angustia de Titono, hijo de Laomedonte y hermano de Príamo, hermoso como un dios:

> Y decidió hacer un largo viaje, no fuera que el rechazo a la dorada Eos trajera una desgracia a su mujer y a su hija, y huyó sin decir nada a su querida madre, en cóncava nave, siempre de noche, no fuera que Eos lo encontrara. Pues la diosa del alba se había encaprichado de él y había jurado que no habría hombre mortal ni dios imperecedero que evitara que él compartiera su lecho con ella, de grado o a la fuerza, y él navegaba, siempre solo, gritando angustiado a Poseidón que hundiera su barco en las profundidades. Y así llegó, de noche siempre, a la orilla de una gran isla circular.

La tragedia se titulaba la *Titónida* y junto a ella había muchas más, que hacía siglos habían desaparecido de la memoria de los hombres. Dejó el rollo en su hueco y tomó al azar otro, cerrado con una cinta verde. La letra era fluida y elegante, como solo un copista profesional podía realizarla. Mudo de asombro se adentró en su lectura olvidando el tiempo y la estancia.

> —Ahora bien, asegúrate de que cada diente se abra justo la tricentésima sexagésima parte del radio de la rueda y observarás que no importa que muevas la palanca con la misma cadencia. Si la rueda tiene mayor radio, mayor recorrido hará un punto del perímetro. Si la comparas con otra menor, esta recorrerá menor longitud, pero los ángulos serán los mismos. Misma cadencia, mismo ángulo, pero en la rueda mayor un punto corre más. Por eso hay que distinguir entre velocidad lineal y velocidad angular. ¿Entiendes?
>
> —Sí, maestro.
>
> —Este es el principio para comprender las máquinas.

Con un escalofrío dejó la lectura y prestó atención a la cinta verde. Ponía «Ciencia, Herón de Alejandría, *Autómata*, tomo III». No tenía certeza de cuántas copias de Sófocles sobrevivían en la biblioteca imperial, pero de lo que sí estaba seguro era de que de la obra *Autómata* de Herón no existía

ninguna copia completa conocida. Aquellos rollos valían más que todo el templo de Amón repleto de electro. ¿Qué habría en las demás arcas?

Intentó forzar la cerradura de otra, pero se le resistió; por una rendija de la madera creyó ver un disco metálico marcado envuelto en un paño de lino. Aquello era lo más excitante que había visto nunca, pero no se atrevió a seguir no fuera a dañar su contenido, y entendió el celo vigilante del anciano sacerdote y guardián. El anciano Seti había muerto; aquel legado no podía quedarse allí, y él no dejaría que cayera en manos árabes. «Antes —se dijo el aprendiz con consternación—, tendría que destruirlo».

La débil corriente de aire cerca del dintel colapsado le sugirió que esa había sido alguna vez la entrada a la cámara secreta. Quizá desde la superficie pudieran acceder a ella con más facilidad y seguridad, pero sería un trabajo arduo. Podría provocar el derrumbamiento del techo. Antes de irse, recogió con asombro una pieza de oro que estaba abandonada sobre el suelo. Debía mostrársela a Irene.

Cuando Casiodoro y Seti abandonaron el cubil, Irene exclamó el nombre del aprendiz con alivio, y se dio cuenta de que había encontrado algo por la luz de sus ojos, pero no dijo nada antes de regresar a la embarcación.

—Tendremos que excavar desde lo alto del santuario, y debemos hacerlo rápido. Está allí, esperándonos.

—Pero ¿qué has encontrado? —preguntó Irene agarrándole el brazo llena de impaciencia.

Seti permanecía mudo de asombro.

—Rollos de papiros. Cientos de rollos. Y esto. —Sacó el pañuelo para mostrarle media hoja de laurel, de oro.

—Es poca recompensa a repartir entre tantos —valoró Mauricio, y Justino asintió.

—Es la mitad compañera de la que encontré en el templo. Su valor no es el metal, sino saber quién la llevó puesta como parte de una corona triunfal, en la cabeza de un dios.

Solo Irene supo que Casiodoro se refería a Alejandro.

57

LA HUIDA

Durante dos días excavaron arduamente, cerca del cubil, sobre una leve depresión entre los cañizos que indicaba la ubicación de la entrada a la segunda cámara.

—Abramos las arcas. ¿No sentís curiosidad? —preguntó Justino al aprendiz descendiendo a la estancia.

Casiodoro había dedicado una parte de sus esfuerzos a cegar la oscura abertura de la pared. Seti asintió.

—No quiero dañar su contenido —explicó Casiodoro.

—Seré cuidadoso —respondió el hijo del senador, y forzaron las cerraduras de las arcas de madera.

De una de ellas emergió, protegida por un lienzo y rodeada de cáñamo, una caja metálica prismática, de tamaño medio y pesada. Chorreones verdes manchaban su superficie allí donde el bronce había sucumbido a la oxidación. La caja estaba dotada de dos diales por un lado y dos agujas por el lado opuesto; según se movían las agujas, los diales giraban sobre un disco grabado con imágenes e inscripciones. Un dial representaba el Sol, el otro, la Luna, y estaban imbricados. Mover uno suponía mover el otro. Las inscripciones indicaban que reflejaban los movimientos relativos de los dos cuerpos celestes, uno respecto al otro, en fase nueva, creciente, llena y menguante. En el lado opuesto, una aguja señalaba en qué constelación se encontraba la Tierra día a día del año; la otra aguja impresionó a Casiodoro.

—Esta predice cuándo se producirá un eclipse solar o lunar. ¡Esta caja es un predictor astronómico! —exclamó con asombro, vislumbrando por una rendija sus múltiples engranajes.

—¡Mira aquí! —gritó Seti lleno de excitación sacando un objeto alargado de otra de las arcas.

El aprendiz vio algo increíble, único, inconcebible. Era un brazo, pero no era humano. Era de metal, todo él verdoso y oxidado, compuesto de una mano

con falanges, dedos y huesos de la muñeca, cúbito y radio, todo realizado en cobre. Unos filamentos metálicos pasaban por ojales diminutos y llegaban a un disco unido al extremo del antebrazo. La parte inferior del disco recogía los cuarenta y cuatro filamentos, la mitad de los cuales estaban en tensión por medio de un tope y un muelle. Todos estaban numerados. Las falanges distales de los dedos tenían esculpida la forma de las uñas.

Casiodoro probó a extender la mano y con un escalofrío la encontró gélida. Algunos cables se tensaron; otros se relajaron. Tiró de algunos desde el disco. Los dedos se movieron. Quien lo hubiera construido había sido un genio de la mecánica y un conocedor de la anatomía. Había querido jugar a ser un dios.

—Es un autómata, una máquina. ¡Increíble!

El hijo del senador extrajo además un cilindro de bronce extensible, con dos vidrios curvados. Justino lo examinó y lo depositó en manos del niño.

—Menudo juguete. Un disminuidor de objetos. Todo se ve indistinguiblemente pequeño, ¡pero no me importa! ¡Intuyo lo que pueden contener los cofres! —Y subió con energía por la escala de madera llevando el artefacto astronómico.

—Llévalo al barco con cuidado, Seti. Todo lo que hay aquí es valioso aunque no lo comprendamos.

Casiodoro se quedó solo, revisando una vez más los legajos. De pronto vio un objeto en el fondo de la cuarta arca, oculto entre los rollos. Era otro cilindro metálico, cerrado por los dos extremos con dos tapas cónicas, una de las cuales poseía tres secciones numeradas que podían moverse. Su interior protegía algo, pero no vio ninguna bisagra o gozne. Había una leyenda en griego. «Busca la perfección del mundo».

—Piensa, Casiodoro, piensa. —La luz de la lámpara se debilitó. No tenía tiempo, se acababa el aceite—. El mundo es perfecto porque es una esfera. El perímetro de una circunferencia, el área de un círculo, el volumen de una esfera. La razón de los pitagóricos.

Movió las secciones, tres, uno, cuatro. El cilindro emitió un clic y una de las tapas se abrió. Dentro había un rollo de papiro. La luz de la lámpara menguó, impidiendo su lectura, y por primera vez comprendió qué era la codicia. Cerró la tapa y ocultó el cilindro entre su ropa.

Casiodoro y Justino subieron todo a la superficie y lo transportaron a la embarcación. Mauricio mantuvo a raya los avariciosos ojos del pescador. El

nauta se había hecho con una rama a modo de muleta, y consiguió ponerse en pie en la orilla y dar varios pasos titubeantes.

—La codicia. Te brilla en los ojos. Lo he visto en otros hombres. ¿Sabes? Ese cocodrilo me dio algo a cambio de esto. Mi hijo tendrá un padre en vez de un nauta muerto. Vive mientras seas joven. Luego será demasiado tarde.

Casiodoro comprendía el drama del marino, que no podría comandar ningún dromón nunca más. Subieron a bordo después de empujar la barca y comenzaron a alejarse de la orilla.

—Lo hemos conseguido. Lo tenemos todo. Nos vamos. ¿Y Seti?

El nauta le señaló la proa, mientras vigilaba a los reptiles que merodeaban por la orilla. El barco se adentró en la corriente del río. Casiodoro se sentó cerca del niño. Parecía triste.

—No puedo dejarlo en tus manos, Casiodoro. Quiero irme con vosotros. Así estaré junto al legado de mi abuelo y podré honrar su memoria.

—¿Y Sáhar?

—Tiene dos hermanos aquí que podrán cuidar de ella; yo no abandonaré mi legado.

Al-Karnak estuvo a la vista a última hora de la tarde. Casiodoro le ofreció su bolsa de monedas al niño.

—Seti, si has de venir con nosotros, deberás despedirte de ella, que te ha cuidado como una madre. Llévale este dinero que te ofrezco como agradecimiento y recoge lo que necesites. Te esperaremos.

Mauricio lo oyó, pero permaneció en silencio. El niño, con nuevas esperanzas, tomó la bolsa y saltó al muelle, desapareciendo entre las casas de los pescadores. La luz decrecía.

—Vámonos —ordenó Casiodoro. Mauricio lo miró sin reaccionar—. ¡Vámonos! ¡Suelta la amarra!

Miró al piloto etíope y este asintió. La embarcación reanudó su curso hacia el norte.

—¿No esperamos a Seti? —preguntó el nauta.

Casiodoro negó con la cabeza, lleno de pesar.

—Ponte al remo conmigo. Su mundo es este. Este es su sitio y su hogar. Es egipcio, pero también árabe. ¿Querrías que en Constantinopla lo metieran en prisión? ¿Que se enteraran de lo que puede saber y lo torturaran en mi presencia? Rema, nauta, rema fuerte conmigo hasta que Al-Karnak vuelva a ser solo un rumor en la lejanía.

Impacientes, abrieron los cofres antes de llegar a Alejandría, y nadie pudo contener una exclamación de admiración. En uno de ellos, un mar verde de esmeraldas sin tallar ahogó las manos de Casiodoro. Cogió una, grande como un huevo de codorniz, y la alzó hacia la luz.

—Abre los otros dos, Justino —ordenó el nauta desde su atalaya con la mirada fija en las riquezas.

El segundo cofre estaba lleno de oro, con piezas de todos los tamaños y países, sólidos romanos, piezas sirias, monedas egipcias, tablillas babilónicas, era oro suficiente para comprar un barco, un gran barco, o para vivir bien el resto de la vida.

El tercer cofre estaba colmado de perlas del mar Rojo, grandes, esféricas, perfectas, junto a turquesas azules, de una intensidad que el aprendiz no había visto nunca. Mauricio y Justino rieron satisfechos, pero Casiodoro fue el primero en hablar.

—A los dos os debo la vida, a ti, Mauricio, en Quersoneso, y a ti, Justino, en Alejandría. Es vuestro. De este tesoro solo tomaré una cosa. —Depositó la esmeralda en manos de Irene—. Los rollos y los artefactos serán para nosotros.

Irene se mostró conforme y los dos militares asintieron.

Cuando un día más tarde entraron en el lago Mareotis se preguntaron cuál sería el siguiente paso. Desembarcaron sus posesiones y despidieron generosamente al etíope y su barco, comprando su silencio. En casa de Horacio estuvieron tanteando las posibilidades de regresar a la capital imperial.

—El puerto es un hervidero de carpinteros y andamiajes, y todo está lleno de soldados. Tiene que existir otra forma —concluyó Justino.

—¿Por tierra? —aventuró Casiodoro.

—Habría que cruzar cientos de leguas hasta llegar a tierra amiga y siempre con la amenaza constante de los soldados del califa; los caminos no son seguros.

Mauricio se sentó pesadamente sobre un taburete junto a ellos.

—Puede que tengamos una alternativa, pero no sé si os gustará —dijo mirando a Irene.

—Habla —dijo Casiodoro.

—Sé quién podría colarnos entre la maraña de la flota califal. Tenemos dinero; podemos comprar su voluntad. Él podría ayudarnos. Estoy seguro.

—Ni hablar —interrumpió Irene poniéndose en pie.

—Casio, tenemos que hablar con Epícteto.

—¡No! —dijo Irene.

Casiodoro levantó la palma de la mano y calló.

—Mauricio, búscalo y acuerda un precio. Adelántale unas monedas de oro. No quiero problemas. Justino, ese hombre es un traidor. Nos vendería si se entera de lo que llevamos.

—Nadie tocará mi parte. Si impide nuestro regreso… me encargaré de él.

Irene lo miraba fijamente, sin creer lo que estaba oyendo. Ese no era el Casiodoro al que conocía. Parecía otra persona. Permaneció callada y alejada de él. El aprendiz se volvió hacia ella.

—Si te toca un solo cabello, no vivirá para contarlo.

La intérprete dejó el jardín, subió las escaleras y se encerró en el dormitorio. El aprendiz miró al nauta, quien se encogió de hombros.

Después de mucho indagar lo encontraron en una taberna clandestina en la trastienda de un almacén. El lugar estaba a oscuras y parte del mobiliario, las mesas, las sillas, estaba destrozado. Se veían manchas de sangre en el suelo, algunas secas, pero otras aún fluían por la madera. Había monedas tiradas y un tembloroso propietario tras un mostrador ofrecía vino especiado al capitán griego. Epícteto estaba de espaldas. Su brazo izquierdo le colgaba al costado, como inerte, y desde la punta de sus dedos goteaba sangre.

—¿Qué deseáis, por misericordia divina? ¡Ayudadme, forasteros, y llevaos a este extranjero! ¡Está loco!

—Calla, víbora —balbuceó Epícteto, borracho. Junto a la jarra había un largo cuchillo manchado de sangre—, y sigue escanciando. Si esos macedonios venidos a menos no hubieran querido timarme, ¡a mí, a un compatriota!, no habría sucedido nada. Tienen suerte de haber podido volver a su agujero. Así que salid por donde habéis entrado…

Se volvió y se quedó sin habla. Dejó la jarra lentamente y cogió el cuchillo. El tabernero se dio prisa por desaparecer.

—Teníamos un trato —acusó el capitán griego al nauta—. No lo has cumplido.

—Y tú no has esperado. Pero aún podemos negociar. Queremos volver a los dominios del imperio.

El griego se fijó en la muleta y en la pernera vacía y remangada.

—El puerto está cerrado. Ningún barco extranjero puede salir.

—Entonces necesitaremos un barco árabe.

—Sin oro no hay nada que hacer.

Por toda réplica, el nauta le arrojó una bolsa. Justino puso su mano en la empuñadura de su espada, atento a cada gesto. En cualquier momento podía aparecer un soldado musulmán. Epícteto examinó la bolsa con cautela y la avaricia iluminó su rostro.

—Debéis de odiarme. ¿Cómo sé que no me mataréis?

—Soy un hombre de honor. No como tú. —El griego sonrió—. Cumple tu parte y tendrás oro para tu barco, tu propio barco. Cumple y yo cumpliré.

—Sé dónde encontraros. Tienes un trato —dijo Epícteto saliendo de allí y pasando a su lado como si fuera un fantasma.

Irene seguía encerrada en el dormitorio superior sin hacer caso a las palabras del aprendiz ni a las llamadas a la puerta.

—¿Qué querrías? ¿Quedarte aquí hasta el final de la guerra? Entonces, ¿para qué hemos arriesgado la vida si no es para salvar al mundo civilizado? Tenemos que regresar antes de que sea tarde. Irene, ¿no te he protegido cuando ha sido necesario? ¿No he cuidado de ti? Él te evitará por su propio bien. Abre la puerta. ¡Abre la puerta, Irene!

Pancracio negó con la cabeza al pasar a su lado camino de otra estancia. Casiodoro respiró hondo varias veces. Estuvo tentado de forzar la cerradura.

—Si tienes otra opción válida, quiero escucharla. Estaré en la planta baja. Necesitaré tu ayuda para preparar este último viaje. —Se dio la vuelta para bajar, pensativo, pero reflexionó y volvió a hablar desde detrás de la puerta—. Recuerda nuestra prisión en Al-Karnak. ¿No te parecí sincero y auténtico? ¿Crees que me gustan las decisiones que tengo que tomar?

Antes bajar por las escaleras, puso la palma un segundo sobre la superficie de la puerta, añorando el calor de la intérprete.

58

EL DESTINO DEL NAUTA

Casiodoro se sentó en el incómodo camastro, que no había olvidado, y evitó pensar en Irene. Necesitaba concentrarse en otra cosa, así que cogió el cilindro cerrado, movió los diales y sacó el rollo con gran cuidado. Se titulaba *Hermetikon*.

> Los principios de la verdad son siete. El que comprenda esto perfectamente posee la clave con la que todas las puertas del templo se abrirán de par en par. Para que no caigan en el olvido, he aquí los siete principios.
>
> Uno. El principio del mentalismo. El todo es mente, el universo es mental.
>
> Dos. El principio de correspondencia. Como arriba es abajo, como abajo es arriba.
>
> Tres. El principio de vibración. Nada está inmóvil, todo se mueve, todo vibra.
>
> Cuatro. El principio de polaridad. Todo es doble, todo tiene dos polos. Todo, su par de opuestos, pero diferentes en grado. Los extremos se tocan. Todas las verdades son semiverdades. Todas las paradojas pueden reconciliarse.
>
> Cinco. El principio del ritmo. Todo fluye y refluye. Todo tiene sus períodos de avance y de retroceso. Todo se mueve como un péndulo. La medida de su movimiento hacia la derecha es la misma que la de su movimiento hacia la izquierda. El ritmo es la compensación.
>
> Seis. El principio de causa y efecto. Toda causa tiene su efecto, todo efecto tiene su causa. Todo sucede de acuerdo con la ley. La suerte no es más que el nombre que se da a una ley desconocida. Hay muchos planos de causalidad, pero nada escapa a la ley.
>
> Siete. El principio de generación. La generación existe por doquier. Todo tiene sus principios masculino y femenino. La generación se manifiesta en todos los planos.

—Todo se mueve como un péndulo, todo avanza y retrocede —repitió Casiodoro.

Oyó un leve ruido y levantó los ojos del rollo. Irene estaba junto a la puerta sin el pañuelo árabe y con el pelo recogido con una aguja de hueso.

—¿Qué estás leyendo?

—Se titula *Hermetikon*, con un resumen de los siete principios de la ciencia hermética. Pero como en cualquier filosofía, todo es susceptible de interpretación. Todo está sometido a una ley, en vez de a una divinidad. Esto tendría que ser quemado como una herejía. Dios no es reducible a una ley de la naturaleza, porque el mundo o lo gobierna Dios o una ley de la naturaleza. La naturaleza podemos estudiarla y comprenderla, y es perfecta, eterna, avanza y retrocede siempre al mismo ritmo, como un péndulo. Todo tiene causa y efecto. Y al final Dios es mudo y solo queda la interpretación que de él hacen los hombres. Si me presentara con esto ante el patriarca, sería reo de muerte. Por eso ha estado oculto tanto tiempo. —Guardó el rollo en su cilindro y cerró la tapa—. Pero yo no puedo destruirlo.

—No debes, porque crees que es verdad, como nosotros. Por eso he bajado y he venido a buscarte, porque siento que he llegado a ti y nada volverá a distanciarnos. Confío en ti, y si dices que la única forma de regresar es a través de ese perturbado peligroso, entonces te seguiré a donde tú me digas.

—Jamás permitiré que te hagan daño. ¿Lo sabes?

—Lo sé. Te seguiré a donde tú vayas. —Y le tomó la cabeza con sus manos perfumadas y lo besó en la frente.

—Dime ahora, Irene, qué has sacado en claro de los manuscritos.

—Son copias únicas. Las he inspeccionado. Hay obras de teatro, tratados de mecánica, filosofía y aritmética, historia y poesía, de autores griegos, romanos y egipcios, algunos conocidos y otros absolutamente extraños. Hay traducciones del sirio, del elamita, del hebreo. He hallado el comienzo del segundo libro de *Poética* de Aristóteles, ¡pero faltan los capítulos centrales! Eso da una idea de la magnitud de lo que se ha perdido. Todo el piso de arriba está ocupado por los rollos. Los he numerado y listado, y los he agrupado por categorías. Los he contado. Hay doscientos trece manuscritos. No es bueno que estén demasiado tiempo al aire. En la cámara tenían cierta humedad, pero algunos se están secando. Es mejor que sean copiados cuanto antes. Aquí tengo la lista de los títulos.

—*Geografía*, de Estrabón. *Viaje al Occidente*, de Hannón. ¡Vaya! Te ayudaré a embalarlos. ¿Has pensado qué harás cuando regresemos?

—Sí. —Pero no dijo más.

Dos días más tarde, un niño llevó un recado a los bizantinos de parte de Epícteto. Había encontrado un barco disponible. Mauricio y Justino fueron a reconocerlo llevando consigo algo de oro como pago. Habían tenido la precaución de cambiar parte del tesoro por dinares musulmanes. Los dos militares regresaron con noticias.

—Es un barco de transporte que se dirige a Hisn Al-Monacar, en la costa de la vieja Hispania. Epícteto ha comprado la carta de partida a otro comerciante. Así saldremos del puerto y en cuanto nos hayamos alejado lo suficiente pondremos rumbo a territorio bizantino. Desde la costa anatolia sería más fácil llegar a Constantinopla, pero corremos mayor riesgo de encontrarnos con barcos árabes del suministro de la armada musulmana o de la escuadra árabe que custodia los astilleros de Chipre.

—Es una buena nave. Y la tripulación es mixta, alejandrina y griega. Es una buena oportunidad. No tendremos que esperar Dios sabe cuánto tiempo más —opinó Mauricio.

—¿Cuándo podemos partir?

—Mañana.

—De acuerdo. Pancracio, necesitaremos porteadores.

El sirviente asintió.

La tarde de la partida, Pancracio no se separó de ellos en todo el trayecto hasta el barco. Se despidió efusivamente de Casiodoro y de Irene, y con gestos les deseó suerte, felicidad y una numerosa descendencia. Epícteto estaba al otro lado de la pasarela. El sonriente capitán los recibió inspeccionando con ojos ansiosos las mercancías, buscando una pista sobre su contenido. Mauricio, Justino y Casiodoro mostraban de forma visible que iban armados con espada y cuchillo, y el griego captó el mensaje con una inclinación.

—Tenemos un trato. No es necesario —dijo Epícteto.

—Cuanto antes terminemos mejor.

Varias liburnas controlaban la salida del puerto. Desde una de las naves partió una barca. Un arif subió a bordo, inspeccionó la carta de partida firmada por el gobernador y una discreta bolsa cambió de mano. El arif les deseó buen viaje y regresó a su bote. Una liburna les dejó paso por la bocana. El faro quedó atrás, junto al Heptastadium, el Timonion, Ptolomeo y Arsinoe, todo desapareció poco a poco bajo el horizonte hasta que la luz del faro brilló por última vez.

La estrella polar brillaba fieramente sobre una noche fría y en calma. La superficie del mar era un manto negro lleno de diamantes luminosos. Se alejaban de la costa hacia el oeste. Mauricio estaba apoyado en la proa mirando el horizonte, donde las estrellas titilaban.

—¿Cuándo cambiaremos de rumbo? —preguntó al oír unos pasos tras él.

Se giró. Era Epícteto. Los demás reposaban bajo cubierta.

—Cuando Cefeo se alce por completo viraremos al noreste hacia Nicomedia. Parece que al final en este viaje ganaremos todos. —Mauricio no contestó—. Aun así, no creo que sea suficiente para ti. Se acabó tu vida militar. ¿Qué te han prometido? ¿Una parte proporcional de la mercancía? ¿Una recompensa de palacio? Te falta una pierna. Nada de lo que te han prometido se cumplirá. Y sea lo que sea que llevéis en la bodega, todo será para el emperador. ¡Estamos en guerra! Y en la guerra tan importante como saber luchar es escoger el bando correcto, el bando ganador. ¿En qué bando estás tú?

—No te acerques más —advirtió el nauta.

El capitán dio un paso adelante.

—El mar, ¿no es hermoso? Tú sabes apreciarlo. Estar sobre el puente, aspirar la espuma salada, sentir el sol en la cara y la brisa del norte, el balanceo del casco, es una experiencia inolvidable. Tú entiendes lo que te digo. Seguro que hay suficiente para dos, pero no para cuatro. La mitad siempre es mejor que la cuarta parte.

Epícteto avanzó otro paso, sonriendo.

—¡Atrás! —La mirada de Mauricio lo dijo todo.

El griego sacó su letal cuchillo y Mauricio soltó la borda y la muleta y se abalanzó sobre él.

Un grito de angustia sonó bajo la cubierta. Uno de los marinos cayó herido de muerte. La sangre manó a borbotones de su hígado destrozado, visible junto a los intestinos por el vientre abierto. Tal y como habían convenido, Justino y Casiodoro habían realizado guardia por turnos. Justino sostenía firmemente la espada con la hoja ensangrentada. Los ocho miembros de la tripulación, armados con porras y largos cuchillos, rodeaban a los tres bizantinos.

—¡Perros! ¿A qué estáis esperando? ¡Soy hijo de un senador! ¡Os espera la horca!

Varios se envalentonaron y se lanzaron contra los dos hombres. Tras ellos estaba Irene, temblando, con una daga en la mano. Justino era un soldado

experimentado. Desde niño había sido adiestrado en el uso de la espada y en la lucha cuerpo a cuerpo. La mitad de la carrera al Senado se hacía en el campo de batalla, y eso se notaba. Evitó una estocada, golpeó con el pomo de la espada la cara de un marinero rompiéndole el puente de la nariz, y con el cuchillo en la otra mano atravesó el muslo a otro, que cayó al suelo con un alarido, retirándose a rastras. Casiodoro esquivó un tajo desesperado y de una patada desequilibró a otro alejandrino de dientes amarillos. Se agachó a tiempo de evitar el golpe de una porra en la cabeza y con la izquierda golpeó con todas sus fuerzas en los genitales del adversario. Aquello enfureció al hijo del senador.

—Pero ¿a qué esperas? ¡Usa la espada! ¡Vierte su sangre! —gritó Justino atravesando el pulmón de otro marinero con el puñal.

—¡Mauricio! —gritó el aprendiz sintiéndose en desventaja.

El marinero había sido reemplazado por un griego de Ítaca, grande y decidido. Sus golpes eran pesados y contundentes, como los de un martillo sobre un yunque de herrero, y el yunque era Casiodoro. El aprendiz perdió el equilibrio.

Una mano atrapó una muñeca de Irene, haciéndole tirar la daga y gritar aterrorizada. Casiodoro se levantó como con un resorte, esquivó al itacense y de un tajo vertical segó la mano que arrastraba a la intérprete. Era la primera vez que derramaba sangre, la primera vez en su vida, y cuando la vio en el suelo solo pensó que ese hombre no merecía vivir. El griego intentó atravesarlo, y tal como le había enseñado el nauta, esquivó la estocada, giró sobre sí mismo rodeando a su atacante y lo ensartó por la espalda. El itacense cayó al suelo desriñonado. Los cuatro marineros que quedaban en pie depusieron las armas. Justino los obligó a tumbarse en el suelo. Casiodoro se arrodilló junto a Irene.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Casio… ¡Mauricio!

El aprendiz la miró fijamente y rápido como un relámpago cogió la espada y subió a cubierta. Irene se alzó, dispuesta a seguirlo incluso hasta la muerte.

Cerca de la proa, los dos bizantinos rodaban por la cubierta. La linterna sujeta del mástil los iluminaba de forma mortecina. Cada uno empuñaba un cuchillo y luchaban ferozmente, Epícteto intentando ponerse en pie para tomar ventaja y Mauricio impidiéndoselo para no perder la suya. Los golpes volaban al rostro, a la mandíbula, a los riñones. Epícteto conocía las llaves del pancracio. Metió los dedos en la carne blanda del muñón del nauta y Mauricio

aulló de dolor. De un puñetazo, el griego se separó del militar y se encontró frente a frente con Casiodoro.

—¡Alto! —amenazó el aprendiz alzando la espada.

El capitán no hizo caso y, enseñando los dientes en una mueca horrible, se lanzó de improviso a la carga como un toro furioso, derribándolo. La espada voló contra la borda. Epícteto cayó sobre Casiodoro, con el cuchillo próximo al pecho, esforzándose por atravesarlo mientras el aprendiz gemía intentando oponerse al avance de la hoja. Sintió la punta rasgando su ropa e hiriendo su piel y gritó previendo su fin.

La luz osciló. Un violento golpe contra la cabeza del griego esparció aceite y cristales por la cubierta. La presión se aflojó y Casiodoro se deshizo de Epícteto, aturdido por el golpe. Irene se lanzó sobre el capitán alzando su daga, pero este, aunque estaba desorientado, la apartó de un manotazo. La joven se golpeó con la borda. El capitán rio entre sus dientes ensangrentados.

—Zorra… —dijo cogiendo la espada de Casiodoro. Se puso en pie mirándolo burlonamente—. Quieto. Ahora mando yo. Ve a la proa.

La brisa empezó a soplar, inflando al fin las velas. Una estrella de Cefeo asomó por el norte en el horizonte. Mauricio yacía sentado, apretándose el muñón sangrante.

—¿Estás bien? —murmuró Mauricio ronco, viendo sangre en el pecho de Casiodoro.

Este asintió. Epícteto le sonrió con ferocidad.

—Aquí acaba nuestro viaje juntos. No, no lo intentes. No vale la pena. Conserva tus fuerzas para el agua. Arrójalo, ¡vamos!

—Pero ¿qué dices?

—Arroja a ese lisiado por la borda.

Mauricio se puso en pie, en equilibrio, y su mirada era terrible. Justino salió a cubierta y vio a Irene confusa por el golpe sobre la cubierta. La rabia hirvió en él. Si algo no soportaba, era la traición, él, que era un hombre de honor.

—¡Epícteto! ¡Miserable traidor! —Y echó a correr hacia él.

El capitán se volvió. Todo fue muy rápido. El nauta aprovechó su distracción y se abalanzó sobre él, pero Epícteto reaccionó rápido y atravesó su vientre con el acero. Casiodoro quedó paralizado. A pesar del dolor, Mauricio sonrió y, asiendo fuertemente al capitán, dijo adiós a Casiodoro. Con un forcejeo postrero, los dos hombres cayeron por la borda.

59

EL HADO DE LOS DIOSES

Casiodoro gritó, pero en la oscuridad del agua solo había sombras y estrellas. Justino lo sacó de allí. Irene se quejaba del golpe.

—Estoy aquí, estoy aquí —contestó el aprendiz arrodillándose junto a ella con el corazón en un puño.

—Quédate con ella. Llévala abajo y que duerma. Yo me encargaré de la tripulación y del barco.

Los cuerpos de los marineros muertos fueron arrojados al agua. Con solo la mitad de la tripulación, el barco viró al norte cuando la constelación de Cefeo al completo se elevó en el cielo.

Casiodoro pasó un paño mojado en agua por la frente de Irene, y ella vio que el aprendiz estaba herido.

—¡Estás sangrando!

—No es nada. Tú eres más importante.

—Te vi… con ese cuchillo sobre el pecho. ¡Oh, Dios mío! ¿Mauricio?

Casiodoro negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—No quiero permanecer postrada. Estoy bien. ¡Ayúdame a levantarme!

Según navegaban hacia el norte, la fuerza de la brisa aumentó. La noche dio paso al día, pero el sol quedó oculto detrás de nubes oscuras. La templanza de la cálida costa africana dio paso al frío del noroeste, dificultando la navegación. Justino gritó a los marineros para que aseguraran las velas y poder navegar con viento a través; uno de ellos, agarrado al extremo del mástil, señaló al horizonte gris. El hijo del senador miró a donde le indicaba. Una sombra negra había hecho su aparición. Durante horas permaneció a la vista y a media tarde quedó claro que se aproximaba a ellos.

—Es un barco —dijo Justino a Casiodoro, que había subido a la cubierta.

—¿Nos han visto?

—Creo que sí. Su tamaño ha aumentado. Se acerca a nosotros. El viento sopla a su favor.

—Pero ¿quiénes son?

Un vigía se llevó ambas manos a la boca para hacerse oír por encima del viento.

—¡Una liburna a la vista!

El capitán se acercó a la borda junto a su asistente.

—¡Por fin! ¡La primera pieza del día! ¡Que remen más fuerte! —gritó con los ojos fijos en la distante nave.

El largo mástil inclinado que formaba el calcar de proa subía y bajaba con el oleaje, rompiendo en espuma salada el agua del mar.

—¡Es un dromón! —exclamó Justino—. Estoy seguro.

—¡Bendito san Erasmo! —La intérprete había subido a cubierta y abrazó al aprendiz—. Al fin una buena noticia.

Casiodoro no parecía contento. Tampoco Justino. Irene dudó.

—¿Casiodoro? ¿No es así, Casio?

—Rápido, protejamos nuestro cargamento antes de que sea tarde. Este barco es una liburna musulmana. ¡Van a hundirnos!

—Intentaremos evitarlo —replicó Justino—. ¡Vosotros dos! ¡Necesitamos fabricar una bandera!

—¡Han izado bandera blanca, señor! —gritó el vigía.

—¡Remad, soldados, remad, vamos, antes de que se acabe el día!

—¿Los respetaremos, capitán? —preguntó el asistente.

—Ni hablar. Estad preparados para abordarlos. ¿No dicen que no podemos hacer flotar ni una tabla en este mar suyo? Veremos si flotan ellos cuando les vaciemos las entrañas.

—Mi capitán —se atrevió a opinar su asistente—, si los embestimos, el calcar se destrozará contra su casco; está pensado para destrozar los remos, no para perforar las cuadernas.

El capitán bizantino sonrió sombríamente.

—Su nave es pequeña, y el viento nos favorece. ¿Crees que podrá resistirlo, eso crees? No me basta con abordarlos. ¡Piloto, destrocemos el calcar contra su flanco, que crujan los tableros y la cubierta! ¡Quiero verlos ensartados!

Irene tomó los rollos que había extendido sobre la mesa y empezó a repasarlos nerviosamente para distinguir dónde debía almacenarlos. ¿Era ese el segundo tomo de Estrabón o era el drama de Eurípides que aún no había terminado de leer?

—¡No hay tiempo que perder! ¡Dámelos!

—Pero… ¡si no los guardamos ordenadamente, luego habrá que volver a clasificarlos!

—¡No hay tiempo! —repitió Casiodoro cogiendo de una vez todo lo que veía sobre la mesa y metiéndolo a la fuerza en una de las cajas abiertas. Algunos rollos crujieron—. ¡Trae la tapa! ¡Y cierra la otra caja!

El mar se embravecía. Dentro de la bodega todo empezó a moverse de un lado a otro. Irene y Casiodoro se apresuraban a enrollar los manuscritos cuando el aprendiz cayó en la cuenta de que no había guardado su *Hermetikon*. Rebuscó en una de las arcas y lo encontró. Allí estaba el cilindro metálico. Respiró aliviado. Lo cogió y se lo guardó entre las ropas.

Un ruido extraño le hizo volverse. Miró a Irene, y un instante después un crujido ensordecedor estalló en la bodega de carga. Todo rodó por el suelo y el agua entró a raudales. Cerró los ojos por el dolor y palpó su frente golpeada. El grueso calcar, con su extremo revestido de bronce, había atravesado el costado de estribor, escorando el barco y destrozando las cuadernas centrales y el forro del casco. Una vía de agua incontenible hirió de muerte el barco mercante. Casiodoro rodeó el calcar del barco bizantino y buscó desesperadamente a la intérprete. Vio su cuerpo. El tiempo se detuvo para él.

—¡Irene! ¡Irene!

Se abalanzó sobre ella entre espuma de mar. Irene se levantó empapada, con un brazo sangrando e inerte. Estaba llorando de dolor y confusión. El corazón de Casiodoro volvió a latir, atropelladamente.

—¡Irene, vamos! ¡Debemos salir de aquí! ¡Irene, por Dios bendito! ¡Déjalo!

—¡No! ¡No!

Con un brazo cogió a la intérprete, empujándola a la fuerza hacia la escalera, mientras ella luchaba por alcanzar algunos de los rollos que flotaban a su alcance. El agua entraba con rapidez y el aprendiz miró un momento atrás lleno de rabia y frustración. Con un terrible estremecimiento, el dromón retrocedió a fuerza de remos, liberando el calcar, y la liburna recuperó la

estabilidad un segundo antes de escorarse al lado contrario. La abertura era terrible y el mar pronto se cobraría una nueva presa.

Casiodoro salió a cubierta con Irene inconsciente en sus brazos sobre los rollos aplastados. La tinta de los papiros bañada por el agua de mar se escurría en hilillos negros sobre su túnica. Varios soldados lo cogieron de los hombros y lo arrojaron a cubierta. Eran bizantinos.

—¡No somos musulmanes! ¡Rápido, antes de que se pierda todo! ¡Hay que volver! ¡Hay que salvar lo que se pueda!

—¡Cállate!

—¡Justino! ¡Justino! —gritó el aprendiz mientras lo golpeaban con el pomo de las espadas en el costado. Dejó a la intérprete en el suelo y la protegió de los golpes con su propio cuerpo—. ¡Justino, hijo de Antonino Pío! ¡Haz valer el nombre de tu linaje!

El hijo del senador sangraba por la boca y tenía un ojo morado; permanecía tumbado sobre la cubierta junto al resto de la tripulación.

—¿Antonino Pío? ¡Conozco ese nombre! ¡Levantadlo! —ordenó el capitán.

Justino parecía malherido. Tenía una mano en el costado y respiraba con dificultad.

—¡Este… es mi anillo! ¡Soy hijo de un senador, nautas! ¡Llévanos a bordo de tu nave y ayuda a vaciar la nuestra! ¡Hay oro y joyas en abundancia!

—¡Rápido, registrad el interior! —mandó el capitán con un gesto.

Varios soldados se dispusieron a cruzar a la liburna, que se hundía rápidamente, pero no llegaron a hacerlo.

—¡Demasiado tarde, señor! —dijo un nauta, subiendo de la bodega—. ¡Abandonad el barco!

—¡Tenéis que ayudarme! ¡Hay que salvar las cajas! ¡Hay que salvarlas! —clamó Casiodoro, arrastrado a la fuerza al dromón.

El agua subía desde el interior del barco escorado y ya lamía la borda cuando los soldados cortaron las cuerdas que les unían a él. Instantes después la liburna desapareció bajo las olas y los ojos de Casiodoro se llenaron de lágrimas mirando a Irene, que parecía dormida.

—El mar arrecia. Desembarcaremos en Olimpia. ¿Qué transportaba ese barco?

Justino rio con expresión de dolor. Un soldado le llevó una copa de vino especiado.

—Demasiado tarde. ¿Acaso importa ya? —dijo apurando la copa de un único trago.

60

EL *HERMETIKON*

El alquimista extendió la mano entumecida a la llama de las velas. Hacía frío, mucho frío. En cuanto recuperó parte de su calor, la abrió y cerró varias veces, volvió a mojar la pluma en el tintero y continuó escribiendo. Los gruesos copos de nieve seguían cayendo. Las nubes, oscuras y espesas, habían tejido una penumbra mortecina en toda la región; así llevaban varias semanas. Había unos cuantos braseros dispuestos por el taller, y un sirviente había tapado todas las grietas y huecos en las ventanas y puertas para que las corrientes de aire no se llevaran el calor de la casa.

Hacía treinta y cinco días que nevaba en Constantinopla. El frío había congelado las hostilidades del ejército musulmán y había cubierto de oro a los fabricantes de velas y a los leñeros. El hielo cubría las calles. Desde la ventana vio cómo otro viandante imprudente que caminaba fuera de los pórticos resbalaba, dándose un fuerte costalazo. Calínico rio entre dientes. Incluso los cubos de agua marina eran insuficientes para impedir las costras congeladas sobre los adoquines. Se subió la manta hasta los hombros.

Un soldado llegó a la planta superior de la casa.

—El gran drongario exige tu presencia en palacio.

—¿El motivo?

—Exige tu presencia. Solo eso, alquimista.

¿Qué había sucedido para tanta urgencia? Se abrigó bien con una gruesa capa de lana y botones de hueso y se puso unos guantes. Su escolta lo acompañó hasta las mismas puertas del Chrysotriclinio. Dentro lo esperaban el gran drongario y el emperador junto a su secretario. La sala del trono estaba helada a pesar de los braseros de bronce y de los múltiples candelabros.

—Este frío es inaudito —dijo León III—. Tu ciencia es poderosa. ¿Sabías, alquimista, que varios barcos han dicho que en Mesembria el puerto se ha helado? Pero lo mejor es que los árabes han perdido sus suministros. En el mar, gracias a nuestros dromones, y en Asia Menor, por mano de Artabasdos,

los seguidores del Profeta no recibirán nada desde Damasco, Siria ni Alejandría.

—Y lo más importante. Tenemos noticias de nuestra pequeña expedición —dijo Belerofonte—. Sí, Calínico. Tu aprendiz ha tenido éxito.

—¿Dónde está Casiodoro? —preguntó el anciano con un estremecimiento. Era un muchacho brillante, siempre lo había sabido—. ¿Dónde está ahora?

—En estos momentos está cruzando el Cuerno de Oro. Rectifico —dijo Belerofonte al ver a un soldado entrar en la sala—. Casiodoro está aquí.

Solo dos personas atravesaron las puertas de plata y oro, para extrañeza de los presentes. Calínico se acercó al aprendiz, aunque su extraña mirada lo detuvo. Un hombre alto y vestido elegantemente, con botas de piel de ciervo y capa con un broche de oro, se inclinó en presencia del emperador. El aprendiz lo siguió, vestido con sencillez y con el rostro serio.

—Oh, *basileus*, soy Justino, hijo del senador Antonino Pío, liberado por gracia y causa de la intervención de vuestra divina providencia y de la justicia. Mi camino se cruzó con el de la expedición de Casiodoro. Ruego aceptes disculpas por mi atrevimiento, pero he oído rumores terribles sobre mi padre. Quiero conocer la verdad.

—Justino, hijo de senador, quien mejor puede informarte es la propia emperatriz, pues tiene algo que te pertenece. Has de saber que tu padre intercambió su vida por la tuya. Siéntete honrado con eso.

»Así que tú eres el aprendiz. Sí, te recuerdo —dijo León III—. Estás serio. ¿Conseguiste lo que buscábamos?

—Sí. Encontramos parte de la sabiduría olvidada. Pero todo por lo que nos hemos esforzado, todo se ha perdido.

La consternación y la incredulidad llenaron de ansiedad a Calínico, que miró a su aprendiz como si fuera un desconocido.

—¡Cuéntamelo todo!

Casiodoro narró su llegada a Al-Karnak, el descubrimiento del anillo del emperador Caracalla, la cripta del dios Sobek y la cámara secreta de la cripta. Les describió la emoción del descubrimiento de los manuscritos y de los artefactos, la huida de Alejandría y el hundimiento de la liburna.

—Estar allí, rodeado por Sófocles, Pericles, Herodoto, Estrabón, Herón, me hizo sentir un temor reverente. ¡Leí parte del segundo libro de la *Poética* de Aristóteles! No pude inspeccionarlo todo. Sin embargo, Irene hizo una lista completa de lo que rescatamos y perdimos. Aquí está.

—Con tu permiso, *basileus*, yo cogeré esa lista —dijo Calínico.

Abrió el rollo con la respiración agitada, y sus ojos se desencajaban sorprendidos cada vez que reconocía el título de un libro perdido o el nombre de un autor. Su índice se detuvo al final de toda la lista. Bajó el rollo lleno de asombro y de avaricia.

—¿Dónde está el *Hermetikon*, Casiodoro?

El aprendiz lo miró cara a cara, sosteniendo su mirada escrutadora.

—En el fondo del mar, con todo lo demás. Si no fuera por esta lista, parecería que este viaje nunca se hubiera realizado.

—¿Dónde está la traductora? —preguntó el gran drongario—. ¿Y el capitán del *Orgullo de Bizancio*?

—Mauricio murió como un héroe, salvándonos de un traidor que pretendía quedarse con los manuscritos. Irene desempeñó su labor brillantemente. Ahora, herida y conmocionada, reposa del viaje. Las memorias de Pulo se perdieron con todo nuestro equipaje. No hay nada más. Y como detalle de interés para ti, *basileus*, en Alejandría, cuando partimos, todos los astilleros estaban a pleno rendimiento. Todos los barcos extranjeros recalados en el delta fueron requisados. Todo Egipto ha sido exprimido en busca de botín y oro. Se prepara otra gran flota contra la capital.

—Con esa noticia, el viaje no ha sido totalmente baldío —dijo León III—. Los dos seréis recompensados por vuestros esfuerzos. Casiodoro, eres un hombre de estudio, un erudito como tu maestro. Has visto más en este viaje que muchos hombres en toda su vida. Deberás registrar todo cuanto recuerdes antes de que caiga en el olvido. Calínico, tu aprendiz ha demostrado su valía y ha honrado tus enseñanzas. Puedes estar orgulloso.

Y con un gesto, les permitió retirarse.

Calínico y Casiodoro no intercambiaron ni una palabra mientras anduvieron por los corredores de mármol. Salieron por la Puerta Chalke al Augústeo. La estatua de Justiniano estaba cubierta de nieve. El alquimista cogió del brazo a su aprendiz y lo miró a la cara.

—Ahora dime la verdad. ¿Dónde está el *Hermetikon* de la doctrina hermética?

—Todo se perdió. Todo.

—Mientes, Casiodoro. Mientes. —Y le dejó solo en la plaza porticada.

Casiodoro miró el cielo nublado. Una ráfaga helada depositó un copo en su nariz. Había podido engañarlo; había podido elegir no incluir el *Hermetikon* en el listado, pero lo había incluido. Tenía que saber una cosa, y ya tenía la respuesta. Vio alejarse a su maestro y tras él a su escolta. Viejo, encorvado y solo. ¿Era en él en lo que quería convertirse? Cuando

desapareció de su vista, salió a la Mese y se encaminó al monasterio de San Asterio. Un monje abrió la puerta y lo condujo hasta una habitación amplia y confortable en el piso superior.

Irene estaba en la cama, pálida y convaleciente, bajo sábanas blancas. Su largo pelo, siempre recogido, caía en ese momento suelto sobre sus hombros. Se sentó en la cama junto a ella. La habitación estaba caldeada. Epímaco, el abad de San Asterio, rezaba junto a otro hombre al que Casiodoro reconoció por sus vestiduras como un diácono de Hagia Sophia. La intérprete parecía delicada y frágil. Casiodoro recordó su viaje por el Nilo, su estancia en la casa del mercader de Alejandría, el reencuentro tras la prisión en Alejandría. Timeo dejó de rezar y, con un gesto, el abad se retiró, dejándoles a solas.

—¿Sigue durmiendo? ¿Ha dicho algo? —preguntó Casiodoro al diácono.

—¿Es tu mujer?

—No he podido pedírselo aún, pero lo será, si ella consiente.

—Cuando llegasteis se echó a temblar por la fiebre. El abad le dio una taza de tila y adormidera. Balbuceó que el viaje había sido un éxito. Un rollo, habló de un manuscrito…

El diácono guardó silencio, pero se remangó el brazo derecho hasta el codo. En el antebrazo tenía un tatuaje. Casiodoro vio que era un anillo alado y lo comprendió todo. Timeo se bajó de nuevo la manga.

—Tú la enviaste conmigo, de parte de Marius, el conservador.

—Marius no sabe nada ni debe. Es un hombre de bien, y ella es como una hija para mí. Has visto a Calínico. Sé qué te ha pedido. Todo. Yo no haré eso. Has visto nuevas gentes y nuevas tierras. Has visto lo que provoca la guerra, hambre, sufrimientos, y has vislumbrado un saber maravilloso. ¿No crees que debería emplearse para construir un mundo mejor en vez de para destruirlo? ¿No crees que otro mundo es posible, un mundo donde la ciencia y la sabiduría iluminen la vida de los hombres, de todos los hombres, y no solo de unos pocos? —Timeo puso la mano en la frente de ella—. La fiebre le ha bajado. Ahora que tienes más experiencia de la vida, comprenderás mejor lo que te digo y tú mismo verás la verdad, al menos tu visión de la verdad, de las palabras de Irene sobre tu maestro. A diferencia de él, yo no te obligaré a elegir. Deberás hacerlo tú mismo.

—Quiero creerte —respondió pensativo el aprendiz. Tomó la mano de Irene, quien suspiró. Casiodoro abrió la túnica y sacó un cilindro metálico de paredes abolladas—. Úsalo bien. Quiero creeros y aprender lo que mi maestro no quiere enseñarme. También tengo algo para el abad.

Timeo asintió temblando de emoción. Agitó una campanilla y apareció un novicio a quien ordenó que encontrara al abad Epímaco, quien no tardó en regresar.

—Monje, nunca agradecí que cuidarais de mí. Esto viene directo desde Alejandría y es para vosotros. —De su bolsa de cuero sacó un fragmento de hoja de laurel, de oro, y lo ofreció como reliquia—. Es parte de las divinas ramas que tocaron a Jesús en la Pascua antes de su crucifixión. Un anciano me lo entregó en custodia para liberarlo de manos musulmanas. Tocaron al hijo del dios.

—¡Si es como dices, su valor es inestimable! Gracias, joven amigo. Tendrá su lugar en nuestro altar. ¡Bendito seas!

El abad se retiró emocionado.

—¿Al hijo de Dios?

—A un hombre que se creyó hijo de un dios.

Timeo, que había deducido la combinación de los diales que abrían el cilindro, sacó el manuscrito de su interior. Comenzó su lectura, pero se detuvo, afectado, y volvió a guardarlo.

—Eres un hombre valiente y generoso. Serías bien recibido si quisieras unirte a nosotros. ¡Hay tanto por hacer!

El aprendiz iba a contestarle cuando Irene abrió los ojos y lo miró.

—Todo lo que pueda desear hoy lo tengo aquí —dijo Casiodoro.

—El futuro es oscuro y misterioso —replicó Timeo.

—Sea lo que sea, lo descubriremos juntos —dijo Irene apretando la mano del aprendiz. Sonreía.

EPÍLOGO

Los soldados árabes se estremecieron de frío. Las rutas de suministros habían quedado interrumpidas por los sucesivos ataques de los bizantinos por tierra y mar. No habían llegado los víveres, ni tampoco la ropa de abrigo. Muchos soldados habían despedazado sus tiendas para cubrirse el cuerpo con ellas. La madera empezaba a escasear. La mitad de los camellos y de los caballos habían sucumbido y habían servido de alimento a las tropas. Los emires se habían reunido urgentemente con Maslamah para estudiar las alternativas.

Un arif entró corriendo en la tienda, alarmado. El general le dirigió una mirada de odio. El soldado se apresuró a inclinarse.

—Oh, *sidi*, ha ocurrido una catástrofe. Los túneles se han derrumbado. Los ingenieros persas han quedado atrapados.

El general lo miró atónito. ¿Era esa una señal como las que creía ver todos los días el califa Omar de que la victoria no estaba de su parte?

—¿Cómo ha sucedido?

—Hemos oído un gran estruendo, como el rumor sordo de un terremoto, y el techo de la galería principal se ha derrumbado, sepultándolos junto a decenas de operarios. Había filtraciones. El agua, tras cuarenta días de lluvia y nieve, debe de haber reblandecido la tierra. Un escuadrón está intentando llegar a los sepultados, que aún deben estar vivos, porque se oyen gritos de terror, alaridos y lamentos bajo la superficie.

—¡Es una señal! ¡Quizá debamos retirarnos! ¡El agua y el frío nos están matando! —murmuraron algunos.

—¡No! —gritó Maslamah ante las sugerencias de los emires—. ¡Este frío terminará algún día! ¡No me marcharé de aquí hasta haber entrado en Constantinopla!

—Hay hombres que reconocen cuándo han sido vencidos. Otros no distinguen el final de sus días ni cuando agonizan entre estertores en su cama

—murmuró un emir.

Maslamah salió de la tienda. Su ejército parecía una concentración de pobres harapientos y mendicantes. Las cotas de malla no protegían del frío. ¡Si solo tuvieran paciencia! Había que perseverar. La nueva flota de Alejandría pronto se echaría a la mar. Necesitaban sacar fuerzas para la espera. «Alá misericordioso, devuélvenos pronto el sol», rezó el árabe para sí.

Un cuervo se posó en lo alto de una tienda observándolo con curiosidad. También ellos estaban impacientes. Le arrojó una piedra y falló. El cuervo graznó y siguió mirándolo. Maslamah bajó la mirada al barro helado y regresó al interior de la tienda antes de que volviera a granizar.

NOTA FINAL

En 1901, frente a la costa de la isla griega de Antikythera, un grupo de pescadores descubrió en el fondo marino los restos de un naufragio fechado en el siglo I a. C. Entre los restos del casco del barco encontraron numerosas ánforas romanas, estatuas de mármol y cobre (copias y originales griegos) y cerámica grecorromana, y un extraño conjunto de engranajes que la corrosión marina había descompuesto en múltiples fragmentos. Se recuperaron ochenta y dos partes de lo que parecía ser un dispositivo de cálculo, cuya antigüedad se dató en el siglo II a. C.

Se ha estudiado el artefacto durante décadas. Las últimas investigaciones concluyen que el llamado mecanismo de Antikythera podía realizar un seguimiento de los días del año, las posiciones del Sol y la Luna y, tal vez, las de otros planetas; predecía eclipses y ofrecía un calendario de los Juegos Olímpicos.

La mayoría de los cálculos del mecanismo estaban impulsados por una serie de treinta y siete discos engranados, los cuales se manipulaban con una manivela. El frente del mecanismo tenía una especie de reloj que mostraba la fecha del calendario en dos círculos concéntricos; uno mostraba los signos del Zodiaco griego y el otro, los meses del año egipcio. Tres manecillas indicaban la fecha y la posición del Sol y la Luna moviéndose a través del Zodiaco y los meses.

El artefacto, entendido como máquina calculadora o computadora, puede considerarse como un ordenador analógico de la antigüedad, creado a partir de los conocimientos teóricos más avanzados disponibles en el periodo. Hay que trasladarse hasta el siglo XV para encontrar relojes mecánicos con una complejidad semejante, y hasta el siglo XVIII para encontrar mecanismos tan compactos. No se ha encontrado hasta la fecha ningún artefacto similar de la antigüedad.

En 1835, el Museo Británico de Londres adquirió en subasta una estatuilla del dios Amon-Ra en plata dorada, de veintidós centímetros de altura y con el tocado de dos largas plumas segmentadas. Encontrada en Karnak, había pertenecido a Henry Salt (1780-1827), artista, viajero, cónsul en Egipto, retratista y naturalista inglés. Está datada en el año 1300 a. C., en época de la dinastía XVIII de Egipto. En la actualidad, puede contemplarse como parte de la exposición permanente de arte egipcio del Museo Británico.

Respecto al fuego griego, la crónica de Teófanes nos habla de que en el año 675, en la capital bizantina, un refugiado sirio llamado Calínico inventó «un fuego marino con el que prendió fuego a las naves musulmanas, haciendo arder a todas ellas, y así los bizantinos lograron la victoria». No hay más datos sobre este personaje. Sobre la fórmula original del fuego griego se han realizado numerosos estudios y experimentos para intentar recomponerla. Para ello, se ha recurrido a las descripciones que de él realizaron los cronistas árabes a partir del siglo VIII, a los comentarios del emperador Constantino Porphyrogennetos en su libro *De administrando Imperio* (siglo X) y de la princesa Ana Comneno en el siglo XI en su obra *La Alexiada*. El origen del fuego griego sigue siendo objeto de debate. El secreto de su composición se ha perdido en el tiempo.

BLAS CARLOS MALO POYATOS
Granada, a 23 de octubre de 2011

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Isaac Asimov descubrí el Imperio bizantino; lord John Julius Norwich me hizo devoto bizantinista. La labor callada de investigadores e historiadores ha hecho posible este libro. A Ediciones B y a su equipo de profesionales, a mi agente Maru de Montserrat por su confianza, a mi mujer, mi familia y mis amigos por su apoyo y paciencia; a todos ellos, gracias.

GLOSARIO

Adramyttion: Denominación en griego antiguo de la actual ciudad costera de Edremit, en Anatolia (Turquía), situada en el golfo al que da nombre, a pocos kilómetros de la isla griega de Lesbos.

Ahrimán: Espíritu del mal del zoroastrismo. Su mayor maldad fue corromper el fuego puro creado por Ormuz; le dio color y le añadió el humo, dándole su característica contaminante.

Al-Fustat: Antigua ciudad fundada por los árabes que constituyó la capital administrativa de Egipto durante los califatos de los omeyas y de los abasíes. Se corresponde con la ciudad vieja de El Cairo.

Al-Uqsur: Antigua medina egipcia correspondiente a la actual ciudad de Luxor.

Augústeo: Uno de los foros imperiales de la Mese; pasó de foro público a lugar de ceremonias después del reinado de Justiniano. En su lado este estaba el Senado; después se habilitó allí un edificio patriarcal. En su lado oeste había una columna con la estatua ecuestre del emperador Justiniano. En el lado sur se abría la Puerta Chalke, de acceso al palacio imperial.

Baalbek: Antigua ciudad siria que pasó a llamarse Heliópolis con la ocupación romana. Fue conocida por su templo dedicado a Júpiter, levantado sobre una explanada artificial de piedras colosales.

Basileus: Denominación griega usada a partir de la segunda mitad del siglo VII para el título de «emperador», reemplazando al antiguo *augustus* latino.

Basilisa: Denominación griega usada para el título de «emperatriz», y que sustituye a la latina *augusta*.

Bitinia: Territorio al noroeste de Asia Menor y al suroeste del mar Negro. Sus principales ciudades fueron Nicomedia, Nicea y Bursa.

Bizancio: Antigua colonia fundada por griegos de Megara, en el siglo VII a. C., guiados según los mitos griegos por Byzas, hijo del rey dorio Nisos. La ubicación de la vieja colonia corresponde a la zona de la acrópolis de la actual Estambul.

Calcar: Del latín *calcar*, espolón. Largo madero en forma de mástil inclinado en la proa de los dromones bizantinos, a modo de espolón, que se empleaban no para romper los cascos de las embarcaciones enemigas, sino para sacar del agua los remos de las naves contrarias y destrozarlos, inmovilizando así los barcos antes de abordarlos.

Capadocia: Región histórica de Anatolia central, en la actual Turquía, famosa por sus paisajes tallados de toba calcárea, de formas caprichosas, y usada por el hombre como morada desde la antigüedad.

Cárceres: Estructura del gran Hipódromo, que acogía la entrada principal y las puertas de salida de las cuadrigas. En su nivel superior se hallaban los vestuarios. Con dos altas torres laterales, la entrada principal estaba rematada por una cuadriga en bronce; los caballos están actualmente en la basílica de San Marcos en Venecia.

Crisópolis: Antigua ciudad griega situada enfrente de Constantinopla, al otro lado de la entrada al estrecho del Bósforo. Es el actual distrito de Üsküdar, uno de los suburbios de Estambul.

Cuerno de Oro: Enorme estuario a la entrada del Bósforo, cuyo puerto natural fue el motivo de la fundación de Bizancio. El origen de su denominación es confuso; la versión más conocida es que se debe a las impresionantes vistas del estuario a la puesta de sol, que tiñe de dorado las aguas y con sus reflejos envuelve a toda la ciudad de Estambul.

Curopalata: El más importante título bizantino después de la familia imperial.

Dromón: En griego, «corredor», era el barco de guerra bizantino por excelencia. Su denominación acoge barcos de diferentes clases. El diseño más habitual era una variante del monorreme romano, formado por veinticinco remeros por costado bajo cubierta, con un

castillete de popa, otro de proa (donde se posicionaban los sifones de fuego griego), y otro central, desde el que se hostigaba a los enemigos. Con doble timón, disponía de onagros y balistas para el ataque con proyectiles. En general estaba dotado de dos mástiles y una vela triangular latina, así como de un calcar en la proa para destrozar los remos enemigos. Existían también dromones de dos y tres filas de remeros, variaciones del birreme y trirreme romanos.

Drongario: Almirante de flota bizantino.

Fakkak: En árabe, negociador para el rescate de rehenes y prisioneros en tiempos de guerra.

Follis: Una de las monedas de cobre del sistema monetario bizantino. Doscientos ochenta y ocho follis equivalían a un nomisma, la moneda de oro bizantina.

Gálata: Barrio fortificado al otro lado del Cuerno de Oro, frente a Constantinopla. Acogía en sus murallas la gran torre que regulaba la bajada y el izado de la gran cadena que cerraba el acceso al Cuerno de Oro.

Hagia Sophia: Inmensa basílica construida por Justiniano I en Constantinopla; fue durante mil años la mayor de la cristiandad. Destaca su inmensa cúpula de treinta y un metros de diámetro, que parece flotar en las alturas dentro del enorme recinto. En ella se custodiaban las más veneradas reliquias del cristianismo, entre ellas el travesaño de la Vera Cruz. Era la sede del Patriarcado de Constantinopla.

Haona: Planta con efectos narcóticos y alucinógenos, empleada en las ceremonias religiosas del zoroastrismo en Siria.

Hatra: Antigua ciudad de Irak al sur de Mosul, capital de los partos en el siglo III a. C.

Hermetismo: Conjunto de creencias filosóficas y religiosas basadas principalmente en escritos atribuidos a Hermes Trimegisto, que se identifica con el dios Thot de Egipto. Esos escritos supuestamente habrían aparecido en Egipto bajo la dominación romana y se centraban en la búsqueda del conocimiento y su transmisión solo a los iniciados, exaltando el poder del espíritu humano. Fueron la base de los posteriores escritos sobre ocultismo que florecieron en el siglo XIX.

Kan: Título asignado a los gobernantes de los pueblos esteparios, como los búlgaros.

Kathisma: Entrada privada al gran Hipódromo de Constantinopla, reservada a los emperadores de Bizancio. Estaba comunicada directamente con el gran palacio imperial. Desde allí el emperador se hacía visible al pueblo en los días de carreras y en las grandes ceremonias.

Kazajos: Pueblo nómada originario de la zona norte de Asia central, famosos por su habilidad como jinetes en las estepas y por la caza con águilas semidomesticadas. En el siglo VII, su influencia se extendía a la zona norte del mar Negro, y entablaron de forma intermitente alianzas tanto con el Imperio bizantino como con el pueblo búlgaro.

Khemeia: Antigua palabra griega derivada de la egipcia *Keme*, que significa «tierra fértil». Con ella se referían los griegos al «arte de los egipcios» que buscaba entender las relaciones entre la materia y los líquidos, y encontrar su aplicación práctica, como la obtención de venenos y medicinas y su uso en metalurgia.

Khidre: También conocido como el Hombre Verde, aparece mencionado por primera vez en el poema de Gilgamesh, y también aparece en el Corán, como el visir de un príncipe persa al que se le concedió la juventud eterna. Los sufíes lo veneran como santo patrón y heraldo de la revelación. Las leyendas lo presentaban como una criatura feérica montada a caballo a través de los bosques de Asia Menor, y que llegó a los bosques del palacio imperial persiguiendo al emperador Heraclio tras el saqueo de Nínive.

Lago Mareotis: Lago situado a espaldas de la ciudad egipcia de Alejandría en el delta del Nilo, comunicado con este por medio de un canal artificial. Servía de puerto fluvial a la gran ciudad, y la comunicaba con el resto de Egipto.

Liburna: Embarcación de guerra musulmana, construida bajo la inspiración de los monorremes y liburnas romanas, de perfil bajo y veloz, de diseño similar a los dromones bizantinos, pero sin espolones ni castilletes.

Logothetes: Denominación de un alto cargo administrativo del palacio imperial bizantino, equivalente a ministro o secretario de Estado. Los diferentes *logothetes* se encargaban de las finanzas, la diplomacia,

la inteligencia, el servicio postal, los edificios públicos y acueductos, los monopolios imperiales, la casa de la moneda, los impuestos y los recursos para el ejército. El *megas logothetes* estaba por encima de todos ellos, y en contacto directo con el emperador.

Mangana: Barrio militar de Constantinopla próximo al Cuerno de Oro, donde se encontraban los almacenes de avituallamiento de tropas y los arsenales del ejército.

Mar de Propontis: También llamado Propóntide, antigua denominación del mar de Mármara, que toma su nombre de la isla de Mármara, de cuyas canteras se extrajeron ingentes cantidades de mármol para la reconstrucción de Constantinopla tras la rebelión Niká en el siglo VI con el emperador Justiniano.

Mese: Avenida principal porticada de Constantinopla, eje neurálgico de la vida económica de la ciudad, que cruzaba de noroeste a sureste la capital, desde la triple muralla de Teodosio hasta el Milion y el palacio imperial.

Mesembria: Importante ciudad griega en la costa de Tracia junto al mar Negro, bajo la influencia romana y bizantina hasta el año 812, en que cayó en poder de los búlgaros.

Monofisismo: Doctrina que defendía que Jesucristo solo tenía una naturaleza, en lugar de dos (divina y humana). Eutiques, su principal expositor, sostenía que la naturaleza humana original de Jesús se transformó en la naturaleza divina en la encarnación, con el resultado de que el Jesús humano y el Cristo divino llegaron a ser una única persona y naturaleza divinas. Fue condenado como herético en el Concilio de Calcedonia en el año 451.

Neoplatonismo: Escuela filosófica que defendía que el cristianismo no aportaba nada nuevo a las relaciones de los hombres con la divinidad, y defendía el retorno a las viejas creencias. Era la última manifestación del platonismo antiguo, y constituye una síntesis de elementos muy distintos, con aportes de las doctrinas filosóficas de Pitágoras, Aristóteles, Zenón y, sobre todo, Platón, unidas a las aspiraciones místicas de origen hindú y judío. Pervivió en Alejandría hasta el siglo VII.

Nomisma: Moneda de oro bizantina, base de la economía imperial. Su plural en griego es *nomismata.*

Omeyas: Dinastía árabe iniciada con Muawiya que perduró en Oriente desde el año 661 hasta el 750, dando luego paso a la dinastía de los abasíes. El único superviviente, Abd Al-Rahmán, emigró a Al-Ándalus, donde fundó el califato independiente de Córdoba.

Ormuz: Deidad suprema del zoroastrismo, dios del cielo y del bien. Sus símbolos son la luz y el fuego.

Palimpsesto: Manuscrito reutilizado que conserva trazos de la escritura original. Era práctica corriente desde el siglo VI reutilizar los pergaminos, raspándolos para disponer de una base para nuevos escritos. La tecnología moderna ha permitido rescatar la escritura original de los palimpsestos, como *El método de los teoremas mecánicos*, de Arquímedes.

Parasanga: Antigua medida de distancia persa, que aproximadamente equivale a cinco kilómetros.

Petra oleum: En latín, «aceite mineral», presente en afloramientos de betún en la superficie del suelo y en las emanaciones de gas natural, descritas por autores bíblicos y por Herodoto. En otras ocasiones, el petróleo se manifestaba en corrientes de agua, siendo recogido y empleado como ungüento para curar las heridas, enfermedades de la piel o masajear músculos reumáticos. En la antigüedad se tenía constancia de estos afloramientos en Babilonia, Mesopotamia y el Cáucaso.

Plotino: Filósofo griego neoplatónico autor de *Las Enéadas*, que difundió su doctrina en Alejandría.

Ponto Euxino: Denominación antigua del mar Negro.

Puerta Áurea: Principal entrada triunfal a Constantinopla a través de la triple muralla de Teodosio. Tenía un rol importante en los actos protocolarios del Imperio bizantino.

Puerta Chalke: Acceso principal al palacio imperial desde el foro del Augústeo. Una gran cúpula mostraba al emperador Justiniano recibiendo a Belisario después de su triunfal regreso de África.

Quersoneso: Ciudad griega en el extremo sur de la península de Crimea, que permitía al imperio controlar el mar Negro y vigilar a sus aliados búlgaros y kazajos. Gozaba de un estatus de semiindependencia y de la protección del imperio, que tenía allí destinada una importante flota.

Seth: Dios egipcio, hermano y antítesis de Osiris, deidad de la fuerza bruta, de lo tumultuoso, lo incontenible. Señor del mal y las tinieblas, dios de la sequía y del desierto en la mitología egipcia. Seth fue la divinidad patrona de las tormentas, la guerra y la violencia.

Sifonador: Del griego *siphonator*, hombre entrenado para manejar los sifones de fuego griego. No existe un término equivalente en castellano, por lo que he decidido transcribirlo así.

Strategión: Campo de adiestramiento y parada militar en Constantinopla, próximo al Cuerno de Oro, desde donde embarcaban los soldados en los dromones de la armada bizantina.

Thema: Cada una de las regiones militares en las que se hallaba dividido el imperio para su defensa. En el año 717, el imperio estaba dividido en doce regiones militares: el exarcado de Rávena; los ducados de Venecia-Istria, Roma, Nápoles y Calabria; y los *themas* de Anatolikon, Kibyrhaiotai, Armeniakon, Opsikion, Thrakesion, Tracia y Hellas.

Zoroastro: También llamado Zaratustra, el profeta fundador del mazdeísmo (o zoroastrismo). Se sabe poco o nada de él de manera directa, y las pocas referencias que se conocen están rodeadas de misterio y leyenda.

BIBLIOGRAFÍA

Existe poca información directa de los acontecimientos narrados en esta novela. La *Chronographia* de Teófanes el Confesor (siglo IX), la descripción del asedio de Constantinopla en el *Kitab Al-Uyun* (anónimo árabe del siglo IX) y la relación de hechos sobre el asedio contenida en la *Historia de Damasco* de Ibn Asakir, establecida por parte de un soldado que supuestamente participó en los hechos, es todo lo que ha sobrevivido hasta nuestros días sobre uno de los asedios más importantes de la antigüedad. Puesto que esto es una novela y no un libro académico, he rellenado las lagunas históricas con suposiciones probables, a favor del desarrollo de la trama y de los personajes, siendo congruente con los datos y hechos conocidos por las fuentes históricas.

La denominación del Imperio romano de Oriente como Imperio bizantino es un término historiográfico aplicado a partir del siglo XVIII. Los bizantinos se consideraron en todo momento los últimos herederos de la civilización grecolatina, y se llamaban a sí mismos romanos, incluso después de que el latín dejara de ser la lengua oficial del imperio en el siglo VII. En esta novela he decidido utilizar siempre el término Imperio bizantino, siguiendo el convenio vigente hoy en día.

Cito a continuación la bibliografía más importante consultada, con mención especial de lord John Julius Norwich, cuya trilogía sobre Bizancio, por su ritmo didáctico y vibrante, debería ser lectura imprescindible para todos aquellos interesados en esta civilización fascinante que durante más de mil años fue la referencia de Oriente Próximo y de Occidente.

ASIMOV, Isaac, *Constantinopla*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.

BROWN, Meter, *The World of Late Antiquity: AD 150-750*, Harcourt Brace Jovanovich Inc., Londres, 1971.

Byzantine Style, Religion and Civilization, Cambridge University Press, Cambridge, 2006.

CANARD, Marius, «Les expéditions des Arabes contre Constantinople», en *Journal asiatique*, CCVIII, 1926.

FINLAY, George, *History of the Byzantine Empire*, Londres, 1855.

GIBBON, Edward, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Milman, Londres, 1845.

HALDON, John, *Byzantium at War: AD 600-1453*, Osprey Publishing, Oxford, 2002.

HUSSEY, J. M., *The Byzantine World*, Hutchinson University Library, Londres, 1957.

KOSTENEC, Jan y A. TAYFUN ÖNER, *Walking thru Byzantium*, Grofbas, Estambul, 2008.

MILLER, Timothy S., *The Birth of the Hospital in the Byzantine Empire*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1997.

MILLINGEN, Alexander Van, *Byzantine Constantinople*, 1899.

NORWICH, John Julius, *Byzantium: The Early Centuries*, Penguin Books, Londres, 1988.

PRYOR, John H. y Elizabeth M. JEFFRIES, *The Age of Dromon*, Brill Academic Publishers, Leiden, 2006.

RUNCIMAN, Steven, *Byzantine Civilization*, Methuen and Co. Ltd., Londres, 1961.

TURTLEDOVE, Harry (trad. y ed.), *The Chronicle of Theophanes: Anni mundi 6095-6305 (A. D. 602-813)*, Penn Press, Philadelphia, 1982.

VASILIEV, Alexander, *Historia del Imperio bizantino*, Editorial Iberia, Barcelona, 1945.

BLAS MALO. Blas Carlos Malo Poyatos (Alcázar de San Juan, Ciudad Real, 1977), de raíces jienenses y granadino de adopción.

Es ingeniero de caminos y un apasionado de la historia, sobre todo del Imperio bizantino y la Edad Media, a los que ha dedicado conferencias, presentaciones, artículos, jornadas y rutas literarias.

Ha participado en actividades de recreacionismo histórico y fue director de las Jornadas de Novela Histórica de Granada.

NOTAS

[1] En el año 711. <<

[2] El 25 de marzo. <<

[3] «¡Alá es grande!». <<

[4] El 13 de agosto. <<

[5] Nombre original de León III en su tierra natal, según la tradición, antes de que su familia se trasladara a Tracia. <<

[6] La destrucción del Serapeo tuvo lugar en el año 391. <<

[7] El 9 de octubre. <<

[8] Las campanas no existieron en Constantinopla hasta el siglo IX. La hora la daban a viva voz por las calles unos diáconos llamados «cursores». <<

ÍNDICE DE CONTENIDO

Primera parte. 673-711

1. Hiliópolis, año 673 (53 después de la Hégira)
2. El iniciado
3. Un mar ardiente
4. El exiliado

Segunda parte. 714-717

5. El hombre que valía un imperio
6. Un pacto
7. El orgullo de Bizancio
8. Querconeso
9. El elegido
10. Cesarea, abril de 717
11. El enemigo
12. El asedio
13. Un bosque de estandartes
14. La palabra de un padre
15. El mar árabe
16. Un juramento
17. El hallazgo
18. En la arena
19. La diosa subterránea
20. El emperador espera

21. Las memorias de Pulo
22. La gloria de Damasco
23. La mano oculta
24. La partida
25. Un punto en la oscuridad
26. Alejandría
27. Un trato turbio
28. La luz de la antigüedad
29. Espías de Damasco
30. La séptima maravilla
31. Al-Karnak
32. Irene canta
33. El regalo de un emperador

Tercera parte. Octubre de 717-noviembre de 717
34. Frente a Maslamah
35. Un enigma en la acrópolis
36. Una respuesta inquietante
37. El diablo de Baalbek
38. Una esperanza
39. El fuego sagrado
40. Vientos de cambio
41. Una acusación de traición
42. El quebrantamiento de una voluntad
43. Un nuevo califa
44. Rumores y deseos
45. La última súplica
46. Maslamah contraataca
47. ¡Descubiertos!
48. Lágrimas imperiales

49. La sombra de una traición
50. El inmortal
51. El señor del invierno

Cuarta parte. Egipto, septiembre de 717-diciembre de 717
52. El dios del río
53. Amanecer tinita
54. El loco de la celda
55. Una revelación
56. El secreto
57. La huida
58. El destino del nauta
59. El hado de los dioses
60. El Hermetikon

Epílogo

Nota final

Agradecimientos

Glosario

Bibliografía

Sobre el autor

Notas